

# **VIDA DE JESUS**

# **Dictada por él**

# **MISMO**

A LA MEDIUM SRA. XX LA 1a PARTE  
LA 2 a PARTE AL MEDIUM XX

**Del**  
**"Instituto Metapsíquico"**  
**De BUENOS AIRES**  
*Complementan la obra una*  
**Comunicación de María**  
y del  
**Apóstol Mateo**  
*Con una carta, además, del Gobernador*  
*Romano de la Judea*  
y  
*Un apéndice referente al primer cáliz empleado por los*  
*Cristianos, descubierto en Antioquia*

**8ª Edición 1929 12ª Edición 1957**  
**9ª " 1944 13ª " 1962**  
**10ª " 1948 14ª ,, 1968**  
**11ª " 1955 15ª " 1972**  
**Edición Digitalizada Por R. Valenzuela S.**  
**Estocolmo - Suecia**  
**2005**

16ª EDICION 1974



**COMISIÓN NOMBRADA  
POR  
"EL INSTITUTO METAPSÍQUICO"  
DE BUENOS  
AIRES  
Para la Corrección e  
Impresión de esta Obra  
VOCALES**

Srta. MARÍA ROSA ALONSO

† 21 de julio de 1961

Srta. MARÍA AGUSTINA FERRARO

† 5 de diciembre de 1951

Sr. JUAN OLIVERO

† 14 de mayo de 1956

Sr. PEDRO JUAN TAMBORINI

† 16 de marzo de 1960

**ASESOR**

Dr. OVIDIO REBAUDI

† 17 de octubre de 1931 en Buenos Aires

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

© 16 Edición 1974 - Asociación Providencia de

Cultura Cristiana - Herrera 1680 - Buenos Aires

T. E. 21-4708

*Queda libre la reimpresión y la traducción de esta obra  
a cualquier idioma, con el riguroso compromiso de  
que no se le ha de alterar en lo más mínimo.*



**"SÓLO POR EL AMOR SERÁ SALVO EL HOMBRE"**

Vida de Jesús Dictada por el mismo.

## EL RETRATO DE JESÚS

### **Carta de Publius Léntulus, Gobernador de Judea, a Tiberio Emperador (1)**

Sabido es que el Emperador Tiberio consideraba a Jesús como un Semi-Dios, gentílico por cuyo motivo había colocado su imagen en el Paraninfo del Senado.

Su sucesor el Emperador Calígula demostraba tanto respeto y veneración por Jesús, que se hacía conducir al Senado para contemplar su imagen y en su presencia hacía leerla carta dirigida a Tiberio por Publius Léntulus, Gobernador de Judea, que textualmente es como sigue:

*"Hay en Judea un hombre de una virtud singular a quien llaman Jesús. Los bárbaros le creen profeta; pero sus sectarios le adoran como descendiente de los dioses inmortales.*

*Resucita a los muertos y cura los enfermos por medio de la palabra y el tacto; es bien formado y de estatura elevada; su aspecto es dulce y venerable; sus cabellos son de un color indefinible, cayendo en rizos hasta más abajo de las orejas y esparciéndose con gracia sobre los hombros, estando divididos en la parte superior de la cabeza, como los llevan los Nazarenos.*

*Su frente es alta y despejada y sus mejillas tienen un sonrosado agradable.*

*Su nariz y su boca están formados con una regularidad admirable; su barba espesa y de un color semejante al de los cabellos tiene como dos pulgadas de larga y dividiéndose por la mitad, forma la figura de tina horquilla.*

*Sus ojos son brillantes, claros y serenos. Censura con majestad, exhorta con dulzura y cuando habla o cuando se mueve lo hace con elegancia y gravedad.*

*Nunca se le ha visto reír, pero se le ha visto llorar con frecuencia. Es muy templado, modesto y juicioso.*

*"Es un hombre, en fin, que por su excelente belleza y por sus perfecciones divinas, supera a los hijos de los hombres".*

PUBLIUS LÉNTULUS.

(1)Carta tomada de la *Revista Metapsíquica Experimental* correspondiente al nr.159 del mes de septiembre de 1924.

Según consulta hecha por el Instituto Metapsíquico al Arzobispado de esta capital, la Iglesia Católica considera apócrifo este documento, se le publica no obstante aquí, por ser muchos los testimonios que existen en su favor.

## COMUNICACIÓN

**Recibida el 16 de Octubre de 1908, en la "Sociedad Magnetológica Paraguaya" de Asunción, por la célebre médium E. de A. (1)**

"Alabado sea el Señor, que le da la ocasión a éste su humilde Siervo de poner su palabra a instrumento de testimonio en favor de la más grande obra que en la humanidad haya venido, es decir de la "Vida de Jesús" que Él mismo dictara. Sí, ante Dios y en presencia del mismo Maestro, que me escucha, os aseguro, con que la obra ha sido dada por Él y que con toda certeza, por tanto podéis aceptar y defender su autenticidad.(2)

La obra sin embargo, no está terminada, pues el mejor médium escribiente buscado y preparado para el efecto, recibirá la segunda parte, más especialmente consagrada al esclarecimiento y amplitud de la doctrina. Ella os asombrará, por su profundidad y por sus nuevas revelaciones en cuanto al concepto y alcance de las enseñanzas del Maestro.

¡Felices de los hombres de la actual época, que vienen a reabrir tan luminosa prueba del inmenso amor que el Mártir del Gólgota tiene por los hombres!

Muy laboriosa será la segunda parte, pues ella será dada en una Sociedad Científica de Buenos Aires, cuyo control y rigores mantenidos al igual por los que sigan, harán que las comunicaciones lleguen a completarse recién a los dieciocho o veinte años.(1)

Agradezco con toda el alma al autor de la pregunta, por haberme proporcionado tan santo y dichoso cometido como es el dejar entre vosotros mi humilde testimonio a la gloriosa palabra del Maestro.

¡Gloria a Dios y bendito, mil veces bendito el nombre de Jesús, nuestro amorosísimo Maestro y guía!

JUAN APÓSTOL DE JESUCRISTO.

(1) La *Sociedad Magnetológica Paraguaya*, que tiene su local en los altos del "Banco de la República", es la más importante y antigua entre las de su género que existen en la República del Paraguay, y la médium Doña Edelmira, apodada la "Hada del bien", es famosa, no solamente por la exactitud e importancia de sus comunicaciones, sino también por sus curas portentosas, habiendo dado la vista a muchos ciegos y hecho caminar a muchos tullidos. Hasta tal punto se había impuesto que las autoridades de higiene la dejaban trabajar libremente y los mismos médicos la recomendaban.

(2) Son innumerables las comunicaciones que de todas partes se nos han remitido, de los más conocidos médiums que vienen en apoyo de la perfecta autenticidad de LA VIDA DE JESÚS DICTADA POR ÉL MISMO, pero todos los que la conocen afirman que basta su lectura para quedar convencido de ello, resultando superfluo todo otro testimonio.  
— O. R.

(1) Estas palabras cuyo significado nadie alcanzaba, quedaron explicadas cuando habiéndose clausurado la *Sociedad Científica de Estudios Psíquicos* de Buenos Aires, dos años después sus mejores elementos se reunieron para constituir el *Instituto Metapsíquico* con idéntico programa y propósito. — O. R.

N. de la C: La "Sociedad Científica de Estudios Psíquicos" y el "Instituto Metapsíquico" de Buenos Aires, son entidades disueltas.

## INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN CASTELLANA

HABÍA formado el propósito de no decir una palabra referente a esta obra, cuya traducción la emprendí con verdadero desgano, tan sólo cediendo a los numerosos y continuos pedidos de los subscriptores de la REVISTA MAGNETOLÓGICA y de otros amigos; pero confieso que muy pronto cambié de modo de pensar con respecto de ella, como lo demuestran las numerosas notas que le he ido agregando, y al terminarla en este momento, siento una verdadera necesidad de quebrantar, más resueltamente de lo que hiciera con las notas, mi primitiva resolución de abstenerme de todo comentario y de omitir cualquier introducción a la edición castellana. Es un deber de sinceridad el que ha venido a imponérseme en cierta manera, y como la sinceridad es una virtud inherente a todo Espíritu evolucionado, he querido siempre empezar por ella para llegar a serlo algún día.

No poca violencia me cuesta realmente el ocuparme del asunto, no tan sólo de la obra, en la forma en que voy a hacerlo, aun omitiendo la mayor parte de lo que podría y tendría que decir, si el espacio me lo permitiera, pues no dejo de abrigar mis temores con respecto de la manera como juzgarán mis confesiones algunos de los lectores, poco preparados aun para los asuntos del *Moderno Espiritualismo*, como es natural el suponerlo, por lo mismo que se trata de cosas recién puestas al orden del día.<sup>(1)</sup> Es cierto que muchos miran aún con ojos asustadizos y muchos con Incredulidad o falta de comprensión todo lo que se refiere el *fenomenismo medianímico*, con el cual justamente se relaciona una buena parte de lo que voy a decir. Mas, como se trata de hechos, mi único papel es el referirles con claridad y sencillez.

Diré, antes, que, como espiritualista independiente, no comulgo con ningún credo o religión, aceptando lo que me parece justo y verdadero, de donde quiera que ello venga. Así con respecto del Cristianismo más de una objeción había alimentado en mi Espíritu y muy pobre concepto me había merecido su fundador. Le concedía cuando más el papel de un ignorante y fanático iluminado, sosteniendo continuas polémicas al respecto en la Sociedad *Constancia* y sobre todo con sus ilustrados Presidente y Vice, señores Cosme Marino y Felipe Senillosa, que me honraban con su amistad y confianza.

Decíales, entre otros muchos argumentos: Aceptando en todo vuestras teorías con respecto de los Seres encargados de una misión sobre la Tierra, no es admisible que la Inteligencia Suprema eligiera la bárbara y atrasada Judea como punto de partida para la implantación de nuevas doctrinas, mediante una nueva revelación, si es que las llamadas revelaciones han tenido lugar alguna vez. No es admisible por lo tanto, la aparición de un Jesús, tal como lo pintan, y siempre aceptando la teoría de los *enviados*, en medio de un ambiente como el hebreo, que ningún prestigio tenía en el mundo civilizado, ni por su poder militar, ni por su comercio y riquezas, ni por las industrias, las artes, las letras, ni las ciencias.

**(1) No me refiero naturalmente a los que se sienten refractarios a todo lo que no se relaciona con el orden exclusivamente material de las cosas que son los verdaderos materialistas y que tampoco podrían dejar de serlo, por deficiencia de evolución cerebral en este sentido. Hay materialistas que lo son por convencimiento y no por convicción, debido a que el estudio y el análisis de los hechos los han convencido de la falta de fundamento del espiritualismo que se les había enseñado. No es de éstos de los que yo hablo, pues son en general los mejor dispuestos para el estudio del *Moderno Espiritualismo*.**

Roma dominaba el mundo por su poder y Atenas por su cultura; cualquiera de esas dos ciudades hubieran podido servir ventajosamente como centro de irradiación para las nuevas ideas y no se puede suponer en una inteligencia superior, nada menos que la de Dios, tanta falta de tino como para colocar a su enviado en medio de un pueblo pobre, atrasado y vencido, en lugar de aprovechar las ventajas que le hubieran resultado de la supremacía de Roma o Atenas.

La actuación de Jesús tuvo tan poca resonancia, que ningún escritor contemporáneo se ocupa de ella, a no ser el historiador hebreo Joseph, que sólo lo señala de paso, y aún se cree que ello representa una interpolación ajena al autor.

**Nota de la Comisión: Al presentar nuevamente revisada esta obra, nos hemos propuesto actualizar el desarrollo de los acontecimientos, correspondiéndonos dejar aclaradas por medio de la palabra de Jesús, algunas apreciaciones. He aquí lo que del Capítulo III — Segunda Parte — de este mismo libro transcribimos:**

"Error es el afirmar la falta de oportunidad para la nueva revelación en la Judea, por cuanto no era el prestigio del éxito, no era la victoria del fuerte llevada sobre el débil, no era el triunfo de las pasiones sanguinarias y el dominio establecido por el terror lo que podía dar fuerza de expansión a la doctrina del amor a nuestros semejantes, del perdón de las ofensas y de devolver bien por mal. Son justamente los débiles y los vencidos, los que sufren, los que tienen fe y hambre de verdad y de justicia, son ellos, justamente ellos los únicos que elevan sus miradas al cielo, y sus preces al Señor, y fueron justamente los pobres y los desheredados, los enfermos y los perseguidos, los que eran víctimas de la opresión de los poderosos, fueron ellos los que recogieron mis palabras y las llevaron a los cuatro vientos". (*Véase el Prólogo del Dr. Rehaudi en la 2 parte*)

La vida de Jesús, las profecías que la anunciaron, su nacimiento de una virgen por obra del Espíritu, la muerte de los inocentes, su predicación, sus milagros, la misma transfiguración, todo es una copia de los Vedas, de la vida y actuación de Christna, la segunda persona de la trinidad budista.

**En el Capítulo XXVI — Segunda Parte — se lee:**

"No déis importancia a la forzada semejanza de dos nombres escritos en idiomas diferentes, diversamente pronunciados y hábilmente acomodados para traer confusión entre los creyentes, por los que no lo son. Puedo sí aseguraros, que si en el tiempo de mi muerte, poco o mucho tiempo después que ello sucediera, un adepto del que se dice "Jezues Christna" hubiérale nombrado y mi nombre hubiérale pronunciado un hebreo cristiano, ninguna apariencia de semejanza hubiérase suscitado, viniendo a mayor diferencia sus nombres que el de Pedro con el de Juan, el de pez con el de pájaro... Así por tanto, no os dejéis llevar por las extrañas fantasías que han venido a echar sobre la obra de Jesús las apariencias del mito mediante maliciosas confusiones entre lo que realmente se dijo y se hizo en nombre del Padre y lo que se añadió de fabuloso y sobrenatural".

Finalmente, y después de agregar y ampliar los argumentos de los autores contrarios al Cristo, terminaba en mis polémicas confidenciales, por tratarlo de *atorrante* a Jesús, por no tener domicilio ni medio de vida conocidos.



Expongo todo esto con sencilla precisión porque se ligan con ello unas alucinaciones sumamente curiosas que, en verdad, no han dejado de impresionarme profundamente. Las referiré sin más, a objeto de abreviar.

Casualmente había tenido con algunos amigos una conversación referente a cuestiones filosóficas, la que había terminado con pareceres diversos respecto del Cristianismo y con mi opinión desfavorable para con Jesús; había regresado algo tarde a mi casa y, recién acostado, vi al lado de mi cama a una persona de pie, mirándome dulcemente pero con fijeza. Su presencia y su indumentaria eran las del mismo Jesús, tal como se le acostumbraba ver en pinturas y esculturas. Pero era tal la superioridad y dulzura de su expresión, era tal su idealidad, que no solamente no había visto nada parecido, sino que tampoco me lo había figurado. Me sentía al mismo tiempo envuelto por una *aura* tan suave, que se apoderó de mí un bienestar indecible. Me sentía penetrado, diremos así, por el pensamiento de ese Ser superior, y percibía la sensación como de que todas mis ideas se encontraban al descubierto, claramente reveladas, desnudas, ante sus tiernas miradas.

-¿Qué crees tú de mí? Preguntóme con voz y aspecto serio, pero de cariño.

-Que has sido un *atorrante*, (1) contesté maquinalmente.

-Sé que así piensas, dijo con suavidad.

En seguida, ya completamente posesionado de mí mismo, le pregunté a mí vez con vehemencia:

-Pero, dime: ¿Has tenido realmente conciencia de que desempeñabas una misión y de que eras un enviado?

Contestó, sin hablar, moviendo la cabeza tres veces en señal de asentimiento.

-Pero, en medio de las contradicciones y de la malevolencia que te rodeaban, ¿seguías creyéndolo con entera seguridad?

Igual contestación.

-¿Sabías que ibas a morir y aceptabas la muerte en apoyo de tus doctrinas con verdadera conciencia de lo que hacías?

Nuevamente la misma contestación.

-Y ahora, después de veinte siglos de tu predicación, viendo que los hombres no se apartan de sus discordias y maldades, ¿sigues con tus mismas ideas?

Moviendo una vez más la cabeza en forma afirmativa y señalando el cielo con el índice, dijo; Sólo por el amor será salvo el hombre.

**(1)Ésa era en realidad mi idea y la manifesté maquinalmente, casi puede decirse que se manifestó por ti misma al verse mis pensamientos completamente al descubierto. — O. R.**

Desapareció la visión o alucinación, dejándome en la más profunda perplejidad, sin moverme y sin saber a qué atinar durante largo rato.

El hecho no volvió a repetirse, pero al cabo de un año tal vez, experimenté una alucinación auditiva relacionada con el mismo Jesús.

Me encontraba en el Paraguay, terminando una carta dirigida al profesor García, Director entonces de la REVISTA MAGNETOLÓGICA, en la que me declaraba vencido al fin por las instancias que se me hacían para la traducción de la VIDA DE JESÚS y pensaba por qué tendría que ser precisamente yo el traductor de dicha obra, tales eran las insistencias con que desde hacía tiempo se me asediaba para el efecto, cuando oí distintamente estas palabras: Se te ha buscado por tu sinceridad.

La voz era perfectamente humana y di vuelta para ver quién la emitía, sin fijarme que se trataba de la contestación a una reflexión mental mía, lo cual demostraba desde luego que no tenía que vérmelas con un hecho normal.(1)

Efectivamente no descubrí a nadie.

Mas debo una explicación respecto de los repetidos pedidos en el sentido de este trabajo, que, como ya dije, yo no estaba dispuesto a emprender, habiéndome negado siempre a ello.

Hacía como unos cinco años que, encontrándome en la Redacción de *La Fraternidad*, me dijo su Director, mientras me mostraba un libro de tapas color de ladrillo: "Aquí tiene una obra *medianímica* que está haciendo mucho ruido, es la VIDA DE JESÚS, DICTADA POR ÉL MISMO. Todas las revistas se han ocupado de ella, tributándole entusiastas elogios. Sería sumamente útil que Ud., la tradujera."

-¿Tan luego yo? Ya sabe lo poco amigo que soy de estas cosas. Hay mucho de qué ocuparse y que considero de mayor utilidad.

Meses después encontré la misma obra sobre la mesa de Redacción de la *Constancia* y el Administrador, que me vio mirando el libro desde lejos, me hace la pregunta de si la conocía y si me animaría a verterla al castellano, pues eran muchos sus interesados.

Contesté en la misma forma que lo había hecho anteriormente, y como otras personas insistieran en aconsejarme la empresa, manifesté la opinión de que ella tal vez fuera más bien causa de perjuicios que de utilidad.

Más tarde el señor Ferraro, Secretario de la *Confederación Espiritista* se me presentó con el mismo ejemplar lo cual no era extraño, porque la *Confederación* celebra sus reuniones en el mismo local de *La fraternidad*, elogiando el trabajo, me indicó también él la conveniencia de su traducción, con igual resultado que en los casos anteriores.

**(1) En los dos casos, pero sobre todo en el primero, el fenómeno alucinatorio me tomó realmente de sorpresa, por cuanto ningún antecedente intervino para su producción; nada, ni remotamente parecido, había pasado por mi imaginación y nada**

**puede haberse presentado nunca con mayor espontaneidad. Sin duda alguna no ha habido en esto posibilidad de control; por eso designo el caso como *alucinatorio*, confesando no obstante que ha influido en mí como si se tratara de hechos reales. — O. R.**

Otra vez, yendo de visita a la casa del Dr. Cosme Marino, padre, me encuentro con el mismo ejemplar sobre su escritorio. Me habla él también muy favorablemente de la tal VIDA, por lo que había oído decir de ella y por haber encontrado pasajes notables al hojearla, y me pregunta si nó encontraría yo conveniente su traducción.

Insistí en la misma contestación, agregando que parecía no haber más que ese ejemplar en Buenos Aires, pues era siempre el mismo el que caía bajo mis manos, como si me fuera persiguiendo, tal vez por lo muy amigo que era yo de Jesús.

-Me había olvidado, dijo el Dr. Marino, que Ud., no quiere saber nada de Jesús, pero está Ud., en un grave error, por cuanto la idea religiosa está íntimamente ligada a la personalidad de Cristo en Occidente y únicamente bajo el prestigio de su nombre ha de evolucionar la moral entre nosotros. A más, la nueva revelación tiene ahora lugar dentro del Cristianismo.

-Yo, jamás, le contesté, he hecho derramar una lágrima a un semejante mío, ni aún entre mis compañeros siendo niño, pues me han sido completamente desconocidas las peleas de muchachos; jamás cometí tampoco la menor injusticia a sabiendas y he hecho todo el bien que he podido, aun perjudicándome, ello no obstante ni soy Cristiano ni quiero saber nada del Cristianismo, y si el Cristianismo jamás hubiera existido, no por esto la moral y el sentimiento religioso hubieran dejado de participar del progreso general en el mundo.(1)

El Dr. Mariño manifestó su disconformidad con argumentos y citas muy atinadas, pero que no me convencieron.

Fue algún tiempo después de esta conversación con el doctor Marino que tuvo lugar la extraña alucinación de la aparición de Jesús, a la que le cupo el poder de cambiar radicalmente mi modo de considerarlo a él y a su obra.

Tuve que irme más tarde al Paraguay, buscando en su benéfico clima y hermosa naturaleza un remedio para mi quebrantada salud, el qué tuve la suerte de hallar, reportando una notable, casi radical, mejoría. Fue entonces cuando recibí cartas del Director de la REVISTA MAGNETOLÓGICA, diciéndome que había vuelto a recrudescer el entusiasmo por la VIDA DE JESÚS y que a su juicio debía satisfacer el deseo de muchos buenos suscriptores. Que afortunadamente tenía un ejemplar en italiano, que le facilitara el señor Ezequiel Mazzini; éste también indicando la conveniencia de la traducción, y que con tal motivo había leído la obra quedando encantado de ella y completamente seducido por su estilo y, por su contenido. La obra se impone realmente al Espíritu del lector y si no es Jesús quien la ha escrito, o dictado, debe ser" otra persona igual a Él, como si fuera Él, tal es la influencia que ella ejerce en el ánimo de los que la leen; así, más o menos, me escribó.

(1)Refiero todo esto, que en si mismo carece de importancia, para demostrar el estado de mi Espíritu antes de la manifestación que tanto me impresionó,, por más que ella no parecía relacionarse con la VIDA DE JESÚS.

Mi contestación fue negativa, pero poco categórica, y a nuevas cartas, más débiles aún se hicieron las negativas, hasta que se me remitió el ejemplar prometido, que resultó ser el mismo que yo había visto en las diversas ocasiones a que me he referido. Este detalle también me impresionó, aunque nada de extraño tenía en verdad, por cuanto parece que no existía otro ejemplar en Buenos Aires.

Lo que realmente es extraño y lo que más que todo merece llamar la atención, es el hecho, que a muchos he referido, de la paralización que experimentaba en la mano toda vez que, al traducir algún pasaje que me resultaba difícil, pretendía introducir cambios en la dicción. Debía, pues, ceñirme todo lo más posible a la letra del original, por cuanto se me hacía imposible el escribir nada cambiado, a menos de tratarse de alguna modificación de simples palabras forzosamente impuesta por las diferencias del lenguaje; por cuanto la mano no obedecía ya a mi Voluntad, y si, haciendo un esfuerzo, lograba introducir alguna ligera modificación, la misma mano, arrastrada por una fuerza irresistible, borraba las palabras añadidas o cambiadas.

He creído un deber de conciencia el referir este hecho, que lo considero de suma importancia, por cuanto debido a él, ha resultado de una extraordinaria exactitud la traducción, y también porque el carácter misterioso que ha presidido al proceso de la traducción misma, hecha por quien menos que nadie hubiera parecido el designado para ello, ha venido a acentuarse mayormente aún mediante tal fenómeno.

Se trata realmente de hechos anormales, tanto en este caso como en los dos anteriores, hechos cuya referencia no me ha de favorecer ante la opinión de los más, por la falta general de conocimientos en las materias que atañen al *mediumnismo*.

Bien sé que, salvo casos especiales, el escritor debe manifestarse siempre de acuerdo con el color y grado de la intelectualidad de sus lectores, sin adelantarse imprudentemente a la época (1) y al plano general de la inteligencia, so pena de caer víctima del desnivel en que vendrían a quedar recíprocamente colocados, el uno con respecto de los otros; pero sé también que es grave error el de mantenerse siempre dentro de la rutina de esas ideas viejas, tan sólo por el temor egoísta de comprometer su propia reputación de hombre reposado y de reflexión madura, con que los espíritus conservadores suelen ser distinguidos por las mayorías.

**(1) Sin ser Espiritista, ni mucho menos (he dicho ya que no pertenezco a ninguna escuela determinada) comprendo que el mismo se encuentra fuera del alcance de la generalidad de los hombres. Como doctrina moral, no siendo otra cosa que el mismo Cristianismo, sus preceptos son claros y sencillos, aunque moralmente superiores a su ejecución en la práctica por parte de los adeptos pero el lado filosófico es ya más difícil, siendo la llamada Teosofía una prueba de las complicaciones que pueden resultar en su estudio. La inventiva teosófica efectivamente, que llega hasta a dotar al alma de un *cuerpo de los deseos* y que se averigua de manera como para constituir dentro de un *régimen septenario* todo el desarrollo de sus teorías, demuestra cuán fácil es desviarse cuando se abandona el terreno positivo para lanzarse en el campo de las divagaciones filosóficas. Lo verdadero es lo positivo, lo que de alguna manera constituye una realidad. La Teosofía desprecia el fenomenismo, adelantando en cambio afirmaciones, no abonadas por hechos, sobre las que levanta un edificio, que se aleja tanto más de la verdad cuanto más se eleva. La Teosofía es, pues, una desviación mística del Espiritismo teórico.**

Lo justo y lo lógico sería que, sin hacer saltos, imprimiendo sacudidas bruscas a la tranquila superficie de las aguas de la intelectualidad general, buscara cada uno de provocar un pequeño movimiento de avance al conjunto de las ideas y del pensamiento de las masas, colaborando personalmente así, todo el que escribe, a la gran obra del progreso humano, en lugar de contribuir al estancamiento de las facultades superiores del Espíritu. Debido a tal creencia es que me he animado a hacer las manifestaciones sinceras que anteceden, con respecto de lo que me ha sucedido en el sentido del *fenomenismo medianímico* y que designé como *casos de alucinación*, por la falta de control, único que, establecido con rigor, hubiera podido empujarnos al estudio de dichos fenómenos, como de algo realmente objetivo.

Con todo, la índole misma de esas alucinaciones y el momento en que se produjeron, son de naturaleza como para dar algún prestigio al protagonista de la obra, que yo habría de traducir más tarde, y a la obra misma, empujándonos de alguna manera hacia el sentido religioso de su contenido.

Ya que de ello tratamos, voy a permitirme también relatarlo que en igual sentido sucedió con la distinguida señora María Z. de Brignardello, miembro activo de la Sociedad *Constancia*.

Me encontraba yo algo adelantado en la traducción de la VIDA DE JESÚS, cuando dicha señora vino a visitar a la mía. Creyéndola yo al cabo del trabajo que estaba cumpliendo, le hablé de él y del entusiasmo general, manifestado por infinidad de cartas, con que había sido acogido.

Supe que la señora, no recibiendo ya la REVISTA MAGNETOLÓGICA, nada sabía sobre el particular y, con el propósito de bien enterarla, le leí el bello prólogo del Capitán Volpi, y diversos otros fragmentos, entre los cuales se encontraba el retrato que Jesús hace de sí mismo. Esta parte noté que la señora la escuchaba con marcada contrariedad. Manifestó, sin embargo, la buena impresión producida en general, por la lectura y se retiró llevándolo que le entregué de la traducción.

Algunos días después fuimos, mi esposa y yo, a la casa de ella y me recibió diciéndome: estaba impaciente por referirle un hecho extraordinario que me ha sucedido, fuera de toda expectativa de mi parte. Yo había leído la descripción del retrato de Jesús, siguió, en una obra que trataba de Él y que mucho me había agradado, tomando como de todo punto exacto lo que al respecto decía. Cuando oí después lo que Ud., me leyó en lo referente al físico del Maestro, me impresionó desagradablemente la marcada diferencia que resultaba entre los dos retratos, el que conocía ya y tenía por cierto y el de la lectura de Ud., callé no obstante, diciéndome: tal vez no he oído bien.

La misma noche, llegada a mi casa y dispuesta a acostarme, resolví volver a leer antes lo del retrato. Su lectura me confirmó en mi juicio primitivo, causándome verdadero desagrado lo que consideré una inaudita *mistificación*.

Me fuí al lecho bajo esa impresión, después de haber encendido, como de costumbre, la lamparita de noche.

Me había acostado recién, cuando fijándome en un cuadro de Jesús que tengo en frente, me pareció que movía los ojos, miré mejor y el hecho se me hizo evidente; los ojos se movían sin duda alguna y me miraban con una expresión tan delicada y tan suave, que no podría definir.

Veía al mismo tiempo que la imagen se iba agrandando y destacándose del cuadro, iba tomando cuerpo y asumiendo poco a poco los caracteres de la realidad. La duda no era posible, la evidencia estaba ante mis ojos. Ya no eran tan sólo los ojos, sino toda la cara y después el cuerpo entero que se veía, claramente en medio de una luz diáfana, tenuemente azulada, que había ido inundando todo el aposento.

La persona, era ya la persona de Jesús, toda ella, cubriendo naturalmente el cuadro, que vino a desaparecer detrás de la tan inesperada como portentosa visión, se movió lentamente hacia mí, como si se deslizara sin tocar el suelo.

La luz que la rodeaba, con una claridad realmente celestial, me permitió ver con precisión esa fisonomía, sin igual por su belleza y por el idealismo de su expresión. Los rasgos de ella, el color de sus ojos, todo respondía exactamente con los del retrato que el libro hacía del Maestro.

La visión persistió algunos minutos y durante todo ese tiempo, y después, me sentí enteramente envuelta y compenetrada por una atmósfera bienhechora, tan tenue y tan suave, que nada de parecido había percibido nunca, ni me lo había imaginado. Producía aquello místico arrobamiento.

Desvanecida la aparición, seguí sintiéndome como dulcemente dominada por esos benéficos efluvios, que producían en mí un bienestar desconocido, y me dormí como poseída por un sentimiento de devoción, bajo la impresión de que realmente había sido el mismo Jesús, quien se presentaba en persona para testificar la exactitud del retrato que nos hace de sí mismo en esta su historia y para darle al mismo tiempo a la obra todo el prestigio que podía deducirse de tan extraordinario fenómeno, producido en su favor (1) He quedado así profundamente convencida que **la VIDA DE JESÚS, DICTADA POR EL MISMO**, es realmente verídica.

Conviene recordar que la señora de Brignardello se había retirado de mi casa mal dispuesta para con el nuevo retrato de Jesús y que esa mala disposición se hizo extensiva a todo el libro cuando volviéndolo a leer ya en su casa, dijo: *esto es una mistificación*. Se recogió, pues, en su aposento con esa impresión y encontrándose bajo ella es cuando tuvo lugar el fenómeno, de todo punto inesperado.

(1) Si suponemos que estas alucinaciones tienen una causa consciente que se hubiera propuesto hacer resaltar el valor de la VIDA DE JESÚS, habría que convenir en que el objeto fué alcanzado. Lo único, sin embargo, que nos empuja a esa suposición es el mismo resultado de las alucinaciones, alucinaciones que, si quisiéramos catalogarlas como *verídicas*, nos encontraríamos con la absoluta falta de control. Lo único que podríamos decir, es que existe un cúmulo de circunstancias, que por raras coincidencias, todas ellas se aúnan para dar valor a la obra y comunicarle un carácter de elevado misticismo. La Sociedad Real de Ciencias, en Londres, ha reunido y estudiado una gran cantidad de fenómenos de *alucinaciones verídicas* y merece sobre todo leerse la obra que, justamente con el título de *Alucinaciones Telepáticas*, publica la Comisión salida de la docta asociación, formada especialmente por los señores Turney, Myers y Podmore. Pero todo esto se refiere a cuestiones complicadas, de que no puede tratarse así como de paso.

Lo más curioso es que estas apariciones, las llamaremos así se han repetido con diversas otras personas, a menudo durante el sueño, pero otras veces durante la vigilia, con personas recíprocamente desconocidas y que en ocasiones resultaron sorprendidas por la manifestación, como en el caso de la señora de Brignardello, por no tener antecedentes de ninguna clase al respecto y resultarles completamente inesperado el hecho. Pero sólo refiero la que antecede para evitar las que resultarían inútiles repeticiones, pues, salvo variantes de detalle, todas ellas se parecen. Como quiera que sea, se ve claramente de lo que antecede, así como de lo dicho en el bello prólogo de la traducción italiana y del contenido y estilo de la obra misma, se ve de todo ello algo así como el anuncio de una era nueva de labor Cristiana, como si el Maestro volviera por sus fueros, ocupando el lugar que le corresponde en medio de este intenso movimiento espiritualista, que se evidencia en todas partes desde hace poco más de medio siglo.

La moral y el sentimiento religioso no son nada fuera de la idea espiritualista, única que les presta verdadero apoyo, después de haberles dado la existencia, si no que, ella debe ajustarse severamente a la verdad para tener valor efectivo en sí misma. Si la idea espiritualista, para defender los fueros de su tradición, se declara contraria a las verdades que van descubriéndose con el progreso de las ciencias, como sucede con el espiritualismo inculcado por las religiones y con el enseñado por la filosofía clásica, perdería todo su prestigio, porque la verdad nunca puede ser contraria de la verdad.

Esta VIDA DE JESÚS viene a prestar un importantísimo servicio en este sentido, dejando de lado, como no existidos, muchos acontecimientos, que hacían inaceptable para la mayor parte de los estudiosos la persona del Cristo, devolviéndola así a la realidad en momentos en que se hacen esfuerzos con marcada generalidad para relegarla a la categoría de las leyendas.

Gana de este modo la verdad y gana sobre todo la moral y el sentimiento religioso, que se asientan y siempre deben asentarse, sobre ella.

Los más acostumbran establecer una separación profunda entre lo ideal y lo real. Es porque ignoran que a menudo hay mayor realidad (1) en lo que no se ve, que en lo que se ve, pues en lo desconocido se encierra todo un infinito de realidades, mientras que nuestros cinco pobres sentidos (2) sólo nos ponen en relación con una parte ínfima de lo que existe, lo demás es para nosotros como si no existiera. Conformémonos mientras tanto con lo que hemos alcanzado y con lo que paulatinamente vamos alcanzando, demostrándonos, sobre todo, siempre sinceros, dispuestos a aceptar lo verdadero de donde quiera que ello venga.

Conviene recordar aquí que se le debe al progreso de la ciencia, hasta ahora en constante lucha con todas las religiones, el gran paso dado hacia adelante por la humanidad. Es a ese progreso al que se le debe el haber roto las cadenas que tenían estrechamente ligado el pensamiento del hombre a preocupaciones retrógradas y a doctrinas perversas, que llegaron a santificar los crímenes más horribles por la inquisición y a inundar el mundo entero en ríos de sangre, con sus intrigas religiosas en Europa, con las cruzadas en el Asia y con la conquista en América.

(1)Véase el apéndice titulado *La Realidad de mi obra Apuntes sobre Espiritualismo Experimental*. (Obra agotada).

(2) En mi reciente obra *Elementos de Magnetologia* se encuentra delucidado, con relativa amplitud, lo que es del alcance de nuestros sentidos y de lo que puede alcanzarse por medios indirectos, es decir con el auxilio de instrumentos.

Mas una cosa es el sentimiento religioso y la moral y otra cosa son las religiones. Se esfuerzan justamente la moral y el sentimiento religioso por encauzar por recto sendero la mentalidad humana, elevándola de entre los atavismos de nuestro origen bestial. No culpemos por lo tanto a nada y a nadie de lo que sólo es el fruto de nuestras bajas pasiones. Dejemos ese pasado de oprobios, y miremos cara a cara el porvenir, imponiéndonos como dogma esencial de nuestras creencias la obligación estricta de hacer cada uno todo cuanto esté de su parte en favor de la dignificación humana, mediante la cultura de la inteligencia, la elevación del carácter y el brillo de nobles y levantados sentimientos.(1)

*LA Comunicación "Llamad y se os abrirá — Pedid y se os dará", que precede a la de Sara la Hebrea en las anteriores ediciones, se la ha colocado al principio del segundo tomo por haberse recibido en Buenos Aires por el médium XX, a quien se le debe precisamente la Segunda Parte de la Obra.*

(1)Este prólogo fué escrito sin tener a la vista las *Dos palabras* del traductor que van más adelante y que, publicadas dos años antes, fueron en verdad olvidadas por mí, debido a los dolorosos trastornos de la revolución del Paraguay, en donde me encontraba entonces, de Julio de 1908, volviendo a sufrir mi salud graves trastornos que me obligaron a regresar a Buenos Aires. Los dos escritos reflejan mi modo de pensar, en dos momentos diferentes; ellos se complementan, aunque, si yo lo hubiera recordado, uno de los dos no hubiera aparecido. Vaya ello en la suma de lo imprevisto e involuntario que ha ido manifestándose en la publicación de esta obra. — O. R.



## COMUNICACIÓN DE SARA LA HEBREA (1)

HABÍAN transcurrido muchos días desde los hechos referidos y nada había yo vuelto a saber de Jesús, cuando tuve que acudir al templo con motivo de las fiestas de Pascua. En el atrio me encontré con algunas muchachas, entre las que estaba María, la hermana: se les veía con el semblante descompuesto y corrían. Yo le pregunté a ésta: María, me das noticias de Jesús? - Ven, me contestó, si todavía quieres verlo. - Corrí, y todas fuimos juntas. - ¿Adonde me lleváis? Pregunté. -Ven, si quieres, me contestó nuevamente María. A mitad de camino nos encontramos con la bella María, conocida por la Magdalena, que llorando desesperadamente nos acompañó, y llegamos así corriendo ante la puerta del palacio del gobernador de Jerusalén de entonces, el que se llamaba Pilatos. Había un gentío tal delante de esa puerta, que era imposible el pasar, y unos vociferaban, otros golpeaban hierros ruidosamente, otros gritaban a voz en cuello, en fin, jamás había oído yo una baráunda tan grande. A fuerza de irnos introduciendo, llegamos hasta el patio y pude ver. - ¡Dios mío!- ¿Quién me hubiera dicho que habría de volverlo a ver a mi Jesús en semejante estado? -Estaba casi desnudo, con todo el cuerpo ensangrentado, con el cabello y la barba medio arrancados, con los ojos inundados en llanto pero con el semblante tranquilo; las mujeres no pudimos resistir semejante espectáculo: la Magdalena se desmayó, María lloraba, y yo, yo nada veía ya. Salimos de entre la turba y para vernos libres más pronto de ella, atravesamos el pórtico del palacio; un hombre llamado Saimod estaba sentado en las gradas del pórtico; tenía la cabeza apoyada entre sus manos y grandes gotas de sudor le corrían desde la frente hasta el suelo. Yo lo amaba a Saimod de amor y me le acerqué por lo tanto. Oí que hablaba y escuché: El cuerpo sufre, el Espíritu ora, el filósofo lucha; he ahí a Jesús.-Saimod, le dije, ¿a quién hablas así? - Percibió entonces mi presencia, y Jones, me dijo, ¿qué haces aquí? - Vine a verlo a Jesús, le contesté, mas ¿por qué ha sucedido esto? - Ven siguió él, ahora Jesús descansa, porque sus verdugos están cansados; ven y te contaré lo sucedido, pero acuérdate, oh, Jones, que grandes cosas están por suceder, acuérdate que hechos que no volverás a ver se presentarán hoy. ¿Ves el Sol que resplandece? - De aquí a pocas horas se oscurecerá; ¿ves la Tierra inmóvil? - De aquí a unas horas se agitará. - ¿Quién te ha dicho eso? le pregunté. - Los astros y el viento.

Saimod era un hombre original e incomprensible, que siempre hablaba con obscuridad; por eso nada más le pregunté, concretándome a saber si debía quedarme con él. - Quédate, me contestó, hasta mañana. - Mientras tanto volvió a sentarse en el escalón y yo a su lado, y no habló nada más.

Yo me puse a mirar lo que sucedía delante de mí. Las mujeres que me acompañaban todas habían salido; la Magdalena, vuelta en sí, entró nuevamente, y se había tirado al suelo, con los cabellos empapándose en la sangre de Jesús, lloraba, lloraba, Jesús se encontraba sentado al pie de una columna, inmóvil como un muerto, con la mirada fija en el suelo, percibiéndose uno de que estaba vivo por un temblor que por momentos le recorría todo el cuerpo; una infinidad de soldados daba vueltas por el patio dirigiéndole palabras vituperables a la Magdalena, mientras se reían groseramente entre ellos.

¡Oh! - ¡Cuan negras eran sus almas! - ¡Cuan malos eran todos ellos! - El pobre Jesús no los maldecía, si no callaba.

Amigos míos, semejantes recuerdos no sabéis vosotros cuánto me hacen sufrir; permitidme, pues, que recobre fuerzas en los espacios superiores. Otra vez volveré.

SARA.

## PREFACIO DEL SEÑOR VOLPI

EN 1885 el ANTI-MATERIALISTA de Aviñón, revista dirigida por el Sr. René Caillé, publicó esta obra obtenida mediumnícamente en francés. Yo recibí una copia, que dejé descansar en mi pequeña biblioteca, sin tomarme el trabajo de leerla, durante algún tiempo, por no atribuirle valor alguno. Sino que, seducido, por la confianza que me inspiraba el excelente director del *Anti-Materialista*, quien recomendaba el libro a la seria atención de los estudiosos, me puse a hojearlo recibiendo una profunda impresión de su rápida lectura. Volví a leerlo repetidas veces resultando cada vez mayor la impresión, hasta llegar a la más completa convicción respecto de su identidad. El conocimiento cada vez mayor que yo adquiría respecto del *moderno espiritualismo* me ayudaba mucho para formarme este sano criterio: ¡Nadie, fuera de Jesús, puede haber dictado el libro que tengo bajo mis ojos! — Del mismo modo que, oyendo hablar una persona desconocida para nosotros, de la firmeza de sus expresiones, conforme a la lógica de las ideas y del amor cálido y enérgico, que nunca se desmiente, recibimos el convencimiento de que ella no nos engaña; idea que se convierte en íntima certidumbre cuando sus enseñanzas resultan completamente *desinteresadas* y en continua armonía con los hechos e ideas que se agitan en medio de la incertidumbre de la mente y del alma; tal aconteció conmigo ante la obra de Jesús.

Frente de ello se concibe también la energía característica, el amor inmenso y la constantemente admirable fuerza de voluntad que llevaron al Gólgota a AQUEL que así habla.

Desmiente a todos los que quieren hacerlo pasar por el único hijo de Dios, mientras asegura, en cambio, que todos podemos llegar, después de repetidas existencias, a su elevación, trabajando nuestra alma en el sentido de la luz divina. Confirma implícitamente lo dicho por Allán Kardec, sin nombrarlo, y lo explica en ciertos puntos esenciales, que éste, o no trató o lo hizo confusamente.

Hubo quien, sin dudar de la sinceridad de la señora médium, la acusó de automatismo (¿cuál?) y creyó poder probar que las ideas manifestadas en esta obra carecen de la firmeza y de la elevación de ideas propias del grande y genial reformador; como igualmente se le combate por los que creen que Jesús es el único hijo de Dios. Se precisaría algo más que un simple artículo de diario para convencerlos que todos ellos se encuentran en un grave error; pero no pudiéndolo hacer aquí, me parece conveniente referir lo que han dicho de este libro varios personajes ilustres y de edad avanzada, acostumbrados a dar con calma a las cosas el verdadero lugar que les corresponde.

José Zolli, uno de los *mil*, profesor de matemáticas, bien conocido por sus obras, me escribió como sigue respecto de la obra. (Véase *Il Vessillo* de febrero 1902):

He leído, vuelto a leer y releer, más y más veces, la Bellísima VIDA DE JESÚS. Estoy entusiasmado de ella, no habiendo leído jamás una obra más hermosa y elevada.

Ella exhala algo *realmente superior*. Es un libro que reúne el arte a la santidad constituyendo tal vez en su sencillez el libro más espléndido.--- Cuanto más se lee, más se le aprecia.

El distinguido abogado G. Sforza, miembro del Consejo de Apelación, escribió (Véase *Il Vessillo* de febrero 1900):

"Al emprender la lectura de este libro me asaltó la duda respecto de la realidad de su origen medianímico. Pero no había llegado aún a la mitad que toda duda había por completo desaparecido en virtud de este sencillo raciocinio: Si negara su origen medianímico tendría que admitir en la autora un ingenio poca común, una profunda cultura y minucioso conocimiento de los tiempos y lugares en que se desarrolló la vida de Jesús, y todo ello unido a un exquisito sentimiento ético, desarrollado a tal punto de constituir su propia esencia personal. Pero una mujer dotada de semejantes dotes se encuentra indudablemente en las condiciones de producir una obra original, y, hasta prueba en contrario, no será jamás creíble que ella haya querido negarse a sí misma presentando una obra ajena, cuyo mérito en nada podría corresponderle. Para poderlo creer sería necesario tener entre manos una razón digna del sacrificio y esta razón no podría ser el prurito de aparecer como médium, compartiendo así una prerrogativa con "muchas otras personas, muy inferiores seguramente a las dotes reveladas por la escritora. Por lo tanto no existe ningún motivo para dudar del origen francamente medianímico de este libro".

El príncipe Wisniewski me escribió así (Véase *Il Vessillo* de Octubre 1899): "Este libro es la luz venida del cielo". Es un verdadero acontecimiento. Finalmente, después de tantos sofismas, contradicciones y supersticiones contenidas en una biblioteca tan voluminosa, que si se le arrojara al Pó su curso quedaría interceptado y desviado, nos es permitido leer la verdadera vida, la verdadera misión de Jesús, depurada de las escorias de la tradición con que los siglos la han desfigurado.

"Tiene Ud., razón al decir que leyendo este libro se siente uno hablando con el dulce Mesías de Nazaret; tal es el timbre de verdad que resalta en él, verdad expresada con la mayor sencillez y el más grande desprendimiento de la vida material, como Él lo demostró durante su corta estada en este Planeta".

Esta opinión ha sido manifestada también por la *Revista Freya* (Argentina), que transcribió una parte de ella. Dejo de citar otras revistas, que se han manifestado en una forma sumamente favorable con respecto de la obra, para ocuparme únicamente de *L'Harbinger of Light* de Melbourne (Australia).

El Sr. James Smith, antiguo y conocido colaborador de dicha revista, escribe lo siguiente: (Véase *Il Vessillo Spiritista* de Diciembre 1899): "En la VIDA DE JESÚS escrita desde el principio hasta el fin por una señora francesa, traducida al italiano por Ernesto Volpi y publicada en Vercelli, se encuentran muchos pasajes fundamentalmente idénticos a una serie de comunicaciones que demuestran su común proveniencia de una misma fuente, las cuales se recibieron en esta ciudad (Melbourne) durante los últimos siete años, por conducto de tres diferentes médiums en posesión, desde el 1892 al 1899 casi, los que fueron empleados como canales para su transmisión.

"Ello parece indicar que han emanado de una misma fuente." Como ejemplo transcribo aquí en columnas paralelas las siguientes palabras, que se refieren a Judas Iscariote:

## VIDA DE JESÚS

*(Traducción de Ernesto Volpi)*

¡Pobre Judas! En mis últimas horas has ocupado más que nadie mis pensamientos, y mi alma se inclinaba hacia la tuya para hablarte de esperanza y de rehabilitación.

Perdido; se dijo perdido al que traicionó a Jesús. ¡Oh! ¡No! Nada se pierde de las obras de Dios, todas están destinadas a ser grandes, todas se verán honradas, aunque todas empiezan arrastrándose penosamente sobre la ladera de la montaña, para iluminarse después con los fuegos divinos al llegar a la cima.

Hay que hacer presente aquí, que según las dos vidas de Jesús, Judas no traicionó por avaricia de dinero, sino por celos, por envidia de las preferencias de que eran objeto por parte del Maestro, Juan y Pedro. (Véase *II Vessillo* de Noviembre 1899).

El Sr. James Smith, entre otras cosas, dice lo siguiente:

"Entre los muchos pasajes notables de este libro precioso, resaltan esos vivos retratos que Él hace de Juan Bautista, de Salomé esposa de Zebedeo, de Sócrates (precursor del Nazareno), de María de Betania, de María de Magdala, del Apóstol Marcos, de Poncio Pilatos y de otros personajes del Nuevo Testamento, por los cuales se adquiere una idea más clara y definida en esta Vida de Jesús, que en los mismos Evangelios, que no nos dan sino un simple esbozo, mientras que en estos retratos los vemos casi como si estuvieran vivos".

Por lo que respecta, por otra parte, a la elocuencia característica que se destaca en toda la obra, a esa unidad esencial que domina en todas sus partes, a esa sublime eliminación del Yo, jamás olvidada en la constante adoración hacia el Padre de Él y de todos los hombres, en ese sentimiento divinamente admirable de religión y de moral que inculca, yo no me atrevo casi a hablar con esa entusiasta admiración que la religión de este libro me ha inspirado por temor de que se me tache de exagerado. Sería una verdadera desgracia para los espiritualistas de la Gran Bretaña, de los Estados Unidos, del Canadá, de Australia, de Sud América, Francia, España, Alemania, Austria, Hungría, si a este libro no

## VIDA DE JESÚS

*Obtenida medianímicamente  
en Melbourne (Australia)*

¡Pobre Judas! Ahora yo tengo piedad y lágrimas para él.

Hasta ahora todos lo han calumniado e injuriado como a un imperdonable traidor.

Pero no obstante deberían compadecerlo, mientras nadie tiene, en cambio, una

lágrima para el pobre Judas. Yo que fui traicionado por él, lo perdono — desde

entonces y él ha progresado después

convirtiéndose en maestro como aun lo es; si

bien no revela su nombre cuando habla,

debido a la marca cruel de oprobio con

que lo ha señalado el hombre.

Sepan ellos que ni una sola alma

será o podrá ser perdida y que entre los

ángeles puros y gloriosos que son dignos

de encontrarse en presencia del Padre, no

hay uno solo que no haya pecado y

sufrido, que no haya hollado el duro

sendero del pan de la tribulación,

justamente como yo hice.

se le tradujera en inglés, alemán, español y nuevamente en francés, habiéndose perdido el original y no habiendo quedado más copia que la conseguida por mí.

Habiéndome asaltado la duda de que los médiums de Melbourne hubieran podido llegar a conocer el libro LA VIDA DE JESÚS, escribí al Sr. James Smith, rogándole que me sacara de dudas al respecto. He aquí su contestación con fecha 15 de Agosto de 1901:

"Contesto a su pregunta sin pérdida de tiempo: es completamente imposible que alguna de las tres médiums (una de ellas ha muerto) pudiera conocer el contenido de su libro, porque las dos vivas son analfabetas, y la muerta poco le faltaba para serlo. Ninguna de ellas conocía una sola palabra de francés ni de italiano." Sucedió efectivamente a menudo, que ellas no comprendieran las comunicaciones que se recibían por su conducto como médiums parlantes, siendo superiores a su limitada comprensión.

James Smith agrega:

Le ruego que disculpe mis tentativas imperfectas para escribir en italiano, al transmitirle estas borroneadas líneas dándole la última comunicación recibida del Maestro en el Círculo en presencia de varios visitantes extranjeros:

"Queridos hijos, una vez más me encuentro entre vos-otros por aquello de que do quiera se encuentren corazones amantes, yo me presento. Algunos hombres dicen que yo no puedo venir a la Tierra. ¿Pero por qué no? Por su sola mala voluntad de recibirme. Si el cordón magnético fuera bastante fuerte, el que ahora os habla, vendría muy gustoso a transmitirlos las palabras de ternura que os trae de nuestro Padre." Algunos me llaman Hijo de Dios; mas no sois todos hijos de Dios? ¿Creéis que el Padre tiene hijos preferidos? Jesús de Nazaret no es más querido de Él que el paupérrimo Ser que se arrastra sobre la tierra. Dios ama todas las cosas que ha creado, desde el más pequeño insecto hasta las obras más grandiosas salidas de sus manos. Por eso todos son sus hijos, todos son iguales en su corazón divino.

El Sol resplandece igualmente sobre los malos que sobre los buenos y vivifica todas las cosas bellas y útiles al hombre, para el sostén y para la alegría de todos.

No creáis nunca imposible que Jesús de Nazaret venga hacia vosotros siempre que tiréis de las cuerdas de la simpatía y del amor. Heme aquí, estoy vivo.-¡Ah-¡Cuánto me aflige nueva crucifixión que me hicieron sufrir los hombres al pretender hacerme igual al Padre para adorarme como a Dios! ¡Qué sacrilegio! ¡Qué profanación! ¡Cuál blasfemia la de adorar a la criatura en lugar que a Dios!

No creáis que es más sorprendente mi vuelta a la Tierra que la de vuestros parientes y amigos. El mensaje que os traigo es el mismo que traía en los tiempos antiguos.

"Amaos los unos a los otros, y ayudaos a sobrellevar vuestras respectivas cargas. Ruego a nuestro Padre que os bendiga y os ampare ahora y por toda la eternidad".

De este modo nuestros antípodas tuvieron manifestaciones de tal naturaleza de no dejar duda respecto de la autenticidad de la obra medianímica. LA VIDA DE JESÚS, escrita por una médium anónima francesa bajo el dictado de Mesías Nazareno, manifestaciones

superiores a las representadas por los Evangelios, mientras los iluminan en diversos puntos a éstos. En Europa me place citar: 1º *Sara la Hebrea (Anales del Moderno Espiritualismo* pág. 114, 148, año 1873) en que se describe la tremenda batahola que el pueblo produjo delante de Pilatos, confirmando con ello nuestra comunicación; 2º *Herculanum*, libro medianímico (2 volúmenes) de Wera Krijanowski, hija del general del mismo nombre, en que vienen a quedar iluminados algunos pasajes de los Evangelios, entre los cuales aquellos que, por el lugar y las circunstancias, ponen en claro lo referente al SERMÓN DE LA MONTAÑA, tal como lo indica la comunicación de la referencia. Recientemente la Sra. Wera Krijanowski recibió el nombramiento de oficial de la Academia Francesa.

Los dos médiums nombrados no conocían LA VIDA DE JESÚS.

Conviene citar también al Sr. Aquiles Brioschi, que aún siendo completamente contrario al espíritu del libro, por cuanto cree que Jesús es el único hijo de Dios, me escribía no obstante en 1889 lo siguiente:

"Le hago presente que nosotros también tenemos comunicaciones sumamente favorables a ese libro, justamente obtenidas por la mediumnidad de una señorita a más de instruida e inteligente, médium vidente, las que afirman que el libro hará mucho bien y que ha sido obra santa el publicarlo. Esta señorita goza de la fama de santa".

El sacerdote Guido Piccardi, tan contrario a la obra elogiada, por su convencimiento de que Jesús es el único hijo de Dios, y habiéndome escrito sobre el particular, como lo manifesté en el *Vessillo* de agosto de 1899, tuvo más tarde que manifestarme que había recibido repetidas comunicaciones medianímicas sinceras y contrarias a su modo de opinar.

No quiero tampoco olvidar la distinguida Virginia Amelia Marchioni, profesora, que yo veía por la primera vez, quien, buscando amablemente de contestar a una pregunta mía de carácter espiritualista, cayó de improviso en posesión, palideciendo intensamente y debilitándosele la voz y me dijo que era realmente de Jesús la obra que me interesaba. Comprobé de una manera que no dejaba lugar a dudas el estado de *trance* en que se encontraba la distinguida señorita, que al volver en sí recobró su voz y sus colores naturales.

Yo poseo un cuadro medianímico hecho al lápiz por el médium Favre y que representa la cabeza de Jesús, a cuyo anverso tenía la costumbre de escribir lo que resolvía llevar a cabo, sin hacerle después correcciones. Después de casi catorce años que yo poseía LA VIDA DE JESÚS DICTADA POR ÉL MISMO A LA MEDIUM SRA. X... y después de algún tiempo que acariciaba la idea de publicar su traducción, efectuada por mí, me desperté una mañana con la resolución hecha de llevarla sin más a la imprenta.

Me levanté, coloqué el cuadro sobre una mesita con el propósito de escribir en el anverso del retrato la promesa solemne de efectuar mi propósito tan luego estuviera vestido.

Mientras me vestía eché una mirada sobre el cuadro, cuya cabeza había cambiado de aspecto y de posición, ofreciéndoseme a mi vista una verdadera cabeza viviente. Ella se dirigía dulcemente hacia el cielo con una intensa expresión de adoración y de plegaria; pero lo que más me impresionó fueron sus ojos de una expresión sin igual, húmedos, dirigidos hacía las regiones supremas, llenos de una alegría indescriptible.

Escribí mi promesa y la primera traducción vió la luz.

Así, después de treinta años de constantes estudios de los cuales doce los pasé como director del *Vessillo Spiritista* en medio del progreso, lento pero seguro, de nuestras doctrinas, pasando por encima de las muchas, banales y groseras mistificaciones, a las que desgraciadamente ofrecen oportunidad estas materias; tomando nota de lo que se dice por científicos y no científicos respecto del *Moderno Espiritualismo* - ¡qué Dios los ayude! - afirmo con el estricto sentido de la palabra, que estoy bien seguro de la identidad medianímica de esta obra, de luz, la cual me proporcionó tantas alegrías morales, como ninguna otra escrita hasta ahora, y me brindó con una constante y elevada dirección, llena de consuelo y de razón, para la marcha de la vida terrenal. Con estos sentimientos público la segunda traducción.

ERNESTO VOLPI.

## DOS PALABRAS DEL TRADUCTOR 1

DR. OVIDIO REBAUDI

Yo profeso el mayor respeto hacia todas las opiniones sanas y especialmente hacia las que tienden a cimentar la idea del bien, a levantar la moral y a propiciar todo aquello que puede ser la base o un medio para elevar los Espíritus por encima de la materialidad de las cosas que de continuo nos rodean. Por eso he cedido gustoso a las instancias de muchos espiritualistas, deseosos de conocer la interesante VIDA DE JESÚS que va a leerse, traduciéndola del italiano para que pueda ser publicada en nuestro idioma por la REVISTA MAGNETOLÓGICA, órgano de la SOCIEDAD CIENTÍFICA DE ESTUDIOS PSÍQUICOS.

*(1) Al pie de pág. 25, el Dr. Rebaudi hace referencia a esta entrada.*

Si bien no se trata de un trabajo científico, la Dirección de dicha revista ha creído conveniente el hacerse cargo de la presente publicación en vista de los juicios unánimemente favorables que de todas partes le han llegado respecto de la obra, cuyo origen medianímico, por otra parte, le da a más un sello especial, que no tiene ninguna otra historia de Jesús.

Un hecho muy sugestivo se destaca en ella desde el principio, hecho que se adapta perfectamente al carácter eminentemente modesto de Jesús, y es el de negársele toda importancia a la cuestión de los milagros. Desde luego, como tales milagros, el protagonista los niega rotundamente en esta su historia, la cual no es muy del agrado de algunos fervorosos creyentes, que están acostumbrados a ver en el Maestro, no un hombre sino un Ser sobrenatural.

Yo sólo me permito observarles, que los Evangelios, que son los que a cada paso nos hablan de tales milagros, fueron escritos por adeptos entusiastas, que no vieron ni oyeron a Jesús, mientras la presente obra se dice escrita por él mismo. Es fácil comprender en este caso que el autor no podía exhibirse a sí mismo con los contornos eminentemente presuntuosos, cuales resultarían si él hablara de su actuación, como se refiere que hablaron



los evangelistas. (1) Es decir, que él no podía expresarse de su propia persona, como podían hacerlo sus adeptos al referirse a él.

Indudablemente la cuestión de los milagros está íntimamente ligada con la tradición cristiana y forma parte integrante de lo que las iglesias Católica y protestante entienden por la vida de Jesús. Los *moderno-espiritualistas* por su parte nos afirman que todos los grandes iniciados, por el hecho mismo de la misión que han venido a desempeñar, se han visto siempre dotados de poderes psíquicos especiales, dando lugar a menudo a lo que el vulgo llama milagros. Yo nada tengo que decir sobre el particular, pues no poseo pruebas para afirmar o negar los fenómenos psíquicos que bajo el nombre de milagros se le atribuyen a Jesús; sólo puedo decir que muchos de ellos son explicables de acuerdo con los conocimientos que ya tenemos de las ciencias psíquicas y que otros no lo son.

De todos modos, la personalidad de Jesús, aun sin darle la importancia que le atribuyen los espiritistas, es altamente simpática y para muchos encarna la idea de moral y la de religión.

Por mi parte, como decía al empezar, respeto todas las opiniones y en el caso presente me concreto al simple papel de traductor. El que lea formará sus opiniones del modo que le parezca más ajustado a la verdad; lo que sí creo es, que todo el que se interese por la personalidad de Jesús, debe leer esta obra.

#### OVIDIO REBAUDI.

(1) Es sabido que los Evangelios no fueron escritos por los evangelistas, y es por eso que se dice; Evangelios según San Marcos, según San Mateo, según San Juan, y no Evangelios de San Marcos, o escritos por San Marcos, etc. Los Evangelios, pues, fueron escritos mucho después de la muerte de Jesús, cuando no existía ya, desde hacía mucho tiempo, ningún testigo ocular u oyente de las obras y predicación del Maestro. Por lo tanto, esos escritos no representan más que la tradición corriente de la época en que fueron efectuados, resultando de este hecho que los Evangelios se multiplicaron, de acuerdo con el número de escritores que se encargaron de recoger dicha tradición, llegando a conocerse más de cuarenta, hasta que la Iglesia seleccionó de entre ellos los cuatro que mejor le convinieron o entre los que encontró mayor armonía. En realidad a fines del siglo primero de la era Cristiana no existía todavía nada que nos autorice a creer que la palabra *Evangelio* se usase en su sentido actual y no había colección alguna que se pareciese a nuestro *Nuevo Testamento*. Recién a mediados del siglo segundo se menciona algo bajo la designación de *Memoria de los Apóstoles*, pero sin que constituyeran un canon y a fines del mismo se encuentra la *Santa Escritura Cristiana*, pero no bien de la iglesia y de acuerdo con cada doctor. Más tarde, en el siglo tercero, se clasificaron y aceptaron los *recepti in Ecclesiam* (recibidos en la Iglesia), sin que llegaran aún a la forma del *Nuevo Testamento* hasta que en el primer concilio de Nicea (año 325 de nuestra era) se menciona, sin sancionarla, una colección patrocinada por Atanasio, que recién fué adoptada por la Iglesia de Occidente en el siglo quinto. Como se ve, pues, los Evangelios no tienen ningún valor histórico, ni de autenticidad; no pueden servir por lo tanto para combatir la autenticidad de la presente historia. Conviene más bien estudiar la curiosa relación que se descubre entre algunos pasajes poco explícitos de aquellos y la mayor claridad que se encuentra en ésta, como lo hace observar Ernesto Volpi.

Como obra auténtica, únicamente las epístolas de San Pablo pueden ofrecernos el Cristianismo y bien merece nos conformemos con ello, por la autoridad indiscutible del autor y por el testimonio que nos da de haber visto y hablado muchas veces con Pedro y con Santiago «hermanos del Señor» en dos viajes que hizo a Jerusalén, con unos quince días de estada cada vez.

VIDA DE JESÚS DICTADA POR ÉL MISMO  
**PRIMERA PARTE**  
**A LA MEDIUM X**

**CAPITULO I**

**Jesús habla de su nacimiento y de su familia y deja entrever su mesianismo con las elevadas tendencias de su alma. Habla asimismo de sus primeros viajes a Jerusalén y de su intervención en una disputa entre Doctores en el Templo.**

HERMANOS míos ¡escuchad el relato de mi vida terrestre como Mesías!. Yo fuí el mayor de siete hermanos.

Mi padre y mi madre vivían en una pequeña casa de Nazaret.

Mi padre era carpintero. Yo tenía veintitrés años cuando él murió.

Tuve que irme a Jerusalén algún tiempo después de la muerte de mi padre; allí, en contacto con hombres activos y turbulentos, me metí en asuntos públicos.

Los Romanos gobernaban Jerusalén como todos los pueblos que habían sometido. Los impuestos se establecían sobre la fortuna, pero un hebreo pagaba más que un pagano.

Se daba el nombre de *iniciados* a los hombres de Estado, y el poder de estos hombres de Estado se manifestaba con depredaciones de todas clases.

Los descontentos me convencieron que debía unirme a ellos al punto que me olvidé de mi misma familia. Confié a extraños la tarea de arreglar los asuntos de mi padre, y, sordo a los ruegos de mi madre, escuchando y pronunciando discursos propios para excitar las pasiones populares, yo me privé de todas las alegrías filiales y me sustraje a toda influencia de mis hermanos.

Mis correligionarios me inspiraban lástima; esta lástima no tardó en cambiarse en deseo de corregir sus errores: me fuí exaltando cada vez más y Dios me otorgó esa claridad suprema que da estabilidad a la fe, fuerza a la voluntad y alimento a las energías espirituales.

Mis visiones, si este nombre puede darse a la felicidad interna que me acompañaba, me alejaban de mis ocupaciones materiales para trazarme una vida de Apóstol y prepararme para la gloria del martirio.

Respecto de los milagros que se me atribuyeron, queridos hermanos, ni uno solo es cierto;(1) pero conviene meditar la sabiduría y la profundidad de la gracia de Dios. Todos los destinos honrados con una misión, precisan ser alentados por Dios, y la pureza de los ángeles cubre con una sombra protectora la fragilidad del hombre.

**(1)Los que están al comente del fenomenismo medianímico se darán fácilmente cuenta del significado de lo que dice el autor. (N. del T.)**

El pensamiento de Dios echa la semilla en el presente, y esta semilla dará frutos en el porvenir. La solicitud del Padre sueña la felicidad de todos sus hijos, y el Mesías es mandado por el Padre, para sostener a sus hermanos en medio de los peligros presentes y futuros.

La razón reconoce un Dios que baja de las gradas de su potencia, para compadecer los males de sus criaturas; pero no podría admitir un Dios que favoreciera a los unos olvidando a los otros, pero el debe negar los honores divinos cuando estos honores no se han establecido para el bien general y explicados por la justicia eterna, de que ya tenéis las descripciones.

La gracia tiene siempre, como pretexto, los designios del Ser Supremo sobre todos, y los Mesías no son más que instrumentos en las manos de Dios.

Dejemos, pues, los cuentos maravillosos, las despreciables historietas hechas alrededor de mi persona y honremos la luz que Dios permite que se haga en este día, mediante la sencilla expresión de mi individualidad y por medio del luminoso desarrollo de mi misión.

Mi nacimiento fué el fruto del matrimonio contraído entre José y María. José era viudo y padre de cinco hijos cuando se casó con María. Estos hijos pasaron ante la posteridad como primos míos. María era hija de Joaquín y de Ana, del país de Jericó, y no tenía más que un hermano llamado Jaime, dos años menor que ella.

Nací en Betlén. Mi padre y mi madre habían hecho este viaje, sin duda, por asuntos particulares y por placer, con el objeto de reanudar relaciones comerciales o también para estrechar amistades; he ahí la verdadera historia.

Mis primeros años transcurrieron como los de todos los hijos de artesanos acomodados, y nada ofrecieron como indicio de la grandeza de mi futuro destino.

Yo era de carácter tímido y de inteligencia limitada, tímido como los niños educados con severidad y de limitadas facultades intelectuales como todos aquellos cuyo desarrollo intelectual se descuida. Para mi familia era un Ser inofensivo, huérfano de cualidades de valer, de lo cual resultaron las primeras contrariedades de mi existencia y también los primeros honores que tributé a Dios. Débil y pusilánime delante de mis padres, fuerte y animoso ante la gran figura de Dios, el niño desaparecía durante la plegaria para dejar su lugar al Espíritu, ardoroso y pronto al sacrificio.

Me dirigía a Dios con arrebatos de amor y reposaba en brazos de lo desconocido, de la doble fatiga impuesta a mi físico débil y a mi Espíritu rebelde.

De la multiplicidad de mis prácticas de devoción resultaba una penosa confusión, que establecía, de más en más, el convencimiento de mi desnudez intelectual.

Era costumbre de los habitantes de Nazaret y de las otras pequeñas ciudades de la Judea, de encaminarse hacia Jerusalén algunos días antes de la Pascua, que se celebraba en el mes de marzo. Los preparativos de toda clase que se hacían, daban fe de la importancia que se atribuía a tal fiesta. Montones de géneros se vendían en dicha ocasión y se

combinaban diversas compras para traer algo de la gran ciudad. En el año a que hemos llegado y que es el duodécimo de mi edad, tenía que participar yo también del viaje anual de mi familia juntamente con el primogénito de mis hermanos consanguíneos. Partimos, mi madre, mis hermanos y yo con una mujer llamada María; mi padre prometió alcanzarnos dos días después.

Al llegar a Jerusalén mis impresiones fueron de alegría, y mi madre observó el feliz cambio que se había efectuado en mi semblante. Paramos en lo de un amigo de mi padre. Mi hermano, que tenía entonces veintidós años, merece una mención especial. Mi padre había manifestado siempre hacia este hijo el más vivo cariño, y los celos oprimían mi corazón cuando me olvidaba de reprimir esa vergonzosa pasión que se quería apoderar de mí.

Yo me había visto privado de las alegrías de la infancia debido a esta predilección paterna. Mi madre se percibía algo de mis sufrimientos, pero los cuidados que exigían una numerosa familia le impedían hacer un estudio profundo de cada uno de los miembros de la misma familia.

Mi padre era de una honradez severa, de un carácter violento y despótico. La dulzura de mi madre lo desarmaba, pero los hijos le daban trabajo a este pobre padre, que no soportaba con paciencia la menor contradicción, y la incapacidad de su hijo Jesús lo irritaba tanto cuanto las travesuras de los otros.

La bondad de mi hermano mayor tuvo por efecto el de destruir mis anteriores descontentos, motivados por la diferencia con que nos trataba nuestro padre, y la tierna María se alegraba al ver nuestra intimidad. La igualdad de gustos y de ideas nos unía más de lo que pudiera parecer a primera vista, y si no hubiera sido por mis preocupaciones religiosas, yo hubiera comprendido mejor la felicidad de esta nuestra armonía.

Cuando nos encontramos solos, mi hermano me preguntó respecto de las impresiones que había recibido en ese día y pasó en seguida a querer investigar mis pensamientos como de costumbre.

Esta vez me causó muy mal efecto el sermón que me dió mi hermano por mi carácter retraído y por el abuso que hacía de la devoción que me arrastraba al olvido de mis deberes de familia.

Mi hermano se acostó irritado en contra mía y al otro día yo le pedí que olvidara mi descuido de los pequeños deberes en aras de las elevadas aspiraciones de mi alma. Mi hermano hizo un movimiento de lástima y gruesas lágrimas surcaron sus mejillas...

No hablaré más de mi hermano, muerto poco tiempo después de este incidente; mas este recuerdo que me conmueve, viene bien aquí para que el lector tenga una justa idea de mis actitudes, y que pueda darse así mejor cuenta de cosas que de otro modo le parecerían increíbles, si no se encontrase preparado por los elementos en concordancia con los designios de Dios.

Durante el día llegaron algunas visitas, entre las cuales se encontraba José de Arimatea. Él como amigo de mi padre, pronto se familiarizó con nosotros. Rico, patricio y

hebreo, José se encontraba por estas razones en relación tanto con los ricos como con los pobres y oprimidos de la religión judaica.

Nos habló de las costumbres de Jerusalén, de la *Sociedad escogida*, de los sufrimientos del pueblo hebreo, y la dulzura y naturalidad de su lenguaje eran tal que nadie hubiera podido sospechar la diferencia de nuestra condición social. Despertó el empeño de mi madre hacia el cultivo de mi inteligencia y me preguntó que cuáles eran mis aptitudes y mis deberes habituales. La fantasía de mis prácticas religiosas lo hizo sonreír y le pareció que mi inteligencia se encontraba en todo retardada.

"Sé más sobrio en tus prácticas de devoción, hijo mío, y aumenta tus conocimientos para poderte convertir en un buen defensor de nuestra religión. Practica la virtud sin ostentación, como también sin debilidad, sin fanatismo y sin cobardía. Arroja lejos de ti la ignorancia; embellece tu Espíritu tal como el Dios de Israel lo manda, para entender sus obras y para poder valorar su misericordia. Hablaré con tu padre, hijo mío, y deseo que todos los años te mande aquí durante breve tiempo para estudiar el comercio de los hombres y las leyes de Dios".

Desde la primera conversación de José de Arimatea con Jesús de Nazaret bien veis, hijos míos, como Jesús pudo instruirse no obstante de permanecer en su modesta condición de carpintero.

Hombres de la laya de José de Arimatea arrojan la simiente y Dios permite que esta simiente dé frutos. Hombres iguales a José de Arimatea, ponen de manifiesto a la Providencia y esta clase de milagros se efectúan hoy como se efectuaron en mis tiempos.

Fuí por primera vez al Templo de Jerusalén la vigilia del gran sábado (la Pascua) llevándome una mujer llamada Lía, viuda de un negociante de Jerusalén.

Nos encontrábamos los dos recogidos hacia el lado occidental del Templo. El silencio sólo era interrumpido por el murmullo de muchos doctores de la ley que se ocupaban de los decretos recientemente promulgados y de los arrestos a que ellos habían dado lugar.

Yo rezaba en mi posición habitual, con la cara entre las manos y de rodillas. Poco a poco las voces que interrumpían el silencio del templo interrumpieron también mis oraciones e hicieron nacer en mi Espíritu el deseo de escucharlas.

Encontrándome entre las sombras creí poderme acercar sin que de ello se percibiera Lía. Me subí sobre un banco ocultándome lo más posible. Los doctores de la ley discutían; los unos con el objeto de hacer una manifestación a favor de los israelitas presos durante la función del día anterior; los otros aconsejando de permanecer prescindentes. Acérqueme mayormente a los oradores sagrados; ellos se apercibieron y oí estas palabras:

"Haced atención a este muchacho, él nos escucha tal vez para ponernos de acuerdo. Dios manda a veces a los niños el don de sabiduría en discusiones que sobrepasan la inteligencia de su edad".

Me levanté en la punta de los pies para observar mejor al que había pronunciado estas palabras. Se me aproximó diciéndome:

"La madre que te ha criado, te ha enseñado que Dios nos ama a todos, ¿no es cierto? y tú relacionas este conocimiento del amor de Dios hacia sus hijos, con el conocimiento del amor de los hijos entre ellos; pues bien, ¿qué dirías de hijos ricos, libres, llenos de salud, cuyos hermanos se encontraran en la pobreza, en el abandono, debilitados por una enfermedad y esclavos en una prisión?"

A estos hombres en la abundancia, contesté sin hesitar, yo les gritaría: *"¡Id, hermanos, id, socorred a vuestros hermanos, Dios os lo manda y vuestro coraje será bendecido!"*

Vi que se sonreía el que me había hablado, quien dijo: **"Dios HA HABLADO POR BOCA TUYA, HIJO MÍO"**, tendiéndome al mismo tiempo la mano, que yo apreté entre las mías, trémulo de emoción. En seguida fui a reunirme con mi compañera, que me había estado observando desde el principio de esta escena. Ella me preguntó: hazme el favor, niño, de enseñarme a mí también lo que Dios quiere decir con estas palabras:

"Los niños tendrán que escuchar sin emitir juicio y crecer antes de pretender elevarse a la condición peligrosa de fabricantes de moral y de dar consejos". Contesté: *"Tu Dios, Lía, es un déspota, El mío honra la libertad de pensar y de hablar. La debilidad de los esclavos constituye la fuerza de los patronos y la infancia prepara la juventud"*.

Leí en los ojos de Lía la sorpresa llena de satisfacción y regresamos. Con José de Arimatea, que se encontraba en casa, mantuve una conversación tan fuera de lo habitual en mis labios generalmente poco demostrativos, que mi madre le preguntó a Lía qué era lo que me había hecho tomar por el camino.

"Tu hijo, querida María, está destinado a grandes cosas, contestó Lía, Lo digo delante de él: Eres una madre aventurada y tus entrañas están benditas".

Yo me sentí como levantado al oír esta predicción y mi vida me pareció más que nunca bajo el influjo de los designios de Dios.

¡Mujer de Jerusalén, el pobre niño que te ha seguido hasta el Templo del Señor te bendice aún ahora!

La mañana siguiente volvimos al Templo. Grande era el gentío y nos costó algún trabajo el atravesar el atrio. Al fin encontré un lugar y me puse a observar con estupor todo lo que me rodeaba.

La luz penetraba por aberturas hechas a propósito en los puntos de juntura de las paredes con la cúpula del edificio. Todas esas aberturas estaban cubiertas de ramas cortadas, de manera que la luz quedaba interceptada y débil reemplazándosele con haces de luz suministrada por aparatos gigantescos de bronce.

En la inspección que hice de todas las cosas, descubrí al doctor de la ley que me había interrogado el día antes. Mi madre me preguntó en ese momento del motivo de mi distracción y yo le dí esta culpable contestación:

"Madre mía, sigue con tus plegarias y no te ocupes de lo que yo hago. *Nada hay de común entre vos y yo*".

Yo sacaba este consentimiento y esta insolencia del estado de exaltación de mi Espíritu, motivado por lo sucedido anteriormente, en vista de mi futura superioridad, y comprendí tan poco mi falta, que en seguida llevé mi atención sobre otros detalles. Un doctor hablaba de la Justicia de Dios y yo comparé este hombre con el ángel Rafael bajado del cielo, para hacerles comprender a los oyentes la palabra divina.

Creí sobre todo a la palabra divina cuando gritó:

"¡La Justicia Divina es tu fuerza en contra de tus opresores, oh pueblo! ¡Ella deslumbra tus ojos, se levanta delante de ti cuando contemplas el ocaso del Sol, cuando tu espíritu se subleva a la vista de las crueldades de tus dueños! ¡Este Sol no se oculta, este mártir no muere, oh hombres! El va a resplandecer y proclamar en otra parte la Justicia de Dios".

Yo escuchaba estas enseñanzas con una avidez febril. ¡Al fin se hacía la luz en mi Espíritu... veía, oh, Dios mío, tus misterios resplandecer delante de mí, leía en tu libro sagrado y comprendía la magnificencia de tu eterna justicia! - ¡Edificaba en mi mente concepciones radiantes, me iluminaba de las claridades divinas, formaba proyectos insensatos, pero generosos; quería seguir este Sol y esos mártires en los espacios desconocidos!.. Volví en mí al llamado de mi madre. La miré por un instante con la desconfianza de un alma que no se atreve a abrirse, porque sabe que el entusiasmo, como el calor, se pierde al contacto del frío.

"Nuestro Padre Celeste, le dije al fin, echa en mi Espíritu el germen de mis ideas seguras y fuertes. Manda en mi corazón; tiene en sus manos el hilo de mi voluntad; dirige hacia mí la sabiduría de sus designios; se apodera de todos los momentos de mi vida; quiere destinarme a grandes trabajos... En una palabra, madre mía, retírate, acude a tus tareas; deja tu hijo al Padre de él que está en los Cielos".

"¡Cállate!, me dijo mi madre. - ¡A ti te han calentado la cabeza, (1) pobre muchacho! - ¡Yo te digo que Dios no precisa de ti!... ¡Vamos, vamos!"

Mi madre tuvo que recurrir a la intervención de mi padre para poderme llevar.

Al día siguiente volvimos a Nazaret, dejando Jerusalén.

(1) "A ti te han adoctrinado" sería la traducción literal, pero me parece que el significado español es el que indico. Yo procuro traducir lo más literalmente posible, haciéndolo con alguna libertad solamente cuando, si me ciñera demasiado a la letra, *la traducción no resultaría traducción*. Como no sé si los defectos de estilo (la puntuación es también algo defectuosa) provienen del original o de la traducción italiana que tengo a la vista, busco de colocar la obra entre las manos del lector todo lo igual que sea posible a la que traduzco y que ha motivado los juicios entusiastas del prólogo, porque estoy convencido que es la lectura de éste la que ha influido para los numerosos pedidos de la obra. Dejo pues al lector que interprete lo que lea como su mejor juicio se lo indique.

Deseo proceder con la mayor circunspección en estas cosas por lo mismo que es bien conocido mi modo de pensar respecto de ellas, es decir la poca importancia que doy a estos trabajos, como medios de inquirir la verdad y propender al bien, siendo enemigo, como soy de toda *personalización* que

quiera hacerse respecto de lo que es impersonal: *La verdad y el bien*. A éstos no hay ninguna autoridad, divina ni humana, que pueda añadirles o quitarles algo. La obra de Jesús puede haber influido en la humanidad encaminándola hacia lo verdadero y lo bueno, pero nada puede influir sobre lo que es verdadero y bueno.

Mis Evangelios los constituye el estudio de los hechos y de los fenómenos. La palabra del Dios de la ciencia está toda ella escrita en el gran *Libro de la Naturaleza*. Este es a mi parecer, el que debe constituir nuestra Biblia. — (Nota del Traductor).



## CAPITULO II

**Señala el Maestro la manifestación de su libertad de conciencia, quedando rota su dependencia de los padres en tal sentido. Refiérese a sus estudios y a su admisión en la Cábala por presentación de José de Arimatea.**

DESLIGADO de mi sumisión habitual, por el testimonio que había dado de mi libertad de conciencia, me coloqué fuera de la ley del respeto filial y tomé la dirección de mis jóvenes hermanos y hermanas de manera de llevarlos a la fe absoluta de que yo me sentía penetrado. Les hablaba de las llamas divinas y mi celo no venía a menos a pesar de la poca atención que me prestaban y del silencio desdeñoso de mi padre.

Así pasó un año. Cansado de mi poca inteligencia para todo lo referente al trabajo manual, mi padre consintió al fin en mandarme a Jerusalén. Se convino que estudiaría ahí durante algunos meses y que volviendo más razonable a Nazaret, mi padre tomaría de ello motivo para hacerme continuar mi educación en los años siguientes.

Recibí esta noticia con entusiasmo. Mi madre lloró al abrazarme; ella se encontraba bajo la doble impresión de mi alegría y de nuestra primera separación.

Me encaminé con ella y pronto me encontré colocado en la casa de un carpintero que debía enseñarme el oficio de mi padre y concederme salidas bajo el patrocinio de José de Arimatea. Empecé en la filosofía con ideas precisas sobre la inmortalidad del alma. Mis nociones de historia eran débiles y me costó mucho trabajo fijar mi Espíritu en el circuito de las ciencias exactas.

La astronomía llamaba mi atención a causa de las espléndidas maravillas que desenvolvía bajo mis ojos, pero la contemplación de estas maravillas me alejaba de la curiosidad de las demostraciones, persuadido como estaba de la insuficiencia de la teoría.

Los romanos y los hebreos tenían apenas nociones de astronomía de los egipcios; mas en los pueblos guerreros y en los conquistados hace poco progreso la ciencia.

Practicaba la observancia de la ley mosaica con escrupulosa exactitud y las fantasías de mi imaginación se detenían en el dogma sagrado. Pero poco a poco fuertes tendencias hacia un espiritualismo más elevado me hicieron desear las grandes manifestaciones del alma con el alma en el vasto horizonte de las alianzas universales. Devorado por un inmenso deseo de descubrimientos que embarga todas mis facultades y de la penosa expectativa de lo desconocido, que atormentaba mis sueños y entristecía mis pensamientos de soledad, rogué, supliqué a José de Arimatea que me explicara los misterios de la *Cábala*, llamada también ciencia de los Espíritus.

Yo había oído hablar de esta ciencia como de un escollo para la inteligencia, y se me había asegurado que todos los que abiertamente se ocupaban de ella se hacían objeto de piedad si no de desprecio.

Pero sabía también que muchos hombres de buena posición social, demostraban desprecio por la ciencia de los Espíritus solamente por respeto humano hacia la opinión

general, opinión que se basaba sobre escrúpulos religiosos mantenidos vivos por los sacerdotes.

José recibió muy mal mi curiosidad. La *Cábala*, según él, servía tan sólo para producir la turbación, la inquietud, la semilla de la revuelta en los Espíritus débiles.

¿Y cómo podría yo, tan joven, distinguir el buen grano de la cizaña, si la mayoría de los hombres se dejaban desviar del recto camino por una falsa estima de esta ciencia y por funestos consejos dados con ligereza y con malos propósitos?

Volví repetidas veces a la carga hasta que vencido por mi insistencia, o iluminado tal vez por una repentina visión, José consintió en iniciarme en la ciencia de los Espíritus.

La *Cábala*, me dijo José, viene desde Moisés, (1) y después de Moisés que mantenía relaciones con los Espíritus, pero que daba aspecto teatral a estas relaciones, la *Cábala* sirvió siempre a los hombres de dotes eminentes para colocar en el seno de la humanidad las preciosas demostraciones recogidas en la afinidad de sus almas con las almas errantes en el Cielo de Dios.

**(1)De ello se encuentran pruebas en diversos pasajes de la Biblia. En cuanto a Jesús, la *Cábala* pudo bien servirle como motivo para despertar en él las *aptitudes psíquicas*, de que sin duda venía excepcionalmente dotado. Los primeros cristianos es indudable que practicaban las evocaciones en sus reuniones diarias, lo cual debió ser fruto de las enseñanzas de los Apóstoles.**

La *Cábala* viene desde Moisés, para nosotros que nada vemos más allá de Moisés, mas la *Cábala* debe ser antigua como el mundo. Ella es una expresión de la personalidad de Dios, que confiere sonoridades al espacio y acercamientos al infinito.

Ella constituye una ley tan grande y honrosa para el Espíritu, que éste la define como una aberración, cuando sus aptitudes no lo llevan a estudiarla, o que él recibe toda clase de sacudidas y de aflicciones si la estudia sin comprender su utilidad y su fin.

Los hombres que hablan a Dios sin tener conciencia de la majestad de Dios, no obtienen de la plegaria más que un fruto seco, que la imaginación les presenta como un fruto sabroso.

Pero el amargor se hace pronto sentir y así se explica la sequedad del alma, el aislamiento del Espíritu, la pobreza de la devoción.

En la ciencia de las comunicaciones espirituales, el Espíritu que se desvía del principio fundamental de esta ciencia, no obtiene nada de verdadero y de útil. Puede dirigirse a elevadas personalidades, pero le contestan inteligencias mediocres y camina como un ciego, retardándose cada vez más en las escabrosidades del camino.

"El principio fundamental de la ciencia *cabalística* reside todo en la abnegación del Espíritu y en la libertad de su pensamiento con respecto de todas las nociones religiosas adquiridas anteriormente en su estado de dependencia humana".

Prometí a José mucha prudencia y respeto en el estudio de esta religión, de la que mi alma y mi Espíritu estaban enamorados, con el fanatismo de las grandes aspiraciones.

José me escuchaba con el presentimiento de mi predestinación a los honores de Dios (así me lo confesó después) tan grande fué el calor de mis palabras y tal fué la unción de mi gratitud. Dos días después de esta conversación, José me llevó a una reunión compuesta de hombres casi todos llegados a la edad madura. Eran cerca de unos treinta y no dieron muestras de sorpresa a nuestra llegada (1) Nos colocamos todos cerca del orador.

**(1)Me percibí que se nos esperaba.**

Las sesiones *cabalistas* se abrían con un discurso. En él se hacía, como exordio, la enumeración de los motivos que imponían la vigilancia para que no fueran admitidos en la asamblea más que neófitos de quienes pudieran responder los miembros más ancianos. Por lo tanto un miembro recién aceptado no tenía el derecho de presentar un novicio. Se necesitaban muchos años de afiliación para llegar al patrocinio, mas éste patrocinio no levantaba nunca oposiciones.

Los jóvenes menores de veinticinco años quedaban excluidos, lo mismo que las mujeres; pero las excepciones, muchas veces repetidas, hacían ilusoria esta disposición reglamentaria.

Yo venía a encontrarme en el número de estas excepciones.

Muchos hombres llegaron aún después que nosotros. Se hizo en seguida el silencio y se cerraron las puertas.

El orador dedujo los caracteres especiales de esas reuniones en medio de una población que debía temerse por su ignorancia y engañarla para trabajar por su libertad. Hizo en seguida resaltar los principios de conservación, como lo dije ya, y rindió homenaje a mi entrada en el santuario fraternal, dirigiéndome algunas palabras de cariñosas recomendaciones.

Todo ello, menos lo que se refería a mí, se repetía en todas las sesiones y tomaba poco tiempo.

Tuvimos en seguida una bella argumentación respecto de la luz espiritual y de los medios para transformarla en mensajera activa de los deseos del Ser Supremo.

! Ser Supremo! - Estas palabras hicieron inclinar todas las frentes y cuando dejó de oírse la voz elocuente, un estremecimiento magnético dió a conocer una adoración inefable. Algunas preguntas dieron lugar a contestaciones sabias y concienzudas. Se estudiaron páginas magníficas, se explicaron y desvanecieron contradicciones aparentes y dudas pasajeras. Algunas demostraciones profundas depositaron semillas preciosas en el Espíritu de los novicios, y la intensidad del amor fraternal de todos los corazones se manifestó con una larga invocación al Espíritu Divino.

Esta sesión dejó mi alma mayormente deseosa de las alegrías de Dios y mi Espíritu en un profundo recogimiento para merecer estas alegrías.

No pronunciamos una sola palabra hasta mi domicilio, Hasta mañana, me dijo José, separándose de mí.

Al otro día José me dirigió en mis primeros ensayos (1) y se demostró satisfecho por sus resultados. Mi regreso a Nazaret dio una tregua a las tareas de mi Espíritu.

En el intervalo que empieza con mis quince años de edad, hasta la muerte de mi padre, permanecí la mayor parte de mi tiempo en Jerusalén.

Distinguido por su probidad y por haber mantenido a todos sus hijos en el recto camino del honor y de la sencillez, José murió rodeado de la estima general y del afecto de los suyos. Yo tenía, como dije al empezar este relato, veintitrés años cumplidos, y vuelvo a tomar el hilo de los detalles interrumpidos por la mirada dirigida sobre mis primeros años.

José de Arimatea me tomó como hijo suyo cuando, lejos de mi familia, fuí a pedirle asilo y protección. Me ayudó para obtener el perdón de mi madre. Mi madre no solamente me perdonó sino que me dió permiso para seguir mis inclinaciones y una vida independiente.

A medida que la luz de lo alto penetraba mayormente en mi Espíritu, él se veía invadido cada vez más por la adversión hacia las instituciones sociales dominantes. Reconocía seguramente la depravación humana, pero consideraba también la desgraciada condición de los hombres y dirigía mi pensamiento hacia el porvenir que soñaba confundiéndolos en la ternura del Padre de ellos y mío. Mi presencia en una asamblea de doctores fué acogida favorablemente y me coloqué desde entonces a la vista como orador sagrado. Garantido por mis antiguos compañeros de conspiración, pude dedicarme al estudio de los hombres que gobernaban y de los acontecimientos.

En mi casa de Jerusalén pensé en mis trabajos futuros y busqué el prestigio de las clases pobres sublevándome en contra de los ricos, de los poderosos y de las leyes arbitrarias. Pero no era éste un trabajo partidista, una participación en los propósitos de rebelión de un pueblo, puesto que hacía a Dios el ofrecimiento de mi vida para salvar al género humano. El apasionamiento de mi corazón me hacía olvidar las dificultades y, a menudo, con la cara inundada de lágrimas, las manos tendidas hacían un objeto invisible, fuí sorprendido en una posición que parecía crítica para mi razón. Mis amigos me humillaban entonces con tales demostraciones y sarcasmos, que yo me retiraba a pedir perdón a Dios de mis transportes, acusándome de orgullosos deseos.

**(1)Se ve claramente que se trata aquí de ensayos *medianímicos*, porque, si bien estaría él en comunicación intuitiva con el plano *extra corporal*, es indudable que la materialidad del fenómeno, es decir la forma de las comunicaciones, la aprendió en la Cábala.**

Las poblaciones de la Judea representaban para mí el mundo, lo cual era motivo de diversión para los confidentes de mis delirios, y no los asombraba menos la reserva que yo

me imponía ante sus burlas. La posteridad no se ha ocupado de la vida que llevé en Jerusalén; ella ignoró las fases de mi existencia y no se conmovió sino de mi predicación y de mi muerte.

Pero dichas predicaciones hubiera debido comprenderse que habían sido meditadas, como también había sido prevista mi muerte como coronamiento de mis actos mucho antes de que se me hubiera tachado de revolucionario y acusándome vehementemente como vanidoso por los mismos que me rodeaban. ¿Cómo podía haber yo aceptado mi misión y mi sacrificio si no hubiera penetrado en el conocimiento de las intimidades de las cosas?

Lo repito, pues, la luz de Dios penetraba en mí, me escondía las dificultades que se levantaban en el mundo humano y no me dejaba ver sino el fin, que era el de dirigir la Tierra por un camino de prosperidad y de amor. Elevando mi personalidad, pero atribuyéndola a Dios esta elevación, deseando la popularidad, pero resuelto a emplearla exclusivamente en el bien de los demás, midiendo con una mirada llena de luz que me daba el estudio de las leyes y de la época, el peligro de muerte que tenía que desafiar y los senderos espinosos que tendría que atravesar, yo había llegado al convencimiento profundo de la eficacia de mis medios.

Democrático por inclinación más que por raciocinios políticos, defensor del pobre con la sola idea de encaminarlo hacia la transfigurada imagen del porvenir y desdeñando los bienes temporales porque me parecían la destrucción de las facultades espirituales, ponía en práctica aún con las personas de mi intimidad, la observancia rigurosa de los preceptos que tenía la intención de establecer como principios de una moral poderosa y absoluta.

Mínaba los cimientos de las murallas de la carne, jurando ante Dios respetar el Espíritu a expensas del cuerpo y de sacrificar las tendencias de la materia ante las delicadezas del alma y de permanecer dueño de mí mismo en medio de la violencia de las pasiones carnales y de elevarme hacia las altas regiones puro de todo amor humano sensual; de huir de la compañía de la gente feliz en el ocio y de aproximarme a las relajaciones e infelicidades para convertirlas en arrepentimientos y esperanzas; de apagar en mí todo sentimiento de amor propio y de iluminar a los hombres en el amor de Dios; de añadir a la moral predicada por Espíritus elegidos la moral fraterna predicada por un oscuro hijo de artesanos; de hermanar la práctica con la teoría, llevando una vida de pobreza y privaciones; de morir, en fin, libre de los lazos humanos y coronado por el amor divino...

***"Con tu poderosa mano, oh Dios mío, has dirigido mis actos y mi voluntad, puesto que tu Siervo no era más que un instrumento y la pureza honraba el Espíritu del Mesías antes de que este Espíritu se encontrara unido con la naturaleza humana en la personalidad de Jesús".***

Hermanos míos, el Mesías había vivido como hombre sobre la Tierra y el hombre *Nuevo* había cedido su lugar al hombre penetrado de las grandezas celestes, cuando el Espíritu se vió honrado por las miradas de Dios para ser mandado como enviado y mediador, El Mesías había ya vivido sobre la Tierra porque los Mesías jamás van como mediadores en un mundo que no han habitado anteriormente.

La grandeza de la nueva luz, de la ley que he traído por inspiración divina, se encierra toda en nuestros sacrificios y en nuestro amor recíproco que nos elevan fraternalmente hacia la comunión universal y hacia la paz del Señor nuestro Padre. Mi sacrificio fué de amor en su más intensa expresión, amor hacia los hombres inspirado por Dios y el amor de Dios que sostiene el Espíritu en sus debilidades humanas.

Hermanos míos: la tristeza de Jesús en el huerto de los olivos y la agonía de Jesús sobre la cruz se vieron mezcladas de fuerza y de debilidad. Mas el amor del Padre se inclinó sobre la tristeza de Jesús y él se levantó diciendo a sus Apóstoles: **"MI HORA HA LLEGADO"**

EL sudor de sangre y las largas torturas habían disminuido el amor paterno; mas la ternura del Padre reanimó al moribundo corazón, y Jesús pronunció estas palabras:

"PERDÓNALES, PADRE MÍO, ELLOS NO SABEN LO QUE HACEN. HÁGASE TU VOLUNTAD; EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ALMA,"

Os lo repito, hermanos míos, la pureza del Espíritu se encontraba en la naturaleza del Mesías, antes que él se encontrara entre vosotros como Mesías. Os lo repito también, que las miras de Dios echan la semilla en un tiempo para que ella dé frutos, en otro tiempo y los Mesías no son más que instrumentos de la divina misericordia.

La palabra de Dios es eterna, ella dice:

"Todos los hombres llegarán a ser sabios y fuertes por el amor del Padre de ellos".  
La palabra de Dios es eterna, ella dice:

"Amaos los unos a los otros y amaos sobre todas las cosas".

Ella dice:

"El Espíritu adelantado se avergüenza, en la materia, al tomar parte en las diversiones infantiles".

"Penetrado de la grandeza del porvenir, honra ese porvenir y devora los obstáculos que se oponen a su libertad".

"Todas las humanidades son hermanas: todos los miembros de estas humanidades son hermanos y la Tierra no encierra más que cadáveres".

"La verdadera patria del Espíritu se encuentra espléndidamente decorada por las bellezas divinas y por los claros horizontes del infinito".

Hermanos míos: Dios es vuestro Padre como lo es el mío; pero en la ciudad florida en donde se encuentran y se toman los Mesías el título de Hijo de Dios nos pertenece de derecho, Llamadme, pues, siempre Hijo de Dios, y tenedme por un Mesías enviado a la Tierra para la felicidad de sus hermanos y gloria de su Padre. Iluminad con la luz que hago brillar ante vuestros ojos. Consolaos los unos a los otros, perdonad a vuestros enemigos y

orad con un corazón nuevo, libre de toda mancha, de toda vergüenza por este bautismo de la palabra de Dios, que comunico a vuestro Espíritu. El Mesías vuelve a seros mandado en vuestra ayuda, no lo desconozcáis y trabajad para participar de su gloria. Escuchad la palabra de Dios y ponedla en práctica. La divina misericordia os llama, descubrid la verdad con coraje y marchad a la conquista de la libertad mediante la ciencia.

Desechad la peligrosa apatía del alma para aspirar las deliciosas armonías del pensamiento divino y tomad del libro que os dicto los principios de una vida nueva y pura. Haced el bien aún a vuestros enemigos y progresad con paso firme en el camino de la virtud y del verdadero honor. La virtud combate las malas inclinaciones y el honor verdadero sacrifica todas las prerrogativas del yo por la tranquilidad y felicidad del alma hermana.

Hermanos míos, os bendigo al dar término a este segundo capítulo.

### CAPÍTULO III

**Apostolado de Jesús en Damasco, en donde fué respetado y admirado como profeta. De Damasco pasó a Tiro. Esparció el bien en esas ciudades y demás puntos por donde atravesó, con sus enseñanzas y con sus consejos particulares. Habla también Jesús de Juan el Bautista.**

HERMANOS míos: Mi estada en Jerusalén durante seis años consecutivos pone de manifiesto los preparativos de mi misión.

A los veintinueve años salí de Jerusalén para hacerme conocer en las poblaciones circunvecinas. Mis primeras tentativas en Nazaret no fueron coronadas por un buen suceso. De ahí me dirigí a Damasco en donde fuí bien acogido. Parecíame necesaria una gran distancia de Jerusalén para desviar de mí la atención de los sacerdotes y de los agitadores de dicha ciudad. Los sacerdotes habían empezado ya a fijarse demasiado en mí; los segundos me conocían desde hacía mucho tiempo y yo tenía que evitar las persecuciones en esos momentos y abandonar toda participación en las turbulencias populares.

En Damasco no tuve fastidios por parte de las autoridades gubernativas ni por parte de los elementos de discordia, que se infiltran a menudo en el seno de las masas, y tampoco por la indiferencia de mis oyentes. Felicitado y temido por los más como un profeta, llevé ahí el recuerdo de un poco de bien esparcido en parte con mis instrucciones generales y en parte con los consejos de aplicación personal para las situaciones de mis consultantes. Abandoné esa ciudad a mitad del verano y me dirigí hacia otro centro de población. (1)

Estudié antes que toda la religión y las costumbres de los habitantes y pude convencerme que la religión pagana, profesada por el estado, hacía pocos devotos verdaderos. Los hombres, dedicados al comercio, no eran nada escrupulosos en materia religiosa.

Las mujeres, ignorantes y dominadas por el loco apego al cuerpo, sumían su existencia en la triste y degradante esclavitud del lujo y de la degradación moral. Los sacerdotes enseñaban la pluralidad de los dioses. Diversos sabios predicaban sofismas, inculcando la existencia de una Divinidad superior que tenía otras inferiores bajo su dependencia. Algunos discípulos de Pitágoras humillaban la naturaleza humana en el porvenir, condenándola a entrar en la envoltura de un animal cualquiera. Algunos honraban a la Tierra como el *único mundo* y otros comprendían la majestad del Universo poblado de mundos. Había quienes divagaban en el campo de las suposiciones y quienes enseñaban la moral basándola en la inmortalidad del alma, cuyo origen divino sostenían. Había hombres condenados fatalmente hacia el embrutecimiento de la humanidad, haciendo predicciones y lanzando oráculos. Había, en fin, hombres que adoraban al Sol como el rey de la naturaleza y el bienhechor de todo lo que existe.

Queriendo dar un desmentido a la mayor parte de estas creencias, tuve que limitarme en un principio, a la enseñanza de la adoración de un solo Dios, y del cumplimiento de los deberes fraternos. Más, gracias a los protectores de que pude rodearme



entre los interesados en sacudir el poder de los sacerdotes, pronto me encontré en muy buenas condiciones para enseñar la doctrina de la vida futura.

Penetrado de la alta protección de Dios, mis palabras llevaban la fuerza de mi convicción. Lejos de mi patria y pobre, era buscado por los hombres de buena voluntad, y las mujeres, los niños y los viejos se disputaban el honor de servirme y de conversar conmigo.

**(I) Tiro. (El nombre de este centro de población fué pedido por el médium)**

Un día en que el calor había sido sofocante, me hallaba sentado, después de la caída del Sol, delante de una casa en que había descansado. Densas nubes corrían hacia el oeste; se acercaba el huracán y la gente retardada pasaba apurándose para llegar a sus casas. Como siempre, yo estaba rodeado de niños y de mujeres, y los hombres, un poco más distantes, esperaban que la lluvia, de que caían ya algunas gotas, me hiciera entrar en la casa. La naturaleza en lucha con los elementos presentó ante mi Espíritu la siguiente observación:

En todo se manifiesta la bondad de Dios y los hombres tendrán que comprender los deberes que les impone el título de Señores de la Tierra, que se dan, aprovechando de las lecciones que les proporciona el Señor del Universo.

Penetraos, hermanos míos, de la tempestad que se levanta en vuestros corazones cuando las pasiones lo invaden, comparándola con los esfuerzos de la tempestad, que aquí se está preparando.

Los mismos fenómenos se ponen en evidencia. La mano soberana de Dios es la dispensadora de los dones del aviso, así como el testimonio de los reproches.

La tempestad muy pronto estallará. ¿A dónde están los pájaros del cielo y los insectos de la tierra? - Al cubierto de la tempestad, respecto de la cual la Divina Providencia os ha prevenido.

¡Ay de los imprudentes y de los orgullosos que han descuidado el aviso para dormirse en la pereza y desafiar las leyes de la destrucción! Serán barridos lejos por el soplo del huracán.

La tempestad que surge en vuestros corazones, hermanos míos, se anuncia con la necesidad de placeres ilícitos o degradantes para vuestros Espíritus. ¿A dónde se encuentran los hombres débiles o los hombres orgullosos después del desahogo de sus pasiones? - En el lugar maldito en que la tristeza del Espíritu es una expiación de sus locuras.

La serenidad del cielo, hermanos míos, es la imagen de vuestras almas, cuando se encuentran libres de las negras preocupaciones de la vida. El huracán seguido de la dulce armonía de los elementos es la del hombre vencedor de sus pasiones.

"Hermanos míos, el huracán se estremece amenazador... ¡Pero bendigamos la Divina Providencia! - Los pájaros del cielo se encuentran al cubierto. Las pasiones os solicitan, el huracán está cerca, la tempestad se prepara, mas vosotros estáis advertidos y saldréis victoriosos,"

La voz de una jovencita contestó a mi voz:

*"Sé bendito tú, Jesús el profeta, que demuestras la bondad de Dios y que derramas la dulzura y esperanza en nuestros corazones".*

La familiaridad de mis conversaciones permitía estas formas de admiración, al mismo tiempo que favorecía a menudo, las preguntas que se me hacían con un fin personal. Un instante después el huracán se encontraba en todo su furor.

Me quedan recuerdos claros de mis emociones en medio de ese pueblo tan diferente de los pueblos que visité después, y no hay ejemplo de los peligros que sólo con habilidad evité ahí.

En todas partes el Mesías Hijo de Dios, se anunciaba con palabras severas, dirigiéndose a los ricos y poderosos; en todas partes el Hijo de Dios, era insultado y despreciado por los que él acusaba; pero ahí las precauciones y la paciencia de Jesús le valieron el amor sin reticencias del pueblo y el apoyo de los grandes.

Toda la perspicacia de Jesús fué puesta en juego en esa ciudad famosa y de los goces mundanos, en el centro de los placeres y del lujo más desenfrenado, en la parte del mundo más ejercitada en las transacciones, los cambios, y demás minuciosos detalles comerciales. Jamás Jesús desplegó tanta habilidad y se hizo de tantos amigos como allí. Jamás el Apóstol fué tan sentido como por esos paganos de Espíritu frívolo y sumergidos en los hábitos de una existencia alegre y dulce.

El triste objetivo de Jesús, humanamente hablando, data tan sólo del día en que abandonó los pueblos lejanos para dirigirse únicamente a las poblaciones hebreas, siempre obstinadas en desmentirlo y calumniarlo. Pocos son los hombres que tienen el coraje de aceptar opiniones que choquen con las de la mayoría. La mayoría de los hebreos creía que la autoridad del dogma descansaba sobre la autoridad de Dios y que predicar la majestad de Dios independientemente de las ataduras que le había proporcionado la ignorancia de los pueblos bárbaros era profanar el culto establecido, haciéndole experimentar modificaciones humanas, desaprobadas por Dios, autor del mismo culto.

Después de la purificación de mi vida terrestre y del camino hecho en los honores espirituales, yo descendo con alegría a la narración de esta vida cuando ya mis recuerdos se encuentran desembarazados de la ingratitud humana y participo en una forma más amplia de los males de la totalidad de los Seres, cuando me reposo en la afección de alguno de entre ellos.

Alejemos, pues, hermanos míos, lo que me separa de los días que pasé en medio de ese pueblo, alegremos aún el alma mía con la multitud que me rodeaba con tan respetuosa

ternura y no anticipemos los dolorosos acontecimientos que empezaron a desarrollarse con mi salida de dicha ciudad.

En adelante me encontraréis en esta historia como Apóstol, predicando el Reino de Dios, pastor que reúne su grey, maestro que catequiza sus alumnos. En esa ciudad en cambio yo era el amigo, el hermano, el profeta bendecido y consolador. Los ricos como los pobres, los ociosos como los trabajadores, venían hacia mí y me colmaban de amor.

Quedémonos por un momento aún ahí, hermanos míos, y escuchad la dolorosa circunstancia de la muerte de una joven.

Yo no la he resucitado, pero hice brotar en el alma de los que lloraban, la fe en la resurrección y la esperanza de volverse a reunir. Consolé al padre y a la madre, haciéndoles comprender la locura de los que lloran por la vida humana frente a la suntuosidad de la vida espiritual. Inculqué en todos los que se encontraban presentes el pensamiento del significado de predilección por parte de Dios para con los Espíritus que llama hacia sí en la infancia o adolescencia de esta penosa estación de nuestro destino. Mis amigos se demostraban ávidos de escuchar las demostraciones de la naturaleza humana y de la muerte, sobre todo de ésta, que dejaba en sus almas una impresión tan dolorosa que el demolerla, rodeándola de una aureola de luz, era como arrojar una llama en el medio de las más densas tinieblas y dar movimiento a un cadáver. Para las imaginaciones ardientes y para los caracteres movedizos no conviene llamar la atención sobre un punto, sino cuando este punto toma proporciones enormes, debido a la actualidad de los acontecimientos. Elegía mis ejemplos en los hechos presentes y jamás mis discursos fueron preparados con anticipación para esos hombres, fáciles para conmoverse, pero difíciles para ser dominados con la atracción de una ciencia privada de la excitación de los sentidos.

Al acercarse la muerte de esta muchacha, el padre vino a buscarme en medio de la multitud y me arrastró hasta su casa.

Ya el frío de la muerte invadía las extremidades y la Naturaleza había abandonado toda lucha, La cara demacrada revelaba un mal profundo y los ojos no miraban... la vida se retiraba poco a poco. El silencio del cuarto mortuario sólo era interrumpido por los gemidos, entre cuyo murmullo desolante se confundían los últimos suspiros de la jovencita. Me acerqué entonces a la muerta y pasándole la mano por la frente, la llamé tres veces con la voz de un inspirado. En esta evocación no tomaba el menor lugar la idea de llamarle a la vida. Los presentes no eran víctimas de una culpable maquinación puesto que mis actos no podían significar otra cosa a sus ojos sino esfuerzos para convencerlos de la vida espiritual. Me di vuelta en seguida hacia el padre con la alegría de un Mensajero Divino:

Tu hija no ha muerto, le dije. Ella os espera en la patria de los Espíritus y la tranquila esperanza de su alma irradia en el aspecto de esta cara cálida aún por el contacto del alma. Ella ha experimentado en estos momentos el efecto de las inexorables leyes de la naturaleza, mas la fuerza divina la ha reanimado y levanta el velo que os ocultaba, el horizonte.

¡Oh, Padre mío, consuélate! - La alegría me inunda, la luz me deslumbra, la dulce paz me envuelve y Dios me sonrío.

¡Padre mío! - Los prados se adornan de flores, el esplendor del Sol las encorva y marchita, pero el rocío las reanima y la noche les devuelve la frescura.

¡Padre mío! -Tu hija se marchitó por los soles de la tierra, pero el rocío del Señor la transformó y la noche de la muerte te la devuelve brillante y fuerte.

¡Padre mío! - La misma alegría te será concedida si repites y practicas las enseñanzas de mi madre. Tú eres el pobre depositario de los días malos; yo en cambio soy la privilegiada del Señor, puesto que no merecía sufrir por más tiempo siendo que la Providencia distribuye a cada uno las penas y las alegrías según sus méritos".

La infeliz madre estaba arrodillada en la parte más oscura del cuarto. Las personas de la familia la rodeaban y al aproximarse a ella se hicieron de lado.

¡Mujer, levántate!, le dije con autoridad. Tu hija está llena de vida y te llama.

No creas a estos sacerdotes que te hablan de separación y de esclavitud, de noches y de sombras. La luz se encuentra siempre doquiera llega la juventud pura y coronada de ternura filial.

La libertad se encuentra en la muerte. Tu hija es libre, grande, feliz. Ella te seguirá de cerca en la vida para darte la fe y la esperanza. Dirá a tu corazón las palabras más apropiadas para darles calor, dará a conocer a tu alma la reunión y el dulce abrazarse de las almas. Te hará conocer el verdadero Dios y caminarás guiada por la luz de la inmortalidad.

Hombres que me escucháis, vosotros todos que deseáis *la* muerte en medio de la adversidad y que la olvidáis en medio de los placeres de los favores terrestres, aproximaos a este cadáver, el Espíritu que lo anima doblará su cabeza sobre las vuestras y el consuelo, la fuerza y la esperanza descenderán hacia vosotros.

“Padre y madre, poned de manifiesto la felicidad de vuestra hija elevando preces al Dios de Jesús: Dios, Padre mío querido, manda a este padre y esta madre la prueba de tu poder y de tu amor”.

Todas las miradas estaban fijas sobre la muerta y la pobre madre se había adelantado como para recibir una contestación de esos labios ya para siempre cerrados... El último rayo de Sol que declinaba se reflejaba sobre el lecho fúnebre y las carnes descoloridas tomaban una apariencia de vida bajo ese rayo pasajero. El rubio cabello ensortijado formaba un marco alrededor de la cara de la niña y el calor de la atmósfera hacía parecer brillante y agitada esa cabellera enrulada y húmeda, delante de la muerta. La penosa emoción de los presentes se había convertido en éxtasis. Ellos pedían la vida real a la muerte aparente y la grandeza del espectáculo calentaba sus imaginaciones desde ya tan febriles; mis palabras se convirtieron en conductores de electricidad y el gentío que llenaba el aposento cayó de rodillas gritando: ¡Milagro!

*Habían visto* a la muerta abrir los ojos y sonreírle a la madre. Le *habían visto* agitarse los cabellos bajo el movimiento de la cabeza, y la razón, sucumbiendo en su lucha con la pasión de lo maravilloso, agrandó mi personalidad en un momento con intensas manifestaciones de admiración.

El *milagro* de la resurrección momentánea de la joven quedó establecido con la espontaneidad del entusiasmo, y el profeta, llevado en triunfo, creyó obedecer a Dios no desmintiendo la fuente de sus próximos sucesos.

Pude desde ese día hablar con tanta autoridad, que los sacerdotes se resintieron al fin y tuve que decidirme a partir.

Empecemos a ocuparnos, hermanos míos, de la preparación de la primera entrevista con Juan apodado *El Solitario* por sus contemporáneos y que los hombres de la posteridad convirtieron en un *bautizador*. Las apariencias de Juan eran realmente las de un *bautizador*, *puesto que también me bautizó a mí en las aguas del Jordán*, según dicen los historiadores. Tengo que aclarar algunos hechos que han permanecido oscuros por el error de los primeros corruptores de la verdad.

Juan, era hijo de Ana, hija de Zacarías y de Facega, hombre de la ciudad de Jafa.<sup>(1)</sup> El era el "Gran Espíritu", el piadoso solitario, que era distinguido por el general afecto, y los hombres tuvieron razón en hacer de él un *Santo*, porque esta palabra resume para ellos toda la perfección. Predicaba el *bautismo de la penitencia* y la ablución de las almas en las aguas espirituales. Había llegado al ápice de la Ciencia Divina y sufría por la inferioridad de los hombres que lo rodeaban. No tenía nada de fanático y la severidad para consigo mismo lo pone a salvo de los reproches que podrían hacerse por la severidad de sus discursos. La fe ardiente que lo devoraba comunicaba a todas sus imágenes la apariencia de la realidad y permanecía aislado de los placeres del siglo, cuyas vergüenzas analizaba con pasión. La superabundancia de la expresión, la hábil elección de las comparaciones, la fuerza de sus argumentos colocaban a Juan a la cabeza de los oradores de entonces. Mas la desgraciada humanidad que lo rodeaba lo llevaba a excesos de lenguaje, a terribles maldiciones, y fanatizaba cada vez más al hombre fuerte que comprendía la perfección del sacrificio.

**(1) Era un año mayor que Jesús.**

Hombres del día, vosotros estáis deseosos de los honores de las masas, Juan lo estaba de los honores divinos. Vosotros ambicionáis las demostraciones efervescentes, oh; hombres afortunados y encargados por Dios para honrar las cualidades del Espíritu y la virtud del corazón, él ambicionaba solamente las demostraciones espirituales y el amor divino. Vosotros hacéis poco caso de la moralidad de los actos cuando la suntuosidad externa responde de vosotros ante los hombres; él despreciaba la opinión humana y no deseaba sino la aprobación divina. Juan habitaba durante una parte del año en los sitios más agrestes y los pocos discípulos que lo acompañaban proveían a sus necesidades. Frutas, raíces y leche componían el alimento de estos hombres y ropas de lana grosera los defendían de la humedad y de los rayos solares. Juan se dedicaba en la soledad a trabajos

encomiables y los que lo seguían eran honrados con sus admirables conversaciones. Él meditaba sobre la generosa ternura de las leyes de la naturaleza y deploraba la ceguera humana. Descendía de los ejercicios de apasionada devoción a la descripción de las alegrías temporales, para los hombres sanos de Espíritu y de corazón, y el cuadro de la felicidad doméstica era descrito por esos labios austeros con dulces palabras y delicadas imágenes. El piadoso cenobita coordinaba los sentimientos humanos y gozaba con las evocaciones de su pensamiento, cuando se encontraba lejos de las masas.

El melodioso artista poetizaba entonces los sentimientos humanos y el amor divino le prestaba sus pinceles. Pero en el centro de las humanas pasiones el fogoso atleta, el Apóstol devoto de la causa de los principios religiosos se demostraba irritado y desplegaba el esplendor de su genio para abatir el vicio y flagelar la impostura. En el desierto, Juan reposaba con Dios y se dejaba ver hombre con sus íntimas aspiraciones; en la ciudad él luchaba con el hombre y no tenía tiempo de conversar con los Espíritus de paz y mansedumbre. La principal virtud de Juan era la fuerza. La fuerza lo llevaba al desprecio de las grandezas y al olvido de los goces materiales. La fuerza lo guiaba en el estudio de los derechos de la criatura y en la meditación de los atributos de Dios. La fuerza le hacía considerar el abuso de los placeres como una locura y el sabio dominio sobre las pasiones como una cosa la más sencilla. La fuerza se encontraba en él y la justicia salía de su alma. La elevada esperanza de las alegrías celestes lo atraía hacia ideales contemplaciones y la aspiración hacia lo infinito lo llenaba de deseos... Él no comprendía y no podía comprender la debilidad y las atracciones mundanas. Hacía de la grandeza de Dios la delicia de su Espíritu, y la Tierra le parecía un lugar de destierro en el que él tenía el cuidado de las almas.

"Otro vendrá después que yo, decía, que lanzará el anatema y la reprobación sobre vuestras cabezas, oh judíos endurecidos en el pecado, oh paganos feroces e impuros, niños atacados de lepra antes de nacer... y vosotros, grandes de la Tierra, ¡temblad! La Justicia de Dios está próxima".

El fraude y las depravaciones de las costumbres Juan los atacaba con frenesí, y la marcha de los acontecimientos demostró que él no respetaba a las cabezas coronadas más que a los hombres de condición inferior.

La centella de su voz potente iba a buscar la indignidad en el palacio y revelaba el delito fastuosamente rodeado. Las plagas de la ignorancia, las orgías de la pobreza lo encontraban con una compasión agria, que se manifestaba con la abundancia de la palabra y con la dureza de la expresión.

Juan pedía el bautismo de fuego de la penitencia y quería el estigma de la expiación. Predicaba, es cierto, el consuelo de la fe; mas era inexorable con el pecador que moría sin haber humillado sus últimos días en las cenizas de sus pecados. Él permanecía una parte del año en la ciudad y la otra en el desierto. He dado ya a conocer la diferencia del humor que se manifestaba por efecto de estos cambios. Quédame que describir las abluciones y las inmisiones generales en el Jordán.

Los judíos elegían para dichas abluciones parciales y para las inmersiones totales un río o un canal, y las leyes de la higiene se asociaban en ello con las de la religión. El Jordán, en la estación de los calores, veía correr hacia sus riberas multitudes innumerables, y Juan bajaba de su desierto para hacer escuchar de esas gentes sus discursos graves y ungidos.

Su palabra tenía entonces ese carácter de dulzura que él adquiría siempre en la soledad, y su reputación aumentaba el apuro de las poblaciones circunvecinas por practicar las inmersiones del Jordán.

Juan recomendaba el deber de la penitencia y del cambio de conducta después de la observancia de la antigua costumbre y establecía que la penitencia debía ser una renovación del bautismo.

A menudo les gritaba: "De vuestro lavaje corporal deducid vuestro lavaje espiritual y sumergid vuestras almas en el agua de la fuente sagrada. El cuerpo es infinitamente menos precioso que el Espíritu y sin embargo, vosotros nada descuidáis para cuidarlo y embellecerlo, mientras abandonáis el Espíritu en la inmundicia de las manchas del mal, de la perdición y de la muerte.

De la pureza de vuestro corazón, de la blancura de vuestra alma haced mayor caso y cerrad los oídos a los vanos honores del mundo.

“Resucitad vuestro Espíritu mediante la purificación al mismo tiempo que conserváis vuestro cuerpo sano y robusto con los cuidados higiénicos”.

Juan hablará él mismo en el cuarto capítulo de este libro y describirá nuestra primera entrevista, que tuvo lugar en Bethábara.

## CAPÍTULO IV

### Habla Juan el Bautista

VENGO al llamado de mi glorioso hermano.

Con el cuerpo rendido y el alma entristecida, Jesús precisaba de descanso y consuelo. Había oído hablar de mi persona y tuvo ganas de verme.

Preguntad, hermanos, por el continente grave y dulcemente familiar de Jesús: Preguntad a Jesús por la fuerza apasionada de Juan. Los dos os contestaremos que la naturaleza de los hechos de nuestra existencia terrestre guardaba el sello de nuestra naturaleza espiritual. En Jesús era el reflejo de la misericordia divina y en Juan era la necesidad de fustigar la materia. La figura de Jesús asumía a veces la inquietud afligiente de los dolores humanos, todos los juicios de Juan en cambio tomaban su razón de ser en la maldad e incapacidad de los hombres. El semblante de Jesús se iluminaba con la grave pero expansiva alegría del padre y del pastor, en el semblante de Juan no descubriréis más que el negro, grande e inalterable pensamiento de la degradación humana y de las vergüenzas de los conquistadores. Todas las ternuras se ven manifestadas en Jesús y su pureza les forma un cuadro de poesía divina. Juan se alejaba con alegría de los hombres y su piedad estaba mezclada de ira y desprecio.

Benedicid a Dios, hermanos míos, por las revelaciones de Jesús, y en cuanto a Juan que agrega a estas revelaciones el concurso de su palabra, quedad convencidos del ascendiente de Jesús sobre de él, pero no del deseo de Juan de venir hacia vosotros.

Jesús sufría desde que había dejado a sus *buenos paganos*, como él los llamaba, y el recuerdo de los momentos felices que había pasado al lado de ellos lo entristecía. Mas Jesús era el puro Espíritu de la Patria Celeste y los apasionados movimientos de ternura no tenían que luchar en su alma con el, rígido sentimiento de un deber riguroso.

La misión del Apóstol se mostraba, más que en otra cosa, en el esfuerzo supremo que lo arrancaba de las fáciles alegrías para lanzarlo en los brazos de penas aprehensiones, de pruebas humillantes, de poderosos enemigos, de la muerte, que él buscaba como el santuario de su pensamiento fraternal y su amor divino.

Jesús sabía que después de su muerte se cerniría sobre el mundo humano y medía con la paciente emulación de su alma esa separación con el convencimiento de que un día, mediante progresivas luces, se llegaría a la reunión eterna.

Jesús quería todos los horrores de la muerte para echar sobre su vida de virtud esa antorcha postrera que se llama martirio y presentar ante Dios los estigmas del sacrificio.

Pasemos a la relación de la visita de Jesús a Juan, en la ciudad de Bethábara. Observemos la figura carnal de los dos Apóstoles y fijémonos en la delicada armonía de sus Espíritus con sus envolturas mortales. Bajemos al nivel de los escritores humanos para satisfacer vuestra curiosidad y pongámonos de manifiesto con un paciente esfuerzo de



memoria respecto de cosas perdidas entre siglos de trabajos espirituales constantes y de sublimes visiones. Llamemos nuestros pensamientos hacia la Tierra e iluminemos con detalles corporales el camino del alma hacia las eternas alegrías. Presentemos en este libro el retrato de la figura aparente del Espíritu y purifiquemos nuestro pensamiento con humildad y premura.

Jesús era alto de estatura, de cara pálida, ojos negros, cabellos castaños y la barba, que llevaba larga, era casi roja. La forma de la cabeza era ancha y enérgica, la frente desarrollada y con escaso pelo, la nariz recta, los labios sonrientes y su modo de caminar manifestaba nobleza. La pobreza de sus ropas no era suficiente para esconder la riqueza de esa naturaleza resplandeciente de elevación, no obstante el *origen humilde de su familia* y la modestia de su carácter. La palabra atraía e inspiraba afecto la persona de este hijo de un carpintero, que amaba a los niños y que designaba a los pobres como *los primeros* en el Reino de Dios. La perversidad se detenía ante su mirada y numerosos pecadores venían a implorar penitencia y compasión a los pies de este divino dispensador de gracias y absoluciones.

Hubo mujeres atraídas por el prestigio de su belleza física y el de su elocuencia, mas ellas se ruborizaron ante la pureza de su Espíritu y el amor carnal se fundió con el sentimiento de exaltación religiosa. Tú sola, oh María, introdujisteis una sombra en ese corazón adorable y desde la cruz Jesús te dirigió una mirada de reproche y de cariño. Esa cruz era al mismo tiempo tu condena y una promesa de protección para el porvenir; de ella tú guardas la tristeza en el alma y una promesa en el Espíritu; de esa cruz tú guardas una imagen dolorosa y una luminosa aureola y la justicia de tu condena habrá sido el deslumbramiento de tu alma dentro de un cuerpo marchito. (1)

Jesús era el apoyo de los débiles, la dulzura de los afligidos, el refugio de los culpables y el maestro de elevadas enseñanzas para todos los hombres. Alegrías inefables producía su palabra penetrante en los corazones de todos los que lo escuchaban así como su clarividente familiaridad. Preciosos honores iban ligados a su amistad y las almas ingenuas de sus Apóstoles, como las mejor templadas entre sus defensores de Jerusalén, jamás encontraron felicidad más completa, tranquilidad más profunda, que durante sus conversaciones y después de sus expansiones de alegría y de aliento.

(1) Hay en esta otra más de un pasaje, como éste, en que la poca claridad del estilo hace difícil el comprender lo que ha querido decirse: mas yo no quiero alterar el texto, así lo he manifestado ya. Si tuviera a la vista el original francés, tal vez me atrevería a usar de mayor libertad en la traducción, procurando aclarar los pasajes oscuros. El que nos ocupa parecería indicar que Jesús manifestó debilidad amorosa para con alguna María, mientras que es de la madre de quien se trata, y el reproche de Jesús, se refiere a la sombra que María, con su presencia y con el profundo dolor que como madre, no podía ocultar ante los sufrimientos del hijo, vino a arrojar en el corazón de Jesús en esos momentos de tan terribles pruebas. — N. del T.

"Jaime, mi tío, dice Jesús en un pasaje del Capítulo VP de la Primera parte de esta obra, me acompañó hasta el calvario, Jaime mi hermano huyó loco de dolor, María de Magdala y María mi madre fueron las dos únicas mujeres que contemplaron mi agonía sobre la cruz". Esta transcripción deja aclarada la observación que precede. — (N. de la C.)

La patria y la familia de Jesús se encontraban en todas partes.

"Los hombres son mis hermanos, decía, y todos mis hermanos tienen derecho a mi amor".

"¿En dónde están las leyes y las costumbres de la familia de mi Padre, de la patria de mis progenitores?"

"En el libro eterno".

"Yo os lo digo: el que no trate a los hombres como hermanos, no será recibido en la casa de mi Padre".

"El que diga: Ese hombre no es de mi patria, no entrará en la patria del Padre".

"El que haga dos partes: una para su familia y la otra para sí, no gozará de los dones y de los favores del Padre".

"El que no combata la adversa fortuna en nombre de la familia universal, apegándose tan sólo a los bienes de su padre y de su madre, no verá la alegría de la casa paterna y no encontrará más que el abandono y el aislamiento después de la muerte. Abandonad, pues, a vuestro padre, a vuestra madre, a vuestros hermanos y a vuestras hermanas antes que complaceros en el olvido de la ley de Dios. Esta ley exige el conmovedor sacrificio del fuerte en favor del débil y de la familia esparcida por toda la Tierra".

"He aquí los miembros de mi familia, he ahí los hijos de mis hermanos, decía él señalando los hombres y los niños que lo rodeaban".

"Hermanos míos, amigos míos, hijos míos, haced vuestros preparativos de viaje y marchad hacia la patria del Padre Celeste. Los pobres serán recibidos los primeros y los ricos, que hubieren abandonado todo para seguirme, tomarán parte en la alegría general".

"Hermanos míos, amigos míos, hijos míos, seguidme y manteneos firmes en la humildad y en la pobreza."

Juan era de color trigueño, cabellos negros y de estatura menor que la mediana. Tenía ojos rojos, sombreados de espesas cejas, lo cual, unido a su palidez, daban una expresión de dureza a su persona. Mas la sonoridad de su voz y la expresión de sus gestos hacían desaparecer poco a poco la primera impresión desfavorable para dar lugar al atento interés de sus oyentes y arrastrar al entusiasmo las masas.

Jesús os ha hablado ya de la palabra de Juan, y me parece inútil el hacer os notar lo erróneo del nombre de *bautizador* que se me dio después.

Mi habitación fue honrada con la dulce figura del Mesías un año antes de mi suplicio. La misericordia divina quiso presentarme el modelo de la abnegación para dar a mi abnegación más ternura en la caridad y mayor mansedumbre en la expresión. Yo me sentí penetrado de la misericordia divina cuando vi el *hijo del carpintero* de Nazaret (puesto que así él se anunció), quien tomó lugar entre mis discípulos.

La luz de la gracia iluminaba su frente y sus labios sonrieron cuando me manifestó su deseo de hablarme a solas.

La Justicia de Dios, me dijo, se verá honrada en sus decretos cuando los hombres sean capaces de darse razón de ella.

"La fe será el apoyo de los hombres cuando ella se libre de sus actuales tinieblas y se manifieste llena de promesas".

"El poder de Dios impondrá la adoración cuando ella sea explicada claramente".

"Para hacer apreciar la Justicia de Dios es necesario establecerla sobre su amor, y el amor justificará el castigo. Rechacemos la tétrica envoltura de los dogmas y hagamos resplandecer el amor perfecto del Creador. La justicia es el amor y el amor es la perfección divina. La eternidad del amor hace imposible la eternidad de los sufrimientos. Sin justicia, ¿en dónde estaría el amor? Y sin amor, ¿en dónde estaría el Padre?"

"Prediquemos, pues, el amor, Juan, y honremos la justicia atribuyéndole la resurrección del Espíritu hasta su completa purificación".

"Apurémonos en probar la transmisión del Espíritu, indicando los males que afligen al cuerpo, y separemos el Espíritu del cuerpo, demostrando con descripciones pomposas, los honores de dicho Espíritu".

Expliquemos la penetrante intervención del poder divino con la tranquila confirmación de la fe, y, ya sea que este poder se manifiesta ostensiblemente, ya sea que él se abstenga de manifestaciones fortuitas, rodeémoslo de nuestra admiración y de nuestras esperanzas.

La desmoralización de los hombres depende de su natural inferioridad.

A las llagas del cuerpo debemos procurarles el bálsamo refrigerante y tanto más debemos procurar esconderlas de las miradas ajenas cuanto más asquerosas ellas sean.

Para las llagas del alma procuremos iguales cuidados que para las llagas del cuerpo y purifiquemos el aire apestado con palabras de misericordia y esperanzas animosas.

Descubramos las llagas a solas con el enfermo y sondeemos la herida para sanarla; pero que ignore la multitud las vergüenzas ajenas y sólo encuentre en tus palabras, Juan, la expansión de tu virtud y de tu fe.

Que el favor de Dios se demuestre en ti con imágenes delicadas y floridas y que la elevación de tus pensamientos no se encuentre empañada con la acritud de tus demostraciones.

"He ahí los consejos de Jesús de Nazaret".

"Jesús precisa del apoyo de Juan para que se le honre y se le siga y viene como un solicitante de parte de Dios."

Yo escuchaba aún al que me tenía la mano en señal de alianza. Apreté esa mano y dije:

"Tú eres el que debía venir, si no, ¿en dónde esperar otro?"

"Tus palabras se graban en mí y la gracia se encuentra en tu mirada."

Jesús elevó hacia el cielo sus ojos húmedos y cariñosos y en seguida me dijo:

"La paz que viene de Dios se establece en nosotros".

"La luz pura nos demuestra la vida eterna como precio de nuestros trabajos".

"La Justicia Divina nos preservará del temor de los hombres y el alto poder nos elevará a alegrías perfectas".

"Líbreos la Tierra de sus obstáculos, libertemos las almas de sus terrores y hagamos de lado los despojos mortales glorificando a Dios."

Juan comprendió. La Justicia de Dios lo libertó más que nunca del temor de los hombres. En el año que siguió a esta gran manifestación divina Juan murió, fuerte de la gracia que lo sacaba de un mundo corrompido. Demostró en el suplicio la majestad de la calma y el ardor de la fe. Fué el mártir de su fe al acusar a los príncipes de la Tierra por sus escandalosos ejemplos y los gobernadores de la provincia que habitaba por sus evidentes delitos.

Hermanos míos, acabo de llenar para con vosotros una nueva misión, y me retiro de este lugar, dejando el puesto al divino (1) visitador, que desea terminar él mismo la referencia de nuestras relaciones.

Adiós, hermanos míos, y que la gracia os sea provechosa....

La pureza de Juan, hermanos míos, es hija de su vida humana y la santidad de su Espíritu no hizo sino acrecentarse después de su estada sobre la Tierra.

La primera condición del Apóstol es la firmeza. Juan la llevó tan lejos cuanto lo permitía la naturaleza humana. La muerte de mártir le dió elevación delante de Dios y la cantidad de sus obras lo coloca a la cabeza de los que han albergado entre vosotros. La tierna afección que el Apóstol me demostró desde el principio se hizo cada vez más grande y la sorpresa de las personas que vivían con él se convirtió en respeto.

El calor penetrante de mi alma fundió el hielo que impedía al alma de Juan de participar del dolor humano, desligando este dolor del principio de justicia para hacerlo resplandecer del don misterioso del hombre para con el hombre, honrando la cualidad de

hermanos y llamando a todos los hombres hacia la perfección del Espíritu; dando a todos los Espíritus el mismo origen de alianza con Dios y el mismo coronamiento en el porvenir, atrayendo hacia el corazón del Apóstol, fanático por la virtud, la amplia expansión de la piedad fraterna y del amor humano, por el deseo de amor divino.

Lo dejé a Juan recibiendo su promesa de purificar sus pensamientos con respecto de la fraternidad de los hombres; le prometí volverlo a ver y me dirigí hacia Jerusalén.

**(1)La palabra *divino* debe tomarse como la expresión de la elevación espiritual a que llegó Jesús.**  
- (E. V.)

Yo contaba ya en Jerusalén con un partido poderoso y devoto, debido más a los trabajos de José de Arimatea que a mis méritos personales. Mi personalidad quedaba resguardada con la de ese hombre influyente, colocado ahí, habríase dicho, para hacer la mitad del camino que se me había trazado. José, que veía en mí un simple reformador de la moral, mucho se asustó cuando le desenvolví mis proyectos de reforma religiosa.

Algo pesimista y clarividente, él empleó todos los medios posibles para hacerme renunciar a la mezquina lucha, como decía, de la arcilla en contra del cobre, de un niño en contra de una legión de gigantes. José tuvo en esos momentos de aprensión la visión de mi pasión y de mi muerte y del comportamiento de ese pueblo que en esos momentos era favorable a mis ideas de mejoramiento, pero cuya estúpida ignorancia me definió así como su volubilidad, fundada en sus cambiantes impresiones y en la rusticidad de sus instintos. Me pintó con caracteres de fuego el odio de los sacerdotes, la defección de las personas en quienes confiaba y la ira de los hipócritas desenmascarados. Colocó sobre la balanza, con sano criterio, la vergüenza de una derrota y la tranquila esperanza en el porvenir. Definió, en medio del transporte de su corazón, tanto los tormentos que me esperaban y los celos feroces de mis adversarios, cuanto la paz de una existencia, pasada entre la amistad y la virtud. Hizo brillar ante mis ojos la tierna y deliciosa armonía de los goces del alma y les colocó en frente la fatiga y el desengaño de una tentativa humanamente privada de toda probabilidad de éxito y llena de peligros, sin utilidad y sin gloria.

Las abundantes razones y la lógica decidida de mi amigo cayeron ante mi resolución.

¡Ay de mí! - Yo empezaba a alejarme de la dulzura, y la aspereza de mi designio daba a mis palabras la dura expresión de la impaciencia y de la altanería.

José añadió la piedad a la aflicción y el modo con que sufrió mi mal humor me dejó libre de todo miramiento.

Le comuniqué mis aspiraciones, mis propósitos, los signos de mi misión, los inmensos deseos de mi Espíritu, las tontas fantasías de la muerte, que turbaban mis sueños, y le describí mis expectativas con respecto de la posteridad a la que hacía falta un iniciador que la deslumbrara. Yo encontraba la defensa de la humanidad en la abyección en que la habían sumergido los orgullosos fanáticos. Me levanté para condenar la ley que me condenaba a mí mismo; mas esta ley perecería para siempre mientras yo recorrería mundos,

daría facilidades al progreso, descubriría amplios horizontes y volvería a vivir en el curso de los siglos. Quería la libertad del Espíritu; entregaba mi cuerpo en medio de las maléficas estrecheces de la atmósfera terrestre ciñendo la frente con la corona del martirio, pero habría antes conquistado la doble gloria del legislador y del Apóstol.

La ley de Moisés decía: *Que los reyes son designados por Dios para gobernar a los hombres.*

Yo sostendré: *Que la igualdad de los hombres está ordenada por Dios y que el mando supremo pertenece sólo a la virtud.*

La ley de Moisés decía: *Que los hijos pertenecen a los padres, y que la esposa es la esclava del esposo.*

Yo diré: *Que el Espíritu pertenece a Dios, y que el hijo debe abandonar al padre y a la madre antes que infringir los mandamientos de Dios.*

Yo diré: *Que la esposa es igual al esposo y que no existen esclavos en la familia de Dios.*

La ley de Moisés decía: *Que los sacrificios de sangre son agradables a Dios.*

Yo diré: *Arrojad del templo lo que mancha y ofreced a Dios el corazón de sus hijos. Caminad en medio de las flores del prado, jamás entre la masacre y las llamas. Ofreced a Dios el homenaje de vuestras penas, de vuestros dolores, para serle agradables; mas no matéis lo que Él ha creado y no profanáis con sacrificios horribles el altar del Dios de paz y de amor.*

La ley de Moisés decía: *No tomes a tu hermano ni su mujer, ni su buey, ni su asno ni nada de lo que le pertenece.*

Yo diré: *Partid la mitad con vuestros hermanos de los bienes del Señor. Quien quiera que no haga sacrificio de sí mismo a favor del hermano no entrará en el Reino de Dios. El robo y el adulterio son odiosos porque ultrajan la justicia y la caridad. No manifestéis, pues, vuestras inclinaciones, vuestros deseos ilícitos; arrepentíos en cambio antes que la mirada de un hombre se haya percibido de esta humillación de vuestro Espíritu. Practicad el bien en la sombra, orad con la elevación de vuestros corazones y reconciliaos con vuestros enemigos antes de entrar en la Sinagoga.*

No me hallaba ya en el tiempo de mis tímidos estudios respecto de las necesidades humanas y la naturaleza de mi entusiasmo no se parece a la temeridad de la adolescencia. Mi penetración en el porvenir tomaba su origen en el ardor de mi voluntad Yo hablaba con una emanación divina y gozaba de un puro éxtasis en las maravillas de la patria celeste. Después volvía a la realidad, más emprendedor, más infatigable, más heroico que antes, por el cumplimiento de mí misión. Mi muerte me parecía útil, huirla me hubiera parecido vergonzoso y vil.

¿Podría acaso olvidarme la posteridad?

*"No, me contestaba una voz íntima, la posteridad tiene necesidad de ti, el porvenir tiene sus esperanzas en la nueva ley; los vestigios de tu sangre harán brotar virtudes."*

Yo debo, hermanos míos, demostraros los diferentes efectos de mi pureza que tuvieron por móvil causas diferentes en dos épocas de mi vida.

Coloco la primera época dentro del tiempo transcurrido hasta el fallecimiento de mi padre.

La pureza de mi juventud era un reflejo de la naturaleza de mi Espíritu lanzado hacia el duro cautiverio de la materia.

La pureza de mis años viriles fué el fruto de una victoria y la luminosa aureola que me acompaña es la recompensa de esa victoria.

Mi muerte de hombre fué la libertad de mi Espíritu, y mi elevación fué conquistada en el cuerpo humano.

La Ley divina es absoluta y el camino de la humanidad, lo mismo que el individual, se cumplen sin desviaciones, dentro de la Justicia del Creador.

Lleguemos a esta conclusión, hermanos míos: Permaneced en la creencia de mi pureza como Espíritu antes de su última encarnación; mas humillaos en cuanto a la dirección de vuestra humanidad, que encamina a todos sus miembros dentro de las mismas condiciones de existencia.

¡Marcha de la humanidad terrestre, tú arrastras en tu rápido movimiento tanto las más bellas flores cuanto las más deformes raíces. Mas, si en este movimiento la flor pierde su perfume, ¡ah, cuánto tiempo se precisa para recuperarlo! - Mas si en este movimiento la defectuosa raíz se abre en bellos brotes, ¡ah, cuán dulce rocío le dará fuerzas y la hará crecer en mejor temperatura! ¡Admirable alianza de los Espíritus, demostración de la fraternidad, vosotros descubristis la adorable bondad de Dios y explicáis su justicia!

A la humanidad terrestre yo venía a darle mi vida de *hombre*, mis sufrimientos de hombre, mis pensamientos, mis trabajos, mi piedad, mi amor... Mas en esta nueva peregrinación de mi Espíritu, *mi memoria me negaría el apoyo del pasado* y mis fuerzas flaquearían a menudo. Como *hombre* sentiría el aguijón de la carne; como *hombre* sufriría debido a la materia, y las afecciones combatidas me pesarían como remordimientos; como *hombre* me cansaría de los hombres y sufriría no obstante por el abandono de los hombres, como *hombre* me llegarían señales de compasión de los Espíritus de Dios; pero nada de ostensible podría darme facultad para desafiar, para cambiar el orden de la naturaleza; como *hombre*, en fin, estaría sometido a la ley humana y la Justicia de Dios no alteraría, por mí, su inmutabilidad.

Hermanos míos, conviene que estéis prevenidos en contra de la infeliz locura de la superstición. Abandonad las culpables ficciones de las pasiones de la época y las tristes enseñanzas del pasado y alegrad vuestro Espíritu con el principio absoluto de la fe. Este

principio descansa en la eternidad de las leyes naturales y en la perfección de su autor, en la luz llevada por la gracia y en la eficacia de esta luz para el bien general.

Haceos dignos de la gracia y trabajad en la luz. Aquellos que os son ahora superiores han trabajado y comprendido. Los que os favorecen tienen aún un deber que llenar, esfuerzos que hacer en común, fuerzas que recabar del seno de la Divinidad y honores que merecer. Las ideas de mejoramiento hacen latir siempre el corazón de los grandes Espíritus. La ley general de las humanidades es la de marchar hacia adelante, la de los Espíritus puros es la de traerle luz a la humanidad.

Hermanos míos, la palabra de Jesús está ahí para traeros la luz. La vida carnal de Jesús trajo la luz, y los *Mesías* de todos los mundos y de todos los siglos han sido enviados para distribuir la luz. Mas estos Mesías encarnados en la materia, hacen causa común con la humanidad a la que deben ayudar, tienen la misma semejanza humana que los demás y nada hay que pueda librarlos de las tendencias propias de esta naturaleza. Haced pues para todos el mismo fardo de pruebas y la misma debilidad de órganos, la misma delicadeza material y *el mismo olvido del pasado en la naturaleza humana*. Honrad la Justicia de Dios, majestuosa y fuerte en su curso. De la pureza de Jesús hecho *hombre* no juzguéis en sus manifestaciones contando en su pureza anterior de Espíritu, mas llegad a comprender la lucha del Espíritu perdido en la materia y obligado a someterse a las leyes de dicha materia.

En el quinto capítulo, la continuación de esta relación tendrá por objeto el conocimiento de mis Apóstoles y de mi poder como Hijo de Dios, título aparatoso y lleno de temeridad, pero rebosando de promesas, el que yo me daba para levantar mi misión y deslumbrar a las masas, título que merecí por mi justa adoración del Padre nuestro.

La ley tenía que castigarme como blasfemo, nadie hubiera podido salvarme. Yo lo sabía y las meditaciones respecto de mi muerte formaban mi delicia. Ella llevaba consigo el voluntario sacrificio de las afecciones terrenales, y mi madre, mis hermanos, mis hermanas, se convirtieron para mí en miembros de la familia humana en medio del pensamiento general y fraterno de la unión de las almas.

Hermanos míos, os digo: volveré dentro de poco.



## CAPITULO V

Se ocupa el Maestro de su mesianismo, del que resultaba su título de Hijo de Dios, tomándolo resueltamente. Sus prédicas dieron lugar a una seria oposición, y para calmar la mala voluntad del Clero resolvió irse por algún tiempo a Caparnaún.

HERMANOS míos, el título de Hijo de Dios elevaba mi misión purificando mi personalidad humana en el presente y aseguraba mi doctrina para el porvenir. Con este título de Hijo de Dios, yo renunciaba a todos los honores, a todas las ambiciones de la Tierra y mi Espíritu debía resultar victorioso en sus luchas con la naturaleza carnal. El título de Hijo de Dios, habría de convertirse en un medio de prestigio para dominar a las masas, mientras podría después explicarlo oportunamente a los hombres más iluminados. Dicho prestigio me proporcionaría la posibilidad de llevar a cabo mi fundación y de asegurarla... Me preocupaba sobre todo la posteridad y su consentimiento me parecía depender de la fe que yo llegara a inspirar, considerándose la luz mía como un reflejo de la luz celeste.

Con todo, la soledad suscitaba a veces dudas y temores en mi Espíritu y yo me preguntaba ¿entonces si consistiría realmente en todo ello el objetivo de mi vida? ¿Espíritus perversos me habrían tal vez empujado por un falso camino? - ¿Sería fructífero el sacrificio de mi tranquilidad y de mis alegrías humanas? - ¿O mi poder de Hijo de Dios se vendría miserablemente al suelo? - ¡Indecisiones fatales, vosotras ponéis bien de manifiesto la debilidad del Espíritu cuando se encuentra envuelto en la naturaleza corporal! (1)

Jerusalén me parecía lugar poco favorable para implantar mi doctrina. Pero antes de dejarla yo quería medir mis fuerzas e intentar mis medios de acción sobre la multitud; me presenté pues en el Templo rodeado de mis más fieles secuaces.

**(1) Por elevado que sea un espíritu, su actuación sobre la "tierra tiene que ser forzosamente imperfecta y pobre, debiéndose limitar a las posibilidades que le consienten el organismo que anima y el medio en que actúa. A ello consiguen no obstante imponerse las potencialidades del alma, de acuerdo con la altura alcanzada por ella; pero ha de ser a costa de una lucha tenaz, renovada por el Espíritu en cada nueva encarnación, en contra de las pasiones resultantes de las condiciones de la vida animal en medio de las cuales tiene que desarrollarse, ligado como se encuentra a todas sus leyes y contingencias. Basta esta observación para darse cuenta de la excepcional altura de la personalidad de Jesús, al verlo proceder constantemente, dentro del más completo dominio de sí mismo, con un desprendimiento tal, con tal altura de ideales y tan profundo amor hacia los hombres, que nada igual puede suponerse. Unida a más su acción con una admirable clarividencia y una perfecta conciencia respecto de la marcha que seguía y de sus finalidades, reposando el todo sobre una fe inquebrantable en Dios y en el triunfo de lo que en su nombre pretendía llevar a cabo.**

Era costumbre que todo hombre de alguna fama tomara ahí la palabra, cosa que yo había hecho muchas veces. Mas debo confesar que la elocuencia sagrada me era difícil y que en todos mis discursos mi debilidad se hacía evidente por la lucha que se establecía entre mi naturaleza física y el deseo vehemente de manifestar mi pensamiento. Las miradas que se fijaban en mí muy de cerca y las interrupciones frecuentes eran suficientes para turbar mis sentidos y desviar mi memoria. Me veía entonces lanzado en cierto desorden de ideas y desarrollaba teorías ajenas al tema que primitivamente me había propuesto. Si bien vencí más tarde esta dificultad, es digno de notarse que la presión de la actualidad dominaba siempre en mí. Mas en ese día debía cuidarme mucho de las apariencias, del

efecto que debía producir delante de personas dispuestas a hacerme daño y delante de otras prontas a crearme, a seguirme y a defenderme.

Tomé como tema de mi conferencia el siguiente: "*La Majestad Divina en permanente emanación con sus obras*", y me constituí en el negador de la *eterna venganza* de mi Padre amado.

El terror de la gente, que hasta entonces me había tenido por un extravagante, cuyas máximas no podían inspirar aprensiones, llegó al colmo.

La mayor parte de los oyentes pendía de mis labios cuando desarrollé la idea de la correlación de los Espíritus de Dios en la habitación pasajera del hombre.

Hablando respecto de mi filiación divina, con la ciencia de los honores de Dios hacia la criatura, vine a colocarme a la cabeza de los reformadores de todos los tiempos y como el precursor de un porvenir de paz y de luz. En esa filiación a favor de uno solo se encerraban promesas para la humanidad entera, por cuanto si bien yo me hacía el honor de dicha filiación, añadía que todos los hombres adquirirían el mismo honor. Después, llegando al último juicio, yo dije: "*Dios vendrá de sobre una nube acompañado por su Hijo y dirá a los justos: Aproximaos a mí y dirá a los reprobos: Alejaos de mí, permaneced en el infierno hasta la purificación de vuestras vidas*".

Era la primera vez que alguien se atrevía a admitir la purificación en el infierno y la extrañeza de mis oyentes provocó repetidas objeciones, a las que yo contestaba desarrollando mis doctrinas. Mi presencia al lado de Dios fué interpretada como una explosión imaginativa, lo cual acepté.

“La predicación en ese tiempo, hermanos míos, no imponía esa atención muda y respetuosa como actualmente. La mala fe del orador se denunciaba por su indecisión al contestar a las objeciones de los oyentes, y la paciencia de éstos en escuchar las demostraciones sabias y religiosas era una prueba del trabajo de sus Espíritus que buscaban comprender los preceptos y la moral que resulta de ellos.”

La mayor parte de los hombres que estaban presentes a las manifestaciones de mi pensamiento en ese día opinaron que era yo una persona muy excéntrica y que mis palabras encerraban el anuncio de una misión divina. Mas una minoría de mis oyentes interpretó mis propósitos como un atentado al culto que se debía a Dios, y clasificó de rebelión mi resolución de quebrantar las antiguas creencias.

Salí del Templo aclamado por la muchedumbre, mas no se me ocultaron las miradas de odio y las amenazas de los que desde ya se habían declarado mis enemigos. Al volver a entrar fuí aclamado frenéticamente quedando en ese momento equilibrado por mis fieles el poder de los sacerdotes. Creo que si mis perseguidores hubiesen demostrado entonces sus intenciones y hubiesen puesto en práctica la primera parte de su programa, mi personalidad se hubiera colocado en seguida a una altura inaccesible para los asaltos y para las falsas interpretaciones de los que querían oscurecer mi fama ya sea intentando *divinizar* una

criatura, ya sea combatiendo groseramente el doble sentido con la injuria, ya sea sosteniendo la impiedad al negar el carácter divino de mi mensaje.

Me separé de esa muchedumbre que tal vez me hubiera mareado, pero repito que si hubiera permanecido por más tiempo en Jerusalén, habría persistido el entusiasmo de mis aliados y la impotencia de mis enemigos. La misma forma de muerte habría terminado mi vida, en la misma época, pero ¡cuántos trabajos se hubieran logrado, cuántos discípulos inteligentes reunidos, cuánta resonancia y qué resultados conseguidos! - Hermanos míos - ***¡pidamos a Dios el advenimiento de esa Religión Universal tan esperada, que hará resplandecer a Dios y a su providencia, a Dios y su amor!***

La naturaleza humana es viciosa porque el hombre nace de la lubricidad. Mas pasando por las pruebas de la carne el hombre se desliga de esta naturaleza por la fuerza de su voluntad, y hallándose el sentimiento humano replegado bajo el sentimiento religioso, el Espíritu adquiere el desarrollo que lo aproxima hacia la pura esencia de Dios. Trabajad en este desarrollo, hermanos míos, la sublime Religión de Dios os lo recomienda.

Yo soy el ángel de vida y digo:

***"La vida es eterna, los sufrimientos sólo duran pocos días; sufrid pues con coraje, la sublime Religión de Dios os lo recomienda."***

Yo soy el Espíritu de luz y digo:

***"La alegría inundará a los que habrán caminado en la luz."***

Hermanos míos, la sublime Religión de Dios os ordena demostrar vuestra fe, aspirando el aire de la libertad de vuestra alma; adornad vuestro Espíritu, buscando el sendero de la verdadera felicidad: humillad vuestro cuerpo, cansándolo con el ejercicio de la caridad, privándolo de los honores fastuosos y de los goces groseros, elevándolo por encima de los instintos de la naturaleza animal en lo que ésta tiene de más feroz y asqueroso. Pedid a la luz la verdad del porvenir por encima de las mentiras y locuras de la Tierra. Pedid y recibiréis, hermanos míos, por cuanto yo soy el Espíritu de luz y os amo.

***-¡Purificad vuestra naturaleza carnal, oh vosotros que queréis entrar en relación con los Espíritus puros; pedid la luz a la ciencia de Dios, oh vosotros que deseáis vivir y morir en la paz y en el amor!***

Me fuí de Jerusalén a Cafarnaúm, ciudad situada a orillas del lago Tiberíades y casi completamente habitada por pescadores, mercaderes y empleados de gobierno.

Cafarnaúm me pareció talmente adaptada para mis miras de proselitismo, que desde el primer momento hice de ella el centro de mi acción y de la esperanza de mi vida de Apóstol.

Los pescadores de Cafarnaúm me eran simpáticos por su alegría franca y honrada. Los mercaderes me parecían restos de pueblos diversos, arrojados ahí casi por un capricho de la suerte, y los oficiales del gobierno me producían el efecto de testigos, felizmente

colocados ahí para la protección de un hombre, cuyos discursos no irían más allá que lo permitido por el Estado.

La mediocre fortuna de los más ricos de Cafarnaún, me aseguraba un tranquilo ascendiente tanto sobre las clases pobres cuanto sobre las más favorecidas. Las costumbres sencillas y las limitadas ambiciones favorecerían el ensanchamiento del círculo de mis oyentes y mi poder como Hijo de Dios se establecería en los corazones de los fieles depositarios de mi palabra con mayor tenacidad que en ninguna otra parte.

La benévola acogida que se me dispensó en Cafarnaún tenía sus motivos en las recomendaciones de mis amigos de Jerusalén, Mis primeros protectores fueron aquí ellos también mis primeros discípulos, y mis tareas fueron de lo más fácil en un principio.

Hagamos por merecer, queridos hermanos, con esfuerzos elevados y con el tierno reconocimiento de nuestros corazones que Dios nos allane los senderos que nos tiene abiertos delante de nuestro Espíritu para llevarlo al apogeo de la ciencia y de la prudencia, pero jamás digamos que la Providencia nos lleva, no afirmemos que nuestros pasos están señalados y que tal Espíritu está guiado por el Espíritu. No, la Justicia de Dios es más grande y todos los hombres tienen derecho a su misericordia.

¿Qué género de alianza con los Espíritus de Dios queréis hermanos míos, que engendre vuestras alegrías si vosotros no lo merecéis con el ardor y la perseverancia de vuestras resoluciones? ¿Qué manifestaciones podríais esperar de Dios si entre vosotros no reinara la concordia y la justicia? ¿De cuántos errores, en cambio, y de cuántas mentiras no seréis vosotros el juguete si con vuestra vergonzosa vida facilitaréis la alianza de vuestro Espíritu con los Espíritus embusteros de la humanidad muertos en la vergüenza? - Desligaos del error, desligaos de los amores corrompidos y la verdad os descubrirá sus tesoros y el amor divino manifestará su calor a vuestra alma.

Haced los preparativos de vuestra elevación, adornad la casa que aguardáis al Espíritu de Dios para que ella sea digna de él. Arrojad de lado las cosas malsanas y lavad las llagas dejadas por ellas para que el Espíritu del Señor no se sienta rechazado y se aleje. Limpiad la cabeza, limpiad el corazón, limpiad el Espíritu, limpiad la conciencia y facilitad la entrada en la habitación con tiernos llamados, con firmes promesas y con ardientes deseos. ! Ah, hermanos míos! ¡Cuánto se equivocan los que creen que el camino de los acontecimientos está sometido a la *fatalidad* y que dicha *fatalidad*, *cuyos golpes retumban en el corazón del hombre, golpea ciegamente, proclamando a la criatura la ausencia de un Ser Inteligente*.

Una vez más. ¡No! - La Justicia de Dios existe y para todos la fatalidad no es otra cosa que el castigo merecido. La fatalidad os respeta cuando os encontráis bajo la protección de un Espíritu *de* Dios, mas esta protección no se adquiere sin sacrificios y los sacrificios son expiaciones. La supremacía del mando, la servidumbre, la riqueza, la esclavitud, son expiaciones. La virtud en los reyes es poco común, el coraje de los esclavos es poco común, el vigor del Espíritu en los deprimidos es poco común, la liberalidad en los ricos es poco común. Mientras tanto todos se liberarían de la fatalidad mediante la virtud, el coraje, la energía del Espíritu y la liberalidad. Todos progresarían en el sendero del propio

mejoramiento si estuvieran convencidos de la Justicia de Dios y de las promesas de vida eterna. La Justicia de Dios a todos nos protege con el mismo apoyo y nos carga con igual fardo. Ella nos promete la misma recompensa y nos humilla del mismo modo, nos alumbraba con la misma antorcha y nos abandona con el mismo rigor. No preludivamos nuestra decadencia intelectual con la aceleración de nuestros principios religiosos, alimentemos en cambio nuestro Espíritu con el cuadro, colocado constantemente en la luz ante nosotros, de la infalibilidad de la Justicia Divina. Pidamos la protección de los Espíritus de Dios, mas no nos imaginemos que ellos han de proteger a los unos más que a los otros sin la purificación del alma protegida.

Yo me había alejado de mi objetivo al alejarme de Jerusalén, pero remedié en parte mi error estableciéndome en Cafarnaún. Pero los Espíritus de Dios no me habían guiado en estas circunstancias, por cuanto la parte intelectual de mi obra me pertenecía completamente. El objetivo de mi vida debía honrarme o llenarme de arrepentimiento, y los Espíritus de Dios se apartarían de mí si mis alegrías humanas ofendieran su pureza.

Espíritus de desorden me inspiraban penosas indecisiones, Espíritus de tinieblas agitaban mi mente con dudas respecto de mi destino, Espíritus de orgullo hacían resplandecer ante mis ojos la pompa de las fiestas mundanas y el placer de los amores carnales.

Perdido en medio de una turbación indecible, levantaba los ojos al cielo con mirada escrudiñadora y, más firme después de la plegaria, luchaba con coraje. Bien lo saben los que dicen: "*Jesús fué transportado sobre una montaña y el demonio le mostró los reinos de la tierra para tentarlo*".

Hermanos míos, el demonio, figura alegórica del *Espíritu del mal*, se encuentra do quiera haya Espíritus encarnados en la materia, y yo me encontraba entregado a las olas de ese mar que se llama Vida Humana. La ley de perdición, la ley de conservación, los goces materiales, los goces espirituales se disputan el Espíritu del hombre y la victoria corona al Espíritu que ha sabido luchar hasta su completa purificación.

Yo reprimía los instintos de la naturaleza carnal, tomando fuerzas en el eterno principio del poder de la voluntad, pues la luz de mi Espíritu sólo me iluminaba durante el reposo que sigue a la lucha, durante la calma que viene después de la tempestad. Debido a mi fuerza de voluntad yo era dueño de las pasiones funestas para el progreso del Ser y durante el descanso de mis fuerzas parecía que la memoria espiritual renaciera en mí; consideraba entonces la habitación temporaria del cuerpo como una estrecha cárcel para el Espíritu y el aire de la libertad anímica entraba en mi pecho en celestes aspiraciones.

La facilidad que yo tenía para descubrir las debilidades de los hombres los colocaba bajo mi dependencia.

Mis palabras adquirían el alcance de revelaciones, cuando las llagas venían a quedar al descubierto, y la apariencia de predicciones, cuando la indignación desbordaba de mi pecho. Mis esfuerzos en el curar se dirigían también al cuerpo, cuyos sufrimientos me era dado apreciar por algunos estudios adquiridos al respecto. Por lo que respecta a mis medios

de cura consentí en admitir, hermanos míos, que su virtud era *puramente humana*, y dejad que mis milagros duerman en paz.(1) Estos han arrojado sobre mí esa oscuridad de la que recién ahora vengo a librarme El Centurión de Cafarnaún es un personaje tomado de entre los que me debieron la salud y la tranquilidad. A todo lo que se ha dicho referente a este hecho (1) yo le opongo un desmentido formal, por cuanto esas palabras no podían ser favorables a la creencia en mi divinidad, mientras que nadie en mi vida carnal me tomó por un Dios; porque las multitudes eran mantenidas por mí en la adoración de un solo Dios, Señor y dispensador de la vida; porque mi título de Hijo de Dios no implicaba la transgresión del principio sobre que descansa la personalidad divina, porque la eterna ley de los mundos coloca la muerte corporal en el abismo del olvido, mientras el pensamiento sigue al Espíritu en el campo de la inmortalidad; porque la muerte es el término prescripto por la voluntad divina, que no puede desmentirse; porque la resurrección se debe entender tan sólo en el sentido de la liberación del Espíritu; porque la resurrección del cuerpo sería un paso hacia atrás mientras el Espíritu camina siempre hacia adelante. La resurrección, hermanos míos, jamás tiene lugar, la muerte nunca devuelve su presa. La muerte, emblema de la petrificación, es el aniquilamiento de la forma material. El Espíritu que ha abandonado dicha materia no se preocupa más de ella y sólo la vida que se abre delante de él lo cautiva y lo arrastra. Jesús no ha podido resucitar a nadie. Tampoco es Jesús quien curó con la imposición de las manos (2) y con sus palabras. – É oró, pidió la liberación de los enfermos y consoló los pobres, hizo nacer alegrías en el corazón de los afligidos y esperanzas en el alma de los pecadores. La tierna melancolía de sus conversaciones atraía a su derredor a los melancólicos y a veces su dulce alegría despejaba los más siniestros semblantes. Los pobres eran sus asiduos compañeros y las mujeres de mala vida corrían hacia él para buscar en sus palabras el olvido, la fuerza, la compasión y el alentamiento. El temerario ardimiento del justo no arrastró jamás a Jesús hacia el desprecio, y, encima de la vergüenza, él tendía con premura el velo radiante de la purificación.

(1) Ante los hombres independientes y sensatos es justamente la cuestión de los milagros lo que desprestigia la personalidad de Jesús, puesto que, sean ellos ateos o deístas, no pueden aceptar ni aún la posibilidad de la violación de las leyes de la Naturaleza o de Dios. Si las leyes de la naturaleza son inmutables, con más razón deben serlo si las consideramos como divinas, porque Dios no puede dejar de ser en sus obras lo que es: perfecto, y lo perfecto no sufre modificaciones, no puede corregirse, no puede ser mejor de lo que es. Si las leyes de Dios sufrieran una transgresión de parte de Él mismo, ello no podría ser sino en el sentido de lo mejor, lo cual implicaría que la ley no era perfecta. Por otra parte, el carácter de la inmutabilidad no puede separarse jamás del de la Divinidad. Científicamente considerada la cuestión, es completamente inadmisibile el milagro, y el que se presentara como un *hacedor de milagros* no podría sino ser considerado como un despreciable charlatán. De ahí viene el gran daño con que el asunto de los milagros ha cargado sobre de Jesús y de ahí viene también sin duda, prescindiendo de la parte que le corresponde a la modestia, el esfuerzo que él hace por alejar de sus curas toda idea de lo maravilloso, colocándolas al nivel de lo estrictamente humano. Tal hecho debe considerarse como una reacción de parte del Maestro en contra de las patrañas milagreras infiltradas al parecer por su discípulo Juan en la grandiosa actuación del fundador del Cristianismo. Hay que advertir, no obstante, que todo nos induce a creer que Jesús debía estar eminentemente dotado de esos poderes *psíquicos* que es común encontrar en las personas cuya elevación de ideas y de sentimientos, así como *santidad* de vida, las colocan en las condiciones de *grandes iluminados*, y de *santos*, para valemos de una palabra consagrada ya por las religiones. Jesús era por otra parte un *iniciado*, como él mismo lo dice. Todo lo cual nos hace creer que debían encontrarse a su alcance todos los resortes de la *magnetoterapia* y del *magnetismo trascendental*, mediante los que pudo producir muchos de los llamados milagros que se le atribuyen.-- (Nota del Traductor.)

(1) Dice el Evangelio, según San Mateo: "Y habiendo entrado en Cafarnaún, se llegó a él un Centurión rogándole y diciéndole: Señor, mi siervo paralítico está postrado en casa y es recientemente atormentado." "Y le dijo Jesús: Yo iré y lo sanaré. Y respondiendo el Centurión, dijo: Señor, no soy digno de que entres en mi casa; mas mándalo con tu palabra y será sano mi siervo. Pues también yo soy hombre sujeto a otro, que tengo soldados a mis órdenes, y digo a éste: Vé y va; y al otro; ven y viene; y a mi siervo: haz esto, y lo hace. Cuando esto oyó Jesús, se maravilló y dijo a los que le seguían: Verdaderamente os digo, que no he hallado fe tan grande en Israel. Y os digo, que vendrán muchos de Oriente y de Occidente y se asentarán con Abraham, e Isaac, y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán echados en las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crugir de dientes. Y dijo Jesús al Centurión: Vé, y como creíste, así te sea hecho; y fué sano el siervo en aquella hora." (San Mateo, VIII, v. 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12 y 13.) "Y habiendo llegado Jesús a la casa de Pedro, vió a su suegra que yacía en cama y con fiebre, y le tocó la mano y la dejó la fiebre y se levantó y los servía. Y siendo ya tarde, le presentaron muchos endemoniados y lanzaba con su palabra los Espíritus, y sanó todos los enfermos." (San Mateo, cap. VIII, v. 14, 15 y 16). Como se ve, la forma bajo que se le presenta aquí a Jesús es poco seria. El modo de expresarse del Centurión es poco cuerdo y poco respetuoso y la actitud de Jesús a su respecto no es propia de él. Con razón, pues, protesta del papel de hacedor de milagros que se le quiere hacer desempeñar. (2) Parece, en realidad, que Jesús no hacía uso generalmente de la imposición de las manos, sino que dirigía el pensamiento, el deseo, en el sentido de la cura. Por eso puede él perfectamente atribuir las curas a otras causas; a la acción tal vez de Seres *extra-corporales*. — (Notas del traductor.)

"Mi Padre, decía, conoce nuestra debilidad. Él nos espera y nos llama con cariñoso empeño. Corramos a arrojarlos en sus brazos y los más grandes delitos serán perdonados.

"Mi Padre es también el vuestro; mi habitación será igualmente la vuestra. Dejad pues a vuestros muertos y venid a habitar con los vivos".

Con las palabras *vuestros muertos* yo quería indicar los excesos y los proyectos insensatos, las desilusiones y las manchas de la vida, los goces desordenados, los infortunios fatales para la prosperidad material y las malas influencias del amor, del odio, del remordimiento y del terror, del pecado y del temor del castigo. Las alegrías inocentes devolvían la sonrisa a mis labios y los niños eran siempre por mí bien recibidos.

"DEJAD QUE LOS NIÑOS VENGAN HACIA MÍ", decía, y tomaba sus manos entre las mías y los colmaba de caricias. Los odios y las discusiones se calmaban por la virtud de mi ascendiente. Todas las rivalidades desaparecían del círculo que yo había formado, y la tierna simpatía de las mujeres echaba sobre mi vida la sombra protectora de las madres, por los cuidados que eran inherentes a mi persona.

Yo descansaba en una lancha pescadora durante la noche de las fatigas del día, escuchando las alegres conversaciones de mis amigos. Los deberes del apostolado, las enseñanzas del pastor dejaban lugar, durante esas horas de reposo, a expansiones llenas de atractivos, de confianzas y de afectos. Los hijos me entretenían con las alegrías y tristezas propias de su edad, y los padres me interrogaban respecto de las aptitudes de cada uno y de la posición que les convenía. - ¡Qué noches deliciosas nos proporcionaban el esplendor de la bóveda celeste, la transparencia del agua, el ansia de los corazones, la sencillez de las almas, las plegarias al Creador y la felicidad resplandeciente en medio de la mediocridad y del trabajo!

Hermanos míos, yo bebo en estos momentos en mis recuerdos y quisiera reproduciros la emoción de mis fieles cuando, de pie sobre una tabla colocada al través de la lancha, yo les explicaba las grandes verdades del porvenir. Así se terminaban con los festejos luminosos del Espíritu, las cálidas fiestas del corazón, y no dejaba a mis amigos sino rodeado y bendecido por ellos.

Mi hospedaje era en lo de cierto Barjoñe, padre de Cephás y de Simón el primero llamado más tarde Pedro, el segundo llamado por los hombres Andrés; los tres eran pescadores.

Las prerrogativas de Cephás tienen su origen en el cariño extraordinario que me demostró desde los primeros días. El carácter sombrío del hermano no dió lugar a la misma confidente expansión. Pocas caras me han quedado tan profundamente grabadas como la de Cephás. Veo aún la expresión de esa cara llena de franqueza y de cierta finura. Sus ojos eran azules y lanzaban relámpagos de inteligencia por encima de unos carrillos frescos y sonrosados y sus labios gruesos sonreían a menudo con el descuido ingenuo de un alegre hijo de la naturaleza.

La cabeza de Cephás era grande, sus cabellos abundantes y de color dorado, anchas las espaldas y elevada la estatura. Sus movimientos, más bien lentos, anunciaban la reflexión. Aun en medio de los trabajos más activos su fisonomía reflejaba con fidelidad las emociones del alma. Cuando pensé en atraerme su cariño, me detuvo con estas palabras: "Puesto que la oración es eficaz cuando sale de tus labios, Señor, ordena a los vientos que me sean favorables durante la noche. Llenad mis redes, y yo creeré en el poder de tu palabra".

*"La oración, le contesté, honra a quien la eleva; pronuncia tú mismo, amigo mío, la fórmula de tus deseos y Dios te oirá si esos deseos son la expresión de la sabiduría y de las necesidades de tu vida".*

Mi pobre Cephás no estaba acostumbrado a la elevación del corazón mediante la plegaria y recién después de mi llegada se preocupaba de las cosas de la vida futura. La oración le fué dictada por mí y a la mañana siguiente en sus horas medias (de la mañana) me fuí a informar del resultado. Encontré a los pescadores muy ocupados, encontrándose ya al séptimo mercado de pescados, tomados durante la noche. Se me festejó y Cephás se puso de rodillas diciendo: "¡Señor! ¡Señor! Tú eres seguramente aquel que Dios ha enviado para hacerme paciente en las adversidades y alegre en la abundancia".

Levántele a Cephás y le dije:

*"Solamente Dios es grande, solamente Dios merece tus transportes de reconocimiento y de amor. Tan sólo Dios, fuerte y, distribuye la abundancia y las bendiciones entre los que dirigen sus oraciones".*

Me retiré dejando a los pescadores en libertad de entregarse a sus faenas. No faltó quien, exagerando el alcance de este hecho, favoreció la creencia en los *milagros*. La religión pura y sencilla de Jesús no existe más. Con rumbosidad delirante, honores tontos y



frías reliquias, cayó esa religión al nivel de las más burdas fábulas. Las elevadas verdades enseñadas por Jesús han sido sustituidas por fantasías y los fanáticos partidarios de mi Divinidad han arrastrado mi nombre entre el lodo y la sangre, en los abominables espectáculos de la Inquisición y sobre los campos de batalla.

¡Pobres mártires! ¡Y vosotros, intrépidos luchadores de la razón, marchad al través de los mundos, corred en busca de la verdad eterna, ascended por encima de las sofocantes humanidades y derramad luz sobre ellas! Tus esfuerzos y tu patrocinio sirvieron para la emancipación de algunos hombres, ¡oh joven e intrépido atleta de las arenas de la inteligencia! y tú en cambio... ¡Mueres pobre, cansado, deseoso de vivir aún, para dar término a la página empezada!

La página empezada se terminará en otra parte y tú te verás libertado de este cuerpo de fango, alejado de estos estertores de muerte, desilusionado de las sombras, empujado hacia la luz infinita, saciado de amor y de libertad.

Firme campeón de una nueva idea, tú vas a expiar tu *delito*... La muerte está ahí; la muerte en medio de una muchedumbre gritona y estúpida... Mas te sostendrán los ángeles en tu hora suprema y ascenderás hacia la eterna luz.

Desciende, hermano mío, los últimos peldaños de la vida humana, ellos te llevarán hacia el vestíbulo de la eternidad. La tumba abrirá para ti los esplendores del día y te serán reveladas las armonías del poder creador. La vejez de tu cuerpo es pesada, mas el alma joven está por salir de esa tumba y te será dada, hermano mío, la revelación sublime de lo que has presentado. Habla a tus hermanos, sé aún útil a la humanidad. Estudia, pide a Dios la llave que abre la mansión fastuosa de su pura luz, penetra hacia la bóveda de los esplendorosos astros y vuelve a la Tierra para darle la prueba de tus nuevos descubrimientos.

A vosotros todos, hombres pensadores y hombres de acción, a vosotros, amigos míos, os corresponde la admiración de los Espíritus que os han precedido. A vosotros os corresponde la fuerza, el poder y la perseverancia en la palabra y en los pensamientos de regeneración.

En la manifestación de la verdad, hermanos míos, hay que garantizarse en contra de los excesos de la indignación, hacia los que puede empujarnos el recuerdo del pasado, y conviene demostrarse fuertes en presencia del presente para fundar el porvenir. Yo dirijo a todos palabras de perdón y de consuelo.

Deponed las armas y amaos los unos a los otros. Un solo lazo existe para *enlazar* a la humanidad entera: él es el amor. No hay más que una puerta de salida de la degradación: el arrepentimiento, y si en la hora postrera el arrepentimiento hace inclinar la cabeza del culpable, la Justicia de Dios, impregnada de su misericordia, se inclina sobre esa *cabeza*.

La expiación de las culpas es inevitable, mas el arrepentimiento del pecador quita a la expiación su carácter ignominioso del castigo y la desesperación de la vergüenza. Hermanos míos, os doy la palabra de paz, os doy la promesa de vida y os bendigo.

## CAPÍTULO VI

**Después de la llamada "pesca maravillosa" aumentó grandemente el prestigio de Jesús, quien hizo en Cafarnaún sus primeros Apóstoles, Cephas, Andrés, Jaime y Juan. Plática familiar de Jesús con sus discípulos.**

Os he dado ya, hermanos míos, una idea de mí cometido como Mesías y de mi poder como Hijo de Dios. Vosotros comprendéis ahora mi misión, que no ha terminado, y mi carácter de Hijo de Dios, que distinguirá a todos los que se alimentarán de la gracia y se aproximarán a la llama divina, a todos los que acreditarán bellas doctrinas y practicarán el eterno mandamiento del amor, a los que desempeñarán misiones de Espíritus inteligentes en medio de Espíritus inferiores y turbulentos, a los que harán la luz en medio de las tinieblas y liarán crecer el grano entre el polvo, a los que se Labran emancipado de la dependencia odiosa de las pasiones para elevarse en la atmósfera pura de la espiritualidad.

El título de Hijo de Dios les pertenece a los Espíritus de pacientes investigaciones y de abnegación personal. El título de Hijo de Dios les pertenece a los Espíritus de penetrante ardor y de dulce humanidad, de emanaciones benéficas y de fuerzas fecundas, de empujes espontáneos hacia los sacrificios por el bien y de perseverante energía en la persecución de los trabajos emprendidos.

Nosotros todos somos hijos del mismo Padre. Las esperanzas del alma, los alicientes del Espíritu, los vicios de la naturaleza carnal nos son comunes, y el Poder Divino nos llama hacia la perfección con el supremo honor de nuestro libre albedrío. Pongamos de manifiesto nuestros recursos, permanezcamos firmes en la lucha, y pidamos a Dios la protección de sus mejores Espíritus; mas no contemos con esta protección mientras no nos enmendemos de nuestros hábitos fatales, y mediante nuestros esfuerzos, puestos en evidencia como un llamamiento y como promesa de purificación.

Elevemos nuestras plegarias con fe y sencillez; obremos con humildad y justicia; destruyamos los malos gérmenes y volvamos a emprender la marcha por otros senderos; busquemos la ley de Dios en el fondo de nuestros corazones, y elevémonos por encima de las costumbres de un mundo corrompido, por las desviaciones que hace de esta ley santa; dirijamos las miradas de nuestro Espíritu en el libro de las manifestaciones gloriosas y gocemos del amor de los ángeles, colmando de amor a los que nos desconocen.

Definamos la religión de manera que no quede lugar a equívocos, y declaremos con energía que las guerras, los odios, las venganzas y todas las horribles carnicerías, cualesquiera que sean las víctimas, son sin excepción impías, sacrílegas y merecedoras del castigo del Creador.

Los grandes Espíritus han experimentado disgustos ante las alegrías humanas en virtud de las alegrías de la gracia. Mas estos Espíritus ellos también han tenido que dar sus primeros pasos por cuanto nadie puede eximirse de los sacrificios que solicitan la grada.

Inclinémonos una vez más ante la Justicia de Dios y continuemos la relación interrumpida al fin de mi último capítulo. Mediante el estudio de la naturaleza todos los

hombres pueden llegar hasta la concepción del inteligente autor de la misma. He ahí lo que me empujaba a buscar a los hombres que se encontraban en contacto con las maravillas de la creación. Yo me arrimaba a Cephas y a Andrés buscando convencerlos de mi poder moral e intelectual. Preparaba mis medios de acción, instruyendo a mis émulos, y deducía pruebas para mis palabras en las obras de Dios y en las manifestaciones de su munificencia y de su amor.

El continente lleno de respeto de mis fieles se había cambiado en un verdadero culto después de la *pesca milagrosa*, como llamaban la abundante pesca que he referido, (1) y los cerebros estaban prontos para exaltarse cuando ocurría alguna discusión respecto de la naturaleza de mi poder.

La luz no se había hecho en estos corazones ingenuos y entusiastas y, sin creermelo dueño absoluto de los elementos, me atribuían la influencia pasajera de los profetas, cuya historia fabulosa conocían. Mis instrucciones se practicaban con la mayor deferencia hacia mi persona y la naturaleza del impulso explicaba la debilidad de los Espíritus. Mas yo, de acuerdo con mi penosa misión, debía aprovechar de esta debilidad y purificar los instintos, sin comprometer el prestigio que tenía. Tenía que apoyar mis demostraciones ya sea sobre la tradición ya sea sobre los recursos de mi propio Espíritu y mantener así la creencia en las predicciones, haciéndome el Apóstol de la nueva verdad.

**(1) Como hice notar desde un principio, Jesús se empeña en todos los momentos en quitar la importancia atribuida a sus *poderes psíquicos* que parece no obstante los poseyera en sumo grado. Es que Él toda la importancia da, da a la doctrina y, convencido sin duda del gran daño que ella y su personalidad han sufrido por la propaganda milagrera que se les ha hecho, manifiesto los efectos de la reacción que es siempre algo exagerada, la que, unida a su modestia peculiar, han concluido por esforzarse en ocultar o desvirtuar todo aquello que pueda guardar alguna relación con el *milagro*, por más que se trate muchas veces de realidades explicables ante los conocimientos que actualmente se tienen respecto de las ciencias psíquicas. Con todo, los estudios minuciosos hechos nos demuestran que todos los *grandes iluminados*, llamaremos así a todos los grandes Espíritus que han guiado los movimientos religiosos verdaderos (decir los que tienen por norte, no las pasiones humanas, sino la verdad y el bien) se han demostrado siempre poseedores de poderes psíquicos y medianímicos especiales Jesús, por lo tanto, no pudo menos que poseerlos, y aunque trata de ocultarlo, se le descubre en varias partes de esa misma obra. — Nota del Traductor.**

El temerario ardor de mis discursos y los hábitos sencillos de mi vida ofrecían un contraste que impresionaba todos los corazones y llevaba el convencimiento a los Espíritus. Me retiraba muchas veces en los momentos de mayor entusiasmo y mi desaparición contribuía a establecer lo sobrenatural de mis formas oratorias, así como la luz de la nueva doctrina que explicaba.

Convencido de mi misión y desilusionado, sin haberlos experimentando, de los goces mundanos, desmaterializado moralmente con el alimento de mis idealismos y dulzuras de imaginación, adelanté rápidamente en la espiritualización del pensamiento y mi palabra estaba impregnada de los tiernos ecos de la poesía celeste. Tenía aún algunas ligaduras humanas y mi corazón quedaba a veces indeciso entre la radiante esperanza y la realidad de la alegría presente; mas estas indecisiones eran pasajeras y, mediante una voluntad invencible, adquiría nuevas fuerzas después de cada lucha.

Los primeros Apóstoles de Jesús, hermanos míos, fueron, después de Cephas y Andrés, Jaime y Juan, hijos de un pescador llamado Zebedeo.

Aquí debo dedicar una página a Salomé, madre de los nuevos discípulos.

Esta mujer heroica, pero sencilla en el heroísmo, es conocida tan solo por la celebridad de sus hijos, y mientras tanto ella poseía más grandeza de alma que sus dos hijos reunidos. Esposa cariñosa de un trabajador, madre admirable, mujer inteligente y He una devoción elevada, Salomé fué, entre mis oyentes, una de las más asiduas y fervorosas. Yo no la he elevado a Salomé; ella se elevó sola, mediante la intuición de mi misión divina y los dos nos encontrábamos marchando unidos en la fuerza de la fe hacia el calvario, yo para morir y ella para verme expirar en medio de las torturas. No es cierto que Salomé me haya pedido que colocara a sus dos hijos *uno de cada lado mío en la mansión de mi Padre*. Si Salomé hubiera formulado semejante pedido yo no la tendría que presentar aquí en la forma que lo hago.

Los dos hermanos estaban llenos de vivacidad y de ardor. Yo les había puesto los apodos de relámpago y de rayo y aprovechaba con éxito de sus cualidades. Mas ¡Ay! - ¡Cuántas amarguras después del placer! - ¡Cuántos arrepentimientos resultaron de mis debilidades! Jaime, el mayor, no era más que el molde de Juan, es decir, que los mismos sentimientos, las mismas facultades, los mismos gustos, los mismos hábitos, se manifestaban en los dos; pero Juan empleaba más ardor en la discusión, más extravagancia en su entusiasmo, más pasión en la amistad y también más vanidad en el apego hacia mi persona. Yo no me preocupaba en combatir las tendencias de Juan hacia la exageración, y su hermano, menos exagerado, me inspiraba temores que jamás se realizaron. - ¡Fatal ceguera! - Juan era la estrella de mi reposo, como Cephas era el instrumento de mi voluntad, el brazo de la acción, y entre estos dos hombres establecía la misma diferencia que establezco hoy. Mas en las discusiones que se promovían entre todos yo solía inclinarme con preferencia del lado de Juan. ¡No me daba cuenta que sus caprichos de preferido, que sus exaltaciones de ánimo sembraban el desorden en el presente y preparaban las oscuridades del porvenir!

Hermanos míos, este discípulo, cuyas ternuras formaban mi felicidad, fué realmente el más querido; pero en este momento yo le quito delante de la posteridad el prestigio de discípulo fiel a su mandato, porque todo lo llenó con lo inverosímil, refiriendo los hechos, no tal como ellos habían tenido lugar, sino como él deseaba que hubieran sucedido.

A los cuatro discípulos familiares de Jesús se agregaron otros cuatro, cuyos nombres helos aquí: Mateo, el aduanero, Tomás, el mentor de mis Apóstoles por la inteligencia de los asuntos externos, Lebeo, mercader, y Judas, célebre por su traición.

En la creación de mi pequeña brigada había establecido que sus componentes debían ser entre ellos hermanos y que el último llegado debía tener las mismas prerrogativas que el más anciano.

Una noche en que, después de comer, me hallaba rodeado de todos mis hermanos, el contento de ellos se manifestaba con bromas picarescas y acertados dichos, cuando a

alguien se le ocurrió llamarme *Rabí*, que significa *maestro y padre*, como más expresivo que el de *Señor*.

Para participar del buen humor de mis hermanos, me dirigí a todos y a cada uno de ellos, buscando los signos de su porvenir en el carácter de cada uno, que yo había estudiado. De las cabezas ardientes de Jaime y de su hermano, de la penetración de Mateo, de la capacidad administrativa de Tomás, de la natural bondad de Lebeo, deduje horóscopos confirmados más tarde por los hechos. Calmé también los celos de Judas favoreciéndolo más que a los otros.

A Andrés le dí ánimo, diciéndole:

"Mi querido Andrés, abrázate de tu hermano y apoya sobre de él tus débiles manos. Los pasos de Cephas te llevarán a trabajos a los que tú solo no conseguiríais dar término; su fuerza cubrirá tu debilidad. Líbrate de la languidez que debilita tú alma, la fe y la resolución no precisan de la fatiga de los órganos y de la pesadez en la ejecución. Honrémonos imitando nuestros lazos fraternales y nuestra confianza en el porvenir. De los cuidados que demanda la grandeza futura de nuestra empresa no te preocupes. Descansa en el Maestro y, después del Maestro, sobre de tu hermano, *que es la piedra fundamental de nuestro edificio*".

Cephas se levantó radiante y dijo:

"Maestro, bendice la piedra fundamental y jamás se vendrá abajo el edificio".

Hermanos míos, jamás salió de mis labios el mezquino juego de palabras que se me atribuyó a este respecto. El origen del nombre de Pedro fué debido sencillamente a la facilidad de comparación que me proporcionó ese momento de confidencial abandono entre hombres, cuyo valor yo había aquilatado.

El nombre de Cephas fué reemplazado inmediatamente por el de Pedro. Así lo designaremos en adelante, como Pedro el Apóstol de Jesús, fundador de esa religión, materialmente pobre por sus miembros, resplandeciente de riquezas por sus aspiraciones, dulce y caritativa, fuerte y majestuosa, tierna y paciente para todos, devota de todos los deberes, poderosa a pesar de los asaltos sufridos, eterna por los ejemplos de virtud, que debían levantarla hasta Dios y conquistar el mundo.

Mis discípulos, en número de ocho, me siguieron en mi visita a Juan, quien bajaba del desierto para presidir las purificaciones en el Jordán. La purificación, como hemos dicho, se practicaba mediante la inmersión completa o parcial, y mi intención era la de someterme al uso, agachándome ante el Apóstol para mi purificación *parcial*, que en seguida yo habría practicado con mis discípulos.

Juan me reconoció en seguida y me hizo caminar a su lado dándome vivas manifestaciones de veneración.

La multitud que observó estos testimonios, me confundió sin más en el mismo respeto con el Solitario. La función de la purificación fué precedida de sermones y ayunos,

lo cual conviene recordar aquí para hacerles comprender a mis lectores que la purificación era lo que más tarde se llamó el sacramento de la penitencia, y no el bautismo, que no tenía razón de ser en esta circunstancia.

Todas las poblaciones de la Judea parecía que hubieran convenido en acudir a la purificación en ese año, que fué el último de Juan. La muchedumbre era compacta, presurosa y febriciente, y la animación tomaba el lugar del silencio ordenado. ¿Cuál era, pues, el motivo de esa emoción, de esa tendencia hacia el sentimiento religioso, de esas desviaciones del pensamiento extrañas al principio de la fe?

La predicación de Juan os lo explicará.

Después de un exordio en que los atributos de Dios habían sido desarrollados con una potencia de palabra y un entusiasmo del corazón, tal es que nadie fuera de él era capaz de manifestar, el orador, descendiendo de las alturas de la espiritualidad hacia las imperfecciones humanas, humilló su mismo genio con injuriosos alegatos y amenazas proféticas.

La impureza de los vínculos, el lujo de las fiestas de la Corte, la desmoralización de los gobernantes, la pesada opresión de leyes arbitrarias y crueles fueron exhibidas en una forma tal como para lanzar los Espíritus hacia el camino de la revuelta. Juan había seguido una vez más el sendero fatal que lleva la virtud hacia el error. Juan había contemplado las torturas del pueblo e introducido el fuego de su alma en el fuego que se alimentaba escondido en el alma del pueblo. Juan había roto el orden que ya estaba por romperse. Juan sería encarcelado, juzgado, condenado a muerte y decapitado al año de estos sucesos; dos años antes de la crucifixión de Jesús.

Mis recuerdos me llevan hacia la purificación de los hebreos en el Jordán. Veo carpas levantadas por todas partes para albergar a los hombres durante la noche y servirles de abrigo durante el día. El poder humano se inclina ante el poder divino y los pecadores vienen a pedir el arrepentimiento, la paz y el olvido. La palabra de Juan entusiasma a la muchedumbre y si yo me entristezco por sus salidas inoportunas, me elevo en cambio en la sublimidad de sus arranques y me identifico con su delirante entusiasmo hacia la magnificencia divina. Los hombres que han concurrido ahí para la purificación de las manchas de sus almas, purifican también el cuerpo con muchas inmersiones saludables en esta estación ardiente. Durante la purificación de los hombres, las mujeres permanecen en las carpas. Más tarde, después de algunos días, ellas también cumplirán con el precepto de la ley, para volverse en seguida todos satisfechos hacia sus hogares, si todos han sabido sacar provecho de las luces espirituales. Las exterioridades de la penitencia y las resoluciones manifestadas nada son. Es necesaria la penitencia en el corazón y el cumplimiento de las promesas.

Hermanos míos, la cabeza de Jesús inclinada y recogida bajo el signo de la purificación, la cabeza de Jesús que recibió la ablución de manos de Juan, quedó humillada con el recuerdo de sus faltas pasadas, pero se levantó animoso para contemplar el porvenir que era necesario merecer.

Los preparativos de Jesús para recibir el agua de manos de Juan le fueron inspirados por la necesidad de demostrarse como el discípulo de un hombre, cuya santidad era universalmente reconocida, y su iniciación en la penitencia debía salvarlo del reproche de haberse colocado por encima de una costumbre tomada de la antigua ley y presentada por el Solitario bajo una nueva forma. La penitencia de ese tiempo era una manifestación pública que significaba, como consecuencia, la reparación de las culpas cometidas y el olvido de las ofensas. La purificación desarrollaba los buenos sentimientos y restablecía la concordia en las familias; *purificación* quería decir limpieza y alivio de las fatigas del alma. El lavado del cuerpo y la explicación de la función que rodeaba el acto constituían el símbolo de la fe. La penitencia de los judíos como la de los cristianos más tarde, exigía disposiciones humanas, cuyo fruto debía ser la purificación del corazón. Mas - ¡ay! - al año siguiente debían tomarse las mismas disposiciones para el cumplimiento de los mismos deberes y la debilidad de Espíritu tendría que encontrarse en frente de las mismas demostraciones banales. Hermanos míos, mis queridos hermanos, detengámonos aquí. Examinemos la penitencia del alma y desarrollemos nuestro pensamiento sobre este sujeto.

La penitencia quiere la expiación y la tendencia de los hombres hacia el orgullo impide la expiación. La penitencia pide la resolución y la resolución nunca es sincera en el cumplimiento de la penitencia. La penitencia favorece al alma cuando el alma ve el peligro y lo huye. El adelanto es el resultado de la verdadera penitencia. La penitencia se convierte tan sólo en una fórmula religiosa risible cuando no convierte a los humildes en fervientes y fieles servidores de la causa santa de Dios. El *humilde* no siente ya la necesidad del fausto de las riquezas y él emplea dichas riquezas en facilitar la instrucción y el bienestar material de los pobres niños de la gran familia humana, y desarrolla en el corazón de su hijo el sentimiento de la fraternidad. El *fervoroso* pide a Dios su ley, Dios le contesta y él proclama la ley de Dios para hacer mejores a los hombres. El *cariñoso* soporta con resignación la miseria, las privaciones, la pérdida de los suyos; mira con desprecio el lujo que lo aplasta y permanece tranquilo frente de la muerte que le da la libertad.

Hermanos míos, decía Jesús a sus discípulos, caminad por la vía humana con la vista fija en la patria del alma. Permaneced pobres y sed pacientes en la prueba. Vivid entre los hombres para consolarlos y reconciliarlos los unos con los otros.

"Calmad el estallido de las pasiones con palabras de misericordia. Descubrid las llagas para curarlas y demostrad vuestra fuerza con los impulsos de vuestros corazones para llevar alivio a todos los sufrimientos. Conquistad el mundo con el amor. Permaneced unidos en la gracia y fuertes bajo su influencia, defended vuestro Espíritu en contra de los asaltos del pecado: mas, si el pecado invadiere vuestro Espíritu, arrojaoos entre los brazos de vuestro Padre, Él os perdonará".

### **El Espíritu se levanta por medio de la penitencia.**

Decid esto a todos.

"Solicitad los dones del Señor con las manos puras de todos los dones de la Tierra. Deponed en la puerta del Templo los honores que se os tributen y olvidadlos al salir.

"Depositad las ofrendas que se os hagan en el tesoro de los pobres y sacudid el polvo de vuestro calzado para no llevar, nada de ello hacia vuestra habitación".

“Deponed a los pies de vuestro Padre Celeste las debilidades y los rencores de vuestros Espíritus y decid: *Dios mío, yo quiero elevarme por encima de los deseos de la Tierra para no desearte más que a ti; y por encima de las injusticias de los hombres para hacer resplandecer a sus ojos la fuerza que tomo de ti*”.

"Haced practicar las virtudes que yo os enseñé, practicándolas vosotros mismos, y regocijad vuestros Espíritus participando de las alegrías de mi mansión divina".

*"No os alejéis de las manifestaciones espirituales y buscad en ellas apoyo y consuelo"*.

"Solicita mis conversaciones y honradme como si me encontrara aún en medio de vosotros".

Después de la muerte de Jesús, sus Apóstoles fueron desmaterializados moralmente. Conversaban con el preferido y pedían a Dios los dones de la predicación para conquistar el mundo, como Jesús les había dicho. Mudaban de residencia y se separaban los unos de los otros para desviar las persecuciones. A mi naturaleza, a mi presencia, ellos atribuían el éxito de su misión. Esta gran idea llenaba de bríos su fe y la hacía sublime por su valentía y don de persuasión. Veíanse estos hombres, *poco eruditos* y sencillos de Espíritu, valerse de nuestras conversaciones de otros tiempos para entablar una conversación espiritual y animada respecto de la elevada filosofía del alma. Ellos honraban mi lugar vacío. Evocaban mi Espíritu, que gozaba de la felicidad de ellos. El terror de mis Apóstoles durante mi pasión no había dejado lugar a que se sospechara esa fuerza y esa tranquilidad que demostraban después de mi muerte. ¿De qué provenía ello si no de la resurrección del Espíritu? ¿Y por qué los sucesores de mis Apóstoles fueron degenerando cada vez más? Porque caminaron con el orgullo del que dispone de bienes; porque subieron, con la cabeza que sólo debía adornarse para el servicio de Dios, las gradas del poderío humano; porque imaginaron dogmas absurdos y dieron en tierra con mi doctrina con el ejemplo de sus vicios, que ella condena; porque desmintieron mi moral de amor con el odio y la venganza; porque favorecieron las orgías de los reyes y los asesinatos fratricidas; porque fomentaron la discordia entre los pueblos y alimentaron el fuego destructor.

Hermanos míos, la penitencia de todos traerá la paz sobre la Tierra.

Mujer y madre, según la naturaleza humana, María, madre de *Jesús hombre* y Espíritu de la Tierra, llegó en esta época a Caparnaún y nosotros la encontramos a su regreso de la función del Jordán. María empleó todos los recursos de su ternura y todos los raciocinios de la autoridad materna para persuadirme de la locura que había en cerrar mi corazón a las alegrías de la familia para acariciar un propósito quimérico, puesto que era tan hermoso, añadía mi madre. María lloró por los peligros que yo afrontaba. Viendo sus lágrimas yo sentía *un* profundo dolor, un deslumbramiento, un algo que me empujaba hacia las alegrías de la adolescencia; en seguida me arranqué bruscamente del prestigio del amor materno, pronunciando estas crueles palabras: Madre mía, ruega por tu hijo, ya que se aleja en este momento del deber trazado a la naturaleza humana.



Mas ten presente la forma de mi rechazo: No tengo más ni madre, ni hermanos, ni hermanas, ni parientes, y la potente voz de Dios me llama hacia el martirio.

"La mujer debe retirarse y la madre consolarse para dejar al hombre y al hijo la plenitud y la libertad de sus actos. "Vete, pues, madre mía, y haz a Dios el sacrificio de tu hijo, como yo le hago el de mi vida".(1)

En mi ardor por el servicio de Dios, olvidaba la virtud del Espíritu encadenado en la materia y jamás me fué tan penosa la contradicción así resultante entre la debilidad corporal y la atracción del fardo divino. Me sentía dominado y perplejo entre el deber filial y mis elevadas esperanzas, viéndose así turbada la paz de la conciencia del misionero ante los desmentidos que ello podría significar para la realidad de su temeraria misión.

**(1) Jesús hablaba como un iluminado, con la convicción profunda de su misión. Esta idea lo dominaba todo en él y nos explica el porqué de ésta su forma de lenguaje para con la madre. Los hombres llamados *equilibrados* no pueden juzgar a los genios y de que Jesús lo fuera nos lo prueba la visión clara de los resultados de su sacrificio, que él aceptó justamente por creerlo necesario para el objeto. Resulta de ello que no solamente Jesús era un alma grande, sino también un genio. Representaba pues la encarnación de un Espíritu verdaderamente elevado. - (Nota del Traductor.)**

Descendía mi Espíritu de las fiestas de la celeste habitación hacia el árido camino de las armonías terrestres y sufría por el abandono de unos deberes para el cumplimiento de otros.

Una vez que se fué mi madre procuré recobrar esa calma y también esa alegría que me eran habituales; pero mis esfuerzos sólo consiguieron hacer más dolorosa mi incertidumbre. Decidí entonces establecer algún lazo entre mi felicidad corporal y mis aspiraciones espirituales, entre mi dependencia humana y mi elevación de pensamiento hacia el único bien del porvenir, entre mi madre de la Tierra y mi Padre Celeste. Es decir que renuncié repentinamente a mi aislamiento con respecto de los míos y que accedí al deseo de mi madre de asociarme uno de mis hermanos como Apóstol y el hermano de mi madre como sostén de mis intereses pecuniarios en medio de mi vida de pobreza nómada y de caprichosos cambios.

Me hice acompañar con dos de mis Apóstoles. Juan hijo de Zebedeo, designado como *el preferido*, y Mateo el aduanero, y después de haberlo encargado a Pedro del cuidado de mi pequeña brigada, aumentada de tres miembros, me dirigí hacia Nazaret.

Mi madre me colmó de pruebas de amor y de testimonios de perdón. - ¡Pobre madre! - El rocío de tu bendición cayó en mi corazón como el fuego devorador del remordimiento, y, por la voluntad de Dios, sufrí tormentos inauditos, recordándome el anterior abandono y preparando mi sufrimiento futuro.

Mi dulce fatiga en medio de las privaciones, de las humillaciones, de los trabajos, no sería de naturaleza divina, madre mía, si nosotros hubiéramos dividido juntos las mismas privaciones, las mismas humillaciones, los mismos trabajos; si tu martirio no hubiera sido formado por todas las torturas de la pasión, si tu hijo hubiera mezclado la dulzura de los brazos maternos a la fuerza chispeante de los transportes divinos.

Sí, madre mía, la abundancia de la gracia y la abundancia de los deseos de mi alma me alejaban de ti; mas la debilidad del hombre me devolvía a tu amor y el destino de mi misión se vió a menudo comprometido por esta mi debilidad.

Sí, madre mía, la majestuosa filiación que me cobijaba, humillaba mis lazos terrenales, pero el calor de mi corazón te llamaba cuando la frialdad de mis palabras te alejaba.

Sí, madre mía, yo te amaba... mas tenía que apoyarme en la rigurosa defensa de mis sentimientos en frente de la calurosa expresión de los tuyos.

¡Sí, madre mía, las lágrimas inundaban mi corazón mientras mis apariencias demostraban tranquilidad y cuando formas abstractas escondían las punzantes emociones de mi alma. Mas ello era necesario. Mi amor fraternal debía establecerse sobre las ruinas de las demás formas de amor; mi filiación divina tenía que aplastar mi filiación terrestre; mi misión de Espíritu tenía que matar mis goces humanos y la alegría espiritual de mi alma, debía preparar la pureza de mi Ser!

María creía en la vuelta del hijo a la casa paterna, pero sabía que este regreso sólo anunciaría el remordimiento por las faltas cometidas en nuestra última conversación y había tomado fuerzas en Dios para estar preparada a una separación que le parecía debía ser definitiva.

Cuando quedó viuda, María había contado con los hijos de su marido para encaminar a los suyos, esto es, para colocarlos honrosamente en las filas de una clase laboriosa. Mis dos hermanas desde hacía poco tiempo se habían casado y de los cuatro hijos de María, únicamente el más joven, llamado Jaime, había quedado en la inacción, llegando por eso mi madre a pensar en confiármelo.

Desde el momento que la firmeza de mi vocación, decía mi madre, me había impedido hasta ese momento de ayudarla, era necesario por lo menos ahora, que tomara a mi hermano menor bajo mi protección.

Examiné al joven, que se me presentaba como mi futuro discípulo, e hice un rápido inventario de sus defectos y aptitudes. Jaime tenía las apariencias de un hombre, pero no era más que un muchacho. Alto y robusto, de mirada indecisa y de ademanes bruscos, manifestaba sus pensamientos sin elaborarlos. Desprovisto de instrucción su memoria retenía, tan sólo mediocrementemente, las impresiones de su alma. Estaba embebido de prejuicios respecto de la personalidad de Dios, pero era de corazón tierno, deseoso de progresar e infatuado por el honor de seguirme. Me era necesario volver a fundir la cera que revestía este Espíritu. Mi madre se alegraba de esta unión que ella venía así a formar y me enaltecía a los ojos de mi hermano, designándome con los calificativos de *poderoso* y de *inspirado* en las vías del Señor.

Mi tío, el único hermano de mi madre (subrayo esto como un desmentido a la versión que atribuye a María una hermana con el mismo nombre de María) mi tío, digo, era

el más convencido entre los miembros de la familia, respecto de mi misión; quería acompañarme hasta la muerte, decía, y cumplió su palabra.

¡Heroica grandeza! — ¡Ferviente fanatismo! — ¡Devoción de naturaleza superior!, os habéis manifestado en este hombre como manifestación espontánea del sentimiento y expresión sencilla de un verdadero Siervo de Dios.

¡Oh, Dios mío, Tú me reservaste esta alegría y yo acepté, feliz, el ofrecimiento de esta dedicación, de este fanatismo, de esta grandeza!

Mi hermano Jaime tenía veinte años. Mi tío, viudo y padre de dos hijas ya casadas, era dos años más joven que mi madre.

Jaime, mi tío, me acompañó hasta el Calvario, Jaime mi hermano huyó loco de dolor. María de Magdala y María mi madre fueron dos únicas mujeres que contemplaron mi agonía sobre la cruz.

Cleophas era un hijo de José, nacido de su primer matrimonio con Débora, hija de Alfeo. Este particular es tan insignificante como el error que le ha dado lugar y lo dejaremos ahí. Jaime, mi tío, deseaba participar del carácter sagrado de la obra, reservándose el humilde papel de encargado de las funciones materiales y rechazó el título de Apóstol, que le habría impedido, decía él, de mantener convenientemente el equilibrio de mis medios de subsistencia.

De antemano mi madre me había dejado entrever este deseo, claramente manifestado después por él, y yo pude comprender de este complot de los hermanos el delicado sentimiento de cariño, lleno de lástima, que a ambos les inspiraba.

Pasé algunos días en el seno de la familia y muchos habitantes de Nazaret se apresuraron en invitarme a su mesa. Se nos hicieron honores, a mí y a mis discípulos, con el objeto de podernos examinar más de cerca y apreciar, cada uno según sus conocimientos, el valor de nuestras personalidades.

De mis hermanas, una vivía en Nazaret y la otra en una pequeña ciudad llamada Canaán.

Nos fuimos a Canaán; se cuenta que fuí atraído por unos esponsales en cuya circunstancia habría llamado la atención sobre de mi por medio de un milagro. - ¡Milagros! - ¡Siempre milagros!

¡Oh, hermanos míos, cuan doloroso es tener que ocuparse de fe! impiedad: ~ ¡Cómo sufre mi sentimiento de hombre al tener que desmentir las aberraciones de los hombres!

En casi todas las particularidades de mi vida terrestre se encuentran semejanzas que sorprenden, con lo que sucede ahora en una parte del *mundo civilizado*. Mi presencia en el desposorio de Canaán fué un sencillo efecto de mi deferencia para con los deseos de mi madre. Mi presencia era efecto de mi propia voluntad. Mi presencia humana en la humana

familia fué apenas notada. Mi presencia en ese pequeño rincón del universo bien podría negarse. ¿Mas, qué se precisaba para arrastrar a los hombres hacia el fanatismo? - Milagros. - Pues ellos hicieron milagros.

Qué se requiere para que sea admitida mi identidad ahora? - Una prueba material, entendiéndose por prueba material el aniquilamiento de una ley fundamental de la organización física de los elementos.

En la naturaleza espiritual, nosotros no disponemos de los elementos de la naturaleza terrestre y no podemos hacer milagros con el sólo objeto de entretener a los hombres; más podemos darles fuerzas para que crean en nosotros. Se atribuye mi presencia entre los hombres a efectos de mi naturaleza espiritual, sin tener en cuenta las imposibilidades materiales, y se piden efectos materiales a mi naturaleza de completa espiritualidad, sin tener en cuenta las leyes divinas que gobiernan esta naturaleza de espiritualidad.

Que Espíritus que se encuentran en el estado de espiritualidad transitoria exciten la curiosidad y hagan nacer la sorpresa en las asambleas humanas, con demostraciones físicas, que la mayor parte de esas asambleas queden convencidas de la presencia de los desencarnados, es cosa buena para llevar la claridad en medio de la oscuridad. Pero los Espíritus de Dios no van hacía la oscuridad y no se apoderan jamás del Espíritu humano con juegos de prestidigitación. Descienden de su espiritualidad para honrar a Espíritus encarnados desmaterializados ya de los deseos. Ellos hacen la luz en las conciencias; ellos emancipan el alma; desencadenan las voluntades; desarrollan el sentido intelectual de la verdad divina, llevan hacia la alegría, hacia la felicidad y la paz eterna.

Hermanos míos, en mi vida carnal yo *no podía* tener fuerzas divinas, que me habrían llevado al apogeo de los honores humanos, y en mi vida de Espíritu *no debía* ejercer un poder humano para hacer evidente mi Esencia espiritual. Adoremos el poder de Dios, pero no le pidamos jamás lo que es contrario al orden establecido. Adoremos la gracia, pero no queramos ver en ella más que un medio para llegar a la elevación del Espíritu. Adoremos la sabiduría de los decretos divinos y pensemos discretamente con la idea que Jesús no vino a la Tierra y no vuelve ahora hacia ella para deprimir el buen sentido humano y comprometer la Justicia de su Padre. Deprimir el sentido humano sería empujarlo hacía las creencias de la antigua barbarie o infancia de los pueblos, comprometer la Justicia de vuestro Padre sería el llamarlo para comprobación de mi palabra de otra manera que por los medios divinos y por la edificación de mi doctrina.

Permanezcamos en una piadosa expectativa y no participemos del error común entre los Espíritus inferiores humanos, pidiendo milagros nuevos semejantes a los milagros antiguos y estúpidos como el de las nupcias de Canaán.

En el festín de dichas nupcias los hombres se embriagaron tanto, que me arrepentí de haber ido entre ellos. Mi madre me dijo riéndose: *Aun cuando se convirtieran las fuentes de agua en fuentes de vino, ellos les darían fin*. Estas palabras oídas por uno de los presentes dieron la vuelta de la mesa. Modales de moralidad dudosa, propósitos de mala ley, gracias fuera de lugar a mi respecto y al de mis Apóstoles dieron fin a una fiesta

durante la cual habría cambiado yo seguramente el vino en agua, si me hubiera sido dada la *posibilidad* de hacer un milagro.

Salí de Canaán la mañana siguiente y de Nazaret pocos días después.

Cansado de manifestaciones populares, tenía prisa en volverme a entregar a mis trabajos, en medio de mis discípulos, sin dejarme distraer por honores fanáticos y por sueños ambiciosos; honores destinados al hombre, cuya vanidad quería halagarse, sueños manifestados en las intimidades del Apóstol *preferido* con el *dulce maestro*, como Juan me llamaba.

Hermanos míos, Mateo se encontró él también, como Juan, en las nupcias de Canaán; pero sólo Juan se apoderó de este hecho para producir la duda en los Espíritus. Fué Juan quien me expuso a la adoración de los hombres con la relación de mentidos milagros. Fué Juan quien se dejó sorprender en flagrante delito de impotencia, ya sea en sus discursos ya sea con motivo del silencio que guardaba cuando las circunstancias le exigían el deber de hablar. Juan es el responsable de las forzosas humillaciones de Jesús en frente de los desmentidos y de los juicios humanos. Es a Juan a quien las nuevas generaciones deben culpar por los errores de las generaciones pasadas, puesto que fué él quien desparramó las palabras de fanatismo, fué él quien rebajó mi misión a los ojos de los contemporáneos y que la hizo imposible de reconocer a los ojos de la posteridad. Yo tenía por este discípulo la debilidad que tienen las madres por el hijo cuya constitución física exige más cuidados que la de los otros y no me preocupaba de las vergüenzas futuras que me preparaban sus locas ambiciones, cuando el hecho de las nupcias de Canaán vino a abrirme un vasto campo de reflexiones funestas. En mi pobre estada humana, hermanos míos, el camino de mi misión se vió siempre contrariado por los hombres que me rodeaban, y mi deferencia hacia los deseos de los demás tomó una apariencia de debilidad. Mas ahora es necesario manifestar la verdad sin cortapisas humanas, tal como el Espíritu de Dios la ve y la comprende. Mas ahora deben dejarse los miramientos de lado con respecto de los errores que han ocasionado los tristes resultados que se palpan. Mas ahora conviene sembrar con la palabra divina y desarrollar la madurez de los frutos para aprovisionar con ellos a los hijos de la Tierra.

Definiré la manera de ser de Juan diciendo que ella era como la de la generalidad de los hombres que desean ver el maravilloso encadenamiento de los designios de la Providencia y son insaciables de gracias y promesas, a objeto de atribuirse a sí solos el mérito de las gracias y promesas desparramadas por la gracia divina.

Concretemos: Juan fué de buena fe en sus deseos hasta que los sueños de su imaginación delirante no lo empujaron a las vida a las divagaciones de su Espíritu, y me amó por todas las razones que hicieron de él, el más tierno y entusiasta de mis discípulos.

A nuestro regreso a Cafarnaún, encontré a todos mis discípulos reunidos en una perfecta inteligencia. La animación a que dió lugar mi regreso estuvo llena de atracción para mi corazón. Juan, humillado al principio por el recuerdo de su falta, volvió a asumir sus prerrogativas habituales, que consistían en colocarse a mis pies, cuando los demás me rodeaban, y a mi lado durante las comidas. He dado ya a conocer lo suficiente a Jaime mi tío y Jaime mi hermano. Debo mencionar ahora el nombre de mis otros tres discípulos.

Eran: Deodoro o Dídimo, Felipe o Eleazar, más conocido con el primer nombre, y Judo, primo de Pedro. Con el fin de distinguir a los dos Judos se designó al otro con el nombre de Judas.

Durante el día recorríamos la campaña de los alrededores y a la tarde volvíamos a Caparnaún. El descanso y la acogida fraternal nunca nos faltó ahí. Todos los pobres deseaban tocar las ropas y la manta de aquel que decía:

*"Felices los que sufren en este mundo, porque verán a Dios. Desgraciados de aquellos que viven aquí en la abundancia y en la alegría, porque la Justicia de Dios les prepara privaciones y tristezas".*

Pero ningún enfermo fué curado por la aplicación (1) de mis manos sobre de él, pero jamás la autoridad de mi voz hizo recuperar la vista a los ciegos y el oído a los sordos pero la muerte jamás devolvió su presa, pues yo lo dije: "Las leyes de Dios son inmutables".

Concluyo aquí este capítulo, hermanos míos.

**(1)Esto podría significar sencillamente que Jesús nunca empleaba las *aplicaciones* y que seguramente tampoco empleó las *fricciones* ni las *insuflaciones* y ni aún los *pases*, sino simplemente las *imposiciones* y la acción directa del pensamiento.**

## CAPÍTULO VII

**El prestigio del Mesías en la Judea fué debido al Bautista, quien fué después encarcelado por sus reproches en contra de los vicios de la corte de Herodes y decapitado al fin por influencia de Herodiades. Jesús nada pudo hacer en favor del mártir.**

Mi prestigio en la Judea lo debía a la personalidad de Juan. Es evidente, que a no haber mediado la muerte de Juan, Jesús no habría conseguido influenciar las masas para que lo siguieran en un país donde las masas honraban al piadoso cenobita. Y, por otra parte, está probado por ello, que la celebridad de Jesús hubiera quedado circunscripta entre la protección del *Maestro* y la dulce afectuosidad de algún discípulo, si Juan hubiera conservado por más tiempo su prestigio en la Judea. Mas, por efecto de la voluntad divina, la muerte de Juan vino a favorecer la misión de Jesús. La pérdida del Apóstol era fácil el preverla en vista de su extraña predicación; mas el género de muerte que le impuso una mujer escandalosamente deshonrada, hizo esta pérdida más cruel para los amigos del mártir.

Juan fué arrestado y encarcelado por orden de Herodiades, que se había casado con Herodes, a causa de un delito. Desde su prisión, Juan, que podía comunicarse con sus discípulos, me mandó muchos de entre ellos para darme a conocer su penosa situación y confiarme el poder que tenía en la Judea.

Mis Apóstoles acogieron con frialdad a los discípulos de Juan. El relato de los sucesos y la aprensión por una suerte igual para mí a la del Maestro, les causó estupor y despertó en ellos un vergonzoso egoísmo. Desconociendo la fraternidad del dolor, desprovistos de esa elevación en la fe, que más tarde conquistaron, me suplicaron todos que renunciara al encargo que Juan quería confiarme y que permaneciera como un espectador neutral en una tragedia cuyo desenlace no podría ser cambiado de manera alguna por mi influencia.

Asustado por las consecuencias del arresto de Juan, desesperado por el probable fracaso de mis tentativas, pero resuelto a ensayarlas, y, fuerte, sobre todo por el legado que me dejaba el Apóstol de Dios, me encaminé con los discípulos del prisionero para colocarme en las condiciones de poderlo servir y para recibir sus últimas instrucciones.

Mis Apóstoles y los discípulos de Juan tenían la misma fe. Pero estos últimos, endurecidos por las privaciones mayores, exaltados por más fuertes tensiones de Espíritu, tenían que superar a los míos en todas las circunstancias de extremo infortunio y de fulminante adversidad.

La cólera de Jesús prorrumpió en amargos reproches. El llamó viles y perjuros a los malos servidores de Dios, a los que faltan a la delicadeza, al honor, a la amistad y predijo el abandono y el aislamiento de su alma a los que los llamaran con el miedo y la fuga.

Mas la cólera de Jesús tenía que calmarse en la soledad, porque una elevada manifestación le inspiraba palabras como estas: **"Perdónales, Dios mío, puesto que no me conocen. Sostenme porque tú eres el solo fuerte. Defiéndeme en contra de la fatiga, en contra**

**de la irritación, en contra de la desesperación y consolida mi voluntad que vacila. Tú eres mi único refugio, tú eres mi sola esperanza".**

Jesús encontraba amplias compensaciones, en la adorable bondad de Dios, a las tristezas que invadían su Espíritu, y las malas impresiones desaparecían en la plegaria.

Hermanos míos, el más bello de los heroísmos humanos es el olvido de sí mismo para llevar a otros la palabra de paz y de consuelo.

Las más grandes virtudes se encuentran en los senderos dolorosos y la marcha del alma hacia su Creador no se efectúa si no a fuerza de sacrificios.

"Honrad la desventura, inclinaos delante de la miseria, haced brotar la esperanza en los corazones febriciente, trabajad empeñosamente en servir a los enfermos y en adormecer sus sufrimientos; quebrad al mal en sus obras y esforzaos en la liberación del justo".

Llegué al lado de Juan con la pasajera esperanza de salvarlo, mas él ahogó esta esperanza dándome las más espantosas informaciones respecto del poder que lo mantenía en cadenas.

Lo que yo debía hacer, me dijo Juan, en el interés de nuestra causa, era mantenerme alejado del centro de la persecución y continuar haciéndome de partidarios en las clases más ínfimas.

Quedé solo con Juan, no habiendo nada en mis apariencias que pudiera dar la menor sospecha a los guardianes del prisionero, y escuché la palabra del Apóstol inspirada ya por los resplandores, que él entreveía, del más allá, entre las sombras de la muerte. De rodillas, como poco tiempo antes, durante la penitencia del Jordán, incliné la cabeza delante de esa gran figura en la historia de los siglos. Juan me levantó, me abrazó, me dió ánimo y rae hizo prometer que seguiría sus consejos.

Resuelto a morir antes que renegar de sus palabras, me hizo saber así la condición que se le imponía para concederle la vida y la libertad.

"No veo la hora de alejarme de la justicia de los hombres y te dejo el cuidado de mi gloria ante la posteridad. Hijo de Dios, continúa mi misión. - ¡Date prisa! - Los días están contados y nuestra alianza debe recibir su sello en la patria celeste, después del éxito. - ¡Date prisa! - La causa de Dios está en peligro y el Mesías Juan confía al Mesías Jesús. Adora la causa de Dios que nos ha lanzado aquí y marcha hacia la muerte con la mirada fija en el porvenir. En el porvenir el nombre de Jesús será glorificado y su fe triunfará, porque el Dios de Justicia y de amor lo ha designado el Mesías de la Religión Universal". (1)

La voz de Juan tomó entonces un tono profético, pasaron visiones ante él e hizo resurgir en mí la seguridad de mi futura elevación.

¡Oh, fe santa! - ¡Tú despiertas el coraje y las virtudes, proporcionas el desprecio de los honores y de los sufrimientos, cumples milagros de amor y de sacrificios; adquieres



fuerzas y devoción; llevas la libertad al Espíritu y la tranquilidad a los corazones. Tú eres la puerta de la esperanza, la llama de la caridad, la estrella maravillosa que brilla en el cielo oscuro de los náufragos!

¡Oh, amor de Dios santo! — ¡Tú sólo te manifiestas al alma creyente y a todo Espíritu fuerte y desligado de las tinieblas"!

**(1)La "Religión Universal" debe ser la aspiración, en el sentido religioso, de todos los hombres de Espíritu progresista e independiente. Jesús nos dió ya su fórmula inmortal con las palabras: "Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo". Nada mejor nos ha dictado después ninguna doctrina.**

-¡Oh, Dios mío!--Haz fácil la fe a los hombres que leerán estas palabras y manifiéstales todo tu amor!

La paciencia de Juan no se desmintió, pues él recibió la muerte con la tranquilidad que da la fe.

Habiendo quedado solo después de la muerte de Juan para dirigir a los hombres en la nueva creencia, yo recobré fuerzas en el recuerdo de las brillantes promesas de mi amigo y reuní los principios de su severidad para los pecadores con una moral cuya base era la fraternidad.

Engrandecido por la fama del solitario, seguí la costumbre de la purificación en el Jordán, tomando abiertamente el título de Hijo de Dios y dejando a Juan el nombre de Precursor que él había tomado espontáneamente. Designando la habitación de mi Padre en el Cielo, presentaba esta imagen con colores que convenían a los hijos de la Tierra de ese tiempo. Hoy no podría decir más: el cielo y el infierno; las puertas del infierno no prevalecerán en contra mía; la muerte es eterna para el pecador; el demonio lo arrastrará a un abismo sin fondo, y no lo verá jamás a Dios, porque él lo habrá maldecido, y porque la luz no penetrará en el infierno; la luz es Dios; el demonio reina en las tinieblas y el réprobo lanza gritos de angustia, llamando a Dios, el que permanecerá no obstante eternamente sordo a ellos.

Mas digo en cambio:

"Hermanos míos, el Cielo es una designación vaga de la habitación de Dios. El infierno no existe. La muerte es el término de una etapa del Espíritu; las existencias sucesivas operan paulatinamente la purificación en la naturaleza de los Espíritus, a los que la Justicia de Dios da, a todos por igual, una manifestación confusa de la verdad, la cual paso a paso se perfecciona a medida que ellos caminan en la presencia del porvenir, por el abandono de los instintos materiales y por la pureza de los deseos".

Mis preceptos son los mismos ahora que entonces, mas se apoyan sobre el punto fundamental de una doctrina, cuya exposición no hubieran podido comprender los hombres que entonces me rodeaban, y yo debía purificar sus Espíritus sin preocuparme de los medios. Tenía que exhibirme como **Hijo de Dios**, porque la palabra reformador no hubiera sido suficiente, siéndome de necesidad el conquistar un principio divino para elevarme ante

la posteridad, para la que tal vez hubiera pasado ignorado sin este principio. En mis primeras predicaciones de Jerusalén había ciertamente adelantado la negación del infierno durante mis demostraciones respecto de la bondad divina, mas ahí me escuchaban hombres familiarizados ya con dicho pensamiento, hijo de la misma razón. Aquí la tradición del infierno imprimía a mis discursos la tétrica energía de que las masas se manifiestan siempre deseosas, yo quería atraerme la confianza de esas masas. Durante mi estada en Jerusalén había, es cierto explicado la manifestación del Espíritu para con el Espíritu, mas aquí yo hablaba del Espíritu de Dios y del Espíritu de las tinieblas, del Espíritu puro y del Espíritu impuro, de la resurrección de los cuerpos y de la presencia de Dios en el juicio de cada hombre después de morir e insistía en lo de mi presencia a la derecha del **Padre Celeste**, cuando vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.

Hermanos míos, los enemigos de Jesús han sacado partido de estas contradicciones para acusarlo y el expediente que Jesús empleaba para dominar las masas le valió el que se le hiciera considerar como un ambicioso de los favores populares. Pero las pruebas respecto de las verdaderas intenciones de Jesús se encuentran en sus invariables demostraciones en cuanto a la fraternidad e igualdad entre los hombres, en su continua familiaridad con los más pobres y más desvergonzados, en su fácil renuncia a los halagos de la carne, en su alejamiento de las riquezas y de la disipación mundana, en su modo de presentarse, en su hábitos, en su suplicio, que pudo evitar, y, en fin, en el supremo honor que recibió de Dios al designarle como vuestro Mesías y vuestro iniciador en las nuevas doctrinas, en su felicidad, sus dolores, sus alegrías, su gloria.

Sabedlo, hermanos míos, la pura luz de Jesús lo llevaba a establecer una creencia basada en la Ley Divina de la asociación fraterna de los Espíritus. Mas no era llegado aún el tiempo de esta elevada demostración y Jesús tenía que plegarse a los solos medios que podían consagrar su popularidad. Sabedlo también: Jesús tenía como guía la inspiración de los Espíritus del Señor; pero Jesús llamaba hacia sí la inspiración mediante la emulación de su misma voluntad, y, muchas veces, errores, cuyo recuerdo le impone su memoria, fueron cometidos, siendo su causa la desviación de su juicio, en circunstancias en que el solo libre albedrío debe gobernar el Espíritu. Me manifiesto ahora con la alta protección de Dios. En el mundo terrestre también hablaba con la alta protección de Dios. Entre mis dos apariciones corren diez y nueve siglos y mi filiación, así como mis palabras, no pueden ser las mismas.

El HIJO DE Dios, es un Espíritu inteligente llegado a su más alto destino por el cumplimiento de los deberes trazados a todos los Espíritus de su orden y las palabras de Jesús con los hombres de estos tiempos tienen que señalar la distancia existente entre ellos y los pueblos de la Judea a los que se dirigía Jesús en su vida corporal. Emociones de elevada significación empujaban a Jesús hacia la familia espiritual por él merecida y al mismo tiempo las emociones de su vida carnal durante su misión humana lo empujan a manifestar el origen y el fin de ésta a los hombres de hoy día.

¿Qué sería necesario para hacer desaparecer las dudas de la gran mayoría de estos hombres?

Sería necesario repetir mis conversaciones familiares de otros tiempos y sus divagaciones en los discursos destinados a honrar la humanidad futura con la exposición de los deberes y de la revelación de las verdades prometidas al hombre inteligente. Sería necesario humillar más aún mi naturaleza y descender al nivel de las manifestaciones de los Espíritus que permanecen en la atmósfera material, en donde su puesto les está señalado desde larga fecha. Sería necesario ofrecer pormenores sobre los acontecimientos futuros y hacer un empleo vergonzoso de la gracia divina destinándola a manifestaciones tontas. Sería necesario obligar la fe de la humanidad con un milagro auténtico y arrojar el relámpago de la llama sobre la revelación, de la que yo soy el Mensajero.

Exponer *mi* opinión sobre el papel no vale nada, lo mismo que el describir el camino que yo seguí. - ¿Dar la penetración del porvenir? - ¿Qué importancia podría tener ello para hombres cuya vida se pasa en el desperdicio de la inteligencia, en el embrutecimiento que origina el abuso de la fuerza, en los permanentes deseos ambiciosos e inmorales, en el grotesco desdén por todo lo que les recuerda la fragilidad de la existencia presente y la pesada responsabilidad del Espíritu inmortal, en la negación de Dios y en el desafío arrojado a su justicia, con abominables divagaciones y con ejemplos más abominables aún. en el olvido completo de las atribuciones de hombre y en el olvido de todo pudor, de toda delicadeza, de toda probidad, de todo honor, de todo sentimiento humano?

Me coloco al nivel intelectual del médium que elegí; más algunos hombres de Espíritu grande encontrarán debilidad en mis manifestaciones y otros de más modesto talento harán notar las dificultades que surgen de estas mismas manifestaciones. Otros, y son los más numerosos, me acusarán de haber engañado al pueblo hebreo con enseñanzas que lo animaban a abrazar una creencia que yo mismo no tenía.

A ello contesto:

En casi todas las circunstancias de mi vida recabé mi coraje del convencimiento que tenía de los favores divinos y era necesario hacerme digno de esos favores con un desprendimiento completo de los goces de la familia y de toda ambición propia del hombre. Tenía que sostener luchas para llegar al estado que yo deseaba, pero la firmeza de mi fe tenía que triunfar, porque Dios era mi apoyo y el premio a que aspiraba. ¿La misericordia divina no me mandaba para llenar Una misión fraterna? ¿Y no bastaba acaso la fuerza de este pensamiento para levantarme lleno de ardor después de un momento de depresión?

En casi todas las obras de mi vida me preocupé del fin.

En cuanto a los medios para persuadir y convencer a los hombres, empleé los que requerían la situación de las cosas y la inteligencia de mis oyentes. Convencido de la asistencia de los Espíritus de Dios, no podía asociar esta definición con los dogmas fundamentales de la ley judaica, puesto que los sacerdotes, cuya arrogancia estaba de acuerdo con su poder, vigilaban para el fiel cumplimiento de la ley y que estos sacerdotes me habrían hecho morir antes de la hora establecida, antes del cumplimiento de la obra si hubiera empezado demasiado pronto la siega de la mies del Señor. Tenía el convencimiento de la asistencia de los Espíritus de Dios, pero al mismo tiempo estaba seguro del peligro

que corría por esta revelación en una época en que los Espíritus no estaban dispuestos a recibirla, y fundé una doctrina más en armonía con el desarrollo del Espíritu humano, persuadido de que más tarde estas verdades se abrirían camino. Tenía el convencimiento de la asistencia de los Espíritus de Dios, pero en Jerusalén los amigos míos que tenían mi misma creencia se habían negado a sostenerla en público. ¡Ello no significaba más, sin embargo, que un rejuvenecimiento de creencias! ¡Ello a pesar, sin embargo, de que las revelaciones se encuentran en el orden natural de las fuerzas humanas y de las fuerzas espirituales, de los designios de Dios y de los senderos abiertos por la Providencia! - ¡Mas en este mundo de errores y de falsos profetas, cuántos obstáculos tienen que vencerse para demostrar la verdad! - ¡Cuántos vicios y cuántos desvaríos se oponen a las nociones traídas por la virtud y por la razón! - ¡Oh, mártires de todos los siglos que me habéis precedido! - ¡Oh, mártires de todos los siglos que me habéis seguido! - Descended de las regiones en que ahora os encontráis para decir conmigo: ¡Pobre humanidad! - ¿Cuándo, pues, llegarás a ser digna de los esfuerzos de los que quieren emanciparte? - ¿Cuándo tendrás tú el coraje de levantarte y de mirar a Dios? - De maldecir la ignorancia y de lanzarte hacia la inmortalidad con la fe y con el amor?

Hermanos míos, la vida de Jesús tiene que ser explicada por él mismo para borrar las dudas que existen todavía respecto de su naturaleza y de su sinceridad. Jesús lo dijo: Fué el Apóstol de Juan y, después de la muerte del Solitario, busqué de reunir los antiguos preceptos con los que le dictaba la alta inteligencia de los mundos. El amor fraterno, la solidaridad humana, la justicia y la misericordia de Dios, tales eran los dogmas establecidos por Jesús. Mas, para predicar estas cosas con algún desarrollo era necesario romper con los dogmas antiguos, con la idea de la creación de un solo mundo, la dependencia del alma con relación al infierno, la condenación eterna, el poder del demonio, las demostraciones pueriles, los sacrificios impíos, en una palabra, era necesario destruir y reconstituir, y no tenía yo el tiempo ni los medios para llevarlo a cabo.

En mis conversaciones con Juan había quedado convenido que arrojaríamos la semilla en medio de la gente plebeya y que el título de Hijo de Dios serviría para atraer a las masas en el porvenir, para que mi misión fuera provechosa e inmortal. La doctrina de Jesús tenía que apoyarse sobre el prestigio de la filiación divina, con el propósito de que ella quedara absolutamente establecida y religiosamente observada a fin de humillar todas las miserias morales. ¿Podía acaso el Mesías Jesús lanzar el anatema en contra del poder y de la dureza de los ricos?

No. Las turbas tantas veces engañadas por las apariencias de la virtud, no habrían admitido la moral del pobre Nazareno y lo habrían acusado de envidiar a los mismos que él señalaba para desprecio de los adoradores de Dios. - ¿Podía acaso el Mesías Jesús lanzar el anatema en contra de la esclavitud y de la justicia humana? - No, puesto que la muchedumbre no hubiera comprendido a un hombre que intentaba derrumbar las instituciones hasta entonces respetadas. Mas lo que el Mesías Jesús no podía intentar podría intentarlo el Hijo de Dios y el porvenir recompensaría a Jesús por la derrota y contrariedades de su vida presente. Al Hijo de Dios le correspondería el decir: **"mi reino no es de este mundo"**.

"El Cielo y la Tierra pasarán, pero no pasarán mis palabras".

"Permaneced en la paz del Señor, caminad dentro de sus leyes y creed en la resurrección de los Espíritus".

"Pedid y se os dará, la mano de Dios es sin fin y su amor es inmenso".

"Bajad hasta el fondo de vuestros corazones y arrojad de él todo lo que tenga de impuro. Las impurezas corrompen el corazón y el alma".

"Sembrad, destruid la mala hierba. Yo os lo digo hombres de buena voluntad: los que habrán sembrado aquí recogerán en otra parte. Os lo digo aún: Abandonad los bienes de la Tierra, puesto que los ricos no entrarán en el reino de mi Padre. Mas entrarán los que todo lo habrán dado para seguirme. Mas entrarán los que habrán comprendido mis palabras y las pongan en práctica".

Yo era el enviado de la Justicia de mi Padre y me hacía el intérprete de su misericordia. "Venid a mí, vosotros que habéis pecado, y os perdonaré.

- ¡Venid! — La liberación de vuestras almas se efectuará por obra de mi amor". "Yo soy el buen pastor y el buen pastor da la vida por su grey".

"Yo soy la fuente del consuelo y a mi lado no se deben temer los peligros; porque Dios está en mí y yo estoy en Él".

"Seréis arrastrados por los *Espíritus de las tinieblas* hacia la muerte del pecado, mas yo soy la luz, la verdadera luz hasta la consumación de los siglos".

"Id, decíales a los pecadores, id y no pequéis más. El Señor os perdona por mis labios, puesto que yo soy su Hijo predilecto y todo lo que yo perdoné en la Tierra será perdonado en el Cielo".

Soy el intérprete de mí Padre y del vuestro, porque la Patria Celeste es mi patria.

Vine para traeros la verdad, para que la verdad sea conocida de todos los hombres en el presente y en el porvenir.

Dios conoce vuestros más secretos pensamientos. Rogad pues con pureza de corazón para que vuestras oraciones sean oídas.

Practicad el bien en las sombras y que vuestra mano izquierda no sepa lo que ha dado la derecha.

No imitéis a los hipócritas que levantan los ojos al cielo y tienen una cara escuálida, para demostrar a todos que oran y que ayunan.

Pero cuando vayáis a la Sinagoga, tomad una actitud modesta y entrad con el alma libre de toda venalidad y desligado de todo rencor.

Cuando deis expansión a vuestro Espíritu y a vuestro cuerpo con el descanso y en medio de las distracciones, haceos fuertes en contra de todo lo que sea bajo y grosero, porque ello desarrollaría en vosotros las tendencias bestiales y harían retroceder vuestro Espíritu.

Cuando os encontréis en la aflicción, decid: ¡Dios mío! - Sea hecha tu voluntad y no la mía. En seguida Dios os mandará la alegría y la fuerza.

"Cuando os encontréis en la abundancia distribuid lo necesario a los que no lo tienen y cuando os encontréis en la necesidad recurrid a vuestros hermanos. Todos los hombres son hermanos y Dios les dice: **"Amaos los unos a los otros y amaos sobre todas las cosas"**.

Mis gustos me llevaban a las reuniones populares y a menudo la curiosidad que acompañaba a mi persona desnaturalizaba mis palabras arrojándolas a las pasiones entusiastas de los amigos de lo maravilloso.

Mis enemigos tomaban nota del ruido que se hacía alrededor de *mis milagros* y más tarde me acusaron de haber dejado que se creyera en estos milagros por no haberlos negado en lo más mínimo.

Mi naturaleza de Hijo de Dios, hermanos míos, es para vosotros un sujeto de estudio y tengo que definíroslo completamente. Pero voy antes a explicar dos milagros referidos en vuestros libros, y si los elijo es por encontrarlos de una inventiva más exagerada que las de los demás.

En la ciudad de Jericó un ciego vino a encontrarse en el camino de Jesús y se puso a gritar: *Jesús Hijo de Dios haz que me sea dada la vista.*

Jesús dijo: *Te es devuelta la vista y él vió.*

Hermanos míos, el ciego de Jericó es una quimera.

El hombre enfermo encontraba siempre en mí consuelos y también algunos medios de alivio, debido a mis estudios sobre las enfermedades humanas. De estos milagros yo no he tenido conocimiento sino por los escritos de vuestros historiógrafos.

El cuento de los cinco pescados y de los dos panes *multiplicados* y distribuidos entre muchos miles de hombres dejó perplejo mi Espíritu al ver tan grande tontería humana.

¡Ah! - Hermanos míos, Jesús como acabo de decir, se encontró menudo en medio de las reuniones populares, pero jamás hubo algo de su parte que pudiera dar lugar a semejantes fábulas. ¿Con qué objeto hubiera provocado la creencia en estos trastornos de la naturaleza material mientras decía que el poder del Padre residía en el fausto de la creación y en las inexorables leyes naturales de la materia?

Al principio de este libro os referí la resurrección de una jovencita, resurrección que sólo existió en la imaginación de los asistentes, pero que yo dejé pasara como un hecho real porque no veía entonces inconveniente alguno en ello. La jovencita no había vuelto a la vida, yo lo sabía, pero aproveché de la ilusión de los padres para inspirarles la fe en la resurrección del Espíritu. Pero en cuanto a lo sucedido en Jericó y en todas las circunstancias en que se me hace aparecer como violando las leyes de la existencia material insisto en mi negación absoluta respecto de mi participación en tales mentiras.

Insisto en estos principios de alta filosofía religiosa: que Dios no ha pasado jamás los límites puestos por Él mismo; que Dios no ha concedido a nadie la facultad de transgredir las leyes divinas, las que reposan sobre leyes inmutables; que Dios es un Ser demasiado perfecto para engañarse, demasiado justo para favorecer a unos y dejar a los otros de lado, demasiado adorable para ¡descender a combinaciones del género de las que se encuentran a cada paso en vuestros pretendidos libros sagrados. - ¡Oh, ciertamente Dios me ha protegido! - Sí, Dios me ha empujado hacia el porvenir para que fuera la luz y el guía de éste; pero no siempre fuí digno de este honor, y es porque llegué a serlo que pude preceder a la humanidad, en seguida bajar desde esa luz hasta la humanidad para bendecirla con mi sangre y emanciparla con mis palabras.

Será también Hijo de Dios el hombre que saborea la paz en medio de la tristeza y de los sufrimientos, porque él es libre de pensar, libre de adorar a Dios, libre de llevar alivio a sus hermanos con la fuerza del Espíritu y la efusión del corazón, porque él es libre de vivir sin apostatar de su fe y de morir confesándola, libre de marchar hacia adelante durante la vida y después de la muerte.

Será también Hija de Dios la mujer de la Tierra que habrá sufrido todas las desilusiones con dignidad, que habrá defendido todos sus derechos con la conciencia de su valer espiritual, que habrá ascendido las gradas de la ciencia divina y multiplicado sus buenas acciones para ofrecerlas al Dios del Universo. Será Hija de Dios y podrá conservar este nombre tanto ante el mundo que habrá dejado, cuanto ante el mundo hacia el cual habrá sido llamada por la voluntad divina. Deseaba yo con demasiado ardor la felicidad de los hombres y era demasiado absoluto en mis propósitos para justificar la opinión de los que emplean con demasiada crudeza el calificativo de impostor o de los que disimulan el propósito de esta injuria con expresiones más favorables para la lectura de sus libros.

Tomando el nombre de HIJO DE DIOS sabía qué tenía el derecho para hacerlo: adelantándome hacia el abismo sabía que había caído en él. Me era agradable la amargura de la muerte, como hombre obligado a morir, y predecía a mis Apóstoles el abandono del que más tarde se hicieron culpables. Pedía fuerzas a mi elevada protección espiritual y en mis alianzas humanas descendía a debilidades comunes a todos los hombres. Mi naturaleza era pues como todas las naturalezas humanas, dividida entre la atracción de la Divina Providencia y la atracción de las alegrías humanas, pero el progreso de mis pensamientos, cada vez mejor y más intensamente dirigidos hacia el horizonte celeste, tenía que destruir mis tendencias corporales, convirtiéndome en el Mesías inmortal.

El hombre desvinculado de los estorbos mundanos, es realmente el Hijo de Dios. Juan lo había dicho antes que yo, y él no tenía sólo en vista el porvenir conquistado, cuando

me hizo prometer que respetaría mi denominación y de sostenerla ante todos y en contra de todos.

Mi posición de Hijo de Dios, hermanos míos, es mejor concebible para los adeptos de la Religión Universal, que para las almas encerradas en el círculo estrecho de una religión humana.

La Religión Universal se funda en la Justicia de Dios, no levanta templos para una fracción de hombres, no tiene formulismos externos forzados; pero da la paz después de la oración, porque la oración está despojada de todas las supersticiones que acompañan a las religiones humanas.

La Religión Universal define a Dios con sus atributos de grandeza y de poder; las religiones humanas definen a Dios con las debilidades inherentes a la humanidad.

La Religión Universal tiene su asiento en el alma, como en *un* santuario. Las religiones humanas están condenadas al error y a los alzamientos de la razón.

La Religión Universal se manifiesta con la elevación en los pensamientos y el deseo de perfección. Las religiones humanas exigen la fe sin proporcionar el sentimiento de la fe. Ellas concluyen por convertir al hombre en fanático e incrédulo.

La Religión Universal, hermanos míos, os dice que todos somos iguales, en virtud de nuestro origen. La Religión Universal os eleva en el porvenir y os garante en contra del orgullo, hablándoos del pasado.

La Religión Universal os da la definición exacta de vuestro Ser y os salva de la desesperación, os inicia en la gloria de vuestro Dios y os promete alegrías en su casa.

La Casa de Dios es la casa de las inteligencias que han llegado a la perfección y al coronamiento. Es la Patria del Hijo de Dios. De ahí viene Jesús en este momento para explicaros su naturaleza. De ahí bajó en un día de misericordia, para ser Mesías, vuestro guía y consolador. Desde ahí también os bendice todas las veces que sus miradas piden la luz de Dios para mandárosla. Desde ahí os llama a todos, sí a todos, los unos después de los otros.

He ahí el cielo, el porvenir de la Religión Universal, he ahí la mañana deliciosa de vuestra noche actual, el fin. de vuestros esfuerzos, el trabajo de vuestra existencia. Conquistar la muerte, conquistar la luz, conquistar un lugar en el Sol de los Soles, una voz en el concierto de las armonías divinas, conquistar la perfección del Espíritu y no descender de las altas regiones sino para ayudar a las almas débiles, libertar las almas esclavas sino para demostrar a los ignorantes la grandeza de Dios y el elevado destino del Espíritu.

-¡Ah, hermanos míos! - Mereced esta dicha y recread vuestra alma con esta esperanza.



Durante varios siglos, después de la última humillación de su Espíritu, Jesús asistió a los proceder contrarios a toda ley divina de los depositarios de la autoridad religiosa y si no impidió estos excesos es porque Dios deja a cada uno la responsabilidad de sus acciones delante de su Justicia, es porque Dios confirma sus leyes no interviniendo en el ejercicio de la libertad individual. Las fuerzas ocultas pueden bien sacudir un mundo, los Mesías y los agentes superiores de la autoridad divina pueden bien ser los Mensajeros de luz, pero la lucha es siempre ruda y la materia resulta la más fuerte. La materialidad apaga el sentimiento de espiritualidad en los mundos inferiores, del mismo modo que la espiritualidad apaga la materialidad en las altas regiones. Por todas estas razones no pudo poner freno al comercio que se hacía de su doctrina y tuvo que oír sus falsas definiciones, contemplar los delitos y las abominables venganzas, con el alma inmovilizada por la voluntad divina.

Hermanos míos, mis queridos hermanos, bendecid el pensamiento misericordioso que me manda nuevamente entre vosotros. No preguntéis a Dios sus secretos, mas aproximaos al fuego de su amor, al fulgor de su luz, a la inteligencia de su naturaleza y desprendeos lo más posible de las tendencias de la naturaleza carnal. La naturaleza carnal os arrastra hacia amores deshonestos, a ambiciones rastreras, a cálculos delictuosos, a demostraciones hipócritas, a alegrías humillantes para el alma y a la pérdida de vuestra dignidad espiritual. Hombre como vosotros yo también estuve sometido a las leyes de la materia y vengo a deciros que Dios quiere la posesión de vuestra alma toda entera. Acumulad tesoros para el porvenir en Dios y despreciad las riquezas terrenas. Destruid vuestra ambición por los honores humanos y mereced los celestes. Empezad la reforma de vuestros gustos depravados, de vuestros hábitos licenciosos, destronad el orgullo y el egoísmo para hacer resplandecer la modestia y la caridad. Adorad a Dios, como la luz y la libertad, como la calma y la fuerza, la inteligencia y la pureza y no lo insultéis más con oraciones hechas sin la comprensión de sus atributos que quieren la libertad, la calma, la fuerza, la inteligencia y la pureza de vuestros deseos, de vuestro amor, de vuestra fe y de vuestra esperanza.

Permaneced en la paz conmigo, vosotros que queréis seguirme y pronunciad en la efusión de vuestro corazón la oración que os voy a dictar para terminar este capítulo:

**"Dios mío, haz que este mundo se me represente tal como es realmente: un lugar de pruebas, un fardo doloroso, una habitación fría y temporal; más endulza las amarguras de la prueba, aliviana el fardo, con el concurso de las almas hermanas de la mía y descubre a mis miradas el cuadro deslumbrador de las fastuosas recompensas, debidas a la eterna gravitación de los Espíritus, para conquistar la espiritualidad pura en tu aureola y en tu gloria."**

En mi octavo capítulo empezaré a tratar la cuestión de la dependencia de los Espíritus de la Tierra y de su desmaterialización.

## CAPITULO VIII

**Jesús define brevemente el origen y desarrollo del Espíritu. Su ascensión hacia Dios por el progreso. Viernes Santo. Jamás Jesús pretendió pasar por Dios.**

DEFINAMOS HOY hermanos míos, la gracia inherente a la naturaleza humana y ascendamos los escalones que llevan al conocimiento de la creación del hombre. Parto de un principio y digo, que el libre albedrío y el sentimiento de la responsabilidad de las acciones le son dados al hombre en el estado natural y primitivo. Digo, que el alma humana los desarrolla a medida que su luz intelectual se hace más viva, y añado, que esta luz intelectual es propia del Espíritu.

El Espíritu es una creación de Dios, de la que él alma fué la promotora y la materia su expresión.

El Espíritu adquiere cada vez mayor lucidez para desarrollar su principio espiritual y amortiguar sus primitivas tendencias, enteramente animales.

El Espíritu del hombre nuevo no puede concebir las alegrías espirituales, pero se mantiene, en sus relaciones materiales, ajeno a toda demostración de ferocidad, cuando trae de su precedente habitación instintos dulces y en armonía con el estado social que abraza. El Espíritu del hombre nuevo se hace delincuente cuando trae de su precedente habitación el deseo de las demencias atroces y el gusto por las luchas furiosas.

El hombre nuevo debe su fácil desarrollo o su embrutecimiento prolongado a la intervención de los Espíritus de que está rodeado y el progreso del mundo se encuentra obstaculizado por el bajo nivel moral de todos. La Tierra le debe a su Creador el justo tributo de su propio progreso y la Tierra en cambio demora siempre este progreso como si le fuera dificultoso el descubrir la meta y el origen, como si ella desconfiara del porvenir y quisiera ignorar el pasado.

Todos los hombres se han ocupado del destino del hombre, mas todos echaron una sombría mirada de desaliento sobre el origen del hombre. Yo voy a daros algunas nociones respecto de dicho origen, aun cuando estas nociones hubieran de ser acogidas con el escepticismo propio de la época, cuyo triste resultado moral yo deploro. La creación, hermanos míos, no se encuentra tan por encima de la fuerza de vuestra inteligencia que no se pueda explicársela con un razonamiento humano. Me ofrezco por lo tanto a vosotros, como un filósofo de la Tierra, como un Espíritu, cuyas investigaciones se vieron coronadas por el éxito y llamo con ello vuestra atención. Volveré a tomar después mi nombre y mi título, ahora no soy sino un amigo vuestro, que viene a comunicaros las impresiones recibidas por él en regiones más favorables para la educación moral e intelectual de los hombres. Me presento como un profesor de bellezas desconocidas y tomo la palabra con el deseo de iluminaros. Estudio desde hace siglos, adoro el poder divino y alimento con su luz la linterna que yo poseo.

Hermanos míos, para que el cuadro de la creación sea comprensible para vosotros es necesario admitir como punto de partida: el alma, como facultad sensitiva; el Espíritu,

como facultad pensante; la materia, como facultad demostrativa, en el mundo en que habitáis.

El alma, como dependencia del principio vital universal; el Espíritu, como creación de este principio vital; la materia, como expresión de la sensibilidad y de la inteligencia.

Mis desarrollos respecto del Espíritu formarán el tema de este capítulo. Es necesario por consiguiente establecer una base para la demostración y determinar las funciones del Espíritu, completamente distintas de las del alma.

El alma es el principio del movimiento y de las sensaciones. El alma es el soplo divino que se desliza y se reanima por la fuerza de la materia, que se alimenta de las fuerzas de la naturaleza carnal y que concluye por su debilitamiento.

El Espíritu es una dependencia del alma y de la materia; al principio se caracteriza por el recuerdo, que establece la personalidad, convirtiéndose en una criatura inteligente, por el continuo desarrollo de su naturaleza, desarrollo inherente a la transformación y emancipación de sus demostraciones exteriores y de sus deseos íntimos.

En las razas de Espíritus inferiores la memoria está circunscripta a hábitos naturales y a combinaciones pueriles. En las razas más elevadas la memoria se convierte en la fuente del progreso, dirigiendo su luz sobre las faltas cometidas en el pasado. En las regiones enteramente espirituales la memoria saca del pasado enseñanzas preciosas para comprender y hacer comprender el porvenir. El Espíritu se convierte en un iluminado con respecto a los designios de Dios y se eleva sin descanso hacia las verdades eternas, cuyas profundidades ya ha medido.

En las primeras manifestaciones de su personalidad, el Espíritu procede como los niños en los mundos carnales; camina con temor y dirige miradas de sorpresa sobre todo lo que aún no llega a concebir; armoniza sonidos cuyo significado nadie comprende sino los Espíritus de su orden; huye de la luz, que le inspira temor y se acerca a la llama, que lo divierte; presta poquísima atención a las enseñanzas de su vida y no le atraen más que los goces presentes; nada prepara y muy poco recuerda.

Durante el completo ejercicio de sus fuerzas, el Espíritu se vuelve malo por cálculo, de malo que era por el ocio o por los desordenados deseos de sus instintos materiales. En medio de la luz de sus deberes, el Espíritu se convierte en delincuente, olvidándolos para satisfacer pasiones cuya perniciosa influencia él conoce, y desde esta degradación moral el Espíritu cae en la turbación de la muerte para despertarse entre las angustias de la duda y en las tinieblas del error. Cuando el Espíritu humano cae entre los goces bestiales, aunque sin delinquir pero ingrato hacia Dios, pierde la pureza de su alma. Engolfado en divagaciones enfermizas, el Espíritu humano pierde a menudo de vista el verdadero objetivo de la vida carnal y su ciencia, tan estimada de los hombres, no le proporciona la paz del corazón y la salud del alma. ¿Qué es el alma si no la parte sensible del Ser, el derecho de sentir y de aspirar, la capacidad de gozar y de sufrir?

El espíritu del animal que os sigue como primero después de vosotros, hombres nuevos, es incapaz sin duda de arbitrar mejoras y fantasías de comodidades, ¿pero quién le impedirá a su alma de concebir el dolor, de llorar la separación, de alegrarse por la maternidad y de entregarse a las expansiones del amor?

El Espíritu de ese hombre nuevo, oh hombres ancianos, se encuentra ciertamente desprovisto de las facultades adquiridas por vosotros en el ejercicio de los dones de Dios; pero su alma no tiene ninguna diferencia con la vuestra, cuando son iguales las fuerzas morales. Me explicaré: Si vuestro Espíritu, en el ejercicio de los dones de Dios, es decir, en el camino de los goces y de los conocimientos adquiridos, dejó vuestra naturaleza humana llena de vicios, puesto que se inclinó al mal el libre ejercicio de vuestras facultades, el alma se resiente de este embrutecimiento y permanece inerte en la sensación de las alegrías que le son inherentes y como desheredada por el distribuidor de estas alegrías. El Espíritu concibe las buenas acciones y el alma se felicita por ello. El Espíritu descubre la verdadera fortaleza y la verdadera justicia, fortaleciéndose el alma por el impulso que con ello se le da. El Espíritu honra la ley de los mundos y destierra de su naturaleza brutal el gusto por las infracciones de esa ley y el alma le presta la sensibilidad de su esencia para armonizar los preceptos de la ley con el sentimiento del beneficio y el horror hacia la crueldad. Si el Espíritu titubea en seguir la luz del mejoramiento, el alma sufre y llora. El alma eleva la voz en el silencio, en la soledad y esta voz se llama: la conciencia.

El alma es la conciencia del Espíritu, el alma es la *elevada* expresión de la moral, colocada en el Ser como semilla de porvenir.

El alma en los animales destructores parece asfixiada por la ferocidad del espíritu, mas en cuanto el espíritu mejora, el alma Toma la fisonomía que le es propia, es decir, que domina los instintos groseros, hasta donde le permite el desarrollo de su inteligencia. - Ella se anuncia por medio de la potencia de las emociones tiernas y por la manifestación de saciedad de los placeres corrompidos. - El alma se adueña de la situación cuando las facultades del Espíritu (1) pierden su prestigio sobre la materia, mas en este caso la marcha humana se debilita y la derrota se hace completa a causa de la ruptura de la trinidad, el alma, el cerebro y el cuerpo. - El Espíritu no ofrece entonces más que demostraciones y la dilatación de los órganos, de los que precisa por no tenerlos más, los sonidos del pensamiento se desvían como los sonidos de una voz escuchada por oídos afectados de sordera.

El pensamiento es la labor del Espíritu, el Espíritu piensa siempre. - El Espíritu marcha hacia adelante por el ensanchamiento de su pensar. - El Espíritu no pierde su equilibrio en la locura sino que la debilidad de su instrumento hace imperfectas o nulas sus manifestaciones. - El Espíritu se agita durante la fiebre porque su organismo se encuentra enfermo. El Espíritu pierde su poder de iniciativa en la vejez por el desgastamiento de su medio de manifestación. El Espíritu también durante la locura ilumina con sus relámpagos, pero pronto se cansa de la lucha y esta lucha determina el fin de la vida corporal. El Espíritu no se descubre en la infancia porque el cerebro no tiene el desarrollo conveniente, del mismo modo que en la vejez el sentimiento de la animalidad domina la naturaleza humana; pero a medida que se adquieren fuerzas, el Espíritu (2) se evidencia al través de la niebla que lo envuelve demostrando su carácter y sus aptitudes. El Espíritu no ha

permanecido inactivo después de su última etapa en un mundo carnal, mas el estado de sopor producido por una nueva emigración le quita la sensación *de* su poder, y ahí como en otra parte la memoria se debilita en el sentido del mantenimiento de los decretos de Dios. La memoria del niño y la memoria del hombre recogen del pasado tan sólo las tendencias y los gustos, de los que la presente existencia ofrece la prueba innegable. La memoria del niño se manifiesta en sus inclinaciones, la memoria del hombre unas veces ilumina con la luz del genio su nueva carrera y otras evidencias facultades pueriles o alumbrá su ruta con la luz siniestra de delitos vergonzosos o inmundas orgías del Espíritu.

**(1)Entiende decir sin duda la razón, por cuanto el desequilibrio entre ella y el sentimiento trae lo que en seguida dice: el estancamiento del progreso humano por falta de armonía entre el corazón y el cerebro, es decir, entre el sentimiento y la inteligencia y el medio de su realización en el mundo, que es el cuerpo.**

**(2) Si bien observamos, de todo lo dicho se deduce que el principio volitivo, sensitivo y pensante tiene su asiento y su punto de partida en el alma, pero es el Espíritu el que nos lo manifiesta. Ello quedaría aclarado con la doctrina otras veces manifestada por el Maestro, de que el Espíritu es la personalidad, Constituída del alma y del periespíritu.**

Si en un momento dado aparecen resplandores de la memoria del Espíritu en el cerebro humano, el Ser se encuentra elevada en un éxtasis de poesía en medio de visiones da lejanas armonías; si son otros los reflejos de esa memoria que relampaguea en el cerebro, el hombre puede convertirse en un innovador.

El poder de la memoria lleva consigo la luz que alumbrá el sendero humano y la sensación del Ser en el vasto horizonte de los descubrimientos, es un recuerdo confuso de los anteriores esfuerzos de cada uno. El hombre se siente empujado hacia el progreso por la memoria y nada queda perdido para él a pesar de las interrupciones momentáneas de sus fuerzas intelectuales. Las privaciones de la inteligencia no llevan consigo el anulamiento de sus esfuerzos y el reposo del Espíritu nada les quita a su penetración y a su actividad futura.

El sentimiento de las luces intelectuales resulta del adelantamiento del Espíritu. La tendencia moral hacia las bellezas de la naturaleza demuestra la sensibilidad del alma y esta sensibilidad se encuentra casi siempre asociada con el progreso del Espíritu.

La lucha de los instintos carnales con el principio espiritual que anima al Espíritu adelantado es el trabajo impuesto a este Espíritu. El testimonio de su victoria le asegura un aumento de facultades morales e intelectuales para su nueva peregrinación.

El fracaso repentino del principio espiritual en la lucha, sumerge el Espíritu en el estupor, en el reposo humillante, en el debilitamiento de las aspiraciones divinas, en el remordimiento y en el abatimiento del alma.

No quiero seguir en su expiación a los Espíritus que han desmerecido de sí mismos porque el argumento de mi exposición es ajeno a la descripción de los tormentos inherentes a toda culpa correspondiéndole tan sólo tratar de las gracias derramadas sobre el Espíritu del hombre que ha permanecido firme en medio de la luz alcanzada en sus anteriores existencias. Me tomo la tarea de probar la elevada enseñanza de la llamada con propiedad

gracia, de la gracia otorgada a la naturaleza humana de conocer su origen y su destino, mediante el aprendizaje de sus deberes y en virtud de las manifestaciones de la verdad.

En la naturaleza humana, he dicho, existen Seres nuevos y Seres renovados. Espíritus salidos recién del embrutecimiento material, sin otro reflejo de luz que lo guíe más que el instinto del alma, que dominando al Espíritu, se encuentra a su vez dominada por la materia. Espíritus que han pasado por esperanzas de vida, por sufrimiento de degradaciones, por abatimientos, por alegrías, por relámpagos, por caídas, por éxtasis de felicidad, por tristezas, por glorias, por martirios. Espíritus cuyos sufrimientos fueron hijos de sus excesos y a los que el horror de la muerte los ha arrojado en medio del terror y del arrepentimiento, Espíritus que están llamados a sostener a sus hermanos y a ascender las gradas del poder espiritual. Espíritus fuertes por el desarrollo de su inteligencia. Espíritus dispuestos al bien por el desarrollo de sus facultades, preparados para la felicidad por su sentimiento de justicia y dominados por el deseo de las investigaciones.

Baso mi definición sobre la dependencia de las fuerzas intelectuales de la naturaleza espiritual y digo: que la medida de la inteligencia es proporcional a la extensión de los conocimientos adquiridos por el Espíritu, en los desarrollos alcanzados en las sucesivas existencias temporales y de alianzas productivas, en sí camino ascendente de las facultades del alma y en la actividad del elemento divino. La ciencia humana ha llegado a demostrar la influencia efectiva de las funciones del cerebro sobre las manifestaciones intelectuales, pero este hecho, material para los ojos de los humanos, guarda dependencia con el organismo espiritual, por cuanto el cerebro no es más que el espejo del Espíritu y el Espíritu se ve colocado en un medio que le es favorable para cumplir los decretos de Dios y llenar los fines de su creación.

Todos los Espíritus deben descubrir el poder de Dios y la dependencia de su propia naturaleza. Todos los Espíritus deben estudiar el origen y el objeto de la existencia, pero deben al mismo tiempo dominar el instinto natural de la materia para convertir este descubrimiento y este dominio en el pedestal de su grandeza espiritual. Todos los Espíritus humanos, aunque tuvieran que permanecer siglos en la ignorancia, no saldrán de esta ignorancia sino cuando sus tendencias carnales (1) hayan sido finalmente anuladas, mediante esfuerzos de paciencia y pruebas de pureza en presencia de la elevada esperanza de los bienes fastuosos de la espiritualidad.

Hermanos míos, en el mundo en que habitáis, las influencias del círculo de vuestras alianzas y la ceguera del Espíritu no le permiten al pensamiento elevarse hasta los deliciosos goces de la espiritualidad. El no es capaz de desprenderse de los objetos materiales y pocas veces le es dado meditar sobre la potencia de Dios, sintiéndose en seguida desviado por las aparentes contradicciones recogidas en el mismo seno de la naturaleza terrestre; mas la fuerza de la gracia está ahí, la luz de Dios hiende las tinieblas, la voluntad del Espíritu despedaza el yugo que lo aprisiona. Entonces el Espíritu humano, pobre aún, pero resuelto a conquistar su engrandecimiento, rasga el velo que le esconde la adorable figura de Dios.

¡Oh, divina naturaleza del alma! ¡Arroja tus lazos y tus dulzuras sobre el camino del hombre, en medio de las tribulaciones materiales y concede los dones de la ciencia a los

que te reconocen como elemento de vida y de felicidad! ¡Sé la alegría de los creyentes y provoca entre ellos las ideas de reformas, refina sus gustos, ensancha sus pensamientos y procúrales honores de alta moralidad! - Haz que baje entre las sombras de las pasiones la tranquila claridad, calma la fiebre de las pasiones, destruye las causas del delito, aplicando a todos los males el bálsamo de la palabra celeste! - ¡Conviértete en el consuelo de los justos, pero da también aviso a los pecadores y haz la luz en la noche de sus Espíritus! - ¡Bella y santa poesía del alma! - ¡Domina las humillaciones de la materia carnal y conviértete en la fuente de los mejoramientos del Espíritu humano! - Hermanos míos, la dependencia del Espíritu humano, de la naturaleza espiritual del alma es la base del pensamiento eterno de Dios para convertir las criaturas en el objeto de su amor. - El principio de la Religión Universal descansa sobre esta base, que os demuestra el hombre en su porvenir, libertado del yugo de los vicios de la naturaleza carnal y resplandeciente de los atributos del alma, cuya naturaleza es divina.

**(1)Estas tendencias, siempre que no sean viciosas, son inherentes a la naturaleza animal del hombre y aseguran la persistencia de la especie, puesto que es todavía un instinto, apenas depurado, el que preside a la formación de la familia por la atracción sexual inconsciente. Si la teoría del amor libre es una teoría, más que inmoral, bestial, la constitución de la familia es más una necesidad social que una virtud. Así también es sólo nuestro atraso el que nos hace considerar el amor materno como el más sublime de los sentimientos mientras es tan sólo hijo de la relación carnal que media entre los padres y los hijos. Ese amor sería verdaderamente sublime si la mujer madre lo manifiesta hacia niños que no fueran sus hijos, como suele suceder. En cuanto a las tendencias carnales son inherentes al grado de evolución en que nos encontramos. Un grado superior tal vez dé por resultado el no precisar más de la reencarnación, por cuanto el periespíritu carecería de la materialidad suficiente para poderse relacionar con el plano físico. — O. R.**

Alejo de mi pensamiento el recuerdo del embrutecimiento del hombre y demuestro a sus miradas el desarrollo futuro de su naturaleza espiritual, colocando como principio el indicado resultado de los esfuerzos del Ser y de la multiplicidad de conocimientos adquiridos. Mas debo deducir de todo lo dicho que los esfuerzos del trabajo y la multiplicidad de las luces determinan el adelanto del Espíritu y describen el círculo de sus atribuciones en el eterno pensamiento divino. Aparto de mi naturaleza el cuadro de los humillantes errores del Espíritu humano, pero aspiro a su regeneración y esta aspiración llegará a ser una realidad. - Aparto la vista de los hábitos monstruosos, de los negocios deshonorosos, de las prepotencias, de los delitos, de los horrores, de las corrupciones y veo en el fondo del cielo de mi alma, desarrollados, cambios, elevaciones, honores y fuerzas para conquistar el poder espiritual.

En retardo para con su naturaleza espiritual, los hombres se convierten en fratricidas e impíos; vueltos a la felicidad que proporciona la memoria del alma, comprenderán el destino de sus Espíritus y la justicia del fardo que constituyen las pruebas de la vida corporal. Sabrán armonizar las potencias del impulso carnal, con la solidez de las reglas del orden superior y recogerán el dulce fruto de la oración, cuándo esta oración sea dirigida al Creador del Universo, cuyas obras serán respetadas y observadas sus leyes.

Todos colaborarán en los propósitos divinos cuando se entreguen al trabajo reconociéndolo como la causa del acrecentamiento de la fuerza y de la inteligencia, que nos aproximan a Dios. - Los hombres se encuentran alejados de Dios. - Los Espíritus de la Tierra son inferiores como familias y como individualidades. La elevada expresión de la

inteligencia divina los encuentra fríos y escépticos, el desarrollo de su órgano auditivo no está en relación con las armonías de la gracia, de cuyos dones están rodeados, y la pureza del elemento espiritual los hace parecer larvas que se arrastran por encima de las carnes putrefactas de un cadáver. Mas, lo hemos dicho ya, la gracia de la fuerza está ahí... la luz de Dios penetra al través de las tinieblas, la voluntad del Espíritu despedaza el yugo que lo aprisiona, y por lo tanto el Espíritu humano, pobre aún, pero resuelto a engrandecerse, rasga el velo que le esconde la adorable figura de Dios. El fin de los Espíritus es el de progresar y poco importa la naturaleza de los obstáculos que los rodea. ¿Qué pueden importarles las ambiciones mezquinas de su demora momentánea en la vida material? La desproporción de los alcances intelectuales con relación a la idea de la verdadera justicia y de las elevadas gracias, que por todas partes los rodean, ha de desaparecer por efecto de la voluntad y se ha de evidenciar la naturaleza espiritual cuando se borre la materialidad bajo el imperio de mayores progresos y de alianzas más nobles en manifestaciones del alma.

Los Espíritus de la Tierra se encuentran alejados de Dios a causa de la inferioridad de su naturaleza, que los somete a leyes monstruosas de impiedad y a costumbres de bárbaros goces. Pero Espíritus de más elevada naturaleza vienen a emancipar el pensamiento y a ensanchar el criterio de los Espíritus de la Tierra y a menudo les son concedidas fuerzas de luces especiales que les permiten, mediante apoyos de naturaleza intermediaria, poderse sostener en medio de estos Espíritus atrasados, en medio del ambiente oscuro y de sufrimientos de la humanidad.

Pobres Espíritus terrestres! Humillaos ante la ciencia de los delegados de Dios, para abreviar el camino hacia vuestra espiritualidad. Permaneced a la expectativa de los bienes futuros, caminando de una manera activa y consciente en medio de las pasiones y de los males de la humanidad, para reprimir las tendencias perniciosas de vuestra naturaleza y para aliviar a los más miserables entre vosotros. Aprended a daros cuenta del objeto de vuestra existencia y proseguid el trabajo de vuestra regeneración, a pesar de la presión que el Espíritu debe soportar por efecto de la lucha y del alejamiento de los hombres entregados a los goces y al orgullo. Buscad ayuda y consuelos en la fuente de la Divinidad y aligerad el fardo de los dolores propios de la naturaleza corporal con el empleo de las fuerzas de la naturaleza espiritual.

Sí, hermanos míos, es realmente Jesús quien os habla, mas la alegría intelectual derivada de las manifestaciones de su Espíritu no puede ser concedida sino a los que han empezado la tarea de su purificación, el trabajo de su desmaterialización, a los que han entrado ya por el camino de las reformas de su propia naturaleza animal y por el de las luchas en contra de sí mismo, en contra de todas las pasiones desorganizadoras del alma, en contra de todos los vicios que hacen descender al Espíritu al nivel de los brutos, en contra de la ambición de los bienes terrestres, en contra de la facultad pensante que traza tan solo culpables ficciones, malas doctrinas, delirios de imaginación dignos de lástima, falsos estudios filosóficos, tristes soluciones, despreciables negaciones de la existencia de Dios.

Descubrid vuestros destinos, hermanos míos, en la manifestación espiritual. Practicad excursiones en medio de la luz y libertad vuestras almas de los lazos que las oprimen. Permaneced defensores del libre pensamiento, Oh, vosotros que deseáis la emancipación del Espíritu!, pero haced participar en la discusión el gran nombre de Dios e



inclinaos ante los testimonios de su poder y de su amor. Acumulad tesoros de ciencia, pero recordad que sin la debida participación del Espíritu no existen verdaderos triunfos para el hombre y abandonad el tonto orgullo y el insolente desprecio de las naturalezas inferiores por lo que saben y por lo que no saben, por no alcanzarlo a concebir.

Influid en favor de la educación general de las masas y emplead vuestras facultades para el bien general. - Buscad creyentes para la Religión Universal, haciéndoos sus Apóstoles. – Ella quiere la fraternidad entre los hombres y la devoción para con Dios, busca el elemento divino en su pureza y la paz en el mundo, relaciona el amor de la familia con el amor entre todos los Espíritus, se aproxima a la habitación humilde lo mismo que a la fastuosa morada, y explica el porqué del rigor de las pruebas al lado de la abundancia de los dones; el por qué de la grandeza de las ideas al lado de la desnudez del Espíritu, del camino de los honores al lado del estancamiento de las facultades, de la posesión de grandes inteligencias al lado del desarrollo puramente vegetativo del hombre en sus fases de crecimiento y dé pausa. Humillad la naturaleza carnal en lo que ella tiene de bestial. Destruid la vergüenza en el matrimonio reemplazándola por la sinceridad y la delicadeza del amor.

Huid de la gloria adornada de sangre, de las alegrías compradas con el precio de la deshonra, de los humos de la embriaguez y de las tentaciones de la carne.

Haced que bajen hacia vosotros las fuerzas de la Patria Celeste, pidiéndolas con él fervor de un alma llena de esperanza y Orad, como oran los ángeles, sin mezcla de debilidad y con la abnegación de las grandes almas.

Llebad en el cumplimiento de las leyes humanas la fuerza demostrativa del Espíritu, que lucha en contra de la sensibilidad del alma, pero dejad que el alma hable para endulzar la suerte del condenado. Id a la casa del pobre para dar pruebas de fraternidad. **Castigad el asesinato pero jamás matéis al asesino: el derecho de muerte sólo a Dios pertenece.**

Haced descansar la ley humana sobre la ley divina y levantad al culpable después de la expiación para inducirlo hacia el camino de la rehabilitación y de la libertad.

Despojad al hombre anciano de todas sus vejeces rejuveneciéndolo en todo sentido y escribid sobre su rejuvenecimiento esta máxima religiosa humanitaria y fundamental: **Dios para todos y cada hombre para sus hermanos.**

Decid a todos los Espíritus que la gracia se adquiere por el buen empleo de todas las facultades y poned en obra para la regeneración social la penosa pero gloriosa actividad de los nobles Hijos de Dios, de los inteligentes y de los fuertes, mandados en auxilio de los ignorantes y de los débiles.

Entonces, hermanos míos, Jesús no os parecerá más tan lejos de vosotros y las manifestaciones de su Espíritu arraigarán las convicciones en los vuestros, así como la dulce piedad de su alma atraerá los entusiasmos de vuestros corazones. Me despido de vosotros, hermanos míos, hasta vernos en el noveno capítulo de esta historia.

## **VIERNES SANTO — 19 DE ABRIL 1878.**

Honremos la memoria de mi muerte corporal y afirmemos nuevamente que Dios es totalmente superior a la humanidad que no podrá mezclarse materialmente con ella.

Insisto sin cesar sobre esta falsa dirección impresa a las cosas por el Espíritu humano, porque ha trastornado el buen sentido de hombres llevados hacia el sentimiento religioso y porque ha resultado ser una fuente inagotable de impiedad y de delitos.

Jamás Jesús pretendió pasar por Dios y los milagros que se le atribuyen son una pura invención.

Yo soy el Hijo de Dios, decía él, mas todos los hombres deben preparar la elevación de su Espíritu hasta llegar al honor espiritual que es actualmente una gloria para mí. Soy el Hijo de Dios, mas merecí este título con mis obras y la familia humana cuenta con trabajadores, que al igual mío, realizarán ahorros para alcanzar a una patria más hermosa.

Mi puesto no se encuentra aquí, mas vine hacia vosotros para traeros la luz y la buena nueva.

Volveré, porque muchos que no pueden comprenderme ahora me comprenderán más tarde, pues mi misión divina no tiene término, porque representa el amor de Dios hacia todos los hombres.

Soy Hijo de Dios, mas acatando vosotros mi superioridad no rompáis los lazos de hermandad que nos ligan.

Todos los hombres son hermanos; los más fuertes tienen que prestar su apoyo a los más débiles; los instruidos tienen la obligación de enseñar la moral y la ley divina; los ricos tienen el deber de hacer partícipes a los pobres de sus riquezas.

"Muchos entre vosotros verán el Reino de Dios, porque el hombre vuelve a nacer para cumplir su destino. Todo el que haya vivido volverá a vivir, pues la muerte sólo tiene dominio sobre la carne".

La doctrina de Jesús exhibía el semblante inmutable de Dios y la perfectibilidad de los Seres mediante sus transformaciones a través de la materia y de sus estadas en las moradas espirituales adaptadas a sus sucesivos estados de desarrollo moral.

El semblante inmutable de Dios determina la inviolabilidad de sus leyes.

La perfectibilidad del Espíritu creado es una prueba del amor y de la inteligencia del Espíritu Creador.

La fraternidad se deduce de la doctrina de Jesús.

Comprende no tan solo la alianza de los Espíritus de un mundo, sino también la alianza de los Espíritus de todos los mundos.

La muerte corporal no ha debilitado en lo más mínimo el amor de Jesús hacia la humanidad terrestre, y contesta a los infelices que lo imploran, explicándoles los errores religiosos y la causa de sus sufrimientos. Dios, lleno de misericordia hacia el pecador, ha permitido que yo me manifieste aquí ostensiblemente y la gracia renovada constituye una promesa de nuevas gracias.

NOTA (del original). - La manifestación del Viernes Santo de 1878 se ha transcripto aquí porque afirma la no divinidad de Jesús, de acuerdo con lo igualmente establecido en la narración entera de su vida; constituye ello más bien un lazo de continuidad más que una sanción. Más tarde se entenderá.

## CAPÍTULO IX

### Continúa el desarrollo de la misión de Jesús

EN él presente coloquio, hermanos míos, continuaremos con el desarrollo de mi misión. Durante su corta aparición como Mesías en medio de los hombres, Jesús tuvo que renunciar a darse a conocer porque su poder residía en el título de HIJO DE DIOS, título lleno de promesas, pero lleno también de la oscuridad de lo desconocido, de lo cual tomaba motivo para adquirir ascendente sobre las masas. Mas en sus conversaciones particulares Jesús dejaba comprender que la filiación de que se honraba, honraría también a todos los espíritus llegados a la emancipación del alma en medio de la naturaleza carnal.

La unidad de Dios jamás se vió comprometida por Jesús. Los que hicieron los milagros fueron los que convirtieron a Jesús en Dios.

Dios distribuye a cada uno la fuerza y la inteligencia en proporción a los honores ganados en la lucha de los instintos de la materia con las emanaciones divinas de la inmortalidad espiritual.

La inmortalidad del alma, al poner de manifiesto ante el Espíritu el objeto de sus existencias sucesivas en la materia, lo empuja al desprecio por toda dependencia carnal y elevándolo en cambio hacia la gloria de la misión divina.

Los Mesías son los HIJOS DE DIOS, porque demuestran a Dios, lo explican.

Ahora puedo hablar así, pero antes era necesario que me rodease de prestigio, a lo cual no convenía que se explicara el principio sobre que descansan los honores del Mesías. Era necesario dilatar el sentido moral de la humanidad y no convenía proporcionarle la posibilidad de discutir mis derechos de Hijo, de Dios. Era necesario obtener el resultado bajo proporciones fuera de lo ordinario, so pena de ser arrestado a los primeros pasos.

A pesar de ello a menudo me he reprendido a mí mismo por esa tortuosidad del camino y cuando me encontraba a solas con alguno de mis discípulos, si se me presentaba como una ocasión favorable para arrojar en un espíritu perspicaz el germen de la verdad, yo me confiaba a medias, pronunciando frases misteriosas, de cuyo significado esperaba que, tal vez, el porvenir sacara algún provecho para la verdad. Decíame el confidente de los profetas y de los mártires, sorprendidos por la muerte; en seguida, llamado por el sentimiento de mi posición reprimía manifestaciones y recomendaba a los que habían sido testigos de mis expansiones entusiastas guardaran el mayor secreto respecto de lo que habían oído (1)

En mis conversaciones buscaba de asociar la creencia en los dogmas establecidos con la doctrina de las encarnaciones sucesivas de los espíritus, hablando al mismo tiempo del infierno y de la santidad de mis derechos de Hijo de Dios. Mas en el dilatado horizonte que se extendía delante de mis pensamientos los hechos se veían justificados por los propósitos. Yo dirigía mis esperanzas hacia el porvenir y colocaba las deliciosas emociones de mi alma

en frente de las armonías en que soñaba, viéndose ellas justificadas aún en este mismo momento en que vuelvo para completar mi obra, valiéndome nuevamente de Dios.

Yo mezclaba la ley antigua con la nueva, de lo cual resultaban esas parábolas que a menudo carecían de claridad, esas contradicciones aparentes, envueltas en la rapidez de mis exposiciones y mal advertidas por la poca perspicacia del auditorio, y esas apreciaciones sobre la Justicia Divina, llenas al mismo tiempo de misericordia y de eterna venganza.

**(1) Se comprende la delicada que debía ser la posición de Jesús, abandonado á sus propias fuerzas en medio de un pueblo inculto, enteramente materializado, y nada dispuesto para las innovaciones. La Biblia era para ese pueblo el código infalible de toda su sabiduría y nada había por encima de sus profetas y de la palabra de Jehová, de quienes aquellos constituían el portavoz obligado. Era necesario pues revestirse de mucha autoridad y saberla hacer valer, a despecho de la condición humilde en medio de que actuaba el Maestro, para poder ser escuchado y seguido. Algo debía haber de superior, sin duda alguna, en el hijo del carpintero de Nazaret para que tal sucediera, haciendo triunfar la doctrina de *devolver bien por mal* en oposición a la de *ojo por ojo y diente por diente* de Moisés, Mas, teniendo que valerse de medios puramente humanos, cómo conseguir ese prestigio que le ex» tan indispensable? He ahí la causa de estos conflictos que vemos surgir a cada paso en el Espíritu de ese Ser excepcional, que fué mártir desde su nacimiento por el solo hecho de tener que vivir en un mundo tan atrasado. — O. R.**

Hermanos míos, inclinémonos ante la majestad de Dios y confesemos la pobreza de nuestra naturaleza.

Yo decía a mis discípulos:

"Vosotros todos sois Hijos de Dios, y el último de ustedes tendrá que trabajar para llegar a ser grande y fuerte".

"Se hace más fiesta en la Casa de mi Padre cuando entra a ella un Espíritu recién convertido que no por la perseverancia de dos justos".

"La voluntad y la emulación libran el Espíritu de las humillaciones de la carne. El amor de Dios inspira el amor de las criaturas, que son la obra de Dios".

"Convertíos en los depositarios de mi ley; ella es una ley de amor. La ley de amor no dice: *diente por diente, ojo por ojo*; ella dice: perdonad a vuestros enemigos; orad por los que os calumnian; llevad, sin hacer ruido, vuestra limosna a la casa del pobre. Si os dan una cachetada en una mejilla, presentad la otra, porque los hombres ceden antes a la dulzura de la virtud que a la justicia de las represalias".

"Habitad con los enemigos de Dios y no esquivéis las mujeres de mala vida, puesto que el dar ejemplo es una obligación para los que trabajan en la Viña del Señor, y la proximidad del vicio no puede manchar al justo".

Yo traía ejemplos favorables para las inteligencias de aquellos a quienes ellos iban dirigidos y atraía con conversaciones familiares, en las fiestas, encontrando a menudo ahí en que aplicar mis preceptos.

Me acuerdo de un hecho que tuvo lugar en una casita de la montaña que domina el valle de Sichem.

Estaba cansado y mientras reposaba esperando a mis discípulos que habían ido a renovar nuestras provisiones, empecé a hacer elogios de la limpieza que se observaba en medio de tanta pobreza, con el propósito de entablar conversación con una mujer que se mantenía respetuosamente de pie delante mío.

En estos lugares de Jerusalén había mucha población samaritana, despreciada por los hebreos.

"Señor, me dijo esa mujer, ya que eres profeta, enséñame a mí también, porque la ley de Dios está encerrada en el Templo de Jerusalén, mientras que nosotros tenemos que adorarle aquí".

"Mujer, le contesté, Dios no tiene más que un Templo y ese Templo está en todas partes".

"Los hombres adorarán a Dios en Espíritu y en verdad; la hora no ha llegado todavía; mas la luz dará origen a la verdad, y yo voy predicando la luz".

"Créeme; sobre esta montaña, como en el Templo de Jerusalén, Dios ve los corazones y favorece a los justos. Sobre esta montaña, como en el Templo de Jerusalén, no hay una brizna de yerba que pase inadvertida a los ojos de Dios". **"La ley de Dios no se encuentra encerrada en un Templo, sino que resplandece en todos los corazones."**

Hermanos míos, la mejor prueba de vuestra alianza con Dios es la de reconocer dicha ley en todas partes, inclinándoos bajo la prueba como en presencia de sus bendiciones, adorando al Padre con los pensamientos y con las obras, alabándolo tanto en medio de los sufrimientos como en medio de la prosperidad.

Demostred la ley de Dios con la rectitud de vuestra vida; convertid a los hombres en justos, haciéndolos felices y sed felices vosotros mismos mediante la fe. Me acuerdo todavía de una fiesta en que la abundancia y la alegría reinaban entre los presentes, dando el olvido de los cuidados y de las penas de la vida. La alegría se dibujaba en todos los semblantes y la mesa colocada en el medio de un patio que formaba jardín, recibía algunos rayos de Sol, a pesar de la bóveda de verdor que lo cubría. Los jóvenes me dirigían miradas tímidas, los hombres, las mujeres y muchachos me rodeaban y todos querían darme el puesto de honor. Yo acepté, colocándome a la cabecera de la mesa yendo mis discípulos, que me habían acompañado en número de cuatro, a ocupar el otro extremo. Me demostré amable y conversador en esa noche. Mis miradas y mis sonrisas se dividían entre los comensales iluminándose con el brillo de la general alegría.

Así procedí siempre tomando las actitudes que correspondían a las circunstancias en que me encontraba y jamás en una fiesta o en una reunión de amigos se me vio deseoso de silencio o distraído por penosas preocupaciones.

Acostumbrado a la vida nómada, renegaba de la familia y de la patria para honrarlas mejor, en la elevada expresión de estas palabras: - ¡Familia de hombres! - ¡Patria Universal!

Yo llevaba el fanatismo por los derechos del alma hasta la renuncia completa de las esperanzas humanas; pero en los casos de mi presencia entre los hombres, daba las seguridades del apoyo divino para los que supieran dirigir bien sus familias y para la justa y amorosa dirección de las madres.

Mi doctrina se basaba sobre la fraternidad humana y las masas se apretaban a mi alrededor para oír estas palabras, de las que eran pródigos mis labios:

"Dejad que se aproximen a mí los más pequeños y los más débiles."

"Yo he venido para dar alegría a los tristes y para decirles a los felices: Sed los siervos de los pobres, el Dios del amor y de justicia os recompensará".

"Vosotros todos sois hermanos y el siervo vale tanto como el maestro en la casa de mi Padre."

"El que se humilla será elevado. Humillaos para servir a Dios; tan sólo los humildes serán glorificados."

**"Llamad y se os abrirá, golpead y se os responderán".**

Aprended mi ley y divulgad mis preceptos por toda la Tierra, amándoos los unos a los otros. No procedáis como los hipócritas que se prosternan delante de Dios para ser observados por los hombres, que oran con el corazón lleno de cólera y celos; deponed en cambio ante las puertas del Templo de Dios vuestros deseos de fortuna terrestre, vuestras esperanzas de alegrías mundanas, vuestras debilidades de amor propio, vuestros pensamientos impuros, vuestras bajas concupiscencias, para que la gracia descienda sobre vosotros con la oración.

Dad asilo a la viuda y al huérfano.

Librad al pecador de su vergüenza, mostrándole los brazos siempre abiertos para recibirlo.

Descubrid el vicio, desenmascarad la impostura, mas haced que penetren en todos los culpables las palabras de misericordia, la promesa del perdón.

"La limosna hecha con ostentación no, es agradable al Señor, nuestro Padre, y el óbolo de la viuda tiene mayor mérito ante sus ojos, que los millones del rico".

"La limosna no es provechosa para el que la hace, sino cuando se la rodea del mayor misterio. Guardad por lo tanto el secreto respecto de las miserias que hubiereis aliviado, y que vuestra mano izquierda ignore lo que vuestra derecha haya distribuido".

"Decid: creo, y obrad. La actividad está a la fe, como el calor al amor; una señal de vida".

"Meditad mis palabras y no les déis un sentido diferente del que tienen."

"El fervor no consiste en la abundancia de las palabras y en la petulancia de la acción, sino en la modestia de la caridad. Él honra al Espíritu sin darle brillo entre los hombres. Él da al alma un dulce ascendiente sobre las almas; pero no la empuja hacia la opresión, hacia la dominación, hacia la prepotencia del mando. Hace florecer la sabiduría, no arrastra el Espíritu hacia la turbación del orgullo y del poder, hacia las pasiones tumultuosas de la grandeza humana, en la temeridad de la ambición de los honores humanos"

"Predicad en mi nombre y afirmad mi presencia, porque mi Espíritu seguirá aún en medio de vosotros."

"Permaneced fieles a mi voz y consolaos diciendo: **El Señor está con nosotros.**"

"Tomadme como ejemplo; soy pobre, permaneced pobres; soy perseguido, sufrid persecución y que el Dios de paz dicte vuestras palabras."

"Despreciad los ultrajes, ejerced el amor y rogad con un corazón puro."

"El hierro y el fuego, el abismo y el Espíritu de las tinieblas, no prevalecerán en contra de vosotros."

"Yo soy aquel que Dios ha enviado para que diga la verdad a los hombres."

"Soy el lazo de amor."

"Soy la puerta de la patria feliz y las puertas del infierno no prevalecerán contra mí."

**"Soy aquel que fué, que es y que será."**

"No explico estas palabras porque vosotros no podríais comprenderlas; mas día llegará en que todos los hombres podrán comprender la verdad"

"Permaneced fuertes en el amor. Soy vuestro Señor y vuestro Padre y estaré con vosotros durante todos los siglos mediante el poder de Dios y por efecto de mi voluntad."

"No desenvainéis jamás la espada; quien quiera que haga uso de la espada perecerá bajo los golpes de la espada."



"Mejor sería que no hubierais jamás nacido antes que olvidar mis enseñanzas, porque la Justicia de Dios pesa con mayor rigor en contra de los padres que de los hijos; en contra de los ministros infieles, que en contra de la masa de los pecadores."

"Id por toda la Tierra y anunciad la palabra de Dios, proclamándoos sus Profetas. Perdonad los pecados. Todo lo que vosotros perdonareis aquí, perdonado será en el cielo, y la gracia os acompañará mientras sigáis mi ley."

La Justicia de Dios quiere todavía que Jesús sea vuestra estrella conductora en medio de los errores y peligros, pero manda que las palabras de otros tiempos sean desligadas de la oscuridad que las envolvía para resplandecer de luz divina y para iluminar los Espíritus que se encuentran ahora mejor dispuestos para recibir la luz que en la época en que Jesús vivía como hombre entre los hombres.

La doctrina de Jesús demostraba la igualdad entre los espíritus al salir de las manos del Creador, siendo la diferencia que se establece después entre ellos el resultado del adelantamiento más o menos rápido de cada uno de acuerdo con la irradiación del amor hacia la familia universal, cuyos miembros son todos hermanos y deben ayudarse mediante la caridad y la abnegación. Cuanto mayor es el progreso de los Espíritus, tanto más sienten los deberes de la fraternidad. Cuanto más adelantados son los Espíritus, tanto más sienten la tendencia generosa y el ardor del sacrificio en favor de sus hermanos como expresión del amor fraternal. Con la palabra caridad yo no entiendo tan sólo la limosna y la falta de los sentimientos del odio sino la condolencia íntima del alma ante todo sufrimiento. Con la palabra devoción no quiero designar únicamente la exaltación pasajera del alma en busca de Dios, empujada tal vez por un sufrimiento momentáneo, sino el sentimiento de la plegaria en la asociación continua con todos los sufrimientos y la tendencia permanente a participar de todas las miserias, todas las vergüenzas, todos los conflictos del alma. La palabra amor no encierra la explicación de las ternuras entre los aliados terrestres, sino que impone el bien por medio de la palabra, de las obras, del olvido de sí mismo en beneficio de los demás, mediante la firmeza en la protección de nuestros semejantes y el cumplimiento de todos nuestros deberes fraternos humanos.

La doctrina del amor, basada en la igualdad y en la fraternidad; he ahí la causa del prestigio de Jesús en medio de la humanidad. Ha venido a traer la ley de Dios a un mundo demasiado nuevo para poderla comprender, pero puso los cimientos de su obra, que sería inmortal, y esa obra continúa su desarrollo. El vino para enseñar la ley del sacrificio, y, si bien los sucesores de sus Apóstoles, que estaban en la obligación de marchar en medio de la humildad y de la pobreza, para honrar la ley y obedecer al mandamiento, no han respetado la palabra del Maestro, vendrán discípulos más fervorosos que sabrán colocarse en el cumplimiento de dichas enseñanzas, repitiendo sus palabras, las que tendrán al fin continuadores.

Hermanos míos, yo soy el Mesías y el fundador de la Iglesia Universal.

Vuelvo ahora para repetir todo lo que ya dije, dándole el sello de la grandeza divina a las palabras humanas.

"La presencia del Espíritu resplandecerá en medio de las tinieblas y las tinieblas serán despejadas. La luz ilumina a todo hombre de buena voluntad."

"Los hombres no me han conocido porque no poseían la verdadera luz, pero me reconocerán al adquirir mayor luz iluminados por las claridades del Espíritu enviado por el Señor".

"Felices los que creerán, porque marcharán en mi ley; felices los que seguirán mis preceptos porque verán a Dios."

"Es un error fatal el afirmar que Jesús *vino a traer la espada*, pues yo soy el lazo de amor, habiendo dicho: "Amaos los unos a los otros y mi Padre os amará". ¡Errores realmente fatales son los que han dado lugar a alegrías sacrílegas en medio de la sangre y de los horrores de las hecatombes humanas, ofrecidos al Dios de los ejércitos, mientras no son más que delirios por la posesión de bienes efímeros en medio del triunfo de las bajas pasiones y del propio sometimiento al imperio de la maldad y de los goces vergonzosos del vicio!

Yo dije:

"Permaneced humildes; no os dejéis dominar por la ambición de los bienes terrenales, ni por el deseo de poderes mundanos."

"Los que se apegan a la Tierra no me pueden seguir. **Mi Reino no es de este mundo.**"

"Apoyaos en mí y yo os llevaré hacia la vida, y os daré la vida, porque la vida soy yo."

"Yo soy el buen pastor; cuando una oveja se pierde, yo la busco y la vuelvo a la majada."

"Mis ovejas son los hijos de los hombres; haced como yo hago y reine la alegría en la casa del patrón cuando una oveja extraviada vuelve al redil."

"Dejad venir hacia mí a los niños y también a los pobres, a los pecadores y a las mujeres de mala vida (1) puesto que si la niñez precisa de luz y de apoyo, los pobres son mis preferidos, los pecadores solicitan ayuda para poder entrar a nueva vida, y las mujeres de mala conducta se apegan a un vaso de arcilla, cuando tienen a su alcance un vaso de oro. El vaso de arcilla es el amor falso de los hombres, y el vaso de oro es el amor de Dios que no perece".

Permaneced fieles a mi doctrina y propagadla por toda la Tierra para que los hombres no se encuentren más divididos y no exista ya más que una Religión y un Templo.

"Haced lo que os digo, arracad la mala hierba, echad al fuego la planta seca, separad el buen grano de entre los malos y caminad en medio de las ruinas edificando de nuevo.

**(1)No comprendo el porqué de esta diferenciación entre las culpas del hombre y las de la mujer, siendo al fin el espíritu, que no tiene sexo, el que delinque. Cuando el amor de los hombres es falso, son los hombres los que delinquen; cuando las mujeres provocan esa falsedad en el amor, son ellas las que delinquen; mas es bueno no olvidar, que si hay mujeres de mala vida, es porque existen hombre que la fomentan, puesto que por sí solas no podrían llevar esa mala vida. En realidad es en la intención en lo que consiste el mal y a menudo se juzga con demasiado rigor lo que no es más que una debilidad en la mujer, mientras que se disculpa la misma debilidad en el hombre, llamándola necesidad. — O. R.**

"Mas cumplid la ley con dulzura y amor. Hay que compadecerse de la pobre avecilla y recordad, también, que como ella, todo lo que vive depende de Dios."

"Andad y repetid mis palabras. El Cielo y la Tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán, porque la voz del Espíritu debe repercutir en todo tiempo."

"Hagamos resplandecer mi identidad, hermanos míos, con el paciente encadenamiento de los pensamientos y la franca exposición de mis obras. Humillémonos juntos. Aceptadme como mediador, puesto que me os ofrezco y vengo a libertaros de los hombres de mala vida".

"Romped la cadena que os liga al egoísmo, al orgullo, al vicio, a la tibieza, al desaliento, puesto que vengo a libertaros del pecado y de la muerte." Yo soy siempre Aquel que llevo hacia la vida y os digo;

"Venid a mí, los que lloráis, pues yo os consolaré."

"Venid a mí, pobres y pecadores, humildes y abandonados, y yo os daré la paz y el calor".

Mis discípulos estaban cada vez más convencidos de la grandeza de mi misión, y la familiaridad de nuestras conversaciones particulares no disminuían el respeto de sus demostraciones delante de los hombres. Imitadores de mis modales y de mis gestos en la manera de hablar, ellos recibían honores en todas partes, reflejándolos sobre mi persona a quien no perdían las continuas ocasiones que se les presentaban para designarme con los calificativos de Señor y de Maestro, queriendo con esto demostrar el lugar que me daban en medio de ellos.

Yo me resigné al honor de ese cargo de maestro, para dirigirlos, pero empleaba todos los argumentos para hacerles comprender la divina esencia de la palabra **hermano**, reconocer la elevación del alma en medio de las más humildes posiciones del espíritu y a saber adquirir toda la fuerza necesaria para soportar todas las humillaciones presentes con la celeste esperanza de la gloria futura.

"Yo soy vuestro Padre espiritual, pero este carácter me obliga, más que a vosotros, al empleo de la mayor paciencia y dulzura."

Soy vuestro Señor, es decir, vuestro director, vuestro defensor; mas si alguien entre vosotros me juzgase indigno de estos títulos se encontraría en el deber de advertírmelo, puesto que el discípulo vale ante Dios tanto como el maestro y puesto que es indispensable que exista entre nosotros una confianza ilimitada, para poder alcanzar el objetivo que nos hemos propuesto.

"Oremos juntos para que Dios nos sostenga, más sería preferible que el discípulo pereciera antes que el maestro, porque la cabeza es más útil que el brazo y porque la ruina del patrón produciría también la de sus siervos."

"Honradme, pero no me prodiguéis juramentos referentes al porvenir, porque el Espíritu está pronto, pero la carne es débil. Yo os lo digo: muchos de vosotros me abandonarán en el camino del sacrificio."

"Los dispersos no se reunirán sino para volverse a dispersar. Tan sólo la cabeza es la fuerte. La cabeza soy yo, los miembros sois vosotros."

"No temáis. La prueba que está por llegar soportadla como una ráfaga huracanada."

"Los Mesías resucitarán en Espíritu y este Espíritu brillará en medio de las tinieblas, guiará vuestra nave por encima de las agitadas olas, su voz dominará la tempestad y su palabra anunciará el nuevo día".

"Vosotros percibiréis al Espíritu por la influencia de dulces esperanzas que se filtrarán en vuestra alma y por la fuerza que duplicará vuestras fuerzas."

"Percibiréis al Espíritu mediante el soplo divino que pasará por encima de vuestras cabezas y mediante el calor que penetrará en vuestros corazones."

"Veréis al Espíritu en medio de los resplandores que iluminarán vuestras almas y nadie podrá engañarse al respecto."

"Mas escuchadme y preparad el Reino de Dios practicando la devoción y el amor, la prudencia y el desprecio por los honores."

"El mundo os llenará de escarnio y muchos os odiarán, pero sufridlo por amor mío, diciendo siempre: el Señor está con nosotros y nosotros somos sus miembros. Tengo aún otros miembros; son los pobres y cuando veáis a los pobres, acordaos de éstas mis palabras."

Entre poco yo no seré más; pero mi Espíritu os acompañará y os dictará mi voluntad, como si me encontrara aún entre vosotros.

"No acuséis a nadie por mi muerte. Mi Padre me mandará el cáliz de la amargura y yo lo apuraré hasta el fin." "Mas llevad a la práctica después de mi partida lo que ahora

llevamos a la práctica juntos, y desparramad mis palabras como las he dicho, sin cambiarles nada ni añadirles nada."

"La Tierra se renovará y mis palabras serán comprendidas al pasar los siglos; yo os lo repito: el Espíritu ayudará al Espíritu y el Reino de Dios se establecerá, por obra del poder del Espíritu."

"El Espíritu arrojará la palabra y la palabra será semilla".

"Muchos de vosotros verán el Reino de Dios."

"Estas palabras no podéis comprenderlas y tengo que dejaros en la ignorancia, porque el momento no ha llegado para explicárosla; pero muchos las comentarán y yo volveré debido a esto y a otras cosas, por cuanto mi día no ha concluido y dejaré, muriendo, errores y dudas que mi Padre me permitirá disipar".

"La verdad se siembra en un tiempo y los frutos de la verdad se recogen, como cosecha, en otro tiempo. Mas la palabra de Dios es eterna, y todos los hombres la recibirán, porque la Justicia de Dios es también eterna, y porque su presencia se manifiesta en todos los tiempos".

Aprendamos hoy, hermanos míos, la justicia de estas enseñanzas y honradme con la misma atención que prestaban mis discípulos. Marchemos por el camino del engrandecimiento y dejemos divagar a los pobres de Espíritu convirtiendo en cambio nosotros la palabra de Dios en nuestro alimento espiritual. Dios manda a todos los mundos institutores, mas a cada mundo le están destinados como institutores Espíritus del mismo mundo. Los Mesías son institutores avanzados, cuyas enseñanzas parecen utopías. Mi misión no podía imponer una regla de conducta en un siglo de ignorancia, teniendo que concretarse a hacer nacer ideas de revolución en los Espíritus y prepararlos para la renovación del estado social futuro. Mis Apóstoles no debían ser hombres de genio, ni hombres de mundo. Era necesario que yo los eligiera entre la gente sencilla y trabajadora, para instruirlos e imprimirles una dirección justa, sin tenerlos que obligar a la renuncia de los goces del Espíritu y de las comodidades de la fortuna. Mis lazos de familia no me retraían del cumplimiento de mis propósitos, porque desde la infancia me sentía dominado por la idea de sacrificarlo todo en aras de esos ideales y porque me empujaba el deseo de la salud de una familia más preciosa para el Apóstol de lo que pueda serlo la familia carnal para el hombre.

Mi resolución incommovible de sacrificar mi vida mediante el martirio parecía una orden a la que debía obedecer so pena de verme retirar el título de Apóstol, el patrocinio de Mesías y ese prestigio de Salvador y de Hijo de Dios, con que el Padre me había agraciado y de lo cual la humanidad esperaba especiales beneficios.

Mis conocimientos de Apóstol se concentraban hacia el porvenir, y a menudo, mientras hablaba a los hombres del presente, me dirigía indirectamente a los hombres del porvenir.

Mi voz se hacía entonces profética y mis discursos sufrían la influencia de la difusión de mis pensamientos cuando llegaba a las alturas de la verdad y que esta verdad había que velarla con la rigidez de los dogmas establecidos.

A las preguntas que tenían por propósito el hacerme caer en contradicciones yo contestaba de manera como para desconcertar al que preguntaba, buscando al mismo tiempo de infundir respeto en las multitudes con la autoridad de la mirada, del gesto y de la palabra, siempre resuelta e incisiva.

Chocando en contra de todos los poderes, de todos los prejuicios, del nacimiento y de las riquezas, habría facilitado la revuelta, si al mismo tiempo no hubiera predicado la gloria que se encuentra en las humillaciones en frente de la felicidad eterna. Pobre y libre, yo hablaba con firmeza, empujado por un entusiasmo indescriptible al referirme a las libertades espirituales.

**"Dad vuestros bienes a los pobres y seguidme. Es más difícil que un rico entre en el cielo, que un camello pase por el ojo de una aguja".**

Las figuras atrevidas, las comparaciones de tinte subido eran apropiadas para un pueblo más fácil a conmoverse que a comprender razones, por cuyo motivo a menudo tenía yo que echar mano de estos medios poderosos para abrir brecha en el Espíritu de mis oyentes.

Mis discursos, que siempre terminaban con una cita apropiada al caso o con una sentencia, quedaban como estampados y mis formas de lenguaje en nada se parecían a la de los otros oradores.

Yo hacía denuncia ante la Divinidad de todos los vicios que descubría.

El castigo del mal rico me inspiraba cuadros sombríos y yo lanzaba anatemas en contra de la explotación del hombre sobre el hombre; mas nada había de preparado en mis palabras, cuya elegancia de asociación como brillantez de pensamientos fueron siempre por mí descuidadas, por cuanto me dirigía a Espíritus que convenía más bien sorprender, que seducir con las bellezas de las formas.

Los goces puros de mi alma tenían su manifestación únicamente en medio de los amigos, y las conversaciones tranquilas y afables se me harían cada día más necesarias.

Hermanos míos, santas compañeras mías, volved a ser nuevamente en estos momentos la fuente de las alegrías retrospectivas del Espíritu. Sed el descanso en medio de mis agitados recuerdos, para que las imágenes consoladoras, al presentarse ante mis ojos, juntamente con las sombras pavorosas, eviten el esfuerzo por abreviar el relato bajo la influencia del disgusto y de las pasadas amarguras, lo cual sería una deficiencia histórica y un punto negro para la luz de mi Espíritu.

Hermanos míos: Ojalá podáis comprender el valor de mis palabras y ligarme a vosotros, como hermano vuestro en la adoración de un solo Dios; como hermano vuestro en

la reforma de vuestros hábitos y en las meditaciones de vuestro Espíritu. Como hermano vuestro en el deseo y esperanza por vuestra parte hacia la adquisición de las conquistas del Espíritu de que, con felicidad, yo disfruto, y como hermano por el perfecto acuerdo de vuestras voluntades con la mía, pudiéndose así imprimir a la marcha de las cosas una dirección más conforme con la naturaleza humana dignificada por una emanación divina.

No ignoro que ésta mi fraternal demostración hará el efecto, en el primer momento, de una pura ilusión de mi Espíritu, mas cuento con Dios para disipar este error. Dios no me ha dado el poder de manifestarme hoy para abandonarme luego, dejándome en la impotencia de dar pruebas de mi revelación. Dios os mira y espera vuestras miradas.

Hombres dominados por el vértigo y por la ceguera piden la continuación de los honores y riquezas de que disfrutaban y el derecho de cuya posesión surge de faltas y de delitos. Hombres devorados por pasiones brutales y egoístas afirman que nada existe más allá de la materia (1) y que las creencias religiosas no constituyen más que mentidas apariencias o ridículas aberraciones del Espíritu. La lucha es la que distribuye los honores. La luz del día y la oscuridad de la noche envuelven al crápula embriagado y al niño que muere de hambre. (2) ¿Qué demuestra todo ello sino el horrible trastorno de la dignidad de los Espíritus dada por el Creador de los Espíritus? — ¿Sino la decadencia del Espíritu inteligente que deprime al Espíritu nuevo!

(1) En el "Congreso Universal del Libre Pensamiento" afirmé que estos hombres son de cerebro deficiente por lo menos desde el punto de vista de la falta de una conciencia clara respecto de su personalidad y de su propia espiritualidad, comparándolos con los daltonianos, que equivocan los colores, y con los que carecen de oído musical, que no pueden por lo tanto apreciar las asociaciones armónicas de los sonidos. Del mismo modo estos pobres Seres, nada alcanzan a concebir fuera de la burda materialidad de las cosas que los rodea, y aunque suelen ser grandes acopladores de conocimientos y hasta llegan a brillar como maestros en las ciencias naturales, dan pruebas de su escasa evolución espiritual por el solo hecho de su incapacidad para las grandes concepciones del Espíritu y hasta para el simple conocimiento de su propia naturaleza íntima. Al afirmar esto, recordé las numerosas pruebas que sobre el particular he venido presentando en mis conferencias públicas de la sociedad *Constancia* y de la *Sociedad Científica de Estudios Psíquicos* y añadí que el hecho de que los más notables *libre-pensadores materialistas* habían muerto, abjurando de sus ideas, entre los brazos de la Iglesia Católica, mientras que ni uno solo *libre-pensador espiritualista*, de los que se han dado a conocer, ha caído en semejante aberración de carácter, era prueba de la mejor conciencia que de sí mismos tenían los segundos y de su mejor constitución cerebral, hija de su mayor evolución. — O. R.

(2) Quiere decir Jesús que este modo de comportarse de ciertos Espíritus, relativamente viejos e intelectualmente adelantados, ejercen una acción depresiva para con los Espíritus nuevos y por consiguiente poco evolucionados aún. Ello se comprende fácilmente, aunque en realidad, como lo dije en mi nota anterior, esos Espíritus viejos han hecho un uso rutinario de su fósforo cerebral por cuanto no han sabido desarrollar esas aptitudes superiores, que conducen forzosamente hacia el espiritualismo y que resultan en parte del dominio de sí mismos, del estudio de su propia personalidad, del cultivo, en una palabra, de todo lo que nos aleja de la animalidad de nuestros orígenes. - ¿Quién duda que cuanto más evolucionado es el Ser tanto más distanciado se encuentra de su punto de partida, de la animalidad? - Pues bien nada hay que se aleje más de la animalidad que las concepciones de un espiritualismo superior. Pero no hay que confundir el espiritualismo con el sectarismo religioso o con el animismo de los salvajes, en el que caen muchos materialistas al querer combatir el verdadero espiritualismo. El materialismo inspira el egoísmo y la cobardía y hace retroceder al hombre hacia el instinto y los impulsos animales, por cuanto tiende a proclamar el derecho de la fuerza, como entre los animales, el amor libre como entre los animales, el abandono de los niños al desarrollo espontáneo de sus impulsos naturales, como entre los animales, la lucha para la satisfacción, no sólo de nuestras

necesidades sino de nuestros caprichos, como entre los animales, y en fin, por donde quiera que se les busque, se verá que las tendencias del materialismo son las de bestializar la humanidad. Mientras tanto, del choque de esta bestialización con los ideales nobles y elevados, que son propios de nuestra naturaleza espiritual, ha nacido ese ser híbrido que se llama *anarquismo*. No hay un solo espiritualista que sea anarquista. No lo hay ni lo puede haber. — O. R.

El Espíritu de Dios se conmueve ante esta situación y se hace visible su intervención. ¿De qué manera será ésta acogida por los hombres? ¡Con burlas desgraciadamente! Mas el Espíritu de Dios es una fuerza que domina al intérprete de su palabra y es una luz que penetra al través de las tinieblas. En medio de la naturaleza humana pocos Seres se ven favorecidos por los dones del Espíritu puro, porque pocos son los que tienen el valor y la voluntad de desafiar las potencias mundanas, mientras que el Espíritu puro huye de las ruidosas agitaciones, de la disipación y del vicio para aproximarse a los que sufren y a los que investigan en el silencio. En las manifestaciones de los dones de Dios el Espíritu humana nada tiene que hacer, y el alma debe orar por unirse al pensamiento del Espíritu puro. Durante la adoración del alma el deseo de ella por conocer la verdad es irresistible. Debido a la nulidad del Espíritu, la luz se ve libre de los obstáculos de la imaginación y la revelación se obtiene únicamente en medio de estas condiciones del alma y del Espíritu. La revelación de los Espíritus de Dios proporciona fuerzas al Espíritu humano y las impresiones del hombre encuentran fría a la esperanza al lado de la palabra de Dios que la ilumina. El Espíritu iluminado por la palabra divina goza en la soledad, pero debe sacrificar este gozo en aras de la expansión del principio de fraternidad y de caridad, puesto que a él le corresponde el cerrar las llagas, cicatrizar las heridas, estudiar las necesidades, insinuarse en los corazones, apaciguar los odios, cubrir las vergüenzas, dar brillo a la esperanza y afirmar la idea de la vida futura.

Todos los Espíritus de Dios se reconocen por la elevación de sus manifestaciones. Ninguno de ellos concede a su intérprete (1) la facultad de eludir las leyes que rigen para la naturaleza humana y todos buscan de robustecer en sí mismo el sentimiento de justicia y de abnegación.

(1)Se refiere al médium.

La revelación es un honor que Dios concede a sus hijos y se manifiesta por la inspiración del Espíritu en el Espíritu; se hace ostensible por el acrecentamiento del deseo y de la voluntad; se impone mediante las misiones encargadas a los Espíritus. La revelación constituye una parte de la ley de amor que se desarrolla en medio de las humanidades. Debe añadirse que la revelación no puede ir más allá de la comprensión de su intermediario y ella proporciona la luz necesaria según las necesidades de la época en que ella tiene lugar. La manifestación del Espíritu puro es generosa, pero permanece dentro de los límites trazados por la sabiduría y santidad de su misión. No asocia jamás la promesa de los bienes temporales con la promesa de las gracias merecidas con el adelantamiento del Espíritu; no contesta a las preguntas dictadas por la curiosidad inconsulta, por eso se aleja de los intérpretes indignos y son poco frecuentes sus manifestaciones. Es justamente por la escasez de estas manifestaciones que yo insisto en la efectividad de mi luz. La participación de Jesús en las alegrías infinitas le confiere el derecho de hablar más divinamente que cuando hablaba como *hijo de la Tierra*; mas, en estas páginas, en que Jesús evoca las expansiones de su naturaleza humana, tiene que expresarse en la forma en que lo hacen los



hombres ante los hombres, demostrando sus alianzas de familia, su vanidad de hijo rebelde, sus debilidades de Espíritu, sus ilusiones del corazón, como si aún se encontrara en el mundo de los humanos.

El poder de mi voz se asocia hoy con la emanación de mis recuerdos de hombre. No os preocupéis de la distancia que nos separa, hermanos míos; destruid vuestras erróneas creencias; levantad una barrera infranqueable entre *Jesús hombre*, su madre mujer y las fábulas que han desnaturalizado la personalidad de Dios.

En el transcurso de mi vida terrenal me hice de discípulos y de amigos, derramando palabras de paz y censurando, con la conciencia de un Espíritu iluminado, la vanidad y la hipocresía de esa sociedad potente y fastuosa, que predominaba, encendiendo en los cerebros la llama del deseo hacia los goces espirituales, practicando la caridad del corazón para con todos los dolientes, levantando la voz en defensa de todos los débiles, acercándome a todas las miserias, descendiendo a todas las vergüenzas, inspirando a los pecadores el arrepentimiento. ¿Por qué no habría de conseguir yo ahora discípulos y amigos mediante la emanación de mi espiritualidad? Mis palabras del tiempo pasado se vieron adulteradas o mal comprendidas-, mis palabras de hoy se honrarán porque reciben la luz divina. Mis palabras de antes tuvieron que desmenuzarse al chocar en contra de la ignorancia; mis palabras de hoy traen en pos de sí el testimonio de un Dios.

Procedamos, hermanos míos, a una revista fácil y rápida de mis hábitos, de mis fatigas, de mis entretenimientos, de mis expansiones fraternales, y honrémonos mutuamente, vosotros mediante una justa atención y yo con mis confidencias y con mi libre trabajo de Espíritu.

Durante una vida humana no pueden llevarse a cabo trabajos inmensos, mas la marcha en el sentido del progreso puede reanimarse bajo un soplo regenerador. En el período de la decadencia de un mundo el pensamiento reformador surge de improviso, como el vasto horizonte que, al partirse las nubes, se ofrece repentinamente ante nuestra vista. La actuación humana de Jesús había preparado el horizonte que hoy, bajo su manifestación Divina, pone de manifiesto ante las miradas de la humanidad terrestre, y su voz, en la plenitud hoy de su potencia, hará desaparecer todas las sombras que oscurecieron su alianza con Dios y con los hombres. - ¡Alianza con Dios! - Sí, porque Jesús tenía que emancipar las órdenes de Dios. - Alianza con los hombres! - Sí, porque Jesús venía a hablarles de amor, de fraternidad, de paz, de justicia, y el amor, la fraternidad, la paz y la justicia dan origen a la sabiduría, a la fuerza, a la ciencia de las alegrías futuras y de los favores de Dios. Jesús ahora demuestra a la posteridad su naturaleza humana dándole al mismo tiempo pruebas de su existencia de Espíritu. Repitamos, pues, las palabras pronunciadas por Jesús hombre, mas agreguémosles las nociones del Espíritu de Dios para que os penetréis bien de la elevada misión que Jesús vino a empezar como hombre y que el mismo Jesús viene ahora a continuar como Espíritu.

Jerusalén me atraía, no obstante las pocas probabilidades de éxito que ofrecía a mis tentativas de proselitismo. Yo buscaba presentarles bajo alegres colores a mis discípulos el viaje hacia ella, conociendo bien la repulsión y el terror que su idea les provocaba. Pedro manifestó a gritos, como acostumbraba, su desagrado cuando se le habló de volver a

Jerusalén. Los dos hijos del Zebedeo derramaron lágrimas sinceras, suplicándome que desistiera de tal propósito. Los dos Santiagos, hermano y tío de Jesús, le hicieron el completo sacrificio de su voluntad. Todos los demás me dieron seguridades de su fidelidad y devoción instándome a permanecer en medio de un pueblo en donde había encontrado tanta docilidad y tanto amor. Cansado de esta oposición, pero resuelto a vencerla, dejé que se calmaran estas primeras emociones de mis Apóstoles y no les volví a hablar de Jerusalén.

Mas en nuestras conversaciones, como en mis prédicas, yo daba las medidas de las preocupaciones de mi Espíritu, sublevándome en contra de la debilidad de los que prefieren el reposo a la lucha, el éxito fácil a los trabajos del pensamiento y a las fatigas corporales.

"La luz, gritaba yo, debe esparcírsele con profusión".

"Avergonzaos vosotros que la mantenéis debajo del celemín, hombres pusilánimes, hombres de poca fe".

"La largueza de los dones divinos os llena de alegrías, mas cuando se hace necesario demostrar la verdad con el trabajo y la gracia mediante sacrificios, vosotros permanecéis en medio de la holgazanería y del egoísmo".

"El cultivador que da con una tierra estéril, lleva sus esperanzas hacia otra tierra más productiva; pues bien, yo soy el cultivador y la tierra estéril sois vosotros".

El nivel de mis conocimientos no era alcanzado por las multitudes; mas seguíanme algunos discípulos más clarividentes en las casas en donde yo y mis Apóstoles encontrábamos albergue, ya sea en la misma Caparnaún, ya sea en la campaña de los alrededores. En medio de este círculo de íntimos yo hacía las confidencias de mis tristezas humanas y de mis esperanzas divinas. Cuanto más próxima me parecía mi muerte, mayores eran las advertencias que ella me sugería.

Mi obra perecería, yo lo sabía, si después de muerto, Dios no me permitiera colaborar aún en ella como Espíritu.

Mi fe y mi confianza arrastraban la fe y la confianza de los que me escuchaban y me abandonaba a las visiones serenas y dulces, tanto como a la dolorosa perspectiva de la ignominia y del martirio. Yo imprimía en el alma de esos oyentes mis ideales y mis propósitos como esos estigmas de fuego, que no pueden desaparecer, e imprimía en sus Espíritus la imagen de mis miradas, que eran siempre tiernas, de mi sonrisa, casi inmutable, de mis modales y de mi delicadeza al consolarlos y al demostrarles mis afectos. Veía en ellos el pueblo del porvenir y soñaba en el despertar del mundo, en el éxito de mi misión, el triunfo de mi doctrina, a pesar de las tonterías de mis amigos y de la mala fe de mis enemigos.

Los hombres, cuya creencia en la divinidad de mi persona fomentaba mi discípulo predilecto Juan, eran mis mismos amigos, poco avisados, que darían lugar más tarde a la

fundación de un culto idolatra, con el misterio de la Trinidad, de la Encarnación y de la Redención.

Hermanos míos, convertíos en los verdaderos adoradores de Dios interpretando con sabiduría las leyes de la naturaleza. Honrad el camino de vuestro Espíritu; amontonad pruebas de la grandeza de Dios y rechazad todo lo que sea contrario a esta grandeza.

Yo no discuto con vosotros respecto de mi identidad, pero empleo todas las potencias de mi Espíritu para quebrantar la falsa e irrisoria denominación (1) que la liga a mi nombre de hombre. Venid, hermanos míos, a la casa en que Jesús, mientras esperaba la comida de la noche, está sentado en medio de hombres ávidos de escucharlo aún, después del día pasado en seguirlo y de escucharlo, sea en las Sinagogas, sea en los centros más populosos de los lugares recorridos.. La conversación gira siempre alrededor de las prédicas recientes. Jesús había pronunciado las siguientes palabras después de la parábola del hijo pródigo:

**"La reconciliación de un pecador con Dios produce mayor alegría en el Cielo que la perseverancia de diez justos".**

(1) Se refiere sus dudas a la denominación de *Jesús Dios*.

Ahora Jesús desarrolla su pensamiento. La naturaleza humana, según los dogmas de la ley judaica, está llamada a una recompensa estacionaria en el cielo, o a una condena eterna en el infierno. Pero Jesús, de acuerdo con el sentimiento humano que ve en Dios, la omnipotencia unida a la suprema bondad, determina contradicciones a sus mismas palabras para afirmar su fe delante de sus discípulos y combatir el principio *consagrado en otra parte de la ley*. Pero Jesús de acuerdo con la alta inteligencia de Dios, abandona la letra dogmática en las bajas regiones y expande su Espíritu hacia el contacto de los Espíritus fácilmente iluminados por él.

"El hijo pródigo, dice, es el pecador llevado al arrepentimiento, es el hombre enfermo vuelto a sus fuerzas y a la salud. Me expliqué para hacer comprender las delicias de la reconciliación, mas escuchad el verdadero sentido de mis palabras".

"El destino del hombre lo llama a numerosos trabajos y su libertad se opera lentamente por medio de las alianzas de su Espíritu y de la expansión de sus facultades".

"En la vida carnal ese destino y esa libertad aparecen ahora débiles, pero volverán corporalmente más fuertes y desembarazados de los terrores imaginarios del Espíritu. La esperase ve a menudo alargada por la pereza y la emancipación por el amor sensual".

"La Justicia Divina deja al hombre el libre empleo de sus fuerzas pero si él abusa de ello para empobrecer su alma, le hace sufrir el peso del fardo de sus miserias y de sus dolores, después de habérselo soliviado por un momento".

"En un estado más avanzado del Espíritu humano hay Espíritus que pueden permanecer inactivos, debido a alianzas perniciosas o a debilidades morales en el cumplimiento de una elevada tarea. He ahí los justos de que quise hablar".

"En medio de la degradante humillación de la naturaleza humana, un espíritu puede volverse repentinamente heroico en la justipreciación de los dones de Dios. He ahí el hijo pródigo".

"Ha merecido bien de Dios el que se levanta con coraje; el que desarraiga el árbol viejo y lo echa al fuego; el que lava su puesto para que nada se note en él del pasado; el que desde el fondo del abismo sale a la luz del Sol en el pleno dominio de su voluntad y mediante sus esfuerzos".

"El *Festín*, el *Cielo*, es la festiva acogida que se le hace al pecador arrepentido a su llegada entre los Espíritus del Señor. El *árbol desarraigado* es el pecado, el *puesto lavado* es el corazón que estaba manchado; el *abismo* es la muerte del alma, como la luz es su resurrección".

En la abundancia de los consuelos dados a manos llenas a los afligidos, Jesús había dicho: "**Felices los pobres de Espíritu, porque el reino de mi Padre les pertenece**". Vuelvo sobre de esta expresión para hacer resaltar su alcance.

"Los pobres de Espíritu son los que huyen del poder y de la dominación de los goces mundanos y del reposo egoísta en la posesión de los bienes de la Tierra".

"La **pobreza de Espíritu** proporciona el sentimiento de la humildad para empequeñecerse delante de los hombres, elevándose espiritualmente, para despreciar todas las demencias del orgullo y de la presunción. ¡Felices, pues, grita aún Jesús, los pobres de Espíritu! ¡Felices también los que comprenden y practican la palabra de Dios! - ¿Quién de vosotros, amigos míos, no querrá contarse entre los pobres de Espíritu, desde que la modestia y la fuerza en el sacrificio los coloca por encima de los demás hombres?"

Jesús define después una palabra lanzada por él en un momento de indignación.

La muchedumbre se había abierto y un hombre del pueblo se aproximó a Jesús y le dijo:

*"Maestro: ¿Has pagado tú los décimos al César? - Si los has pagado, ¿por qué lo has hecho desde que no reconoces más autoridad que la de Dios? - Si no los has pagado, ¿por qué prohíbes la rebelión, si das el ejemplo de ellas?"*

Jesús comprendió que tenía que vérselas con uno de esos hombres groseros y malos, cuyo deseo era el empujarlo a manifestaciones contrarias al gobierno establecido. Mas conservó la calma exterior, a pesar de su indignación que bullía en su interior, y contestó:

**"Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios"**.

Los discípulos se sonríen al recuerdo del gesto y acento del maestro, tomado así tan desprevenido; en seguida la palabra de Jesús se vuelve grave y saca de esta contestación motivo de enseñanzas llenas de moralidad.

"Hagamos depender nuestra felicidad, dijo, del cumplimiento de nuestros deberes, cualesquiera sean las cargas que resulten de ellos".

"Marchemos sin preocuparnos de los defectos de los demás, a fin de librarnos de nuestras imperfecciones, hacia la libertad de nuestra alma".

"La debilidad de los hombres los arrastra a juzgar las intenciones de los otros y se apoyan en la posibilidad del fraude para cometer ellos el fraude; y hablan de injusticia mientras hacen desbordar la injusticia de sus corazones y de sus labios. Hay quien ve una paja en el ojo de su vecino y no ve una viga en el suyo; otros se quejan del egoísmo y del abandono mientras cierran el alma a los lamentos de los infelices, a la desesperación de los náufragos, a la vergüenza del arrepentimiento de los pecadores".

"Yo os lo digo, amigos míos, la probidad honra al Espíritu, así como la delicadeza en los juicios honra al corazón".

"Pagad vuestras deudas, sed fieles a vuestros compromisos, tanto con los justos como con los injustos; con los débiles y con los desheredados, lo mismo que con los fuertes y los poderosos; no condenéis, no digáis jamás Raca a vuestro hermano, y confirmad vuestra fe adorando a Dios con la plegaria, plegaria de pensamientos, de palabra y de acción".

"El pensamiento debe ser el guía de la palabra y de la acción, el fruto de la resolución; rogad juntos y separadamente, mas hacedlo sin ostentación".

"La plegaria del orgulloso se asemeja a la del hipócrita. El hipócrita se encuentra siempre en los primeros lugares en la Sinagoga, para que los demás perciban su frente inclinada y sus mejillas pálidas, para que se diga que ha ayunado y que ora con fervor".

"El orgulloso se arrodilla delante de Dios, pero su Espíritu está lleno de planes para conseguir deslumbrar a los demás, y pide la gracia exponiendo los derechos que tiene para la gracia".

"Señor, dice él, la dulzura de mi conducta y lo elevado de mis designios merecen que tú les prestes tu sanción y tu apoyo. No he prevaricado en las leyes de mis padres; nada he sustraído de la herencia paterna en detrimento de mis hermanos; he educado mi familia en el temor y en la justicia y empleo mis bienes en aliviar a los pobres. Soy fuerte y poderoso, pero concedo mi protección a los débiles, me siento inclinado hacia los honores, pero me humillo delante de ti".

"Os lo digo, amigos míos, la oración de estos hombres es rechazada. Dios acoge en cambio la plegaria del pecador que honra su arrepentimiento con la humildad de su presencia y con la sencillez de sus palabras".

"Dios mío, dice él, yo te adoro en todos tus decretos y te pido el perdón de mis culpas".

"Haz sentir el peso de tu mano sobre tu siervo, mas déjale la esperanza de poder ablandar tu Justicia y de merecer tu misericordia".

"Os lo digo, amigos míos, este hombre gozará de su reconciliación con Dios, sacando luz de su misma fe y arrepentimiento".

"La plegaria en acción es el trabajo y la conformidad, es la limosna y el sacrificio por el amor de Dios, es la penitencia y la expiación para remediar el daño hecho a sí mismo y al prójimo con el pecado".

**"Haced a los demás lo que quisierais que se os hiciera a vosotros mismos y encaminad las almas hacia Dios con la edificación de vuestra vida"**.

Honradme porque yo no me encontraré siempre en medio de vosotros, mas acordaos de estas palabras: **yo volveré y estableceré mi ley** y todos los hombres creerán en mí y no habrá más que una sola grey y un solo pastor porque Dios no me ha mandado para un solo tiempo sino para los siglos futuros.

**Yo soy aquel que fué, que es y que será** y digo:

Feliz el hombre que renacerá con nuevas fuerzas, puesto que habrá sembrado para recoger.

"El hombre vuelve a nacer hasta tanto no consiga libertarse de la esclavitud de la materia, por la abundancia de los deseos espirituales. Creed y seréis fuertes para las luchas del Espíritu con la materia".

Hermanos míos, las predicaciones de Jesús provocan dudas por las contradicciones que encuentra en ellas el observador y él se convierte en un personaje oscuro, cuyos actos participan de lo humano y de lo divino al mismo tiempo.

Deseo establecer mi personalidad sobre la Tierra de manera de no dejar la menor debilidad de Espíritu referente a mi doctrina y a mi naturaleza. Voy a dar el resumen sucinto de mis enseñanzas para libertar mi persona de esa falsa luz en medio de la que la mantienen los idólatras y los mal intencionados. Escuchadlo, pues, todavía a Jesús y esta vez séalos sobre la montaña, como cuando, solo con Pedro, Juan y Mateo, explicó las manifestaciones de los Espíritus de la Tierra, mediante la atracción del alma y del poder de la voluntad.

En esas breves enseñanzas Jesús les indicó a sus Apóstoles el medio de establecer correspondencia con los Espíritus libres de la envoltura corporal (1) y los inició en la felicidad de experimentar el contacto divino, adorando el fuego de la vida y pidiéndole la libertad, más allá de los horizontes humanos.

**(1)Ese debió ser el origen de las prácticas medianímicas a que se entregaban en común los Cristianos primitivos, según datos conocidos y de acuerdo también con comunicaciones auténticas, que nos refieren que los fieles de la primitiva Iglesia se reunían en los templos para orar y evocar en común, teniéndose muy en boga la Psicografía, como sucede en nuestros centros. — O. R.**

Los invita como a un banquete fraternal con los Espíritus que vivieron en la Tierra y que le dirigen ahora una mirada de conmiseración.

"Elías, Elías, grita él, yo te llamo y espero la prueba de tu presencia".

"Honor a ti, Elías y que Dios nos permita comunicarnos aquí contigo, en esta soledad para efectuar la alianza de nuestros Espíritus y de la emanación de nuestros deseos".

Durante el éxtasis en que cayó mi alma, parecía que rayos de luz me rodearan y me confundieran con el tinte de fuego de las nubes doradas y purpúreas que se cernían sobre nuestras cabezas y la alegría que inundaba mi semblante se comunicó a los Apóstoles, que exclamaron:

"¡Elías está entre nosotros, el Señor nos lo ha mandado, sea bendecido su santo nombre!"

Al decir esto cayeron de rodillas, con la cara hacia el suelo dominados por una mezcla de miedo y de adoración, de cuyo estado los saqué con estas palabras:

"Levantaos amigos míos y honrad la gracia como los Espíritus fuertes".

"La Justicia de Dios os ha elevado por encima de los demás hombres para daros la virtud de instruirlos y de consolarlos; nada digáis por ahora respecto de lo que habéis visto; pocos os creerán y muchos os burlarán y os insultarán; mas hacedles comprender a todos que el fervor atrae la gracia y que la fe levanta la voluntad".

Jesús se dispuso en seguida para el Sermón de la Montaña en medio de una compacta muchedumbre.

Él se sentó y sus discípulos, sentados como él, lo defendían en contra de los manifestantes demasiados entusiastas.

Las mujeres y los niños buscaron los primeros puestos y la palabra del Maestro los autoriza a tomarlos.

Los hombres de pie dominaban el centro de la asamblea, de manera que las palabras tenían que llegar a todos y que el orden se demostraba como en una casa ordenada, que se preparara para recibir huéspedes muy esperados.

La tarde era deliciosa; los semblantes se veían iluminados por los últimos rayos resplandecientes; los pechos se ensancharon con las primeras brisas de la noche y las emanaciones de la florida naturaleza aumentaban los atractivos de aquella reunión.

Jesús estaba sonriente, sus miradas reposaban sobre miradas amigas; su palabra empezó ensayándose en introducir entre los oyentes ideas de consuelo y de esperanzas, recorriendo con el pensamiento el vasto campo de los favores divinos y de los deberes del hombre.

"Amaos los unos a los otros y mi Padre os amará". "Pedid a Dios lo que os haga falta y no dejéis jamás entibiar vuestra confianza".

"Aproximaos al que sufre y no le digáis que merece sus sufrimientos, procurad en cambio de aliviarlo. La verdadera caridad no mira hacia el pasado, fijándose tan sólo en el presente".

"Cerrad vuestra alma a la tristeza y por grande que sea el rigor de vuestros enemigos, pensad en la recompensa que se os ha prometido si fuereis pacientes y misericordiosos".

"La Tierra es un lugar de destierro para los que tienen derecho a una posición mejor; la Tierra es un lugar de purificación para la mayor parte; mas todos deben ayudarse para conocer el patrocinio de la fraternidad y el principio del amor universal".

"La libertad de muchos tiene lugar mediante el amor; el egoísta será castigado, y mucho se le perdonará al que mucho habrá amado".

"Honrad la virtud, desenmascarad el vicio; mas perdonad a los que os hayan ofendido, para que a vosotros también se os perdone en la vida futura".

"No envidiéis el puesto de honor. Los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros en la casa de mi Padre; quien quiera que se ensalce será humillado y tan sólo el humilde se verá glorificado".

"Id a la casa del pobre y abrazadlo como a vuestro hermano. Desdeñad las distinciones de las riquezas y mostraos superiores a la mala fortuna".

Empequeñeos para hacer sobresalir a los demás, pero no imitéis a los hipócritas, que buscan los elogios con las apariencias de la modestia.

"Felices los que lloran a causa de las injusticias de los hombres, porque la Justicia de Dios los hará resplandecer".

"Felices de los que tienen el deseo de la vida eterna, porque ella los iluminará desde ahora. Felices los que tienen hambre y sed, porque ellos serán saciados".

"Felices los que comprenden y practican la palabra de Dios"

"Aprended, amigos míos, a soportar la adversidad con coraje. Dios es la fuente de las alegrías del alma y el alma se eleva con las privaciones de los bienes temporales,



buscando los dones de Dios con el desprendimiento de las ambiciones terrestres. Facilitad los dones de Dios con el desprendimiento de las ambiciones y orad con un corazón devorado por los deseos espirituales. Vuestro Padre que está en los Cielos se encuentra también entre vosotros, escucha vuestra oración y acogerá vuestro pedido si él está de acuerdo con lo que debéis a Dios y a los hombres".

"Yo os lo digo, ni siquiera un cabello cae de vuestras cabezas sin la voluntad del Padre Celeste, y la Divina Providencia que alimenta las avejillas, jamás os abandonará, si tenéis fe y amor".

"Os lo vuelvo a decir. El poder de Dios se manifiesta en las cosas más pequeñas, como en las más grandes, y su mirada penetra vuestro pensamiento en el mismo momento que recorre la inmensidad de la Creación".

"La palabra de Dios será desparramada sobre toda la Tierra. Los que la busquen la encontrarán, porque la Tierra está destinada a progresar por medio de la palabra de Dios, a la que todos tienen derecho".

"Id pues, mis fieles, dirigíos a la yerba en flor. Paced mis corderos. La yerba volverá a florecer eternamente, por cuanto la ley de Dios dice que el Espíritu es inmortal".

"La presente generación será la luz para la que le siga"

"Los hombres de este tiempo verán el Reino de Dios, porque el hombre tiene que renacer y la Tierra debe recibir aún la semilla de la palabra de Dios".

"Honrad mis demostraciones, llevando a la práctica lo que os digo y no preguntándome cosas que vosotros no podéis comprender".

**"Permaneced prendidos con firmeza de estos dos mandamientos: El amor hacia Dios, el amor hacia los hombres. En ello se encuentra toda la ley y todos los profetas."**

Hermanos míos, la doctrina de Jesús es hoy la misma que predicó en la montaña. Todos los que no ponen en práctica el amor y la fraternidad, no son discípulos del Mesías.

Acostumbraos a comprender la extensión y la aplicación de la fe, del amor, de la solidaridad, de la justicia y de la dulzura, para que la gracia de las emanaciones espirituales descienda sobre vosotros.

Hombres de todas las religiones humanas, de todos los pueblos, de todas las clases, vosotros sois todos hijos de una sola patria y la leche de un mismo seno debe amamantaros a todos.

Hombres de todas las religiones, de todos los pueblos, de todas las clases, vosotros sois todos hermanos, y los más ricos en bienes temporales, los más sanos de cuerpo y de Espíritu, los más iluminados deben albergar a los pobres, curar a los enfermos, sostener a los débiles, instruir a los ignorantes.

Iniciaos los unos a los otros en los conocimientos de la igualdad primitiva y de la igualdad futura, que proporciona al Espíritu el sentimiento de humildad y la conciencia respecto de sus propias fuerzas para sufrir los efectos de una desigualdad pasajera y para no enorgullecerse de un encumbramiento también pasajero.

Adorad a Dios en Espíritu y en verdad. Pedid y se os dará; llamad y se os abrirá. Luchad en contra de las emanaciones groseras. Libertad vuestra alma de las pasiones humanas y aguardad el porvenir: él está lleno de promesas.

Entregad a la ciencia de Dios la aplicación de vuestros Espíritus. Aprended la palabra de vida y enjugad las lágrimas con esa palabra. Desprendeos de todo rigor y aún de la frialdad en vuestras demostraciones, aproximándoos a todo infortunio, cualquiera sea su origen y atraed hacia vosotros tanto la confianza del delincuente cuanto la curiosidad del malvado y la gratitud del afligido.

Calmad los clamores de vuestra conciencia con la reparación del fraude y de la injuria. Esperad el perdón de Dios purificándoos con el arrepentimiento.

Elevaos marchando por el sendero de la virtud, vosotros que habéis desechado los hábitos del hombre viejo, aproximaos a la luz, vosotros que habéis comprendido la vaciedad que el Espíritu encuentra en medio de los errores. Aliáos conmigo vosotros que sentís que soy yo quien os habla aquí. Marchemos hacia la gloria de haber fundado la Religión Universal sobre la Tierra y de haber hecho penetrar en el Espíritu humano el desprecio hacia la muerte corporal, con la esperanza divina de los bienes eternos. Honremos, hermanos míos, el fin de este discurso con una invocación de nuestros Espíritus al Espíritu Creador y detengámonos en el recogimiento y en la adoración de nuestras almas. Dios nos bendecirá juntos, si os eleváis a las alturas de la gracia (1) y si prestáis fe a mis palabras, Dios os dará fuerzas si oráis con fervor y si practicáis el amor.

**¡Dios del Universo!, Padre nuestro misericordioso y todopoderoso, haz descender la luz de tus miradas sobre tus hijos. Haz descender sobre sus Espíritus la gloria, la grandeza, las perfecciones de tu naturaleza; para que ellos se inclinen *ante tus* decretos y que gocen de la esperanza en medio de las pruebas y de los dolores humanos. A todos proporciónales la tranquilidad y el perdón. Prodígales a todos la abundancia de los consuelos. ¡Que tu Justicia ilumine de más en más el don de las alianzas fraternas y que tu misericordia baje a socorrer a los desviados!**

(1)No puede haber la menor duda respecto de la diferencia fundamental que existe entre el significado que Jesús atribuye a la palabra *gracia* y a que se le da en la llamada *doctrina de la gracia*. La *gracia* para Jesús significa una posición elevada del Espirita, conquistada por sus propios méritos en las leyes de Dios. -O.R.

¡Avergoncémonos de la idolatría! — ¡Nosotros queremos adorar un solo Dios. Avergoncémonos del egoísmo. Nosotros queremos sacrificarnos cada uno para todos y todos para con el deber!

¡Avergoncémonos de nuestro apego a los bienes perecederos! — Queremos vivir en el cumplimiento de la justicia y amontonando tesoros para la vida futura. ¡Avergoncémonos del ocio! — Nosotros queremos amarnos, ayudarnos y respetar las obras de Dios.

¡Hagámonos fuertes en contra de los instintos de la animalidad! Vivamos sobriamente en el seno de las riquezas de Dios y honradamente en el amor dictado por la naturaleza material.

¡Sublevémonos en contra de la servidumbre del pensamiento y de la esclavitud del Espíritu! Queremos luchar en favor de la emancipación y del progreso, en favor de la alianza universal de los pueblos y de la marcha de la humanidad hacia Dios.

¡Haz, pues, oh Señor, que el poder de tus Espíritus de luz baje hacia nosotros!

## CAPÍTULO X

**El Masías define su personalidad. Los Mesías son siempre originarios del mundo en que desempeñan su elevada misión. Los Apóstoles no estaban a la altura de los fines que tal misión implicaba, como que tampoco comprendieron realmente las enseñanzas de Jesús.**

LA demostración de mi personalidad, hermanos míos, exige la confianza de mis penas íntimas como hombre y de mis alegrías espirituales como Espíritu.

Tengo también que precisar la diferencia que existe entre mi revelación de antes y mi revelación actual. Atribuyámosle a Jesús hombre las pasiones del hombre; atribuyámosle a Jesús mediador la calma bebida en el seno de las instituciones divinas, la fuerza del sacrificio, la resignación del mártir; atribuyámosle a Jesús hombre los impulsos del corazón hacia los llamados de la naturaleza humana; atribuyámosle a Jesús mediador la fuerza repulsiva en contra de toda impureza.

Atribuyámosle a Jesús hombre el disgusto hacia la humanidad perversa y cobardemente delincuente; mas veámosle a Jesús mediador proclamándose el hermano y amigo de los culpables, el consolador de los afligidos, el sostén de todos los desgraciados, el arca abierta de los pobres, el consuelo de todos los arrepentidos.

Coloquemos en este libro bajo los ojos del lector la doble condición de Jesús como Espíritu elevado y como criatura carnal, para dar a comprender bien el laborioso coraje del Espíritu en lucha con la materia, y libremos la Justicia Divina de las tinieblas con que la rodeó la ignorancia humana, para elevar el Espíritu del hombre a la altura de nuestra intervención.

La naturaleza de Jesús, hermanos míos, es vuestra propia naturaleza. El Espíritu de Jesús define la emancipación de una criatura nueva. El *favor* de Dios no existe, la denominación de *privilegiado* no tiene sentido alguno. (1)

**(1) Con estas palabras la doctrina de la gracia queda completamente desautorizada. - O. R.**

La desproporción de las fuerzas se encuentra en relación con la ancianidad y el trabajo de cada uno. La dependencia produce la dependencia y la libertad nace de una victoria definitiva de la naturaleza espiritual sobre la naturaleza animal. La perfectibilidad se hace más rápida cuando se logra dominar la naturaleza animal; más la perfección se encuentra tan solo en Dios, y todos los Seres habiendo sido creados por Dios, tienen derecho a esta luz. La decadencia del Espíritu es tan sólo momentánea, pues la ley del progreso arrastra consigo todas las individualidades hacia un objetivo de acrecentamiento, mediante el equilibrio general de las creaciones. La indiferencia y la depresión son ocasionados por la difusión y por los contactos malsanos. Los mundos niños, como la Tierra, entran en la faz de su desarrollo moral cuando el acercamiento de las ideas se produce mediante el regreso provechoso de los Espíritus desligados de la materia, a los que se les ha dado la facultad de volver para acelerar los movimientos y la vida del Espíritu en las condiciones de la esclavitud humana. Los Mesías no vuelven ya a ser llamados hacia la vida material; tienen el supremo honor de dirigir a los menos Mesías.

El número de los Mesías aumenta progresivamente, de cuya suerte ellos, multiplicándose, inyectan por todas partes, inoculan, desparraman por todas partes la luz y la faz del desarrollo, de que hemos hablado, se efectúa forzosamente.

La marcha de los mundos señala la marcha de las individualidades.

La energía, la luz espiritual, la ciencia universal se apuntala mutuamente y producen el amor, la fuerza, la devoción, la revelación. La desmaterialización del Espíritu se efectúa mediante el desarrollo de su razón. La naturaleza animal va cediendo poco a poco ante la naturaleza espiritual cuando domina la razón y el progreso es notable. El progreso recoge mayor fuerza de las luces divinas cuando el Espíritu alcanza más elevación abandonando la sensualidad de la materia y acumulando honores sobre sí por el acuerdo de la razón con la fe.

Me aproximo hacia vosotros, hermanos míos, libre ya para siempre de la naturaleza carnal, mas he sufrido como vosotros las humillaciones y las desesperaciones propias de dicha naturaleza, y si mi vida de Mesías fué gloriosa en virtud de las obras del Mesías, las alianzas, los desengaños del hombre fueron realmente crueles. Mis culpas me proporcionaron remordimientos y los sufrimientos hicieron nacer en mí dudas y errores. Si mi vida de Mesías saboreó las delicias del amor humano en sus dependencias espirituales, las tiernas afecciones del hombre se vieron aplastadas sobre sus carnes y el Espíritu triunfó en la lucha, pero tan sólo después de largos suplicios y heridas profundas.

Si, finalmente, la luz del Mesías se vió turbada por las sombras de la naturaleza humana, la luz del Espíritu pudo elevarse por encima de ellas, debido a su completa libertad con respecto de esas sombras y a las fuerzas progresivamente adquiridas en el estudio de las leyes divinas. Establecida la diferencia existente entre mi revelación como Mesías y mi revelación presente continuemos la relación de los hechos y reproduzcamos a los hombres bajo su verdadero aspecto. Pedro, por el primero, el más celoso de mis discípulos, me renegaría. No era por lo tanto del todo creyente, desde el momento que negó su alianza con Jesús.

Juan, el más tierno de mis amigos, desnaturalizaba mis palabras y me presentaba como dotado de poderes sobrenaturales. No se encontraba por consiguiente subyugado por la fe, puesto que tuvo que emplear el fraude para honrar mejor delante de todos mi persona y agrandarla ante el Espíritu humano.

Jaime, hermano de Juan, seguía el impulso que recibía de su hermano, más fanático que él.

Andrés no era más que una pálida copia de Pedro.

Los dos Judas estaban en constante oposición, tanto desde el punto de vista de las ideas, cuanto por su misma exterioridad.

Judas, primo de Pedro, era tímido de Espíritu, de constitución endeble, fácil a conmoverse, dispuesto a ser influenciado por todos los afectos, a imitar todas las virtudes, a humillarse delante de todas las superioridades; pero sin iniciativa y sin fuerzas para luchar abiertamente en contra de la adversidad.

Judas, el que se llama ordinariamente Judas Iscariote, no tenía las apariencias de una naturaleza perversa, y debemos enmendar la opinión de los hombres respecto de este discípulo oprimido bajo el peso de una reprobación universal. Pueda nuestro juicio hacer penetrar en los Espíritus esa tierna piedad, que disculpa todos los extravíos, ese desprecio por las prevenciones, que proporciona la sabiduría. Pueda nuestro juicio demostrar la debilidad de los juicios humanos, cuando juzgan de una vida entera por el efecto de un sólo acto, aunque este acto haya sido delictuoso. Judas era trigüeño y sus cabellos caían naturalmente sobre sus espaldas. Tenía ancha la frente, los ojos grandes y bien abiertos, la tez pálida, las formas sin defectos; su voz, bien timbrada, se hacía elocuente, cuando se inspiraba con asuntos graves. En la intimidad él era quien inspiraba la alegría en los semblantes, con sus anécdotas y observaciones llenas de agudeces. Nunca se le vió distraer en provecho propio la más pequeña parte de nuestro reducido peculio, el que, por otra parte, él nunca administró; mi tío Jaime era el encargado especialmente de ello.

El mal concepto que le persigue a Judas en este sentido es el resultado de un dato enteramente falso respecto de sus atribuciones entre nosotros. Excesivamente celoso y aspirando a honores y alegrías vanidosas, deseoso de establecer su superioridad en una asociación fraternal, cuyos miembros se consideraban iguales; he ahí los defectos del que más tarde me traicionó, para satisfacer un resentimiento, cuya causa me condena.

¿Por qué daba yo a Pedro pruebas de una confianza tan evidentemente exclusivista? ¿Por qué le permitía a Juan esos modales de preferido que acusaban una manifiesta parcialidad de mi parte hacia él? ¿Por qué, cuando eran pocos los que tenían que acompañarme, elegía siempre a los mismos? ¿Por qué, en fin, habiendo descubierto el mal efecto que ello producía en Judas, no supe remediarlo?

Sí, digámoslo bien alto: Jesús, el hermano, el protector de Judas, no paró la atención lo bastante en su naturaleza sensible, aunque desviada. Jesús no comprendió que era necesario combatir los celos, la vanidad, el orgullo de ese hombre mediante una extremada dulzura en todas las relaciones y con una justicia severamente igualitaria en las manifestaciones de todos para con uno solo y de uno solo para con todos. Colóquese a Judas en el lugar del discípulo predilecto y a éste en el lugar de Judas; Juan, no viéndose ya apoyado por mi excesiva debilidad se hubiera mantenido en los límites de una afección santa, y no hubiera ofendido a la verdad con el deseo extravagante de quererme establecer un culto divino; Judas, mientras tanto, dirigido en el sentido que le era conveniente, no hubiera traicionado. - ¡Pobre Judas! - Yo me alejaba de él a medida de su mayor resentimiento; el mal se iba agravando; el abismo se abría, cuando yo justamente podía encontrar el remedio en mi amor evitando la caída de ese Espíritu débil. - ¡Pobre Judas! - En mis últimas horas tú, más que todo, has ocupado mi pensamiento, y mi alma se inclinaba hacia la tuya para hablarle de esperanzas y de rehabilitación. (1)

Perdido, se dijo, perdido está el que ha traicionado a Jesús.

**-¡Oh, no! - Nada se pierde de las obras de Dios! Todas volverán a encontrarse purificadas por el arrepentimiento, glorificadas por la resolución reparadora, luminosas después del perdón. - ¡Oh, no! - Nada se pierde de las obras de Dios. Todas llegarán a ser grandes, todas serán honradas; todas se arrastran penosamente por las laderas de la montaña para iluminarnos al fin, llegadas a la cima, con los esplendores del fuego divino.**

(1)Para los Espíritus verdaderamente grandes es fácil el perdón de las ofensas, pero eso de querer cargar con la culpabilidad recibida para aminorar la culpabilidad del ofensor, y, lo que es más aún, pensar, en medio del más horrible de los martirios, pensar, preocuparse profundamente por la suerte del mismo que ha sido la causa de ese martirio, ello es sólo propio de un Jesús. Bastaría este pasaje, aunque no hubiera leído un solo renglón más de la obra para que yo me diga a mí mismo: Nadie sino Jesús puede haber escrito esto. — O. R.

El abandono lleno de ingenuidad y el carácter feliz de Alfeo contrastaba con la obscura fisonomía de Felipe, quien se obstinaba en vaticinar un porvenir infausto y el fracaso de nuestras doctrinas.

Tomás nunca creyó en la revelación divina, pero le había fanatizado la grandeza de la obra.

Mateo, el mejor preparado de mis Apóstoles, fué también el más sincero al referir nuestros discursos.

Mi hermano Jaime era siempre el primero en contestar sí a todo lo que yo proponía. Mi paciencia y mi coraje serían recompensados por este hijo de María, y la gracia coronaría el Espíritu de mi hermano en los últimos días de mi vida mortal.

La familiaridad que reinaba entre todos nosotros no impedía los sentimientos de otra índole, como el del reconocimiento de la superioridad, aunque en la más íntima amistad, y bien recuerdo emocionado, la constante devoción de Mateo hacia Tomás y la paternal protección de mi tío Jaime para con Lebeo.

Yo le decía a Pedro: "**Marchemos hacia la conquista de la humanidad. - ¿A qué reposarnos en la calma y juntar alegrías dentro de la tranquila posesión de lo que hemos alcanzado cuando nuevas posesiones les están prometidas a nuestro ardor y a nuestros sacrificios? - ¿A qué pedirle fuerzas a Dios y no emplearlas después para el logro de sus propósitos?**

**Jerusalén! - ¡Esperanza de mi vida! - Ciudad venturosa! - El grito sublime de llamada saldrá de tu seno y tus hijos serán los verdaderos adoradores del Dios viviente y eterno.**

**Los delitos y las ruinas darán origen a la sabiduría y a la magnificencia, la Tierra dirigirá hacia tí sus miradas desoladas y tú la llenarás de consuelos y de luces. Los hombres te llamarán la gloria de las glorias, porque la paz, la libertad, el poder y el amor se confundirán y reinarán unidos por tu sola virtud.**

**"Aunque los justos perezcan a *manos de los verdugos*; que tus esclavos remachen sus propias cadenas; que tus tiranos se adormezcan sobre sus victorias; nada, nada será capaz para retardar la hora de la libertad, y el amor fraterno se establecerá entre todos los hombres".**

Pedro, mientras yo le presentaba mi pensamiento bajo formas simbólicas y proféticas, participaba de mi entusiasmo y me habría seguido hasta el fin del mundo; pero muy pronto ese entusiasmo se apagaba y él volvía a ser el Apóstol de los primeros días, que escondía bajo el aspecto de la devoción el miedo que lo dominaba. Mi predilección por Pedro se habría formado debido a la rectitud de su carácter, ingenuidad de Espíritu, delicadeza de sentimientos y a su excesiva probidad. Habiéndole con palabras sencillas, de las que más tarde se sacaron motivo de acusación por un delito futuro; yo no hacía más que leer con mi natural discernimiento lo que pasaba en ese corazón leal, en ese Espíritu débil y poco desarrollado.

En nuestras reuniones familiares (así designábamos las horas de la comida y mis conversaciones de la noche) Pedro, siempre colocado a mi frente, parecía que hubiese querido defenderme del trabajo de las contestaciones y evitarme la vanalidad de las cosas materiales. Se volvía puro oído cuando yo hablaba y sus miradas se esforzaron en leer mis pensamientos, cuando yo callaba. Cuidaba de mi persona como hace una tierna madre por el hijo, y cuando más tarde yo quería permanecer en vela, aunque aparentemente cansado, se empeñaba en demostrarme de que debía cuidar más de mi salud, persiguiéndome con una solicitud que llegaba a ser molesta por lo exagerada. Durante nuestras jiras, en nuestras excursiones más lejanas y en los momentos de descanso, siempre se le consultaba a Pedro respecto de todo detalle, de lo cual él se aprovechaba para oponer consejos de prudencia y de calma a mi ardor y a mi fiebre por las obras, empleando la mayor lentitud en los preparativos para asegurar, él decía, el éxito de nuestra misión.

Un día nos encontrábamos todos reunidos, me dirigí a Pedro y le dije:

**"Tú serás el primero de mis sucesores, pero resultará, para vergüenza tuya, que decaerás en tu deber abandonando a tu Maestro. El abandono no consiste únicamente en la separación material, sino que se demuestra también y con mucha crueldad, mediante la separación de los Espíritus".**

**"¡Felices de aquellos que habrán creído sin haber visto!"**

**"¡Más felices aún aquellos que ven y comprenden sin el concurso de los sentidos materiales!"**

**"¡Felices los que sufrirán por la verdad, puesto que el reino de mi Padre será para ellos!"**

**"¡Felices los libres y los fuertes! — La libertad y la fuerza se adquieren con la renuncia de los bienes de la Tierra ante los bienes eternos".**

**"La fe se demuestra mediante los trabajos y brilla frente de las persecuciones".**

**"La gracia debe desparramársele para atraer con su aroma a aquellos sobre quienes aún no ha descendido".**

**"Los dones de Dios deben modificarse mediante las pruebas para fecundar el porvenir".**



**"¿De qué le sirven a Dios vuestras protestas y a los hombres vuestra dulzura si ha de quedar estéril?"**

**"¿Cómo queréis que Dios acoja vuestras plegarias en la gracia si esta gracia sólo os aprovecha a vosotros solos?"**

**"¿Con qué objeto pretendéis que Dios os llene de dones, que vosotros mantendríais escondidos?"**

**"¡Hombres de poca fe! ¡La Tierra os retiene porque carecéis de la verdadera convicción de la vida futura! (1) Hombres indignos de la gracia! ¡La gracia os deja fríos y desganados porque no la comprendéis! ¡Hombres frágiles y embrutecidos, los dones de Dios son para vosotros lo que serían las piedras preciosas para los animales inmundos".**

(1)Esta carencia de convicción es efecto de la escasa evolución del Espíritu humano, que no ha llegado a serlo lo suficiente como para vivir definitivamente como tal en el plano *de* los Espíritus. Así lo prueban los "cuadros de ultra-tumba" que únicamente se refieren a asuntos del plano físico» — O. R.

Pedro se arrojó a mis pies pronunciando estas palabras:

"Señor, amado Señor, haz de mí lo que mejor te convenga. Soy tu Siervo y no tengo más voluntad que la tuya".

En ese momento Pedro era sincero como siempre, sino que él obedecía a un sentimiento y yo no me hacía ilusiones de promesas tan a menudo renovadas. Con todo busqué de apremiarlo más que de costumbre y lo abrecé diciéndole:

"Júrame que me seguirás hasta la muerte y que me escucharás aun después, como inspirador de tus actos, para la continuación de lo que venimos llevando a cabo".

Juro, contestó Pedro, amarte y seguirte hasta la muerte y que seguiré tus instrucciones después de ti, como si estuvieras acá. Así, pues, Pedro no había comprendido la segunda parte del juramento que yo le exigía, desde que hablaba de mis instrucciones presentes, mientras yo le prometía nuevas inspiraciones después de mi muerte.

Seguí insistiendo desde ese día sobre la resurrección de mi Espíritu (1) con tanta perseverancia, que las formas empleadas por mí fueron aprovechadas más tarde para imponer la creencia de mi resurrección corporal.(2)

"Volveré, me sentaré a esta mesa para daros la paz y la fuerza, para prepararos para la Pascua, para haceros gustar las delicias de los favores divinos y facilitaros la predicación mediante la luz que os daré".

"Os lo digo: la vida corporal del hombre es corta, pero su Espíritu vivirá eternamente".

"La casa vuelve a llenarse y el día sucede a la noche, en todos los tiempos y en todos los lugares".

(1) Se refiere naturalmente a su vuelta como Espíritu. Era en cierto modo una resurrección desde el momento que volvía a manifestarse después de haberse ausentado por la muerte.

(2) De acuerdo con el criterio dominante entonces, y que aún domina entre nosotros, era incomprensible el regreso de Jesús entre sus 'discípulos a no ser con el mismo cuerpo que le conocían.

"La familia se reconstituye con los miembros desparramados de otra familia antigua,(1) y la estación próxima dará buenos frutos a los que hayan sabido sembrar en momentos favorables."

"Aceptad las pruebas pasajeras como una necesidad para vuestras naturalezas, y cuando ya no me veáis, honradme acordándoos, en los repartos de bienes, antes de los pobres que de vosotros mismos".

"Ya sea que os separéis o que permanezcáis reunidos a los fines de la consolidación de vuestras doctrinas, yo estaré siempre en donde vosotros os encontréis; mas no alteréis ni dividáis nada de lo que yo he formado o reunido, de otro modo mi Espíritu se alejará de entre vosotros".

La vergüenza y el oprobio serían el resultado de vuestra ingratitud y el desprecio la contestación a vuestra iniquidad, si os dejáis influenciar por las pasiones de la Tierra. Vosotros, que debéis enseñar el camino hacia la vida eterna, practicando la virtud y desdeñando los honores del mundo.

Mi vida de hombre, tiene que concluir de una manera miserable; mas mi Espíritu seguirá la marcha de los siglos y dominará el ruido de la tempestad para sosteneros en la lucha o para reconstituir la que vosotros habéis destruido; para resplandecer en medio de la plenitud de vuestros triunfos, o para arrojar luz entre las tinieblas que habréis fomentado; para defenderos, o para daros el beso fraternal o para regeneraros, para deciros: **yo estoy con vosotros, o para deciros: yo estoy en contra de vosotros.**

(1) Jesús insiste a menudo en esto de familia, dejando de manifiesto el criterio superior con que él la entiende, no muy apto por cierto, para estrechar sus vínculos. Sin duda alguna los lazos de parentesco son pasajeros, puesto que se rompen con la muerte, mientras que los lazos del amor se consolidan por el contrario, se ensanchan y se perfeccionan, son las únicas ligaduras que perduran prueba de ello es que el amor constituye la ley suprema del Universo. En el caso presente Jesús quiere decir que los claros dejados por la muerte en las familias se llenan fácilmente mediante el emparentamiento con familias anteriores, sobre todo con los matrimonios, que a menudo determinan la fusión de dos familias en una con los hijos que nazcan y, hasta con las adopciones; pero con la virtud perdida no sucede lo mismo y, el quebrantamiento de sus doctrinas, por debilidad o falta de fe de sus Apóstoles, sería un mal mucho más difícil de remediar. Si fuera posible en el mundo actual el imperio de las ideas de Jesús, no habría necesidad de rodear de tantas garantías la constitución del hogar, más no siendo así, hay que convenir en que la *familia legal* es la base primordial de las sociedades civilizadas. — O. R.

"Yo soy la vida, el que crea en mí vivirá. Yo soy el Espíritu de Verdad y poseo la verdad del Padre mío".

"La Tierra pasará, pero mis palabras no pasarán, porque la verdad es de todos los tiempos, de todos los mundos, mientras la Tierra no es más que una habitación momentánea".

"No digáis jamás: nosotros somos maestros. Sed por el contrario modestos y llevad a la práctica los principios de fraternidad, amando a todos los hombres y ayudándolos".

"Cualesquiera que sean vuestras penas y tribulaciones, decid: Dios mío, que tu voluntad y no la mía sea hecha, En medio de los sufrimientos os daré la alegría y siempre que oréis me encontraré en medio de vosotros".

"Sed calmosos en la adversidad y nunca deseéis la ruina y la desgracia de vuestros enemigos. La fuerza nace de la adversidad y la resignación facilita el adelanto del Espíritu".

"La malicia y la mala fe os empujarán hacia las insidias y los hombres os oprimirán con injurias por mi culpa; mas yo estableceré mi residencia entre vosotros y juntos prepararemos el Reino de Dios sobre la Tierra, puesto que se dijo de mí: **He aquí la alianza del pasado con el porvenir**".

"Yo os lo repito, el Espíritu volverá a hacerse ver y la Tierra se estremecerá de alegría".

"La marcha del Espíritu se efectuará tanto en medio del silencio y de las tinieblas de la noche como durante el pleno día y en medio del tumulto de las pasiones humanas. La voz del Espíritu se hará oír por todas partes y el pensamiento de Dios se revelará con manifestaciones aparentes y propias de su poder y de su voluntad".

Yo hablaba siempre en este sentido y concluía las más de las veces con un pretexto moral o con algún consuelo profético, cuyo significado temerario o valor real puedo explicar ahora.

Hermanos míos, parecíanme definitivas las formas de mis alianzas y de mis lazos humanos y jamás pensé en separarme de los que se me habían asociado en mis tentativas de reforma; pero en esa época fué tanto lo que tuve que luchar, hartamente, en contra del desaliento, que me arrepentí de haberme ligado con Espíritus demasiado nuevos para comprenderme, demasiado dependientes de la familia para que pudieran sacrificármese por completo. Pedro era casado. Los dos hijos de Salomé sostenían a la madre. Tan sólo Judas y Lebeo se encontraban libres de parentela que pudiera gravar sobre ellos por su pobreza. Mis dos Jaimes, ya se sabe, no tenían más esperanzas que en mí, ni otros temores o cuidados. Aprobé con facilidad todos los proyectos de mis Apóstoles, cuyo fin era el de endulzar en algo nuestra vida en común; pero yo les recomendaba una probidad escrupulosa en sus relaciones con las gentes y el abandono de sus derechos ante la falsía y la prepotencia de los demás.

"Nuestro Padre que alimenta las avejillas, les decía os mandará vuestro pan cotidiano si colocáis en Él toda vuestra confianza".

"Pedid el perdón perdonando vosotros mismos a los que os hayan ofendido. Load a Dios tanto mientras os encontréis en buena salud cuanto encontrándoos enfermos, tanto en medio de la alegría como en la tristeza, lo mismo en la pobreza que en la opulencia".

"Librad vuestro Espíritu de las tentaciones de la carne y seguid la ley de amor y de justicia".

"Dios está en todas partes, ve vuestros pensamientos más secretos. Cuidaos por lo tanto de dirigirle vuestras plegarias tan sólo con los labios. Meditad sobre estas mis palabras. Encontraréis así la regla de una conducta edificante y la fuente de las oraciones agradables al Señor nuestro Dios".

Hermanos míos, la *oración dominical* no fué dictada por mí. Nuestras plegarías se hacían con el pensamiento y con la práctica de los deberes que nos imponíamos. Orábamos en todos los momentos del día, cuando ofrecía a Dios el sacrificio de mi vida, para sembrar con mi sangre la Tierra prometida a la humanidad del porvenir. Oraba a toda hora para aliviar mi alma, que buscaba a Dios, y para purificar mi Espíritu de las emanaciones terrestres. Pero no tenía que formular oraciones que mis enseñanzas preparaban, y me atení sencillamente a asuntos de moral y a las explicaciones referentes a la nueva ley que quería reemplazar a la antigua.

La nueva ley se fundaba sobre máximas que yo había recogido y sobre el trabajo de mi mismo Espíritu, cuando se lanzaba hacia las esferas de la espiritualidad, delante de las verdades divinas.

La nueva ley inculcaba el amor universal y abolía todos los sacrificios de sangre.

La nueva ley favorecía el libre desarrollo de todas las facultades individuales para que concurrieran al bien general, y honraba a todos los hombres diciéndoles:

"Sed iguales delante de Dios. El poder de los hombres no tiene más que un tiempo, mientras que la Justicia Divina es eterna".

"Los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros para dar esplendor a esta Justicia".

"La pobreza da derechos a las riquezas. Felices los que son pobres voluntariamente para la gloria de Dios".

"La esclavitud será borrada de la Tierra, porque la mujer es igual al hombre y el siervo vale tanto como el patrón ante la sabiduría divina".

"Esta sabiduría es la que rige los destinos, recompensa y castiga, arroja la palabra de paz en medio de todas las humillaciones, en medio de todos los sufrimientos, de todas las torturas del alma, del Espíritu y del cuerpo". Yo me unía tan íntimamente con la pobreza que decía:

"Los pobres son mis miembros".

Y buscaba con tanta avidez la vergüenza, para darle la esperanza de la purificación, que mujeres de mala vida, vagabundos de toda laya, se convirtieron en el cortejo permanente de mi predicación durante este período de mi vida, desde el día de mi victoria sobre las indecisiones de mis Apóstoles hasta el de mi acusación ante el Sanedrín de Jerusalén, ordenada por los príncipes de la ley y por los sacerdotes de Dios.

Ya tenía el convencimiento de que la muerte me esperaba en Jerusalén y quería rodearla de tal manera que guardaran de ella mis Apóstoles el recuerdo vibrante de mi actitud, de mis palabras, de mis demostraciones de amor, de actos de humildad y principalmente, de mi resignación delante de todos los insultos y de todas ferocidades.

Era necesario demostrar la grandeza de mi doctrina y explicar mi fuerza de Espíritu (1) en medio de los acusadores y de los verdugos, para morir con los honores del éxito.

**(1) Aquí se emplea la dicción fuerza del Espíritu como fuerza de ánimo y nada hay que observar, pero a menudo se descubre cierta confusión en el empleo de las palabras alma y Espíritu. Esta confusión es muy común entre nuestros escritores moderno-espiritualistas. Yo por mi parte, siguiendo a otros autores, en-tiendo por Espíritu el alma revestida por su cuerpo astral, tal como se le des-cubre en las experiencias medianímicas. Es la Entidad completa, el alma pro-vista de sus medios de individualización y de relación.--O. R.**

He ahí el porqué yo mezclaba en el proyecto de este viaje tantos estremecimientos generosos del corazón con tantas amarguras del pensamiento; tantas emociones felices con tantas energías en estigmatizar la cobardía y el abandono; tan dulces y persuasivas lecciones con tan duras y amenazadoras profecías; tanta ternura en la sonrisa y tanta tristeza en la mirada.

Agotado por las fatigas del apostolado, con el Espíritu devorado por la ambición de las alegrías celestes, veía en el martirio la promesa de un glorioso reposo, y no buscaba de retardar la hora de su llegada, porque sabía que la hora estaba señalada y que la elevada felicidad de la espiritualidad pura que me esperaba empezaría con los postreros espasmos de mi cuerpo material.

Podía, es cierto, substraerme a los horrores del suplicio, pero ello me hubiera obligado a vegetar en la impotencia y el porvenir hubiera resultado sacrificado por tal pueril debilidad.

Hermanos míos, ese fanatismo constituía el sentimiento de mi misión. De vuestro mundo yo soy el único Mesías a quien le ha sido concedido el continuar ostensiblemente su obra, porque la he fundado con mi vida de trabajo y con mi voluntad hacia el sacrificio.

Establezcamos aquí, hermanos míos un parangón entre Sócrates y Jesús, ambos muertos por la gloria de una doctrina, de razón sana y honrada por la luz divina.

Sócrates se hizo afectuoso y filósofo dominando sus pasiones; se hizo religioso comprendiendo la naturaleza; se hizo fuerte hablando con los Espíritus de Dios.

Sócrates murió perdonando a sus verdugos y bendiciendo la muerte que le devolvía la libertad; mas no pudo fundar un culto para con el verdadero Dios, ni demostrar la utilidad de su muerte para los hombres del porvenir, y no queda de él más que una escuela, famosa, es cierto, pero sin preponderancia en el Universo, porque la palabra emanaba ahí de hombres llenos aún de supersticiones, a pesar de los principios de moral puestos por ellos en práctica. La doctrina de la existencia de un solo Dios enseñada por Sócrates y más tarde por sus discípulos no se elevó por encima de las ruinas de la idolatría y no echó los fundamentos de una sociedad nueva.

Al hacer resaltar así mi superioridad como Mesías, debo no obstante inclinarme ante este Sabio y señalarlo a la humanidad como uno de sus miembros más dignos de respeto y de amor.

Sócrates vivió en la pobreza y jamás sus labios se vieron manchados por la mentira. Fué puro de todo odio y de todo deseo humillante para la conciencia; jamás su voz se dejó oír para acusar y jamás su corazón guardó resentimientos. La piedad hacía el infortunio, el desinterés en sus relaciones, la fuerza y la justicia en contra de la insolencia y de la duplicidad honraron la vida de Sócrates, y la muerte le transportó en medio de raudales de luz hacia las fuentes de todos los honores. Sócrates tiene un punto de semejanza con Jesús, y es el de haber dado el ejemplo de las virtudes que predicaba y de haber muerto por la verdad. Mas Jesús, más adelantado que Sócrates en el conocimiento de lo espiritual, tenía que dar mayor impulso a sus sucesores y proyectar más luz a Su derredor, y en la lucha con los instintos de la naturaleza carnal en presencia de las invasiones de las esperanzas divinas, Jesús tuvo que demostrarse más fuerte, porque se encontraba menos sujeto a la materia, por derecho de ancianidad de Espíritu. La marcha de Jesús, desde su infancia hasta el Calvario, fué en todo momento la consagración de su idea. Sócrates en cambio no pudo verse enteramente libre de las supersticiones, y permaneció esclavo de las ideas de su época en presencia de las mayorías populares, por más que adorara a Dios con sus discípulos. Pero ahí también se descubre un punto de semejanza. Sócrates, lo mismo que Jesús, no podía desafiar la opinión pública sin incurrir en la severidad de las leyes, y si Jesús se demuestra en sus doctrinas menos distanciado de la religión judaica que Sócrates en las suyas, de la pagana, ello nada quita al justo peso, desde que ambos se veían obligados a no chocar demasiado con la religión dominante. Si Jesús corrió hacia la muerte, mientras que Sócrates la vió sencillamente allegarse sin estremecimientos, es porque Jesús estaba convencido de su Misión Divina. En ello consiste su superioridad indiscutible sobre Sócrates, siendo ésta precisamente la aureola de su gloria y la causa de su nueva mediación.

Jesús bien lo sabía que podía evitar la muerte, pero la filiación divina que él se había dado, la radiante esperanza que demostraba para inspirar la futura docilidad a sus Apóstoles, la palabra profética que lanzaba como una llama sobre el porvenir, todo constituía una ley que lo empujaba a morir dolorosamente y por su propia voluntad.

Resolvimos de ir antes que todo a Nazaret; yo tenía apuro por ver a mi familia. Mi próxima visita a mi madre formaba el argumento de mis meditaciones durante el camino y mis discípulos respetaban mi silencio.

Preveía los reproches que mi madre me dirigiría al conocer mi resolución de luchar con los sacerdotes de Jerusalén. Yo había abandonado a los míos para entregarme a todos, había descuidado los deberes de familia para desligarme de los impedimentos carnales. Mas ¿tenía yo realmente el derecho de proceder así? ¿Sería bien visto a los ojos de Dios la transgresión de la ley humana, en lo que ella tiene de más justo y augusto, cual es el amor y la docilidad de los hijos para con la madre? ¿Por qué, Dios mío, esa angustia del alma si yo obedecía a tu voz? ¿Por qué estos afligentes recuerdos retrospectivos, si mi misión de Mesías debía sobreponerse a mi naturaleza humana, a mis deberes de hijo y a mis aflicciones terrestres? ¿Por qué tanta actividad para preparar el sacrificio, si él constituía un ultraje a la moral universal, basado en la dependencia de los Seres y en sus relaciones fraternales? ¿Por qué, Dios mío, este desánimo en el momento de los honores y por qué este falso camino llevado a cabo por tu poder y por tu justicia?

Yo oraba. La oración calmaba estas agitaciones de mi naturaleza humana, desarrollando los deseos espirituales y alimentando mi corazón con los fuegos del amor divino. Oraba, y la esperanza de las alegrías celestes me escondía las sombras de mi vida de hombre y la divina misión se me presentaba como una antorcha devastadora de las ternuras del alma y de las alianzas del Espíritu en medio de la materia.

Después de haber orado, sólo me ocupaba de Dios. Después de estos delirios y de estos recogimientos yo me sentía más fuerte y mi pensamiento se trasmitía más nítido en mi cerebro.

Me acercaba a mis compañeros y los hacía partícipes de mí libertad de Espíritu. Los reunía tan estrechamente en mi felicidad futura, que inclinaban la cabeza ante mis miradas inspiradas y besaban mis hábitos con tal fe y entusiasmo que mi alma se alborozaba.

Llegamos a Nazaret. Dejé a mis Apóstoles en una casa próxima de la ciudad y con mi tío y mi hermano me presenté en la casa paterna.

Toda la familia estaba reunida para recibirnos y presentimos **una** oposición más viva en esta concentración de fuerzas. Mis hermanos consanguíneos, cuyo número de cinco se había reducido a tres, deploraba yo el mal humor de mis otros hermanos, al igual que yo, hijos de María; habían pensado en ahorrarme una acogida demasiado fría. El hermano que me seguía en edad vivía en un paraje distante cinco estadios de Nazaret. Yo no podía conocer las cualidades de su corazón, ni las relaciones que se mantenían entre él y los demás hermanos; pero en seguida leí en sus miradas el profundo desprecio que le inspiraban mi vida vagabunda y mis trabajos de Apóstol. Estaba por abrazarlo pero él me rechazó y pronunció estas palabras:

¡Hete aquí! - ¿Vienes ahora para permanecer mucho tiempo o por una hora? ¿Vuelves a ser nuestro hermano o sigues siendo el *Hijo de Dios*? ¿Debemos absolverte o resignarnos a una separación definitiva?

"Tus hermanos son hijos de José y de María, ¿qué tienes tú demás que ellos? Tus hermanos han cumplido sus deberes de hijos y de parientes, ¿qué has hecho tú por tú parte?"

Incliné la cabeza bajo esta recriminación que avergonzaba mis divinas esperanzas y en seguida dirigiéndome a mi madre le dije:

Pobre madre, tu hijo Jesús te inunda en lágrimas, pero él llama a Dios en testimonio de la pureza de su corazón y de la lealtad de sus intenciones; su Espíritu está devorado por el deseo espiritual y te amará a ti mucho más en la patria celestial de lo que pueda amarse sobre esta Tierra.

"Sí, interrumpió mi hermano, en la patria celestial no se precisa de nada, el amor de Dios alimenta y nuestra madre será amada por el *Hijo de Dios*. ¡Qué honor para todos nosotros, si ello fuera algo más que el sueño de un insensato!"

A estas palabras mi tío y mi hermano Jaime se aproximaron a mí diciendo: *¡Nosotros también somos insensatos!* Me acerqué a mi madre y pasándole el brazo debajo del suyo, la llevé en dirección del pequeño jardín que se extendía bajo la ventana de la pieza en que nos hallábamos, nuestros hermanos nos siguieron.

Mi cansancio, la pobreza demostrada por mi indumentaria excitaron la compasión de las tres mujeres y empezaron a prodigarme ahí mismo una serie de atenciones delicadas y de cuidados, que me hicieron sufrir mucho más que la frialdad de mis hermanos. He aquí los nombres de mis hermanos y hermanas por orden de edad: Efraín, José, Elisabeth, Andrea, Ana y Jaime.

En cuanto a mis hermanos consanguíneos, los que la historia nebulosa de mi vida ha convertido en primos, me acuerdo con un sentimiento de felicidad de sus afectos. Se llamaban; Matías, Cleofe, Eleazar.

José y Andrea me siguieron más tarde para oponer a mis medios de propaganda la negación de mi título divino y acusarme de locura. Mis hermanos Matías, Cleofe y Eleazar se me demostraron más tarde, pero sólo con el deseo de arrancarme a la muerte, sin combatir mi fe.

Demoramos varios días en Nazaret. Mis hermanas, la más joven de las cuales vivía con mi madre, se disputaban el gusto, decían ellas, de servirme, y mis hermanos se hacían atentos a mi voz. Mi madre se inspiraba en mis pensamientos y se elevaba en aras de la pureza de la plegaria, cuando le demostraba la necesidad

- "¡Oh, Dios mío, decía ella, me resigno a tu voluntad, pero sostén mi resignación y proporcióname pruebas evidentes de que mi hijo se encuentra en la luz!"

"Dale a mi fe el apoyo que le falta, a mi esperanza una luz que pueda hacerla segura y entonces mi amor de madre sucumbirá bajo el poder de tu amor divino".



Un día que nos hallábamos solos mi madre y yo, le mostré la arena que cubría la tierra a nuestros pies y después con un pedacito de madera tracé algunos caracteres, cuyo sentido era él:

**"Jesús tiene que morir para glorificar a Dios, o vivir para ser deshonrado delante de Dios".**

Explicué a mi madre la fuente de mi ciencia y la prueba material de mis inspiraciones divinas. La dejé bajo la impresión de la sorpresa y la arrastré en seguida hacia el convencimiento de mi Espíritu y entusiasmo de mi alma. Impresioné su imaginación mientras daba satisfacción a su inteligencia. La preparé para el sacrificio con la exaltación de mis creencias y de la luz de las órdenes de Dios.

Mi madre quedó convencida aunque no del todo resignada.

Durante nuestra estada en Nazaret, teníamos todas las noches conversaciones con muchas personas y contestábamos con dulzura a las objeciones y al curioso deseo de encontrarnos en faltas. La familiaridad de mis discípulos con mis hermanos tuvo por resultado el hacernos espiar y molestar por todas partes, por donde llegamos a pasar después. Mi independencia no fué pues completa, como se cree generalmente, puesto que, empujado a los extremos de la contrariedad, que me suscitaba mi familia, llegué a hacerme un derecho de mi propia libertad de Espíritu y a proclamar que no conocía hermanos, ni parientes, ni aliados.

Dejo Nazaret por última vez.

Llevo conmigo el dolorosísimo recuerdo del sufrimiento de mi madre y de los lamentos cariñosos de mis hermanas.

Mis queridos hermanos nos acompañaron por alguna distancia y nos separamos con las lágrimas en los ojos.

Vuelvo a llevar conmigo a mi tío y a mi hermano Jaime que quieren acompañarme hasta la muerte.

Íbamos silenciosos al alejarnos de Nazaret. Estas expansiones en medio de la familia habían hecho recordar a mis discípulos la familia ausente, y el alma de Jesús se inclinaba con dolor bajo el peso del amor filial y fraterno.

Teníamos que colocarnos en las condiciones de hombres que todo lo han sacrificado por el triunfo de una idea, sino que mis discípulos conservaban la esperanza de volver a ver a los que habían dejado, mientras que yo apoyaba sobre mis recuerdos y sobre mis aspiraciones la mano helada de la muerte y huía al mismo tiempo toda imagen consoladora para encontrarme mirando en el vacío... El vacío se animaba por mi obstinación en darle vida y de este modo del sufrimiento extremo yo pasaba a los resplandores divinos.

-¡Oh, Dios mío! - ¡Cuánta felicidad en esas visiones! - Pero también ¡cuánto abatimiento en la realidad! - ¡Cuántos honores después de la victoria, pero cuántas amarguras durante el combate!

Hermanos míos, no podría repetíroslo suficientemente, dar luz de Jesús era momentánea, huía, y la naturaleza humana arrojaba a su Espíritu en medio de crueles perplejidades, para honrar en él, como en todas las criaturas, el eterno principio de la Justicia Divina.

Mi proyectó al abandonar Caparnaún era el de visitar a todos mis amigos de Jerusalén y de procurarme dos nuevos aliados para dar a mis doctrinas mayor exterioridad. Quería demostrar mi título de Hijo de Dios con las explicaciones de mi título de Mesías, ante los que se encontraran en condiciones de comprender esta alianza, basada sobre la razón y la Justicia Divina, pero estaba bien resuelto a no hacer uso más que de la primera de estas prerrogativas, la de Hijo de Dios, en todos los casos de agitaciones tumultuosas de las masas ignorantes y de exaltaciones fanáticas de mis más sencillos servidores. Era necesario asegurar el porvenir y un reformador, un Mesías, hubiera caído pronto en el olvido, sobre todo después de las manifestaciones llenas de malevolencia del pueblo, que mis enemigos no dejarían de sublevar en mi contra.

En esta última demora en Jerusalén yo tenía que afirmar la creencia en mi poder espiritual, sin proporcionar base para acusaciones de parte de la posteridad en el sentido de este poder espiritual, es decir que mi presencia entre los hombres, debía fundar una Religión Universal,<sup>(1)</sup> dejando en todos los Espíritus el germen indestructible del amor fraternal, que era el iniciador y el mártir.

El Hijo de Dios que libertaba a sus hermanos de la esclavitud y que moría para dotarlos de una ley de amor: el Hijo de Dios que desarrollaba sus preceptos en medio de los pobres, de los enfermos, de los pecadores; el Hijo de Dios que salvaba a la mujer adúltera de la primera piedra con estas palabras: **¡Arrójele la primera piedra el que se sienta libre de culpas!** - El Hijo de Dios que levanta a la pecadora con estas palabras:

**"Ven, la casa de mi Padre está pronta para recibirte, ya que detestas tu pasado".**

El Hijo de Dios que dirá a todos:

**"Amaos los unos a los otros y todos vuestros males cesarán, y todas vuestras ofensas a Dios os serán perdonadas".**

Este Hijo de Dios no tenía necesidad de herir la imaginación con fantasmagorías, pero tenía que afirmar su prestigio divino y conquistar la humanidad, apoyando su moral con el ejemplo.

Que este prestigio haya alcanzado su coronamiento aquí y haya obscurecido su memoria en otra parte. - ¡Nada importa! - Este prestigio queda como la sanción de la obra y es lo que Jesús quería.

**(1) Vuelve Jesús a presentársenos cerno el fundador de la *Religión Universal*, razón por la que, con ésta su historia, ha llamado sobre de sí la atención y las más intensas simpatías de los *moderno-espiritualistas*. — O. R.**

Que la humanidad no haya sido aún conquistada por culpa de los sucesores de Jesús - ¡Nada importa! - Puesto que Jesús está ahí y que quiere reconstruir su Iglesia. Jesús dijo y yo lo repito: (1)

**"Traigo la palabra de vida. Todo el que oiga esta palabra tendrá que desparramarla".**

**"Presentadme la verdad y yo os la diré ahora y más tarde, puesto que la verdad es de todos los tiempos, y yo soy la alegría y la esperanza, el presente y el futuro".**

Yo me fijé inmediatamente en las riberas del Jordán. Nos dedicamos a las prácticas de la purificación, encontrándonos en la época de mayores calores del año. A más, siempre con el propósito de empujar a los hombres hacia la creencia en la resurrección (2) del Espíritu, pronuncié muchos discursos en el sentido de mi participación futura en la liberación de la humanidad y del establecimiento de mi doctrina en toda la Tierra.

"Nadie, decía yo, cree ahora en la resurrección del Espíritu, pero se creará bien cuando yo vuelva para acusar y maldecir a los falsos profetas, las perniciosas doctrinas, los feroces dominadores, los depravados y los hipócritas".

"¡Se creará bien cuando Dios calme la tempestad con mi palabra y que esta palabra será repetida, de boca en boca, hasta el fin de los siglos! - ¡Cuando los muertos despertarán de su sueño para anunciar la vida! - ¡Cuando la naturaleza exhausta recibirá un nuevo impulso y que la sangre no brotará más de sus entrañas!"

"La resurrección se efectúa también ahora, pero se evidenciará mejor cuando podáis conservar el recuerdo de vuestro pasado, y, os lo afirmo: muchos de los que me escuchan me verán y me reconocerán." (3)

**(1) Como se habrá visto numerosas veces, Jesús suele sacar *dos* personalidades de la suya sola. El Jesús de la encarnación no es el Jesús del espacio, el Jesús Espíritu. En realidad el Jesús de la predicación poseía peculiaridades que hacían de él un Ser distinto del Espíritu que en el espacio se encuentra en la posesión de todas sus facultades y libre de las trabas coa con que el *medio humano* lo limitaba en todo sentido.**

**(2) Resurrección del Espíritu por su rehabilitación mediante el arrepentimiento y los propósitos sinceros de no volver a incurrir en las mismas faltas. — O. R.**

**(3) Visto y oído por quienes tienen tales facultades.**

La purificación, *nuevo bautismo*, como decía Juan, tenía también la predilección de mis pensamientos. La culpa y el delito, todos los vicios, principalmente la hipocresía, me sugerían plegarias fraternas para obtener un arrepentimiento verdadero; pero, como Juan pronunciaba con palabras duras la condena del pecador sumido en la impenitencia final.

De mi diferente forma en el hablar, según los hombres a que me dirigía, creo, hermanos míos, haberos ya dado la razón, y las contradicciones puestas en evidencia más

tarde, como acusaciones ante el pueblo de Jerusalén, se explican fácilmente. Mas las contradicciones cesan desde el momento que anuncio el Reino de Dios, que muchos verán y que precisa la resurrección del Espíritu, desnudándola de las formas nebulosas que le había dado al principio, para huir de una persecución demasiado apurada.

Yo me coloco en este instante como demostrador de la Justicia Divina y acuso con mayor energía las instituciones humanas, puesto que designo las riquezas como un escollo, el poder como una aberración y el principio sobre que descansan las leyes humanas como un flagrante delito de lesa majestad divina. Echo abajo todas las posesiones basadas en el derecho del más fuerte y proclamo la esclavitud, la más vergonzosa demostración del embrutecimiento humano; anuncio el Reino de Dios que muchos verán y preciso la resurrección del Espíritu, diciendo:

"La libertad del hombre se obtiene gradualmente, con la fuerza de su voluntad unida a las luces de **sus predecesores en la vida espiritual**".

"Estas cosas no pueden todavía ser comprendidas, más vendrá tiempo en que todos comprenderán y entonces el Reino de Dios se establecerá sobre la Tierra".

"Muchos entre vosotros verán el Reino de Dios y el Mesías repetirá las palabras que hoy pronuncia".

"El hombre nuevo renacerá hasta que el principio carnal habrá sido extinguido en él. Todo el que nace tiene que renacer y los que habrán vivido bastante irán a vivir a otra parte".

El Espíritu del hombre tiene que abandonar su cuerpo; pero el Espíritu, volverá a tomar otro cuerpo. Por eso, cuando vosotros me preguntáis si yo soy Elías, os contesto: Elías volverá, mas yo no soy Elías, soy el Hijo de Dios, y mi Padre me mandará nuevamente (1) para hacer resplandecer su justicia y su amor, pero solamente me mostraré a algunos y mis discípulos tendrán que repetir mis palabras y afirmar mi presencia.

"Soy el Mesías y el Mesías morirá sin haber terminado su obra; pero la concluirá después de su muerte".

"Os lo recomiendo, libertaos del temor de la muerte, que la muerte se reduce a un cambio de residencia, y haced de la resurrección del Espíritu un honor para los que no habrán prevaricado en contra de mi ley".

"El Espíritu marcha siempre hacia adelante mientras esté sostenido por la fe en las promesas de Dios, quien concede también la gracia de poder persuadir a los hombres, a los que tienen fe".

"No os amedrentéis por mi muerte y marchad hacia el Espíritu con fe y con amor".

"No esperéis de los hombres la recompensa de vuestros trabajos; poned sólo en Dios vuestras esperanzas. Dios jamás permanece sordo a la plegaria y a los deseos de un corazón puro y agradecido".

Hermanos míos, en el ejercicio del apostolado Jesús tuvo que ser despreciado de los ricos y de los poderosos (exceptuando algunos casos de los cuales ya os he hablado y que haré nuevamente resaltar), pero en el último período de mi misión, el pueblo, cuyos derechos Jesús había sostenido siempre, calmando sus sufrimientos morales, el pueblo fué su acusador y su verdugo.

Es que la ignorancia convierte al pueblo en cómplice de sus más crueles enemigos. Es que la hipocresía, baldón espantoso de la humanidad terrestre, emplea como instrumento para oprimir el pensamiento, encadenar el brazo, herir el corazón, aquellos mismos a quienes debiera aprovechar el trabajo del pensamiento, la fuerza del brazo, el amor del corazón.

Yo tenía que caer tan sólo por la malevolencia de las masas, y sabía también que esta malevolencia se manifestaría, que preparaba para ella a mis discípulos.

**(1)En Espíritu.**

"Sed mis guardianes y mi consuelo, les decía, rodeadme de dulzura, puesto que me veo entre las garras de la mala fe de los grandes, y de la ingratitud de los pequeños, del odio de los malos y del abandono de los mejores".

La clara interpretación de mis fuerzas y de mis esperanzas se producía cada vez más en el Espíritu de mis fieles y la respetuosa deferencia ante mis deseos favoreció mi libertad de acción y mis medios de proselitismo durante el espacio de tiempo que corrió entre mi llegada a Jericó y mi apresamiento en el Monte de los Olivos.

Hay que contar siete meses entre estas dos épocas. Jericó me gustaba, ya sea por su situación y por la afabilidad de sus habitantes, ya sea por los recuerdos que despertaba en mi Espíritu. Pero aquí también tengo que hacer notar algunos errores.

A Zaqueo el aduanero y a Bartimeo el mendigo se les dió una denominación convencional.

El título de *hijo de David*, con que se me gratificó en Jericó y en otras partes, no produjo en mí más que piedad e impaciencia. El título de *hijo del hombre* se pretende que haya sido elegido por mí; pero yo jamás quise otro patrocinio que no fuesen el de las denominaciones de Mesías y de Hijo de Dios. La cualidad de Mesías está llena de claridad; la de Hijo de Dios comprende en su obscuridad el derecho de todo hombre a la filiación divina, tal como ya lo he explicado. La fuerza del porvenir, el triunfo de la verdad tenían que surgir de estas palabras: MESÍAS HIJO DE DIOS.

-¿Qué podía importarle a Jesús el título vanidoso de *hijo de David* y el otro título, al que quiso dársele una forma dogmática?

Diré más tarde cómo y por quién se me dió la denominación de *hijo del hombre*.  
Hermanos míos, aprovecho de mi estada en Jericó para terminar el capítulo décimo.

Empezaremos el undécimo entrando a Jerusalén, en seguida os presentaré mis huéspedes de Betania, María de Magdala y muchas figuras que os son desconocidas.

## CAPÍTULO XI

Jesús, fué a Jerusalén, solo, apersonándose a José de Arimatea, quien le acompañó por todas partes en que convenía fueran vistos para los fines de la obra del Maestro. Necesidad del sacrificio de Jesús, solamente por él comprendida. La parábola del mal rico. Asocia a sus discípulos mis íntimos a su gloria futura, siempre que supieran hacerse acreedores de ello con sus virtudes y dentro del concepto de que "mi reino no es de este mundo", como siempre decía. Fustiga a los mercaderes del Templo y a los hipócritas. Conversión de Magdalena.

ENTRÉ solo en Jerusalén. El lugar para reunimos había sido fijado en Betania. Yo tenía así que salir todas las tardes. Privado de noticias desde algún tiempo me acerqué a la casa de mis amigos con mucha aprensión. José de Arimatea me recibió con expansión de alma y noble devoción de Espíritu. Me acompañó por todas las partes en que teníamos que ser vistos, como iniciadores de la libertad y de la verdad, de que todos tenían sed y cuya expresión todos deseaban. José era ahora de mi parecer, pero contaba con que se obtendría el objetivo sin que nosotros sucumbiéramos materialmente en la empresa.

Respeté la ilusión de mi amigo, porque si hubiera intentado destruirla, la indecisión de José habría cansado mi alma y tal vez debilitado mi resolución. Me hacían falta testimonios de las laboriosas manifestaciones de mi Espíritu. - ¿Qué me importaba, después del éxito moral, la ruina material? ¿Qué me importaba un poco más o un poco menos de celebridad en el presente, si sólo me preocupaba el porvenir?

"El sacrificio de Jesús, me decía, no comprendido en el momento de su realización, será más tarde un llamado hacia la resignación, hacia el sentimiento de la fe, hacia el desahogo del alma y hacia la paz del corazón para todos los infelices. Por grande que sea la soledad de Jesús ahora y el silencio de la historia contemporánea, su personalidad habrá dictado leyes de fraternidad y de amor a todos los hombres y esas leyes serán inmortales."

Por medio de José conocí a muchos personajes importantes y a Marcos, de quien hablaré más tarde.

Nicodemus era un rico vecino de Jerusalén. Me acordaba de sus liberalidades, cuando yo vivía separado de mi familia y que me había comprometido como revolucionario. Fuí a su casa. Él, la esposa, sus hijos, sus hermanos, toda su familia me recibieron con la más grande cordialidad. Amplia hospitalidad, ternura activa, armonía de corazón y de voluntad. - ¡Cuán dulce y consolador es el honrarlos por medio del recuerdo!

Hermanos míos, acusando a los depositarios de la autoridad religiosa, a los depositarios de la ley, a los afortunados y poderosos yo tenía en vista tan solo reformas sociales. Glorificando la pobreza, exhortando a los ricos a sacrificar los bienes de la Tierra para conquistar los tesoros de la luz de Dios, yo estaba convencido que el Espíritu se emancipa cuando sufre el martirio de la pobreza, con la sabiduría y con la resignación; y mi desprendimiento de las riquezas tenía su razón de ser en mis observaciones de la debilidad humana y por las vergüenzas inherentes a los goces carnales. Pero entonces como ahora yo sabía que en todas las clases se encuentran naturalezas fuertes, dignos mandatarios, Espíritus independientes capaces de hacer germinar los designios de Dios, y mis amigos me hacían bien la justicia de tomarme por un filósofo religioso y no por un utopista o soñador.

Mis parábolas respecto de los malos ricos y de la participación de los pobres a la majestuosa felicidad del cielo, tenían todos los caracteres de estrechez que me imponían las condiciones de los Espíritus, y las figuras de Lázaro como la de Abraham me eran familiares para hacer resaltar la justicia de las represalias y la participación de los grandes hombres, que veneraba el pueblo hebreo, en las manifestaciones de esta justicia.

Lázaro, abreviativo de El Lázaro, era un nombre muy esparcido en la Judea, y Abraham a quien la leyenda convertía en un padre desnaturalizado, un sacrificador impío, representaba ante los ojos de estos hombres crueles, en la infancia espiritual, la idea de la obediencia pasiva y el modelo de las virtudes religiosas. "Lázaro, el pobre, cubierto de úlceras, recogía las migajas que caían de la mesa del rico, y el rico, lleno de alegría y rodeado de numerosos comensales, aleja sus miradas del pobre y cierra su corazón a toda piedad".

"La muerte cae sobre el rico y el pobre. El rico sufre los tormentos sufridos ya por el pobre, y mucho más, puesto que del fondo de la *Gueenna*, en donde se encuentra encerrado, retumban sus alaridos. Después su voz se entenece suplicando una intercesión".

"El cielo se abre, pero tan sólo para aumentar los sufrimientos del rico. Lo divisa a Lázaro y después de esta visión, las tinieblas se cierran a su derredor."

Por *Gueenna* yo quería significar un lugar lúgubre, sinónimo de infierno. La palabra *Gueenna* era aún más expresiva que la de infierno en algunas localidades.

En la época a que hemos llegado, hermanos míos, mi posición podía permanecer estacionaria todavía por mucho tiempo.

Por lo que me convenía crear una escuela y esperar, en medio de luchas sordas, y pacientes, un nuevo estado de cosas. Mis amigos así me lo aconsejaban. Se decían mis discípulos y me hablaban sin descanso de las aspiraciones del pueblo hacia la libertad, del odio del pueblo en contra de la familia sacerdotal que reinaba entonces. Pero yo no quería apoyarme en probabilidades, aunque no fuesen tan sólo aparentes, y tenía que garantirme en contra de la vergüenza de escudarme detrás de la amistad, salvaguardando mi vida a expensas de mis aspiraciones espirituales, mientras era necesario el afirmar mi título de Mesías con la fuerza de la publicidad de mis enseñanzas, así como mi título de Hijo de Dios, con la aureola del martirio.

José, y con él algunos hombres de buena voluntad que comprendían mi doctrina, cuyos preceptos divulgaban, tuvieron que someterse a mi resolución cuando se demostró que no era posible cambiarla por medio del razonamiento. José, y con él algunos hombres de buena voluntad que me rodeaban en Jerusalén, me amaban y me daban pruebas diarias de ello. Después de haberme abierto el camino de los honores populares, me defendieron en contra de los odios de casta. Después de haberme defendido en contra de los devotos y de los hipócritas, intentaron defenderme del furor de las muchedumbres. Después de mi muerte se apoderaron de mis restos mortales, con la intención de honrarlos mediante piadosas demostraciones y ahorrar una profanación a mi memoria, que hacía probable la



creencia en mi resurrección corporal, divulgada por fanáticos, a quienes los acusadores y los negadores de Jesús, Hijo de Dios, hubieran querido darles un grosero desmentido.

Mis amigos, pues, no fueron culpables de ninguna maquinación, pero preferían dar pábulo a la superstición antes que abandonar mi cuerpo a la posibilidad de una mancha, sin duda insignificante delante de la razón, pero dolorosa para el alma penetrada de la emanación humana, para el mismo Espíritu conmovido aún por los acentos fraternales.

Dí libre curso a mis pensamientos, cada vez más desprendidos de la vida de relación y libres de los temores humanos. Mis formas oratorias tomaron desde estos momentos una gran semejanza con las negras imágenes y proféticas amenazas de Juan. Me separé repentinamente de esa dulce y plácida expresión del semblante, que me atraía la confianza y el afecto de mis oyentes, de esa dicción llena de humildad y de benevolencia, que cicatrizaba las heridas del alma y provocaba las resoluciones del Espíritu. Lancé anatemas, no ya como antes, en medio de transiciones hábilmente desarrolladas y medidas, fijas, por así decir, en todos mis discursos. La dureza de mis afirmaciones con respecto de los tormentos de la vida futura tenían el propósito de poner de manifiesto los excesos de la fuerza bruta, erigida en lugar del derecho común. Yo acometía en contra de todas las alturas, quemaba todos los ideales, desalojaba todas las autoridades, denunciaba todas las potestades de la Tierra ante las iras de mi Padre predilecto.

"Mi reino no es de este mundo. Los que quieran seguirme deben distribuir todo lo que poseen entre los pobres. Felices de los que se empobrecen voluntariamente; la luz los acompaña y la fuerza los sostiene; la gracia los colma y la virtud los corona. Yo soy el consuelo y el maná celeste; la luz y el pan de vida".

"Los que creerán en mí vivirán en la abundancia, el que huya de los honores del mundo, recibirá honores en la casa de mi Padre".

"Quien quiera que ame a los hombres como a sus hermanos, será recompensado, pero los egoístas, los orgullosos y los hipócritas, los patrones y los poderosos del mundo serán maldecidos y arrojados como leña seca en el fuego eterno".

"Se oirán gritos y rechinar de dientes, blasfemias y quejidos; mas Dios permanecerá sordo a todos los ruidos de las tinieblas y la paz de los justos no se verá turbada".

Asocié a mi gloria futura mis discípulos más íntimos, pero hacía depender el cumplimiento de mis promesas del cumplimiento de sus deberes.

"Os reconoceré, les decía, si habréis prestigiado mis doctrinas con vuestras obras y habéis sembrado virtudes con vuestros ejemplos, más que con vuestras palabras; si me habréis honrado con la humildad y pobreza de vuestra vida, con la marcha hacia Dios de vuestros Espíritus y con vuestro amplísimo amor para con todos los hombres.

"Anunciad mi ley, pero dad al mismo tiempo pruebas de vuestras esperanzas, despreciando los bienes de la Tierra y diciendo como yo: nuestro reino no es de este mundo".

Acostumbraos a defender a vuestro Maestro, poniendo en práctica lo que él mismo puso en práctica. El ejemplo impone la fe y produce el respeto, mucho mejor que las bellas armonías del lenguaje y que las más sólidas demostraciones de Espíritu a Espíritu. Los dones del Espíritu son improductivos cuando no emanan de la ciencia adquirida en un estado de pureza de intención y de seguridad de vistas; son efímeros cuando no determinan cada vez mayormente la emancipación de la fe y del amor.

Predicad mi doctrina, pero sostened válidamente el derecho que tenéis para predicarla. **Este derecho consiste en el abandono de toda supremacía humana y en el sacrificio completo de vuestros intereses terrestres.**

Os daré fuerzas para triunfar de vuestros enemigos y mi casa será vuestra casa; pero si vosotros os volvéis prevaricadores de la ley, me retiraré de vosotros.

Mis discípulos me alcanzaron y rodeado de todos ellos fue como yo me hice de un círculo de oyentes en el Templo, y principalmente en las dependencias del Templo. Entre ellos había más denunciadores que verdaderos creyentes.

La costumbre de esos tiempos, hermanos míos, era la de que los hombres colocados en evidencia por su erudición e inclinación del Espíritu a las cosas públicas, se viesan honrados con atención de los otros hombres, en todas las circunstancias que les permitieran establecer nuevas ideas y sostener una opinión ya formulada. En el Templo las piadosas demostraciones eran seguidas a menudo de discusiones científicas y de atrayentes conferencias, pero esas discusiones científicas y esas conferencias de alto valor no tenían por lo general al pueblo como testigo. El pueblo prefería los análisis rápidos de lo que había tenido lugar en las asambleas, en las mismas asambleas, y la multitud, es decir, el pueblo menos iluminado pero más impresionable, se alimentaba de emociones en los sitios públicos, y principalmente en las galerías del Templo, en donde se encontraban reunidos los accesorios de una devoción ignorante y de excitación hacia todos los atractivos banales de la curiosidad y de la vanidad humanas. Como simple jefe de escuela, yo habría podido inspirar confianza en los hombres más letrados del pueblo, exponiéndoles el extracto de las doctas asambleas y no mezclando, sino con prudencia, a las opiniones de cada uno las expansiones de mi propio Espíritu; mas el sentimiento de mi destino era demasiado dominante en mí, para que yo me sometiera a la lentitud de un éxito paulatino (ya hablé de ello al referirme a las instancias de mis amigos al llegar a Jerusalén). Y me coloqué en frente de los odios y de las venganzas.

La ley judaica no representaba a mis ojos sino el código grosero de un pueblo esclavizado por las fuerzas especulativas de dos aristocracias: la de la inteligencia, guardiana severa de la superioridad relativa; la de la materia libre, luchando sin descanso por los derechos que dan y conservan la posesión del mando feroz. Usurpación de clases privilegiadas, acciones restrictivas de la libertad del Espíritu humano, creado para la libertad, fanatismo degradante, devotas impiedades, holocaustos sacrílegos, delaciones e hipocresías, yo empleaba para combatirlos todo el ardor de mi alma, todas las potencias de mi voluntad, todos los recursos de mi Espíritu, a través de las vergüenzas morales y de las vituperables exacciones.

Me sostenía en ese ardor del alma calculando los pocos instantes de vida que me quedaban y alimentaba y mantenía vivas esas energías de mi voluntad, esos estremecimientos de cólera en el recuerdo y la contemplación de delictuosos deseos de contagiosas depravaciones, de cobardías y de asquerosidades humanas. Las dependencias del Espíritu me inspiraban un profundo disgusto por la humanidad entera. No decía ya: "*Acatad la ley del César*", sino:

**"No hay más que una ley y ésta es la que yo os traigo. Todos los hombres son iguales y tienen que dividirse entre ellos todos los bienes de la Tierra".**

La continua tensión de mi Espíritu hacia los honores espirituales me ocultaba lo que estas enseñanzas tenían de defectuoso; y después de dieciocho siglos no veo todavía el mundo de mis aspiraciones sino mediante la óptica de mis esperanzas.

Hermanos míos, la dependencia de los Espíritus de la Tierra tendrá lugar hasta el momento de su elevación en la jerarquía de los Espíritus de la patria universal, y hagamos resaltar aquí la aberración del Espíritu de Jesús, aberración propia de todos los Espíritus adelantados, a objeto de examinar las causas y los efectos de estas aberraciones. La desproporción de luces espirituales de un Espíritu, con la situación temporal de este Espíritu en la naturaleza carnal, establece luchas y transiciones que se parecen a turbaciones intelectuales.

El Espíritu oprimido por una ciencia que se excede de la fuerza de concepción de los que lo rodean, desvía a menudo su mirada de los horizontes luminosos y deja invadir su pensamiento por las combinaciones de un orden material, para asociar fuerzas diferentes hacia la consecución de un objetivo, si no glorioso inmediatamente, al menos aprovechable para una gloria futura. El Espíritu honrado por productivas alianzas en el pasado, de visiones y de realidades llenas de promesas en la hora presente, camina con paso seguro, especialmente en medio de las dificultades y de las insidias que le crean y le sublevan en su contra los ignorantes y los perversos. En seguida este Espíritu desfallece y no recobra su coraje mas que convulsivamente y se arroja en las extravagancias de las ideas de acuerdo con las opiniones de los hombres y da a la linterna que posee las dimensiones de una tea incendiaria. Así procedió el Espíritu de Jesús en los últimos años de su vida de Mesías.

Para que la aplicación de los preceptos de igualdad y de fraternidad tengan fuerza de ley, en un mundo, es necesario que la mayoría de los Espíritus de ese mundo estén penetrados de la misma fuerza moral para conseguir idéntico fin. Conviene que la espiritualidad se encuentre muy por encima de la materialidad y que esta se encuentre libre de todas las deprimentes formas de conservación, así como de todas las estrechas modalidades del gusto y de los deseos. (1)

**(1) Quiete decir que no lo domine el apego a la vida material, sino que se encuentre superior al instinto de conservación y a todas las atracciones, gustas y deseos de la vida de los sentidos. — O. R.**

En una palabra: La ley de Dios en su expresión más pura no puede ponerse en práctica sino por Espíritus perfeccionados, que se encuentren en un medio también perfeccionado.

Jesús era, pues, un mal Espíritu cuando decía: Todos los hombres son iguales y deben dividirse los bienes de la Tierra.

Jesús, y después de él todos los que han pronunciado esta máxima se han equivocado de fecha: Jesús y todos los que querían o quieren el desarrollo de una humanidad, no debían y no deben, en ninguna circunstancia, determinar acciones con teorías no apropiadas a la inteligencia de los miembros de tal humanidad. Permanezcamos firmes, hermanos míos, sobre las ideas procreadoras del porvenir; hagamos resplandecer en la soledad de nuestra alma el rayo de oro que ha de calentar todas las almas; pero no arrojemos nuestras esperanzas, nuestra ciencia, nuestra felicidad como juguete de los estudios juveniles y procuremos no exponer la llama en los parajes en que sopla el vendaval.

El porvenir empieza a la hora siguiente, preocupémonos en saber medir bien la parte de cada hora. No confiemos nuestros tesoros sin saber antes a quien los entregamos; no introduzcamos en el mundo la confusión de las lenguas; hablemos de conciliación y de esperanza a todos, pero hablemos de libertad tan sólo con los sabios. La fraternidad sin la luz de la fe es imposible. El amor separado de la fraternidad universal no es más que un simulacro de amor. **Descubridlo a Dios, ya lo sabréis adorar. Descubrid vuestro destino y os amaréis los unos a los otros y Dios os amará. Consultad la moral que se desprende de la ley de Dios y despedazad las armas homicidas, en nombre de la fraternidad de los pueblos.**

Siempre existirán pobres y ricos, jefes y subordinados en el mundo Tierra, pero la emancipación gradual les dará a todos la comprensión, y de la emancipación completa surgirá el bienestar general.

Jesús tenía que contemplar con impaciencia el espectáculo de la falsa devoción, de la incuria moral de las ilógicas creencias, del embrutecimiento de los Espíritus y trataba con dureza en las galerías del Templo a los detentadores de los pobres animales, destinados al suplicio, a los mercaderes de objetos fútiles, de muestras de amuletos, de sortilegios y de pretendidas imágenes religiosas.

"Vosotros convertís la Casa de mi Padre en una caverna de ladrones, decía él; y tiraba al suelo los bancos, juntando el furor del gesto con la cólera de la voz y de las miradas".

Los corrompidos hipócritas lo hacían sufrir aún más y no les perdonaba en ninguna circunstancia.

Vosotros sois sepulcros blanqueados. El ojo de los hombres no se detiene sino en las apariencias; pero Dios ve la podredumbre que reina bajo de ellas.

Vosotros tenéis la dulzura sobre los labios y el odio en el corazón vuestras limosnas, vuestras plegarias, vuestras penitencias no son sino medios para engañar a los hombres y gozar de prerrogativas en medio de ellos. Pero Dios se cansará y vosotros seréis tragados bajo las ruinas del Templo que diariamente profanáis. - ¡Sí! - Este Templo perecerá y yo

construiré otro, que será inmortal, porque todos los hombres adorarán en él a Dios como hermanos; porque todos los hombres se reunirán en la fe, siendo la palabra de Dios eterna y que soy yo quien la trae.

"-¡Pobres locos! - les decía Jesús a los hombres entregados a la vida alegre y al orgullo; vosotros destruís el porvenir en obsequio del presente y el presente huye como una sombra; adornáis vuestros cuerpos y desnudáis vuestras almas; buscáis los honores del mundo cuando Dios solicita en vano los honores de vuestro Espíritu. Os arrodilláis ante el becerro de oro mientras vuestros hermanos carecen de alimentos y de ropas. Ahora os lo digo: aquellos que, ahora no piensan sino en cosas inútiles, se verán después completamente privados de lo necesario. Los que gozan de honores humanos, en el día de hoy, no podrán pretender sino humillaciones en el día de mañana. Y todos los que se complacen en los goces carnales, y todos los que colocan su felicidad en la posesión de las riquezas y del mando, serán los pobres, los desheredados, los parias de una nueva habitación temporal; vosotros tendréis hambre y sed, oh ricos egoístas; pediréis descanso, holgazanes orgullosos; y continuaréis en el trabajo, sin aplacar el hambre y la sed".

-! Ay de mi! - Se corrompieron mis discursos, recortándolos y aumentándolos. Se le dió elementos al error, se preparó la ignorancia con la mentira, atribuyéndome las siguientes palabras:

*"Si yo lo quisiera, destruiría este templo y lo reconstruiría en tres días".*

Se me quiso responsabilizar de todos los milagros, de que me hacían el autor algunos amigos míos; y de los que mis enemigos se valieron para perderme. Nunca he dicho ni hecho nada, conscientemente, que pudiera servir de base a las pueriles creencias en el trastorno de las leyes de la naturaleza, y si yo hubiese cometido este error, me acusaría de él del mismo modo que me acuso de debilidad en mis relaciones de afectos, de imprevisión en mis principios, de locos entusiasmos en mis últimos actos y de desgarradora desesperación en mi hora suprema.

Hermanos míos, recordemos aquí las palabras que pronuncié en el curso de mi vida de Mesías, tengo que desarrollar su alto significado, que no fué comprendido entonces, y que surge de estas mismas palabras. Refiriendo los hechos de mi vida de Mesías tengo que repetir palabras ya pronunciadas, porque estas repeticiones delimitan la verdad y sólo la verdad debe preocuparnos en esta confianza dada y recibida con la firmeza del libre querer y de la respetuosa dependencia del Espíritu humano en la luz de Dios. Cuáles son las debilidades de la naturaleza y la vanidad de los hombres en general, ellos lo sabrán con real sentimiento de verdad, cuando esta verdad les sea demostrada por la sencillez del escritor, por la modestia y sabiduría del moralista, por la fuerza de los principios, por la equidad del juicio y por el acuerdo de la idea con la expresión de la idea. Tendrán el sentimiento de la verdad, cuando la verdad no sea más desfigurada por la mezquindad de ambiciones mercantiles y por el esfuerzo del Espíritu para adquirir honores de celebridad humana.

De mi libre voluntad, de mi coraje tranquilo para demostrar la verdad en medio de los conflictos terrestres, pensad, hermanos míos, en recoger los frutos y no agravéis vuestras culpas, vuestra desgraciada situación de Espíritu, con una falsa opinión de la

dignidad humana, y con un deplorable uso de esa pobre razón, de que siempre alardeáis tan fuera de propósito. De mis instrucciones practicad un análisis serio. No os atengáis a la forma, haced una anatomía de su fondo.

No critiquéis las palabras, ni las repeticiones de estas palabras; comprended su valor e indagad lo que ellas os exigen, lo que os traen, y todo lo que os prometen en nombre de Dios.

Yo era poco conversador durante mi vida de Mesías y mi método de insistir en las afirmaciones me atrajo el apoyo de los hombres de buena voluntad así como el desprecio de los hombres frívolos, de los hombres de orgullosas prerrogativas, así como las burlas odiosas de los devotos hipócritas, la venganza de los feroces depositarios de las leyes sociales, inicuas y antirreligiosas.

Yo me repetía, es cierto; pero lo hacía con intención, y hoy mismo no podría penetrar el Espíritu de mis lectores con los principios de la felicidad espiritual en la luz divina, sino con repeticiones. Hoy mismo no sabría volverlo a decir suficientes veces la siguiente máxima que contiene todos los elementos de la ciencia y de la felicidad:

**"Manteneos en la fe y en el amor. La fe pide vuestra adoración hacia un Dios fuerte y poderoso; el amor os dicta los deberes de fraternidad. La fe ilumina el Espíritu; el amor hace los honores del alma. Vosotros no alcanzaréis la sabiduría más que por el estudio de Dios; vosotros no seréis fuertes sino por la concepción de la fraternidad".**

Desanimado a menudo y enfermo del cuerpo y del Espíritu, yo reposaba en el seno de una familia de tres personas, de la cual la posteridad se ha ocupado tanto, que me parece indispensable el enderezar, también en este punto, muchos errores y suposiciones.

Sébase antes que todo que mi huésped de Betania se llamaba Simón y no Lázaro; que se encontraba en perfecta salud a mi llegada y no leproso. Sébase que, durante la enfermedad contraída después por él, Simón nunca llegó a los extremos de tener que pasar por muerto, y sébase finalmente que yo no me he prestado en manera alguna a esta invención de un milagro.

Yo no conocía la familia de Simón, tampoco a Simón, antes de mi último viaje a Jerusalén y acepté la hospitalidad de ellos a preferencia de cualquier otra, porque su casa situada al pie de la colina, sobre la que se adosaba el pueblo de Betania, me brindaba una soledad llena de atractivos, con la perspectiva llena de movimiento de Jerusalén a mis pies. Simón y Marta, su esposa, no habían aun superado los veinticinco años; María, niña de trece años, era la hermana de Simón. Ella reunía a una gran dulzura de carácter gran tendencia hacia el espiritualismo. Los abuelos de las dos ramas habían fallecido, poco tiempo antes, muy cerca los unos de los otros. El hogar tenía el aspecto de un dolor profundo, aunque silencioso, cuando yo me instalé en ella. Marta encargada especialmente del manejo interno de la familia, empleaba en sus tareas tanta minuciosidad y una labor tan uniforme y ejecutada como con fatiga, que parecía obedecer mecánicamente a una fuerza motriz del mecanismo del alma. Simón era de carácter tétrico y la pequeña María se demostraba siempre triste, así como los sirvientes que participaban del mismo duelo de sus

patrones. Quise hacer penetrar en mis nuevos amigos mis doctrinas y lo conseguí. Marta fué la más difícil para convencer. Con esa mujer ignorante y empecinada en su ignorancia, tuve que renunciar a toda demostración seria referente a la vida futura; pero me manifesté tan agradecido a sus cuidados, tan deseoso de satisfacer su curiosidad, contándole las incidencias y las fatigas de mi vida nómada, tan feliz de lo que me rodeaba, que Marta, incapaz para analizar la fe de Jesús, abrazó esta fe como el náufrago se abraza de una tierra desconocida que le ofrece seguridad y reposo.

María comprendía mi misión, escuchaba mis conversaciones, se arrodillaba delante de mí cuando los demás me rodeaban; y buscaba de asir mi pensamiento, antes que él hubiera tomado las formas de la expresión. Mi mirada se fijaba tierna en ese semblante fresco, coronado por una frente pensadora, como una aureola reveladora del pasado y del porvenir. Cuando Marta se asombraba de la actitud libre y grave de la niña, yo la reprendía dulcemente, haciéndole comprender que las diferencias en el modo de manifestarse nacen de las distancias que separan a los Espíritus.

"Hónrate, Marta, por el cumplimiento de tus deberes, pero deja que esta niña se expanda en mi amor. Cada uno de nosotros debe acumular tesoros en medio de la posición que le ha señalado la Divina Justicia"

Las relaciones de Jesús, hermanos míos, han dado lugar muchas veces a afecciones medidas, pero a menudo también a afecciones entusiastas, que descansaban las unas sobre la fe religiosa manifestada con una voz simpática, sobre una doctrina aplicada ampliamente a las necesidades del corazón y a las aspiraciones del Espíritu; las otras sobre la difusa alianza de la esperanza en Dios y del impulso hacia la criatura; sobre la dilatación de los sentimientos humanos, evitada su explosión por el pudor del alma, o dirigidos hacia un noble objetivo por una naturaleza superior a la que los exteriorizaba.

Me veo obligado a ocuparme de los atractivos carnales disimulados por el sello religioso, porque deseo al fin hablar de María de Magdala.

Si no he podido todavía enterar a mis lectores respecto de una personalidad tan íntimamente ligada con la mía, es porque debía hacerlo en una forma continuada, con la ilación necesaria para conservarle la importancia que los hechos le han dado. El momento me parece ahora oportuno para esta referencia.

En toda ciudad y pueblo de la Galilea se reunían, en días fijos, hombres de buena voluntad a objeto de dar lectura de la ley y explicar su espíritu. Estas asambleas libres, en que todos podían pedir y obtener la palabra, obtenían nuevos elementos de discusión con la presencia de oradores extraños al lugar. Estas asambleas se llamaban Sinagogas. Las Sinagogas se convertían a menudo en el punto de reunión de los que buscaban popularidad, y no estaba en realidad la gente suficientemente penetrada de la santidad del lugar. Dejando de lado estos abusos inevitables, la Sinagoga ofrecía el cuadro consolador de la alianza del mundo religioso con el mundo material, de la humanidad que se humilla delante de Dios, a objeto de pedirle la ciencia para comprenderlo y adorarlo.

Una vez que yo visitaba una Sinagoga en el perímetro que se extendía desde Tiberíades a Caparnaún, me sentí casi molesto por la atención de que me hacía objeto una mujer. Esta mujer, colocada a mi frente y a corta distancia, me dirigía una mirada, cuya luz y persistencia me obligaba a bajar la mía. Esta mujer era grande, joven y bella. Esta mujer, nacida en Galilea, había llegado recientemente de Sidona. Oyendo hablar de mí, se divirtió mucho al oír las prerrogativas que yo me atribuía; después ella pretendió estudiarme primero para unirme en seguida a la vergüenza de su vida. La tercera experiencia de María sobre mí tuvo por efecto hacerme su alma querida y que ese Espíritu aún distante del alma, me pareció digno de alcanzarla. El alma de María sufría por la abyección de su Espíritu. El Espíritu de María estaba pervertido por el amor impuro, bestial y delictuoso de los hombres. Quise dar a esa alma y a ese Espíritu el impulso de un amor que resplandece de llama divina, para resplandecer en la inmortalidad del porvenir; mas, ¡ay! María, dando el adiós para siempre a sus deseos de locas alianzas y de alegrías intemperantes, cayó bajo el yugo de una pasión humana, de que el alma no tuvo conciencia, y que el Espíritu se obstinó en llamar *pasión divina*. Después de nuestro tercer encuentro, María me pidió permiso para seguirme como lo hacían algunas otras piadosas mujeres que se juntaban con mis discípulos. Yo la llevé y le prometí facilitarle su conversión con mis consejos y mi apoyo. Demasiado tarde después percibí el amor carnal de María. Dios me dio la fuerza para mantenerme en mi posición de padre y de consolador; mas ella, pobre mártir, tenía que agotar todas las amarguras del remordimiento, sufrir todos los desvanecimientos del Espíritu, todas las desesperaciones del alma.

María de Magdala vivía en el desorden hacía ya siete años cuando la conocí. Ella me confesó su envilecimiento sin añadir a su confesión detalles fastidiosos, que nos habrían estorbado, y en seguida me refirió su infancia con la delicada franqueza de un alma ingenua y pura. Yo nunca me había engañado en mis primeros juicios respecto de este conjunto de gracias conmovedoras y de crudezas vergonzosas. Yo no me engañaba descubriendo un tipo noble y casto bajo la mancha de inmundos amores. Mas caí en el engaño al creerla a María toda de Dios, y tuve necesidad de ser sostenido por poderosas alianzas espirituales para no ser vencido por una afección terrestre. María tenía veinticuatro años cuando la vi por primera vez. Cuando mi madre vino a Caparnaún, María de Magdala había sido ya recibida por mis discípulos y comprobé con alegría la acogida natural y benévola de las dos mujeres que he amado más que todo sobre la Tierra. Cuando tuve que demostrarle dureza a mi madre porque quería hacerme renunciar a mis trabajos de Apóstol, encontré a María bañada en lágrimas entre los brazos de la abandonada. Ellas se prometían mutuamente una dedicación inalterable y mantuvieron su palabra.

María no se encontró conmigo en las nupcias de Canaán, pero me acompañó en mi última visita a Nazaret y nunca me dejó desde entonces. Volveremos a verla en Jerusalén y la introduciremos en la casa de Betania, en donde fué testigo de todo lo que pasó entre la familia de Simón y yo.

Esta familia compuesta de tres personas me colmaba de cuidados y de respetuosa ternura, se multiplicaban al exterior con naturales dependencias y con simpáticas relaciones sociales. Esta familia de tres personas, cuyos corazones yo había reanimado e iluminado los Espíritus, me demostraban delante de todos el homenaje de una gratitud entusiasta, y es a



un exceso de honores tributados a mi carácter de Apóstol, que debe mi amigo la mancha que me acompaña su recuerdo entre los hombres.

En el número de los parientes de Simón, cuyo recuerdo me es querido, cito a Dalila, esposa de un hermano de Marta, Eleazar, primo de Simón, y Alfeo, también primo de Simón, pero que vivía en Jerusalén, mientras que Eleazar vivía en sus cercanías. Lo mismo que Simón, tampoco Eleazar era leproso.

Alfeo resultó uno de mis fervientes discípulos. Era un hombre de alta moralidad y le soy deudor de tanta felicidad íntima por la alianza de nuestros Espíritus, cuanto de gratitud por los actos exteriores de su obsequiosidad.

Dalila, santa y sublime mujer: ¡Ana, mi querida Ana, siempre tan activa y enérgica, recibid las dos, aquí, el testimonio de mi palabra como reconocimiento de vuestra virtud en la fe y en el amor! Ana no pertenecía al parentesco de Simón; mas ella y su marido me fueron devotos desde la época que los encontré en la casa de Betania, el marido me prestó muchos servicios en Jerusalén. Se llamaba Gabes.

Mis amigos de Jerusalén tomaban a menudo el camino de mi morada en Betania, por haber juzgado yo, después de algunos días de agitación, que sería necesario alejarme del centro de las masas para hacer que mis discípulos se penetraran mejor de la grandeza del acto que estaba por cumplir. Yo lo procuraba así con graves discursos, con la solemnidad del Enviado Divino, con formas simbólicas, con palabras profundas y fáciles de interpretar de diferentes maneras, para reunir a todos los hombres, fuertes y débiles, libres y supersticiosos, en el sentimiento de mi elevado destino. Si hubiera hablado únicamente en manera de hacerme comprender de los que razonaban respecto de mis doctrinas y de los títulos que yo tomaba, habría fracasado ante la posteridad y mi luz se habría apagado bajo el soplo del huracán que estaba por arrebatarme corporal mente.

Me eran necesarios los partidarios de lo maravilloso para sostener el pedestal sobre que se levantaría mi filiación divina. Me eran necesarias masas ignorantes para arrastrar las fantasmagorías de hombres más o menos sinceros en sus juicios, más o menos interesados en sus cálculos. Yo comprendía la necesidad de emplear un silencio hábil respecto de errores que señalarían mi personalidad con un distintivo divino, y el interés del porvenir sería el que me indicaría las actitudes que debía tomar, los gestos, la frialdad, la fuerza, en medio de las demostraciones furiosas, de las acusaciones estúpidas brotadas del odio, de la embriaguez amorosa, de los dislates de la credulidad, del trastorno de las leyes naturales. Pero confiaba en mi carácter de Mesías para allanar el camino a mis sucesores contando con su clarividencia y con su probidad. Yo quería al ofrecerme como víctima sobre el altar de Dios, sacudir y más a esa multitud de impíos y delincuentes que en todos los tiempos, ensucian sus labios con la mentira y hacen desbordar el odio de sus corazones; pero tenía sobre todo en vista el confiar a mis fieles más inteligentes la consolidación de mi obra después de mi muerte.

"Esta obra es vuestra obra, yo les decía. Mi Padre nos bendecirá juntos y la gracia nos hará los guardianes del porvenir hasta la consumación de los siglos. La gracia se

adquiere con la renovación de las pruebas y con los espontáneos impulsos del alma hacia las verdades eternas".

"La gracia se convierte en el santuario del pensamiento, la barrera insuperable de la virtud, cuando el pensamiento se ha alimentado, de habitación en habitación, con las investigaciones intelectuales del Espíritu, referentes a su suerte, y que también la virtud se ha acrecentado de etapa en etapa, con la firmeza de su marcha en medio de la oscuridad y de los peligros".

"El pensamiento no se borra. Sigue a través de los mundos, se comunica en los espacios, liga entre sí a los Espíritus, sanciona el principio de fraternidad y cumple milagros de amor".

"Permaneced, pues, convencidos de mi presencia, aun cuando ya no me veáis, y llamadme siempre el Señor nuestro Padre; partid el pan y el vino, como si mi cuerpo ocupase el puesto que hoy ocupa, y decid: ésta es su sangre; ésta es su carne, Y mi Espíritu se alegrará y el lugar vacío será ocupado, porque el deseo determina el deseo y el pensamiento se introduce en el pensamiento, mediante el mutuo deseo".

"Ahora os lo digo: la gracia se obtiene con la fe y con el amor. Quienquiera crea en mi palabra y la divulgue, será visitado por la gracia. Quienquiera dé a mis palabras un sentido que yo no le doy ahora, con el propósito de sembrar divisiones entre los hombres para formarse una posición de autoridad en el mundo, se convertirá en mi enemigo y yo lucharé en contra de él y derribaré sus proyectos. Suceda ello un tiempo o en otro, Dios medirá la intensidad de la derrota a infligirse de acuerdo con la duración de la ofensa. Dios hará resplandecer su luz en medio de las tinieblas de acuerdo con la cuota de los deseos que se agitarán en el seno de las sombras y con la cuota de los pedidos que se habrán formulado. Entonces Dios llamará a su Hijo amado y el Hijo volverá en Espíritu entre vosotros, y lenguas de fuego pasarán sobre vuestras cabezas, para instruir a los hombres de buena voluntad, como lo hago yo hoy."

Nicodemo daba a sus visitas una forma misteriosa que acusaban a su corazón y a su Espíritu de debilidad y de respetos humanos. Favorable a mis proyectos del porvenir, temía las efervescencias del momento. Admirador apasionado de mi doctrina, no se hubiera sin embargo atrevido a sostenerla delante de los demás; pero conmigo y con mis discípulos, Nicodemo se explayaba y llevaba a los Espíritus el convencimiento de que se encontraba honrado por mi alianza, porque yo mismo me veía honrado por la filiación divina.

José de Arimatea me sostenía con todo el calor de su alma, con toda la vehemencia de un padre tierno e infatigable, como asimismo con toda su importancia social. Hacía causa común conmigo y se hubiera aún expuesto a la muerte, si yo no le hubiera demostrado, de una manera perentoria, la inutilidad de su sacrificio y la necesidad en cambio, de su concurso después de mi desaparición. José de Arimatea era sobre quien yo más contaba para dirigir lo que había fundado y todo lo que pretendía afirmar con mi muerte corporal y con mi resurrección en Espíritu. José era mi confidente más seguro y precisaba de su inteligencia para sacar partido de las más pequeñas circunstancias favorables a nuestra causa, como también de su devoción en el cumplir y en hacer cumplir

mis últimas disposiciones. José me había recibido de niño para ayudar los designios de Dios a mi respecto; él tendría también que, al recibir mi cuerpo privado de vida, continuar a servir a la Providencia con los obstáculos que pondría a los propósitos delictuosos de los hombres.

Marcos pertenecía a una familia en buena posición de Jerusalén. El padre ocupaba un empleo importante de gobierno, a pesar de ser hebreo; porque los romanos en esos tiempos no establecían diferencias entre los hombres de nacionalidad y religión diferentes, siempre que ellos (*1*) les parecieran merecer el ser elevados por la inteligencia del Espíritu y elevación del carácter. Los romanos, por otra parte, desdeñaban la opinión de los hombres que sometían bajo su dominación, y buscaban siempre a los más hábiles para llenar los deberes de los cargos importantes.

Jerusalén se había visto agitada por graves sediciones populares; pero en la hora a que hemos llegado, ella presentaba un aspecto de completa calma. Persuadidos de la inutilidad de sus esfuerzos, los hebreos soportaban con paciencia un despotismo orgulloso. Este despotismo no llegaba a ejercer presión sobre las creencias religiosas, pues por el contrario, todos los credos encontraban un apoyo en la indiferencia de los gobernantes. Jerusalén, como todas las dependencias del Imperio, se encontraba bajo la tutela de un depositario de los poderes del César, gobernante sin control y absoluto en sus juicios como en sus disposiciones. El peso de la administración civil le correspondía, es cierto, a una magistratura sacada de las escuelas sostenidas por el Estado, pero la misma ley se doblegaba ante estos invasores arrogantes, que no conocían otra moral que su propia voluntad y no conocían otro obstáculo para su voluntad que el de la fuerza material.

El derecho, la ley eran letra muerta para esos bárbaros cuando se trataba de satisfacer un capricho del superior o de aplastar a un esclavo rebelde. Los tiempos de estos bárbaros atropellos no han desaparecido aún y ello es lo que me hace detener aquí para condenarlos. La guerra y sus horrores devastan aún el mundo de la Tierra; he ahí por qué aprovecho la ocasión para maldecir las instituciones de mi época; he ahí por qué me refiero a la historia general al escribir la mía.

Para ingresar en las escuelas era necesario ser pariente cercano de algún soldado muerto en el servicio de la patria o que se encontrara aún bajo las armas. Cualquier otra consideración, como ser: condición social, religión, naturalización, no tenía importancia. Los estudiantes tenían que ejercitarse en el manejo de las armas y recibían una suma en dinero si se enrolaban voluntariamente. El servido militar obligatorio no estaba en vigor para ellos.

Marcos, el estudiante, era casi un revolucionario, tanto detestaba todas las opresiones. Yo lo llevé hacia el sentimiento religioso, haciéndole saborear los atractivos de una doctrina que enseñaba la fraternidad entre los hombres bajo la dependencia de la paternidad divina, que aconsejaba el valor en la adversidad, la modestia en medio de la fortuna, el desprecio por las injurias, la conmiseración hacia todos los culpables. Marcos no me amó, sino que me adoró. Yo me había ligado demasiado fácilmente dos naturalezas ingratas. Recabé horribles desengaños, debido principalmente a mi primitiva ligereza de observación. Derramé amargas lágrimas por la fragilidad de algunas relaciones, por la

debilidad de mis preferencias, mas gocé también de las delicias de profundas y duraderas afecciones, y en esta historia, a menudo penosa, ellas vuelven a mi memoria, con emociones igualmente dulces, a las que experimentaba cuando su presencia reanimaba mi Espíritu entumecido, consolaba mi corazón, levantaba mi coraje, presentándome a la humanidad bajo su más noble aspecto.

Marcos olvidó por mí su fortuna, que no podía ofrecerme, porque aún no gozaba de ella; su familia, que lo trataba como un visionario, sus compañeros de placeres, sus hábitos ociosos, sus fantasías, sus distracciones y aun sus horas de trabajo, que decía reemplazarlas ventajosamente permaneciendo a mi lado. El bello carácter de Marcos hubiera debido producir la más favorable impresión sobre mis discípulos; por el contrario muchos le cobraron celos debido a nuestro recíproco afecto; otros no vieron en el abandono de su posición mundana más que un debilitamiento momentáneo de sus facultades intelectuales; otros buscaron los motivos de este abandono en la pasión que había debido inspirarle alguna de las mujeres que hacían parte del círculo de mis oyentes. En cambio José de Arimatea gozaba de lo que él llamaba una conversión, y los más clarividentes, y los más preparados, amaron y respetaron al valeroso discípulo de Jesús, que lo siguió al Calvario, que besó su cuerpo ensangrentado y desfigurado, que ayudó a José y a Nicodemo en la tarea nocturna, que murió joven, oprimido por el dolor, lleno de esperanzas, porque Jesús había muerto y él pronto volvería a verlo.

La facilidad para juntarnos daba atractivo a nuestras reuniones, y nuestra libertad no fué nunca turbada por visitantes indiscretos, ni por preocupaciones de peligros inmediatos. Mis discípulos de Galilea y yo formábamos una sola familia. En esta familia hay que comprender a las mujeres venidas también de Galilea, lo cual constituía un conjunto bastante complejo; pero la casa de Simón era vasta, puesto que muchas casas coloniales dependían de la habitación principal. Nombremos las mujeres venidas de mi querida Galilea para servirme hasta mi muerte. Pasemos rápidamente por encima de las primeras informaciones y cerremos este capítulo, hermanos míos, con el sentimiento de nuestra grandeza espiritual. Pronto nos volveremos a ver por efecto de esta grandeza, que derrama la luz divina sobre las debilidades humanas. Las mujeres venidas desde la Galilea eran: Salomé, Verónica, Juana, Débora, Fatmé y finalmente María de Magdala. De Salomé ya he hablado; Verónica era viuda, ella me había cuidado como a un hermano y respetado como a un Apóstol de Dios desde los primeros días de mi permanencia en Cafarnaún. Juana, Débora, Fatmé, demasiado jóvenes para encontrarse al abrigo de las calumnias, se reían de ellas con gracia, derramando sobre todas, y sin preferencias, los atractivos de su espiritualidad, la generosidad de sus corazones. Las tres gozaban de un discreto bienestar y decían, riéndose, que nosotros éramos sus hermanos y nos correspondía una parte de ese bienestar, como más tarde lo tendríamos en el Reino de Dios.

Mi madre se encontraba en Jerusalén desde algunos días, pero yo no lo sabía. Yo le había exigido el sacrificio de que no me siguiera y que esperara un aviso mío. Pero María de Magdala mantenía relaciones con mi madre, y, para combinar mejor los medios de arrancarme a la muerte, ella le hizo instancias para que se trasladara a una casa de las proximidades de Jerusalén. Mis hermanos José y Andrés fueron ellos también a Jerusalén. El propósito bien firme de ellos era el de apostrofarme, el de desmentir públicamente mis "palabras, insinuar a la muchedumbre de que yo me encontraba presa de la locura para

pedir la fuerza a fin de separarme de la compañía de mis discípulos. Este complot me era muy bien conocido, así es que me preparé para hacerlo fracasar y resolví para el efecto permanecer más tranquilo aún en mi retiro. Las dos Marías ignoraban el proyecto de mis hermanos. Ellas tenían esperanzas en la desesperación de su amor, para hacerme descender de la gloria de Mesías a la ignominia de la debilidad. Para mí, el peligro era este y la lucha tenía que ser horrible.

Hermanos míos, en el duodécimo capítulo de este libro os expondré mis últimas luchas de la carne con el Espíritu; mis supremas angustias de hombre; mis indecisiones en el sacrificio y, finalmente, la victoria definitiva de la espiritualidad sobre la materia.

Nosotros haremos también de mi muerte, precedida de tantos asaltos dados a la naturaleza humana, el objeto de un estudio profundo sobre el martirio impuesto a un hombre por el hombre, y sacaremos esta consecuencia indestructible, que la vida humana se encuentra bajo la dependencia de Dios, y que destruirla es infligir un insulto al Creador.

Hermanos míos, os bendigo en el nombre de Dios nuestro Padre.

## CAPÍTULO XII

**Causas de la muerte de Jesús. Oposición de su familia y amigos a su decidido propósito de dar cima a su mesianismo con el martirio. Sus hermanos pretenden hacerlo pasar por loco, mas él consigue de la madre que los retenga en Betania. Sigue mientras tanto el Maestro con ahincó la exposición de sus doctrinas, fustigando a los sacerdotes, de cualquier religión que ellos sean, que se apoyan en la fuerza y llegan hasta el homicidio para imponer lo que ellos creen ser la luz de Dios, el que manda en cambio: "No matarás". Fustiga asimismo a los depositarios de la fuerza pública, que no la cumplen en bien de BUS subordinados. Jesús, mientras tanto, presentía la proximidad de su fin y no perdía el tiempo, activando por el contrario su propaganda.**

HERMANOS míos, las causas de mi muerte pueden definirse así:

"El delito de Jesús en el pasado fué el de facilitar las sediciones populares, propalando por el intermedio de los sacerdotes sospechas de connivencias con los paganos".

"El delito de Jesús más tarde, fué su desviación hacia el culto fundado por Dios mismo, y esta desviación del culto resultó de mayor gravedad y de mayor poder de seducción por la cualidad de Hijo de Dios que Jesús se abrogaba".

"La ley mosaica tenía que alcanzarle a Jesús, a quien tenían que infligírsele el suplicio de la lapidación. Pero el juicio de la casta sacerdotal precisaba la adhesión de esa misma autoridad que a menudo se desentendía de las cuestiones que se suscitaban entre los hebreos, y precisábase también del concurso popular para el cumplimiento de la venganza del clero. Por lo cual se tomaron de las últimas predicaciones de Jesús pruebas de culpabilidad coma perturbador y abolicionista de las leyes civiles, a más de las religiosas, para hacerlo caer así bajo la jurisdicción de Ponda Pilaros, procurador romano. Y ante el pueblo se le acusó a Jesús por *seducción y alianza con el Espíritu de las tinieblas.*"

Refiero aquí los motivos de mi condena, motivo cuyo valor discutiré después, al mismo tiempo que daré una explicación de cada uno de los delitos que se me acumulaban, por defecto de una reproducción inexacta de mis enseñanzas. Ello nos llevará a extensos desarrollos y tendré que honrar el coraje de mi intérprete, que sufrirá por estos minuciosos detalles, más de lo que haya sufrido a causa de las anteriores presiones de mi Espíritu.

José y Andrés preparaban las humillaciones con que fui amagado más tarde, refiriendo lamentables episodios de mi infancia; referentes a los últimos días de mi padre y al abandono de mi madre. Ellos agregaron a la expresión de su falsa piedad por la que designaban como mi pobreza intelectual, la difamación de mi vida íntima y de mi cualidad de Hijo de Dios, mediante viles espionajes, con juicios desleales y con una designación burlesca en cambio de la que yo había tomado.

No busquemos, hermanos míos, en los libros del antiguo estilo una explicación del título de *hijo del hombre*, que se me otorgó por burla, como acabo de manifestarlo. Desembaracémonos de las tenebrosas historias para poder elevar nuestra narración hasta la sencillez del Espíritu, que todo lo aclara. No levantemos, por otra parte, una desaprobación demasiado severa sobre ciertas personalidades desde que el fermento de las ideas y el

empuje del Espíritu resultan muy a menudo de causas oscuras para la inteligencia humana. Defendamos nuestra alma y nuestro Espíritu en contra de todos los entusiasmos y en contra de todo lo preconcebido. Hagamos distinciones entre las diversas graduaciones, pero no maldigamos a nadie. Hagamos de la vida de Jesús un código de moralidad para todos los hombres y esforcémonos en demostrar que la vida humana debe ser respetada, porque ella es una emanación del alma divina. La vida humana encerrada en los límites impuestos por el Creador es un descanso en medio del camino de la inmortalidad. La vida humana deformada por el vicio, acortada por los excesos, torturada por los odios, despedazada por el delito representa una espantosa falta de razón que revela la bestialidad de la naturaleza, aun no domada, la vuelta hacia la bestialidad primitiva, a causa de un regreso en el orden ascensional; las dos, bestialidad de naturaleza y bestialidad regresiva, constituyen los verdaderos flagelos del mundo. La primera revela la fuerza brutal de la bestia; la otra, dirige las tendencias de la bestia como para hacerlas más mortíferas. Las dos desarrollan, mediante el contacto, los males asquerosos del alma, del Espíritu y del cuerpo; las dos marchan entre la sangre, se alimentan de orgías, se duermen, vencidas por la saciedad, encima de ruinas.

Representándoos a Jesús en los últimos momentos de su vida de Mesías, hermanos míos, no alimento la idea de llamar vuestra atención tan sólo sobre Jesús, pero sí pido que todos los que lean estas páginas reflexionen profundamente respecto de las enseñanzas que ellas ofrecen a su consideración. No tengo más que un propósito, esto es, el de convertir en mejores a los hombres, propósito que se alcanzará si ellos meditan sobre mis palabras.

Defino las heridas de mi alma para caracterizar el acercamiento que existe entre las almas humanas. Explico la culpable intención de los que me desconocieron para volver a traer hacia una dulce resignación a los que se ven calumniados. Declaro enemigos míos a los perspicaces, a los orgullosos, depravados, reconociendo en cambio como nuevos discípulos, a los hombres de buena voluntad, a los humildes, a los desheredados de bienes del mundo, a los hambrientos de los tesoros eternos. Siempre digo: **El que no está conmigo está en mi contra.** Felices los que hacen provisiones para la vida futura y que caen en la pobreza voluntariamente durante la vida presente; el Reino de Dios les pertenece. **Buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá.** La luz y la verdad son dones de Dios, esparcidlas ampliamente entre todos los que os las soliciten, con el ardor de un alma libre y con un Espíritu deseoso de las cosas celestes. Por cuanto yo soy siempre el Mesías, Hijo de Dios, que desciendo de la luz para sostener todo lo que ya sostuve, para defender todo lo que ya defendí, para combatir todo lo que por mí ya fué combatido. Por cuanto yo vengo para destruir y para reconstruir, para demostrar a mis discípulos cual es el Reino hacia el cual deben aspirar. Tal Reino no es de este mundo. No hay ya lugar a equívocos. El Espíritu libertado de las sombras de la naturaleza humana se ilumina de luz divina no siéndole ya posible desviarse por ignorancia ni empequeñecerse por temor a las crueldades de los Espíritus humanos. Este Espíritu, desde la elevación en medio de la que Dios lo admitiera, baja hacia este mundo para traeros la concordia y la esperanza, proclamar la inmortalidad y el amor universal en nombre de Dios.

Volvamos, hermanos míos, al punto en que os dejé a fines de mi último capítulo.

La tranquilidad de que yo gozaba en Betania se parecía al silencio que precede a las explosiones, porque en Jerusalén, el odio sordo de los sacerdotes empezaba a manifestarse ostensiblemente y el pueblo, de cuyas simpatías yo no gozaba desde las bravatas que lanzara en las proximidades del Templo, prestaba oído complaciente a los díceres que se hacían correr respecto de la ineptitud y falsa virtud de mis máximas, respecto de la vanidosa pretensión de mi Espíritu, que yo me habría complacido en evidenciar, juntamente con las demostraciones de mi pobreza y abnegación corporal. Mi madre se encontraba en Jerusalén debido a un llamado de María de Magdala. Ella había formado en esos momentos una inquebrantable voluntad. Se negó a volver a Nazaret y me vi obligado a contemplar hasta mi muerte esa su tristeza que constituía un vivo reproche para mi sacrificio, ese dolor que penetraba en mi alma debilitándola. María de Magdala hacía derroche, ante mí y mi madre, de toda esa energía que puede arrancarse de la pasión y de toda esa dulzura y suavidad que nace de la plegaria. Se retorció en los espasmos de la desesperación o se arrodillaba piadosamente para pedirle a Dios el poder de abatir mi resolución. Ella se arrojaba a mis pies para manifestarme, con voz baja y temblorosa, toda la felicidad de un amor puro, pero invasor de los resortes del alma y de las facultades del Espíritu. Después se levantaba, abrazaba a mi madre, la cubría de besos frenéticos y me suplicaba que las salvara a las dos de la muerte y del infierno, a donde a las dos las arrojaría mi suplicio y mi gloria.

El renovarse de tales demostraciones producía sobre mi Espíritu el efecto de accidentes que interrumpen el curso de los pensamientos. Me sentía acabado por la emoción cuando alguna feliz sacudida venía a arrancarme de los brazos maternos que pretendían retenerme con su contacto ardiente, capaz de volverme loco o cobarde.

A María de Magdala no la quería solamente mi madre, todos mis discípulos y las mujeres venidas de Galilea también la querían. Marta, Simón, la joven María, notaban en ella las sólidas condiciones de la mujer desengañada y cansada de los placeres mundanos, al mismo tiempo que descubrían en ella el semblante resplandeciente por la gracia y suaves condiciones de alma. María de Magdala era más instruida que la mayor parte de los que me rodeaban. Ella me era deudora del desarrollo de su Espíritu y de la seguridad de su juicio, pero aun antes de habernos encontrado ella poseía ya más conocimientos de los que poseían en general las mujeres de ese tiempo. María hubiera sido completa sin la concentración de su alma hacia una persona, si bien amaba no obstante a Dios con sinceridad. — ¡Pobre humanidad!

Propuse a mi madre que rae siguiera a Betania, para que no les ofreciera a mis hermanos un apoyo con su presencia, por cuanto no venía menos en ellos el desatinado propósito de seguirme. Puse de este modo un fin a nuestras penosas reuniones.

Mi madre me tenía más cariño a mí que a sus otros hijos. La elevada opinión que ella concibiera respecto de mi destino, cuando mi tío Jaime quiso participar de mis fatigas y de mis peligros, sirvió para exaltar ese sentimiento hijo de los cuidados e inquietudes que le había proporcionado el más endeble y menos simpático de los miembros de su numerosa familia.



Después de nuestra última entrevista de Nazaret, mi madre alimentaba un solo deseo: salvarme de la muerte. El descubrimiento que ella hizo del profundo afecto de María, le proporcionó una esperanza a la que asoció todos los demás medios personales, que consideró útiles para su propósito. - ¡Madre infeliz! - Cien veces más infeliz que si hubiese comprendido desde el principio la inutilidad de sus esfuerzos. - ¡Mártir humilde! - Mártir, cuyo martirio fué cien veces más cruel que si hubiese aceptado, como una orden de Dios, la renuncia y la separación.

Hermanos míos, la expansión de un alma en Dios no basta para darle la suprema comprensión de la fe, y mi madre, mi tierna madre, toda llena de las teorías de una religión imperfecta, no podía, a pesar de su confianza en mí, hacer tabla rasa de todo lo que había creído y practicado hasta entonces.

La libertad del alma se adquiere mediante la fuerza intelectual del Espíritu. Por fuerza intelectual no entiendo las aptitudes más o menos pronunciadas para el estudio de las ciencias exactas, sino el impulso positivo de la idea hacia la solución de tal o cual problema colocado en el campo de lo infinito; entienda determinar la fuerza intelectual del Espíritu, alimentándola con el deseo ferviente de conocer los orígenes e imprimiéndole el sello de una voluntad inalterable de avanzar siempre y más.

Rechazar una creencia que se apoya tan sólo sobre viejos prejuicios y erróneas referencias para abrazar una fe radiante de verdad, en medio de un cielo de luz fascinadora e infinita, es un hecho que no puede producirse sino con el derrumbe de las aspiraciones materiales; con la absorción del principio terrestre del Espíritu efectuado por el principio espiritual del mismo Espíritu. Es entonces que se rompen las ligaduras del alma y que ella, en posesión de su libertad, sigue al Espíritu que se encuentra en posesión de sus fuerzas.

Dios no se revela al alma que, aunque amante, resulta la esclava de un Espíritu que obra únicamente por solicitudes y no por propia ciencia y conciencia. Dios, pues, no se revelaba sino a medias a la mujer piadosa, pero ignorante de las fatigas que llevan hacia las delicias de la fe, de esa fe sin contradicciones y sin terrores, que se cierne por encima de los peligros y sonrío en medio de las torturas, que recibe luz de la faz divina para llenar todos los deberes, devorar todas las humillaciones, ir hacia todos los heroísmos.

Si mi madre hubiese hecho más fácil mi misión con su fe, hermanos míos, me hubiera ahorrado de una gran amargura durante las luchas de mis últimos días, entre los recuerdos de la vida que huía y las promesas de la vida que se aproximaba. Si mi madre y María de Magdala se hubieran asociado en toda la plenitud de la fe dentro de mis creencias, mi Espíritu se hubiera mantenido a la altura de mi familia espiritual, mientras en cambio la tendencia carnal de esos dos amores debilitó mis fuerzas y preparó mi debilidad sobre el madero del sacrificio. Mi fe no se ha doblegado. Cuando la fe se establece sobre la realidad demostrada materialmente, no puede debilitarse; pero la naturaleza humana humillaba tan profundamente al Espíritu agitado bajo la presión de las fantasías contradictorias, que tenía que hacer un esfuerzo para reconquistar esa libertad tan querida y tan necesaria para un Apóstol de Dios.

La dependencia de los Espíritus aumenta en relación con la inferioridad del mundo en que habitan, y agrego que, a pesar de las luces espirituales y de la fuerza intelectual de un Espíritu él tiene que sufrir más o menos deplorablemente por las sombras arrojadas sobre su ideal y por los asaltos dados a sus convicciones, en un mundo, en que todas las creencias religiosas se traducen tan sólo con demostraciones referentes al pasado, al porvenir, al presente y al honor del Espíritu.

La familia de los hombres se compone de alianzas sin homogeneidad y sin fuerza colectiva para alcanzar su objetivo. Estas alianzas se convierten en lamentables pruebas para los Espíritus honrados con la elevación alcanzada precedentemente en la jerarquía moral e intelectual.

En el ejercicio de su libertad el Espíritu encuentra la calma necesaria para su fe, el ardor para las concepciones atrevidas y la decisión para dirigir su obra. Pero, ¿puede acaso esta libertad ser completa y duradera? ¡Desgraciadamente, no! - No, puesto que la triste dependencia de los Espíritus, los unos de los otros, debe existir para el establecimiento de la Justicia de Dios en los mundos, en que la destrucción de las especies inferiores por otras especies superiores señala una marcha progresiva hasta llegar al hombre; en los mundos en que la enorme desproporción de los Espíritus entre sí proviene de causas laboriosamente definidas por la ciencia que demostramos, ciencia que reconoce la inmutabilidad de las leyes naturales. Ahora, constituyendo una ley de este mundo la dependencia material para los Espíritus, nadie puede eludirla, y el Espíritu superior que se encuentra de paso aquí conquista una libertad provisoria o se entristece en la esclavitud de su voluntad. Las debilidades de la fe son inherentes a toda creencia sostenida mediante concesiones de la razón. Las debilidades en la fe constituyen motivos de constantes esfuerzos para todos los que practican una religión sin comprenderla. El fanatismo, que consiste en una fe ardiente privada de razón, debe considerársele como una enfermedad del Espíritu. La fe verdadera jamás se separa de la razón. Ella señala una personalidad convencida de los atributos divinos y esta personalidad se ve obligada a doblegarse ante los deberes que de ello le resultan.

Cualquiera sea la causa directriz del deber, ella es el resultado de luchas, de claudicaciones, de faltas anteriores del Espíritu, y los deberes futuros del mismo Espíritu se constituirán de! mismo modo, sobre la base de sus medios actuales. Tan sólo muy lentamente la naturaleza humana puede desprenderse de sus tendencias carnales, sino que la fe verdadera proporciona el empuje del coraje, la perseverancia en las empresas, el desprecio por los peligros y el estudio de los deberes se hace cada vez más fácil, la materia se desgasta al conquistar nuevas posiciones el Espíritu, el que se eleva de etapa en etapa hasta el aniquilamiento de la materia. Hermanos míos, la fe verdadera honra la inteligencia laboriosa que ha recorrido diversos senderos, en los que se ha hecho de protectores. La fe verdadera es el premio de todos los Espíritus ancianos, cuyo adelanto intelectual no se ve deprimido por la decadencia moral.

¡Fe resplandeciente! — Tú nos confías el secreto de nuestros destinos. Tú nos das la explicación de Dios, de la sublimidad de sus leyes, del poder de su justicia y de su amor; tú señalas el deber con la seguridad de ser comprendido... el deber descansa en el cumplimiento de la ley general y en las obligaciones morales, establecidas en nombre de

los principios del derecho individual. La ley general, principio de derecho individual, emancipación, deducida de una creación inteligente; inmortalidad, consecuencia de la perfectibilidad; vosotros exhibís el Espíritu humano al desprecio de las grandezas universales, porque el Espíritu humano practica o aprueba el homicidio.

La familia humana sobrepasa todos los errores del juicio, cuando afirma el derecho de muerte.

Dios, árbitro soberano de los Espíritus, les concede el cuerpo como instrumento, y el cuerpo se conserva más o menos tiempo, según la dirección que le es impresa por el Espíritu y el lugar habitado por el Espíritu y por el cuerpo.

Decrecimiento anticipado de fuerza, o debilidad de nacimiento, intermitencia de salud y de enfermedad, desarrollo feliz o extenuación prolongada, amplitud de manifestación u opresión servil, decadencia natural o accidentes fortuitos, todo ello demuestra el cansancio actual o el cansancio precedente, todo ello explica la disciplina universal por medio de la prueba y de la rehabilitación, y rechaza los nombres, los más monstruosamente estúpidos como: *Dios de las armadas, Dios vengador, Dios celoso, Dios terrible.*

Viles asesinos, defensores embrutecidos de una mala causa, defensores sagaces de una causa incomprensible, heresiarcas realmente convencidos o valientes apóstoles de una falsa religión, que creéis verdadera, vosotros sois todos más o menos culpables delante de Dios y Dios os juzgará.

Delincuente endurecido, has de permanecer aplastado mientras no aparezca el arrepentimiento como indicio de castigo y la expiación voluntaria te sea tenida en cuenta como atenuante. Mas, llegado a este punto, podrás trabajar bajo las miradas de Dios y tu trabajo será recompensado. - ¡Pobre ignorante! - Has de vegetar entre vaguedades e indecisiones, hasta la aparición de una luz lejana, que irá aproximándose y haciéndote cada vez más visible. - Libres o encadenados, maestros de verdades, discípulos conscientes del error, Dios os tendrá en cuenta las circunstancias de esos errores, de la causa de vuestras debilidades y repararéis vuestras culpas y gozaréis de los honores debidos a las reparaciones.

Así es la Justicia de Dios. Ella levanta a los más grandes culpables, ordena la emancipación, lleva cuenta de los trabajos, pesa los actos de valor, prepara nuevas glorias a sus Mesías, después de haber purificado sus Espíritus, ofuscados por las glorias precedentes.

¿Justicia de los hombres, cuándo llegarás a ser una copia de la Justicia de Dios?

(Hermanos míos, empleo aquí la palabra *justicia* para designar vuestra fuerza social; mas vuestra fuerza social encontrándose privada de la idea que manifiesta la palabra *justicia*, reconozco que esta palabra es deficiente y seguiré empleándola tan sólo para ser comprendido.)

¡Justicia de los hombres, la que deja envilecerse, con todos los vicios una forma humana, y que, en un momento dado, toma esta forma humana y mata con el pretexto de dar un ejemplo del que precisara la sociedad, embebida de las más abominables máximas de inmoralidad y desprovista del sentido intelectual hasta el punto de que, por una parte, los mandamientos de Dios continuamente repetidos, no se ven jamás observados, y que, por otra parte, se niega la existencia de Dios. Justicia de los hombres, la que decreta la muerte con el sentimiento del deber cumplido que se apoya en la mentira, al invocar a Dios para matar, y que resulta siempre como una consecuencia de los instintos de la naturaleza bestial, cualquiera sea la creencia religiosa de que alardee!

Depositarios de la fuerza social, los puestos que vosotros ocupáis en este mundo de pruebas son consecuencia natural de las dependencias humanas y preparan otras dependencias humanas. La expresión de vuestro poder, no habiendo tenido jamás como causa motriz la emancipación de los Espíritus y el justo reparto de las ayudas materiales, constituirá siempre una vergüenza y una condena para vosotros. Recabaréis el sentimiento de vuestra inferioridad del recuerdo de las explosiones de vanidad de vuestro orgullo y sufriréis la terrible pena del *Talión*, aplicada inexorablemente en todos los casos de sangre, derramada deliberadamente o con la fría crueldad de una inteligencia humana. He aquí ¡oh depositarios de la fuerza social!, los castigos aplicados a todos los hombres, que han dirigido otros hombres sin antes iluminarse con el sentido moral e intelectual de los Seres superiores.

Justicia de Dios, la misericordia te acompañe, puesto que dejas una puerta abierta para el arrepentimiento. Justicia de los hombres, te acompaña la más espantosa demencia, puesto que, o nada sabes de la inmortalidad, y entonces arrojas a un precipicio sin fondo todos los pensamientos cuyo origen no puedes explicar, esas pulsaciones que hacen palpar otros corazones, esas fuerzas que parecen destinadas a producir más de lo que ha producido hasta ese momento (1) o tienes nociones respecto de la inmortalidad, ¿y por qué entonces te atreves a estorbar el camino hacia la inmortalidad? - ¡Espantosa demencia! - Ya lo dije. Justicia humana, Jesús como todos los condenados, que tienen tiempo para ello, podía ensayar iluminarte para salvar su vida, sino que Jesús debía considerarte suficientemente iluminada, y no se defendió. Justicia humana, pregunta a tus mártires por las diversas fases de su agonía; todos te dirán que jamás habían amado tanto como en ese momento, a los que estaban por dejar. Todos ofrecerán minuciosos detalles respecto de la calma mentida y de los alardeados actos de coraje, que deponen en favor de su valentía en el mismo momento en que el corazón gime despedazado por las ansiedades de la duda, de la vergüenza, de los remordimientos y de la naufragada esperanza; cuando el alma tiembla en frente de la horrible visión que le proporcionan los aparatos accesorios del suplicio, inventados por la maldad en medio de sus orgías.

(1)Se refiere naturalmente a la doctrina de las reencarnaciones, única que puede explicar el encadenamiento de los hechos, dando explicación de la mayor parte de ellos, que de otro modo resultarían como las páginas desparramadas de un libro, que, separadamente, nada significan. Así, ¿cómo se explicarían los odios o simpatías innatos que se manifiestan entre dos personas que se ven por primera vez? ¿Por qué en una misma familia, a despecho de la ley de herencia y a pesar de la igualdad del medio y de la educación, unos hijos salea perversos, otros virtuosísimos; unos intelectualmente deficientes, otros llegan a ser genios, etc.? Sólo la doctrina de las reencarnaciones explica *estas* diferencias. — O. R.

-¡Gran Dios! - ¡Cuánta sangre derramada sobre esta Tierra! - Tiemblo al pensar en el pasado, en el porvenir, en el presente, en todos los países, en todas las religiones, en todos los orígenes, en todas las castas, en todas las sucesiones, en todas las ambiciones y hasta en todos los caprichos manchados de sangre, y dirijo a todos los mártires mis reminiscencias de mártir, y elevo con fuerza mi voz hacia Dios, suplicando: Piedad, misericordia, Padre mío, para estos hombres, que una sociedad perversa ha empujado hacia el delito, mediante el ateísmo, y a los que castiga luego con el delito. Dice a todos los justos: lo mismo que vosotros he sufrido por la separación de la carne, lo mismo que vosotros he fatigado mi Espíritu en la contemplación de las miserias morales, lo mismo que vosotros dudé de la utilidad de mi vida. Y en ese momento solemne en que la naturaleza luminosa del Espíritu se turba bajo el peso de las aflicciones de la vida corporal, en ese momento precursor de mi libertad, la elevada figura de Dios pareció debilitarse y mi Espíritu se llenó de dolor y de pesaroso recordar.

¡Ay de mí! - Las explosiones de una alegría grosera, los insultos de un pueblo engañado, el abandono de la mayor parte de los que me amaban, la desesperación de las mujeres que me veían morir, la opresión de una intensa sofocación, todas las lívidas armonías de las últimas torturas del alma y del cuerpo, arrojaron en mi Espíritu una profunda tristeza que estalló en esta quejumbrosa plegaria:

**"Padre mío, ¿por qué me has abandonado? - Mártires mayor que la vuestra fué mi fe; mas si desmayé ante las atrocidades de la ingratitud humana, si sentí entorpecerse mi voluntad y titubear mi amor fraterno, fué porque las dependencias de los Espíritus se convierten en escollos para los grandes caracteres, cuando la fuerza de lo alto no los sostiene suficientemente en contra de los embates que lo asaltan desde abajo. Es que tenía aun demasiadas ligaduras para que pudiera recogerme en Dios solo. Mártires, la gran voz de Dios os lo dice por mi boca: El Espíritu se eleva rápidamente en el estudio de las leyes eternas, a raíz de una muerte impuesta violentamente, cuando esta muerte no es el coronamiento de una vida manchada por el homicidio".**

Hermanos míos, que un hombre depravado levante su mano sacrílega en contra de una vida humana no significa en manera alguna que una cantidad de hombres tenga derecho de matar al asesino, puesto que la muerte sólo le corresponde a Dios y no puede ser un medio para el uso de las criaturas. Cualquiera sea la forma dada al asesinato, el derecho de asesinato no puede existir, puesto que Dios no ha pretendido alterar tácitamente y según las circunstancias las palabras: Tú no matarás. Conclusión: **La aplicación de la pena de muerte es un insulto al Creador.**

Otra conclusión derivada del mismo mandamiento, **tú no matarás, es: La guerra y todos los actos que inundan la Tierra de sangre constituyen negaciones del principio divino y al mismo tiempo asquerosas saturnales del Espíritu en delirio.**

Pasemos ahora, hermanos míos, a hablar de la faz de la enfermedad de Simón.

Yo me había ausentado de Betania, llevando conmigo algunos de mis discípulos de Galilea. Teníamos que visitar las Sinagogas más cercanas de Jerusalén.

En Galilea, la sencillez cordial de los habitantes, mi elocuencia casi siempre improvisada, mis preceptos de moral ampliamente desarrollados, con una familiaridad que no excluía el respeto debido a la palabra de Dios, mis conversaciones fácilmente concedidas por mí, el derecho que otorgaba a todos de observar mis actos humanos, así como de interrogar mi ciencia espiritual, nuestras reuniones íntimas, a las cuales yo daba a menudo participación a nuevos iniciados, con el objeto de iluminar el pueblo con testimonios insospechables de devoción anterior a mi persona, y, en fin, en el teatro estrecho de mi emanación de Apóstol todo había contribuido a mantener la persuasión de mi autoridad divina. Mas en Jerusalén y en sus alrededores el pobre Galileo había de ser contradicho a cada instante. Las Sinagogas habían de serle hostiles, los fanáticos y los hipócritas le lanzarían injurias y el desprecio, cuyo desenlace se apoyaría en estas palabras: Es mejor que un hombre perezca antes que por él se conmueva la fe de una nación.

Fuimos tan mal recibidos en todas partes desde el principio de nuestra jira, que creíamos inútil el intentar nuevas pruebas en las Sinagogas, de las que nosotros constituíamos el escándalo, como decía la gente devota, y nos retiramos los dos hijos de Salomé, Mateo, Tomás, mi tío Jaime y yo a la ciudad de Efrón. Permanecimos ahí dos semanas y mientras gozábamos del reposo de la intimidad, tuvimos la satisfacción de aumentar el número de nuestros fieles. De una parte y de la otra nos dirigíamos las más tiernas despedidas, unidas a las más dulces promesas de volvernos a ver. Tan sólo yo sabía que no volvería. Mi hora se aproximaba.

A este respecto, hermanos míos, es necesario hacer resaltar la lucidez del alma, la penetración del Espíritu. Nunca debéis atribuir a causas extra naturales las faltas que son el fruto de vuestra incuria, las faltas cometidas por nuestro libre albedrío, los acontecimientos derivados de una acción de la voluntad, de un acuerdo o enredo de ideas, de un capricho furioso o de un estado de somnolencia. Nuestro destino, es cierto, se apoya en el pasado, mas es también incontrastable que él mejora o se agrava debido a los honores o a las vergüenzas del Espíritu y que estos honores y estas vergüenzas preparan el porvenir. Mi muerte voluntaria coronaría mi obra, pero nada me obligaba a una muerte voluntaria. Yo era todavía un **Mesías destinado a sufrir por los hombres y también a morir por ellos**, puesto que en la época que yo vine a la Tierra como Mesías, los hombres llevaban a la muerte a sus Mesías. Pero, lo repito, yo podía huir, y si mi hora estaba cercana era porque, queriendo elevarme por el martirio, veía que no era posible alargar la lucha.

Judas me traicionó, no porque estuviera fatalmente predestinado para semejante acto, *dependiente de mi acto personal*, sino porque, su carácter celoso lo empujaba a la venganza. Si yo hubiera evitado el suplicio, Judas habría encontrado otro medio para demostrar su resentimiento.

Supongámoslos a los hombres menos crueles ahora que cuando yo vine a la Tierra como Mesías, de lo cual debiera resultar algunas modificaciones en los sufrimientos preparatorios de la muerte y en los de la muerte misma. ¿Por qué los Mesías están destinados a grandes sufrimientos en los mundos inferiores? - Porque los Mesías traen

verdades y en los mundos dominados por las tradiciones de la ignorancia no pueden ser aceptadas las verdades sino a fuerza de trabajos, de humillaciones, de luchas heroicas y de loca desesperación, hasta la muerte, cualesquiera sean las peripecias de esta muerte.

Regresé a Betania contento de encontrar ahí a los que yo había dejado y evoqué las felices disposiciones de todos para festejar mi regreso.

Llegamos a la tarde y no obstante la primorosa acogida de mis discípulos, el abrazo efusivo de mi madre, y la emoción de las demás mujeres, me percibí de un malestar general.

"Pero Simón, grité, ¿a dónde está Simón?" - Marta, inundada en lágrimas, salió de una pieza contigua a la que nosotros ocupábamos. "Ven, dijo ella, por lo menos él morirá tranquilo, puesto que te llama".

María, mi pobre pequeña María, se arrojó entre mis brazos gritando: "¡Sálvalo, Jesús, sálvalo!"

Aparté a Marta y a María y entré en la pieza de Simón. Mi amigo era presa de una fiebre ardiente, pero tranquilicé inmediatamente a todos haciéndome garante de su salud. Me coloqué a su lado, permaneciendo así durante algunas horas (1) y me hice dueño de ese delirio, que no anunciaba ninguna lesión mortal. Cualquier otro, conecedor como yo de las ciencias médicas, hubiera obtenido el mismo resultado.

Seis días después, Simón se encontraba convaleciente y la eficacia de mi cura fué reconocida con el mismo entusiasmo que siempre daba a mis actos más sencillos una trascendencia funesta para mi seguridad presente y para mi dignidad de Espíritu ante la posteridad.

Para celebrar la salud de Simón, Marta tuvo la idea de dar un banquete en el que debía honrarse a mí especialmente, y para disimular a mis ojos lo que había de ofensivo en tal acto para mis principios, Marta me recordó una costumbre a la que nosotros habíamos dejado de someternos a mi llegada, debido a la tristeza que dominaba en la casa.

**(1)Este procedimiento yo lo he empleado y empleo, con éxito, a menudo. Todos pueden igualmente emplearlo, mediante un benévolo e intenso deseo de hacerle bien al enfermo. Ello no quiere decir que siempre se ha de obtener la cura, ni que nuestra acción ha de ser comparable a la del Maestro, pero bien siempre produce. — O. R.**

Esta costumbre designaba al visitante, como a un amigo esperado desde mucho tiempo antes; estaban prescriptas demostraciones a que no podía sustraerse el huésped, bajo pena de desmerecer en el carácter de amigo que le confería la hospitalidad.

Nos encontrábamos muchos en este banquete. Tomaron parte en él varios parientes, algunos notables del pueblo, todos mis discípulos de Galilea, Marcos, José de Arimatea, mi madre, Salomé, Verónica, muchas amigas y compañeras de Marta, formando en fin un total

de treinta y nueve personas, Marta, que debía formar el número cuarenta, prefirió, según manifestaciones de ella al finalizar los preparativos, el honor de servirme, juntamente con María de Magdala, Juana, Débora y Fatmé.

María, hermana de Simón, permanecía casi constantemente detrás de él, que estaba sentado a mi frente, en el centro de la. Su intención bien resuelta, era la de contemplar mi semblante, de sorprender mis más pequeños gestos, de saborear mis palabras, estudiando todas las graduaciones de mis impresiones, de abandonarse finalmente a ese instinto especulativo del alma, que desprecia las formas exteriores para iniciar el pensamiento en el pensamiento y concentrar el deseo en el ideal.

La conversación debía naturalmente girar alrededor del motivo de la reunión. Mis conocimientos espirituales, mi dependencia divina, exaltaron las imaginaciones y me vi obligado a explicar el origen de mi fuerza moral, de manera de luchar en contra de la efervescencia que pretendía hallar el don de milagro en lo que tan sólo existía la armonía de las cualidades sensitivas del alma con la fácil penetración del Espíritu.

Para mejor convencer a mis oyentes, pasé en revista mi vida de Apóstol y dí a cada uno de mis actos, tenidos por sobrenaturales, el justo valor que les correspondía dentro de mis afirmaciones. Me demostré como el Mesías preparado para su misión con sólidos estudios sobre el poder de los elementos, sobre la propiedad de las plantas, la debilidad del Espíritu humano y el imperio de la voluntad. Hice depender todas mis alianzas espirituales de una misma fuente: la larga vida del Espíritu, y todas mis manifestaciones ostensibles del encadenamiento práctico y sabio de las causas y de los efectos.

Deduje de la ciencia humana los caracteres ostensibles de mis medios curativos y de la ciencia divina, la felicidad de mi alma, lo cual arrojaba sus reflejos sobre las almas oprimidas y los Espíritus enfermos. Establecí finalmente la grandeza de mi fe, la inmensidad de mis esperanzas con tan fogosas imágenes y con tales arranques de entusiasmo, que Simón, presentándome un vaso lleno, me suplicó que mojara en él mis labios, a fin de mezclar el soplo divino con el soplo mortal, y de confundir el salvador con él, el humilde resucitado, honor que él pedía, gracia que recibiría con la ardiente fe, con el amor inextinguible que le inspiraba el Hijo de Dios.

En ese momento y después de haber contentado a Simón, oí como un sollozo a mi lado. Me dí vuelta y ví a María. Ella se había separado de su hermano para acercarse a quien había sido llamado salvador; su gratitud, su culto se traducían en acentos entrecortados, en espasmos de la voz, y su Espíritu sobreexcitado por mis demostraciones, venía a implorar el apoyo de mi fuerza en contra de la violencia de sus ilusiones. Tomé a la niña entre mis brazos, su cabeza se inclinó y sus cabellos sueltos formaron un marco de ébano a su rostro inanimado. Todos los ojos quedaron fijos y los pechos ansiosos, a la espera del desenlace de tal crisis, cuyo final se anunció con algunas lágrimas y un débil sonrojo de la piel. María se despertó como de un sueño, sin darse cuenta de la emoción de que había sido causa, y también con un sentimiento de felicidad. Expliqué a Simón la extremada sensibilidad de la hermana y le indiqué con insistencia que no debía jamás contrariársela bruscamente en sus excentricidades a esa alma tan exhuberantemente dotada, a ese Espíritu tan despóticamente gobernado por el alma.



Apenas vuelta en sí, María desapareció. Me encontraba por consiguiente en buenas condiciones para hablar de un accidente que me surgió numerosas observaciones sobre las naturalezas corporales dominadas por visiones demasiado fuertes del alma y por ambiciones demasiado fuertes del Espíritu. En seguida me dejé transportar, como siempre, por mi movediza fantasía, hablando con frases sentenciosas y proféticas, en evocaciones de mi Espíritu hacia el Ser Supremo.

Habíamos llegado al final del banquete, y nadie ya comía ni bebía, sino que todos habían quedado suspensos de mis palabras. Me elevé paulatinamente hacia lo absoluto de mis ideales referentes a las alianzas de los mundos y de los Espíritus. Poco a poco me sentí como separado de los que fraternizaban conmigo en ese banquete, viéndome rodeado de los hombres del porvenir, y se me presentó, tras del sucederse de los siglos, mi emancipación de esta Tierra. Después, atraído por el sentimiento de la actualidad, hablé de mi muerte, rodeándola de todas las seducciones de la gloria inmortal. Les anuncié que casi todos me abandonarían, les prometí que los honraría en sus esfuerzos o los consolaría en sus arrepentimientos, que los dirigiría hacia la luz mediante los dones del Espíritu para con el Espíritu y que los elevaría con la persistencia de mi amor. Juan como siempre, se encontraba a mi izquierda y se esforzaba en ese momento por conocer a los que yo había querido aludir al hablar de abandono. A este deseo, manifestado en una forma de pregunta, contesté que la presciencia respecto de los sucesos se hace fácil mediante el esfuerzo del Espíritu en el estudio de los hombres y de las cosas.

"Muchos me abandonarán, añadí, porque muchos son débiles y miedosos"

"Algunos me renegarán, otros me traicionarán, tal vez para eludir la responsabilidad o para satisfacer su hastío".

"Los hombres no son suficientemente creyentes en mi fuerza de Mesías y la proximidad del peligro los separará de lado".

"Pero después de mi muerte los hombres de quienes hablo, comprenderán la cobardía de su conducta y mi Espíritu se les aproximará nuevamente para continuar la obra que he fundado".

Hermanos míos, yo no señalé de un modo más preciso a los que me habían de abandonar, renegarme, traicionarme. La razón os la doy con mi contestación a ese discípulo tan audaz en su fanatismo como exagerado en sus testimonios de amor. La luz que brilla de la ciencia espiritual es la guardiana de las fuerzas humanas para perseverar en las actividades del alma y en el heroísmo del Espíritu; mas no podría determinar una violación de la ley que quiere que la materia sea un obstáculo para la visión completa del alma y del Espíritu. Yo gozaba deliciosamente con los honores que se me prodigaban y cuando Marta derramó agua perfumada sobre mis manos y que su joven hermana me la salpicó por la cabeza y por las ropas, me demostré feliz al contemplar la felicidad que ellas que nada vino a turbar.

Hermanos míos, en el capítulo trece de este libro pasaremos en revista las causas del odio de los sacerdotes y de mi condena.

Después continuaremos la exposición de los hechos que precedieron a mi muerte.

VIDA DE JESÚS DICTADA POR EL MISMO

*Corresponde al final del Capitulo XII*

## CAPÍTULO XIII

Manifiesta Jesús el perfecto derecho que le asiste para ser juzgado por lo que Él verdaderamente ha dicho y no le consiente a la médium el menor cambio de sus palabras y tampoco a quien quiera deba intervenir en la publicación de ellas. Se ocupa luego de la legislación judía puramente religiosa y de la civil. Se refiere a lo inexorable de la primera y de las intrigas de los fariseos para perder a sus contrarios. A Jesús muchas veces le habían tendido lazos y él los increpaba duramente. En sus prédicas, a medida que la ira y la persecución de los sacerdotes iba precipitando la fecha de su condena, él demostraba mayores bríos en su propaganda y más rigor en los ataques en contra del Clero y de los magnates, que abusaban torpemente, de su posición, en contra de las teorías democráticas del Maestro que quería la igualdad y la fraternidad de los hombres.

HERMANOS míos, desarrollando las causas de mi condena y los juicios erróneos de mis actos, deseo que mis palabras no sean defendidas más que por mí sólo, es preciso, pues, dejarlas tal como yo las expongo.

Honrémonos por nuestro respeto hacia las órdenes de Dios, no busquemos ni de facilitar la admiración de los hombres ni de disminuir la maliciosa pretensión de algunos entre ellos. Que únicamente el escritor sea el responsable. A la depositaria de mi narración no le permito ninguna adición o corrección. A todos los que formulen sus dudas y la voluntad seria de iluminarse, responderé yo mismo.

Sed los discípulos dóciles del enviado de Dios. Endulzad su repentina aparición en medio de un mundo frívolo y escéptico, atribuyendo su alianza con los Espíritus cuya luz vosotros habéis ya demostrado; mas no alteréis nada en su modo de presentar los acontecimientos. La vida de Jesús debe ser precedida de comentarios humanos, para explicar el pensamiento que presidió a esta obra divina, y debe ser separada de toda comunicación que no sea del mismo Espíritu.

Pasemos al examen de los motivos de mi condena.

*"Yo había facilitado las sediciones populares, haciendo caer sobre los sacerdotes sospechas de inteligencia con los paganos".*

Sí, yo me había asociado a una muchedumbre de revolucionarios, cuyo objetivo común, idéntico al mío, no excluía intenciones culpables y peligrosos excesos.

Pero ya el invasor se cansaba en las represiones de las sublevaciones, como en la sanción de los juicios del tribunal sagrado. El derecho político se establece sobre el derecho humano; las cargas, los empleos se hicieron accesibles a todas las capacidades, y las facciones se debilitaron poco a poco bajo un gobierno más cuidadoso del bien general. Tan solo el elemento religioso empezó a sembrar el desorden en los Espíritus. El carácter eminentemente dominante del Gran Sacerdote creaba numerosos enemigos al poder sacerdotal; mas estos enemigos divididos por el espionaje, empleaban sus fuerzas en revueltas parciales, que atraían sobre sí sangrientas represalias, resultando inútiles para la obra definitiva. Por prudencia Humana fué depuesto, pero siguió ejerciendo su influencia durante el pontificado de Caifás, su yerno. En las discusiones de los artículos de la ley, el principio religioso sobre que descansaba la misma ley era inexpugnable. Los jefes de

escuela encontraban numerosos contrincantes, cuyo objetivo era el de empujarlos hacia la negación y los fariseos sobresalían en este infame oficio. El Sanedrín, tribunal sagrado, juzgaba los delitos de esa majestad divina. Todas las infracciones referentes a la ley civil quedaban dentro del círculo de atribuciones de los tribunales ordinarios. Las penalidades se resentían de la diferencia establecida entre los delitos religiosos y los delitos previstos por la constitución del Estado. El fanatismo tenía que demostrarse más despiadado que el principio del orden social. Una ley decretada por el poder romano castigaba con la muerte al asesino y al bandido armado; pero sucedía a menudo que, circunstancias hábilmente aprovechadas por la defensa desviasen de la cabeza del culpable la terrible expiación.

Ante los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos toda sublevación ostensible en contra de las prescripciones del culto mosaico tenía por consecuencia la muerte. La ley era precisa, inexorable. En las causas mayores los sesenta *príncipes* de los sacerdotes, fariseos y doctores de la ley que componían el Sanedrín se agregaban algunos miembros suplementarios.

Se llamaban *príncipes* a los sacerdotes nobles de nacimiento o de reconocida capacidad, ejercida ésta desde larga fecha (ennoblecimiento)

El fariseísmo era una secta piadosa y respetable en apariencia, hipócrita y depravada en realidad. Los doctores de la ley representaban la casta más erudita y más inteligente de la nación judaica. Se dividían las funciones difíciles del apostolado y de la magistratura sagrada. En el Templo ellos ejercían la verdadera autoridad, por cuanto los sacerdotes no eran más que servidores autómatas, más propensos a los honores mundanos y a los goces materiales, que deseosos de las prerrogativas de la ciencia y de la virtud. En las Sinagogas los doctores de la ley hacían preceder sus conferencias de algunas incitaciones hacia la curiosidad, que se refería a tales o cuales personalidades. En la vida retirada daban consejos y en la vida pública daban fe de sus creencias con elocuentes discursos. Las funciones de la magistratura sagrada los sometían a los deberes de jueces, de acusadores (1) y de defensores. El prestigio de su talento establecía convencimientos (2) y la marcha de los procedimientos dependía únicamente de ellos.

Hermanos míos, las participaciones de Jesús en las sublevaciones populares, que tuvieron lugar cuando tenía veinticuatro años de edad, fueron una consecuencia de su educación y de las ideas religiosas que él se empeñaba en levantar como una doctrina.

Jesús era revolucionario porque decía: **"Los poderes de la Tierra se mantienen por la ignorancia de las masas"**.

Mas Jesús había bebido el principio democrático que lo hacía obrar en el principio divino de las alianzas celestes; mas el democrático Jesús quería la igualdad y la fraternidad entre los hombres porque los hombres son iguales delante de Dios, que es su Padre; mas el democrático Jesús profesaba el desprecio de los honores mundanos, porque esos honores paralizan las manifestaciones que adquieren los honores espirituales; porque apoyaba el elevado destino del Espíritu sobre los deberes que le incumben a este Espíritu en su marcha ascendente.

El revolucionario Jesús combatía la opresión, porque la opresión es contraria a la ley de Dios: pero ordenaba el perdón porque el perdón se encuentra en la ley de Dios. El revolucionario Jesús amaba a los pobres, porque los pobres eran para él hermanos desgraciados, compadecía a los ricos, porque los ricos eran para él hermanos extraviados.

El democrático Jesús decía:

**"Los poderosos de este mundo serán los parias del otro mundo".**

(1) Equivalente a nuestros fiscales.

(2) Quiere decir que el talento de ellos formaba el convencimiento del público respecto de la culpabilidad o inocencia de los acusados. — O. R.

Y decía también:

**"Amaos los unos a los otros y mi Padre os amará. En la Casa de mi Padre no hay ni pobres ni ricos, ni patronos ni sirvientes, sino Espíritus, cuya ciencia habrá perfeccionado SU propia virtud".**

Aplicad, hermanos míos, las palabras de Jesús y sed revolucionarios como yo; es una cosa heroica el serlo.

**Pueblos y gobiernos de pueblos, deponed las armas y reflexionad finalmente en el objetivo de la existencia temporal.**

¡Infelices envilecidos, negros negadores de la Providencia Divina, levantaos y adorad a Dios! — Ricos, honrad la pobreza, y El poder y la grandeza humana hacen decaer el Espíritu no penetrado del poder divino y de las grandezas espirituales. La adversidad eleva al Espíritu, que reconoce la Justicia de Dios. El Espíritu no puede adquirir la fuerza sino por medio de las pruebas de la vida corporal; el Espíritu fuerte se hace pronto digno de la gloria de Dios.

Expliquemos, hermanos míos, el carácter y el valor del delito de la desviación del culto divino imputándole a Jesús. Desde tiempo inmemorial, el culto divino es una mezcla de supersticiosas devociones e interesadas mentiras. Desde tiempo inmemorial han existido hombres que han demostrado en nombre de Dios que para la edificación de tal o cual otra doctrina religiosa. Desde tiempo inmemorial la fuerza suprime el derecho, la noche devora la luz, y la ayuda de Dios es invocada por los asesinos y por las tinieblas.

Dios es inmutable. Nuevas semillas llenan el vacío; la luz se reproduce en medio de las tinieblas; y la vida generada por la muerte, la luz victoriosa sobre la noche, depositan sobre la superficie de un mundo los vivos del Señor, los luchadores de las verdades eternas. Ello debe suceder, ello sucede y se llama progreso.

Todas las humanidades atraviesan por las fases de la niñez en medio de horizontes nublados, todas las humanidades se alejan del objetivo y se detienen indecisas; pero entonces luces repentinas iluminan el camino, el camino vuelve a emprenderse y la verdad prepara su reino definitivo, bajo las miradas y el apoyo de Dios.

Jesús debía a preceptores" ilustres sus primeros estudios serios y había madurado sus medios de perfeccionamiento con profundas meditaciones. Jesús debía a inspiraciones secretas honradas por demostraciones palpables, la revelación de su misión divina, y se arrodillaba sobre el límite de la Patria Celeste para escuchar las órdenes de Dios; con el pensamiento volaba por encima de los siglos de ignorancia para facilitar a los siglos siguientes la luz y la felicidad. El Espíritu llegado al desarrollo moral e intelectual permanece fiel a las convicciones adquiridas por el mismo, hasta que la ciencia de Dios le dé la inmutabilidad de la fuerza y el empuje del fanatismo para sacrificar el presente al porvenir, para preparar el porvenir al precio de las más amargas desilusiones humanas. El Espíritu desarrollado en un mundo carnal designa un Mesías y este Mesías no puede huir de la persecución sino desertando de la causa a cuyo sostén se ha dedicado. Despreciando la muerte corporal el Espíritu adelantado en el sendero de la perfectibilidad, flaquea aun ante los asaltos que le llevan los Seres inferiores, y su confianza engañada, su amor mal correspondido le pesan como remordimientos.

Permanezcamos, hermanos míos, en la creencia absoluta de las fuerzas individuales, desarrolladas con el ejercicio de la voluntad. (1) Permanezcamos en la afirmación de fe Justicia de Dios, ya sea que ella se establezca con pruebas o con beneficios pero afirmemos sobre todo, con fuerza, la libertad dada al hombre tanto cuando él lucha en contra de las presiones desorganizadoras del alma, cuanto cuando él tenga que combatir principalmente en contra de las manifestaciones tumultuosas de la ignorancia y del odio. El Espíritu adelantado se desliga de las dependencias humanas y se alimenta de las fuerzas de Dios, a medida que son mejor comprendidas la nada de la materia y la extensión de las posesiones espirituales.

**Justicia de Dios, gloria a ti, tú eres explicable y todo lo explicas. Justicia de Dios, honor a los que te dedican su coraje y su resignación; ellos marchan por la vía afortunada del ensanchamiento de la dignidad del Espíritu.**

(1) Quiere decir que debemos confiar en nuestras propias fuerzas y trabajar por el desarrollo de ellas, sin esperarlo todo de Dios. Lo que realmente palpamos es el resultado de nuestros esfuerzos, resultados en los que precisamente se manifiesta la Justicia de Dios, dándole a cada uno lo que merece, lo cual está por cierto de todo punto contrario a la doctrina de la gracia, — O. R.

Jesús, hermanos míos, tenía conciencia de sus actos y la fuerza de su sincera naturaleza cuando acusaba a los sacerdotes y a los fariseos. Penetrado de respeto por el culto divino, pero contrariado en su respeto por la avidez y arrogancia de los ministros de ese culto, por la hipocresía oficial de una secta religiosa con gran poder, Jesús buscó en el mismo origen del culto y en la inexacta ponderación de los deberes humanos las verdaderas causas de la disolución moral y de las vergüenzas intelectuales que él iba notando. En esta investigación Jesús se vió ayudado por los trabajos anteriores a los suyos y por alianzas nuevas o renovadas en la vasta asociación de los Espíritus y de los mundos. Jesús se prohibió en un principio el escrutar los misterios de la Religión Mosaica, después se dejó arrastrar por opiniones que respondían a su sentido moral; en seguida circunstancias cada vez más favorables a su misión le abrieron paso entre los escombros que caían y las piedras brutas del porvenir.

Jesús comprendió que era necesario conservar algunos vestigios del pasado para no encontrar obstáculos a su tarea de constructor; mas a menudo faltábale la paciencia y decía:

"No se pueden hacer ropas nuevas con ropas viejas".

Jesús adoraba a su Padre en Espíritu y en verdad, y cuando el pueblo ignorante la pedía explicaciones, contestaba:

"Dios no tiene sino desprecio para los ofrecimientos y para las prácticas exteriores, cuando no las acompañan la virtud y la fuerza dimanada de la ciencia".

"Dios prohíbe el orar tan solo con los labios, y los que entran en una Sinagoga con el corazón lleno de odio y con las manos sucias por la rapiña y la sangre merecen el castigo de Dios".

"Permaneced humildes y pacientes bajo el peso de la vida mortal. Amaos los unos a los otros, libertad a vuestra alma de los lazos vergonzosos, vuestros Espíritus de las ambiciones injustas, y habréis servido a Dios y Dios os bendecirá en este mundo y en el mundo que para vosotros sucederá a éste".

"Dios quiere vuestros corazones por templo; adorad a Dios en el templo que ha elegido".

"Las funciones del culto ponen en evidencia las más de las veces la ineptitud, la vanidad y la hipocresía. La adoración interna lleva siempre al Espíritu por el sendero de sencillez, de la dulzura, de la sabiduría".

"Vosotros podéis orar juntos, pero no hagáis pompa con vuestras oraciones y no mezcléis las pompas mundanas con las cosas de Dios". (1)

Hermanos míos, Jesús explicaba a Dios con la elevada inteligencia que de Dios le venía, pero bien sabía que no podía preservarse de los odios y venganzas de los que él acusaba por su orgullo y picardías, de los que eran comprendidos en sus demostraciones.

Jesús definía el amor como el gran motor de la Religión Universal, y enseñaba la igualdad de los Espíritus, la comunidad de sus intereses delante de Dios, el desarrollo, el empleo de las facultades pensantes. Combatía por lo tanto los poderes fundados sobre el desprecio de las leyes de Dios y la inmovilidad del Espíritu decretada por estos poderes.

Las religiones basadas sobre la divinidad de Jesús, como así mismo todas las doctrinas ajenas a esas religiones, llevan en sí defectuosas apreciaciones respecto de Dios. Para que una religión sea en definitiva la fuente de la felicidad humana, es necesario que ella resulte de la razón misma, esencia de Dios. Hagámonos nuevamente fuertes con la enunciación del elemento constitutivo de la razón divina y de la razón humana en su pureza.

La razón divina es la preponderancia del amor en la obra de la creación. La razón humana, firmemente establecida, es la emulación del amor de las criaturas entre ellas, para responder al amor que el Creador desparrama sobre la creación. La Justicia Divina es una consecuencia del amor divino; los efectos de esta Justicia demuestran el infalible raciocinio deducido de un poderoso trabajo de concepción infinita.

**(1) La oración no debe ser motivo de exhibicionismo, pues ello significaría un contrasentido. ¿Qué motivo de elogios o qué brillo puede comunicarnos el hecho de la manifestación implícita de nuestra debilidad y de nuestro deseo de protección al dirigirnos humildemente en demanda de ello ante el Altísimo? ha oración es la elevación de nuestro humilde sentimiento hacia Dios. — O. R.**

Que los mundos conformados para determinadas categorías de Espíritus reciban otros más desmaterializados que lo que comporte la generalidad; que las moradas humanas escondan, de tiempo en tiempo, luminosas inteligencias; que las pruebas carnales representen una cadena continua de intermitencias de reposo y de espantosas catástrofes, ¡qué importa, desde el momento que la Justicia de Dios es la que resuelve y es el amor el que dicta su justicia! Qué importa desde el momento que los Mesías expresen el amor de Dios hacia todas las inferioridades y que los sufrimientos humanos representen actos de reparación hacia la Justicia de Dios.

Jesús, ya lo dije, fustigaba los poderes establecidos por el esfacelo de las conciencias y por el abuso de la fuerza y encontraba en sí el más ardiente patriotismo del alma para abatir todos los despotismos y para compadecer todas las miserias de la humanidad. Mas los enemigos de Jesús afirmaban que él había atacado el dogma de la unidad de Dios, al decirse Hijo de Dios y que había debilitado la fe religiosa favoreciendo la revuelta. Aquí, hermanos míos, vamos a reasumir las principales enseñanzas de Jesús; mas no volveremos sobre el carácter de **Hijo de Dios** tan mal interpretado en todo tiempo y que ya he explicado suficientemente.

Cuando Jesús dejó Jerusalén por primera vez y fué a países lejanos, adquirió la certidumbre de que las religiones no dividían a esos pueblos por cuanto el amor de las artes y de las riquezas llevaba la preferencia con respecto de toda otra aplicación del Espíritu. Cuando Jesús abandonó a Jerusalén por la primera vez se vió libre y feliz en medio de los pueblos libres y llenos de fantasía. Él empezó proporcionando abundantes consuelos y manifestando su carácter llano y expansivo. De su doctrina puso a la vista tan solo lo que era necesario para establecer el amor como base del equilibrio humano; pero no determinó el amor como una obligación del completo sacrificio, desde que sabía muy bien que para hombres debilitados por los goces mundanos debía hacer concordar la habitual expansión de sus Espíritus con las primeras exigencias de la razón del Espíritu.

Jesús hacía necesario el amor por la necesidad que tenían los hombres de sostenerse los unos a los otros. — ¿Acaso el amor no protegía los intereses del pobre, así como defendía al rico en contra de los insensatos deseos de igualdad material?

Jesús definía la esperanza como un remedio para todos los males. Dirigía las miradas del Espíritu hacia la felicidad del porvenir, con palabras de misericordia y de aliento. Él hacía de la muerte una luminosa transformación. Por espacio de dos años Jesús evitó las críticas del mundo frívolo y la desconfianza de la gente seria. De buen grado se



escuchaba al dulce Profeta que prometía la abundancia a los que proporcionaran alivio a los pobres, que concedía el perdón de Dios a los que perdonaran a sus enemigos, que anunciaba la paz y la felicidad a todos los hombres de buena voluntad, en nombre de Dios, Padre de ellos. Le seguían en los lugares públicos y en la plataforma de los edificios al atrayente revelador de los destinos humanos, que explicaba la igualdad primitiva y de la beatífica inmortalidad. Las jóvenes le llevaban sus hijos y él los bendecía; los enfermos lo mandaban buscar y él se acercaba a ellos; los pobres lo tomaban como apoyo y los ricos se detenían para escucharlo predicar la fraternidad y el desinterés. Ofrecíasele siempre generosa hospitalidad al dispensador de la gracia de Dios y, tanto en las familias como en medio de las masas, Jesús se convertía en el padre, el amigo, el consejero y la alegría de los paganos, a quienes jamás habló del castigo y de la cólera divina.

Él guardó el recuerdo consolador de ese tiempo en medio de la agitación y de la tristeza que, más tarde, le oprimieron. Mas Jesús no podría llamar la atención del Espíritu humano sobre las personas que lo rodearon en ese tiempo, y ello porque el Espíritu humano no tendría ningún fruto que recoger del conocimiento de las intimidades de Jesús, cuando esas intimidades no se encuentran ligadas con acontecimientos conocidos o que merezcan serlo. Conoció a Juan, por primera vez, a la edad de treinta años y a la de treinta y tres y algunos meses murió. Juan dispuso las irresoluciones de Jesús respecto de su misión como Hijo de Dios y Él prometió a Juan que se atendería a algunas prácticas externas, si sobrevivía al Apóstol, lo cual mereció del Apóstol las siguientes palabras:

"Yo soy el Precursor, tú eres el Mesías".

"Te esperaba para continuar la obra y hacerla inmortal". "Bendigamos a Dios que nos ha reunido y fundemos el porvenir con el precio de las tribulaciones y de las torturas de la muerte. Las tribulaciones, las torturas, la muerte, serán nuestros títulos para la gloria inmensa, para el poderío eterno".

Juan murió asesinado por los que él había señalado al desprecio del pueblo, un año después de su entrevista con Jesús.

Éste quiso entonces tomar la dirección de los discípulos de Juan y juntarlos con los suyos; pero habría tenido que vencer la obstinación de Espíritus sin sagacidad y sin grandeza moral, por lo cual se vió obligado a renunciar a ello. Jesús lo había dicho; sus discípulos de Galilea, tan sólo más tarde lo comprendieron, y su conformación verdadera en la fe no tuvo lugar sino después de la muerte del que abandonaron casi todos en el camino del dolor. Mantenedos en la gratitud por el respeto que profesaban hacia la memoria de su maestro, los discípulos de Juan me siguieron a la distancia y me dieron pruebas de afecto. Dos años consecutivos me trasladé a orillas del Jordán, para observar el ayuno y darles la acostumbrada solemnidad a las prácticas de Juan. En las dos veces fuí acompañado por los discípulos de Juan, cuyo número no había disminuido. Eran quince y el más anciano presidía las funciones de la doctrina, con el recogimiento a que lo había acostumbrado su preceptor de prudencia y saber. Estos hombres sobrios y severos daban a la virtud las lúgubres apariencias de *venganzas celestes*; depositarios de la voluntad de Juan tenían que sufrir por las contradicciones que resultaban entre ellos y nosotros. Ellos querían la exterioridad de la contricción, el rigor de la forma, la evidencia del culto, nosotros la

humildad en la penitencia, la plegaria de corazón, la libertad de los ejercicios religiosos, la abstención completa de pompa en los sacrificios y de métodos en la enseñanza.

De nuestros hábitos, de nuestra existencia, alegre en relación con la de ellos, los discípulos de Juan no sacaban inducciones tristes para el porvenir y siguieron llamando siempre Mesías a quien su maestro había designado con el nombre de Mesías.

Lo repito, los discípulos de Juan se demostraron muy superiores a los discípulos de Jesús. Dejando de lado el fanatismo que alejaba al pecador de la esperanza en Dios y la exageración criticable de las prácticas, ellos poseían todas las cualidades del Espíritu que determinan la inviolabilidad de la conciencia. Los discípulos de Juan no me acompañaron durante los días nefastos que precedieron a mi suplicio, por cuanto se encontraban entonces dispersos y errantes. Un decreto lanzado en contra de ellos, mientras me encontraba en Betania, los había expulsado de la Judea. La persecución religiosa fué siempre en aumento desde esa época, ella anunciaba la ruina de Jerusalén y la decadencia del pueblo Hebreo.

Mis instrucciones, desde la separación de Juan hasta mi partida para Caparnaún, demuestran mi conocimiento en la ciencia divina, puesto que me dirigía a hombres capaces de comprenderme. Estos hombres, desgraciadamente, eran tímidos aliados o déspotas depravados, y los primeros no me podían sostener sino con la ayuda del pueblo. Apoyarme en el pueblo hubiera sido, tengo de ello la convicción hoy, crearme seguridades durante el tiempo necesario para la fundación de mi gloria humana como Mesías y revelador de la ley universal.

Cometí un gran error al alejarme de Jerusalén, y de este error dimanaban las supersticiones que han mantenido alejados a los Espíritus del propósito latente de todas las humanidades, la adoración de un solo Dios, el amor fraterno, el progreso en la adoración y en el amor.

De las enseñanzas de Jesús en esa época deducimos que el pensamiento que dominaba en ellas destruía desde la cima hasta la base los preceptos de la antigua ley para reemplazarlos con los de la nueva. Se pronunciaron entonces estas palabras:

"La luz viene de Dios y yo soy la luz. Dios ha puesto en mí todas sus esperanzas, en el sentido de que la verdad se hiciera evidente para vosotros".

"Felices los que comprenderán la verdad. El hombre no sería hombre, si no hubiera aprendido algo antes de nacer. Hacedos sabios para descubrir lo que ha precedido a vuestra actual existencia. El porvenir os será revelado por el conocimiento que adquierais de vuestro pasado".

"Creed en la purificación por medio de las pruebas y jamás dudéis de la misericordia divina; pero retened bien esto: La purificación se opera lentamente y la misericordia divina no podría contrariar la ley de la organización y de la desorganización".

"Observad mi ley. Ella dice: **Orad en secreto, perdonad a vuestros enemigos y ayudad a vuestros hermanos**".

**"Os lo repetiré siempre: El que abandona al pobre será a su vez abandonado. Al que mata se le matará, el que maldiga será maldito. Este es un secreto divino que se explica no en una vida sino en muchas vidas".**

"Defendeos en contra de las supersticiones inferiores de la niñez de los pueblos, que asemejan a Dios con los miembros de la humanidad,<sup>(1)</sup> y adorad a vuestro Padre, sin pedirle que altere alguna cosa de sus designios".

**(1)El texto dice: assimilano Dio agli aderenti delle umanità; y traducido literalmente no tendría significado. El que le doy en la traducción es el de la idea que quiere manifestar y que se refiere a los dioses antropomórficos, con alusión evidente aquí al mismo Jesús, en quien se quiso ver a Dios convertido en un miembro de la humanidad. — O. R.**

"Los hombres de buena voluntad levantarán un Templo a Dios y el reinado de Dios se establecerá sobre la Tierra. Os lo digo: muchos de entre vosotros verán el Reino de Dios; mas comprended bien mis palabras; estas palabras son de todo tiempo, porque el Espíritu es inmortal; la vida sucede a la muerte; la luz disipa las tinieblas; el Santo nombre de Dios será bendecido por toda la Tierra".

"Alejaos de los falsos profetas. Los reconoceréis fácilmente. Ellos anuncian siempre el hambre, la peste y todos los flagelos. Invocan la cólera de Dios sobre los que han prevaricado y sobre los hombres que investigan los designios de ellos para dar a conocer su picardía. Afirman que Dios protege su poder y afectan grandes apariencias de virtud, mientras su corazón se encuentra sobrecargado de odios. Ahora os lo digo: Dios no tiene sino amor para sus criaturas. El las castiga sin enojo y para llevarlas hacia el arrepentimiento. Todos recogen en un tiempo lo que han sembrado en otro tiempo. Todos deben cuidar los sembrados, para que el buen grano no se vea sofocado por la mala yerba. Seguid la ley de amor y Dios hablará a vuestros Espíritus y os mandará mensajeros de su amor La gracia de Dios es obra de justicia".

"Felices de los que desean la gracia y sabrán merecerla. La verdad les será revelada y ellos la desparramarán para confundir a los malos y a los hipócritas, para instruir a los ignorantes, para consolar a los pobres y a los pecadores, para facilitarles a los justos los medios para fundar el Reino de Dios sobre la Tierra".

**"La verdad se recomienda por sí misma, desde que habla en nombre de la razón, de la igualdad, de la fraternidad, de la inmortalidad, puesto que demuestra la felicidad futura, apoyando sus demostraciones sobre la justicia, sobre el amor, sobre la sabiduría del Creador; puesto que ella desliga la Justicia de Dios de las feroces venganzas, el amor de Dios de las debilidades de las predilecciones, la sabiduría de Dios de las indecisiones y cambios de la voluntad."**

Hermanos míos, estas instrucciones, todas ellas llenas de la llama divina, estas expansiones de un Espíritu penetrado de las grandezas espirituales, tenían que resultar bastante incomprensibles para muchos hombres, mas estos hombres comprendían la oposición que yo les hacía a todos los abusos de autoridad, y me amaban por ello; mas estos hombres decían que yo era el Mesías anunciado por los Profetas y creían en mí. Si yo hubiera consentido en dejarme rodear y defender y no obstante mis triunfos populares

hubiese permanecido dueño de mí mismo, mi muerte, inevitable resultado de la volubilidad de las opiniones humanas, hubiera sido la consagración de la alianza de los mundos y de los Espíritus.

En los preparativos de mi alma para sufrir esta muerte tuvieron lugar grandes luchas en mí. - ¿Debía yo revelar públicamente mi ciencia o dejar a mis fieles el cuidado de divulgarla? - El silencio que guardé me acusa de una culpa no menos grave que la de haber abandonado Jerusalén cuando era necesario el permanecer en ella.

YO DEBÍA GRABAR MI SEMBLANTE DE MESIAS SOBRE EL PORVENIR, LLENANDO DE ESPANTO A MIS VERDUGOS, CON PALABRAS QUE ELLOS HUBIERAN SIDO IMPOTENTES PARA CORROMPER. ELLOS, LO MISMO QUE LOS PROPAGADORES DE MI ORIGEN CELESTE, NO HABRÍAN PODIDO DEMOLER UN CONJUNTO DE PRINCIPIOS DESLIGADOS POR MÍ DE LOS ERRORES DE LAS PRIMERAS APRECIACIONES, Y DE LAS CONTRADICCIONES ESTABLECIDAS DENTRO DEL PROPOSITO DE LA SEGURIDAD NECESARIA.

Dediquemos, hermanos míos, una atención seria a las faltas de Jesús. Ellas dan la medida de las concepciones del Espíritu espiritualizado, pero circunscripto por las enfermedades humanas; ponen en luz la Justicia Eterna que concede al misionero la libre dirección de su tarea: prueba *la ceguera de la clarividencia, la debilidad de la fuerza, la decadencia de la superioridad*, por efecto de dos naturalezas opuestas en el mismo Ser. Jesús arrastró el peso de estas dos naturalezas y si alguna vez sucumbió bajo la presión de corrientes opuestas, siempre se levantó después de la caída, fortalecido por el presentimiento de su gloria cercana.

En Caparnaún y sus alrededores, tantas y tantas veces recorridos por mí, mis enseñanzas, se habían colocado al nivel de las personas a quienes me dirigía. Empecé en un principio con máximas aisladas y con consejos aplicables a todas las situaciones morales y a todos los sufrimientos físicos. Nadie en Galilea se ocupaba de la medicina propiamente dicha, pero todos los hombres que querían estar en auge con el pueblo debían establecer su superioridad sobre el mismo con demostraciones ostensibles de alguna ciencia, y el arte de curar era lo que excitaba en el más alto grado la emoción popular.

La naturaleza ofrecíame en abundancia en esos campos plantas preciosas, y guiado por algunos estudios anteriores, obtuve éxitos, que más tarde, se tomaron como milagros y exorcismos. Con mis discípulos emprendí jiras en los alrededores de Caparnaún. Visité Sinagogas, estudié los alcances intelectuales del pueblo e hice uso, para hacerme querer, de una dulzura familiar, que me empujaba tanto hacia las fiestas cuanto hacia la busca de enfermos y de gente abandonada.

Mis parábolas se inspiraban en las mismas pasiones de mis oyentes, mediante un estilo imaginativo y breves comparaciones. Mis descripciones de los tormentos del *infierno*, mis éxtasis por las bellezas del cielo los exaltaba y me creían entonces cuando les decía:

"Los que me amen me seguirán y yo los llevaré a la verdadera vida.

"Yo soy el buen pastor. Cuando el buen pastor percibe que un cordero se ha extraviado, deja por un momento a los otros corderos para descubrir al perdido y lo vuelve al corral.

**"Pedid y se os dará. Llamad y se os abrirá... Yo soy el distribuidor de las esperanzas y de los consuelos."**

Yo mezclaba a menudo lo que se encuentra entre líneas en la Doctrina pura con los dogmas ortodoxos; pero en las instrucciones más íntimas libraba la Doctrina de las obscuridades de que la veía rodeada. El anuncio del Reino de Dios volvió entonces a figurar a menudo en mis discursos y recalqué con energía las siguientes palabras:

"Muchos entre vosotros verán el Reino de Dios"

Lo repito, hermanos: míos:

**"El Reino de Dios se establecerá sobre la Tierra y muchos de vosotros verán el Reino de Dios".**

Por qué dieron a mis ¡palabras un significado absurdo? Para descubrirme en el error ante presente generación y ante la posteridad. Mas encontrándose ya claramente definida ahora mi Doctrina, ¡haced lugar a los hombres de buena voluntad, vosotros hombres intrigantes, hombres de mala fe! - ¡Haced lugar a la verdad, ella volverá a traer a la Tierra el reinado de Dios!

En el décimo quinto capítulo seguiremos tras los días dolorosos que llevaron a Jesús hasta el Calvario y asistiremos al gran acto de la *expiación de los delitos de Jesús*.

En el capítulo décimo sexto nos ocuparemos de la gloria del Mesías y diremos los motivos que lo han empujado para revelarse ahora.

Hermanos míos, os bendigo.

## CAPITULO XIV

**Seguía Jesús con sus sermones ajenos a toda ortodoxia aumentando el odio y el deseo de perderle por parte de sus enemigos. EL los desafiaba al fin y los denunciaba ante el mundo por todas sus maldades, falsías y prevaricaciones, poniendo a Dios como Juez y testigo de sus acusaciones.**

HERMANOS míos, el límite que he fijado a este trabajo no me obligará al silencio si alguno de vosotros tuviera el deseo de mayores aclaraciones o de una nueva confirmación de los hechos que os he referido. En segundo lugar el curso de los acontecimientos hasta el final de este libro me darán motivos para numerosas digresiones con respecto del asunto que en él se desenvuelve. Nosotros limpiaremos el camino y ablandaremos el terreno; sembraremos por Dios. Edificaremos la casa de nuestros hijos en la luz y acumularemos riquezas para ellos, derramando tesoros divinos sobre las riquezas humanas. Revelémonos tanto por la sencillez de nuestro estilo, como por el ardor de nuestro amor. Expliquemos nuestra defensa delante de los hombres que nos acusan, nuestra fuerza ¡delante de los que nos niegan, nuestra afectuosa piedad ante los que deforman nuestra personalidad. Dígamoles a todos, infelices o culpables, ignorantes o malvados:

"Acercaos, amigos míos, os daré la felicidad de creer en Dios nuestro Padre, principio y adorable fin de la creación, alianza y movimiento de las invisibles armonías e inconmensurables grandezas del Universo".

"Os demostraré la superioridad gradual y de la afinidad de los Espíritus entre ellos, la diversidad de los elementos, y la superioridad absoluta de la dirección de los globos planetarios, de los fosforescentes astros errantes, de las reconstituciones luminosas, del decrecimiento y de la regeneración de los mundos".

"Os enseñaré la vida espiritual en la materia y fuera de la materia, os referiré mis dudas, mis esperanzas, mis faltas, mi glorioso coronamiento, el martirio de mi alma, el triunfo de mi Espíritu, las luchas de mi naturaleza carnal con las aspiraciones de mi pensamiento, la tendencia humana ardiendo en mi corazón, completamente lleno de los deseos de una pureza inmortal. Os describiré a Jesús como el más adelantado de los Mesías venidos a la Tierra y haré resplandecer la Casa de Dios, libre de toda superstición hija de las criaturas; os volveré al sentimiento del deber y os convenceré de la felicidad que les espera a los fuertes, humildes y devotos observadores de las leyes de Dios".

"¡Al oír mi voz sed consolados, vosotros que lloráis, y caminad bajo mi tierna protección, oh vosotros que gemís en el aislamiento y en la ingratitud, en el abandono y en la injusticia, en el agotamiento de las fuerzas físicas y en la amarga sensación del recuerdo y del remordimiento! Yo quiero minar toda creencia en lo maravilloso; haciéndome conocer tal cual soy y afirmando la gracia como un efecto de la Justicia Divina".

La gracia es el beneficio de la fuerza; la fuerza resulta del progreso del Espíritu, y todos los Espíritus se elevan mediante las pruebas de la vida camal, cuando comprenden sus enseñanzas. Jesús, desde la felicidad espiritual, hacia la cual lo llevaron los oprobios humanos, tuvo que preparar sus derechos a una gloria cada vez más luminosa, y así les sucederá a todos los que llegan al desarrollo de las fuerzas por medio de la voluntad.

En este capítulo, hermanos míos, tendremos que exponer la Doctrina pura de Jesús, haciendo notar las manchas impresas en esta Doctrina por los sucesores de Jesús y por el mismo Jesús en su última estada en Jerusalén.

Rodeado en Betania de sus amigos más queridos, Jesús no les abrió lo bastante el camino del porvenir mediante un amplio desarrollo de Su Doctrina y en Jerusalén cometió el error de no erigirse en el fundador de una nueva religión. Jesús tenía que haber repudiado toda cohesión con el pueblo judío y morir afirmando su fe sobre otros principios, que no eran los de la ley mosaica.

Las palabras de sentido ambiguo, las parábolas desprovistas de elevación, porque derivaban de la vida exacta y regular de pueblos laboriosos, los discursos oscuros, la sublime teoría de la igualdad, de la fraternidad, de la libertad individual, que parecía hasta entonces urdida con poca habilidad a la organización viciosa e incorregible de la sociedad humana, todo tenía que desaparecer e iluminarse en medio de los últimos preparativos de la separación. ¡Ay de mí! Dios fué testigo de los dolores de mi alma, de los arrepentimientos de mi Espíritu; mas Él consoló el alma mía con su fuerza y reservó para mi Espíritu el encargo, de un perfecto cumplimiento. - ¡Me complazco de las tinieblas al salir de las deslumbradoras luces! - ¡Quiero desafiar el desmentido brutal y después de haber dejado los efluvios del amor independiente y generoso, me entrego a la humanidad terrestre para desmenuzar sus cadenas y mostrarle su Creador!

Coloquemos debajo de nuestros ojos las semejanzas que existen entre la época de las pruebas humillantes de Jesús y los tiempos de espantosas y convulsivas torturas del estado social. La desconfianza del pueblo de Jerusalén se apoyaba en las pruebas que se le daban respecto de mis contradicciones. Mi firmeza en rechazar toda participación en los hechos milagrosos que se me habían atribuido influyó aún más para aumentar la desconfianza del pueblo. - ¿Por qué, repetía el pueblo, permitió él que se le presentara como un sanador inspirado, mientras afirma ahora no haber sanado a nadie de un modo sobrenatural?

José y Andrés se atribuían el honor, por burla, de ser los hijos de Dios; María, mi madre, parecía oprimida por la vergüenza y el disgusto; las mujeres que me acompañaban temblaban presentándome un resguardo con sus cuerpos, y mis nuevos amigos se interponían entre la multitud irreverente y mis discípulos de Galilea. Tales fueron los preliminares de una justicia que se hizo fuerte con el gran nombre de Dios, para dar en contra de su Mesías y en contra de los intereses de su pueblo, para abatir al defensor del pueblo.

Hoy, hermanos míos, la Doctrina de Jesús, mal comprendida en principio, tanto por la natural debilidad de Jesús, como por efecto de sus más celosos defensores, la Doctrina de Jesús, repito, es mal conocida hasta el punto de que Jesús es un Dios para algunos, un loco para otros y un mito para los más. Los hombres que se creen capaces de dirigir a la humanidad, discuten el poder soberano o no hablan de él jamás; los de Espíritu más independiente se inutilizan en las orgías, o dan muestras de sí con acciones miserables; los menos irreligiosos sostienen todas las instituciones en oprobio al Dios de amor y de paz; y la negación de mi presencia aquí descansa en la pretendida imposibilidad de las relaciones

espirituales. En este dédalo de negras herejías, de despreciables defecciones, de absurdos errores, domina como en los días de la revuelta del pueblo de Jerusalén en contra de Jesús, el loco orgullo de las pasiones inconscientes y el desafío de delincuentes concupiscencias. Jesús preparado para la lucha y profundamente convencido de su misión divina, hacía depender demasiado su coraje del coraje de los que él amaba y la idea democrática bebida por él en un sentimiento religioso exaltado, pero razonado, no se levantaba lo suficiente por encima de las alegrías del corazón. La ingratitud, el abandono, la calumnia, llenaron el alma de Jesús de una pretenciosa compasión y sellaron sus labios cuando justamente hubiera sido de la mayor habilidad el anunciar la Religión Universal a todos los pueblos de la Tierra. (1)

En este momento Jesús mira hacia la humanidad, presa toda ella en parte del ateísmo y en parte de la superstición y por más que él se sienta tan golpeado por los escépticos cuanto por los relajados y por los hipócritas, permanece impasible en el poder de la idea, en la fuerza de la acción, las que no están ya sujetas a las debilidades de la naturaleza humana. El amor se vuelve una fuerza de Entidad espiritual, y, si de la enseñanza práctica de su vida de abnegación, Jesús no pudo recabar los honores populares con que contaba, no por eso resulta menos el dulce apoyo de los pobres y de los humildes, el juez severo de los prevaricadores y de los conquistadores.

**(1) Se presenta nuevamente aquí la designación de Religión Universal, o como yo siempre digo, Religión libre de todas las estrecheces de círculo, escuela-o secta. Me complace en hacer resaltar esta insistencia del Maestro. — O. R.**

Dictemos los principales pasajes de las últimas predicaciones de Jesús y sacaremos en consecuencia que las falsas estimaciones provienen sobre todo de las omisiones y de las referencias apócrifas. Cuando él quiso dar testimonio de su prestigio de Hijo de Dios en Jerusalén, pronunció estas palabras:

"Yo soy aquel que mi Padre enviara para daros su ley; quien quiera que me siga verá a Dios. Yo camino por el sendero de la verdad y la luz resplandece en mí".

"Pedid y se os dará, buscad y encontrareis. Ello quiere decir que Dios es una ciencia y que contesta a los que trabajan".

"Estudad el origen de los males y el de los beneficios y reconoceréis la Justicia de Dios".

"Alejaos de los humos y de los ruidos de la Tierra para interrogar a Dios y escuchar lo que os contestará".

"Yo soy el Hijo de Dios, pero este honor fué merecido por mí y os digo: Todos los hombres de buena voluntad pueden llegar a ser los Hijos de Dios".

"No me preguntéis adónde voy y de dónde vengo. Tan sólo mi Padre conoce mi porvenir, y mi pasado permanece secreto para mí, mientras el polvo que envuelve mi Espíritu se mezcla con el polvo de los muertos".



"Destruid en vosotros al hombre viejo y dejad hablar al hombre nuevo. Mientras quede en vosotros algo del hombre viejo, las pasiones serán las más fuertes y el viento soplará sobre vuestros proyectos".

"Humillaos delante de Dios y no busquéis la dominación entre los hombres".

"Arrojad lejos de vosotros las cosas inútiles y cumplid la ley del amor".

"Disminuid vuestros gastos para socorrer a los pobres; el que todo lo habrá dado a los pobres será rico delante de Dios".

"Levantad lejos de aquí vuestra vivienda, puesto que, os lo digo, el hombre es pasajero sobre la Tierra. Su familia lo espera; su familia lo seguirá en otro lugar y tendrá aún que trabajar para reparar las pérdidas presentes".

No debilitéis vuestra fe con investigaciones estériles,<sup>(1)</sup> con un estancamiento más estéril aún, mas practicad los mandamientos de Dios y la luz os llegará, puesto que la luz es una mirada de Dios.

"Todo el que cumpla con la ley y desee la luz conquistará la ciencia, no ya esa ciencia banal que concluye con todas las cosas de este mundo, sino otra ciencia que lo explica todo".

"Felices los que comprenderán estas palabras". "Felices los hombres de buena voluntad, el Reino de mi Padre les pertenecerá".

Ante estos sermones, ajenos a toda ortodoxia, los doctores de la ley me amenazaron con cerrarme las puertas del Templo. Si el pueblo me hubiera parecido deseoso de conocer la definición de la ciencia y de la luz, de las que hablaba, yo habría desafiado la prohibición y habría hecho valer los derechos de un profesor religioso, que no atacaba ninguno de los dogmas reconocidos, pero las malas disposiciones del pueblo me sorprendieron y resolví retirarme a Betania.

Durante el período transcurrido entre la primera defección del pueblo y los actos atroces de que el mismo pueblo fué actor, Jesús no puso ya límites a sus expresiones y el mismo sentimiento de su elevación le inspiraba arranques de furor y profecías de desastres. Él fustigaba a su gusto a los que llamaba los hipócritas y los perversos, y señalaba con anticipación, casi como para oprimirlos después con el terror a los frágiles en el amor, a los indecisos en la fe, a los desconfiados, a los ingratos, a toda esa masa de ignorantes y viles que habían de oprimir su cuerpo, sembrar la indecisión en su alma y debilitar casi su confianza en Dios.

"Sois sepulcros blanqueados, el herrumbre y los gusanos corroen su interior".

"Poseéis ropas, los pobres se encuentran desnudos, y os reís cuando los niños lloran de frío y de hambre".

"Andáis publicando a gritos vuestras obras, mientras en el interior de vuestras casas se esconden la orgía y el delito".

**(1) Se refiere sin duda a esas investigaciones destinadas tan sólo a satisfacer la vanidad o hijas de una estéril curiosidad. Creo sinceramente que en el capítulo *Magnetismo Trascendental de la obra Elementos de Magnetología* (página 339) se indica una orientación eficaz para la investigación espiritualista.**

"Denunciáis ante el mundo a la mujer adúltera y engañáis a Dios con las apariencias de castidad, mientras vuestro Espíritu se encuentra turbado por deseos impuros y ambiciones deshonestas".

"Condenáis el vicio de los pobres pero guardáis silencio respecto de los escandalosos desórdenes de los emperadores y de la vergonzosa servidumbre de los cortesanos".

"Os llamáis los sacerdotes de Dios, los privilegiados del Señor y amontonáis riquezas sobre riquezas e incensáis a los déspotas y conquistadores".

"Yo soy el Mesías, Hijo de Dios, y os anuncio que este Templo se derrumbará, que no quedará piedra sobre piedra vuestros edificios; una nueva Jerusalén se levantará sobre las ruinas de la antigua; vuestros descendientes buscarán el lugar en donde se ejercitaba vuestro poder y los fastos de vuestro orgullo se desvanecerán como una sombra".

"Tanto que me decretéis honores como que me condenéis a morir, mi nombre sobrevivirá a los vuestros y la ley que traigo prevalecerá sobre la que vosotros predicáis, sin cumplirla".

"Hipócritas, que tenéis la boca llena de miel y el corazón lleno de ira y de odio. Déspotas, asesinos sin fe, vil majada de esclavos encadenados durante la noche, cueva infecta de bestias venenosas; despreciable caterva de gente embrutecida y apestada, sois el mundo que está por terminar y yo predico un mundo nuevo, una tierra prometida, la verdad, la justicia, el amor. Intérpretes de un Dios vengativo, implacables proveedores de la muerte, la ciencia de la inmortalidad os dirá a todos, que Dios es bueno y que la vida humana tiene que ser respetada".

En medio de otros excesos de lenguaje, Jesús acusaba a los pobres de seguir una miseria envilecedora, sin combatirla con el trabajo y con el ahorro del trabajo.

"Deseáis la holgura y pasáis el tiempo en el ocio y en la ebriedad. Detestáis a vuestros patrones, pero envidiáis su fortuna, y si os encontrarais en su lugar, procederíais como ellos, porque no poseéis la fe que proporciona el coraje en medio de la pobreza, y la modestia en medio de la opulencia".

"Os quejáis del orgullo y crueldad de los ricos y yo os digo que vosotros tenéis el alma coriácea, el Espíritu prevenido propio de las naturalezas bajas y celosas".

"Los que entre vosotros comprenden la nada de las riquezas y el papel de los pobres, serán los primeros en el Reino de mi Padre; mas, lo repito, puesto que muchas veces lo he dicho: Muchos serán los llamados, pero pocos los elegidos". "Baldón para los comerciantes de mala fe; el robo, bajo cualquier nombre se le cubra, es una falta ante las prescripciones más elementales de la ley divina: tan solo la restitución y la caridad pueden descargar la conciencia del depositario infiel, del mercader desleal, del falsario, del hombre ambicioso e injusto".

"Pecadores de todas las condiciones, hombres de todos los tiempos, la moral se encierra en estas palabras: Haced a los demás lo que quisierais se os hiciera a vosotros".

"¡Atrás, traficantes de las cosas santas en el Templo del Señor!

"La Casa de mi Padre es una casa de oración y vosotros la convertís en una cueva de ladrones".

"Salid, salid, os digo, de este lugar de paz y de retiro".

"Los sacrificios de carnes son impíos; la plegaria es un perfume del alma, un grito del corazón, un arrepentimiento del Espíritu, que los ruidos del mundo no podrán acercárseles sin alejarlo de Dios".

"¡ Ay de vosotros y de todos los que torcerán de su verdadero objetivo las obras del Creador! ¡Ay de vosotros y de todos los que conviertan la devoción en un medio para adquirir fortuna temporal!"

La voz de Jesús tomaba entonces una entonación vibrante y sus ademanes se volvían amenazadores. En ninguna época de su vida de Apóstol encontró tanta amargura en su alma y tanta indignación en su Espíritu al revelar las vergüenzas de la humanidad, armándose en contra de ella con las prerrogativas que le daban su misión y la ciencia divina.

"Sois débiles y feroces. A la ignorancia de la juventud añadís la perversidad del orgulloso, del avaro, del ambicioso, del disoluto, del asesino".

¡Peleáis por la gloria ajena! - ¿Qué es esta gloria? "Una espantosa demencia, un monstruoso asesinato.

¡Adoráis un Dios! - ¿Quién es este Dios?

"Una imagen formada por Espíritus en delirio, un ídolo a menudo furioso, siempre fácil para tranquilizarlo, accesible a todas las quejas, dispuesto a todas las concesiones. Un ídolo vestido con vuestros mismos vicios.

"Los altares de vuestro Dios están inundados de sangre y vosotros le dedicáis hasta sacrificios humanos.

"¡Ah! - ¡Me causáis horror! - Me empeño por adelantar el momento de mi muerte, sabiendo bien que ella será dolorosa, sino que después de ella yo me veré libre de vuestro parentesco, rota una hermandad que me es odiosa, y entraré en la gloria de mi Padre.

"Pondréis en desnudez mi cuerpo, para alegrar vuestras miradas, someteréis a la suerte mis ropas para que pueda decirse que nada mío habéis dejado a mis siervos; mis mismos siervos desaparecerán y moriré abandonado por los hombres, puesto que está dicho: el Mesías morirá ignominiosamente; el Cielo y la Tierra guardarán silencio.

No creáis que yo tenga temor a la muerte; más bien me asusta vuestro porvenir.

"No penséis que yo abrigue las intenciones de librarme de vuestros odios, mas comprended y recordad esto: Yo volveré después de mi muerte. Los que me reconozcan serán perdonados. Le corresponde al Hijo de Dios levantar al pecador y bendecirlo, de facilitar el arrepentimiento y de proteger a los débiles".

Hermanos míos, la palabra de Jesús se hace sentenciosa y profética a medida que él se va acercando hacia el término de su vida terrestre, al mismo tiempo que sus afirmaciones se ven mayormente libres del temor por las persecuciones y por las preferencias de su Espíritu en favor de los desheredados. Anunciando él mismo la Resurrección de su Espíritu y prometiendo su participación en los progresos de la familia humana, dictaba su sentencia de muerte. Sus amigos, desde luego demasiado tímidos y descorazonados por la confusión de los Espíritus, se sintieron ya de todo punto impotentes ante esta terrible imputación.

*"Se ha declarado Dios. Todos lo han Oído. Tiene que morir".*

Determinemos la confusión de los Espíritus y hagamos distinción entre los partidarios y defensores de Jesús.

Los partidarios de Jesús amaban al hombre y habrían querido salvarlo del peligro inherente a las prerrogativas de Mesías. Los defensores de Jesús deducían una prueba de su superioridad de las demostraciones del Apóstol; mas esta superioridad cada uno la explicaba a su modo y la lógica resultaba sacrificada a menudo ante el Espíritu de partido y de disputas.

Los unos ignoraban la doctrina que le había proporcionado a Jesús sus más hermosas definiciones de la grandeza de Dios y lo tomaban por ser sabio, cuya vida había transcurrido en el estudio de las leyes orgánicas y de las dependencias de estas leyes. Admiraban el ardiente profesor de moralidad tan pura, mas rechazaban todo cuanto les parecía salir del círculo de los descubrimientos permitidos a la inteligencia del hombre. El destino humano después de la muerte corporal era para ellos un misterio que nadie podía penetrar. Atacando este misterio yo me convertía en derogador a sus ojos; sosteniendo mis convicciones me volvía en un fanático por un error concebido en el paroxismo de la vanidad. Otros conocían las fuentes de mi ciencia pero no le reconocían a esta ciencia el poder de establecer demostraciones tan absolutas y tachaban de orgullosa pretensión mis alianzas de Espíritu con Espíritus más elevados.

Los primeros tenían la franqueza de sus opiniones, los últimos mezclaban a la consagración de un hecho innegable las reticencias de Espíritus estrechos y celosos. Los defensores reales de Jesús eran al mismo tiempo sus partidarios más instruidos. Hemos nombrado a José de Arimatea, Nicodemo, Marcos y Pedro. En los últimos días que pasé en Betania, Pedro y José recibieron de mí instrucciones definitivas respecto de lo que tenían que hacer después de mi muerte. Demostrar de más en más mi mensaje divino a estos dos depositarios de mi última voluntad era mi constante preocupación.

Que desmerezcan no más en el cumplimiento de su misión, decía yo, pero que estén convencidos de mi Resurrección espiritual, y esta doctrina, endeble como ellos al principio, se consolidará. - ¡Oh, sí! - El porvenir tendrá la cosecha de todo lo que yo recogí y puse en evidencia. El porvenir verá a nobles Espíritus combatir lo que yo he combatido y poner en práctica lo que enseñé, y yo me convertiré en su apoyo como los que me llevaron la delantera lo hicieron para conmigo, a fin de dar perseverancia a la acción, la calma y la fuerza en medio de los vendavales.

"¡Oh, sí! - Saldré victorioso de la muerte y descubriré ante el mundo los signos de mi inmortalidad".

Mis discípulos de Galilea (exceptuando a Pedro) me parecían incapaces para seguir mis prescripciones. Su ineptitud se hacía aún mayor por los deplorables celos, y siempre me había costado mucho trabajo una apariencia de unión entre ellos. Juan y el hermano se preocupaban más que de todo en buscar los medios de elevarme ante la posteridad y predecían que yo resucitaría corporalmente, (1) a los tres días después de mi muerte. Mateo y Tomás me querían, me veneraban con una especie de adoración; pero no creían en mi lucidez con respecto de lo que se relacionaba con el porvenir. Felipe decía que era imposible efectuar alguna fundación con elementos conservadores tan limitados. Judo y Simón, hermano de Pedro, Alfeo y Lebeo permanecían indecisos sobre muchos puntos de la doctrina. Judas buscaba más que nunca, pocos días no más antes de nuestra salida, algún testimonio de afecto. ¡Ay de mí! Lo olvidé en medio de tantas preocupaciones. Mis amigos de Galilea eran superiores, en méritos espirituales, a todos mis discípulos de Galilea.

La casa de Simón se había llenado, debido a mí, de consuelos y esperanzas; pero ahí, como en las otras partes, los Espíritus carecían de homogeneidad en la fe. Todos los que encontré en esta casa me fueron fieles y me sirvieron con devoción. María murió poco tiempo después que yo. Marta y Simón encontraron fuerzas en las manifestaciones espirituales, que yo les había prometido.

**(1) En realidad, desde que se habla de resurrección, no puede extenderse más que la vuelta a la vida materia!, puesto que, no hablándose de muerte espiritual, tampoco hay motivo para hablar de resurrección espiritual. Lo que debe comprenderse, a mi entender, es que Jesús ha querido referirse a la desaparición y reaparición su personalidad, eclipsada por un momento debido a la desencarnación. Para los hombres Jesús había muerto y su reaparición no podía ser considerada sino como una resurrección por los hebreos. Este es el hecho. — O. R.**

Hermanos míos permanezcamos penetrados de la gracia divina, pero procuremos no ver en ella un trastorno de la naturaleza la demostración de los destinos humanos puede ser hecha tan solo por los delegados de Dios, a Espíritus preparados para recibir esta

demostración; y todos los Espíritus tendrán que recorrer el camino que lleva a los honores de la revelación, hecha por los delegados de Dios. La idea manifestada con la palabra milagro no existe en nuestra patria, en donde las leyes del desarrollo y las de la desorganización son reconocidas como inviolables y en donde el mantenimiento del equilibrio universal se define por medio de un estado permanente de las propiedades de cada elemento, de las armonías de cada atmósfera, de los principios conservadores y de las causas morbíficas inherentes a la materia, de las afinidades y de las repulsiones propias del Espíritu, de los senderos abiertos a la inteligencia colectiva y a las investigaciones individuales para conservar, preservar, reparar, sanar y vencer la destrucción, mediante la conquista de la espiritualidad pura.

La doctrina de Jesús explicaba el fasto de la imaginación para describir las alegrías de la espiritualidad pura; mas en la enseñanza de la adoración humana por medio de la divinidad y en la enseñanza de los deberes fraternos, la doctrina de Jesús, positiva en sus principios, desafiaba los equívocos mediante la aplicación de sus preceptos. Ella tomaba de las perfecciones de Dios la causa motriz de la perfectibilidad del Espíritu humano. Reunía los atributos divinos para hacer con ellos un código de moral universal. Proclamaba la igualdad, explicando los orígenes y los destinos. Decía que el amor de las criaturas entre ellas es el solo medio para atraer sobre las humanidades el amor del Creador.

En vuestra adoración de un Dios justo, decía Jesús a sus discípulos, sed ajenos a los deseos contrarios a la justicia.

En vuestra adoración del Autor de todas las cosas, rechazad profanaciones y las crueldades.

En vuestra adoración de un Dios fuerte, poderoso, inmutable, alivianad vuestra conciencia, dilatad vuestra alma, olvidad las mezquindades de la vida corporal.

En vuestra adoración de un Dios de amor y de misericordia, daos en brazo de un ardoroso amor filial, de un amor grato, y perdonad a los que os han ofendido.

Reunid a los fieles en mi nombre y repetid mis palabras sin quitarles ni añadirles nada.

Id a la casa del pobre para consolarlo y bendecirlo.

No os mezcléis en las cosas temporales más que para reunir nuevamente lo que hubiese sido desunido y para facilitar la concordia entre los hombres.

Sed sobrios y discretos, pero no os impongáis sacrificios inútiles.

Despreciad los honores del mundo y no seáis esclavos de prejuicios. Habitad con los enemigos de Dios para edificarlos con vuestra conducta y jamás maldigáis a alguien.

"Tomadme como ejemplo y seguidme, diversamente no seréis ya mis discípulos. Soy pobre, permaneced pobres, soy perseguido, sufrid las persecuciones, y desparramad entre todos los hombres la esperanza, la paz, la luz del Espíritu".

Hermanos míos, el amor de Dios convierte el alma humana en creadora, después de haberla doblegado bajo las pruebas de un desarrollo dolorosamente laborioso. La inteligencia humana creadora es el acercamiento del Espíritu creado y del Espíritu Creador, es la perfectibilidad orgánica, el desarrollo de las facultades, tal como el pensamiento extático había osado soñarlo; es la quimera de un vasto ideal convertida en una poesía seria del alma, dilatación devoradora del Espíritu.

¡Oh, Dios mío! Cuánta distancia entre este pedestal levantado por tu amor a las generaciones ascendentes y los abismos hormigueantes de insensatos malhumorados, de enemigos despiadados, de héroes monstruosos. Cuánta distancia entre el esplendoroso vestíbulo de tu morada de glorias eternas y estas tinieblas de espanto, en donde tu nombre, pronunciado con hipócrita dulzura es acogido por las risas estúpidas de una muchedumbre que exhala nubes de polvo y ríos de sangre.

Dentro de poco volveré. Concluyo aquí mi décimocuarto capítulo.

## CAPÍTULO XV

Jesús, resuelto ya a no esquivar el peligro, cede no obstante una vez más a los ruegos de sus amigos y consiente en mudarse a una casa colonial distante de la que ocupaba. Los sacerdotes temían la oposición del pueblo y querían prender al Mesías inesperadamente y a solas, para lo cual lograron sonsacar a Judas, que les sirvió perfectamente. Da el Maestro sus últimas instrucciones a sus discípulos, les promete su ayuda después de muerto y se despide cariñosamente de ellos. Jesús es aprehendido.

LA última vez que Jesús volvió de Jerusalén a Betania, manifestó la intención de no luchar más, de no huir más, y de agotar el cáliz de la amargura para obedecer a su Padre Celeste. "No me desviéis del objetivo, dijo, pero marchemos juntos.

Rodeadme de cariño y de honores para esconder a mis miradas la ingratitud del pueblo y para facilitar el remordimiento de mis acusadores.

Todos dirán: Puesto que lo aman, lo siguen, le tributan honores ha de ser porque ven siempre en él al Mesías Hijo de Dios.

No os aflijáis, pues, demasiado por nuestra separación carnal, y cumplid mi ley como si aún me encontrara entre vosotros. Mi ley es una ley de amor; el Espíritu la dictará en todo tiempo.

¡Paz a los hombres de buena voluntad!

He aquí lo que entiendo con estas palabras.

El hombre se ve continuamente agitado por deseos y arrepentimientos. Su alma jamás se ve satisfecha, su Espíritu es ávido de bienes efímeros, su vida pasa entre la ignorancia y la ambición.

Mas si el hombre se inicia mediante la voluntad en la emanación divina, su alma se hace libre y feliz, su Espíritu recorre senderos hasta entonces desconocidos, su vida aspira tan solo a una posesión, la de la ciencia.

**"Sí - ¡Paz a los hombres de buena voluntad! - Ellos son los obreros de Dios, los preparadores de su Reino sobre la Tierra".**

La fiesta de Pascua debía tener lugar, en ese año, en los últimos días de marzo y primeros de abril (me expreso de modo de ser entendido). Quise, como era costumbre, ir a Jerusalén; pero no ignoraba que la orden de arrestarme sería dada y que el decreto de muerte había sido ya pronunciado.

Nicodemo, José de Arimatea y sus amigos, en número de catorce, se habían abstenido de toda deliberación no queriendo comprometer los medios de servirme en los últimos momentos, de salvarme tal vez. Después de haberse esforzado en hacer cambiar las disposiciones del pueblo a mi respecto, ellos acudieron a Poncio Pilato, que les dió esperanzas.



Las *diez y seis* fueron reemplazados y el tribunal se adjuntó diez miembros suplentes. Todos condenaron a Jesús como impostor, seductor, aliado del Espíritu de las tinieblas. El defensor elegido por el tribunal para hacer valer las causas atenuantes de mi delito, se había extendido en una difusa disertación sobre la monomanía religiosa y había llegado a la conclusión, de acuerdo con la opinión de la gente de Nazaret, que yo no era más que un estúpido digno de lástima y desprecio.

"Es necesario que este hombre muera, gritó el Gran Sacerdote Hannan, porque es culpable de lesa majestad divina, con todo el conocimiento de un doctrinario. - ¿A qué se nos viene a hablar de monomanía, de demencia, cuando todo demuestra una rara perspicacia, una ambición devoradora, un carácter de lo más peligroso? - Aunque la demencia no estuviera probada, es preferible la muerte de un hombre inocente, que la caída del Sacerdocio y la ruina de una nación".

**El domingo 27 de Marzo**, tuvo lugar nuestra salida de Betania. El trayecto fué de lo más animado, y los honores tributados a mi persona acariciaron las ilusiones de mis discípulos. A poca distancia de Betania encontramos a algunos extranjeros, cuyo número fué aumentando a medida que nos íbamos acercando a la ciudad. Cedí a los deseos de ellos de dejarnos seguir y entramos en Jerusalén como triunfadores.

No es verdad que yo estuviera montado en un burro, pero sí es cierto que se me propuso, rechazando yo el ofrecimiento. Muchos se apiñaban a mi rededor. Ramas con hojas y flores caían a mis pies, y el pueblo de Jerusalén se unía al pueblo nómada para llenarme de entusiastas demostraciones. El pueblo es, siempre, plagiario e instrumento. Se reproduce con sus instintos atávicos y obedece a intereses que no son los suyos. Por momentos esclavo embrutecido o déspota insensato, el pueblo conocerá la verdadera fuerza tan solo mediante los beneficios de la educación moral. La educación moral encadena los instintos, y desarrolla la razón. Cuando ella se encuentre a la orden del día, las clases dirigentes habrán comprendido el verdadero progreso y la Tierra se elevará hacia Dios.

Una de las primeras personas que reconocí en medio de la multitud, que venía hacia nosotros de los alrededores de la ciudad, fué mi hermano Eleazar. Tuve que suponer que mis tres hermanos mayores estaban juntos y procuraban combatir la mala influencia producida por mis otros hermanos.

Este día se convirtió después para mí en un cargo gravísimo. El pueblo que se había demostrado entusiasmado por mis últimos honores, me acusó ante Poncio Pilato de haber llevado mis pretensiones humanas tan lejos hasta hacerme llamar rey.

La sabiduría y buena voluntad del juez romano llevaron la cosa a broma.

"Probablemente, dijo Poncio, Jesús se cree el primero de los Hebreos y la palabra Rey expresa su idea. - ¡Sea pues Rey de los Hebreos! - Mas este Rey no puede, bajo ningún concepto, causar perjuicio a la seguridad del Imperio".

La tarde del domingo (27 de Marzo) quedamos de acuerdo para pasar la noche en Jerusalén. Al otro día me vi asediado para que dejara esos parajes para siempre; permanecí

inconmovible y esa especie de delirio que precipitaba mis palabras pasó más tarde como profecía.

Le prometí a Marcos llamarlo lo más pronto posible al Reino de mi Padre, y a las mujeres que se arrodillaban delante de mí les dije:

**"Vosotras tendréis el coraje de acompañarme hasta la muerte y Dios colocará sobre vuestras frentes, como sobre la mía, la corona del martirio".**

Mis discípulos de Galilea juraban todos que me rodearían, y me defenderían hasta derramar la última gota de su sangre. Acogí estas manifestaciones con una melancólica sonrisa y nada contesté. Después, dirigiéndome a mi madre le dije:

"Tú tienes entre los compañeros de tu hijo, madre mía, un hijo un hermano que te recordarán el ausente y viviréis para que no sea negada mi Resurrección como Espíritu. De la resignación de mis discípulos, de la de vosotros principalmente, depende la salud de mi doctrina en el presente, del mismo modo que el porvenir de esta doctrina depende de los sucesores de mis discípulos".

Consentí en esquivar a mis enemigos todavía por una vez y fuimos a hospedarnos en una casa colonial en donde ya en otras ocasiones habíamos encontrado buena acogida.

Gethsemaní, situada en un paraje elevado, de donde se veía el Mar Muerto, el Jordán, las llanuras y las montañas de Galilea, había de ofrecernos un albergue tranquilo, al menos por algún tiempo.

El pueblo nos tenía afección, y los sacerdotes, que temían más que todas las manifestaciones populares, hostiles a su poderío, se habrían abstenido, seguramente, de proporcionarles un pretexto con una agresión brutal. Buscaban un medio para apoderarse de mi persona sin testigos y sin ruido y la vergonzosa defección de Judas fué obra de ellos.

De mis discípulos de Galilea, Judas fué el único que no me acompañó a Getsemaní en la mañana del lunes. Nos alcanzó en la tarde y su actitud llamó la atención de Pedro que me dijo: "¿Qué tiene, pues, Judas? Míralo cuán preocupado está".

Me acerqué a él y le pregunté por qué nos había dejado en el momento de nuestra salida de Jerusalén.

Tenía aun que visitar algunas personas me dijo, y por otra parte yo tenía deseos de informarme de las últimas disposiciones tomadas con respecto de nosotros. Ellas son de tal naturaleza que nos quitan toda esperanza de poder huir de la venganza de nuestros enemigos.

"Tú no debes estar triste por una solución que yo he buscado, dije yo. Muéstrate animoso en el momento del peligro y guarda el recuerdo del Maestro cuando ya no me encuentre con vosotros".

Alargué a Judas una mano, que él apretó débilmente; su mirada esquivaba la mía. - Entendí...

Indeciso al principio, torné el partido de disimular para con él y de ejercer sobre él una presión en todos los instantes. Lo entretenía, lo empujaba a expansiones, para observar mejor sus reticencias y sus perplejidades.

El miércoles Judas nos propuso visitar las plantaciones de olivos que cubrían el flanco de la montaña de Getsemaní por el lado de Jerusalén y dió como pretexto de su ocurrencia las modificaciones que debía haber experimentado esta localidad. Propuso que el paseo se efectuara al día siguiente...

El lavado de los pies era una de las instituciones de Juan; una demostración de la igualdad humana. El patrón es el hermano de su sirviente. La posición social deja de existir cuando se trata de adorar a Dios. La fuerza moral determina la elevación y el hombre se demuestra mucho más grande con el cumplimiento de sus deberes que con espléndidas demostraciones de sus facultades directrices. Dí pruebas de mi respeto por el Apóstol, adoptando muchas de sus prácticas religiosas, pero conservé tan solo las que me pertenecían, por la distancia que establecí entre ellas. El lavado de los pies era celebrado por mí y mis discípulos, todos los años, tan solo en la vigilia del gran sábado de Pascua. La *Cena*, o gran comida de la noche, precedía a esta función. Nuestra comida de la noche tenía una especie de solemnidad, debido a la exclusión de toda otra persona, que siempre habíamos mantenido durante nuestra vida nómada, cuando nos encontrábamos todos reunidos. Mis primeros doce discípulos y mi tío Jaime se manifestaban felices por la resolución tomada por mí de no admitir a ningún extraño en nuestra comida nocturna, y ellos aprovechaban esos instantes que alargaban a su gusto, para identificarse mejor con las palabras y las intenciones del Maestro. En esos momentos, precisamente, se dijeron y se repitieron tantas recomendaciones, tantas promesas, y también tantas prédicas, basadas en el conocimiento profundo de la naturaleza humana. El viernes anual del lavado de los pies me parecía demasiado lejos. Sentía que un peligro inminente me amenazaba, y quería dar a mis últimos días los caracteres de una fatal precisión en los acontecimientos. Por eso pedí a mis discípulos que procedieran en esa misma noche al lavado de los pies. La sorpresa de todos me afligió, porque me dejaba entrever sus presentimientos y Judas me inspiró aún más piedad que desprecio en esos momentos solemnes, en que manifesté la casi certidumbre de ser pronto apresado. El afecto de mis discípulos de Galilea era sincero; mas dudé, con razón, de su firmeza. En esa reunión de la tarde, que fué la última, yo les conferí el título de Apóstoles, entrando en particularidades referentes a lo que mi Espíritu entendía de los trabajos y sacrificios que debían llevarse a cabo, de lo que mi alma encerraba de solicitud y amor, prometiéndoles el poder de gobernar el mundo.

Haced de mis instrucciones la regla de vuestra conducta y llamadme cuando tengáis que discutir con los hombres de mala fe.

Ya sea que permanezcáis unidos, ya sea que os separéis por la buena causa, yo me encontraré en medio de vosotros y con cada uno de vosotros.

La fe no perecerá nunca, pero se tornará oscura por la falsa dirección dada a mis enseñanzas.

A los que sostendrán la verdad yo les retribuiré con largueza mis consuelos y esperanzas; pero ¡ay del que se aleje de mí! La voz del Espíritu retumbara en el Espíritu y los acontecimientos se encadenarán de tal manera, que la verdad se restablecerá y los impostores serán confundidos y los fervientes serán recompensados y castigados los tibios.

La malicia y la perversidad del mundo os preparan malos días. Conservad vuestra fe pura de todo fingimiento y no pongáis límites a vuestra caridad. La fuerza viene de Dios y yo os transmitiré la fuerza.

Pedid los tesoros de Dios y despreciad las riquezas de la Tierra. Quien quiera elevarse entre los hombres será rebajado delante de Dios.

Vosotros sois mis Apóstoles; predicad la palabra de Dios y anunciad su Reino por toda la Tierra.

Vosotros sois mis discípulos queridos; ayudad a los pobres, ellos son mis miembros; facilitad el arrepentimiento, prometed el perdón en nombre de Dios, nuestro Padre.

Todo lo que vosotros habréis *remitido*, *será remitido*, y la gracia os acompañará en la paz y en los peligros.

No devolváis jamás mal por mal, mas forzad a vuestros enemigos a que os respeten. Confirmad vuestra fe más con las obras que con discursos, y, en el extremo infortunio, recordad mis promesas y mi martirio.

Estas promesas las cumpliré si fuereis fuertes y hubierais comprendido y practicado lo que ordeno y lo que yo misma he practicado.

Una vida tranquila no es una vida de Apóstol y la regularidad de la conducta no constituye la virtud de un discípulo. Son necesarias al Apóstol fuerzas y coraje para afrontar la burla, el desprecio, la persecución, la esclavitud, la muerte; y el heroísmo debe caracterizar a los discípulos de Jesús.

"El Apóstol demostrará a Dios y sufrirá por la verdad".

"El discípulo abandonará los bienes del mundo y los honores del mundo. Abandonará al padre, a la madre, a la mujer, a los hijos, antes que renegar de mi doctrina, ya sea con los actos, ya sea con las palabras, ya sea con la abstención y con el silencio".

"Vosotros sois mis Apóstoles y mis discípulos; yo tendré que contar con vosotros y no obstante... yo sé ya que muchos de vosotros me traicionarán".

Me encontraba en la mesa, rodeado por los doce; mi tío Jaime formaba el décimo tercero y estaba por romper el pan para empezar la comida. Mis Apóstoles se levantaron bruscamente:

"¡Señor!, ¡Señor! - prorrumpieron. - ¿Por qué nos produces esta tortura? - ¿Por qué llamarnos traidores, después de habernos confiado el éxito de tu obra?"

"Los que me traicionarán por debilidad, contesté yo, se arrepentirán; tan solo el que me habrá traicionado por venganza sucumbirá bajo el peso de su delito".

Judas mantenía los ojos bajos, pero nadie hizo atención en ello fuera de mí. Recomendé a mis Apóstoles guardar el recuerdo de esa noche y les ofrecí el pan; Judas, que se encontraba a mi derecha, se sirvió primero. Juan colocado a mi izquierda, como siempre, se inclinó hacia mí y me dijo: "¿En quién de nosotros has pensado tú recién al hablar de traición?"

Le contesté a Juan:

"El que me traionará ocupa en este momento un lugar de honor pero otros también me traionarán más tarde y muchos me abandonarán cobardemente a lo largo del camino del sacrificio". Continué sirviéndoles a mis Apóstoles e insistí para que se me dejara esa tarea. Pedro al frente mío estaba distraído; no comía ni bebía; le dirigí estas palabras:

Tú ya no eres pescador de peces, amigo mío, hete aquí convertido en pescador de hombres. Tus redes serán ahora los argumentos, y recogerás en tu barca a los pobres náufragos, tus compañeros te ayudarán en la ardua lucha, que habrá que sostener en contra de los elementos; vosotros no imitaréis a esos Espíritus arduamente orgullosos y escépticos, que se preocuparán de las causas de la caída y de la enfermedad, antes de socorrer al herido y de aliviar al enfermo.

¡Feliz de aquel que comprenderá estas palabras y que las pondrá en práctica!

¡Felices los fuertes! Ellos someterán sus pasiones a la razón y verán a oíros tantos hermanos en todos los hombres. Llevar hacia Dios a los insensatos que lo desconocen, impíos me lo ultrajan y librar la Tierra del fermento de disolución es cooperar poderosamente a la concordia universal.

Convertíos en pescadores de hombres, vosotros tocios, amigos míos, y reunid el mayor número de Espíritus que podáis.

Para ser hábiles en el oficio de pescador de hombres es necesario tener el don de la dulzura y de la firmeza, el derecho de hablar y de hacerse escuchar.

Tendréis el derecho de hablar cuando vuestra conciencia se encuentre tranquila, y seréis escuchados si vosotros mismos estaréis convencidos de la verdad que enseñéis.

La elevada posición de un Siervo de Dios no resalta en el mundo, porque la fuerza y la luz que se encuentran en él no las emplea jamás para proporcionarse algún poderío. Los honores y las riquezas no podrían por lo tanto ser el privilegio de mis Apóstoles, y si yo les aseguro el imperio del mundo, es con la condición de que sean dulces de corazón, firmes de Espíritu y que conserven el derecho de hablar y el don de ser escuchados.

Los perezosos se convertirán fatalmente en hipócritas. No habiendo tenido el coraje de seguirme, dejarán que se desparramen dudas respecto de mi persona; y el deseo de alegrías mundanas, la sed de honores, el amor a las riquezas los arrastrarán a las prevaricaciones, a la vergüenza de parecer discípulos míos, mientras me negarán también con acciones ocultas.

Porque habrá perezosos e hipócritas, Jesús se manifestará nuevamente para separar el buen grano del malo.

**El que no esté conmigo estará en mi contra. Todo equívoco es una mentira; la verdad yo soy.**

Nada temáis, os sostendré y os guareceré, y mi Espíritu mantendrá el lugar que ocupan ahora mi cuerpo y mi Espíritu en medio de vosotros.

He aquí la hora cuyo aproximarse me llena de angustia no por mí, sino por vosotros. Nunca, como ahora, os le amado. Honradme, cuando no esté ya entre vosotros, amándoos los unos a los otros y perdonando a los que os habrán ofendido.

Permaneced fieles a mi voz y adorad al Señor nuestro Padre, predicando en todas partes la paz y el amor.

No tomaré más de este jugo de uva con vosotros; mas cuando vosotros os reunáis en mi recuerdo, sentiréis mi presencia en la alegría que se filtrará en vuestras almas, en la seguridad de vuestros Espíritus sobre todas las cosas.

Comprenderéis mis palabras en la actividad del apostolado lo mismo que en el silencio de vuestro recogimiento, y lo que pidieréis para el servicio de Dios os lo acordaré. Mas no debilitéis vuestros conocimientos de las cosas espirituales, mezclándoles cosas de la Tierra. Nuestra alianza es a este precio, es decir, que debéis despreciar lo que yo he despreciado y honrar lo que yo he honrado.

Los discípulos no son más que el maestro, enseñad pues mis doctrinas sin quitarles ni añadirles nada y refutad las dudas y los errores de manera de convencer a los incrédulos respecto de vuestra ciencia. Esta ciencia no os abandonará; el Espíritu beberá en el Espíritu, y, hasta el fin de los siglos, la gracia resplandecerá para los hombres de buena voluntad.

Mis queridos discípulos: mañana, tal vez, nos separemos. Amadme como os he amado, y confundid a todos los hombres en vuestro amor, en mi recuerdo. Os doy el mundo para conquistar y mi luz os guiará. Os prometo la gloria de Dios.

Os nombro mis sucesores y os bendigo.

"Que la paz sea con vosotros y con vuestro Espíritu. "Venid a darme el beso de la despedida".

Mis Apóstoles se precipitaron sobre mí. Yo permanecí de pie y mi semblante reflejaba una intensa emoción. Judas me besó como todos.

Era la medianoche cuando secamos los pies a mis Apóstoles. Digo secamos porque mi tío Jaime, cuya ternura por mí se asociaba a un profundo sentimiento de devoción práctica, me ayudaba toda vez que debía manifestar con una tarea personal el culto de una idea religiosa. En esta ocasión me suplicó que le cediera la mayor parte del sacerdocio; es la palabra que empleó.

Yo me limité en servir a Judas, Pedro y Felipe, dando como motivo de mi elección la edad más madura de esos tres Apóstoles.

Todos mis esfuerzos tenían que resultar vanos. Judas no quiso creer en mi cariño, ni comprender qué yo le había adivinado, ni admitir que me sentía pesaroso por mis anteriores predilecciones, ni acallar el orgullo para escuchar a la conciencia.

El jueves por la mañana me sentí algo consolado de la ingratitud debido a una prueba de amor.

Simón de Betania y su pariente Eleazar vinieron a visitarnos. Mi madre y las demás mujeres me hacían suplicar que las recibiera en mi retiro y mis tres hermanos ancianos deseaban reunirse conmigo en medio de la suerte adversa. Marta se hallaba mientras tanto en Betania, debido a su debilidad, encontrándose cada vez más enfermiza, en la casa de la hermana, a quien había ocultado mi fuga de Jerusalén. Confié a Simón el cargo doloroso de preparar a mis amigos para el fatal desenlace y volví sobre el tema de que *el día estaba próximo*, que mis horas estaban contadas y que la reunión de nuestros Espíritus tendría lugar en la Casa de mi Padre.

Estas palabras provocaron la tierna emoción de Simón, lo tuve abrazado por largo rato y mis lágrimas se confundieron con las suyas. Algunos instantes después Simón y Eleazar emprendían el camino de regreso a Jerusalén.

Yo les había negado a todos el permiso para seguirme a Getsemaní, porque quería consagrar el tiempo que me quedaba libre a las expansiones de mi alma delante de los que nombré como mis sucesores. Existía aun otro motivo para esta disposición de mis últimos días; la presencia de mi madre y de mis santas compañeras habría constituido un peligro real en los momentos en que el Apóstol, el fundador, el hombre debía concentrar sus fuerzas para llenar la misión de Hijo de Dios. Jamás mi confianza y mi amor, se habían traducido en tanto abandono y ardor, jamás la demostración del porvenir se manifestó tan clara entre el encadenamiento de mis visiones espirituales.

Vosotros sois mi carne, sois mi sangre, decía yo, mi Espíritu está en vosotros y todas las potencias de la Tierra no conseguirán el predominio sobre vuestro poder, que será Universal.

Si no recordáis todas mis palabras, conservad su espíritu, escoged entre mi persona y el mundo, para no servir a dos dueños.

Aunque os separarais de mi doctrina por algún tiempo, más o menos largo, mi doctrina no vendría a menos por eso la luz del mundo, puesto que otros vendrán después que vosotros los que repondrán lo que vosotros hubierais quitado y escucharán mi voz. Yo les diré todo lo que a vosotros os dije y Dios tendrá su Templo en toda la Tierra.

El mundo está poblado de hipócritas. Ellos hacen lo contrario de lo que se manda; otros honran públicamente lo que reniegan en el secreto de su conciencia; mis discípulos tendrán que proclamar la verdad y seguir la moral que ella encierra; a estos yo los reconoceré.

El mundo está poblado de fanáticos, de supersticiosos y de incrédulos; mis discípulos tendrán que instruir a los ignorantes y convencer a los incrédulos con ejemplos de virtud y con la referencia de nuestra alianza, antes y después de la muerte corporal.

Favoreceré tan solo a aquellos, cuyo Espíritu seguirá mi sendero y que compartirán, desde el fondo de su alma, todos los infortunios.

Os concedo mi poder; pero si os volvierais infieles, yo os lo retiraré, y mi luz sería retardada en el mundo, y el nombre de Dios será blasfemado, y la desolación, la confusión, el delito y la impiedad reinarán en todas partes.

"Sed mis sustitutos, y no tan solo mis sucesores y decid: Somos su carne, su sangre, su Espíritu: Lo que nosotros hacemos en su memoria, el Señor lo ordena y lo cumple en nosotros".

Hermanos míos, el sentido de estas palabras: *Vosotros sois mi carne, mi sangre, mi Espíritu*, el sentido de estas palabras, repetidas muchas veces durante mis últimos días, fué tergiversado, con el objeto de erigir un dogma impío y al mismo tiempo, falta de razón.

“Haced todas las cosas en mi nombre, obrad como si me encontrara visiblemente entre vosotros”, son formas que yo empleaba a menudo para dar a la presencia de mi Espíritu la autoridad del recuerdo de mi voluntad inmutable; para incrustar en el pensamiento de mis Apóstoles el más irresistible de mis medios de acción sobre sus prácticas futuras. Es justamente por el imperio ejercido por mi promesa renovada, de encontrarme siempre entre ellos, a lo que debe atribuirse la docilidad ferviente de mis representantes inmediatos.

El paseo proyectado debía tener lugar al caer el día. Mis Apóstoles parecían haberlo olvidado y el mismo Judas permanecía bajo el encanto de las melodías del alma.



Yo evocaba la realidad del pasado y los fantasmas del porvenir. Todos participaban por igual de mis transportes de ternura, y mis miradas, mis sonrisas los llenaban de alegría.

Yo tenía la seguridad de que se ocultaba una sorpresa bajo las apariencias de una descuidada curiosidad, cuando recordé a mis discípulos la hora favorable para que nuestra excursión no se viera turbada por importunos, ni amenazada por una completa obscuridad al regreso.

Salimos, los unos alegres con la idea de que mis presentimientos del día anterior no se vieran confirmados, los otros silenciosos, casi tristes.

Manifesté a Judas mi deseo de hacer con él el camino hasta el jardín de Getsemaní y me apoyé en su brazo. Hablamos de cosas enteramente secundarias, durante casi cuarenta minutos de marcha, después me senté a la sombra de una higuera y mis Apóstoles tomaron asiento sobre diversos montones de piedras. Judas se alejó de mí; yo había previsto esto. Dirigía alrededor miradas distraídas hacia los tupidos bosquecillos de olivos, cuya extensión y espesura impedía la vista por todas partes.

Me levanté al cabo de algunos instantes de descanso, llamándolo a Judas mi compañero de camino. Fué llamado inútilmente.

Entonces pronuncié palabras acusadoras que no podían ser alteradas por ninguna duda en su claridad.

*"El que vosotros llamáis está aquí cerca, él está por venir. Cuando lo veáis la víctima será entregada al verdugo".*

Los gritos, las imprecaciones de mis Apóstoles se dejaron oír al mismo tiempo que llegaba hasta nosotros el ruido del paso pesado de muchos hombres. Judas no apareció; le había faltado la audacia del delito en el último momento.

Los soldados, con divisas romanas, eran en número de ocho; dos familiares del Santo Oficio los acompañaban; estos últimos que señalaron a la tropa armada y un soldado me puso encima las manos. Pedro golpeó a este hombre; yo me apresuré a reprender a mi Apóstol con estas palabras:

**"Estate quieto, amigo mío, la resistencia es inútil. Sin agachar la cabeza como culpables, conviene saber sufrir la ley humana con resignación".**

Juan me rodeó con sus brazos, mi tío Jaime imploraba a Dios de rodillas y mi hermano echó a correr en dirección a Jerusalén. Todos los demás parecían presa del terror. Mateo, Tomás, Alfeo, Jaime, el hermano de Juan, me acompañaron hasta la casa del Gran Sacerdote Caifás; Lebeo, Felipe, Judo, Simón hermano de Pedro, volvieron a Getsemaní. Después de mi muerte fueron a juntarse con los que permanecían escondidos en Jerusalén.

Se les hizo sentar a mis discípulos en un banco del patio y se me introdujo a mí en una espaciosa sala, en donde se encontraban reunidos Caifás, el Gran Sacerdote Hannan

verno de Caifás y una delegación del Sanedrín compuesta de veinte miembros El Gran Sacerdote procedió inmediatamente a mi interrogatorio.

Jesús de Nazaret, eres culpable de seducción, de profanación de maleficios y como tal se os condena a la pena de muerte.

Para obedecer a la ley que te castiga debemos oír tu defensa personal y facilitar tus confesiones mediante la exposición de las acusaciones que pesan sobre ti. He aquí el resultado de las testificaciones que hemos recogido.

El nazareno Jesús se asoció desde un principio a los factores de desorden, que tenía por propósito probado el de sublevar al pueblo en contra de las leyes del Estado.

A más el nazareno Jesús se ha pronunciado públicamente en contra del respeto debido a los poderes civiles. Se ha dicho reformador de la ley mosaica, mediador entre Dios y los hombres, *Hijo de Dios*, al fin.

Apoyado sobre este título monstruoso por su impiedad, el nazareno Jesús se convirtió en el ídolo de un pueblo ignorante al que anunciaba el pretendido Reino de Dios consiguiendo cautivarlo, de más en más, con la apariencia sobrenatural de sus actos y de sus predicciones.

“Jesús de Nazaret, ¿osas sostener que eres Hijo de Dios? -Te interrogo, contesta”. Esta frase era provocada por mi silencio; mi silencio continuó.

Y tus milagros, demuéstalos, pues, añadió con dureza el Gran Sacerdote. Di lo que puedas para atenuar tus delitos y *demuestra la ciencia* de que pretendes ser poseedor, siguió Hannan.

"Si produces un milagro, siguió Caifás, nosotros creeremos en ti y proclamaremos tu filiación divina".

Una despreciativa sonrisa acompañó a estas palabras. Levanté la cabeza y miré a mis jueces.

Muchos gritaron: ¡Nos provoca, no hace caso de la *Justicia de Dios*, merece el suplicio destinado a los más grandes delincuentes, a los más endurecidos malhechores! Se ordenó a los soldados que me llevaran.

Desde una pieza baja, que daba sobre el patio, me fue fácil comprender los propósitos que abrigaban mis Apóstoles y los subalternos de la casa del Gran Sacerdote. Los soldados de guardia se habían puesto a jugar y parecían haberme olvidado.

-¿Acompañáis vosotros al condenado?, preguntó alguien a Pedro.

-No conozco a ese hombre, contestó mi Apóstol. Juan y su hermano parecían estar en buenas relaciones con una persona que les aconsejaba *salir para no comprometerse*. Ellos siguieron el consejo.

Mi tío Jaime renovó delante de todos el juramento de morir antes de renegar su alianza conmigo. Arrastrados por este acto de coraje y lealtad, Marcos, Alfeo y Tomás asintieron de que eran mis discípulos y añadieron que no me abandonarían. Pedro y los dos hijos de Salomé eran los que más habían demostrado, exteriormente, su ternura por mí, dando a la amistad las delicadas formas de la feliz expresión del semblante y de las dulces inflexiones de la voz. Haciendo de la sumisión el atractivo más bien que la ocupación de su tiempo, había tenido que vencer muchas dificultades, para que la excesiva ingenuidad de Pedro diera lugar a la independencia del pensamiento, para que la fogosa imaginación de los hermanos se aproximara al entusiasmo de las naturalezas generosas, para llevarlos hasta confundirlas conmigo su voluntad y sus esperanzas. Esta debilidad de la última hora sobrepasó mis previsiones.

Las diversiones de los soldados cubrieron los ruidos exteriores, y, después de asistir a escenas triviales de jugadores ebrios, me hicieron el blanco de las gracias groseras de esos hombres estúpidos y feroces.

Cuando amaneció muchos dormían, otros se habían puesto nuevamente a beber, y querían obligarme a que bebiera con ellos. Se me ataron juntas las manos para llevarme a lo del procurador romano.

La arquitectura del pretorio era del estilo griego, del que tomaba sus columnas cargadas de ornatos; bloques de piedra simulaban balcones en todas las ventanas, encornizamientos en todas las plataformas que ligaban, en todos los pisos, dos cuerpos de construcción paralelos.

El pretorio ocupaba un espacio bastante extenso.

Una sala abierta para todo el mundo, que ofrecía la facilidad de reunirse y charlar, mientras llegaba el momento de comparecer, por sí o por intermedio de otros, en algún asunto contencioso o delictuoso.

Los juicios civiles eran, previa apelación, confirmados o reformados por la alta magistratura civil, que tenía su asiento en el pretorio y que pronunciaba, resolviendo, fallo definitivo.

Los castigos corporales y la pena de muerte, cualquiera fuese la religión del condenado y la autoridad que hubiera impuesto el castigo, debían recibir la conformidad del delegado de la soberanía imperial romana, y este delegado era entonces Poncio Pilato.

Poncio tenía cuarenta y dos años. Era un hombre de recto sentir, de carácter débil, dulce y afable; pero ambicioso y siempre pronto a sacrificar sus convicciones para conservar el puesto, que se había hecho de difícil desempeño debido a las disidencias que diariamente se suscitaban entre los intereses opuestos de un pueblo mixto y en pugna con

las exigencias del partido hebreo. Poncio detestaba a los hebreos; pero no quería ponerse muy abiertamente en pugna con ellos, porque había sido ya señalado por antiguas comunicaciones emanadas del ex Gran Sacerdote Hanna como un enemigo sistemático de las formas religiosas y de las disputas teológicas, cuestiones, decían las comunicaciones, que no le correspondían al procurador.

Apenas Poncio me vió, se pasó la mano por la frente como para desechar un pensamiento, cuyo recuerdo le produce cansancio. En seguida me dirigió las preguntas acostumbradas, a las que contesté sencillamente y sin excitación.

"Qué delito ha cometido este hombre?" - preguntó Poncio, dirigiéndose a un personaje, cuya misión parecía ser la de acusarme y la de estipular la naturaleza de mi condena. "Jesús de Nazaret, contestó el interpelado, es un revolucionario, un renegado, un fabricante de milagros. Comprometió la seguridad pública y se erigió en poder divino.

"El sobornador, el impostor, ha sido juzgado por derecho sagrado, pero el demostrador de las libertades humanas, que está por encima de las potencias humanas, el devastador de las leyes sociales, el predicador de la igualdad, el desmoralizador de las clases pobres se encuentra bajo juicio ante el representante del emperador Tiberio." ¿Jesús, el Hijo de Dios, será lapidado como impío, o Jesús de Nazaret, culpable ante Dios y ante el emperador sufrirá más bien el suplicio de la cruz? - Nosotros apelaremos ante el pueblo si fuere necesario". Poncio quedó estupefacto ante tanta audacia. De esta manera ni aún su opinión se le pedía antes de apelar al pueblo. Este pueblo gritando desaforadamente recogía las palabras que lo instituían juez supremo, palabras que habían sido pronunciadas al aire libre, sobre una de las plataformas de que hemos hablado.

- "¡Que se le crucifique!" - Este grito fué inmediatamente repetido por todas partes.

"¡Se ha llamado Dios y Rey; ha hecho alarde de destruir el Templo y de reedificarlo en tres días!"

Poncio habiendo contestado que el título de Rey le parecía un término de elevación tan sólo entre los Hebreos, este modo de eludir la cuestión del cargo político que se me reprochaba, levantó en mi contra las más formidables amenazas, los más amargos sarcasmos.

*Y bien, si es nuestro Rey pongámosle una corona, démosle un cetro y saludémoslo al mismo tiempo Rey de los Hebreos e Hijo de Dios.*

*"Dinos, pues, Hijo de Dios, hubiese sido por lo menos necesario esconder tu madre, tus hermanos y hermanas. ¡Ah! ¡Ya te daremos reinado, hasta tu entrada en el reino de tu Padre, doble Rey, doble impostor!"*

Poncio estaba desesperado por la inutilidad de sus esfuerzos. De repente dió orden para que me desataran las manos y anunció que quería interrogarme a solas.

Entré precedido por Poncio en una pieza amueblada con severidad, cuyas salidas estaban todas cerradas. La puerta fue cerrada por el lado de adentro por el procurador, quien me ordenó amablemente que me sentara, declarándome que allí no había más que dos hombres, de los que el uno preguntaba al otro los motivos que lo indujeran a buscar la muerte, atacando la misma esencia de la ley mosaica, y a persistir en el propósito de morir, puesto que había desperdiciado las posibilidades de huir de sus enemigos.

Explicué a Poncio mis inspiraciones de niño, mis estudios de hombre, mis alianzas, mis esperanzas de Espíritu en la luz infinita; le hice a grandes rasgos un extracto de mi doctrina, de las relaciones entre los mundos y los Espíritus, y presenté la muerte ignominiosa, que me esperaba, como el glorioso coronamiento de mis honores como Mesías.

"¿Y si yo consiguiera salvaros? - interrumpió Poncio. No lo intentéis, le contesté yo, tú mismo te verías arrastrado por el huracán popular... escucha..."

Poncio sonrió despreciativamente. "Consiente en vivir retirado, dijo, ganaré tiempo y emplearé la fuerza".

Por otra parte, añadió Poncio, he tenido un sueño anoche respecto de ti y siento que una pesada responsabilidad me incumbe en el presente y para el porvenir.

"Estos sacerdotes que quieren tu perdición me despreciarán por haber tenido miedo de ellos; este pueblo se arrepentirá y la posteridad me acusará, cuando menos, de debilidad".

**La posteridad, grité, sabrá que tú me has ofrecido la vida y que yo quise morir.**

**"Para mí la muerte es una aureola: para mí la vida sería una deserción, una cobardía, una caída irreparable".**

Me levanté, indicando así yo mismo el fin de la entrevista, y agregué:

**"Desde la Casa de mi Padre, en la que estoy por entrar, te bendeciré, porque has comprendido la verdad y la has defendido con coraje".**

Volvimos al lugar que habíamos dejado menos de una hora antes. La muchedumbre era más compacta y la gritería se tornaba sediciosa; se le amenazaba a Poncio, se pedía que yo les fuera inmediatamente entregado.

Habiendo obtenido un poco de silencio, Poncio pronunció estas palabras:

"Este hombre cuya muerte vosotros pedís es un justo". "No tendréis de mí un decreto afirmativo en nombre del emperador. La sangre inocente que estáis por derramar caiga sobre vosotros; me lavo las manos por todo lo que sucederá".

Y Poncio Pilato se hizo derramar agua sobre las manos en presencia del pueblo que redobló sus vociferaciones. Poncio volvió a entrar en sus departamentos. La persona encargada de dirigir los preparativos de las ejecuciones preguntó al pueblo que a quién de los cuatro delincuentes, cuya muerte estaba señalada para ese día quería que se le hiciera gracia de acuerdo con la costumbre.

"No a nuestro rey, exclamó la multitud; libertad a aquel entre los tres restantes que más te plazca".

Ahora, como entre esos tres se encontraba un ladrón, asesino de los más peligrosos y perfectamente conocido, se tuvo la idea de oponerlos el uno al otro; para despertar, si aun existía en ese pueblo, un sentimiento de justicia.

Pues bien. ¡El pueblo me condenó una vez más aún!

Desde ese momento me convertí en el juguete de una muchedumbre insensata y los soldados, encargados de mi custodia, se unieron al populacho. Sobre mi cabeza fué colocada una corona de espinas, sobre mis hombros una manta de color escarlata (ello tenía lugar en uno de los patios del pretorio), y todos se inclinaban delante de mí, diciendo: "*Te saludo, Rey de los Hebreos*".

Muchos me golpearon, uno me escupió en la cara.

Al cabo de dos horas de diversiones abyectas y crueles se me desnudó de mis vestidos y sobre mi cuerpo, completamente desnudo, se aplicó la tortura de la flagelación. Dos lágrimas me quemaron los carrillos. Fueron las últimas.

Era mediodía cuando llegué al Gólgota.

Mis fuerzas estaban exhaustas y no me habían permitido llevar el instrumento de mi suplicio, que era un tronco de árbol, dividido y ajustado en forma de cruz, y yo apenas podía sostenerme parado, cuando mi cuerpo desnudo fué expuesto a las burlas más innobles de la más asquerosa plebe. Mas esta vez, por lo menos, mi Espíritu concentrado en radiantes perspectivas, perdía de vista a los hombres y a sus espantosas demencias.

Mis pensamientos sobre la cruz tuvieron al principio por objetivo a los autores de mi martirio, a los ingratos y a los débiles, y grité:

**"¡Perdónales, Padre mío, porque no saben lo que hacen!"** Mis sufrimientos sobre la cruz fueron la causa de la debilidad del Espíritu y dije:

**"Padre mío: ¿Por qué me has abandonado?"**

Mis consuelos sobre la cruz fueron el recuerdo de mis amigos, mi confianza en sus promesas. Divisando mis santas compañeras y mi madre protegida y sostenida en medio de ellas, Jaime, el digno hermano de la heroica María, Marcos, Pedro, los dos hijos de Salomé,

bendije a los arrepentidos y, más que nunca, creí en la inquebrantable fidelidad futura de todos.

Se me seguía injuriando siempre... un escrito que llevaba estas palabras: *¡He aquí al Rey de los judíos!* fué colocado sobre mi cabeza.

Dos delincuentes sufrían a mi lado mi mismo suplicio; pero contrariamente a lo que se dice, ellos no me insultaron.

Los soldados que me habían crucificado se repartían mis ropas y, lúgubres burlones me dirigían palabras como estas:

*"Baja de la cruz y creeremos en tu divinidad".*

*"Llama a tu Padre para que venga a libertarte y pronuncia nuestra condena haciéndonos morir antes que tú".*

*"Danos una tarjeta de entrada, Jesús, a fin de que se nos conceda gozar de tu triunfo en el Reino de tu Padre".*

Mis ojos se nublaron; una opresión más violenta que las otras me confundió y me dormí en las tinieblas humanas para despertarme en el seno de las luminosidades divinas.

Eran recién las tres.

## CAPÍTULO XVI

**Pasión y muerte de Jesús. Sus primeros instantes al abrir los ojos del Espíritu en el mundo espiritual. Observaciones que señala respecto de ello y referentes a las condiciones de la vida humana, que se desenvuelve en general en medio de las oscuridades de la maldad y de la ignorancia.**

HERMANOS míos, la muerte revela al Espíritu su pasado y su porvenir.

La muerte desata el alma de la materia y la liga estrechamente al Espíritu, de manera que el Espíritu se vuelve invulnerable mediante el alma. Quiere decir que no tiene más falta de memoria, ímpetus furiosos, interrupciones o disminuciones en su penetración y actividad, porque el alma libre de los decaimientos que le imprimía la naturaleza corporal, se dilata constantemente al contacto de las perfectibilidades de la inteligencia.

El alma asociada al cuerpo se atrofia en la atmósfera de las causas mórbidas y el Espíritu héchose pesado por la ebriedad de los sentidos materiales, deja de ser productor y se arroja en los brazos de extravagantes demostraciones.

La muerte vuelve el alma y el Espíritu a la naturaleza que les es inherente; la una contemplativa, la otra laboriosa; la una de origen divino y la otra de destino inmortal; las dos se alimentan del principio espiritual, hasta su próxima nueva dependencia de la naturaleza humana. La muerte guarda al Espíritu sus recuerdos consoladores y asimismo los funestos. Para un Ser malvado el recuerdo es un castigo; para los fuertes y los justos es el consejo y el engrandecimiento.

El remordimiento toma formas diferentes, todas basadas sobre las impresiones de los recuerdos, y el beneficio de la esperanza no existe para los infelices que se encuentran embargados por la visión del delito y del temor de la represalia. La luz del porvenir se hace más o menos clara para los Espíritus vueltos a la libertad debido a la muerte corporal.

La libertad conquistada en la lucha de la inteligencia con los instintos carnales, prepara al Espíritu para la audacia de todas las tentativas y el alma para la fuerza de todas las sensaciones.

La ciencia nace de la libertad del Espíritu y de la fuerza del alma. Ella desilusiona a la criatura de las grandezas efímeras y le da el desprecio por las cosas humanas.

Los desviados del sentido moral, los hambrientos de alegrías mundanas, los indignos poseedores de las facultades intelectuales, los héroes asesinos, todos los impíos por la ociosidad, todos los incapaces por cobardía, se encuentran dominados por el terror en la vida espiritual, hasta su primer enmienda del orgullo, que señala la primera impresión corroborante de su alma, el primer esfuerzo de su Espíritu para comprender algo más de lo que le rodea.

La fácil comprensión de su transformación, abrevia para el Espíritu el momento de la penosa sorpresa, al mismo tiempo que cierta prontitud de juicio lo dispone para la resignación, para el coraje, para el estudio. En todas las mansiones espirituales se



encuentran mezclados Espíritus de aptitudes diversas. En cada etapa de la vida humana se mantienen Espíritus superiores a la generalidad del pueblo. La Tierra recibe Espíritus nuevos, obligados a emanciparse con pruebas, cuya duración y rigor lo establece la Justicia de Dios.

La Tierra recibe en su seno Espíritus pervertidos, señalados con un estigma por la Justicia de Dios que sólo se borrará después de numerosas estadas entre los hombres.

A parte de estos dos aspectos de la humanidad terrestre, los Espíritus se distinguen por sus grados de adelanto.

Inmediatamente después de los Espíritus demasiado nuevos para comprender el principio espiritual, tenemos al Espíritu perezoso, al Espíritu escéptico por orgullo, al Espíritu supersticioso por debilidad, todos responsables de sus actos y que pueden mejorar en la vida espiritual. Los inteligentes, los investigadores, los sabios, los Apóstoles y los Mesías aletean en las mansiones materiales y constituyen los focos del progreso. Los Espíritus considerados capaces de colaborar en el progreso universal, se encuentran repartidos y colocados en los mundos carnales, de acuerdo con las fuerzas de que cada uno dispone y según el engrandecimiento moral que debe resultar de su acción, en los determinados centros humanos, mediante el buen cumplimiento de su misión. A ellos les corresponde el penetrar el misterio de la vida y de la muerte, no obstante las tinieblas que los rodean; les corresponde asimismo el hacer conocer y adorar el principio creador e inteligente, fuente de ciencia y de inmortalidad, desmenuzar los ídolos y erigir un Templo a Dios.

Si desvían sus miradas del objetivo que les está señalado, si se apartan del progreso para seguir las viejas trapisondas de las pasiones corporales, si se forman un ideal de gloria personal con el desprecio de esa sublime tradición de sus predecesores, esto es: Que hay que vencer o morir por la verdad, cualquiera sea el cotejo impuesto a las victorias o a las derrotas; que hay que sacrificar el interés personal ante el interés general y elevarse entre los hombres, humillándose delante de Dios; si finalmente, ellos pierden la fe y coraje, si sucumben, Dios los borra, momentáneamente, de la gran falange de sus mandatarios.

La Tierra tuvo y tiene todavía muchos Mesías, Apóstoles scienciados, investigadores e inteligentes. Mas se pueden contar fácilmente los Espíritus que, mediante una fuerza de voluntad (1) persistente, han determinado movimientos sensibles en la marcha ascendente de la humanidad.

Estos Espíritus meditativos o agitadores, que traen la buena nueva para el porvenir, raras veces se ven honrados y seguidos durante su pasaje humano. Casi siempre se extinguen en una obscuridad miserable o mueren ignominiosamente delante del pueblo.

Hemos hecho la narración de la muerte de Jesús teniendo por espectador al pueblo; ocupémonos, hermanos míos, de la felicidad de Jesús después de su muerte corporal y de los recuerdos que conservó, después de siglos de transfiguración, sin exagerar la parte de esta confidencia de mi Espíritu para con los vuestros.

Os demostré mi personalidad, os afirmé mi identidad, os conté mis debilidades, mis sufrimientos, mis horas dulces, mis relámpagos entre las sombras de la naturaleza humana y mi martirio sobre la cruz. ¿No tendré que completar ahora mi obra iniciándoos en las delicias de mi alma, en los honores de mi espíritu ávido de amor y de descubrimientos?

**(1)El desarrollo de la voluntad, precisamente, es la base de todo progreso y, más aún, de todo apostolado; pero es necesario darse verdadera cuenta de lo que tal desarrollo significa y de lo que realmente ha de entenderse por voluntad. Véase lo que al respecto se indica en el Capítulo XVII, "La Educación de la Voluntad" del libro ya citado. 'Elementos de Magnetología', pág. 257 O..R. *Obra agotada.***

La muerte corporal causa el aniquilamiento de la facultad pensante y del resorte del alma. La materia duerme para siempre, el alma y el Espíritu duermen durante una temporada limitada por la Justicia Divina.

El alma y el Espíritu de Jesús durmieron durante algunas horas.

El borrarse de las escenas terribles a que había asistido Jesús como autor principal, fué el primer beneficio de su despertar y la seguridad de su felicidad le vino del recuerdo de su memoria.

Jesús olvidaba su reciente pasado, mientras recordaba las promesas hechas a su laboriosa actuación. Jesús nada percibía ya de las torturas humanas y su alma parecía volver a un hermoso sueño al mismo tiempo que su Espíritu buscaba el motivo del movimiento que se producía a su derredor y la causa de las excitaciones de su voluntad para sacudir el embotamiento que lo mantenía inmóvil.

Poco a poco el sentimiento de su propia fuerza se mezcló con los deseos de Jesús, y manifestó su presencia con una invocación de pocas palabras:

**"¡Padre mío!"**

Muchas voces le contestaron:

**"¡Dios te ama y te bendice!"**

Muchas caras se inclinaron sobre la mía, las reconoció y les sonrió... Y la luz hecha ya se tornó intensa.

Espíritus diseminados se reunían; la armonía de los colores y de los sonidos inundó el alma de Jesús en un éxtasis divino y su Espíritu clarividente midió la extensión de las conquistas de la inteligencia, llegada a la posesión de la fuerza espiritual, libre de las debilidades de la naturaleza material. La independencia de su alma descubrió a Dios y su libertad espiritual entrevió en el infinito los trabajos innumerables de la ciencia infinita.

Las emanaciones sensitivas de las perfecciones de Dios resultan como una palanca para alcanzar los honores de la perfección de Dios y la vida espiritual sin regreso posible a la vida material constituye un éxtasis completo formado por los tesoros del amor de Dios.

Jesús empezó con demostraciones restringidas en medio de su familia espiritual, después se elevó en la jerarquía espiritual, estudiando los principios generales del Universo.

Todos los Espíritus, al estado de tales, sin posible regreso a la vida carnal, están dispuestos para el estudio y colocan en común sus fuerzas para fecundar el camino de los mundos.

Todos están ligados por el amor fraterno y se fortalecen por una continua dedicación hacia las cosas inferiores dentro del orden universal, todos deben o pueden describir las armonías de la creación. Pero si los Seres en el estado espiritual permanecen íntimamente ligados en sus fuerzas para concurrir a la gloria del Creador, acontece con ellos lo que con todos los Seres de una misma categoría: los entusiastas van delante de los tímidos y los retardativos se ven estimulados por el ejemplo y animados por el amor.

Que una sombra entre tantas sombras, que una luz en medio de tantas luces atraiga más especialmente las investigaciones del Espíritu, este Espíritu aunque precedido y seguido por miles de otros, puede iniciarse uno de los primeros en las causas de las sombras, en las fases de la luz.

Generalmente la sombra anuncia un germen de futuras explosiones, o un mundo espiritual transitorio o un mundo carnal en decrepitud.

La luz indecisa y parcial indica la incertidumbre de los principios conservadores y fructíferos, tanto sea de un mundo espiritual como de uno carnal. La magnificencia de Dios se manifiesta principalmente en donde resplandecen los soles y los mundos de primera magnitud. Estos soles y estos mundos no son iguales, y sus evoluciones siguen la posición o están en relación con la posición que ocupan en los planos del Éter.

Jesús debía recordar su anterior mansión bastante pronto para cumplir las promesas que había hecho a muchos, bastante tarde para que su Espíritu no se viera turbado por imágenes de muerte.

Desde la elevada esfera habitada por él, Jesús descubrió la Tierra y buscó los medios para revelarse a sus amigos. La manifestación del pensamiento pocos preparativos exige del pensamiento, desde que sólo hace falta alguna semejanza de los deseos en el mismo instante, para que el Espíritu libre de las ligaduras materiales se identifique fácilmente con el Espíritu humano.

Las manifestaciones más raras del pensamiento para con el pensamiento evidenciadas con formas ostensibles, dependen de una facultad preventiva o accidental, que el Espíritu humano honra y de la cual hace mal uso.

No es ésta la oportunidad para indicar los peligros y los escollos de cualquier manifestación provocada con propósitos fútiles de curiosidad o de intereses temporales, pero lo que debo afirmar es que los Espíritus de luz no emplean las manifestaciones

materialmente comprobadas sino para la gloria de Dios y en, cumplimiento de un deber fraternal.

Jesús, acostumbrado a leer en el Espíritu de sus amigos más queridos, los encontró dispuestos a reconocer los beneficios de sus inspiraciones, y los consoló y sostuvo en las pruebas que tuvieron que soportar y consolidó su fe; colocó también en el alma de muchos de los que lo habían perseguido el remordimiento del delito y el deseo de su reparación. Jesús iluminó a los ignorantes y a los débiles; Jesús se comunicó con las almas amantes y estas almas amantes arrancáronse de la visión de la cruz para entretenerse con su predilecto. Jesús honró a todos los que le habían dado una parte de su confianza y afecto. La muerte corporal de sus perseguidores arrepentidos no le hizo poner en olvido la deuda del corazón y el apoyo fraternal que les debía. A través de los diferentes pueblos por que pasaron, a través de los honores y humillaciones que se atrajeron con sus trabajos y virtudes, todos descansaron a menudo en una mansión preparada por Jesús. A cada etapa espiritual del viaje ellos gozaron de las dulzuras de la reunión.

Firmemente convencido de los decretos de Dios y de la justicia de estos decretos, Jesús permaneció plácido y espectador de las debilidades, de los errores, de los delitos... y, siempre, honrado por su misión, esperó con paciencia que llegara la hora de demostrarse.

En medio de las persecuciones, entre los resplandores siniestros de las llamas, los pueblos duermen en el embrutecimiento. Despertados poco a poco por el eco de las alegrías principescas los pueblos aspiran el odio y siembran el terror entre los representantes del orden social. En el reposo que sigue a las revoluciones humanas, la sabiduría se impone y el escritor, el pensador, el filósofo piden al pasado enseñanza para el porvenir. La libertad de los pueblos, mediante las luces de la razón, se efectúa también gradualmente; y la alianza de los mundos carnales con los mundos espirituales estimula la marcha intermitente del progreso.

Jesús había conservado relaciones de siglo en siglo, pero no podía detener los movimientos de revuelta, ni moderar los efectos del abuso de autoridad, puesto que su mediación directa y persistente no llegaba a vencer las dificultades de la hora demasiado temprana para desempeñarse como parlamentario manifiesto:

Muchas veces en el siglo en que nos encontramos intentó manifestarse. Estas pruebas fueron desgraciadas; y en el día de hoy mismo su narración contiene abstracciones de forma, juicios incompletos, porque el Espíritu depositario, luchando sin descanso en contra de obstáculos materiales precisaba que Jesús usara de cautela al hacerle llegar su palabra, para que el mismo depositario no tuviera que sucumbir bajo el peso de emociones demasiado fuertes y por demás multiplicadas.

Los honores de la mediumnidad no se adquieren sin causar trastornos al organismo humano y esos trastornos determinan a menudo el desequilibrio de las facultades mentales.

Los escollos contra los que tropiezan tantos Espíritus, aunque predispuestos para la mediumnidad, tenían que ser evitados por los que Jesús favorecía con su palabra; mas no obstante el poder del principio espiritual ¡cuán necesario fué alentarlos de continuo,

sostenerlos, prometerles y hasta rodearlos de precauciones! ¿Acaso la naturaleza humana no es presa de todos los sufrimientos de la contradicción, de todos los flagelos de los estados mórbidos, de todas las causas, de todos los efectos de las pasiones terrestres y carnales?

Espantosos sofismas preparan las tempestades; Jesús hace oír su voz de Apóstol de Dios a la humanidad, de la que es siempre el Mesías y ello por las expansiones de su Espíritu en un Espíritu humano. Este Espíritu depositario posee todas las facultades inherentes a la comprensión de las obras de Jesús. Es de condición obscura entre los hombres y se encuentra ligado a Jesús por dependencias de orden espiritual.

A pesar de ello, como las disposiciones de todo Espíritu depositario no se prestan para las manifestaciones de orden superior o las agotan rápidamente, el Espíritu humano depositario de la palabra de Jesús tenía que preferir el aislamiento al ruido y hacer prevalecer las luces de la verdad sobre los intereses temporales, sin lo cual las tentativas de Jesús habrían resultado vanas.

Hermanos míos, bendecid la majestuosa alianza de vuestro ¡Mesías con Dios y recoged los frutos de la dulce alianza de Jesús con un Espíritu humano!.

He mantenido mi palabra de manifestaros por qué he venido en este tiempo y en tal lugar más bien que en, otro.

Debo añadir que vuestra actual situación atrae la compasión de todos los Espíritus dignos del amor de Dios.

Que la paz sea con vosotros, hermanos míos.

Jamás esta palabra fuera de una aplicación tan necesaria.

Que la paz sea con vosotros y que la ciencia os abra los senderos de la felicidad.

¡Que la paz sea con vosotros! Y que la muerte de aquí os dé la vida libre bajo las miradas de Dios.

**FIN DE LA PRIMERA PARTE**

## SEGUNDA PARTE AL MEDIUM XX

### Llamad y se os abrirá - Pedid y se os dará (1)

*No solamente vióse adulterada mi palabra hasta en la letra, sino que en su misma esencia la desfiguró el atraso de los hombres, de esos también que la oyeron de mis propios labios.*

*No es orar el repetir palabras con el cuerpo doblado hacia la tierra y el semblante cubierto por la máscara de la devoción y de la humildad.*

*No oraban los escribas y fariseos, por cuanto su lenguaje no era el del alma y sólo es el alma la que hasta el Padre se eleva por el amor.*

*El que mucho ama ya ha orado; el que desea el bien de sus semejantes, ya ha orado también, y el que hace propósito firme de no pecar, dominando la naturaleza carnal, el egoísmo y todas las bajas pasiones, ése ha llamado y se le abrirá, ése ha pedido y se le dará.*

*"Pedid así con el alma, elevando el Espíritu hacia Dios por la sinceridad de vuestros propósitos y por el amor que debe reinar en vuestros corazones, así también habréis orado como yo os lo enseñé"*

JESÚS.

(1)Comunicación publicada por la "Revista Magnetológica", en su número correspondiente al mes de Enero de 1911 y recibida por el Medium XX de la Sociedad Científica de Estudios Psíquicos.

## PROLOGO

Ninguna obra ha tenido tanta resonancia en estos últimos tiempos como la medianímica titulada, "VIDA DE JESÚS DICTADA POR ÉL MISMO".

Baste decir que todas las revistas que se ocupan de *Estudios Psíquicos* y *Psicológicos* le tributaron grandes elogios, tanto por el estilo y naturaleza trascendental de la obra, cuanto por la abundancia de las pruebas recogidas en apoyo de su autenticidad.

Yo mismo, tan enemigo del libro y hasta del autor, (2) tuve que doblegarme ante la evidencia de los hechos de carácter medianímico(3) y personal, que me asediaron sin cesar, corroborando lo ya sucedido alrededor de la misma obra y aumentando considerablemente su valor como obra medianímica, por la evidente autenticidad de su origen.

Un solo ejemplo voy a traer (el de menor valor tal vez) por *lo* curioso e inesperado de su manifestación.

**(1) Es sabido que tanto la 1a como la 2a parte han sido recibidas por la mediumnidad de escritura mecánica y sometidas a un riguroso control.**

**(2) Muchos, guiados exclusivamente por su buena fe, han tomado siempre a mal mi opinión contraria a la personalidad de Jesús; pero yo creo que merecen más respeto las opiniones formadas mediante la investigación y el estudio, con entera honradez y sinceridad, y sin otro propósito que el de llegar a lo cierto que las opiniones aceptadas, como por herencia, a ojos cerrados y sin el menor esfuerzo intelectual.**

**Considero, no obstante, dignas del mayor respeto todas las creencias sinceras, pero se me ocurre preguntarle al lector si no le parece que algo de mucha trascendencia debe haber sucedido, para que yo, en contra mis intereses y teniendo a mi favor los argumentos, pruebas y datos numerosísimos, que los investigadores modernos lograron amontonar alrededor de la tesis que yo defendía, que algo de mucha trascendencia, repito, debía haber sucedido para que yo mismo me confesara en error pasándome con armas y bagajes al campo contrario.**

**(3) Inútil sería el dar aquí mayores detalles sobre el particular, a menos de hacerlo con mucha extensión, pues no se comprendería, por la forma enteramente espiritual de las manifestaciones, que se aleja un tanto de la materialidad tan buscada en el fenomenismo.**

En mis repetidas discusiones en contra de la personalidad de Jesús, solía decir que no era posible creer que la Inteligencia Suprema, Dios mismo, fuera tan poco hábil como para mandar su Mesías revelador de la nueva doctrina, a Jerusalén, desconociendo las ventajas que hubiera debido recabar su predicación del prestigio y dominio que Roma y Atenas ejercían en el mundo, la primera por su poderío militar y la segunda por su cultura, mientras ninguna fuerza de expansión habrían de adquirir las nuevas doctrinas en medio de un pueblo que carecía del menor prestigio en el mundo civilizado, no contando con poderío militar, ni con un comercio de importancia, ni con riquezas, ni con industrias, artes, letras, ni ciencias capaces de darle alguna notoriedad.

Las contestaciones que recibí a este argumento, llevado al propio terreno del adversario, las encontré siempre flojas y me parecían más bien evasivas. Pero he aquí que mucho tiempo después, al año tal vez de haber repetido últimamente el argumento, y mientras me encontraba en sesión experimental en la *Sociedad Científica de Estudios Psíquicos*, completamente ajeno mi pensamiento a cuestiones filosóficas o religiosas, o que simplemente guardaran relación con Jesús, se me ofreció por mi propia mano la siguiente comunicación *semimecánica*:(1)

Quisieran hoy los hombres ver en el Mesías, a quien antes negaron, no ya al mediador, como la voluntad del Padre lo estableciera, sino a la personificación en Él del mismo Padre que lo enviara. (2) Jamás, empero, habían salido de los labios de Jesús tan temerarias enseñanzas; mas preciso es, hermanos míos, inclinarse ante los altos designios de Dios, que por medios incomprensibles para el hombre rodea a la verdad en cada tiempo de la forma de prestigios que más le conviene, para que sean cumplidos los propósitos de su nueva enseñanza entre sus hijos; honradle, pues, así al Mesías, en esa época de su filiación divina en la Tierra, honradle con la verdad que lo dicho por el comporta, en medio del tiempo y de los acontecimientos que lo rodean...

**(1) He hecho ya manifestación pública de que alcancé el convencimiento en el más allá mediante mi propia mediumnidad de escritura mecánica, la que perdí una vez efectuado mi completo convencimiento. En cambio escribo bajo dictado con asombrosa facilidad, porque he recibido desarrollo especial para ello. Todo esto está dicho no sin gran violencia, pues en medio de la ignorancia que respecto de estas cosas aún nos rodea, es mucho el daño que recojo como profesional. Mas estas cosas deben saberlas los adeptos que me honran con su compañía y ayuda.**

**(2) Siendo un enviado de Dios se le convirtió después en el mismo Dios. Es lo que quiere decir.**  
— O. R.

La superstición y el deseo de lo maravilloso, fomentados por las fantasías de un discípulo, que muy lejos se encontraba de los verdaderos propósitos del Maestro, rodearon a mi persona de los prestigios de la Divinidad, por la divulgación de mentidos milagros, concurriendo con ello a que corrieran las gentes hacia el portador de la buena nueva, hacia el nuevo Profeta, hacia el Mesías tantas veces anunciado, hacia el Salvador prometido y esperado tan pacientemente por las generaciones que se sucedían. He ahí, pues, explicado el verdadero milagro, del que dependía la notoriedad avasalladora del hijo del humilde carpintero de Nazaret, la rápida divulgación de sus enseñanzas y el sello de tan indiscutible autoridad, que se les levantaba frente a frente de las Sagradas Escrituras, frente a frente del orgulloso *Sanedrín* y frente a frente de la tradición entera con todos sus profetas y con todos sus divinos mensajeros. Así también debió de suceder, pues que el niño sólo comporta el lenguaje del niño y no era posible que resultaran estériles los esfuerzos del celeste sembrador de la nueva semilla, del revelador de la palabra del Señor, que venía en su nombre a establecer la paz entre el imperio de la Tierra y los imperios de los Cielos. Si ciertamente su palabra no estaba destinada a ser comprendida y seguida toda entera durante el tiempo de su presencia entre esos hombres atrasados y rudos de la Judea, *ella tenía no obstante su papel de importancia que llenar en el seno del único pueblo que hacía de la religión una necesidad y de la práctica de sus doctrinas una parte inherente a su vida diaria. Era de ahí de donde debía sacar su fuerza de expansión y la sacó, no sin que de ella en algo aprovechara también el mismo pueblo hebreo, tratado con harta dureza más tarde,*



*a consecuencia del horrible crimen de haberse empapado las manos en la sangre del Enviado Celeste, que venía a levantarle de entre la abyección en que se encontraba, por las rudas condiciones de su vida, debidas al atraso moral e intelectual en que gemía.*

*Error es el afirmar la falta de oportunidad para la nueva revelación en la Judea por cuanto no era el prestigio del éxito, no era la victoria del fuerte llevada sobre el débil, no era el triunfo de las pasiones sanguinarias y el dominio establecido por el terror lo que podía dar fuerza de expansión a la doctrina del amor a nuestros semejantes, del perdón de las ofensas y de devolver bien por mal. Son justamente los débiles y los vencidos, los que sufren, los que tienen sed y hambre de verdad y de justicia, son ellos, justamente ellos, los únicos que elevan sus miradas al cielo y sus preces al Señor, y fueron justamente los pobres y los desheredados, los enfermos y los perseguidos, los que eran víctimas de la opresión de los poderosos, fueron ellos los que recogieron mis palabras y las llevaron a los cuatro vientos.*

-¡Oh!... No me rechazéis ahora vosotros porque no me os presento con los signos de la evidencia material y con el prestigio de grandes fenómenos.

-¡Siempre el milagro, siempre lo maravilloso para dar valor a la verdad!

Yo no puedo dejar mi naturaleza espiritual para entregarme a ejercicios de un fenomenismo material, brillante para vosotros pero indigno de la elevada misión que vengo nuevamente a desempeñar entre vosotros al abandonar las elevadas regiones donde la voluntad del Padre heme colocado.

"-¡Oh! No me rechazéis, pues, no rechazéis mi palabra, que es hoy la misma que ayer, por cuanto fuí siempre vuestro Mesías, el Hijo de Dios, que habéis desconocido, el Enviado de mi Padre, el Revelador de la eterna verdad, así como de la voluntad divina. No rechazéis, pues, mis palabras, porque rechazaríais la palabra de Dios. Venid a mí más bien por la humildad y por el amor, llamadme con el alma, que siempre ahí me encontraré en donde dos o más se reúnan en mi nombre. No os engañéis, pues, porque lo que ahora os digo ya antes os lo dije. No os ofusque la vanidad y los intereses mundanos. Desprendeos de vuestras pasiones y del apego a los bienes materiales. Pensad en mí con sinceridad y con amor y me reconoceréis". - **JESÚS DE NAZARET.**

Tan acertada y sabia contestación demuestra un perfecto conocimiento de causa en quien la producía, que no podía ser otro más que el mismo protagonista. Demuestra al mismo tiempo que la Judea había sido elegida realmente con mucha anterioridad para asiento de la nueva revelación y que al elegirla se procedió, no al acaso, sino con entera conciencia de las ventajas que ofrecía. La manifestación, por lo tanto, resultaba enteramente opuesta al modo de pensar del instrumento por cuyo *intermedio* se la había recibido.

Por otra parte, la perfecta conciencia que se demuestra de las intimidades de la obra, no solamente prueba bien a las claras que es de Jesús en verdad de quien se trata, sino que la sencillez, llena de elevación, así como la seguridad y la vehemencia de las afirmaciones producen la más profunda impresión de veracidad y de sinceridad.

La duda resulta imposible y hay que admitir realmente que bien ha puesto al pie su firma el que tal comunicación ha dado. Pero si ello no bastara, la "Sociedad Científica de Estudios Psíquicos", en donde se recibieron la serie de comunicaciones que forman, con la presente, el segundo tomo de la "VIDA DE JESÚS" titulado: *Complemento*, constituye por sí sola la mejor garantía de seriedad y veracidad, aparte de las numerosísimas y continuadas pruebas de autenticidad que a favor de la obra se han recibido bajo formas diversas y mediante varios conductos.

El señor Ernesto Volpi, caballero y distinguido jefe del ejército italiano, a la vez director del *Vesillo Spirita* dice que ningún Cristiano debe carecer de un ejemplar de la "VIDA DE JESÚS DICTADA POR ÉL MISMO" y que de ella deberían publicarse numerosas ediciones en todos los idiomas, no pudiéndose hacer mayor bien que el de su divulgación. Por mi parte, puedo asegurar que no conozco a nadie que haya leído este libro y no se haya convertido en entusiasta propagandista.

**OVIDIO REBAUDI**

## CAPÍTULO PRIMERO

### Jesús continúa su misión

PIENSAN los hombres que la misión del Mesías quedó terminada con el sacrificio de su vida, empero su muerte no fue más que el sello con que debía quedar consagrada la grandeza de su obra, recién empezada con ella. Su muerte significaba, pues, más que otra cosa, el alto compromiso de futuras alianzas entre Dios y los hombres, por el esfuerzo de éstos hacia el acatamiento de las leyes divinas y por la elevada manifestación del Padre en lo que ha de comprenderse como su voluntad, para ser acatada y cumplida sobre la Tierra. Vengo así nuevamente entre los hombres como ya he dicho otras veces, para seguir la tarea emprendida, confirmando lo ya dicho, rectificando lo mal comprendido, ampliando también aquellas manifestaciones y aclarándolas en todo lo que consiente la comprensión de los hombres.(1)

No dudéis de mi filiación divina, porque el Padre me había honrado así al mandarme como MESÍAS entre vosotros, para que las elevadas alianzas espirituales, que me rodeaban, y los altos compromisos contraídos, que me apoyaban al descender a la Tierra, logaran asegurar la obra de la redención humana, demasiado tiempo demorada ya. Mas no creáis en la redención del pecado a la manera que se dijo, porque el pecado sólo se redime por el esfuerzo de quien pecó.

Hermanos míos, Espíritus sois tan materializados aún, que nada se os ocurre fuera de la materia y cifráis todavía vuestra felicidad en la posesión de los bienes materiales. Y bien, sólo por la decidida renuncia de cuanto forma un aliciente para la carne y para vuestros mal disimulados deseos de predominio conseguiríais elevaros lo suficiente como para ingresar por la nueva vía de vuestra regeneración. Sois Espíritus jóvenes aún; vuestros pensamientos, vuestros deseos y los mismos lazos carnales que os ligan a la familia, todo os tiene adheridos a la tierra que habitáis. Pero podéis poco a poco levantaros por encima de esa materialidad con el arrepentimiento de vuestras faltas y con el cumplimiento de vuestros deberes, porque es así como el Espíritu empieza su elevación y en la elevación espiritual se encuentra el desprendimiento de la materia. Recordad lo que ya antes os dije: "**Yo no traigo la paz sino la guerra. Levantad, pues esta bandera de guerra y no la dobleguéis**".

**(1) Las enseñanzas de Jesús son de tal naturaleza, que guardan siempre algo más para el que más sabe alcanzar, pues su Espíritu tanto más se eleva cuanto, más nuestra comprensión alcanza. Basta observar, por ejemplo, la comunicación, referente a la fe, de la cual algún provecho alcanzan los Espíritus sencillos, mayor conocimiento recaban los inteligentes, e intensos destellos de inesperada luz brillan para las almas mayormente evolucionadas. — O. R.**

Hermanos míos: - ¡Ojalá pudierais comprender el significado de mis palabras y ligaros a mí, como hermanos, en la adoración del verdadero Dios!. Como hermanos míos en la reforma de vuestros hábitos, en las meditaciones de vuestro Espíritu y en el acuerdo de vuestra voluntad con la mía para honrar vuestros pensamientos y vuestras acciones con la elevada emanación divina.

Heme, pues, aquí entre vosotros para el cumplimiento de lo que escrito está respecto de mis palabras y de mis enseñanzas para el porvenir, que es hoy el presente, llenando la voluntad del Padre, que no me hubiera enviado antes si no me habría de permitir más tarde ayudar a la fructificación de lo que yo había sembrado en su nombre. Vienen así a constituir estas manifestaciones como el resultado natural de mis primeros trabajos en la Viña del

Señor. (1) Creed, pues, en mi palabra, porque yo os hablo por el amor, y el amor es la esencia de Dios mismo. Así como antes os dije: **Amaos los unos a los otros;** ahora os repito **Sólo por el amor será salvo el hombre.**

(1) Desde entonces Jesús no ha cesado en sus trabajos, siendo él el Director de este intenso movimiento espiritualista que se viene produciendo bajo la denominación de "Moderno Espiritualismo", pero que en verdad no constituye otra cosa que manifestaciones del mismo Cristianismo dentro de su orientación constantemente progresiva como que; según palabras del mismo Maestro, "todo resurge de entre las mismas apariencias de la muerte para la confirmación más acabada de la vida y de su perfeccionamiento, por su aproximación paulatina hacia Dios".

Esta tendencia constantemente progresiva del Cristianismo, se deduce también entre otras muchas cosas, del *Espíritu de Verdad* del *Consolador* prometido por Jesús, que revelaría y explicaría lo que los hombres de la Judea no podían comprender.

La incansable laboriosidad del Maestro sobre esta ruta, por Él emprendida hace cerca de dos mil años, se ve claramente manifestada en todas estas comunicaciones y muy especialmente también en la de S. Juan, que se encuentra al final de la obra, siendo esta nota agregada recientemente, en 1922, para la reimpresión del II tomo, editado en España por la Sociedad "La Verdad por la Ciencia". - O. R.

## CAPITULO II

**El Maestro hace alusión a sus primeros pasos en medio de las agitaciones del pueblo hebreo, oprimido bajo el poder romano, pero manifiesta sus ideas opuestas a toda revuelta.**

Dos corrientes de opinión se formaron desde un principio para con mi persona, la de los que me ensalzaban y la de los que me combatían. Poco a poco el círculo de los que me conocían y escuchaban mi palabra iba aumentando. Con ello aumentaban las simpatías y la consideración por un lado; los celos, la envidia y la murmuración por el otro.

Mi obra era santa, pues era obra del Padre, era de amor y no de odios; podían no obstante los dominadores de la Judea dudar de mis propósitos, que algunas veces llegaron a tener las apariencias de un nacionalismo peligroso para el dominador extranjero.

Mas en realidad mi alma era completamente ajena a todo espíritu de violencia, a toda idea de revuelta armada. Mi idea comportaba un propósito, el propósito era el bien, la finalidad era el Padre, fuente de todo bien, aspiración suprema del verdadero Espíritu de Verdad, no *Espíritu de Verdad*, como quiso personificársele después; y aun cuando en un principio, llevado por el espíritu ardiente de mi sentimentalismo avasallador, pude comprometer los elevados propósitos de mi misión con manifestaciones abiertamente hostiles para los opresores del pueblo, que gemía y clamaba a Dios en demanda de justicia, fué siempre el amor el móvil de mis palabras y jamás hubo detrás de ellas ideas de sangre y de represalias.

¿Comprendían mis verdaderos propósitos los que me seguían?

Sí, seguramente, pues eran desvalidos del poder y de la fortuna, gente sencilla, que veía cerradas en la Tierra todas las vías de sus aspiraciones y que se precipitaban ansiosos hacia los esplendores del porvenir, cuyas puertas en nombre del Padre yo les abría de par en par. Mas si comprendían mis propósitos, lejos estaban de la altura requerida por ellos, por cuanto la ambición del bien, más que el bien mismo, inspiraba sus propósitos al seguirme, puesto que buscaban grandeza antes para sí mismos que para los fines que el Padre me enviara a propiciar sobre la Tierra; buscaban para sí lo que debían buscar para los demás; sus aspiraciones eran grandes, pero esa grandeza no comportaba la idea del Padre, sino la de los hombres y llevaba en sí los gérmenes de su propia destrucción, de ello fué prueba la desgraciada traición de mi querido Judas. La traición de Judas hija fué de los celos, como ya os lo dije, de ningún modo del amor al dinero; esos celos vinieron a poner de manifiesto los gérmenes de destrucción que os digo y que ya otras veces se mostraron dando motivos a pequeñas disensiones, que llegaron a dividir entre sí, aunque por poco tiempo, a mis amadísimos discípulos.

La comprensión, pues, de los que me escuchaban y seguían, poco se elevaba del nivel general del sentimiento de los hombres de la época, y es así que el espíritu de mi doctrina mejor fructificó después de mi muerte, con la cual, como ya os dije, empezó verdaderamente lo más importante de mi obra, tanto por la influencia que ella ejerció, cuanto por las claridades que derramó sobre mi Espíritu y sobre los de mis discípulos, que otros se sintieron desde ese momento. Hijos míos, hermanos míos, admiremos y adoremos

los designios de Dios, que de todo y en todo momento hacen brotar el bien y el amor, la armonía y la luz, entonces mismo que todo parece desfallecer y cuando hasta la muerte pone su sello aterrador para vuestros ojos, como cortando toda esperanza y matando toda fe; entonces mismo es cuando todo rejuvenece y se renueva en el Padre y por el Padre, que es al fin, principio y término de todas las cosas.

Nada muere, hermanos míos, todo resurge, de entre las mismas apariencias de la muerte, para la confirmación más acabada de la vida y de su perfeccionamiento, por su aproximación paulatina hacia Dios. Hacia Dios, pues, elévense constantemente vuestros pensamientos y sea la oración en todo momento el lazo que a Él os una; mas debe de ser la oración tal como yo os dije; el que ama ya amando ora y el que ama sabe antes que todo enjugar las lágrimas de los Seres amados, éstos son vuestros hermanos, los hombres todos, todos los Espíritus del Universo (1)

**(1)Este elevado concepto de la oración están lejos de comprenderlo tanto los rezadores de oficio, como los que combaten la oración con el ridículo argumento de ser ella inútil, porque lo que ha de ser -dicen como los fatalistas turcos-ha de ser, y no valdrán ruegos y más ruegos para torcer la ruta de los acontecimientos. No comprenden estos señores que la verdadera oración es una fuerza poderosa, que por sí misma puede determinar los hechos más asombrosos. He ahí, pues, que tales personas no comprenden el espíritu del cristianismo. Ellas son las mismas que confunden la caridad con la limosna y la humildad con el servilismo. Para poder hacer limosnas basta tener dinero, para tener caridad hay que ser Espíritu evolucionado. Nadie ha sido tan pobre como Jesús y nadie ha hecho tanta caridad como Jesús. — O. R.**

### CAPITULO III

**Los hombres mal interpretan la persona de Jesús y su actuación, Él pide que se le atienda ahora y se le escuche por lo que verdaderamente es.**

QUISIERAN hoy los hombres ver en el Mesías, a quien antes negaron, no ya al mediador, como la voluntad del Padre lo estableciera, sino a la personificación en él del mismo Padre que lo enviara. Jamás empero habían salido de los labios de Jesús tan temerarias enseñanzas; mas preciso es, hermanos míos, inclinarse ante los altos designios de Dios, que por medios incomprensibles para el hombre rodea a la verdad en cada tiempo de la forma de prestigio que le conviene, para que sean cumplidos los propósitos de su nueva enseñanza entre sus hijos; honradle, pues, así al Mesías, en esa época de su filiación divina en la Tierra, honradle con la verdad que lo dicho por él comporta, en medio del tiempo y de los acontecimientos que lo rodearon. Hermanos míos, los justos designios de Dios ya os dije que permiten que por muy diversos caminos llegue el Ser al conocimiento de lo que le ha de precisar para su salvación. Esos caminos son torcidos a menudo en sus apariencias, comportan empero la certidumbre en el fondo muchas veces, por cuanto si no era Jesús el Dios que les hablara y los dirigiera en persona, era no obstante Dios mismo quien lo hiciese por intermedio de su Hijo. La superstición y el deseo de lo maravilloso, fomentados por las fantasías de un discípulo, que muy lejos se encontraba de los verdaderos propósitos del maestro, rodearon a mi persona de los prestigios de la divinidad, por la divulgación de mentidos milagros, concurriendo con ello a que corrieran las gentes hacia el portador de la buena nueva, hacia el nuevo Profeta, hacia el Mesías tantas veces anunciado, hacia el Salvador prometido y esperado tan pacientemente por las generaciones que se sucedían. He ahí, pues, explicado el único, el verdadero milagro, del que dependía la notoriedad avasalladora del hijo del humilde carpintero de Nazaret, la rápida divulgación de sus enseñanzas y el sello de tan indiscutible autoridad, que se les levantaba frente a frente de las Sagradas Escrituras, frente a frente del orgulloso Sanedrín y frente a frente de la tradición entera, con todos sus Profetas y con todos sus Divinos Mensajeros. Así también debió de suceder, pues que el niño sólo comporta el lenguaje del niño y no era posible que resultaran estériles los esfuerzos del celeste sembrador de la nueva semilla, del revelador de la palabra del Señor que venía en su nombre a establecer la paz entre el imperio de la Tierra y los imperios de los Cielos. Si ciertamente su palabra no estaba destinada a ser comprendida y seguida toda entera durante el tiempo de su presencia entre esos hombres atrasados y rudos de la Judea, ella tenía no obstante su papel importante en el seno del único pueblo que hacía de la religión una necesidad y de la práctica de sus doctrinas una parte inherente de su vida diaria. Era de ahí de donde debía sacar su fuerza de expansión y la sacó, no sin que de ella en algo aprovechara también el mismo pueblo hebreo, tratado con harta dureza más tarde, a consecuencia del horrible crimen de haberse empapado las manos en la sangre del Enviado Celeste, que viniera a levantarle de entre su abyección y rudas condiciones de su vida, por el atraso moral e intelectual en que gemía.

Error es el afirmar la falta de oportunidad para la nueva revelación en la Judea, por cuanto no era el prestigio del éxito, no era la victoria del fuerte llevada sobre el débil, no era el triunfo de las pasiones sanguinarias y el dominio establecido por el terror lo que podía dar fuerza de expansión a la doctrina del amor a nuestros semejantes, del perdón de las ofensas y de devolver bien por mal. Son justamente los débiles y los vencidos, los que

sufren, los que tienen fe y hambre de verdad y de justicia, son ellos, justamente ellos, los únicos que elevan sus miradas al Cielo, y sus preces al Señor, y fueron justamente los pobres y los desheredados, los enfermos y los perseguidos, los que eran víctimas de la opresión de los poderosos, fueron ellos los que recogieron mis palabras y las llevaron a los cuatro vientos.

**-¡Oh!. .. No me rechazéis ahora vosotros porque no me os presento con los signos de la evidencia material y con el prestigio de los grandes fenómenos.**

-¡Siempre el milagro, siempre lo maravilloso para dar valor a la verdad!

Yo no puedo dejar mi naturaleza espiritual para entregarme a ejercicios de un fenomenismo material, brillante para vosotros, pero indigno de la elevada misión que vengo a desempeñar nuevamente entre vosotros, al abandonar las elevadas regiones donde la bondad de mi Padre me colocó.

-¡Oh! No me rechazéis, pues, no rechazéis mi palabra, que es hoy la misma que ayer, por cuanto fui siempre vuestro Mesías, el Hijo de Dios, que habéis desconocido, el Enviado de mi Padre, el revelador de la eterna verdad, así como de la voluntad divina. No rechazéis pues mis palabras porque rechazaríais la palabra de Dios. Venid más bien a mí por la humildad y por el amor; llamadme con el alma, que pronto a vuestro lado estaré y siempre ahí me encontraré en donde dos o más se reúnan en mi nombre. No os engañéis pues, porque lo que ahora os digo ya antes os lo dije. No os ofusque la vanidad y los intereses mundanos. Desprendeos de vuestras pasiones y del apego a los bienes materiales. Pensad en mí con sinceridad y con amor y me reconoceréis.



## CAPITULO IV

**Insiste en que su nueva manifestación entre los hombres bajo esta forma no constituye otra cosa que la continuación de la obra empezada por Él éa nombre de Dios.**

YA os dije, hermanos míos, que puesto que Dios consintiera en enviar a su Hijo para la salvación del hombre, caído tan abajo de su pureza primitiva, debido a su falta de progreso, él no puede dejar sin cumplimiento su propósito. Así, pues, truncados por la muerte del cuerpo esos divinos propósitos, sólo podían serlo en el momento, ya que no podía la voluntad del Padre estar supeditada a la de los verdugos de su enviado, sino en cuanto la obra de éstos pudiera servir de instrumento, aunque ciego, eficaz para el cumplimiento de la misma voluntad divina, (1) que jamás puede dejar de ser cumplida. Cúmplase, pues, nuevamente ahora os lo repito, la Obra del Padre, aparentemente interrumpida por mi ausencia material de entre vosotros, y comporta especialmente dicho cumplimiento el establecimiento cíe la verdad, tal cual ella fué dicha. Si ciertamente la palabra que recogierais de mi anterior predicación llena era de ambigüedades para vuestros entendimientos, tan atrasados entonces, y de contradicciones aparentes con relación a lo que ahora os digo, preciso es que comprendáis que la verdad ha de buscarse en la esencia de la enseñanza y no en su forma, puesto que ésta ha de ser la que preste el medio en que se habla y el ambiente en que la enseñanza se produce. Es por tanto, en lo que a la palabra se refiere, dando a entender sobre las llamas eternas y sobre las potestades infernales y otras cosas que fueron dichas, es por tanto que débese comprender la necesidad, para el Mensajero, de hablar la lengua de los que sus mensajes habían de recibir y preciso érale también aún vestir sus enseñanzas con el ropaje de las ideas imperantes. Si otro hubiera sido el modo de mis palabras, nadie hubiéralas escuchado y estéril hubiera resultado la venida del Mesías, lo cual no podía acontecer por lo que ya os dije en cuanto al necesario cumplimiento de los designios de Dios. Así, pues, todo aconteció como debía de acontecer. Así también acontece hoy, que mi palabra no es creída, como ya antes dije: *Mas cuando viniere el Hijo de Dios, ¿pensáis que hallará fe en la Tierra?* Y esos también que se dicen maestros de mis palabras y los que se creen ser el portavoz de mis enseñanzas mal van, porque fáltales la fe, que sólo les es dada a los humildes de corazón, a los que sufren persecución por la justicia, a los que resignados lloran y a los que padecen sed y hambre de verdad y de amor.

**(1)Efectivamente, fueron los verdugos de Jesús, quienes, con el martirio del Gólgota, engrandecieron e inmortalizaron la obra del Nazareno, contribuyendo involuntariamente a que la voluntad del Padre se cumpliera. — O R..**

¿Dónde están vuestros apuros por el bien? ¿Dónde están vuestros grandes sufrimientos por la verdad? ¿Dónde vuestros sacrificios para que fructifique en vuestra mísera morada la semilla que sembré y que hoy vuelvo a regar con lágrimas ardientes por vuestra pertinaz ceguera?

*Recordad de lo que antes os hablé del hombre que tenía una higuera en su viña, y fué a buscar el fruto en ella, y no le halló, y dijo al que labraba la viña: Mira, tres años ha que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo, córtala pues; ¿para qué ha de ocupar aún la tierra?*

**Vengo pues ahora a buscar el fruto de la higuera que planté en la Viña del Señor, y no lo encuentro.** - ¿Esperáis que la higuera sea cortada de raíz y arrojada al fuego?

-¡Oh! hermanos míos, creed de una vez en la palabra que nuevamente os traigo, para recordaros le nada de las cosas humanas, lo engañoso de toda dicha que no sea del Espíritu, la falsedad de toda aspiración puesta en las cosas pasajeras de la vida y el vacío de toda esperanza que no mire más allá del cuerpo.

Muchas cosas os podría decir, mas, de qué os valdrían sí ciegos os empecináis en permanecer con el alma encadenada a los torpes apetitos del cuerpo? - ¿De qué os serviría que os enseñara mejor luz, si os encapricháis en mantener cerrados vuestros ojos?

No creéis muchos de vosotros que soy yo quien os habla, y ni aun viéndome lo creeríais, y tampoco lo creeríais si nuevamente crucificados se os exhibieran mis pobres despojos; pero ello es porque cerrados guardáis los ojos de vuestra fe, cerradas las puertas de la humildad, cerrados los senderos de vuestro corazón!

-¡Oh - ¡Cuán lejos os encontráis de donde debierais encontraros! Por eso muda es mi palabra para vosotros, sin calor ni sentimiento, sin eco la voz de mi constante llamado.

Sed sabios, porque de Dios viene también la ciencia. Mas no olvidéis que toda sabiduría y toda grandeza nada son sin la fe, sin la humildad y sin la caridad. Pedid, pues, a Dios sobre todas las cosas estas tres cosas: fe, humildad y caridad.

## CAPITULO V

### De la Fe

PEDID, sobre todas las cosas estas tres cosas: fe, humildad y caridad. Así os dije, queridos hermanos míos, y también os había dicho ya que la fe transporta las montañas, y es de este poder de la fe de lo que entiendo hablaros ahora. Mas débese comprender cuál ha de ser la fe, que no se encierra solamente en creer las cosas que fueron dichas en el nombre del Padre y por quien del Padre había recibido mandamiento para que las enseñara y divulgara, sino que la fe que es de Dios y que en nombre de Él ha de ser recibida es aquella que hacia Dios eleva en esencia a los Espíritus y no en palabras. Creer en la palabra que de Dios viene mucho ya es, mas elevarse hasta ella, tomando sus preceptos como la propia esencia del Ser mismo mucho más es; y cuando por medio de esa fe vence las cosas de Dios con tanta claridad, como promedio de los ojos del cuerpo las cosas del mundo; y cuando en esa fe vive el Espíritu vida de luz y le embarga en ella por ella intenso calor de amor y del sentimiento puro de la verdad y del deseo de la justicia, de manera que esa fe, en sí tan intensa, que coa la esencia misma del Padre nos confunde, porque hasta Él nos eleva, partícipes nos hace de los divinos atributos y proporcionanos de todo lo que en Dios existe hasta donde la intensidad y pureza de nuestra fe alcanza.

En grande error van, pues, los que enseñan que la fe únicamente se encierra en la creencia de lo que no se vió, por cuanto malo y bueno se vió y no se vió, mas es que hasta la verdad y hasta el amor, no en creencia, sino en sentimiento, henos de elevar la fe, si ciertamente fe ha de ser la fe.

Si tan sencilla cosa fuere la fe, que bastara cerrar los ojos y decir *si* de lo que no se vió, para estar en ella, ¿qué Justicia hubiera en el Padre al premiarla de vida eterna, si dicho fué en su nombre que las puertas del Cielo sufren violencia y tan solo los violentos entran por ellas?

Débese entender que la violencia ha de ser en contra de nuestras propias pasiones y no materialmente en contra de las puertas del cielo, que no las tiene, por cuanto la casa de mi Padre es lo que llamado fué el *firmamento*, y no tiene lindes; sin puertas es por lo tanto.

**La fe transporta las montañas**, también fué dicho, enseñando con ello el impulso grande que en sí misma encierra la fe, y siendo así, ¿qué dé más grande puede oponérsele? - Es pues la virtud suprema, porque las encierra a todas y viene después de todas, mas ha de ser ella tal como yo os la enseñara, fe que ha recorrido ya victoriosa la cuesta de la montaña, llegando a su cúspide y dominando desde lo alto todo lo que está por debajo del Ser, en apetitos desordenados, en aspiraciones de una materialidad sin horizontes.

Que todas las gentes, o si no todas, muchas de entre ellas, procurasen arrimarse al Mesías, porque teníanle fe en que salíase de él virtud que los sanase de sus enfermedades, cierto fué muchas veces, y cierto también llegó a ser en más de una ocasión, que hiciérase su fe el milagro de que iban en busca cerca del Mesías. Por tanto fué dicho por él muchas veces: tu fe te ha salvado; ¿quiso decir por ventura, *la fe mía te ha salvado?* - Así, cuando dicho fue "**la fe transporta las montañas**", es porque grandes cosas fueron cumplidas y son

cumplidas por virtud de la fe, porque nada llega hasta donde ella llega; y cuando vosotros tuviereis fe igual a la del Hijo de Dios, igual a él os viereis; tanto es grande la fe que por ella sola tan alto ascenderíais. Mas tened esto por cierto, que semejante fe, que hasta el Padre alcanza, tan sólo Espíritus del Señor, los que ángeles fueron dichos, han la conseguido, porque mucho vivieron, mucho anduvieron, mucho sufrieron, mucho aprendieron y sólo en bien piensan y en bien obran. Tan solo ellos, pero ningún hombre hasta ahora, comprenden la fe, y la llevan, de que aquí se entiende y la que pudo hacer milagros, o lo que así llamáis, como ahora también puede hacerlos, y los hace. Nunca Jesús los hizo.

Cuando se dijo que sólo por la fe; (1) seréis salvos, de este modo se entendió que debía de ser la fe;<sup>1</sup> mas, vosotros mismos que recibís lo que voy diciendo no lo entendéis, porque si lo entenderais, más elevados estaríais, comprendiendo lo que pasa de la creencia a la fe y de esa fe de que todavía sois capaces hasta la fe de que ahora os hablo.

**(1) Bien entendido esto, significa que solamente por nuestro propio progreso hemos de ser salvos, puesto que únicamente él nos ha de elevar hacia la verdad y hacia el bien, hasta lo infinito, es decir, hasta Dios. He dicho muchas veces, que nadie puede creer lo que quiere, sino lo que puede, queriendo significar con ello que la fe es tanto más elevada cuanto más elevado es el Ser que la posee. Resulta, como se ve, un grave error el de los que pretenden oponer el cristianismo a la ciencia, por cuanto es él precisamente el que mejor propende a la ciencia verdadera, pero no a la que a menudo el atraso humano pretende imponer como ciencia y que resulta de falsos mirajes, debidos a los puntos de vista erróneos de que suele partir por su materialismo, no ya por la observación severa y experimentación concienzuda, sino por medios apriorísticos y añejas preocupaciones de los que sólo alcanzan a comprender lo que pueden ver y tocar. Este superficialismo y falso criterio de observación es el que ha conducido hacia el materialismo a muchas mentes poco profundas, demasiado amigas de detalle y esclavas de las apariencias. — O. R.**

## CAPITULO VI

### La caída del hombre y su redención

EL hombre caído de su primitiva pureza" hace dicho, por cuanto toda obra salida de las manos de Dios ha de ser naturalmente pura, cayendo en la impureza tan luego viérase él por sí mismo sostenido y guiado, porque el pensamiento es corto, háyase en tinieblas la fe, y la vista del alma trabada es por la falta de conocimiento del Espíritu. Esa primitiva pureza es pues, en cuanto se refiere al punto de partida del Ser, como obra del Padre, pero pobre de los dones del Espíritu, que tan solo por la caída y por la regeneración, por el sacrificio y por el esfuerzo han de ser alcanzados.

Difiere por tanto la primitiva pureza del Ser, que hale sido dada, de la que al Ser pertenécele por su propia adquisición, con el esfuerzo y el sacrificio, con la caída y la penitencia. Mas cuando muy hondo el alma ha descendido en la impureza y en el error, mucho ha andado en el desorden y muy íntimamente hase entregado a las bajezas de la materialidad del cuerpo y de los apasionamientos carnales y satisfacciones de deseos impuros, hase entonces convertido el alma en esclava de la materia y del cuerpo; nada ya por sí misma puede y preciso le es de un Salvador, lo que por tanto aconteció con el Hijo de Dios.

La redención humana no era ya posible por el solo esfuerzo del hombre y necesaria era la llegada del Mesías prometido, para encaminarle nuevamente por el derecho camino que le llevara hacia su salvación en el más allá.

El hombre Espíritu es encarcelado en la cárcel de la materia, mas para vida de Espíritu es hecho, fuera de la materia ha de ser su libertad y su grandeza.

**Los ángeles en el Cielo moran y ángeles también los Espíritus de los hombres han de ser.**

En los espacios es el Cielo, mas no son los espacios el Cielo. Los Espíritus del Señor son en los espacios y en el Cielo. Los Espíritus del Señor son en Dios y el que en Dios es en el Cielo está.

Hermanos míos, hijos míos, amigos míos, oíd pues mis palabras, por cuanto la salvación os traen con el conocimiento de las verdades necesarias para alcanzarla. Abrid vuestros Espíritus a la confianza, creed en mi palabra que palabra del Padre es. Mejoraos en vuestros hábitos y en vuestros deseos, elevad vuestro pensamiento a Dios y haced penitencia de vuestros pecados, confesándoos también los unos a los otros. (1)

(1) Se deduce claramente de lo que aquí se dice, que la *caída del hombre* no es tal como comúnmente se entiende, sino que tal dicción posee un significado muy relativo. Se comprende que el Ser posee en embrión todas las facultades al venir a la vida; inocente como un niño, es perfecto en su relatividad, por cuanto no ka cometido errores, pero la misma falta de desarrollo en sus facultades hace que sus primeros pasos sean sus primeros errores y el empecinamiento consciente en ellos constituye más tarde la verdadera caída. Mas llegó a tales extremos el dominio que, por el empecinamiento en el error lograron las bajas pasiones sobre el hombre, que éste no pudo ya emanciparse de ellas, siendo necesaria la venida del Mesías para ayudarlo a reponerse en el dominio de sí mismo.

## CAPITULO VII

**Refiérese el Mesías a su paso y predicación por tierras lejanas y cita a Cafarnaún como el punto en donde su predicación empezó a asumir carácter de eficacia para su apostolado.**

CAFARNAÚN, de la tribu de Nephalí, sobre la costa del *Mar de Tiberíades*, o también Genesareth, en donde fuérame dado encontrar mis primeros discípulos en el Señor, fue asimismo la piedra primera del edificio de mis trabajos en la fe del que me enviara. Las gentes sencillas e ignorantes, más dadas a las ocupaciones por el provecho del cuerpo que por el del Espíritu, entregadas estaban al mercantilismo de sus tareas, para conseguir bienes terrenos, y las palabras del Mesías salido de las mismas tierras de la Judea más hacían ruido en sus oídos que entretenimiento eficaz para el bien en sus Espíritus. Fuéme posible no obstante establecer alianzas de los sentimientos de quienes escuchaban mi palabra de entre los rudos pescadores del lugar principalmente, con los propósitos de mi siembra en la fe del Padre y en el amor que de Él viene.

Después de la larga estadía en Jerusalén, que mi educación exigiera, mis enseñanzas llevadas más lejos del territorio de la Judea si ciertamente encontraron recibimiento de afección y de reconocimiento, apenas si recogieron elemento para la obra futura; no ganó ahí en alianzas y en medios para el cumplimiento de lo que motivara la venida a la Tierra del Hijo de Dios y lo cual debía tener repercusión en todos los ámbitos del mundo. Mas los propósitos del Mesías llegaron a formas mejor definidas e hicieronse más apropiados del objetivo propuesto, consiguiendo también afianzamiento mejor en su Espíritu, por las dulzuras con que él vióse acogido, escuchado y atendido; sin duda más amado que comprendido, era eso justamente lo que los secretos designios de Dios habíanle preparado en esas tierras lejanas, como para el sostenimiento, por su recuerdo más tarde, del valor que debía acompañar en la empresa de tanta trascendencia para la que destinado era. En la misma Cafarnaún no podía encontrar su verdadera base mi Apostolado, cuyas raíces en Jerusalén tan solo habían de hallarse, para dar nacimiento en el porvenir al árbol frondoso de mis doctrinas, bajo cuya sombra bienhechora habíanse de cobijar las generaciones futuras, saboreando sus dulces frutos de amor y de verdad. Habíame sentido no obstante débil en el gran centro de la Ciudad Santa, débil por las asechanzas del fanatismo, por las prevenciones del clero, que en repetidas ocasiones habíase dado en levantar desconfianzas y resistencias en mi contra, mientras veíame casi huérfano de elementos de valer que me apoyaran. Mis primeros pasos habían sido no obstante afortunados y las veces que hiciera oír mi palabra en el templo fué siempre con ventaja para las nuevas doctrinas. Mas así también aumentó en mi contra la mal disimulada cólera de los sacerdotes. Ello fué, justamente, lo que alejado me tuvo por algún tiempo de Jerusalén, hasta por Damasco, Tiro, Sidón y otros pueblos lejanos, en donde ciertamente mucho mejor viérase Jesús acogido que en las tierras de su propio nacimiento. Mas, por cuanto seguido y agasajado, no fué de ahí, sino recién de Cafarnaún de donde la doctrina del Mesías empezara a tomar realmente cuerpo de tal, dando ensanchamiento a lo que ya de Jerusalén traía, principalmente en lo que como conjunto de enseñanza hase de entender.

En el tiempo de mi educación en Jerusalén también en lo que se refiere al alivio de los males del cuerpo habíame ocupado, porque las ciencias, entonces en su niñez todavía, todas eran juntas, y asimismo de las enseñanzas de la *Cábala* mucho había sacado para todo

lo que había de ser en el beneficio de las gentes; todo lo cual contribuido había en el prestigio de la fe con que veniaseme rodeando. **Esa fe pudo bien hacer milagros, por cuanto ya dicho está que la fe arrastra las montañas**, mas si ciertamente algunas curas inesperadas, porque creíanse en enfermos insanables, rodearon al Hijo de Dios de la admiración y casi hasta de la adoración de algunos hombres excesivamente entusiastas, no menos ciertamente os aseguro que tales cosas no fueron hijas de una virtud especial del Mesías, que lo hiciera superior a los demás hombres en este sentido, sino en cuanto a la atmósfera benéfica que a su derredor derrama todo Espíritu puro y deseoso del bien de sus semejantes. Esto es justamente lo que aprovechado fué por mi discípulo predilecto para levantarle al Hijo de Dios el culto que sólo a Dios mismo le es debido.

Hermanos míos, hijos míos, amigos míos, por el amor grande que os profeso, y por la dulzura de los sentimientos a que me mueve la desgraciada situación vuestra, os pido que esto comprendáis de una vez y para siempre:

"Que uno solo es el Dios Creador del Universo y la fuente de todo el poder, de toda la grandeza, de todo el saber, de todo el amor y de toda la justicia. Sólo a Él por tanto toda adoración ha de ser consagrada. Sólo de Él todo bien hémosle de esperar. Sólo en Él la pureza de nuestra fe ha de descansar tan solo hacia su excelso trono nuestras oraciones débense elevar y de sus manos tan sólo han de bajar sobre la Tierra todos los dones que han de levantar hasta el Cielo a todos sus hijos"

Creed, pues, a la palabra de ese Dios único, que por boca de su Hijo os dice:

"Tened fe en el porvenir del alma, por cuanto, para todos los hombres, ella ha de llegar hasta la cúspide de la montaña, cuya cuesta destinados estáis a subir penosamente. Mas el paso con firmeza dado delante de vosotros por el que habéis llamado EL MAESTRO sirváos de guía, de enseñanza y de sostén para vuestros propios pasos, que en pos de él han de ser dados, si derechamente y con prontitud al fin queréis llegar".

"Desprendeos de vuestras pasiones, sobreponeos a vuestros apetitos inmoderados y contrarios a los intereses de vuestra alma, que es lo único que debéis cuidar. Muévaos en vuestros actos más el amor hacia vuestros semejantes que el interés por vuestras personas. Tened bien por cierto que cuanto por vuestro prójimo hicieris centuplicado os sería devuelto por mi Padre que está en los Cielos."

"El alma soplo es que de Dios viene y lo que de Dios viene eterno es como la misma esencia de que salió. Mas solo es la esencia lo que de tan elevado recibió, por cuanto todo lo que en adelante ha de conseguir de lo que en su camino encuentre halo de conseguir, con paciencia y trabajo. Tan solo el amor es viático que las jornadas abrevia y que fuerzas da al hombre para con prontitud mayor los mayores obstáculos vencer. Por tanto, cuanto más améis más próximos os hallaréis de la liberación del alma vuestra de las cadenas que la sujetan a la maldad y al vicio, que estorban la emancipación del alma, por la ceguera que os produce y por el dominio que sobre vosotros tienen establecido. Por eso así fué dicho, y bien lo fué: **Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo; éstos son los profetas y los mandamientos**". Con estas palabras de amor, amorosamente me despido hoy de vosotros.

## CAPÍTULO VIII

**La propaganda asume mayores proporciones y las nuevas doctrinas ganan prosélitos.**

A PARTIR de mi estada en Cafarnaún la semilla de mi predicación parecía haber llegado a su punto para la siembra, pues las gentes acudían cada vez más presurosas a escuchar mis palabras, y más dispuestas parecían también para la aceptación en la práctica de las enseñanzas que iban así recibiendo.

-¡Cafarnaún, tierra querida, albergue de mis mejores momentos, desde que abandonado había las tierras de gentiles. Muchas veces la idea y el sentimiento volaron hacia ti en mis momentos de angustia!... Cuando, entrado yo en el callejón inexorable, que no guardaba otra salida para mí sino la del Calvario y de la cruz, el recuerdo de tus noches apacibles, rodeado por el misterio de esas horas silenciosas y por el ambiente de tierna veneración con que me distinguían los sencillos pescadores de tus riberas, llenaba mi alma de dulce melancolía, haciéndome exclamar al mismo tiempo: -¡Hay también amor, hay sentimientos dulces y benévolos en esta mísera morada terrestre y ellos harán de que no resulte estéril el sacrificio de mi tranquilidad y de mi vida! - Cuando el pensamiento dulcísimo de la amorosa contemplación *en* ese pasado, tan próximo aún, levantábame ante los ojos la apiñada multitud de pequeños semblantes sonrientes y miradas angelicales, de madres cariñosas, simbolizando la misma ternura, tímidas jovencitas y gallardos y hermosos mancebos, padres de mirar indulgente y venerables ancianos, formando una guirnalda brillante y viva, pendiente toda ella de la palabra ungida del Hijo de Dios, y que más que nunca en esos momentos lo era, entonces parecía por un momento querer mi Espíritu cerrar los ojos al brillo de la luz, que me señalaba el camino de la redención, pasando por el puente del martirio, mas al mismo tiempo así surgía todo el vigor de ese brillante principio para sostenerme y empajarme hacia el éxito en el porvenir. Todo ese amor, todo ese sentimiento y las aspiraciones vagas pero unánimes en un mundo mejor, en que fijas se me habían demostrado en sus miradas la porción más sencilla de ese pueblo, eran para mí la evidencia misma del camino que debía seguir.

El fin que me aguardaba resultaba así demasiado evidente y tampoco trataba de ocultármelo. Antes bien, habíame afianzado en el deliberado propósito de ir en contra de la muerte, que por la ley le correspondía a todo el que enseñara y propagara doctrinas contrarias a la Religión del Estado, tanto más abrogándome yo el título pretensioso de HIJO DE DIOS.

Ciertamente una fuerza invencible obraba en las profundidades de mi conciencia, levantando mi Espíritu a tales condiciones de superioridad sobre lo finito que me rodeaba, que las brillantes aspiraciones de mi alma tomaban la eficaz apariencia de la misma realidad, viéndose entonces mi Ser cernirse en la inmensidad del amor y de la verdad eterna, en el seno mismo de las grandiosas manifestaciones del Padre, de quien me sentía realmente el enviado.

Hijo de Dios resultaba realmente, según la idea mesiánica y por las abrumadoras coincidencias que habían rodeado mi nacimiento y las que también en la edad adulta y viril acompañaban a mi persona.



Coincidencias dije, mas en el Reino de mi Padre, que el Universo entero comporta, nada por coincidencia sucede, por cuanto la más leve brizna y diminuto grano de arena no se mueven sin su voluntad. El mesianismo por tanto y la filiación divina debían confundirse en una Entidad sola, como lo era, esto es: **en la persona de Jesús.**

Toda la abnegación y grandeza de alma que tal estado comportaba tan sólo la misma persona de Jesús, así iluminada, sostenida y elevada, podía, valorarlo, dándole también su práctica ejecución. Por eso mismo preparado venía ya, desde antes de su nacimiento, mediante numerosas y elevadas alianzas en el Señor, que debíale allanar el camino de la redención humana, iluminándole también y sosteniéndole en tal ardua misión. Este propósito que guiara al Mesías en su venida a la Tierra es hoy, lo mismo que entonces, el pensamiento primordial que abriga en su Ser, y a él, ahora como antes, supedita todo lo demás, que no otra cosa comporta sino el medio y el tiempo para la siembra y la cosecha de la semilla del amor fraternal, en que deben alimentarse, fortalecerse y engrandecerse hasta alcanzar el Reino de mi Padre. Felices los que por tal camino marchan, porque de ellos será el porvenir, que tan solo la obra del amor ha de ser. Ciertamente estrecha es la puerta que hasta el Padre lleva, mientras espaciosa véase la que a la perdición conduce.

Vosotros avecillas sois que los primeros pasos habéis dado ya por las tías del Señor, mas no intentasteis aún el auxilio de vuestras alas. El amor son vuestras alas, apoyaos pues sobre ellas y levantaos por encima de las estrecheces del camino, para llegar al nido en donde el cálido afecto os aguarda de quien os dio el Ser. Padre es ése que jamás olvida a sus criaturas, por cuanto pequeñuelos y endebles ante Él siempre han de ser, como que siempre vosotros, como yo, siempre Hijos de Dios fuisteis, sois y seréis.

Hijos míos queridos, comprended, pues, de una vez, que el amor ha de ser la única base que sobre sí comporte el peso del entero porvenir vuestro. Las obras inspiradas así sobre el amor de nuestro prójimo, deben llevar en sí mismas el suave aroma del sentimiento que les dió vida.

## CAPITULO IX

### Discípulos y Apóstoles de Jesús

MUCHOS empezaban a ser ya los que se titulaban discípulos del NAZARENO y después *nazarenos* se les llamó a los partidarios de sus doctrinas. Mas diferente cosa eran los que APÓSTOLES se llamaron más tarde, siendo de éstos, como ya os lo dije, Cephas y Simón los dos primeros; Jaime y Juan segundos fueron a éstos, quienes en pescar invertíanse también, siendo pescador con ellos su padre Zebedeo, de quien la mujer tan llena era de dones espirituales, que tuvo visión clara en su corazón de lo que venido había a restablecer el Hijo de Dios sobre la Tierra. Los Apóstoles, elegidos de entre los discípulos más resueltos a abrazar la nueva causa, venían a formar alrededor de Jesús una nueva familia humana, en que los lazos efímeros de la carne reemplazados se veían por los más sólidos y duraderos de la fe y del amor. Es por eso que dicho fué (en ocasión en que la madre y hermanos de Jesús fuéranle a buscar de entre los que le escuchaban) **"que la madre, los hermanos, la familia de Jesús eran los que su palabra oían y seguían"**. Así quería decir, que las relaciones y los eslabones en la fe y en la verdad, que de Dios vienen, y en el amor verdadero, que es en el Universo lo más puro, resultan con mucho superiores a las uniones tan solo de la carne hijas.

Lejos os encontráis aún vosotros mismos de dar todo su alcance a estas palabras; pero debierais siquiera comprender que en los lazos de esta naturaleza espirituales, os eleváis como Espíritus por encima de la materia, mientras por los lazos del otro modo materiales (cuando la carne sola forma la familia) quedáis rebajados como Espíritus bajo la influencia de las atracciones del organismo, que vienen a constituir la familia, bajo el mismo régimen de dependencias que distinguimos en los animales.

Mis lejanos viajes dieron todavía mayor proporción al desprendimiento de la familia, que debíale necesariamente sobreponer al sentimiento del amor filial y del amor fraterno. También era entonces la ciudad de Tiro de mucha y grande religión en su culto y en su filosofía, mayor nombre teniendo ya que Sidón en estas cosas y asimismo en sus cambios de comercio y movimiento de fabricación, que también en cantidad y diversidad se hacía para llevar en barcos a más lejanos pueblos, del otro lado del mar. Maestros no pocos eran que enseñaban doctrinas, muchas veces curiosas; otras veces muy cerca de lo cierto; mas la adoración del Padre, tal cual debía de ser, o tan siquiera el conocimiento de un solo Dios, como en las tierras de la Judea llevado era, no llegó a mi oído en tanto viviera en esas tierras. De muchos *dioses* más bien era la voz pública y con relación también a muchos dioses eran las enseñanzas de los públicos predicadores; uno no obstante era en honores y alabanzas superior a los otros presentado, siendo asimismo voz general en cuanto por el poder y dignidad más alta consideración hiérale debida. Este el *dios mayor* en toda la nación parecía ser. El nombre con que héle de llamar no lo encuentro en el cerebro humano que sírveme de instrumento para mi nueva manifestación entre vosotros. En esos tiempos cada ciudad tenía sus *dioses*, como asimismo su rey muchas tenían, formando gobiernos distintos de los que en otras ciudades gobernaban. Pero a los *dioses* principales éranles tributados honores y ofrendas en muchas partes a la vez, y el dios principal de toda la región su mayor Templo, grande en verdad y ricamente ornamentado, en Tiro levantado era, y grandes cultos, continuadas honras, sacrificios numerosos y grandiosas fiestas éranle

consagrados. Eso también movimiento e importancia añadía a dicha ciudad. Mas, como ya dijera, ruido y apariencia era más que otra cosa la religión de casi toda la gente y la filosofía se veía basada en principios vagos y contusos y muy contradictorios de un maestro para con otro maestro. Muchos afirmaban no existir tan siquiera el alma, otros que de animales a hombres y de hombres a animales las almas tenían nacimientos, según lo merecido en cada vida llevada entre los hombres. Reuniones había asimismo de ciertos sacerdotes del *Gran Templo*, que designado era "*El Templo*", en donde doctrinas superiores enseñadas eran, según las voces corrientes, más mucho guardábase la enseñanza con respecto de los entendimientos profanos. De lo que se decía recogido había que un sólo Dios era para ellos, pero tres entidades distintas formábanle; no parecían tres personas, como dicho fuera más tarde, y en verdad, el Dios mismo y las entidades también figuras alegóricas o símbolos dijerais vosotros, más bien que personas parecían.

Mi Espíritu de antemano preparado, ya que misión de tanta trascendencia del Padre traía, nada mi observación descuidaba, de toda cosa tomando argumentos para mis enseñanzas luego entre mis discípulos, que muchos eran, aunque nunca los mismos, en esa querida ciudad, de donde tan dulces recuerdos llevara. Hasta de las púrpuras, de que tanta fabricación se hacía y tanto comercio para con el otro lado del mar, sacaba yo argumento, así como de otros artículos para el lujo y la vanidad destinados. Demostrábales cuan pobre cosa es el apego que por esos medios se forma para con la vida terrestre, la cual nada representa para el Espíritu, sino precisamente en cuanto a las obras llevadas en contrario, esto es, por la humildad y por la caridad. Mis demostraciones llegaban a ser enérgicas y ardientes cuando me detenía en la observación de tanta inmoralidad y de tan asquerosas llagas sociales como las que ocultan esas púrpuras, ese oro, pedrerías y todos los relumbrosos atavíos, hechos para simular el brillo que jamás brotara del antro oscuro de las asquerosidades humanas. En la misma ciudad Tiro, apodada *de la religión*, la vida, a pesar del carácter benévolo de los habitantes, era con mucha generalidad licenciosa, si bien ella Ciudad Santa, como Jerusalén en la Judea, era tenida en esa nación opulenta. Había con todo menos corrupción en la gente media, y el pueblo laborioso principalmente no faltábale sentimiento de moralidad, mas distinguíase antes que todo por la sencillez y afectuosidad de sus maneras así como por su hospitalidad, con lo cual feliz me había sentido durante todo el tiempo que llevara mi estada entre ellos. La atención afectuosa con que escucharan la palabra del *extranjero* y la sencilla espontaneidad, con que en gran número se reunían a mi alrededor dábame confianza para mis manifestaciones. Así dolorosa me resultó después la separación del centro de adeptos que habíame formado ahí. Mas ha de convenirse, si bien no pocos quisieron seguir a Jesús hacia las tierras de su origen, que no era de ese pueblo de donde pudiéranse sacar los obreros para la gran empresa de que encargárase el Mesías, que sólo había ido hacia esas regiones para mejor preparar lejos de los que demasiado de cerca habíanle conocido, el plan que debiera después desarrollar en los pueblos de la Judea y en Jerusalén principalmente formando ella el objetivo final y verdadero de mi apostolado.

Seguidme, pues, hacia los pueblos de la Judea, dejando de lado mi peregrinación por las tierras apartadas de ella, que si no pocos fueron en realidad los poblados, grandes y pequeños, que recorriera en esta mi lejana peregrinación, lo esencial de mi obra y sus finalidades, repito os que en la Judea encontrarse debían, pues era ella región en que mayormente honrada era la causa religiosa y sus profetas; si no que todo había de ser en su tiempo. Así también en su tiempo vuelvo ahora para restablecer las cosas tal como ellas

fueron dichas, las dichas; negar las no dichas; explicar las mal comprendidas y recordar las olvidadas.

Como dicho está, Cephas, Simón, Jaime y Juan primeros fueron, de entre los que mis palabras escucharan, en recibir nombre de Apóstoles, pasando a participar de las intimidades de la vida de Jesús, formando una verdadera familia con él. Poco a poco después ensanchándose fuese la familia con nuevos Apóstoles hasta llegar al número de doce, que eran, como sabéis, a más de los nombrados, Mateo, Tomás, Tadeo, Judas, Bartolomé, Felipe, Alfeo y Simón de Cananea.

Ellos más que nadie de cerca y continuadamente oían mí palabra. Nunca la enseñanza se interrumpís, porque toda cosa y todo acontecimiento del día motivo era de observación para qué resplandecieran ante ellos las verdades del Señor. La vida diaria es gran libro para el estudio de Dios, la observación del pueblo, grande lo es también y el examen de la Naturaleza todavía mayor es que ellos. Así por tanto, sin reposo, mas con variedad y amenidad, continua era la enseñanza para mis discípulos, de manera que pronto pudiérase delegar potestad a ellos mismos para la enseñanza como recibido yo la había del Padre. Id, les decía, y tened antes fe, oración tenedla también antes de toda obra y con el pensamiento en Dios desprended vuestros labios en su nombre, y su gracia con vosotros estará. Hablad así con el calor que da la convicción y la fe y veréis repetirse con vosotros lo que a mi alrededor acontece pues os escucharán, os seguirán y en grande honor también os tendrán. Sed no obstante prudentes, porque la maldad y la envidia pronto levantarán contradictores en vuestra contra y se hará mayor la enemistad de los que no marchan por el sendero del Señor en contra de quien encargado viene para encaminar por esa senda a los hombres. Así dábales encargo de a tres juntos, y más a menudo de a dos, para que enseñaran la nueva doctrina a los que en la campaña o en sus pequeños poblados moraban.

Antes de que partieran, recordábales los puntos más esenciales de mis enseñanzas y les aconsejaba cuanto me era posible para que bien cumplieran lo que encargado les había.

## CAPITULO X

### La misión de Jesús y la participación en ella de los Apóstoles.

DÍJOSE que el cumplimiento de las profecías tan solo es en apariencias, por el ajuste que hízose de los hechos con ellas. Así también díjose que tan solo la credulidad hizo de lo acontecido en Jesús y con Jesús el cumplimiento de las profecías.

Mas yo os digo que aún cuando las profecías nunca hubiesen sido, el humilde carpintero de Nazaret destinado por Dios era para la obra de la redención de los hombres y para colocarles en el conocimiento de lo que érales preciso hacer para remediar el pasado de errores y de oprobios, que dejaran en pos de sí, y derramar luz en el camino de su porvenir.

Mas yo os digo, que las Potestades del Cielo, obedientes a los mandatos del que todo es y todo puede, estrechas alianzas de elevados Seres habían constituido en derredor del Divino Mensajero, para facilitar la grandiosa obra que se le encomendara y que vosotros aún no comprendéis.

Mas yo os digo, que todo cuanto ha de acontecer con anticipación designado se le descubre en el ambiente espiritual, pudiendo por tanto discernirlo todo Espíritu de alguna penetración, aún no siendo Espíritu del Señor, si no Espíritu de tinieblas.

No es por tanto la profecía lo que llamar pudiérase un milagro, lo cual no existe, sino previsión de lo que ha de acontecer, por cuanto designado está ya mucho antes su época para todo acontecimiento.

En mis visiones muchas cosas llegaron ciertamente a mi conocimiento que solamente habían de ser en el porvenir. Así también acompañábame especial don para el conocimiento de los hombres, el cual sirviome para la elección de mis Apóstoles, entre los cuales, si cierto es que un traidor hubo, más fué él víctima de circunstancias, que no supo vencer, que de natural disposición a la falsedad y a la maldad.

Así, bien fueron escogidos los que en mi obra santa debíanme acompañar. Ellos fueron propiamente los elegidos, por cuanto, como ya os dije, una sola familia con Jesús formaran.

En esos días en que completado había el número de mis Apóstoles, y llenos de proyectos nos encontrábamos, al hacer yo en la noche que llegara y en medio de las expansiones de la conversación un estudio ligero de las condiciones particulares de cada uno de ellos, púsele el nombre de Pedro a Cephaz y alguien me dijo a mí *Rabí*, que quiere decir Maestro, y desde entonces las dos denominaciones prevalecieron. Así muchas veces llamábaseme *Rabí*, mas a Cephaz siempre llamósele después Pedro.

Los habitantes de Nazaret, que, por conocer mis padres y mis hermanos, burlábanse de mi filiación divina, apodábanme el *Hijo del Hombre*, siendo acompañados en ello por mis mismos hermanos, que en una ocasión llegaron hasta intentar hacerme pasar por loco

con la ayuda también de mi propia madre. Así dijera entonces con energía Jesús: Si ciertamente nadie es tenido a profeta en su misma tierra, tampoco hace Dios dones de sus gracias a los que desconocen su luz, aún pudiéndola discernir, y que, engañándose a sí mismos, sordos y ciegos permanecieron al lado del Mesías, para no oírle ni verle, dando muestras de ignorar de su elevado ministerio; mas así también no oídos ni vistos, e ignorados por tanto, les aconteció de pasar, cuando el tiempo fué llegado de la cosecha en las siembras del Señor, y más aún por mucho tiempo hubiérale acontecido, a no ser por la ayuda del mismo labriego a quien desconocieran. El afecto y el dolor en las horas postrimeras, en que de corazón verdaderamente se me acompañara en mis terribles sufrimientos y la sinceridad misma con que al fin la doctrina también fuera por ellos acogida y la celeste misión reconocida, mucho remedió del aislamiento moral que en un principio hiciéranme sufrir los que, por la carne, de mi familia eran; mas en la balanza de la Divina Justicia nada pasa sin el equilibrio de su peso en el opuesto platillo de sus acciones. Ciertamente en el primitivo descreimiento de María mucho había del amor materno que quería ocultar la peligrosa realidad a sus propios ojos y desviarme de la ruta en que veíame colocado. Mas cuando la luz que de lo alto hacia los mortales bajo mayormente húbola iluminado, ella con sublime resignación aceptó todo lo que el amor de madre hacía descubrir como peligros y sufrimientos, por los que su hijo adorado debía de pasar.

Ya desde mucho antes, dejando de lado sus primitivas prevenciones, confundido se había, por el sentimiento, en la misma obra del hijo, participando al fin de todas las amargas vicisitudes, hasta el postrimer desenlace, horriblemente doloroso, de la grandiosa obra de la redención humana.

Al fin, de mis hermanos partió la idea todavía de hacerme pasar por loco, mas no era ya con el propósito de burla, sino con el afectuoso deseo de mi salvación, con cuyo objeto desesperados esfuerzos hicieron en mi favor, dañando tal vez, aunque involuntariamente ahora, la misión de Jesús.

Mas muy lejos voy con esto aquí, mientras es mi propósito, al traeros mis nuevas manifestaciones en el mundo de la carne, llenar el propósito formado y comunicado en los primeros escritos, propósitos referentes a la Doctrina, la cual como NUEVO CRISTIANISMO alguien entre vosotros quisiera definir, aunque la enseñanza es la misma, y más que CRISTIANISMO, nuevo o viejo, la palabra del Padre es.

Así, pues, dando como conocido de vosotros lo que a la existencia de Dios y del alma se refiere, cosas que en donde Jesús mora son más verdaderas todavía, que para vuestros ojos la luz pasaré a enseñaros lo que es la doctrina y lo que el porvenir encierra para vuestras almas, cuando hayan dejado, transitoriamente primero y definitivamente después, la habitación terrestre, dando lugar a lo dicho de que, muchas moradas tiene la casa de mi Padre, de que, Dios no quiere la muerte del pecador, sino que viva y se arrepienta, porque. . . al fin, todos serán salvos; como así también lo del ciego de nacimiento, y lo de la venida de Elías, y muchísimas otras cosas más, que fueron dichas, pero no recordadas y otras muchas más todavía que para traeros vengo.

Aunque mucho ayudáranme mis Apóstoles en la enseñanza y divulgación de lo que les encomendara, su obra era deficiente, por cuanto, como ya os dije, lejos se encontraban

de la altura de alma y de inteligencia precisa y más lejos aún encontrábase su auditorio. La voluntad, empero, jamás vino menos en ellos, mayormente demostrándola aún después de mi muerte. Mas la obra de la redención humana obra era no a ellos encomendada sino al Mesías, que frente a ella ha de encontrarse todavía durante muchos siglos. Con mucho defecto por tanto transmitida os fué la palabra de Jesús. Mal comprendida, mal conservada, puesto que de simple memoria lo fué durante mucho tiempo, y mal transmitida, tan solo sus cenizas hasta vosotros han llegado. Volverlas a lo que fueron es obra esencial para vuestro Mesías ahora, dándoles al mismo tiempo el ensanchamiento que pide la mayor altura de los hombres en las vías del progreso.

Mis Apóstoles, tan pobres de instrucción, como ricos en la fe, mucho hicieron ciertamente en la siembra que les encargara en el nombre del Padre, mas no podían ofrecer de sí lo que no tenían, esto es, la sabiduría, que añadida a la fe y a los sentimientos de amor, que el Hijo de Dios inspiráosle, con su palabra y con su ejemplo, mucha grandeza hubiera dado a la predicación de las doctrinas que reveladas éranles a la humanidad por su mediación. Por tanto entre la gente sencilla y sin instrucción tan solo su palabra era escuchada y poco brillo levantábase alrededor de la cabeza de la nueva misión, que éales traída para su salvación, y sucedía que los hombres de instrucción y de escribir, ignorantes permanecían de la nueva palabra, nada resultando así de ella escrito, con perjuicio de lo que fué dicho y de quien lo dijo, por cuanto llegó tiempo, que fuera de la tradición nada quedara con autenticidad de cosas dichas y oídas, por quienes dichas y oídas fueron.

Ciertamente lo que verdad es imperecedero también es en toda eternidad. Por tanto la verdad siempre su camino vino haciendo, mucho ganando en su progreso con la muerte del Mesías, como ya os lo dije, por cuanto mis Apóstoles se centuplicaron por la grandeza de su fe y por la mucha ayuda espiritual que recibieran, bajo la dirección del que a ellos mismos en la vida les dirigiera, y desde el Cielo después con más luz y mayores alianzas siguiéralo haciendo.

## CAPITULO XI

**Así como el amor eleva al hombre, el orgullo lo envilece y le quita el discernimiento para apreciar la verdad. Con él va siempre unido el egoísmo, que es el mal consejero. - Verdadero significado de la "Torre de Babel".**

Si ciertamente toda la doctrina, todas las leyes y los profetas, concretados quedan en las palabras "**ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo**", no menos ciertamente nada bueno podría buscarse que del amor no reconociera dependencia. Solo el mal o el interés han de ser fuera del amor. El mal por sí solo es, más el interés hijo es del egoísmo. Así también las obras que tan solo por el interés practicáranse no elevan al hombre, y no otro galardón más que sus propias consecuencias han de recoger, en tanta que hielan el alma por el frío del egoísmo que las inspiró.

Tan solo pues las obras por el amor dictadas enaltecen el alma y denle grandeza, abriéndole las puertas que a la perfección llevan, esto es, hasta el Padre.

La perfección en el amor, porque es infinita, tan sólo en el Padre es comprendida, no otra cosa siendo la creación más que el reflejo de su amor.

El amor humano lleno de errores es, pues en tanto que desea el bien de la persona amada, mal ocasionale no obstante muchas veces, y es porque todavía no ha llegado al justo discernimiento de lo cierto y de lo incierto, de lo bueno y de lo malo. Con todo y así mismo, el solo deseo sincero del bien, el movimiento de afección que espontáneamente mueve al hombre hacia otro hombre, para servirle en su interés y sin interés, por parte de quien obra ya mucho camino andado significa en las vías que hacia el Padre, esto es, hacia la perfección conducen. Y si ese sentimiento todavía y del mismo modo lo sentís para los que bien y para los que mal os quieren, para los que bien y para los que mal obrado han para con vosotros, entonces más, mucho más avanzados en esas vías os encontraríais.

-¡Oh, hermanos míos! - ¡Cuánta luz al Espíritu trae el obrar así! - ¡Cuánto el mismo engrandecimiento de la inteligencia con ello gana! - ¡De cuánto el camino hacia la perfección así se abrevia!

Ya os dije, amigos míos, que la nueva venida de Jesús, mediante su alianza con hombres, cuyos cerebros podrían servirle de medio y como instrumento de interpretación de sus ideas en el lenguaje terrestre, habría de resultar más explícita en sus manifestaciones, más clara y más humana en su forma, no por el cambio de Jesús, sino por el cambio de los hombres, más dados ahora a la observación en la materia y a los trabajos que relacionan el cerebro con el movimiento de la vida orgánica, que a la contemplación de la naturaleza y a la elevación del Espíritu por las ideas religiosas. Al mismo tiempo mucho más adelante hay al presente entre vosotros y muchas mayores cosas os encontráis en grado de llevar. Por tanto, todo es útil lo que ha de dar engrandecimiento a la persona del hombre, sino que nada ha de separarse de la idea de Dios, si lo que llamáis progreso tal ha de ser realmente. La verdad a la verdad lleva, el progreso al progreso mayor empuja; toda verdad por tanto y todo progreso que amengüen la idea de Dios, ni verdad, ni progreso son, sino más bien mentira y retroceso, de oropel ataviados, como para simular las apariencias de lo bueno y de lo verdadero. Acontece también muchas veces que la verdad, mal comprendida, en



contra de la verdad en lucha es empujada, y así tan solo es de comprenderse que muchos hombres, por el camino de la ilustración, han marchado hacia el descreimiento, en lugar de elevarse hacia la fe, que de Dios viene. Es también que el orgullo y la vanidad envuélvenlo al Espíritu con las tinieblas del alma y lo hacen incapaz del justo equilibrio de la razón y del sentimiento, por cuanto, si la verdad de los hechos descubren, las armonías de sus relaciones no perciben y ciegos también permanecen en cuanto a la luz de sus finalidades.

Mal compañero el orgullo es; egoísmo en sí siempre lleva, porque es de su origen, y ambos pecados, una venda para la luz del Espíritu y otra cadena en su marcha, ciego y torpe conviertenlo para el progreso. El que verdaderamente ama, libre vese de estas miserias.

Sed por tanto humildes de corazón, sed mansos y al mismo tiempo generosos con los que mal os quieren, devolviendo siempre bien por mal.

Jamás puede el hombre ser enemigo del hombre, es tan solo un atraso lo que empuja el uno contra el otro. Si ese atraso no hubiera, conocimiento tendríais, no de palabras, sino de entendimiento y de sentimiento, que entre quien hace el bien y quien la recibe mayor bien cosecha el primero que el segundo. Más que virtud, pues, conveniencia es obrar bien. Obrar bien sembrar es en provecho de quien obró. Quien mal hace mal recibe, porque semilla de mal siembra y jamás la semilla del mal fruto dió de bien. - ¡Oh, hermanos míos! - ¡Cuan feliz me sintiera si tan solo comprendido me viera!... Las palabras comprendéis, más no penetra su esencia en las profundidades de vuestras almas.

Vuestra falta de comprensión es en gran parte debida a que juzgáis de las cosas en relación siempre con la vida terrestre, olvidando que no hay realidad sino apariencias en ella, por lo que a la persona se refiere. Ya os dije que la persona es el alma y el alma ni la veis tan siquiera en medio de lo que llamáis vida y que muerte más bien es para el Espíritu, puesto que hasta su realidad amenguada queda en tanto vístela un cuerpo, desde que hasta a desconocerlo llegáis y a negarlo.

Hablaos con toda la sencillez propia de la verdad, bien veo empero que dispuestos estáis a encontrar exageración en mis palabras y esto falta es, por cuanto no puede Dios, ni en mucho ni en poco, engañarse ni engañaros y de Dios la palabra es cuanto en su nombre su Hijo os trae en esta su nueva manifestación entre los hombres. Creed, pues, que: La personalidad es el alma y que el cuerpo sólo al alma apariencia le da, y lo que llamáis forma en medio de la materia, sin ser realidad absoluta, también le da. La Entidad inteligente, viviendo de su vida propia, libre de lo que llamáis materia, manifiéstase con una envoltura, que la circunscribe y que proporcionele manera de percibir y de manifestarse; empero cuerpo no es propiamente; podéis como "*cuerpo astral*" designarle no obstante, llamando entonces ESPÍRITU al alma así revestida, y usar de la palabra ALMA cuando hablase del principio inteligente, sentimental y volitivo del hombre, el cual no obstante bajo forma de Espíritu - *alma revestida* - y no de alma sepárase en el hecho mal llamado muerte por vosotros.

Todo esto para dar claridad a las ideas, que resultan poder abordar así con sencillez los problemas más arduos, justamente porque las ideas tanto más sencillas son cuanto más cerca de la verdad están.

Hemos llegado por tanto a la definición de las nuevas doctrinas, esto es a la aclaración y ampliación de lo que fué dicho, por cuanto nada fué dicho que cierto no fuera, mas nada tampoco se dijo que el "ESPÍRITU DE VERDAD" no debiera aclarar y ampliar más tarde, siendo que el "ESPÍRITU DE VERDAD" propio es de cada época, como propias son de las diferentes edades del hombre lo que en cada una de ellas lleva, sin que el hombre deje de ser lo que es.

El ESPÍRITU DE VERDAD llega así a constituir tan si fuera la personificación de lo que en síntesis tienen de verdadero las doctrinas; trátase, pues, de las doctrinas mismas, depuradas por el progreso de sus errores e imperfecciones. Cada siglo por tanto tiene su ESPÍRITU DE VERDAD superior al del siglo que le precedió, mas no diferente; como mayor es de año en año el hombre, siendo siempre el mismo no obstante.

En lo dicho de "*progreso*" entenderse debe, por lo que a la doctrina se refiere, a la verdad revelada, según la altura del hombre en su adelanto alcanzada. Se refiere propiamente a las manifestaciones del ESPÍRITU DE VERDAD, que en definitiva de Dios viene, mediante sus Mesías, aunque ignorados muchas veces. Así, pues, muchas son las doctrinas verdaderas, mas ellas deben ser pasadas por el tamiz del ESPÍRITU DE VERDAD, que en cada época, bajo diversas formas, manifiéstase a los hombres por mandato divino. Profetas, Mesías, Ángeles, Santos, cuando verdaderos son, de Dios vienen e iluminados por el ESPÍRITU DE VERDAD hablan. Mas la verdad, como quiera sea manifestada y por cuanto pura ella sea, desfigurada resulta siempre en medio del ambiente humano, muy pronto apareciendo diversidades y hasta contradicciones en las diferentes partes, siendo no obstante una la verdad revelada y tenéis así y así, tendréis por mucho tiempo aún, lo que figurar podríase con la confusión de lenguas en la *Torre de Babel*: -La obra que la humanidad ha de llevar adelante es una... la obra de su progreso, esto es: "*la obra de la Torre de Babel*"; mas, en lugar de la armonía de los obreros, manifiéstase la conocida confusión y hácese forzoso el abandonar la obra; empero Dios, obrando como tal y no como la Biblia falsamente os transmite, mándales un Mesías que los ponga en inteligencia, los unos para con los otros; a todos con el fin de que lleven a cabo *su Torre*, la obra del humano progreso, en la verdad y en el bien.(1)

(1) El hombre se hace no obstante el desentendido, dando la espalda al único camino que el Mesías le señaló como conducente a su salvación, cuando le dijo: Sólo por el amor será salvado el hombre. Se afirma mientras tanto, que los cataclismos sociales son indispensables para el progreso humano, cuando en cambio, somos nosotros mismos los que hemos preparado sus causas, buscando cada uno de enseñar y de aprovecharse de los demás. Altos y bajos, ricos y pobres todos proceden con falsía y cada cual en el puesto en que se encuentra, busca de explotar a los demás en provecho propio. Si los patronos son tiranos con los obreros, éstos, los que llegan a imponerse sobre sus compañeros, son peores tiranos aún con sus iguales, que los peores patronos. En nuestras democracias muy fácil sería formar buenos gobiernos, que llegarían a las más ventajosas reformas sociales, pero el pueblo, lejos de buscar a los hombres virtuosos para elegirlos, se ríe de ellos, señalándoles con el dedo como tontos, porque los hombres virtuosos aman a la justicia y no se podría obtener de ellos dádivas inmerecidas, prebendas injustas, encubrimientos vergonzosos. Las palabras verdad y justicia sirven muy bien para encabezar la revuelta sanguinaria, a base de odio y venganza, pero no para practicarlas. No se trata de pobres o de ricos; la maldad y la mentira están en todas partes, somos pues, todos nosotros los que construimos las causas de los futuros cataclismos. Si lanzamos una piedra a lo alto y permanecemos debajo, es *fatal el que ella nos rompa la cabeza*, y así también *son fatales* los cataclismos sociales, cuyas causas hemos preparado nosotros mismos. Así también, con una mala legislación los hombres buenos sabrían vivir en paz y felices, mientras que con la más perfecta legislación, los hombres malos vivirán en perpetua gresca. Lo que primero habría que reformar no son las leyes, sino los hombres, pero esto es precisamente lo que no se quiere. Con todo, el hombre mejora paulatinamente y cuando las huestes del mal encienden la hoguera de los odios y de las pasiones sanguinarias, arrasándolo todo con el hierro y con el fuego, no faltan Espíritus del bien que hagan resurgir, del medio mismo de la horrible hecatombe, los resplandores de la verdad y del dulce aroma de la paz y del amor. — O. R.

## CAPITULO XII

### Constitución de los Seres inteligentes de la creación y su porvenir

COMO dicho fué la personalidad inteligente de la Creación doble es en su constitución, del alma siendo formada y de su envoltura, de cuya reunión resulta así el ESPÍRITU. Palabra es vuestra la de *astral*, y bien podríais llamarle *astral* a la envoltura del alma. Tendríase por tanto a! alma con su astral, formando el Espíritu. El alma después, por medio de su mismo astral, lígase con un cuerpo material, especialmente elaborado para ella. Así el trabajo de la vida en la materia, al dar forma a un organismo, mediante las leyes que vais estudiando, pone al servicio del Espíritu un instrumento material, bueno para su obra en medio de la materia, mas al cual él mismo debe ir dando perfección, mientras por otro lado adquiere el crecimiento que por ley orgánica le corresponde. De tal modo es el trabajo del Espíritu, que alcanza a moldear el cuerpo sobre sí mismo, de suerte que íntimamente unidos resultan, como la mano y el guante, si no que el guante no crece y el cuerpo sí crece y recibe el esfuerzo del Espíritu, que le imprime, poco a poco, todas las aptitudes necesarias para todas las manifestaciones de que es capaz. Así, por tanto, el ESPÍRITU - ya sabéis de alma y astral formado - vese estrechamente relacionado con la vida de los sentidos, mediante los sentidos que le da el cuerpo, y estos sentidos lo enriquecen con impresiones siempre nuevas, que forman el caudal para su progreso en el porvenir. Las particularidades, con todo, que estos hechos comportan y las leyes de que dependen no es del encargo de Jesús el comunicáros las. Sólo correspóndele por tanto la verdad de los hechos, como acaba de ser dicho y en pocas palabras también a continuación repetido.

**ALMA:** principio inteligente no individualizado, en el sentido humano.

**ASTRAL:** NO existe separadamente, si tan sólo existe como envoltura del *alma*, a la que individualiza, en el sentido humano.

**ESPÍRITU:** Personalidad inteligente de la Creación, compuesta del *alma* y de su *astral*.

**HOMBRE:** Es la unión del Espíritu con una envoltura material organizada, lo cual lo mismo es que decir, que el hombre resulta de la unión del alma con el *cuerpo*, mediante el anillo del *astral*.

Lo dicho cierto es de toda certeza, fuera de toda religión o doctrina humana. Así, por tanto, como la verdad es, ya antes fuéle revelado al hombre y el mismo Jesús hízolo también, pero los hombres eran incapaces todavía de comprenderlo, y resultaron confusiones en las ideas, por entender las cosas de modo diferente los unos de los otros, hasta moverse guerra entre si las gentes por la fe revelada, que había sido no obstante la misma para todos.

Así también se dijo de los nacimientos, que muchas veces habían de acontecer para cada Espíritu, hasta llegar en todas las cosas, que el Espíritu puede llevar, a la cúspide de lo mejor, “porque como escrito está, *cuando resucitarán de los muertos son como los ángeles que están en los Cielos*”. Mas antes, como también se ha escrito, “os es necesario nacer de

nuevo, renacer y volver a nacer". "Lo que es nacido de carne, carne es; y lo que es nacido de Espíritu, Espíritu es", más "no puede ver el Reino de Dios, sino aquel que renaciere de nuevo". No os maraville por tanto por lo que ya antes os dije: "Os es necesario nacer otra vez".

Mas no hagáis de palabra cuestiones que transformen el fondo de las cosas. Habéis así con las palabras escritas sobre lo dicho por Jesús muchos de vosotros alterado lo mismo que Jesús dijo, tanto que hasta lo opuesto lo uno de lo otro resultare. La vida es una, se ha dicho, más de la vida del alma entendiéndose hablar, a la cual sirven las vidas carnales como *noches del alma*, por cuanto las facultades del alma todas embotadas se encuentran, porque todo percibe, no ya con sus propias facultades, si no mediante el cuerpo. Así también, si dais al alma otro significado, como algunos le dan de la propia manifestación de la vida de la materia, esto es, de las simples manifestaciones de la materia organizada, recordad que ése no es el significado que aquí le doy; y si también a la palabra Espíritu le confiáis diferente manera de expresar, como la de los que quieren ver en ella tan solo el valor de una fuerza, un principio generador, tened también presente que no es así ahora lo que entiendo de hablar, si no como dije; no es pues en las palabras, si no en el significado que les doy en lo que débase la atención. Si en otras ocasiones otro significado yo mismo les diera, es en el significado y no en ellas mismas en lo que debéis el pensamiento vuestro detener, por cuanto yo de vuestro lenguaje sólo tengo lo que proporcióname el cerebro humano que me sirve. **El pensamiento, la idea, la enseñanza, la verdad, eso sí de Jesús es y de Dios viene.**

Tenéis, pues, que la vida es del alma y las existencias carnales los medios de su realización, mediante el trabajo, que lleva a la verdad y al bien.

Tomad por las tinieblas lo que no es: Así se dijo, que "*en el principio eran las tinieblas y el caos*". Las tinieblas por tanto son la negación, lo que no es; y a medida del adelanto en la existencia, más lejos se encuentran los Seres de las tinieblas, esto es, en medio de mayor luz, pero es que también mayormente han sufrido, han trabajado, han practicado el bien y lecciones mayores también han recogido de su experiencia. Huíd, pues, hermanos míos de las tinieblas del alma, que son las únicas verdaderas, y no olvidéis que es la bondad lo que mayor luz da al alma.

La criatura humana, hecha ciertamente, como fué dicho, a semejanza de Dios, lo es justamente por su Esencia Divina, por su alma inmortal, no por la pasajera y torpe forma material, que tan solo como prueba le es dada y como instrumento de su adelantamiento en las vías del Señor, que son las que, por la luz, hacia la eterna luz llevan a los Hijos de Dios, por Él creados para comprenderle y para amarle, en medio de la felicidad completa, que habéis con seguridad de alcanzar, poniendo tan solo en práctica y de verdadero corazón lo que ya os dije: "**Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a tí mismo**"; mas os aseguro también que cuando habréis llegado a comprender y a sentir en toda su pureza y en toda su grandeza esa máxima, tanto que ella sea esencia de vuestra propia esencia, como Jesús seréis vosotros también y a la altura del Hijo de Dios, Hijos de Dios asimismo seréis. Esto será cuando Espíritus viejos ya sobre la Tierra, todo el adelanto en ella posible vuestro será, y tampoco Volveréis ya a ella con las cadenas de la carne, sino que, como Espíritus libres, dominaréis por encima de ella, en medio del etéreo ambiente de luz y de dicha que desde muy lejos le rodea.

Podéis por tanto enormemente acortar el camino y el tiempo para vuestro triunfo definitivo sobre la materia, marchando derechamente hacia el exacto cumplimiento de esa máxima que todo lo encierra y que es la religión única que, traída del Cielo, he querido y firmemente quiero implantar en vuestra morada, para la salvación vuestra, que en ella únicamente la habéis de encontrar.

## CAPITULO XIII

Debiéndose servir tan solo de las palabras que encuentra en el cerebro del médium, debe concretarse en sus manifestaciones a las verdades esenciales, para no exponerse a diversidad de interpretaciones cuando la que él viene a traer es la manifestación de la doctrina, dentro del amor, que es la síntesis de la obra de Dios.

YA os dije, hermanos míos, que las palabras valen tan sólo por las ideas que quieren significar, y que Jesús únicamente dispone de las palabras guardadas en el cerebro humano, que se le presta para instrumento(1) de su nueva manifestación entre los hombres. Vuelvo en esto porque los hombres muchas veces en simples palabras hacen fundamento de discordias.

(1)Según infinidad de comunicaciones de *ultra-tumba* recibidas, todas en perfecto acuerdo entre sí, los Espíritus, valiéndose del mismo agente o fluido que les da forma en el espacio ( el cuerpo astral, de San Pablo) se poseionan del cerebro del hombre que les sirve como instrumento para sus manifestaciones en la tierra. Confunden pues sus propios fluidos con los fluidos del sujeto, quedando así de hecho en posesión del cerebro de éste. El sujeto pierde la voluntad y la conciencia mientras dura el fenómeno, por cuanto su cerebro se ha convertido en laboratorio de la voluntad e ideas del Espíritu, siendo el papel del cerebro humano el de dar forma material a las ideas, es decir, de conformarlas de acuerdo con ese mecanismo *ideo orgánico* que materializa las ideas en un conjunto de sonidos, capaces de ser percibidos materialmente por el oído humano, para impresionar otros cerebros, despertando en ellos ideas correspondientes, que los Espíritus recogen. - *Nota del Comité.*

Lo que se ha dicho la verdad es de lo que en los Espíritus mismos se ve, pero resulta también lógico para vuestro entendimiento, por cuanto ¿cómo se ha de individualizar el principio inteligente sin algo que lo individualice, separándolo de los demás? Si ese algo sepáralo de todo lo que lo rodea, es, pues, que lo envuelve, y si lo envuelve, es para él como el cuerpo para vosotros.

Esto también dicho está fuera de toda religión y doctrina, por cuanto la religión únicamente del Padre viene y no falla, uno solo siendo el rebaño y uno solo el pastor; pero esto es en cuanto a lo que ha de observarse y en cuanto a lo que hacia el Padre le es debido en acatamiento y adoración. Conviene no bastante conocer algo también del modo de existencia de los Espíritus en el espacio para la misma inteligencia de lo que a la religión se refiere, evitando empero todo lo que, como doctrina, pueda dividir a los hombres, cuando la misión de Jesús, de antes y de ahora y de siempre, es la de reunidos en el amor, reunirlos en la adoración de un solo Dios y en el cumplimiento de sus santísimas leyes. Resulta así, que todos habéis de ser una con Jesús, en el reconocimiento de un solo Dios, Creador del Universo y Padre de todas las criaturas que lo pueblan; uno con Jesús en el amor esencial y mayor hacia Él y uno con Jesús en el amor entre todos los Seres; en lo cual ha de cifrarse el fin de las cosas, por cuanto la finalidad es el amor. La creación misma, otra cosa no es más que el reflejo del infinito amor divino, esto es: la manifestación permanente de Él. Los defectos que os parece descubrir en la Naturaleza, defectos son de vuestra imperfecta observación; los errores que a cada paso descubris solamente la limitación de vuestros alcances como tales os los representa y es la obscuridad misma de vuestro atraso lo que os hace descubrir puntos oscuros en la constitución del Universo, tanto moralmente como materialmente. Nada puede haber mejor que lo que existe, salido de las manos de Dios; tan solo en las limitaciones, únicamente en lo finito, hijo de los Seres también finitos, es en lo que lo imperfecto existe. El desconocimiento de Dios es, entre los hombres llegados a cierta

altura, la causa principal de su atraso, por cuanto, siendo Dios la primera y la mayor de las (Verdades, tan solo su negación representa cerrar los ojos a la luz para arrojarse en medio de las tinieblas. Creedlo, hermanos míos, que hasta suicidio para el alma, si ello posible fuera, significa el descreimiento voluntario, como siempre es. Creedlo, hermanos míos, porque Jesús, que lee los corazones como en libro abierto, así os lo asegura, siendo siempre el descreimiento el resultado de un esfuerzo del Espíritu para ocultarse a sí mismo una verdad que se le atraviesa en el camino de sus apetitos y de sus caprichos. ¡Cómo si bastara no ver la luz para que ella dejara de existir! No os engañéis, hijos míos queridos, por cuanto nada hay fuera de la verdad y del bien; fuera de la luz son las tinieblas, el caos, la nada.

Abrid, pues, vuestros corazones a las dulces aspiraciones del alma. Abrid el arca santa de vuestros sentimientos a las tiernas influencias de los Espíritus del bien. Abrid los ojos de la inteligencia, para que penetren por ellos raudales de luz de verdad. Abrid los resortes de vuestra fe, para que tomen fuerzas de la que de lo alto desciende hacia los hombres de buena voluntad. Abrid el campo noble de vuestras naturales inclinaciones hacia el progreso, para que con mano pródiga le abone la bondad divina. Abrid de par en par las puertas de vuestras almas, para que lleguen hasta ellas todos los beneficios para ellas creados y que solo aguardan se les franquee el paso. Abridle a Jesús, hermanos míos, abridle vuestros brazos fraternales, para que entre ellos se precipite, henchido todo su Ser de nobles aspiraciones, para vosotros, de grandes deseos, para vosotros, dispuesto aún a una nueva muerte, si ello fuera necesario, para vosotros, consagrado en fin por entero al amor vuestro, tan sólo vuestro amor y vuestra confianza os pide. Venid, pues, hacia mí, para que hacia el Padre os encamine; desechad todo temor y desconfianza poniendo en Dios vuestras aspiraciones y en su Enviado vuestra confianza. Nada temáis jamás del amor, porque él la esencia es de Dios mismo y hacia Él lleva; mas sea vuestro amor tal como el amor ha de ser, sincero y puro, sin doblez, sin reticencias, sin cálculo, tal, en fin, como el que yo os profeso, en el mismo momento en que dudáis de mí y me abandonáis, porque no os seduce la sencillez de mis manifestaciones y porque os place, o ser vosotros mismos el conducto obligado de la verdad, o recibirla entre el ruido y el fausto de las vanidades humanas, jamás de entre la humildad y el silencio de los que se escudan detrás de la soledad para que brille en toda su pureza la palabra de quien os habla en nombre de Dios, con la autoridad misma que de Él viene, no ya con las apariencias de autoridad que vuestras cosas tienen por el mentido brillo de las simulaciones y de los aparatosos procedimientos de vuestras letras.

EL LENGUAJE DE JESÚS ES EL LENGUAJE DEL ALMA, porque de su alma nace y hacia las almas vuestras va dirigido. Ellas deben por tanto abrirse ante sus tiernos llamados, si es que en verdad sienten, y escuchan su voz, que con tanta instancia y con tanto amor os llama hacia el sendero de la luz y de la vida.

Levantaos, pues, amigos míos, hasta las alturas del sentimiento con que busco iluminar vuestros Espíritus y honradme con vuestra franqueza y confianza, para que podáis establecer estrecha alianza con quien desde los siglos destinado os ha sido para vuestro guía y para vuestro Mesías.

-¡Ojalá os fuera dado descubrir los destellos con que las almas vuestras brillan en el espacio de la luz del alma, cuando los nobles sentimientos la embargan! No basta aún la obscuridad de la materia que la rodea para ocultar su radiante belleza, por más que

encarcelada todavía se encuentra en el mundo de los sentidos; -¡Escuchadme, pues, una vez más os lo suplico, escuchadme con Espíritu sereno y con el alma libre de prevenciones!

-! No blasfeméis de Dios al suponerlo en complicidad con algún Espíritu mistificador para induciros en el error! ¡No cometáis tampoco el grave desacierto de creer que los Espíritus del Señor puedan engañaros con un nombre usurpado, por más que ello fuera con un propósito de bien! - ¡Jamás la falsía pudo servir de pedestal para levantar sobre él monumento de verdad y de bien!

Sed humildes de corazón y abrid vuestros Espíritus a las inspiraciones que desde lo alto vienen hacia los hombres de buena voluntad y de sentimientos sanos, y me reconoceréis, pues yo no he dejado de ser lo que era y lo que ahora os digo ya antes también os lo dije. Orad, orad con perseverancia y con fe y leed después lo que aquí está escrito en mi nombre para que no os suceda que me desechéis, abriendo en cambio las puertas de vuestro Ser a la perfidia del Espíritu del mal, que sin descanso os acecha. Elevad por tanto vuestros pensamientos al Altísimo, con adoración, con reconocimiento y devotamente, para recibir la bendición que con toda su alma y en nombre de Dios os da Jesús.



## CAPÍTULO XIV

**Como fueron los primeros pasos del cristianismo, antes de la muerte de su fundador y en seguida de ella. Los mártires, el Espíritu de Verdad y de cómo Jesús se comunica nuevamente con los hombres.**

Y os dije y os he repetido Muchas veces, que mi misión no está terminada y nunca tampoco fué interrumpida, pues sin cesar, mientras viví en medio de vosotros, de ella me ocupé con el ardor de que tan solo Jesús era capaz, y cuando Me vi en el espacio, libre de las cadenas de la carne y dueño de todas mis facultades, con más claridad aun pude medir la grandeza de mi obra y a ella seguí consagrado con todo el poder de mi alma ardiente.

Muchos corazones me acogieron desde un principio, pues mi muerte abrió los ojos de muchos, siendo esto el resultado de lo que me había propuesto al aceptar la muerte, que bien pude esquivar, como ya lo dije por otro conducto,(1) para dar fe de la verdad de mi apostolado.

**(1) Se refiere sin duda a la "Vida de Jesús", dictada por él mismo, cuya traducción distribuyó gratuitamente la "Revista Magnetológica" y forma el primer tomo de esta obra.**

Muchos de este modo hablaban, de entre la gente sincera y de buenos sentimientos: "Un hombre de quien no se recuerda haya hecho jamás daño a nadie y que tan solo de enseñar el bien y de practicarlo se invertía, perdonando a los mismos que le dieron muerte horrible y aún pidiendo a su Dios por ellos, no puede ser sino otro Dios, porque hombre ninguno de la Tierra capaz es de tanta grandeza".

-¡No pocos cerebros a la altura de esos pensamientos, y no pocos corazones, levantados con sentimientos nobles, iguales a esos pensamientos, iluminaron con ello, desde los primeros momentos de mi partida, el vasto campo del porvenir que le aguardaba a la religión del amor; con que el Mesías viniera a la Tierra para la redención humana. Bien con derecho debió ella llamarse **RELIGIÓN UNIVERSAL**, y así se le llama, (2) porque nada hay de universal como el amor, representando él en síntesis la obra toda del Universo entero, puesto que la manifestación es del Infinito Amor.

**(2) Se refiere sin duda a la palabra *católica*, que quiere decir *universal*.**

Muy pronto, por efecto mismo de mi muerte, rodeada de los mayores prestigios vióse mi memoria de parte de los humildes y de los pobres, de todos los que principalmente vivían bajo el despotismo y de la insolencia de los ricos y poderosos, que manejábanlo todo bajo el imperio de sus conveniencias y caprichos. Si antes, pues, llegaron mis doctrinas a formar la religión de todos los pobres, de todos los humildes y de todos los desheredados, que la conocieron, el prestigio de mi martirio y de mi muerte dióle después ascendiente sin límites entre la humanidad doliente toda, la cual toda vuestra mísera humanidad es al fin. Llegóse por tanto a considerar al Mesías como la víctima más inocente y de mayores afectos, por el cruel sacrificio hecho de él en aras del ciego fanatismo y del mas brutal egoísmo de los sacerdotes, que querían seguir gozando de su imperio sobre las ignorantes masas populares. Se le consagró así por las multitudes como la representación misma del amor, el escudo de los débiles, el protector de los perseguidos, el defensor de la inocencia, el sostén en los desfallecimientos, el consuelo para los que sufren y la esperanza para los

caídos en el error del pecado. Una intensa corriente de simpatía fué estableciéndose paulatinamente hacia los que le habían acompañado en sus trabajos, habían escuchado su palabra, enseñándola también bajo la misma dirección del Maestro.

Al poco tiempo, pues, de la muerte de Jesús, el natural desconcierto que se apoderó de la pequeña Iglesia, el dolor y el terror de sus miembros ante el horrible, aunque previsto desenlace de la obra, llevada a cabo con tanto sentimiento y con tanto afecto bacía los hombres, se convirtieron en un fuego intenso de Apostólica unción, que llegó a vivificar todos los resortes de la pequeña Comunidad, convirtiendo a cada uno de sus miembros en un gigante de la idea, en un héroe para su apostolado y en un mártir capaz de los mayores sufrimientos por la Religión de Cristo, por la verdad de Crista y por el amor de Cristo.

Si no fué repentino el cambio ante los ojos profanos, casi puede decirse que lo fué en medio de la Comunidad. La obra exterior debía necesariamente depender de diversas circunstancias, que exigían preparativos difíciles de afrontar para los que repentinamente habían quedado sin cabeza visible. Lo he dicho: *cabeza visible*, lo que implica la existencia conocida de una cabeza invisible. He ahí justamente la causa del cambio radical, que poco a poco dióse a conocer fuera del círculo de los Apóstoles, poniéndose de manifiesto después en toda la Judea, y extendiéndose también por el Occidente. Es que las manifestaciones del Mesías, tan luego se lo consintieron las condiciones de su reciente regreso a la vida de los Espíritus, fueron de tal evidencia, tan continuadas y tan llenas de fe, entusiasmo y energía, que sus discípulos viéronse muy pronto lanzados hacia una intensa actividad Apostólica, llenos ellos también de fe en la palabra de quien les diera pruebas tan evidentes del conocimiento de las cosas que habría puesto entre sus manos, y de todo lo que con ella se relacionara, en el presente, en el pasado y en el porvenir; porque, realmente, habíales anunciado todo lo que había de acontecer, y también las cosas que con anterioridad habían preparado el advenimiento de lo que sucedió mientras Jesús llevó vida entre los hombres y lo que había de acontecer después de su muerte. Todo ello nada tenía de milagroso, si no que otra cosa no era más que fruto del conocimiento que Jesús tenía de los hombres y de su historia, auxiliado también por la clarividencia propia de todo Espíritu de mis condiciones.

Lo que mayormente fué de notar era el mayor calor con que las nuevas doctrinas se propagaban entre los gentiles que entre los hebreos. Entre estas resistencias encontró más bien el espíritu de las enseñanzas del Mesías, que llevaban un sello de liberalidad e indulgencia poco adaptable al apego que de la ley hacían los verdaderos hijos del pueblo de Jehová. De la nueva doctrina, tan solo con grandes dificultades aceptaban uno que otro precepto que no guardaran armonía con la Biblia, encerrándose en esto que dicho fuera por Jesús: **Yo no vengo a destruir la ley, sino a confirmarla.** Palabras por la necesidad del momento dictadas, más ciertamente que por la intención del Mesías.

Así, pues, entre los pueblos de los gentiles, en medio de las clases inferiores principalmente, la nueva revelación tuvo grande acogida, conquistó adeptos entusiastas y defensores valerosos, que vencían todos los obstáculos para el mayor conocimiento de lo que entre ellos llamábase **la buena nueva.**

De este modo muy pronto de las clases inferiores la palabra del Hijo de Dios, muerto sobre la cruz para la salvación del hombre, encontró eco abundante y decidido en

las esferas más elevadas de esos pueblos paganos y su espíritu de amor, de humildad y de mansedumbre, fué infiltrándose en medio de esas sociedades cansadas ya de su propia corrupción, de sus divisiones permanentes, de sus egoísmos sin límites, de sus odios implacables y del caos cada vez más amenazador y profundo hacia el cual veíanse arrastradas. Fué entonces que el *espíritu viejo* asustado por el avance de las nuevas ideas se levantó en defensa de los intereses que representaba y que, hijos de la usurpación y de las violencias, apoyados en la opresión y sostenidos por la injusticia, veíanse peligrar ante el avance de la ola del espíritu nuevo, que desde abajo venía subiendo y ensanchándose, a pesar de la resistencia permanente que le oponía el propio instinto de conservación social. Empezó así una lucha constante y sin tregua, aunque sin violencias, en contra de los *nazarenos*. Eran objeto de burlas continuas, no se pagaban los servicios de sus ocupaciones, casi siempre humildes, y se les negaba justicia ante las autoridades, porque todos creían lícito testimoniar en contra de ellos; después se les empezó a poner presos a los predicadores, que en las plazas y en los caminos siempre atraían la atención de las gentes, que a veces los rodeaban en gran número, *distrayéndolas de sus tareas nórmales*, se decía, con doctrinas opuestas a la tradición y a las buenas enseñanzas. Otras veces armábanles discusiones y hacíase intervenir a la autoridad, que empezó también a golpear a algunos predicadores, *por causas de desorden*, se decía; hasta que, finalmente, concluyó por producirse el choque entre el *espíritu viejo* y el **espíritu nuevo**. Fue el choque de la fuerza con la resistencia pasiva. Venció la resistencia pasiva; mas en verdad os digo que la persona de Jesús se mantuvo ajena a ese sacrificio injustificado de tantas vidas, víctimas, no de mis enseñanzas, sino de su propio fanatismo. La natural simpatía colocábame al lado de los débiles y de los perseguidos y era intensísimo mi dolor al contemplar el martirio de los que morían por el nombre de Jesús. No, hermanos míos, ésa no es la virtud, no son ésas las enseñanzas del Mesías. Sed fuertes en la verdad, sí, y más fuertes aún en las buenas obras; preferid la muerte antes que manchar vuestras conciencias con malas acciones; pero, perder el precioso don de la vida, que os ha sido dada para vuestro propio progreso, tan solo por un empecinamiento de palabras, es un gravísimo error, que hace de las víctimas nuevas víctimas en el espacio, por el reconocimiento del error cometido. Podéis imaginaros cuan triste espectáculo resultaba para mí la prolongación en este lado de las sangrientas escenas, que llenaban de víctimas los anfiteatros. Esos pobres Seres, en medio de una permanente y dolorosa tensión de Espíritu, llenaban el ambiente de cuadros tristísimos, en que no les era posible a sus protectores llevarles un consuelo y una ayuda eficaz, por cuanto tomaban sus palabras por insinuaciones del *Espíritu del mal*, tal era el fanatismo que los dominaba. Toda idea que procuraba llevárseles, a objeto de darles luz respecto de su situación, era rechazada como tentación infernal. Inútil era, pues, todo esfuerzo y tan solo el tiempo, y en algunos únicamente la vuelta a la vida, en nuevo cuerpo material, consiguió borrar por completo tan pernicioso obsesión.

Preveo la duda en algunos de los que esto lean, pues muchos creen, en su sencillez, que debían necesariamente aguardarles la felicidad a los que alcanzan la corona del martirio. ¿Creéis por ventura que las leyes divinas pueden sufrir quebranto por la temeridad de los que, en la certidumbre de alcanzar la felicidad eterna mediante el momentáneo sufrimiento de la muerte material, entregan su cabeza al verdugo, o su cuerpo al tormento o a las fieras? ¿Creéis acaso que la Eterna Justicia ha de inclinarse ante la seducción de los que se dicen sus campeones por la defensa que proclaman hacer de Dios y de su culto? - ¡Oh! - ¡No! - No confundáis los atributos de Dios con las debilidades de vuestro carácter. -

No pretendáis llevar en lo infinito lo que sólo es hijo del reducido papel que desempeñáis en la limitadísima vida terrestre. - No, no; Dios no se inclina ante ninguna clase de halagos, no tiene parciales ni hace excepciones. Sus leyes son eternas e inmutables, y es tal su estricta justicia, que cada obra, cada esfuerzo, toda intención tiene como consecuencia lo que ha de ser su propio premio o su propio castigo.

Grande y meritorio hubiera sido el sacrificio de los mártires si ese sacrificio hubiera sido previamente meditado y medido con un objetivo benéfico, si él hubiera sido - ¿por qué no decirlo? - como el sacrificio de Jesús, que aceptó la muerte, no con la perspectiva de un bien mayor para él mismo, en lo cual ni siquiera soñaba, si con la perfecta seguridad y plena conciencia de que únicamente en ella reposaba el triunfo de su doctrina, la cual era a su vez necesaria para la salvación del hombre. He ahí, pues, como las cosas deben ser miradas y consideradas. Todo ha de llevar siempre el propósito de la verdad y del bien, jamás las miras egoístas de la propia persona.

Ahora, en su nueva manifestación del Mesías entre los hombres, hánse hecho indispensables y urgentes las aclaraciones que respecto de sus enseñanzas, tan desfiguradas y tan mal comprendidas, viene a traerles a los sinceramente deseosos de la verdad y a los que ciertamente humildes son de corazón, el cual han convertido en el santuario de la fe. **La fe que de Dios viene es fe que hacia Dios va.** La fe que de los hombres viene, entre los hombres queda. No es la religión que se profesa la que forma el sentimiento del hombre, sino que el propio adelanto de éste determina la calidad de su fe y la elevación de sus sentimientos. Por eso hay hombres buenos en todas las religiones y en todas hay conciencias claras y corazones sinceros. Estos son los que de hecho quedan consagrados como representantes de mis enseñanzas sobre la Tierra, según lo que se dijo: **por el fruto conoceréis el árbol.**

Todo Ser alcanza de la verdad lo que su propio adelanto comporta, y siempre hay a su alcance muchas más verdades que las que él puede llevar. Por tanto únicamente el criminal deseo de predominio protervo y egoísta ha podido levantar a unas categorías de hombres sobre las otras, imponiéndoles lo que han de creer y lo que han de cumplir, cuando Dios mismo háse encargado, desde toda la eternidad, llevar por senderos de luminosidades crecientes hacia la Eterna Luz a las humanidades por El creadas y por todo lo infinito esparcidas. En nombre de El, pues, es que hacia vosotros vuelve el Hijo de Dios para deciros: Elevaos en vuestras alianzas para con Jesús hasta Dios mismo, por el sendero que os tiene señalado y del cual en vuestras mismas conciencias guardáis la brújula que derechamente os había de llevar con solo consultarla. Elevaos mediante la fe y el amor por encima de las cosas humanas, las que debéis considerar únicamente como medios de vuestro adelantamiento. Jamás enseñó Jesús el desprecio por el cuerpo, si no el desprecio por las imposiciones que de la naturaleza carnal resultan para el Espíritu. El cuerpo medio es para la rehabilitación y para el adelantamiento del Espíritu; débesele por tanto cuidar para sacar de él las mayores ventajas posibles para la personalidad del alma, que es lo esencial, lo único que es realmente, puesto que todo lo demás son formas pasajeras, sostenidas, cuando de cuerpos vivos se trata, por la misma función de la vida, pero destinadas a disgregarse tan luego ésta desaparezca.

Ciertamente fué dicho: *"Si tu ojo derecho te sirve de escándalo, sácale y échale de ti; porque te conviene perder uno de tus miembros antes que todo tu cuerpo sea arrojado al fuego del Infierno". "Y si tu mano derecha te sirve de escándalo, córtala y échala de ti.."* Mas estas cosas y otras fueron dichas y comprendidas como una forma de energía en la afirmación, no realmente como consejo de que se hiciera, para lo cual no hubiera habido razón, por cuando ni el ojo, ni la mano, sino la persona era la culpable del hecho. El modo de hablar de esos tiempos comportaba con mucha naturalidad esas dicciones y es grave error el de los que ponen su pensamiento en la letra antes que en el espíritu de mis enseñanzas, aparte de que muy pobre hubiera sido mi predicación y mis enseñanzas si todas ellas encerráranse en lo que llamáis EVANGELIOS. No poco de lo dicho ahí dicho no fué por el Mesías y muchísimo más por él enseñado falta completamente en tales escritos, los que, por otra parte, tan solo se refieren a un corto tiempo de mis tareas en la Viña del Señor, mientras ellas mucho más larga duración tuvieron, mayor extensión alcanzaron y más grande repercusión en los lejanos pueblos de los gentiles.

Las comunicaciones que hacíanse entonces entre los pueblos no eran tan escasas como suponéis, manteniéndose asiduas relaciones de comercio y políticas entre Roma y Jerusalén. Error hay por tanto al suponer que mis enseñanzas recién llegaron a conocimiento de los romanos después de mi muerte. Entre la gente la más pobre y humilde ya algunos habían llevado la palabra del que se decía ENVIADO DE DIOS y en cuyo nombre prometía a los desheredados de la Tierra la grandiosa heredad del Reino de los Cielos, aseguraba justicia a los oprimidos, protección celeste a las víctimas de las injusticias humanas y eterno galardón de dicha sin fin a los que sufrieran persecución por la defensa de la verdad y de la justicia, convirtiéndose en **los Apóstoles de la buena nueva**. Mas ello muy poca repercusión tuvo ciertamente aún entre la gente del bajo pueblo romano, demasiado áspero de carácter y duro de costumbres para poder formar ambiente favorable a las doctrinas del amor y del perdón sin límites. Pero no obstante, entre la servidumbre y los esclavos principalmente, algún camino hicieron ya antes de mi crucifixión esas enseñanzas.

Ahora lo que difícil os será de comprender es el modo de esta nueva venida del Mesías entre vosotros. Ella no es más que el cumplimiento de mi promesa que fué hecha ciertamente a los hombres, mas no en los términos enteramente exagerados, y muy lejos de lo cierto, en que aparece en los Evangelios. Eso mucho después escrito fué de mi muerte, por un *diácono*, de los que muchos, había ya, que tuvo delante de sí anotaciones trucas y confusas, de las que solo resultaba en limpio la promesa de mi venida en medio del brillo y entusiasta alboroto del triunfo, sobre hermosas nubes de diáfanas luminosidades, que limitarían para siempre el reinado de las tinieblas, preparando su completa desaparición de la Tierra, así como el dominio definitivo de la palabra de Dios y de su ley en medio de la humanidad terrestre, que sería llamada, por señales evidentes de los nuevos tiempos, a participar de lleno de la vida celeste.

Más o menos ésas habían sido las palabras alrededor de las cuales, en *más* de una ocasión habían girado mis disertaciones, algo confusas generalmente, referentes a la promesa que hiciera de mi nueva venida entre los hombres, la que habría de ser en condiciones muy diferentes de las de esos momentos. En verdad ofrecíase me el porvenir con tal claridad ante mis ojos que no lo percibe más claramente un Espíritu puro, libre en el espacio, pero ofrecíase me con el mismo error en la apreciación del tiempo (error con

relación a nuestros cálculos) que es propio de los Espíritus en sus relaciones para con las cosas temporales. Para nosotros el tiempo no tiene medida y sólo vemos la ordenada sucesión de los hechos. Todo ello se ve ligado en un perfecto eslabonamiento, pero sin idea de tiempo. Por tanto los acontecimientos futuros eran muy próximos para mí vista. Por eso decíales a menudo a mis discípulos: "En verdad, en verdad os digo, que todas estas cosas sucederán dentro de esta generación y muchos de vosotros las veréis". Pero mis anuncios no son tales como aparecen y si bien mi lenguaje era en extremo idealista y poético, lleno de figuras atrevidas, de comparaciones hiperbólicas y de brillantes afirmaciones, caldeadas por un intenso entusiasmo, una sola vez salió de mis labios la afirmación *de que ya descendería sobre una nube a la derecha del Padre*. Por lo demás a lo que yo claramente quería referirme es al actual estado de cosas, en que una brillante nube de luminosas promesas en el sentido de un porvenir próximo en que el triunfo del derecho, el predominio de la verdad y la desaparición de los odios y de los rencores sean una realidad, que preparen el dominio definitivo de la ley de amor, es decir de Dios, sobre la Tierra. Los tiempos actuales, que representan la luz, ante las tinieblas que entonces me rodeaban; la mansedumbre, ante las asperezas mucho mayores de aquellos hombres; la verdad, ante el atraso, inconcebible ahora, de los que me escuchaban; la libertad, frente a la esclavitud de esos pueblos bajo los crueles caprichos de los que mandaban, y la igualdad, frente a las irritantes injusticias con que las leyes protegían a los unos en perjuicio de los otros. Tiempos son estos, al lado de aquellos en cuyo medio entonces se desenvolvía el Mesías, que autorizan ampliamente las previsiones y la indicada promesa de Jesús, la cual viene cumpliéndose desde algún tiempo, mediante numerosas manifestaciones efectuadas en pocas localidades del Planeta con medios análogos al que me sirve actualmente y del cual estoy plenamente satisfecho.

Es tal la facilidad y exactitud de mi manifestación por este medio, que lo aprovecho para declarar categóricamente que la obra titulada la VIDA DE JESÚS, DICTADA POR ÉL MISMO A LA MEDIUM X es realmente obra de Jesús, exacta cuanto puede serlo una obra medianímica, lo que quiere decir, que si bien debe adolecer de algún defecto, principalmente de forma, por el hecho de haberme tenido que servir de un cerebro ajeno, es en mucha parte tan exacta como si directamente yo mismo la hubiera escrito.

Lo que resulta algo inexacto en esa obra es lo referente a los milagros, que si bien ellos jamás existieron, como tales milagros, y en esto dice la verdad, la fama popular afirmaba muy diferente cosa. **Aconteció realmente más de una vez que enfermos que tocaban mis ropas sanaron de improviso y aún hechos más sombrosos acontecieron también, rodeando al Mesías de una aureola milagrosa, que empujaba hacia él a las multitudes entusiasmadas.** Pero todo ello no fue más que el efecto de la fe intensa y de la confianza sin límites que la palabra de Jesús inculcaba a sus oyentes. Lo que sí el Mesías poseía realmente era una gran penetración, que le daba a conocer con exactitud el pensamiento, y sobre todo, las intenciones de los que le rodeaban, y poseía asimismo algo de lo que designáis como *doble vista*. Esto, unido a las aptitudes adquiridas para el tratamiento de las enfermedades, para lo cual mucho uso se hacía entonces de la *imposición de manos*, contribuyó a dar base a la ridícula y reprobable pretensión de mi discípulo Juan de hacerle prestar al Hijo de Dios el culto que tan solo a Dios le es debido.

Ciertamente las elevadas alianzas, que, con la misma personalidad de Jesús, compartían desde lo alto la grandiosa misión de que él estaba directamente encargado, llegaban a veces a tanto forllo en mis esplendorosas manifestaciones, que parecían hasta formar una sola cosa con la Divinidad; podía pues casi decirse que era la misma mano de Dios la que por sí misma obraba en esos momentos.

¿Más, cómo es posible renovar ahora esa presencia del Maestro entre los hombres sin que haya tomado un cuerpo, mediante nuevo nacimiento en el mundo?

He aquí, pues, que estas cosas acontecen como fueron pronosticadas que habían de acontecer, cuando se dijo que vuestros ancianos profetizarían, vuestros jóvenes tendrían sueños y vuestras hijas visiones; y lo que fué dicho del ESPÍRITU DE VERDAD también con lo mismo guarda relación, porque no tiene ello el significado de una persona sola, sino que son los ESPÍRITUS DEL SEÑOR que vienen por estos medios a restablecer la verdad; esto es, pues, que el conjunto de las enseñanzas que de Dios vienen por intermedio de sus mensajeros celestes, en la nueva forma de revelación, que conocéis,<sup>(1)</sup> constituye el ESPÍRITU DE VERDAD, que todo lo aclara, colocando cada cosa en su lugar. El Espíritu de Verdad está también en el progreso de todos los conocimientos humanos que ha venido a colocar al hombre en condiciones de juicio y discernimiento de mucho superiores a los que el Mesías encontrara en la época de su última encarnación sobre la Tierra, por cuanto las revelaciones siempre tienen lugar de acuerdo con el progreso del pueblo destinado a recibirlas. Tan solo como causa de perturbación entre los hombres habría de resultar toda revelación prematura; pero Dios no quiere sino el bien de sus hijos y en su excelsa sabiduría ha dispuesto que todas las cosas sean de tal manera que todo llegue a su tiempo, es decir, en el mejor tiempo para el bien que de ello debe de resultar. Forman por tanto el ESPÍRITU DE VERDAD las voces que desde el Cielo os llegan, traídas por los Mensajeros del Señor a los hombres de mayor adelanto en estos tiempos, los que resultan así solidarios con el mismo ESPÍRITU DE VERDAD, formando todos uno con él.

**(1)Se refiere al *mediumnismo*, respecto del cual puede adquirirse una idea clara por la lectura de la obra "Elementos de Magnetología", por el Dr. Ovidio Rebaudi — Obra agotada.**

Mi Espíritu, en relativa consonancia con el Espíritu del hombre que me sirve de intérprete, dicta lo que desea comunicar a los hombres, y el otro Espíritu, que ha eliminado de antemano sus propios pensamientos, entregándose pasivamente a los míos, percibe éstos como si fueran los suyos propios y los escribe. A cada momento su conciencia pretende reaccionar, pero como ignora por completo lo que Jesús quiere escribir, solo resultan pequeños entorpecimientos, vencidos fácilmente por el perfecto acuerdo de las dos voluntades.

Hermanos míos, amigos míos, hijos míos, admiremos los designios de la Divina Providencia, que permiten a vuestro Mesías dirigiros y haceros llegar desde tan lejos el recuerdo exacto de épocas, muy próximas para mí, pero muy distanciadas para vosotros, con el propósito benigno de alumbraros las vías del porvenir con las claridades que resultan de la perfecta asociación de lo que antes se os dijo, de lo que después se os dijo también y de lo que también ahora se os vuelve a decir, porque la palabra de Dios es siempre acorde consigo misma; así, pues, que la luz de hoy no reemplaza a la de ayer, sino que la aumenta,

y la luz de mañana no ha de sustituirse a la de hoy y a la de ayer, sino que a ellas se ha de unir, aumentando nuevamente su luminosidad, por cuanto el pasado, el presente y el porvenir todo es uno en las miras del Señor para realizar la felicidad de sus hijos.



## CAPÍTULO XV

**De la Confesión y de Eucaristía. Dios no precisa de intermediarios obligados para con sus hijos. El verdadero sacerdote es el hombre de bien.**

MUY numerosas han sido ya las veces que Jesús se ha comunicado con los hombres en este, su nuevo acercamiento hacia vosotros, pero casi siempre sus enseñanzas han sido desestimadas, por encontrarse a menudo en oposición con lo que se le atribuye como dicho por él, según el testimonio de los Evangelios y, peor aún, de acuerdo con la interpretación caprichosa que de esos mismos escritos hace el clero actual, siendo así obstáculo para que no llegue hasta vosotros su verdadera palabra, como antes lo fué para dificultar su predicación, hasta sacrificarle cruelmente. Poca cosa significa que el clero actual responda a diferente culto que el de la Judea, porque siempre clero es en el fondo, lo que quiere decir que trátase de una asociación de hombres, interesados en la conservación de lo que se les confiara como caudal común; ese caudal es lo que se les diera como *la revelación*, interpretada y enseñada en la forma que pudo ser la más acertada, según los tiempos y los medios de que antes se disponía, pero que los nuevos datos aportados por la investigación y la luz siempre en aumento en el mundo, las coloca en condiciones desfavorables en frente de todas aquellas verdades que el hombre mismo ha descubierto por sus propios medios. Viene entonces el *dogma*, esto es, la obligación de creer, bajo penas severísimas, todo cuanto el clero ha venido enseñando como *la verdad revelada*.

Es el caudal de su propia existencia lo que ellos defienden así, por cuanto la menor concesión que hicieran al progreso de las ideas, reconociendo en parte, aunque mínima, los errores de su Iglesia, bastaría para la pérdida total de su prestigio, pues el pedestal de su infalibilidad habríase estrellado en mil pedazos. Ello quiere decir que muy diferente cosa resultan ser la religión y muy diferente el clero. La verdadera religión sale de Dios, el culto del clero es en el fondo hijo de los intereses del mismo clero y por eso la sola revelación admitida es la que no se opone a esos mismos intereses, intereses a menudo confundidos también con las doctrinas y hasta en doctrina convertidos. Mas no creáis que significa esto el desconocimiento de la sinceridad con que muchos del clero proceden, no, pues demasiadas veces lloro ante las torturas que en sí mismo llevan muchos corazones puros, que entienden como la mayor necesidad su sometimiento al dogma, que no obstante rechaza su conciencia.

La Iglesia Católica, que muy pronto reemplazó a las sencillas enseñanzas de Jesús, *resultado fué de alianzas del espíritu viejo* con el espíritu nuevo y en su culto fué más bien una adaptación del culto idólatra de los griegos y de los romanos principalmente a las ideas llegadas desde la Judea. La obra de los *nazarenos*, que no admitían ninguna representación mundana de las cosas celestes, quedó por tanto casi anulada detrás de las prácticas formulistas de las religiones de los gentiles. Estas alianzas fueron en su tiempo, más que una tregua benéfica en medio de la lucha cruel entre la religión del Estado, que pretendiera imperar por la sangre y el fuego y las doctrinas extranjeras, que le oponían la resistencia pasiva, de la humildad, de la resignación, del perdón y de devolver bien por mal, fueron en su tiempo un sensible progreso en las ideas religiosas de los paganos, que, bajo un nombre nuevo y con alteraciones poco profundas de sus ritos, ganaron todo lo que de las

enseñanzas del Mesías veis en el catolicismo. Ciertamente son estas cosas demasiado complejas para hallar su solución en tan sencillas palabras, mas creedme que ello comporta lo esencial en lo acontecido. Puedo asimismo aseguraros, que los mejores Espíritus de entre los que pueblan vuestra Tierra rodearon la nueva bandera, prestándole todo su decidido apoyo a las doctrinas que cobijaba. Fué por tanto el Cristianismo, que no se llamó así en un principio, un gran progreso para los pueblos de Occidente, porque era un llamado vigoroso en contra de las prácticas y leyes de favor para con los poderosos y de opresión en contra de los desheredados, prácticas que acostumbraban el hombre al egoísmo, a la injusticia y a la prepotencia, rodeándolo al mismo tiempo de ideas y de sentimientos desnudos de toda elevación y solo llenos de ese aprecio de sí mismos que es propio de los necios y de los ciegos a la luz que desde el cielo baja siempre hacia los hombres de buena voluntad, que son humildes, porque vence pobres de todo lo que únicamente por la gracia les es dado. El hombre cuerdo no debe por tanto ignorar de su ningún valimiento y que sólo la humildad ábrele los ojos para ver con certeza el camino que ha de seguir y el trabajo que ha de hacer para su mejor valimiento en las cosas que de Dios vienen y que hacia Dios llevan, por el adelantamiento del Espíritu.

Lejos estamos en verdad de las enseñanzas y de la influencia traída por los *nazarenos* desde Judea hasta Grecia y Roma, enseñanzas de una mansedumbre y humildad muy contrarias al Espíritu guerrero y vengativo de los romanos especialmente. En cambio de lo que Jesús dijera: **los primeros serán los últimos y los últimos los primeros**, establecieron jerarquías en la misma Iglesia que se dijo de Cristo e interpretáronse las palabras del Mesías en contra del espíritu por el demostrado, que de humildad y de caridad más que todo estaba impregnado, rodeándose a la religión y al clero de toda la suntuosidad, de todo el oro y de todas las riquezas que se pudo. Se consagró al sacerdote con la potestad de perdonar todos los pecados, por grandes que fueran, y con la otra, más grande todavía y más incomprensible, de convertir el pan y el vino en la carne y sangre de lo que se llamó el *cordero pascual*, sin dejar de ser vino y pan, pero pasando a ser en realidad, *la misma carne y la misma sangre de Jesús, con todas sus propiedades*.

Las doctrinas del Mesías habían dejado de estar así con ellos ciertamente, para esconderse otra vez entre los pobres y los desheredados, entre los humildes, entre los que a Dios sólo elevan sus corazones en demanda del amor que los vivifica y que únicamente de Él viene. - ¿Creéis por ventura que la acción física de lo que llamado fué *Eucaristía*, y por más que a menudo la fe lo acompañe de un elemento también moral, creéis por ventura que su acción al lado del perdón de los pecados, tan fácilmente obtenidos y sin intervención de las víctimas, será de algún provecho real para el Espíritu? - Sólo lo será en cuanto signifique un sacrificio, un mérito real para el creyente, que de buena fe hizo un esfuerzo en tal sentido, mas en manera alguna por esos medios equivocados y contrarios a mis palabras, podrán los unos adquirir posición más fiel y segura para alcanzar su salvación, que los llamados herejes por la Iglesia Católica, no obstante encontrarse a menudo ellos más próximos que ella de las enseñanzas da Jesús.

Tened bien fijo siempre en el entendimiento vuestro que tan sólo el amor fué la base y también el objetivo de las enseñanzas de Jesús, por lo que yo os dije que **sólo por el amor será salvo el hombre**. - ¿Qué hay pues de amor en el tratamiento que se hace de Jesús con la *Eucaristía*, renovando su dolorosa pasión y convirtiendo sus despojos en alimento de los

fieles? - ¿Qué hay de amor en la obligación y necesidad que se impone al creyente de recibir el perdón de sus faltas únicamente por intermedio del sacerdote? - Nada hay, pues, en ello que se avenga con mis enseñanzas y tened bien por cierto que jamás tuvo Jesús la idea de estas cosas, cuando siempre, por el contrario, enseñó que todos iguales erais ante el Padre, y que agradable érale el oír las voces de sus criaturas elevándose en demanda de su paternal protección. La oración que llamáis dominical no salió ciertamente de los labios de Jesús, que mucho oró y mucho enseñó a orar, mas eran sus oraciones de menos egoísmo y materialidad y de mayor elevación moral.

La Cena Pascual, queridos hijos míos, tenía para los hebreos elevada significación de confraternidad en el Señor. Con dificultad podría definirse el sello peculiar con que así él alma del pueblo la consagraba, sin mucho cuidarse de la austeridad con que oficialmente se le rodeaba, por lo que recordaba la reconquista de la perdida libertad del pueblo de Jehová sojuzgado por las armas egipcias, que mantuviéranle bajo largo cautiverio. Mas el fraternal entusiasmo de la familia hebrea, nuevamente esclavizada por armas extranjeras, encontraba en ese acto la oportunidad mejor para las expansiones del alma popular. Si pues llenos eran esos momentos de religiosas evocaciones, más aún rebozaban de los sentimientos de confraternización. No podría darse por tanto mejor oportunidad para las elevadas manifestaciones de las doctrinas de Jesús, que son del amor mismo la expresión. Y ciertamente, los que a esa cena se arrimaran y con esos sentimientos lo hicieran, al comer el pan, pan de vida eterna comían, y al beber del vino, vino de eterna vida bebían, mi propia carne comían, pues, y mi propia sangre bebían, entrando en la propia naturaleza del Padre, como yo os lo he dicho, porque el principio y el fin y el medio y todo en el Padre se encuentra comprendido.

Mas no busquéis en los actos materiales de los hombres el verdadero Ser de ellos, por cuanto sufre ofuscación la mente muchas veces y es llevada a actos en apariencia incomprensibles, como el que de quien traga la hostia consagrada, creyendo de que traga a Dios y está convencido de hacer obra buena así. - Ese hombre obra bien en su conciencia y a menudo la preparación para ese acto, que él califica de santo, implica una verdadera y encantadora purificación, que ojalá tuvieras tú, que haces motivo de burla de ello, medios con que reemplazarla.

Así también no creáis que la pasión, que no encierra una estricta justicia, puede tener entrada en el corazón de Jesús, que es uno mismo para con todos sus hermanos, cuya felicidad es lo único a que aspira con todas sus fuerzas. Cuando os dije la verdad ha de ser por tanto y esto es lo que deseo haceros observar, ya que muchas veces se ha invocado el Espíritu de Jesús para arrojar nuevamente a los mercaderes del templo; creedme, pues, que entre esos mercaderes hay aún mucha más virtud, mucha más grandeza de alma y elevación de Espíritu, que entre vosotros y en las fastuosas habitaciones levantadas por vuestra ciencia, tan limitada como orgullosa y digna de la mayor lástima. Honradle, pues, al Mesías, con la aceptación de sus palabras, que la estricta verdad encierran; honradle con el cumplimiento de lo que os es necesario cumplir para con el Padre, elevando directamente a Él vuestras oraciones, por cuanto ninguna intervención extraña os es necesaria para el cumplimiento de lo que al Padre le es debido y por cuanto así también os lo he enseñado. La mayor de las oraciones aquélla es que el corazón mismo traduce, siendo los sentimientos que remueven el corazón los que mejor el Padre comprende. En la sinceridad de la

intención, en el esfuerzo, en el buen deseo, ya la oración está que al Padre place. En tanto, bueno es que consultéis la intimidad del fuero vuestro interno, cuando os acaloráis en la defensa de lo que tomáis por la verdadera doctrina, para ver si no estáis faltando a la caridad en el momento mismo en que como sus defensores os presentáis, pues he observado en más de una ocasión a sacerdotes, del culto Protestante y Católico, sinceros creyentes de lo que enseñaban, recibir en silencio y con humildad los ataques de los que presentábanse como defensores de las ideas nuevas, de la luz, del progreso, llamándoles oscurantistas a sus contrarios, y cargándoles, sin conocerles tan siquiera, con todos los vicios imaginables, los cuales no obstante en mayor abundancia y mejor cobijados en ellos mismos se encontraban; viendo al fin que los tales sacerdotes no abandonan su calma y humildad, ¿dícenles que todo es hecho por hipocresía.

Pocos Espíritus hay en verdad, como los señalados entre los sacerdotes del culto Protestante y el culto Católico, pero mucho más escasos ciertamente si alguno hay todavía, han de encontrárseles entre los que llámense liberales y que lo son en el sentido de romper toda cadena que sea un estorbo para la conquista de todo lo que les halaga o les conviene. Estos liberales, que ni aún del sentimiento religioso tienen una idea, Espíritus jóvenes son que muy poco aún han marchado por las vías del progreso y su mismo orgullo prueba es del atraso de sus Espíritus; enemigos demuéstrense ellos de todo sacerdocio, no por llevar guerra en contra del oscurantismo, sino porque toda religión freno es siempre para con el vicio. Así, pues, en toda cosa y en todo momento es siempre el espíritu lo que debéis buscar. Cuando tratéis por tanto de explicaros las cosas de mis doctrinas, o de las que se me atribuyen, observad principalmente si la idea hallada encuentra su adaptación en cuanto al espíritu de las enseñanzas de Jesús. Fácilmente veréis que lo que se dice *de la confesión de la eucaristía, del infierno, etc.*, no halla verdadero lugar en medio de las enseñanzas del Mesías.

## CAPITULO XVI

**Sed justos y no os ciegue la pasión en vuestros Juicios. Lo que es bueno lo es por sí mismo, pues obra es del Padre; lo que es malo no dejará de serlo en lo más mínimo, a pesar de la legalización humana y de los formulismos, con que a veces se pretende reemplazar la virtud.**

SI habéis atendido, hermanos míos, a mi anterior comunicación, habréis caído en cuenta cuán fácil es el confundir la pasión con la virtud, aun cuando la pasión suele llevar a los peores extravíos del Espíritu. ¡Ay! pues, del que hace abandono del propio razonamiento, entregándose al impulso del ciego fanatismo, por cuanto hacia su perdición marcha ciertamente. - ¿Qué fué la muerte de Jesús? - Obra aciaga de la pasión, que cierra los ojos del hombre a la luz del razonamiento y hace insensible al Espíritu ante los destellos de la verdad. - ¿Qué fueron los mal llamados mártires del Cristianismo? - Víctimas, no estériles, porque la abnegación nunca es estéril, pero innecesarias, de su propio fanatismo y de la ciega pasión de sus victimarios. De un lado y del otro la pasión, aunque bajo diverso aspecto. - ¿Qué fueron las bárbaras y sangrientas guerras para la reconquista de lo que llamóse *Tierra Santa*? - Fueron el resultado de las pasiones enfurecidas, *hechas legítimas* con el nombre de Dios, que jamás lanzó al hombre en contra del hombre, en horrible matanza, sino que, por boca del Mesías, mandóle amara a sus semejantes y devolviérale bien por mal; *hechas legítimas* bajo el nombre de Dios y bajo la bandera de la mal llamada Iglesia de Dios, dispuesta siempre a santificar lo que aumentara su poderío y su grandeza. - ¿Qué fué el *Santo Oficio*, de los pretendidos Vicarios del *Manso Cordero*, y la *Santa Inquisición*? - Fueron la manifestación de lo más legítimo y bueno para la pasión feroz enseñoreada de las posiciones del poder, de la pasión convertida en fanatismo y tomando el lugar de la razón. Sed razonables, pues, hermanos míos, y jamás os ofusque la pasión, por cuanto lo que es bueno, bueno es por sí mismo y sin violencias; lo que no es justo, inútilmente lo legitimaréis bajo el imperio de la fuerza, porque nada que sea injusto dejará de serlo por la convencional legitimación humana. Bien debéis entender que el hombre nada puede quitar y nada puede añadir a las leyes de Dios, que la esencia misma de la verdad y del bien forman. **Así por tanto con la misma vara con que midiereis seréis medidos**, y como castigada es la Iglesia Católica con su decadencia y completo desprestigio, a que va llegando, por el mal uso que de ella fué hecho con los medios de dominio y enseñanza, que en sus manos fueron, así vosotros también castigados seréis, si abusáis, como a veces lo hacéis, del lugar ventajoso en que os encontráis colocados ante los conocimientos humanos, ante la lógica y ante la historia, armas empleadas ahora en vez que el fierro, y que ciertamente mejores y más duraderos éxitos alcanzan en las guerras de las religiones.

No séais, pues, injustos con los adeptos de esas ya viejas religiones, aunque de corta vida aún, pero viejas en cuanto al atraso de sus doctrinas, con relación a muchas verdades perfectamente conocidas por el hombre y aún desconocidas o negadas por ellas, tales como: la igualdad ante Dios de todos los hombres, sin elegidos y sin gracia especial para nadie; la pluralidad de vidas carnales y de mundos habitados; Dios eternamente igual a sí mismo y no diferente en personalidades, al punto de asumir una de ellas, el hijo, una naturaleza finita y mortal; que cada Espíritu es el hijo de sus propias obras, única manera de que pueda existir verdadera responsabilidad y verdadera justicia en la distribución del premio y del castigo. Pero aún asimismo, a pesar de la desventaja en el atraso de sus doctrinas, es entre los católicos todavía en donde se notan los mayores esfuerzos por aumentar el imperio del Espíritu sobre la naturaleza carnal del cuerpo; entre ellos obsérvase aún la mayoría de los

que posponen sus propios intereses a los intereses del prójimo y de los que luchan y trabajan por desgastar las asperezas de la persona humana, sus tendencias hacia el predominio bestial; dignificar el amor, por el respeto hacia el hogar constituido; dar brillo, en fin, grandeza y elevación al alma humana, hecha, el ALMA no el cuerpo, a imagen de la de Dios mismo. Observad con sinceridad y discernid las cosas con justicia y veréis en prueba de lo que os digo, que de los pueblos de donde desaparece el catolicismo, antes que las nuevas religiones hayan podido ejercer la necesaria influencia en ellos, la inmoralidad aumenta, los crímenes y los suicidios se multiplican y la sociedad da un paso hacia atrás por el camino del torpe materialismo.

Muchas veces el sacerdote Católico hase levantado frente a frente de los potentados en defensa de los derechos del pueblo, en tanto que los ricos y las mismas costumbres sociales, que de ellos sufren predominio, toda su influencia derramaban a los pies de esos mismos potentados en defensa de lo que llamóse *sus fueros*; la opulencia, el fausto, la *gente de distinción*, como llamáis a los hombres que por su dinero más viven con el cuerpo que con el alma, las buenas costumbres y hasta las leyes han dado muchas veces en apoyar el error en contra de la verdad; mas todo ello y cuando se hiciera nada quitará de su maldad a lo que es malo. Esos virtuosos sacerdotes, muy pocos ciertamente, que, desafiando todo, el oro, las preocupaciones, la influencia de las mayorías, sus propios intereses, las amenazas y hasta la legalización hecha por los hombres de lo que ellos combaten en defensa de los intereses de los desheredados y de los oprimidos, esos virtuosos sacerdotes, que así entregados viven al servicio de la verdad, ministros son realmente del Padre, por cuanto obra del Padre es la que así ellos llevan adelante. Mas no es obra del Padre ciertamente aquella en que el mismo clero Católico os brinda frívolos formulismos en cambio de la verdad que debiera enseñar, pero que desconoce por la ceguera en que ha caído al apartarse de las sencillas y humildes enseñanzas del Mesías. Las más de las veces o siempre, el dogma cierra la inteligencia de esos Seres, tan grandes a veces en las cosas del alma. Misterio a menudo insondable por cuanto no parecería posible que Espíritus de luz, al revestirse de un cuerpo material en la Tierra, pierdan su sano juicio, al punto de aceptar como verdades incuestionables absurdos inadmisibles ante la sana razón. Sucede no por tanto que, con grave responsabilidad en esto para la Iglesia Católica, las verdades más fundamentales de mis enseñanzas véense profundamente alteradas, hasta originarse conceptos universalmente opuestos a ellas y constituirse un criterio religioso que ni aún relación remota guarda con el que Jesús inculcaba; es así que acéptase como buena la institución de la eucaristía y de la confesión, cuando a ellas se opone el espíritu de mis enseñanzas; que considérense justas las llamas eternas del infierno, mientras dijo Jesús, que **Dios no quería la muerte del pecador, sino que viva y se arrepienta**, "por cuanto al fin todos han de ser salvos"; dáse por satisfecha la creencia imperante con una sola vida de encarnación, cuando las mismas diferencias sociales y las diferencias de aptitudes entre los hombres demuestran claramente que los que más sufren es porque mayores males habrán ocasionado en una existencia anterior, el cual hecho de los nacimientos sucesivos quedó por Jesús confirmado cuando dijo: **En verdad os digo que nadie verá el Reino de los Cielos que no naciere de nuevo** y también: **Os es necesario nacer de nuevo, renacer y volver a nacer**. Y también es diferencia grande en lo que fué enseñado de la religión, como elemento del alma y aroma del Espíritu, que hacia Dios le eleva por la perfección de sus sentimientos y por la adoración íntima y sincera del hijo hacia el Padre celestial, y lo que al fin ha resultado de las enseñanzas de la Iglesia Católica en que el formulismo y los convencionalismos han

tomado el lugar de lo que Jesús inculcara en el ánimo de sus oyentes. Del mismo modo, con el llamado dogma de la *Inmaculada Concepción* háse tomado un hecho falso y antinatural, en un orden de cosas en que lo malo y lo bueno no existen sino que trátase sencillamente de fenómenos orgánicos, háse tomado como excepcional el carácter de superioridad la errónea creencia de que María pudo ser madre sin ser esposa. Si tal hecho hubiera sido posible y su cumplimiento cierto fuera, ¿en qué hubiera aventajado la virtud a lo que hoy es y en qué hubiera sido superior la personalidad de María a lo que hoy es? - ¿Por qué confundís lo que es del cuerpo con la virtud, que hija es del esfuerzo del Espíritu? - estableced el dominio del Espíritu hasta donde alcance en lo del cuerpo, mas no ensuciéis los atributos del alma con las torpes materialidades de la vida orgánica. El hombre ha podido transformar en vicio lo que únicamente encierra los resortes de su renovación corporal, por medio de la descendencia, mas nada hay en ello que se refiera propiamente a la naturaleza superior del Espíritu. El decir de virginidad hablando de virtudes del alma choca al Espíritu. Dejad, pues, al cuerpo lo que es del cuerpo y no rebajéis las elevadas concepciones del alma, que busca a Dios, con las groseras manifestaciones del cuerpo, que se arrastra en medio del cumplimiento de las leyes que rigen a su evolución, como medio únicamente del progreso del Espíritu, mediante las vidas sucesivas en el seno de la naturaleza organizada, hasta llegar a la conquista de su carácter definitivo de Espíritu, que no precisa ya de la condición humana y no volverá por tanto a un cuerpo para participar de la vida intermediaria entre lo espiritual y lo material. Creed, pues, que rebajáis vuestra propia naturaleza con lo de la virginidad o no virginidad, por cuanto es siempre grosera la idea, como que únicamente se refiere a lo que menos nobleza pone de manifiesto en cuanto a la forma. En relación con el objetivo, sabido es que la intención sana todo lo ennoblece y los sentimientos nobles todo lo elevan, mas no mancilléis lo ideal con lo que sólo es propio de la burda materialidad del organismo humano. (1) Borrada, pues, las palabras virgen y virginidad en lo referente a la religión para no rebajar el elevado concepto de ésta.

(1) Lo que se considera como una virtud es el esfuerzo que debe hacerse para resistir a las tendencias naturales del cuerpo, que llevan hacia el cumplimiento del precepto Bíblico: *crescite et multiplicamini*; o, más naturalmente dicho, a la renovación de la especie. En el hecho mismo no hay, pues, virtud ni pecado, siendo una consecuencia de nuestra misma organización y obedeciendo a una ley natural, que debe cumplirse únicamente que puede uno dirigirla y dominarla, hasta suprimir sus efectos en sí mismo, o puede dejarse dominar por ella como esclavo. Es cuestión de evolución: para algunos el dominio sobre su propia naturaleza es un imposible y hacen complicada a la fisiología para hacerlo creer así; para otros ello exige tan sólo un poco de voluntad, resultando vigorizada su salud, su inteligencia y su carácter, a despecho de lo que la fisiología afirma. — O. R.

## CAPITULO XVII

### La familia y la fraternidad universal. Las doctrinas de Jesús sobre el particular.

SI humanamente han de ser consideradas las cosas, podría creerse que las doctrinas de Jesús se habían de mucho anticipado al tiempo que fuéales oportuno, por cuanto ahora mismo no comprenderéis el amor más allá del círculo de vuestros allegados y amigos. Si mucho observárase en el corazón vuestro habríase aún de llegar a la duda de si amáis realmente a alguien fuera de vuestra propia persona. Cuando, pues, Jesús decía, que todos los hombres eran hermanos y que debíanse por tanto afecto los unos para con los otros, como miembros de una misma familia, se colocaba en la posición de un iluso, desde que sin cesar, veíase al hombre en guerra en contra del hombre, muchas veces por mezquinos intereses, dominando entre ellos la mentira, las desconfianzas y el egoísmo, apropiado ciertamente para desunir a los hombres, jamás para constituir familias de entre ellos. Es por eso justamente que el Mesías prodigábase en la repetición de esta parte esencial de sus doctrinas, diciendo:

"Justo es y santo el amor que prodigáis a vuestros padres, mas en verdad os digo que el Padre Universal por encima ha de ser amado que el padre de una sola familia humana. Y en verdad también os digo, que si justo es el amor entre los hermanos de esta familia humana, justo es así mismo que los hermanos de la familia universal sean amados por encima de los hermanos de esa sola familia humana, por cuanto la familia universal es permanente, el Padre Universal es también permanente, y los hermanos de esta familia universal son asimismo para toda eternidad; mientras que la familia humana y todo lo que a ella se refiere, es transitorio, como todo lo humano es transitorio. Debéis, no obstante, ensayar vuestros sentimientos en la familia, siendo que *quien no ama al padre y a la madre, ¿cómo ha de amar al prójimo?*"

"Vosotros todos sois, pues, Hijos de Dios, antes que de vuestros padres y el último de vosotros ha de llegar a ser grande, mediante su trabajo".

"Se hace más fiesta en la casa del Padre, por entrar a ella uno de sus hijos recién traídos al bien, que por la perseverancia de los justos".

"El amor de Dios inspira el amor de las criaturas, que son la obra de Dios".

"Los que ya mucho han amado porque mucho han vivido y sufrido, superiores llegan a ser al círculo estrecho de las afecciones de familia; ellos han de ser los porta voz del Mesías, abandonando todo lazo de la carne, para hermanarse con él en el Padre. ¡Felices de los que así comprendan mi palabra, que no ha venido a edificar sobre lo estrecho sino sobre *lo* que da vida eterna y es de la vida eterna".

-Comprendían mis oyentes el significado contenido en esas palabras? No lo comprendían sin duda y por eso, justamente, ello no os fué transmitido. Mas, aún así mismo, con lo que dáse como dicho por el Maestro, llégase todavía a comprender: **Que el amor ha de ser la base de una sociedad bien constituida.** Que los lazos carnales de familia han de dejarse de lado cuando se trate de la entera familia humana, hacia la cual a todos os



liga el deber, mientras que a cada miembro tan solo de cada familia, liga el deber particular dentro de la misma.

Mas la esencia verdadera de la enseñanza permanecía oculta para esos pobres entendimientos y es ese justamente el motivo porque, en la tradición que os ha llegado de mis palabras, no resalta de manifiesto esa esencia; falta así el verdadero espíritu de lo dicho por Jesús.

Habiéndoles de los hombres, era de su condición permanente de Espíritus de lo que entendía hablar. Así por tanto, es de todos formada la familia de los Espíritus, siendo también eterna porque los lazos de la materia se destruyen, mientras nada es la muerte en lo espiritual, sino vuelta a la vida. Cuando mayor es el adelantamiento de los Espíritus en las cosas del Padre, mejor garantido se encuentra entre los lazos del sentimiento y de la luz del alma, ligado por ellos dentro de la propia condición que ese mismo adelantamiento hále dado y unido a sus semejantes tanto más estrechamente, cuanto mayor es la atracción del cariño y de las afinidades que empujan a los diversos núcleos de Espíritus hacia rumbos también diversos, aunque siempre dentro de la familia común, que forman todos los Espíritus.

Así, pues, sólo transitoria es la condición del Espíritu que ha tomado un cuerpo y, formando familias carnales, consigue en ellas la formación de lazos espirituales, que son los del amor, los que persisten después de la muerte del cuerpo, ligándolo mejor dentro de la familia espiritual, que es el objetivo, mientras la carnal constituye tan sólo un medio.

Las condiciones de la familia carnal encierran los altos propósitos del Padre, quien, mediante ellas, sabiamente hacen brotar los más bellos sentimientos entre esposos, entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas, transformando los odios, momentáneamente ocultos por el velo de la materia, en estrechos lazos de afecto, que van luego a entrelazar los miembros de la familia espiritual en puntos en que el recuerdo de ofensas o el deseo de venganza han dejado lagunas de oscuridad en medio de campos de luz.

No otra cosa en ello se encierra sino lo que otras veces sencillamente dije: **En verdad, en verdad os digo, que solo el que renaciere de nuevo verá el Reino de los Cielos.** Pero tampoco en esa sencillez se me comprendió. Enciérrese sin embargo en ello, la *clave* para el porvenir de la humanidad, en la vida eterna que estále reservada desde toda eternidad. Es por tanto en la fraternidad universal sobre la que el Espíritu ha de reposar, encontrando en ella el fin de sus tropiezos en la ruta y sobre ella la base eficaz para la sólida edificación de su porvenir, como ángel de luz, Mensajero del Señor.

Hermanos míos, ved en lo dicho la sublime religión de Dios, que a todos alcanza, inundando de luz vuestras conciencias y señalándoos el camino hacia la felicidad, por el cumplimiento de la ley de justicia, que toda entera se traduce en la ley de amor, por cuanto siendo Dios la Justicia es también el amor y es en el amor universal en donde toda justicia reposa y tampoco hay amor fuera de la justicia. Ella constituye la RELIGIÓN UNIVERSAL que a todos alcanza y a todos está destinada a elevar hacia el Padre, quien os manda buscar el sendero de la felicidad mediante la libertad de vuestra alma, que se consigue por el desprendimiento de los goces materiales para vivificar en el Espíritu el deseo del bien, la

aspiración hacia la verdad y el dominio absoluto sobre todo lo que es de la carne, humillando vuestro cuerpo para doblegarlo a que os sirva únicamente como instrumento, jamás como dueño de vuestra voluntad y de vuestros gustos.

Despreciad los dolores pasajeros de la carne en beneficio de los goces verdaderos y eternos del Espíritu. Todo pasa en la vida humana con rapidez vertiginosa, tan solo se recoge el bien que se ha hecho y todo lo que da engrandecimiento al alma.

## CAPITULO XVIII

**La desgraciada condición humana atrae la conmiseración de los Espíritus de luz. Es necesaria la desmaterialización del Espíritu para libertarlo de la esclavitud de las pasiones. Jesús sigue su obra de redención, dificultada principalmente por el empecinamiento de los hombres en su materialidad y falta de fe. Ellos, no obstante, como Espíritus que son, están destinados para la vida espiritual y todo lo que al Espíritu se refiere debe interesarles.**

LA desgraciada condición vuestra, hija principalmente de la ceguera con que os apegáis a las cosas terrestres, muévenos la piedad hacia vosotros, a los que vivimos ya en medio de las intensas claridades del alma, que ponen de manifiesto ante nuestros ojos las torpezas que, como pesadas cargas de plomo, oprimen a vuestros Espíritus, impidiéndoles el vuelo para consentirles tan solo arrastrarse entre el inmundo fango de las bajezas, propias de esas capas inferiores, que únicamente por cobardía no habéis todavía abandonado. Vuestro empecinamiento, más que todo es, pues, lo que os tiene encadenados al mismo montón de polvo que pisáis.

Amigos míos, hijos míos, queridos hermanos míos, reflexionad con seriedad alguna vez sobre la mísera situación a que os encontráis sometidos por no querer hacer un pequeño esfuerzo de espiritualidad, esto es, un pequeño esfuerzo de vuestra personalidad sobre los instintos carnales y tendencias mundanas, inherentes a vuestra naturaleza terrestre. Esa desmaterialización es la que os ha de encaminar hacia el grandioso destino que os aguarda y ante el cual, no obstante, perplejidad demostráis, o temor y cobardía, antes que decidido empuje, cual debiera acontecer. Huíd por tanto de esa perjudicial perplejidad y emprended con valor y confianza la conquista del imperio que en los cielos os está destinado y cuyos senderos el Hijo de Dios mismo os lo ha enseñado, y vuelve aún él sobre sus pasos, para guiaros por propia mano... ¿Llegaríais aún hasta rechazarlo nuevamente?... ¿Cerraríais vuestros oídos a sus palabras, vuestros entendimientos a sus consejos y vuestros corazones al calor intenso de su sentimiento?... ¡Oh! ¡No sea, pues, nuevamente vuestra pertinacia y vuestra ceguera, causa de profunda pena para el Ser, que tanto por vosotros ya sufriera, quien a vosotros consagrado vive y en cuyo porvenir principalmente fijas están con empeño sus constantes miradas!

Desechad la vanidad y el orgullo que os ofuscan, impidiendo a vuestros sentimientos el confundirse con los míos y a las miradas de vuestra fe el descubrirme tras de las sencillas palabras, pero llenas de amor y de sinceridad, con que vuelvo ahora a presentárosme.

Si ciertamente cumple ahora el Mesías su mandamiento divino en mejores condiciones de las que sirviéranle en su anterior siembra y si ciertamente también rodéanle con mucha mayor eficacia las elevadas alianzas espirituales de que en un principio os hablara, no es tampoco de olvidarse la mayor claridad de visión y la mayor sutileza del examen que ha pasado a ser natural en él, ofreciéndole con mayor rudeza en los detalles y más profunda verdad en el hecho, la ingratitud, la falsía, las vergonzosas claudicaciones, los torpes vicios, el negro empecinamiento en el error, los odios fratricidas, las traiciones nefandas, las horribles venganzas y los asquerosos desahogos de las pasiones carnales, todo ese oscuro abismo de la loca fantasía del hombre, en el error y en el mal, claramente

exhibida se encuentra, ante mis miradas acongojadas, habiendo adquirido brillo inusitado ante mis ojos los últimos y más recónditos pliegues de la conciencia humana.

Creéis por ventura que en medio de la condición vuestra, tan lejos aún de vislumbrar la verdadera luz del Espíritu, creéis por ventura, que el alma de Jesús pueda permanecer indiferente y fría? No, ciertamente y tampoco pueden los celestes mensajeros que le acompañan en el cumplimiento de su sagrada misión.

Sólo el amor y el perdón trae como armas Jesús, para el cumplimiento de lo que en sus manos se le confiara, "porque no envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él". Mas este es el juicio: "Que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz; porque sus obras eran malas". "Porque todo hombre, que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas". Así, por tanto, hoy también acontece con gran dolor de mí mismo, que ausentes veo de mi lado a muchos Espíritus, que debieran haber conquistado mayor elevación y grandeza y retrocedieron en cambio en el sendero que con tanta voluntad emprendieran.

Volved, pues, sobre vuestros pasos vosotros los pusilánimes, recordando lo que ya antes dije: **El Cielo y la Tierra pasarán; mas mis palabras no pasarán.** "Mirad pues, por vosotros, no sea que vuestros corazones se carguen de glotonería, y de embriaguez, y de los afanes de esta vida, y que venga de repente sobre vosotros aquel día"... **día de responsabilidades**, que para todo Espíritu llegará, como los días de la Tierra, sino que dentro de sí mismo tiene sus limitaciones, por lo que significa en cuanto a lo que el Espíritu tiene que recibir como premio o como castigo, señalando también una nueva etapa para su porvenir.

No os asombre de lo que en ocasiones dijera con palabras como éstas: "En verdad os digo que no pasará esta generación, que no sucedan todas estas cosas", por cuanto Jesús miraba muchas veces más en lo del Espíritu que en lo del hombre y aunque cambiado el hombre, por encarnación diferente, el mismo Espíritu discernía a menudo. Así también, sus juicios formados eran, más para el ambiente espiritual, que resultábale más propicio y más armónico, que para el de la carne. Por tanto su apreciación del tiempo diferente era por completo de el de los hombres, pues veíase llevado a considerar todas las cosas casi como presentes, tal como con el Espíritu acontece.

"Y decía Jesús a los hebreos, que en él habían creído: Si vosotros perseveráis en mi palabra, verdaderamente seréis mis discípulos, y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres". De estas palabras, salidas de los labios de quien llamado fué el Maestro, ha de salir luz nuevamente, por cuanto es dicho en ellas verdad y sabiduría mayores que las que el hombre pueda llevar.

El saber mismo, en el orden físico, de gran provecho para el alma también resulta, por cuanto es de ello, al lado de las obras buenas, de lo que el alma vive, y no de alicientes tan solo materiales. El hombre alma es revestida de un cuerpo, por la cadena de su *astral*, como ya os lo dije, y únicamente por el cuerpo participa de la naturaleza carnal, para motivo de adelantamiento. Toma así adaptación entre las cosas de la Tierra, para el

enriquecimiento, con ellas, de su misma persona de Espíritu. Mas vosotros, antes bien que enriquecer de esas cosas el Espíritu, formáis con ellas cadena que a la Tierra lo atan y sobre de él hacen peso para impedimento de su vuelo. Dominar, pues, antes que todo, el cuerpo y sus apetitos y levantarse, superior en la voluntad y en el carácter, por encima de todo lo que ofrécele su pasajera morada de la Tierra, lo primero que todo y lo principal debe de ser para vuestros Espíritus, desde que, como tales, destinados sois para la vida gloriosa de los Espíritus, partícipes de la grandeza y de la sabiduría del Padre, que hacia vosotros os manda a su propio Hijo para decíroslo. Elevad, pues, constantes oraciones al Padre para que ilumine vuestras conciencias y os haga ver claramente la verdad de lo que os digo y la verdad de mi propia naturaleza; ante la cual os empecináis nuevamente en cerrar los ojos trabando los amorosos propósitos del mismo Padre que brillantes reflejos hacen brotar del Hijo, que con constante empeño os llama, habiendo él colocado también en vosotros todo el apasionado calor de sus sentimientos.

## CAPÍTULO XIX

### El verdadero espíritu de la predicación de Jesús (1)

(1) El verdadero espíritu de la predicación de Jesús nunca fué comprendido, habiendo sus mismas enseñanzas servido como motivos de discordia, mientras su objetivo fué el de procurar la armonía de todos los hijos de Dios sobre la base de una religión, que, por lo mismo, había de ser la *Religión Universal*, de la que justamente él siempre se dice el fundador, constituyendo una cadena de unión entre todos los hijos de Dios, que por el hecho de serlo, están destinados a buscarse y amarse, como hermanos que son. Añade también el Maestro que el progreso intelectual es igualmente necesario, pero parecería deducirse de sus palabras que lo moral y lo intelectual se acompañan, pues en el hombre virtuoso todo tiende hacia la actividad y el progreso. El pensamiento toma en el cerebro tan sólo la forma que le permite ser traducido por palabras, pero no es el cerebro que forma el pensamiento. Las sensaciones son únicamente excitantes de la facultad de pensar y le prestan nuevos motivos de desarrollo, pero el pensamiento es propio tan solo del Espíritu. - O. R.

HE de repetiros una vez más, queridos hermanos míos, que nunca el espíritu de mis enseñanzas fué comprendido, resultando en parte justamente lo contrario de lo que el Mesías se propusiera, por cuanto llegaron a ser ellas motivos de mayores disensiones entre los hombres, cuando buscaban por el contrario restablecer la unidad de la doctrina, mediante la unidad del sentimiento, elevado éste a causa primera y esencial de la doctrina misma. No era, pues, su propósito el traer una nueva religión, sino traer LA RELIGIÓN, como que del Padre, para ello recibiera mandamiento. Dentro de LA RELIGIÓN, después, todo lo que al sentimiento y a la moral se refiere, habría de encontrar su lugar, para la más acabada glorificación del Altísimo, mediante el cumplimiento de sus sagradas leyes.

Con el andar del tiempo, no obstante, corrompieron mayormente sus enseñanzas los mismos que, ofrecíanse ante los hombres como maestros y depositarios de ellas, levantando templo de desunión con prácticas que no comportaban los propósitos del Mesías, tales como los demostrara, cuando llevado había obras de amor en el día del sábado, mientras prohibíalo la ley mosaica, que él viniera no obstante a restablecer y no a destruir. Así también cuando bebió agua de la Samaritana y cuando demostró que el prójimo era el Samaritano que se apiadó del herido de la parábola y le curó y prestóle toda su protección, y cuando dijo asimismo a la Samaritana: **Mujer, créeme que el tiempo llega de que, ni en Jerusalén, ni en este monte prestaréis al Padre mío la adoración que le es debida.** Con esto y con lo anteriormente señalado y otras muchas cosas dichas en igual sentido, claramente referíase Jesús a la RELIGIÓN UNIVERSAL, que reuniría en su seno, por el amor, a todos los hombres, Hijos de Dios, y por lo tanto hermanos, destinados a conocerse y amarse. Templo de todos y para todos era por tanto lo que viniera a levantar el Mesías y a ello se refería cuando inspirado por su visión interna, díjole a la Samaritana: **Mujer, créeme que el tiempo llega de que, ni en Jerusalén, ni en este monte prestaréis al Padre mío la adoración que le es debida.** Significa ello decir que han venido preparándose paulatinamente los tiempos, que próximos están ahora a llegar, en que ni dentro de lugar determinado ni dentro de religiones diferentes hánse de elevar preces al Señor, sino en el único templo y religión de vuestros corazones y de vuestras conciencias, esto es, dentro de una misma religión para todos. **RELIGIÓN UNIVERSAL**, por tanto, cuyo único precepto para todos, enciérrese dentro de la sinceridad y elevación de sentimientos, unido a un vehemente deseo de progreso hacia la verdad y el bien. Esto, que tan sencillo parece, mucho hay que andar aún, para que por la generalidad de los hombres sea comprendido, siendo por eso necesaria la nueva presencia

de Jesús a fin de destruir los falsos conceptos que a ella se oponen y que van enseñados, como por él dichos. Así falsa es y de todo punto falsísima la insistencia con que mi querido, pero obcecado, discípulo Juan da color material, realidad carnal, a lo dicho referente a la transmutación del pan y del vino en la propia carne y sangre de Jesús.

No ha de dudarse ciertamente que lo escrito, muy diferente es de lo realmente por él dicho; mas él, que tuvo de mis labios la forma figurada de mis palabras, por las que únicamente el concepto espiritual de la frase se evidenciaba, pudo bien dejar más claramente expresada la verdad. Dice él no obstante que nada dijo que pudiera tomarse materialmente y jamás creyó tampoco que pudiera tener lugar algún día tan extraña cosa, como la de mudar en carne del Maestro el pan y tragarle para salvación de las almas. Confiesa otros errores cometidos, aunque siempre con buen deseo y con acendrado amor al Maestro, confiésase culpable de exageraciones y de arreglos de milagros que tales no fueron, pero respecto de lo que dió origen a la *eucaristía*, él no habló como se le hace hablar y tampoco pensó remotamente en el significado material de la carne y de la sangre; fué tan solamente su voluntad la de darle relieve, darle vida a la figura, como que así también húbolo hecho el Maestro.

Ya os dije, pues, y os lo confirmo con vehemencia, cuál era el espíritu de la predicación de Jesús y cuáles propósitos ella comportaba, siendo que buscaba como base primera el sentimiento más universal: el amor. Cuando el amor fuera el elemento esencial de las relaciones humanas, todos los corazones palparían bajo los impulsos de una sola religión, que ciertamente sería la del amor y que otra cosa no resultaría más que el lazo de unión entre las amorosas solicitudes del Padre y sus agradecidas repercusiones en el corazón de los hijos, quienes elevarían así ante el excelso trono del Señor, la más pura y significativa de las oraciones, la única que ciertamente, es de su agrado: **la plegaria que del corazón sale hasta Dios llega**, tal como repetíales en mis enseñanzas a todo el que me escuchaba.

Así, por tanto, por la puerta abierta de la simpatía y del afecto, fácilmente pasan nuevas verdades al conocimiento del hombre, que de buena fe entrégase a las nuevas doctrinas, doctrinas que sobre del amor también hánse elevado, como consecuencia del mismo. Esto es ciertamente por lo que a la virtud y a la moral refiérese, por cuanto no ha de olvidarse que, al mismo tiempo que por la moral, por el saber también ha de elevarse el Espíritu, sino que es en la moral, por la religión esencialmente, que enciérrese la misión oficial de Jesús, como que fué y es en ella y de ella el fundamento y el medio de su elevación espiritual. ¡Oh!... Creedme, pues, hermanos míos, que el que se levanta a las alturas de la más pura concepción moral, en toda su amplitud del bien y de la religiosidad, creedme que partícipe es, desde luego, de todos los resplandores que la inteligencia divina derrama en esas alturas a que el Espíritu ha llegado siendo que tampoco ha de olvidarse, que en la virtud enciérrese también la labor, puesto que la inercia y el ocio han de encontrarse juntos siempre con las tinieblas del atraso, jamás en medio de los resplandores del verdadero apostolado del progreso humano. Si no que, como todo ha de ser adquirido por los propios esfuerzos de cada uno, véome forzado yo mismo a manifestaciones de índole también ajena a mi verdadero ministerio. Es así que ya téngoos manifestado la manera de la alianza del Espíritu libre con el Espíritu unido a un cuerpo,

para la enseñanza de lo que conviéndole saber al hombre para su adelantamiento. Así también dí explicación de la manera cómo el Espíritu estrechos lazos asume para con un cuerpo, dando nacimiento al hombre. Sólo queda decir que el hombre, siendo primero niño, desde la concepción ha perdido ya la conciencia propia del Espíritu libre, y empieza el desarrollo de la conciencia humana, la que localizase en el cerebro y parcialmente (en su función mecánica, esto es, en cuanto al impulso) también en el corazón, por más que así no os parezca; él es seguramente quien antes percibe lo que tradúcese por el sentimiento en el hombre y es por cuanto el Espíritu tiene lazos muy estrechos para con él, más aun que para con el cerebro, si bien es en éste, sobre lo que el Espíritu más continuamente y más conscientemente obra; pero los lazos que mejor le atan al cuerpo son los que hállanse relacionados con esa porción del cuerpo, de mucho conjunto de nervios, que está sobre el estómago. Ellos, los últimos también son en soltarse del recíproco aprisionamiento de ambos principios, el Espíritu y el cuerpo, cuando sucede la muerte. La inteligencia y la voluntad individual es en el cerebro ciertamente, como tantas veces se ha dicho, en donde obra, tomando forma de pensamientos humanos, por cuanto debéis saber que el pensamiento no tiene la forma de palabras, sino que en el cerebro se le convierte así, para humanizarlo, lo que quiere decir que le da ropaje material para que pueda circular prácticamente en el mundo de los sentidos. Si al pensamiento no alcanzáranle formas materiales, no hubiera podido ser traducido en palabras, y el lenguaje no hubiera aparecido y el pensamiento hubiera permanecido huérfano de alianzas para con el cuerpo humano, lo que no hubiera podido acontecer, por cuanto faltaría el propósito de la encarnación si no había de tener el pensamiento medio para su ejercitación y adelantamiento. No creáis en las apariencias que suponen el pensamiento como hijo de las sensaciones que de afuera hacia adentro recibe el alma, no, lo exterior despierta en el Espíritu la idea que él ya tiene en embrión. Eso que llamáis sensación es antes la excitación para el pensamiento y después sugiérole una forma nueva, que se graba en el cerebro para su asociación más tarde con impresiones nuevas, todas las que, encontrando poco a poco sus relaciones recíprocas, concluyen en un conjunto armónico, dando lugar al razonamiento. El cerebro es, pues, el órgano material del pensamiento, como los órganos vocales son el de la palabra, pero el pensamiento existe antes que la cerebración y la palabra existe en la mente antes que la formulen los labios. Sin duda son cosas muy íntimamente ligadas en el hombre y no puede dividírseles, mas hácelo la muerte, sin que pierda el Espíritu su facultad de pensar, que antes bien resulta acrecentada por su libertad de las trabas de la materia, encontrándose también enriquecido en su haber de ideas, por el progreso reportado de los trabajos y luchas de la encarnación. Lo que es, pues, del Espíritu, del Espíritu es y lo que es de la materia, de la materia es, lo uno y la otra enlázanse bajo el imperio de las leyes que del Padre vienen desde toda eternidad, pero jamás lo uno es lo otro, sino que la otra instrumento ha de ser para el adelantamiento del Espíritu y cumplimiento de la suprema ley del progreso, llenándose así la voluntad del Padre, que es la causa última y la primera, el motor único del universo entero.

**“Lo que es nacido de carne, carne es; y lo que es nacido de Espíritu, Espíritu es”.**

**“El Espíritu donde quiere sopla; y oyes su voz, mas no sabes de dónde viene, ni a dónde va”.**



Si verdad es que éstas, o más bien parecidas palabras a éstas fueron dichas por el Mesías, dando a entender de los nuevos nacimientos que el alma toma en la Tierra por motivo de su adelantamiento, ellas encierran no por tanto la misma intención que entonces y ahora él hizo y hace, es a decir, que quiso explicar que el cuerpo material viene de la materia, pero el alma, que le da personificación, viene del mundo de los Espíritus; no nos es dado el verlo y tocarlo con los sentidos del cuerpo, porque también el alma tan solo por las percepciones del alma es apreciada, pero mientras tanto hácese el nacimiento por la alianza del Espíritu con un cuerpo, que ha de ser su instrumento.

Por tanto, lo que es de la materia, materia es y lo que es del Espíritu, Espíritu es; pero todo es uno para el progreso que es la glorificación del Señor. Todo es uno y ciertamente, nada es lo uno sin lo otro; el Espíritu no recabará adelantamiento y la materia estéril sería en su desenvolvimiento sin el fin de la inteligencia.

De todo ello se ve que la persona propiamente es el Espíritu, el que con el tiempo, con el trabajo y con la regeneración de los pecados, que cometiera por su torpeza, llega a elevarse hasta la verdad y la justicia, no en una vida seguramente, sino que en muchas. No trae recuerdo en cada vida de su vida antecedente, porque él mismo huye más bien de ese recuerdo, lo cual puede hacer por su encarcelamiento en la materia y porque en su cerebro todo va formándose de nuevo, por las impresiones que va juntando y hermanando para que resulte cadena ordenada de ellos, esto es, razonamiento, pero razonamiento con los elementos nuevamente recogidos en la reciente vida corporal. Podría bien el Espíritu, con algún esfuerzo suyo y ayudado de sus alianzas en el otro mundo, mantener el recuerdo de su pasado, mas ello jamás puede ocurrírsele, por cuanto ocuparía su cerebro y gastaría sus fuerzas para el recuerdo de aquello que justamente le conviene olvidar y que ha vuelto a la Tierra para olvidar. Así, pues, los que guardan recuerdos, y muchos los hay, es por causa espontánea, debido a su altura moral.

La altura moral ciertamente es la que da mayor progreso al Espíritu, por cuanto ella colócanos en el medio mismo de las mayores verdades, las que pónensele en evidencia con tal claridad, que no tan solo las comprende, sino que participa de ellas, como si interviniera en su gobierno por mandato de Dios. ¡Ah! Sed, pues, grandes de alma, sed verdaderamente buenos y no temáis, porque el Universo entero os pertenecerá, como verdaderos Hijos del verdadero Padre. No os confundáis con tantas doctrinas, cuando son los hechos los que valen, y éstos gobernados son por el Padre y no por las doctrinas salidas de vuestras cabezas. Y os lo dije y nuevamente os lo repito: amad, amad siempre, perdonad, perdonad siempre, y haced el bien, hacedlo siempre, aún a los que os hacen mal. Veréis así elevados vuestros Espíritus, una vez llegada su hora, elevarse sobre nubes de luz hacia Dios, en medio de la dicha perfecta de que solo a los ángeles de Dios les es dado el disfrutar.

Quisiera el Mesías poderse introducir en estrecha alianza con vuestro Ser para que sus palpitations hallaran eco decidido en vuestros corazones y que la luz que justamente ilumina su inteligencia pudiera igualmente brillar en la vuestra; más por encima de sus deseos está el cumplimiento de la ley de justicia que rige el mundo moral; es, pues, que a sus deseos deben responder los vuestros con igual intensidad y no lo hacen. Véis mientras tanto que la palabra le es difícil a Jesús encontrándose tan lejos de vosotros, que no le atraéis por el magnetismo de la simpatía, esto es, por el amor sincero. Cuéstale a mi mismo

intérprete su tarea, por la enorme distancia que nos separa, por los muchos intermediarios que forman la cadena, que desde Jesús hasta él llega y por la completa falta de ayuda por parte de los que lo rodean y hacia quienes estas palabras van no obstante dirigidas.

## CAPÍTULO XX

Cuando Jesús señaló la niñez como para ejemplo de imitarse para conseguir la salvación, quiso tan sólo referirse a su falta de malicia, pero de ningún modo a su falta de conocimientos. Refiere Jesús sus impresiones en el momento de la desencarnación y sus manifestaciones para con los, discípulos, siendo Pedro el que mejor las percibía. Contesta a la suposición que hace de la persona de Jesús el resultado de las hazañas de tres bandidos, que luchaban por mantener vivo el patriotismo del pueblo hebreo y molestar de todos modos a los romanos, que eran al fin los poseedores de la riqueza. Si bien existieron los tales ladrones y otros muchos, él nada tuvo que ver con ellos. Después de su muerte, lo que dió unidad a la propaganda de su doctrina fué su inspiración permanente en el seno de su Iglesia, cuyas enseñanzas han de generalizarse, como ya resultara que, a despecho del silencio que los historiadores guardaron de ella, llegó al conocimiento de los hombres y que así también los mismos que hoy niegan crédito a las palabras de Jesús, creerán en estas comunicaciones, como siendo la obra de Jesús y las acatarán.

SI ciertamente la inocencia de los que llegaren a participar del Reino de mi Padre habría de ser como la de los tiernos niños, *porque de los tales es el Reino de Dios* no ha querido decirse del atraso intelectual del niño, sino únicamente de su falta de malicia para con el pecado de lo que el Mesías había hablado, y no es ciertamente la malicia del pecado la que pueda añadir, grandeza o algún adelantamiento de la inteligencia en los Espíritus. Mala interpretación hacen por tanto los que creen que el conocimiento de las cosas y los trabajos de la inteligencia no son necesarios para la salvación vuestra. "Preciso es que comprendáis que la verdad ha de buscarse en la esencia de la enseñanza y no en su forma, puesto que ésta ha de ser la que le preste el medio en que se habla y el ambiente en que la enseñanza se produce". Así también, si llevaron siempre las enseñanzas de Jesús, más que otra cosa, la mansedumbre, la humildad, el perdón, la resignación, la limpieza de la conciencia, alcanzando hasta la inocencia de los dichos niños, fué porque estas cosas eran más que todas necesarias en esos tiempos y en medio de esos pueblos de tanta dureza de corazón, de tantas maldades y de tantas falsías. Ahora todavía esas enseñanzas son más que todo necesarias, por cuanto el egoísmo, la ambición y las mismas necesidades hacen violencia continuada en el Espíritu para su adelantamiento en la inteligencia, y así naturalmente el adelanto de ésta primero es en el Espíritu, que el de la moral. Tal se ve en la manera de las cosas y tal cree el hombre en su egoísmo; empero, en verdad os digo, que aquel que a mayor altura llega, mayor felicidad habrá alcanzado, al encontrarse nuevamente en el mundo de los Espíritus, será mayor también la extensión de sus percepciones y más clara su visión. Quiere, pues, esto decir, que, en ello también háse de encontrar el adelantamiento intelectual.

Muchas veces percibo vuestros deseos hacia el conocimiento de la naturaleza del Espíritu después de abandonado el cuerpo material y he dejado ese deseo irse madurando mayormente, hasta llegar yo mismo al conocimiento de la falta de fe en las revelaciones recibidas, que importan no obstante la verdad, hasta donde la palabra humana la consiente.

La actual revelación tan ampliamente viene, que a todas partes llega y talmente es su manera, que en todas las clases consigue insinuación, porque es propia de la caridad el ataviarse como para ser recibida de los que tiene que favorecer. Así por tanto, no creáis que toda verdad os es dada, sino únicamente aquella que vuestro adelanto comporta y aun esta misma ataviada de manera que no lleve hurtamiento áspero con vuestras otras ideas de lo anterior. El adelantamiento de los Espíritus comporta maneras muy diferentes y débese por

tanto demostración continuada de tolerancia y conformidad en todo lo posible, porque una igual verdad, vista y aceptada por dos Espíritus es de diferente manera en los dos; buscad que la misma sea en su esencia.

Llegando en tanto al deseo vuestro, voy a decir las cosas tal como si recién yo mismo hubiera dejado de ser de entre vosotros. Aun siendo completa mi lucidez, el intenso dolor físico y moral habían proporcionado debilitamiento en la voluntad; mas improvisamente se hizo presente para mí mucha luz y mucha claridad de Espíritu. No era, pues, mi penetración acostumbrada en las personas y en las cosas, sino más bien la presencia de todo mi pasado y de sus relaciones de lugar y de personas. Todo érame con la mayor claridad presente. Tomóme después sensación de frío muy grande, que penetraba hasta los huesos; la lengua parecía pegada en su raíz, el cuerpo tuvo sacudidas, se oscureció la vista y los ruidos con rapidez alejaronse; oía todavía los últimos sonidos de voces muy lejanas y apagadas, cuando una nueva sacudida, parecióme la más fuerte, cambió por completo mi situación. Una calma deliciosa invadió todo mi cuerpo y un vientecillo fresco acariciaba mis mejillas. Parecióme oír un tenue murmullo de voces a mi derredor y atiné recién entonces, en medio de un profundo suspiro, a pronunciar estas palabras:

**-¡Piedad de mí, Padre mío!. . . Quédate tranquilo, Dios te oye y está contigo, me contestaron varias voces cariñosas conjuntamente.** Quédeme durante algún tiempo lleno ciertamente de algo como evidentes promesas de una felicidad indecible, pero sin darme cuenta de mi estado. Comprendí que la muerte se había producido, pero el cambio repentino en la manera de percibir el ambiente y de sentirse uno mismo me llenaba de confusión, pero una confusión sin agitaciones, por cuanto presentábase detrás de ella la calma y el bienestar del alma. Muy pronto, no obstante, fuíme dando cuenta de mi nuevo estado, y, al cabo de algunas horas tal vez me incorporé, toqué mi cuerpo, que el mismo resultaba ser como siempre, y miré todo a mi alrededor, sin darme cuenta que todo ya lo había estado viendo, aún antes de abrir los ojos, que parecíame haberlos tenido abiertos siempre, antes de incorporarme y antes de moverme. Así, por tanto, todo lo que interés tenía para mi Espíritu, todo claramente veíanlo antes mis ojos. Al mismo tiempo fué descorriéndose el velo que ocultábame el pasado, ocultamiento no obstante mucho menor que en los demás mortales, y una intensísima pena se apoderó de mí por algunos instantes, al considerar la inmensidad del sacrificio hecho, ahora y antes, para llevar a la humanidad por senderos derechos, terminando siempre en arrastrarme como víctima de las torpezas humanas. Lo que de ello sucede, según la ley justa de Dios, es que el pobre, el mártir, la víctima, vése hasta el séptimo cielo de su progreso levantado, en tanto que los poderosos, que despreciaron su palabra e hicieronle sufrir, siguen en su arrastramiento entre los sucesos humanos mayormente inferiores. Mientras tanto todo en mi persona Parecíame de igual como anteriormente, pero todo perfeccionado, más liviano y más hermoso en el semblante, como si de luz fuera todo el cuerpo mismo. Levantéme y empecé a andar como cuando entre vosotros hallábame. Los Espíritus amigos rodeábanme silenciosos si bien con semblante de tiernísimo afecto y conmiseración. En ese momento sentí improviso e intenso deseo de ver a los de mi Iglesia y en el mismo momento en medio de ellos me encontré. Fué ésta, una de las cosas que contribuyó para el esclarecimiento de la manera de mi nueva existencia, pues de súbito deduje que toda esa materialidad aparente de lo que roe rodeaba, obra era de mi mismo Espíritu, que empeñábase en arrastrarse, cuando llamábanle los espacios superiores. Volví, pues, a la cuenta de que en el Espíritu el pensamiento lo es todo,

en tanto que en medio de la materia aseméjase tan solo a un pájaro enjaulado. Así, desde ese momento concedíle a mi pensamiento toda la amplitud de su acción y desde entonces acabóse para mí la llamada turbación espiritual, aun cuando hasta tres días pasados, y algo más todavía, algo faltaba aún para el completo dominio de lo que me rodeaba.

Debo hacerlos presente que cuando me encontré entre los míos veíame como enteramente material, como si la muerte no hubiera pasado; era, pues, tal como los demás, aunque muy pronto tuve la dolorosa impresión de mi aislamiento con respecto de ellos. Pedro era quien oía realmente mi voz y comprendía mi palabra, los otros tan solo la intuición de mi pensamiento y la influencia de mi presencia percibían, por más que su amoroso empeño dio a mi presencia en medio de ellos la mayor realidad material. Lo que desde ese momento todos claramente percibían, era la inspiración de lo que tenían que comprender y enseñar de mis doctrinas. A ellos justamente fué debida la unidad de criterio en la predicación que muy pronto los Apóstoles empezaron a llevar adelante con el tema de mis enseñanzas. Débilmente y con algún temor primero, pero muy luego con grande y real entusiasmo. Ciertamente, mezclábase el resentimiento y ciertas tendencias hacia el deseo de la venganza con el perdón de las ofensas y con el amor hacia los enemigos que la doctrina imponía, y deslizábanse también de vez en cuando amenazas encubiertas y pronósticos que demostraban al Hijo de Dios como pronto a lanzar sobre la torpe humanidad los rayos de las iras del Padre; roas, a fuerza de constancia en las influencias continuadamente llevadas sobre los Apóstoles, con las inspiraciones que de Jesús recibían, (1) púdose suavizar los sentimientos naturalmente ásperos de esos hombres poco cultivados, cuyas modalidades mis enseñanzas y mis ejemplos no llegaron a modificar por completo, tanto más que el mismo Maestro habíase demostrado, en dos o tres ocasiones, duro y hasta inexorable con los pecadores recalcitrantes, con los hipócritas y traficantes de la palabra de Dios. Jesús ciertamente, en esas ocasiones, olvidando la naturaleza del hombre, doble en su esencia de alma y de cuerpo, e inmensamente atrasado en su jerarquía espiritual, por su sometimiento ciego a los instintos animales y a los impulsos de la carne, habíase abandonado a esos ardores del alma, propios del Ser que se asfixia en medio de la pesada atmósfera y profundas tinieblas que el vicio y la ignorancia comportan en el mismo momento en que contempla muy próximas ante sus ojos las claridades del elevado ambiente espiritual que le corresponden a su adelantamiento y que él venido ha para ofrecerlo a los hombres en cambio de su situación de tinieblas y podredumbre, mediante el precio de un poco de labor, un poco de moralidad y un poco de ese bien entendido amor a sí mismo, que hace amoroso al hombre para con los demás hombres, rodeándole por eso de afectos que siempre vuelven para su propio beneficio... ¡Oh!... Cuándo comprenderán los hombres que tan solo en el amor espiritual han de encontrar su engrandecimiento y su felicidad en el porvenir?.

**(1) Tan solo un Jesús, seguramente, podía elevarse por encima de las pasiones, al punto de que pareciera él el favorecido con la indulgencia de los demás.**

Cuanto es difícil para el hombre la inteligencia de las cosas más simples, si es que ellas guardan relación con el sentimiento de amor, al cual es aún refractario. He ahí que tropiezo ahora, en el cerebro del hombre que me sirve de instrumento, con una extraña exposición que se le ha hecho referente a las hazañas de tres ladrones famosos, que en la India alcanzaron gran renombre, luchando por el nacionalismo hebreo. Lo que de ellos se dice y se supone, viene a coincidencia con el prestigio que Jesús alcanzara en estos

tiempos, diciéndose que con los elementos que esos personajes ofrecían, bien pudo dársele vida a la supuesta personalidad de Jesús por la pobreza de referencias en el asunto y por el espíritu novelesco del pueblo, resultando así, que las palabras de Jesús no eran otra cosa más que lo acontecido con los tres indicados bandidos, cuya figuración constantemente hostil a la dominación romana y en guerra permanente en contra de los ricos y poderosos, que todos eran ciudadanos romanos, constituía el nacionalismo hebreo militante y un timbre de gloria para el pueblo que los secundaba, poniendo en serios apuros, en más de una ocasión a las autoridades imperiales.

Esos bandidos ciertamente existieron, y muchos otros también, que llevaban en causa común sus robos y maldades con la crítica que hacían de las injusticias de los dominadores extranjeros y de los abusos y opresiones de los ricos en contra de los pobres. Pero su vida era de vicios y de crímenes, sus conciencias, cavernas de tinieblas, horribles antros de desolación. Robaban más al romano que al hebreo, porque aquellos eran los dueños de las riquezas y los mataban de preferencia, por cuanto érales preciso para el robo y porque también romanos eran los que procuraban impedir sus desmanes. Sin duda, en los primeros pasos de mi vida pública, siendo aún muy joven, víme arrastrado hacia las agrupaciones que conspiraban en el silencio en contra de la opresión y exacción que sufría el pueblo y que iban de día en día en aumento, pero esas asociaciones importaban el propósito del sacrificio de sus miembros para libertad del pueblo y nunca fueron sus propósitos la depredación y los homicidios. Eran ésas las únicas agrupaciones en que mi alma ardiente pudo encontrar cierta perspectiva de sacrificio personal a favor de los débiles y desheredados. Verdad es que las palabras de odio y de venganza que oíanse en esas reuniones, chocaban dolorosamente con el sentimentalismo de Jesús y llevaban confusión en su mente, al ver por todas partes que el choque de las ideas, choque era más bien, de pasiones y que detrás de las apariencias de verdad y de justicia, tan solo los bajos propósitos de la conveniencia personal y de la satisfacción de sentimientos rencorosos; hasta debajo del mismo manto de la religión descubrí muy pronto la hipocresía, en lugar del amor a la justicia. Mas fueron ciertamente esas primeras agrupaciones nacionalistas las que dieron el primer empuje hacia el despertar de mi misión, aún dormida en sus propósitos.

No he de olvidar de confirmar la falta de publicidad de mi obra y de mi nombre que con justicia se afirma, pero malamente se aplica en la negación de mi existencia, por cuanto conocida era la obra de los bandidos, para los romanos principalmente, siendo ellos las víctimas. Hasta la misma Capital del Imperio llevadas eran oficialmente las obras de ellos, con sus nombres y cuanto detalle llegarase a saber. Los viajeros también crónica llevaban de lo acontecido. El hijo del carpintero de Nazaret, en cambio, solo era seguido de los pobres, de los desdichados, de los que sólo por los lazos del dolor ligados son en la Tierra, de esos a quienes nadie busca, de quienes todos huyen y que ni el recuerdo de ellos se quiere... ¿Quién y para qué había de dar testimonio escrito de esto? - Tan solo Dios prestó prestigio a la obra del Hijo porque era la obra del mismo Padre que le enviara, y hé pues ahí que sin ninguna mención de los hombres que dirigen las letras, quienes antes bien esforzaron en echarlo al olvido, he ahí que el hijo del humilde carpintero de Nazaret, sin una sola testimonianza de algún valer y con muchas negaciones en su contra y el mayor número esforzándose en su perjuicio, hélo ahí testificado por las gentes, en su persona y en su obra. Así también, inútil os será el que cerréis los oídos ante mi nueva palabra, por cuanto ella será oída y testificada por vosotros mismos, que la negáis y que cerráis los ojos

para no leer estos mis dictados, escritos en verdad con la misma mano de uno de los hombres que menos ha creído en mi persona y que más ha despreciado mi obra, como la obra de un *alucinado inconsciente, sin hogar y sin tarea honesta*.

El mismo puede dar testimonio, con la pluma con que su mano lo dicho insértalo en el papel, y, aún respetando su silencio, quiero preguntarle, para la mayor luz de su misma inteligencia: ¿qué lo indujo, qué fuerza lo empujó hacia el cambio radical dado, si únicamente de testimonios contrarios a mi persona se ocupó con el sincero convencimiento de que ella formaba una gran mistificación en la historia de la humanidad? (1)

(1) **Completamente convencido ahora de que es realmente Jesús el autor de la "Vida de Jesús, Dictada por Él mismo", como que lo es también de estas comunicaciones, que vienen a formar como una ampliación de ella y un complemento a sus enseñanzas, confieso que antes de pensar así, había llegado a cobrarle verdadera antipatía a la persona del maestro, no precisamente a la persona, sino al papel que se la hacía ocupar. Incapaz de abrigar un mal sentimiento para con nadie, mi disgusto se concretaba precisamente sobre la personalidad fabulosa que, según mi entender, se había formado bajo el nombre de Jesús, atribuyendosele todo lo que los Vedas dicen de Christna. Yo creo aún ahora mismo, que con los solos elementos humanos que poseemos al respecto, nada puede decirse de seguro respecto de Jesús. En cuanto a las causas de un cambio radical, han de buscarse en la continuada cadena de manifestaciones, a cuales más evidentes y asombrosas, que ni aun capaz sería de referirlas. No es que mi positivismo en nada haya sufrido, únicamente se ha modificado. A lo que siempre me había revelado, para lo que me encontraba enteramente refractario, era a creer que Jesús había tenido el conocimiento claro de que iba a morir por sus doctrinas y que aceptaba la muerte con entero conocimiento de su necesidad para el triunfo de las mismas. En fin, que tenía perfecta conciencia de lo que iba a suceder y que lo aceptaba en bien de la humanidad. Ahora tengo de ello el más profundo conocimiento Ovidio Rebaudi — el Médium XX.**

¿No véis en todo ello la mano del Padre, que, por senderos los menos sospechados, hace llegar su palabra de vida hasta el corazón de sus hijos? En balde los Espíritus de las tinieblas pretendieron levantar dique infranqueable para la marcha de la predicación de Jesús e inútil también será el que las veleidades humanas préstenle apoyo a la obra satánica, pues por encima de todo ciérnese el Padre con el propósito de la salvación de todos sus hijos, por cuanto **Dios no quiere la muerte del pecador, sino que él viva y se regenere, por cuanto al fin todos serán salvos. No es el Dios de muerte, sino de vivos.**

Regocijaos así en éstas, que son señales de los tiempos, pues dedúcese claramente de ello, la mayor comprensión alcanzada por los hombres, su mayor penetración para con las cosas del plano espiritual y su mayor capacidad para las percepciones en el más allá.

Mas he de venir en deciros aún, por cuanto, hasta el ruido que levántase alrededor de fenómenos de los Espíritus, ha de venir en menos y han de llegar al mayor silencio, mientras éstas, mis palabras, sin ruido, habrán ya muy sencillamente conseguido su lugar de preferencia en inmenso número de hogares... **No rechacéis, pues, ahora vosotros, mis palabras, porque lo que ahora os digo, ya antes también os lo dije... Venid más bien a mi por la humildad y por el amor; llamadme con el alma, que pronto a vuestro lado estaré".**

## CAPÍTULO XXI

Vuelve a decir algo referente a los Espíritus desencarnados en relación con los encarnados y combate el abuso que se hace de los llamados "mitos" para explicar personalidades que se empezó por desfigurarlas, para poder tener el derecho de negarlas después declarándolas "mitos", de cuya suerte evitan el pesado trabajo de cernidor. Los pueblos que habrían creado "mitos" de elevado significado, estarían a la altura de la concepción de esos ideales y fácilmente tendrían también personalidades de esa elevación. Afirma que sus enseñanzas fueron en parte adulteradas al pasar hacia el Occidente, principalmente en Alejandría. Que en los Evangelios, algunas cosas que no fueron dichas por él que en sus comunicaciones anteriores no lo hizo observar por el temor de que se dudara mayormente de la autenticidad de sus nuevas comunicaciones.

QUERIDOS hermanos míos, algunas cosas os he manifestado ya de los Espíritus que dejaron su cuerpo en medio del mundo de la materia para vivir como Espíritus dentro de sus familias de Espíritus. Ahora vuelvo nuevamente en añadir alguna cosa más a lo dicho; pero, preciso es que entendáis cuán dificultosa es la comprensión de lo que en una esfera acontece para los que en la otra esfera habitan.

La idea de lo que vosotros llamáis *mitos* comporta, en general, mucho más de verdad de los que vosotros exageradamente suponéis. Es a decir, que veis vosotros en la creación de *mitos* que formarían hasta personalidades sin existencia real y únicamente para dar forma al *mito*. Los pueblos que alcanzaron a esas concepciones, poseyeron también hombres que a esas alturas llegaron, sino que rodearonlos, como a mi propia persona rodearonla asimismo, del aparatoso recurso de lo milagroso y sobrenatural. Cuando, pues, encontraron los contemporáneos, en la tradición o historia de los hombres que fueron, mucha cantidad de hechos meritorios y mucha grandeza de alma confundidos con fábulas de lo sobrenatural y milagroso, rechazáronlo todo, como si todo fábula fuera y tal rechazo éralo por no querer hacer trabajo de cernidor para separar lo verdadero de lo falso. Así, pues, muy grande exageración prodúcese, definiendo como *mitos* lo acontecido con Hornero, con Pirro, con Alejandro, con Sócrates, Arquímedes, Cicerón, César y todos los grandes hombres que la humanidad tuvo. Muy grande exageración por tanto, es también y muy torpe juicio el de los que a *mito* asimismo llevan la vida y hechos de Jesús. Locos tan sólo que fueran podrían comprender semejante afirmación, cuando testimonios tan numerosos aparecen de la realidad de Jesús y cuando el elemento espiritual humano lógicamente comporta desde hace tiempo personalidades de tales como las que a Jesús se atribuyen. Pero, más cuesta llevar trabajo de cernidor, para la separación de lo falso y de lo verdadero, que lo de adornar algo mejor la realidad, sin mucho buscar y menos pesar y analizar, para hacer de todo un *simple mito*... ¡Cuánto fácilmente tráese así solución a todas las cosas, por los Espíritus simplistas! - Mas la verdad es siempre la verdad y no puede resultar de arreglos artificiosos, sino que únicamente como es, ha de ser. No busquéis, pues, dificultar la verdad, ¡oh hombres incapaces de sentirla y concebirla!, pues tanto más cerca de ella os hallaréis, cuanto mayor sea vuestra sinceridad y más simples los senderos por donde la busquéis.

Así, por tanto, Jesús vino al mundo como todo hombre viene a él. Nada hay que confirme lo que se dice referente a los acontecimientos de que habríase rodeado su nacimiento y tanto de infantil comporta el juicio de los que vieron lo sobrenatural en abundancia mezclado con el nacimiento y vida de Jesús, como el juicio de los que, aceptando las apariencias de ello, como si lo milagroso debírasele ver confundido con todo



lo del Cristo, trataban después como un *mito* la personalidad del Maestro. - ¿No era de mejor juicio, de juicio más maduro, el estudiar las cosas para asignarle a Jesús el justo lugar que érale debido, en vez de convertirlo en una personalidad imposible, para calificarla así de *mito*, introduciendo un error grave en la historia humana?

Lo mismo lo de desfigurar la historia de una persona como lo de hacerla pasar por un *mito*, lo que en verdad consecuencia es de lo primero, obra de mentira es únicamente.

Así también, en muchos otros casos, casi en todos decir podríase, la personalidad quedó escondida por la confusión de acontecimientos sucedidos con otras personas y en otros tiempos. Mas el fondo comporta la verdad siempre y no el *mito*.

Colócanse justamente los mayores *mitos* en medio de pueblos los menos capaces de crearlos.

En algunas ocasiones ciertamente, hay fundamento en el reconocimiento de *mitos*, mas muy a menudo los hombres, incapaces hasta de comprender ciertas acciones elevadas, hácenlas formar parte de entre los *mitos*, y *mitos* son también los Seres capaces de cernirse a esas alturas.

Sin duda, mi vida y mi obra sufrieron una fuerte conmoción al pasar nuevamente, después de mi muerte, de la India a Alejandría, a Grecia y a Roma. Los acontecimientos fueron ganando prestigio, alcanzaron nuevas modalidades, al punto de encontrarse en Alejandría medios de coincidencia entre la nueva revelación traída por el Hijo de Dios y las viejas creencias del remotísimo Oriente, retrotrayendo después el mismo nacimiento y actuación del Mesías a esos tiempos antiguos, cambiando todo ello en una sola cosa, que confundieron, haciendo de todo carne con la persona de Jesús, la que se convirtió en una cosa extraña para él mismo. Así fué la concepción virginal de María; la muerte de los inocentes; la segunda persona de la Divinidad, siendo también Dios; los ciegos que salían viendo, los sordos, que oían; los maltrechos, que se levantaban y andaban; los muertos que resucitaban... Nada de todo ello, nada creédmelo en nombre de vuestro Dios y del mío, en nombre de vuestro Soberano y del mío, en nombre de vuestro Padre y del mío, nada Jesús hizo, y nadie tampoco, puedo asegurároslo también, nadie tampoco antes lo hizo, por cuanto las leyes eternas e inmutables de Dios no van sujetas a contradicción ni aún tan solo por un momento. Así también, y tan sólo así, puede la perfecta justicia tener en el Universo entero su absoluto dominio, por cuanto pequeñas desviaciones de la derecha vía de lo perfecto, conviértense en desviaciones infinitas cuando del infinito se entiende; vése ciertamente el punto de partida, más no el de llegada y sólo se percibe que la línea tanto mayormente sufre desviación, cuanto más en ella se adelanta. Quiere decir esto, que si las leyes de Dios llegaran a posibilidad de modificaciones, prueba sería de su falta de perfección y que la consiguiente mutabilidad quitaría toda fijeza al plan de la Creación. Ciertamente, el conocimiento acabado de las leyes de Dios proporciona al poseedor medios para la ejecución de hechos grandiosos, imposibles aún de concebir para vuestra inteligencia atrasada, mas he ahí a los Seres que a tales alturas en los conocimientos han llegado, colaborar, desde ya y desde que tal progreso alcanzaran, en la obra inmensa de la evolución universal, antes bien que descender a la Tierra para hacer gala de su poder y de su habilidad, entre el azoramiento de la población infantil que puebla vuestro dormido

Planeta. -¡Oh, no!... ¡No pretendáis lo absurdo y lo imposible!... ¡Demasiado infantil, debéis ya comprenderlo, es la idea de un Dios abandonando el Universo, para encerrarse en una cáscara mortal, y empequeñecer todos sus atributos, hasta el punto de igualarse a los pobladores, tan poco inteligentes de este terrón de Tierra, a objeto de consagrarles, a ellos exclusivamente, toda su infinita grandeza, llegando aún a violar sus propias leyes, antes inmutables, para que comprendan, crean y se salven; y como todavía todo eso no es suficiente, se entrega. . . Él, el único que es realmente. . . El, lo Infinito, lo Absoluto, lo que no puede dejar de ser ni un instante, ni sufre mudanzas, Él... Dios, hecho hombre, se entrega a la muerte corporal, para que el hombre viva de vida espiritual! - ¿No véis que aún blasfemia en contra de Dios es el uso de tan poco respeto para con su excelsa persona?

Es que acontecido ha para con la idea religiosa entre los hombres, lo mismo que con la evolución de los demás conocimientos. Es decir, que de su embrión ha ido y seguirá elaborándose hasta llegar a las alturas que le correspondan, mas en su larga carrera la ignorancia y el fanatismo fuéronla ataviando de manera imposible y las falsas interpretaciones más tarde desfiguráronla mayormente todavía. He ahí después, que al pasar mis doctrinas de la India para los pueblos del Occidente, se les quiso embellecer o darles mayor importancia, añadiéndose lo que en las antiguas religiones del Oriente se enseñaba respecto de la trinidad y otros principios, que, como os dije, yo no había enseñado. Así resultaba también, mi misma persona muy adulterada, escribiéndose también lo que llamado fué Evangelios, con todo ese cambio que os digo y que no pocas falsedades comporta.

En las comunicaciones que antes Jesús diera, esto dicho no está, por cuanto, si aun no atacando los Evangelios, creída no era mi palabra, mucho menos hubiéralo sido, si en oposición a esos escritos, hubiérase ella desde un principio revelado. El tiempo es llegado mientras tanto de darle su lugar verdadero a cada cosa, y repíteos aún, que veránse éstas, mis nuevas aclaraciones y enseñanzas, llevadas en el orbe entero, por aquellos mismos que hasta ayer desoyéronlas y negáronlas, incrédulos de su verdadero origen.

## CAPITULO XXII

**Habla Jesús de los esfuerzos llevados a cabo por El en las ciudades de la Galilea y de su poco éxito, insistiendo nuevamente en el poder de la verdadera fe. Se refiere también a su limitada actuación en Samaria y da las razones de esa limitación.**

DESPUÉS de sus nuevas predicaciones de la proximidad del Reino de Dios, en todo el territorio de la Judea, y de que toda cosa debía para ello mismo anticipadamente prepararse, levantando templo de amor y de justicia en los corazones de los hombres; con mucha más energía vuelto era en las tierras de la Galilea, que más que ninguna refractarias fueran a las palabras del Mesías, y aunque muy poca mejor disposición alcanzara, de Cafarnaún no obstante muy buenos elementos para su obra se le añadieron, hasta que como setenta discípulos consiguiera, y aún más, en encargar de la enseñanza de las nuevas doctrinas por los parajes que extendíanse cerca de ella. Es a decir, por tanto, que antes y después de mis largas peregrinaciones por tierras lejanas, desde Philippópolis, Sidón, Tiro, Damasco y más adelante aún en la Siria y en la Fenicia, muchas veces por Cafarnaún principalmente, Bethsaida y Corozaim pasara y detuviérase en su paso el Mesías, para dar también en ellas testimonio evidente de su ministerio, tanto como comportaban las costumbres y exigencias de esos tiempos, en que pretendíase que todo verdadero mesianismo había de dar fe de sí, no tan sólo en la sabiduría de las ciencias divinas y en la santidad de la vida y en el dominio de la verdad de sus palabras sobre la de los otros oradores en las Sinagogas, sino también en el poder de lo sobrenatural, que habíale de acompañar a todo verdadero profeta. Jesús encontrábase colocado mucho más alto que los profetas, como el Hijo de Dios, el Mesías prometido en las Sagradas Escrituras, el Salvador del mundo, y tal comportaba realmente su elevada misión, como bien lo sabéis, mas no, no había de ser el milagro, ciertamente la violación de las leyes inmutables de Dios, lo absurdo, en fin., no había de ser, ni podía serlo, el testimonio evidente de su mesianismo, cuyas demostraciones en cambio debíanse asentar en la evidencia misma de su elevado ministerio, evidencia que quedara de manifiesto ya con las particularidades que rodearon el nacimiento de Jesús, multiplicadas y engrandecidas por la fantasía popular, así como con los primeros pasos de su actuación en el Templo y en medio de la familia, antes aún de que se le mandara estudiar en Jerusalén. No es decir ciertamente de los milagros, que no existieron; **mas preciso es, hermanos míos, inclinarse ante los altos designios de Dios, que por medios incomprensibles para el hombre rodea la verdad en cada tiempo de la forma de prestigio que más le con-viene, para que sean cumplidos los propósitos de su nueva enseñanza entre sus hijos.** No es decir ciertamente de los milagros, que no fueron, os lo repito, mas el elevado misticismo, evidenciado por Jesús desde su primera infancia, sus celestes visiones y la forma sentenciosa y a menudo profética de sus palabras y hasta su mismo retraimiento en medio de la soledad, buscada para la elevación de sus preces al Señor, colocábanle en una posición de mucha superioridad frente a los demás jóvenes del pueblo y también de los hombres, que vigilaban las extrañas manifestaciones de esa superioridad a menudo con mal disimulada envidia o con manifiesto despecho.

Ya os dije que en ninguna parte fué tampoco aceptada en un principio la actuación de Jesús como en Nazaret, si bien mucho cambio hubo después en su favor, hacia el fin de lo que establecido érase como obra encomendada por el Padre.

Al menos escondido hubiera el padre, madre y hermanos, antes de presentárenos como Hijo de Dios, decíase, confundiendo ¡así mi filiación divina con la carnal, que érale común al Mesías con los demás hombres. Así también buscábase comparación entre las palabras de Jesús, dichas en demostración de la nueva doctrina, con las enseñanzas de las Sinagogas, en que defendíase la vieja doctrina, encontrando fácilmente motivos de contradicción, basados más en los viejos dogmas, que en la justicia. Causa, pues, es esta por la cual distanciado casi siempre anduvo el Mesías del lugar de su nacimiento entre los hombres. Mas no fué únicamente Nazaret la tierra que demostrárale ingratitud al Mesías, sino también esos mismos pueblos en que mayor había sido el esfuerzo de su palabra, como Cafarnaún, Bethsaida y Corozaim principalmente, y que mal respondieron, durante mucho tiempo, a los amorosos llamados que en nombre del Padre hiciérale obstinadamente el Celeste Portador de la Buena Nueva. Así, por tanto, en las postrimerías de su ministerio, vióse un tanto agriada la imperturbable paciencia y el amor hacia los hombres del Hijo de Dios, cuando, no obstante la importancia que en Cafarnaún hubiera empezado a recoger la nueva doctrina y no obstante los buenos y bastante numerosos discípulos que consiguiera, así como los sinceros afectos de que rodeáronle al Maestro los sencillos pobladores de las riberas del mar de Tiberíades, volvieron así mismo a perseguirle la mayoría de los pobladores, no tan solo con su incredulidad, sino a menudo también con mal disimuladas muestras de hostilidad hacia quien veníales a reprochar en nombre del Padre su completo olvido de las cosas celestes y su vergonzoso apego a los bienes materiales. Irritábase mí prédica persistente en anunciar la proximidad del Reino de Dios y el derrumbe de todas las instituciones que no respondieran a la nueva revelación traída hacia los hombres por el mismo Hijo de Dios.

Téngoos dicho ya de todo lo que en Jerusalén recabara como aprovechamiento de los conocimientos que habíame de servir para el ejercicio de mi ministerio, así como de lo que en la *Cábala* alcancé para el favor de los desgraciados. Pero también en aprovechamiento de lo que había de desarrollarse más tarde en, la persona del Mesías, con relación de sus elevadas alianzas en el Reino de los Cielos, mucho sacó de ahí, y éstos fueron por tanto los medios que, en fuerza también de su superioridad, valiéranle para librar a muchos hombres de las obsesiones del Espíritu del mal. Esto y la curación de muchas enfermedades, así como el conocimiento profundo que Jesús tenía de los hombres y que le dictaban medios de previsión del porvenir, su penetración también en el conocimiento de los propósitos de los que lo rodeaban, la facilidad de solución rápida a todas las dificultades que se le presentaran, la vehemencia de sus afirmaciones y el tono profético de sus palabras, todo ello, y lo demás que ha sido dicho, habíase esforzado Jesús, con su más grande deseo y con la mayor habilidad de que era capaz para que fuera tomado como el testimonio evidente de su misión, que formara pues ello la prueba externa irrecusable de lo que internamente érale a Él sólo revelado, mediante las elevadas alianzas celestes, que le acompañaban y ayudaban invisiblemente en la gran obra de la redención humana.

Así, por tanto, no es de extrañarse que alguna vez, en las postrimerías de su estada entre los hombres, cuando la negra ingratitud de ellos preparábase para aniquilarle corporalmente, no es de extrañarse que un profundo sentimiento, una gran pena arrancárale palabras de reproche y de amenaza principalmente contra esas ciudades, en las que su predicación tanto se había esmerado. Es justicia, no obstante, el decir que mucho de bueno consiguíose, en medio de esas poblaciones, que padecían al fin del general descreimiento,

habiéndose llegado no tan solo en esas ciudades de la Galilea, sino asimismo en la Judea hasta a olvidar lo que siempre por dogma habíase tenido, esto es, lo de la *resurrección*, que algunos tomaban por lo que vosotros llamáis reencarnación y otros por su vuelta a la vida como Espíritus, en el Cielo, después de la muerte del cuerpo, y otros todavía como volviendo a la Tierra con los mismos cuerpos y era así la resurrección para algunos en la Tierra y para los otros en los Cielos, pero para la mayor parte fábulas habían llegado a ser, nada viendo fuera de la vida que llevaban en la época de su presencia en el mundo. Todo así para la mayoría, llevado era con indiferencia y más bien lugar de costumbre que de devoción tomaban en sus corazones las prácticas religiosas.

Recordad, hermanos míos, lo que ya os dije de cómo debía de ser la fe respecto de las cosas que del Padre trajo el Hijo. Recordad, asimismo, lo que del poder de la fe también os fué dicho con palabras como estas: "En verdad os digo que cualquiera que dijere a este monte: Levántate y échate en el mar, y no dudase en su corazón, más creyere que se hará cuanto dijere, todo le será hecho". Es, pues, que la fe tanto puede cuanto grande es y tanto alcanza cuanto en intensidad se levanta. Sea por tanto vuestra intención, puesta en el bien y firme vuestra fe y así también lo que dijéreis: sea, así será y lo que dijéreis hágase, asimismo será hecho.

Es, también, a deciros que no debéis extrañaros, si de Samaria muy poco testimonio os doy, porque si ciertamente en medio de esas gentes diérais testimonio de mi ministerio, y más de una vez también, las elevadas manifestaciones de que encargado fuera el Maestro ofreciólas para su conocimiento; mas era también ese pueblo refractario a todo lo que en la Judea tuviere nacimiento y era como de la Judea salido Jesús, considerado, en cuanto a la palabra de las enseñanzas que llevaba entre las gentes. Mas, justo es decir, que buenos creyentes también ahí surgieron, sino que era tal el pensamiento de esa gente que muy difícilmente de él se movían aceptando creencias de otro pueblo y a más prestigio e importancia grandemente perdía para con las gentes de la Judea y de la Galilea y demás denominaciones todo maestro de religión que en Samaria enseñara y de ahí saliera llevando asimismo la palabra a los otros pueblos. Hasta prohibición absoluta era para los judíos en todo lo que fuese tratamiento con los Samaritanos. Jesús, por tanto, llenó su cometido llevando la buena nueva entre los Samaritanos también y hasta como ejemplo tomólos ante los judíos en muchas ocasiones para despertar su amor propio en favor de la nueva doctrina, mas sin vencer los límites que comportaba el interés de la propaganda, la mayor probabilidad de éxito para las enseñanzas que el Hijo de Dios traía a la Tierra para la salvación de sus moradores.

Si de esa fe de que yo os hablo vestigios hubiera encontrado en los tiempos que digo, ciertamente desde un principio a grande altura mis doctrinas hubieran alcanzado, mas ni aún esa fe conseguí formarla y tampoco eran para ella preparados los tiempos, pues que semejante elevación en la fe, como ya os lo dije, elevación antes exige en todas las virtudes del Espíritu. Obtuve no obstante en muy numerosos discípulos esa fe sencilla que ciegamente se afirmaba en la autoridad del Hijo de Dios, a quien ellos reconocían, fe suficiente para llevar en provecho de la divulgación de la doctrina ya completamente formada, pero no lo suficiente para elevarse en alianzas superiores con los Espíritus del Señor, levantando al alma humana hasta la inspiración clara de las eternas verdades, que tan solo de Dios vienen. En esto fué la causa más tarde de las desviaciones que las enseñanzas

de Jesús sufrieran hasta el punto de llegar a los criminales absurdos, que llenaron el mundo de odios en vez del amor, que se enseñara, de guerras, en lugar de la paz fraterna predicada, de divisiones profundas entre los hombres, en cambio de la unidad de miras sobre una moral común.

De esa fe sencilla mucha pruebas recogiera seguramente el Mesías, en todas partes; mas la dulce impresión repetidas veces recogida entre los sencillos pobladores de la orilla del mar de Galilea en Cafarnaún grabóse profundamente en el corazón de Jesús, acompañándole y dulcificando en más de una ocasión los duros trances del Apóstol y del mártir.

-¡Oh!... ese tan suave bálsamo para el sentimiento que sólo amor buscaba, porque sólo amor sembraba, ése, como todos los que en mi larga y dolorosa carrera bajaron en alguna abundancia sobre mi alma, suavizando sus penas y alentándola, resplandecen ahora bajo la forma de brillantes diademas que coronan a centenares de Espíritus de luz, Espíritus del Señor, que, en la felicidad perfecta, rodean hoy a Jesús en el Cielo, como rodeáronle en esos lejanos tiempos dándole el apoyo de su fe y el aliento de su cariño.

## CAPÍTULO XXIII

**Vuelve a referirse a la extensión que abarcó su apostolado y a la intensidad de su labor de propaganda.**

QUERIDOS hermanos míos: Bien sabéis, pues ya os lo dije, que mucha mayor extensión y mucho mayor tiempo llevaron las obras de mi Apostolado de lo que los hombres guardan memoria. Muy pequeña en verdad fuera la obra del Mesías, si en lo que escrito está, tan sólo encontrárase comprendida. Por-que ciertamente todo su tiempo ocupáralo Jesús en sus siembras por toda la heredad del Padre que cupiérale tocar con sus plantas. Así en las lejanas tierras, más allá de Philippópolis, Cesárea y Tiro, más allá aún de Sidón y Damasco, hasta por los confines de la Siria. Mas carecían aún en esos tiempos de la necesaria unidad las enseñanzas de Jesús, las que íbanse no obstante orientando hacia formas mejor definidas, dictadas por la misma ignorancia de los pueblos que él visitara y que mudos y estáticos permanecían ante sus entusiastas demostraciones, más impresionados que amaestrados por ellas.

Tan presto arrancaba el Mesías sus calurosas arengas de los esplendores del firmamento, en donde las infinitas moradas de la Casa del Padre preparábanse para recibir a sus hijos de la lejana Tierra, que quisieran adorarle en Espíritu y en verdad; tan presto tomaba sus enseñanzas de las armonías de la naturaleza; tan presto deducía de la razón pura sus argumentos, o aprovechaba como punto de partida, las miserias e injusticias de que los pobres eran víctimas y hasta de la pasión misma, que corroe los Espíritus, arrancaba vibrantes demostraciones en favor de la fraternidad y hacía los esplendores del brillante porvenir que a los resignados, a los humildes, a los caritativos, a los Mesías de fe, tiéneles el Señor reservado.

Estos sermones llenos de entusiasmo, pero muy difusos las más de las veces y abundante en abstracciones, impresionaban vivamente a mi auditorio en el principio, más fatigábalo muy pronto revelándoseme su falta de atención por las miradas vagas y los semblantes distraídos. Los pueblos de la Judea más fácilmente recibían la palabra del Mesías, por cuanto éranles más familiares las cuestiones de la religión y mayor era la costumbre entre ellos, en cuanto a los trabajos de los sacerdotes, de los oradores sagrados y de los maestros particulares o libres que manteníanlos en práctica por lo referente a esa especie de certámenes, exteriores al Templo, aunque guardando estrecha relación con él.

Esos otros pueblos, eran de mayor movimiento mercantil, más dados a las tareas de la vida y con mayor industria en hilados, géneros, pieles, artículos de bronce, barro, madera, etc., pero poco dados a la instrucción y llenos de espantosas supersticiones, que poco favorable relación guardaban con las enseñanzas de Jesús. Era empero evidente el deseo de esas gentes de escuchar la palabra del extranjero y de comprender su alcance, así como el de inspirarle sentimientos de afección hacia ellos, si no que tan luego dejaba de oírse al orador, volvían a tomar el lugar de sus enseñanzas las viejas supersticiones, prestigiadas por el recuerdo de los antepasados.

Ciertamente Jesús iba conociendo mejor a los hombres y aprendiendo los caminos para llegar a su entendimiento y alcanzar su corazón; pero si bien no dejara de recoger algunos frutos de su lejano Apostolado y cada vez mayormente fuera conquistando el

aprecio y la consideración de esas gentes, que llegaron a las manifestaciones de las mayores consideraciones y cariño hacia su persona, comprendía el Mesías que no eran éstos los lugares de su ministerio, y un secreto impulso llevaba sin cesar su pensamiento hacia la Judea y levantábase constantemente en medio de sus reflexiones la imagen imponente del Templo de Jerusalén, base del inmenso poder de ese clero fanático, egoísta e hipócrita, que él venía a combatir. Un sentimiento de temor por el impulso de la propia conservación, si no temor de no llegar a tiempo para la terminación de la gran obra que habíaseme confiado.

La favorable acogida hallada en mi peregrinación y las simpatías y afectos de que me viera rodeado, dábanme mayor confianza y vigorizaban la fe en mis destinos.

Muchas fueron las poblaciones visitadas y vueltas a visitar, durante las misiones llevadas a las tierras de los gentiles, sin encontrar mayor oposición a mí ministerio de parte del clero de los variados cultos que encontrara en las diversas poblaciones visitadas. El clero parecía en verdad generalmente superior a la idolatría profesada por el pueblo y nacida al parecer de la personificación de las virtudes y de las fuerzas en nombre de las que dábanse las enseñanzas, y el respeto y adoración especiales que se tributaban al *Gran Dios* o *Dios de los Dioses*, llamado también así como: *Baálsan* o *Baalresan* (no encuentro nombre parecido en vuestros cerebros) y al que gran culto todos los pueblos tributaban, aunque variando siempre la palabra de su nombre, daban a suponer que en principio de un solo Dios entendían, siendo las demás Entidades, también designadas como *Dioses*, de naturaleza diversa e inferior a ese *Gran Dios*, que sería por tanto el verdadero. Mas todo eso era tan confuso y enredado, que resultaba una idolatría muy complicada y de mucha inferioridad con relación al culto del pueblo judaico.

Había en esos tiempos en el camino de Corazaim hacia Damasco una ciudad a la que los conquistadores dieron el nombre de Philippópolis, que no era lo que también dijeron Cesárea Philippi, si no que eran dos poblados, siendo el primitivo y el más próximo de Corazaim del que yo hablo, por cuanto las construcciones romanas, fortalezas, cuarteles, palacio de la administración pública, y del gobierno militar, un gran Templo, depósito, etc., constituyendo una *posición fuerte*, así como los grandes muros de defensa y las muchas habitaciones nuevas ocupadas por civiles y militares, todas esas construcciones vinieron a formar una ciudad nueva que era propiamente la *Cesárea*, concluyendo por quedar separada de la primitiva población, que poco a poco fué quedando abandonada hasta perderse su memoria como si la ciudad Cesárea hubiésete edificado sobre un lugar desierto.

Así, por tanto, entre el pobre caserío que en los lindes quedara de lo que llamóse después *Vaneas* y más tarde Philippópolis, próximo a la orilla de un pequeño afluente del Jordán halló el Mesías en más de una ocasión lugar propicio que sirvióle de albergue y también de reposo para su Espíritu, en medio de esas almas pobres y sencillas que, de todo carecían menos que del movimiento de afección y de los dulces reflejos de la simpatía; mas sus alcances en las ciencias divinas eran nulos, siendo su religión un amontonamiento de ideas diversas, de idólatras, de judaicas y de *baalitas*,<sup>(1)</sup> todo confundido en medio de las más vergonzosas supersticiones.

**(1) Preguntado Jesús respecto de los adeptos de este culto, manifestó que así había designado él a los adoradores del *Dios Baal*, pero que en realidad había notables diferencias entre ellos, teniendo**



**cada ciudad sus dioses propios, con sus cultos peculiares, si bien existía también en esto una especie de intercambio, adoptándose a menudo las divinidades de una en otra, o en las otras ciudades. — O.R.**

En una de las ocasiones que habíase Jesús detenido por esas tierras algunos días, visitando y llevando la enseñanza de la nueva doctrina entre los lindes de Philippópolis, siendo empero, únicamente el dicho caserío el lugar de preferencia como morada de su retiro diario, en la vivienda de un anciano pescador, que de muy lejos traía el fruto de su pesca, de entre algunos riachos y lagunas por ellos formadas, cuyas aguas todas iban en derramar para el Jordán, supo de un sueño en que ofrecido había sido como el Salvador del mundo el mismo Mesías.

El tal anciano pescador no daba en muchas palabras para las manifestaciones de su Espíritu y de lo que érale dado de comprender como enseñanza, entre los otros, por el Mesías, más grande parecía su interés por lo que de los labios de Jesús salía, no únicamente por lo que érale a la doctrina debido, si no en cuanto a su cumplimiento también, siendo que de su pobreza, alivio sacaba en ocasiones para los más pobres que él. Jehová hále mandado a mi casa, oíasele decir, para aviso de las grandes desgracias que han de acontecer, por el abandono que háse hecho de su ley entre los hombres y para que prevenido esté yo para nuestra salvación. Así también héle soñado al Maestro, viéndole rodeado de ángeles y de ancianos profetas, a quienes una voz, que venía desde lo alto y que la misma de Jehová había de ser, de esta manera hablóles, en medio de muy gran luz y de retumbantes truenos: **"Ahí tenéis al Hijo mío, por quien venido he a glorificarme en la Tierra; escuchadle y ayudadle, por cuanto a Salvador de los hombres héle enviado". Oigámosle por tanto a este nuevo Profeta, que el mismo Hijo de Dios es, acatando sus enseñanzas de amor y llevándolas a la práctica sin cobardías.**

En mucho favor teníaese ahí a ese anciano, diciéndose asimismo de él que ofrecíasele en sueños el porvenir. Motivo fue esto para que la voz de mi ministerio corriera con mayor fuerza y prestigio entre las gentes de esos parajes que, si bien escucháronle a Jesús con verdaderas demostraciones de afecto, no manifestaban mayor entusiasmo en cuanto a la afirmación del origen divino de sus enseñanzas.

La fama de lo dicho corrió de ahí por todas partes, variándosele de forma y agrandándosele hasta afirmarse que Jesús en repetidas ocasiones, conversación había mantenido con el mismo Dios, que le enviara.

Esto acontecido había, en los últimos tiempos de mis jiras lejanas, durante mi definitivo regreso hacia las tierras de la Judea, poco antes de mi última estada en Cafarnaún, cuando ya la obra del Mesías próxima estaba de su madurez.

Ciertamente todos esos territorios habíalos minuciosamente recorrido, no tanto ni durante tanto tiempo como los de la Judea, mas por todas partes había llevado el Mesías sus enseñanzas, siempre rodeado de mucha gente, acompañado sin cesar en sus jiras, por hombres y mujeres, que manteníanle rodeado de la admiración y del cariño. Mas no tenía aún los que llamados fueron sus discípulos y de entre los cuales verdaderamente salieron sus Apóstoles, si bien el apostolado habíase presentado casi repentinamente en casi todos los que a él se consagraron, pero su selección de entre los discípulos fué hecha, lo cual

aconteció en lo que ha de llamarse la porción postrera de la grande obra del Mesías que, como ya os dijera, muy larga fué y muy grande extensión alcanzó, ocupando su vida entera, desde que salido había de coronar sus estudios en la Ciudad Santa. Es por tanto al último período del Apostolado de Jesús, a lo que la tradición únicamente se refiere y de ello únicamente hablan los que dicho fueron Evangelios.

Nada perdióse mientras tanto de mis siembras en la heredad del Padre, por cuanto todo fructificó mejor después de mi muerte de entre los hombres. Así por tanto aconteció que cuando llegaron a esas regiones mis discípulos, grandemente facilitada encontraron la obra de su predicación y con facilidad creían las gentes en el origen divino de su misterio, hasta admitir la propia divinidad del mismo Mesías, lo cual un grave mal fué para más tarde, mal que a muchos aleja ahora de las palabras de vida que, en nombre del único Dios, trajoles Jesús a sus hermanos de la Tierra.

Pensad pues ahora vosotros en esas palabras tal como acabáis de saber cómo ellas fueron y creed que su objeto primordial fué el de desarrollar el sentimiento de la fraternidad entre los hombres, arrancando también de él el verdadero fundamento de la adoración hacia Dios, a quien únicamente con el amor y por amor se le sirve. Comprended asimismo que el verdadero amor eleva al hombre, desmaterializándolo, es a decir, vigorizando su personalidad de Espíritu. El Espíritu después, libre así de las cadenas que lo sujetan, bajo la forma de bajas pasiones, entre las tinieblas del ambiente material, abre los ojos, a la luz espiritual y se eleva fácilmente, también en conocimientos por claridad mayor que alcanza su inteligencia. Es entonces cuando mejor comprende lo que le conviene desarrollar en su propio Ser y lo que debe buscar, pues es muy diferente la verdad y la ciencia de lo que a vuestros sentidos materiales se os ofrecen.

No olvidéis que la finalidad es el Padre y que todo lo que hacia Él no lleve, de la verdad se aleja.

## CAPÍTULO XXIV

No existe semejanza entre Jesús y el llamado "Jezeus Christna," personaje de la más remota antigüedad cuya relación hacen los Vedas.

HERMANOS míos: La predicación de Jesús, ya os lo dije, sufrió alteración desde sus comienzos, por el atraso de los hombres, que mal la comprendían, y por el mismo fanatismo e ignorancia de los Apóstoles, cuando a la obra del Mesías se sustituyó la de sus discípulos después del cruel sacrificio del Gólgota.

No os lo deja comprender así vuestra propia conciencia, cuando pensáis en éstas, mis palabras que también os fueron transmitidas: **Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo. Estas son las leyes y los profetas.**

¿El fondo mismo, lo fundamental, la esencia de lo que se me atribuye, como dicho por mí y repetido por mis Apóstoles, no os intuye de lo erróneo y contrario a mi misión de todo el conjunto de maravillosas añadiduras que a mis palabras se hicieran y aumentaran paulatinamente, en medio de la tradición de mi Apostolado?

¿Cómo puédesse guardar confusión entre el fin grandioso que la palabra de Dios traía al mundo, por la propia boca del Enviado Celeste, con las aparatosas demostraciones del culto idólatra, que más tarde se constituyó con los reflejos de antiguas religiones, con viejos mitos y hasta con dogmas entresacados de las primitivas tradiciones sagradas del lejano Oriente?

En lo que de las palabras de Jesús se dice, suficiente háse conservado de lo por él dicho realmente, para comprender su Espíritu, cuya confusión jamás la divina voluntad del Padre hubiérala consentido.

Es justamente el Espíritu, queridos hermanos míos, lo que de Dios viene, por cuanto la palabra es del hombre y tan solo se ajusta al Espíritu en cuanto la luz del alma consiéntela en cada caso, de acuerdo con la pureza del pensamiento y altura de la idea en cada hombre.

Así por tanto, si siempre hablé de mi Dios y de nuestro Dios, si en cada instante mostré pruebas de mi completa sumisión al Padre, que me enviara, y nada dije de ningún *Espíritu*, que no fuera significación de **Espíritu de luz, Espíritu de gracia o Espíritu de Verdad**, no *Espíritu de Verdad* y tampoco *Espíritu Santo*, como más tarde se añadiera, ¿por qué tórnase de mis palabras tan extrañas enseñanzas, formando tres Dioses, que han de ser no obstante un solo Dios, dándome a mí mismo culto divino y haciendo de lo que dicho es en general *Espíritu* una persona con el *Espíritu Santo*?

¿Cuándo fué dicho por Jesús: de su nacimiento de una virgen, *por obra del Espíritu*, de su esencia como segunda persona de la Divinidad y de sus muchos milagros, enderezando lisiados, haciendo caminar a impedidos, dando vista a los ciegos, oído a los sordos y resucitando a los muertos, todo lo cual referido es de la persona de Christna?

¿Cuándo, dicho fué por Jesús alguna cosa en cuanto a la muerte de los inocentes (que no sucedió), mandada por Herodes, y que referido encuéntrase ya con relación al nacimiento del mismo Christna?

Así muchas cosas más, son referidas como buscando semejanza entre el Hijo de Dios, entre el Mesías, entre el verdadero enviado del Padre hacia los hombres y ese personaje de la más lejana tradición de la humanidad; mas ninguna relación guarda, en verdad, lo uno con lo otro, si no es esa eterna intervención de Dios, bajo formas diferentes, en medio de la vida humana, para su adelantamiento y su marcha por rectos senderos.

No déis importancia a la forzada semejanza de dos nombres escritos en idiomas diferentes, diversamente pronunciados y hábilmente acomodados para traer confusión entre los creyentes, por los que no lo son. Puedo sí aseguraros, que si en el tiempo de mi muerte, poco o mucho tiempo después que ella sucediera, un adepto del que se dice *Jezeus Christna* hubiérale nombrado y mi nombre hubiérale pronunciado un hebreo cristiano, ninguna apariencia de semejanza hubiérase suscitado, viniendo a mayor diferencia sus nombres que el de Pedro con el de Juan, el de pez con el de pájaro.

Así por tanto, no os dejéis llevar por las extrañas fantasías que han venido a echar sobre la obra de Jesús las apariencias del mito mediante maliciosas confusiones entre lo que realmente se dijo y se hizo en nombre del Padre y lo que se añadió de fabuloso y sobrenatural.

-¡Oh!... Os lo repetiré con las mismas palabras: -¡Oh!... No me rechazéis ahora vosotros, porque no me os presento con los signos de la evidencia material y con el prestigio de mentidos milagros! . . . ¡No me rechazéis, pues, y abrid en cambio vuestros corazones a los celestes efluvios que de Dios vienen, abrid vuestras almas al eterno movimiento del eterno amor y ensanchad vuestros Espíritus hasta hacerlos uno con el de vuestro Mesías y Maestro, uno solo en cuanto a la grandeza que de Dios viene y hasta Dios alcanza, colocándome así a vuestro mismo lado y elevándoos a vosotros hasta mi misma altura, para que, en estrecha alianza, en el Padre nos encontremos, y por el Padre, testimonio habréis del Hijo, siendo la voz santa de la fe sincera la que tal mensaje carne hará con vuestro propio ser. Entonces también llegado habréis al perfecto dominio de la mísera naturaleza humana y próximos os encontraréis de la conquista que en el Cielo os es reservada al término de vuestra milicia.

## CAPÍTULO XXV

**Jesús señala el carácter progresivo del Cristianismo, fustigando a los que, con engañosos sofismas se esfuerzan en demostrar lo contrario.**

LA desgraciada condición humana, hija de la ceguera de su Espíritu, proterva obstinación en trabar los caminos de la Luz que de lo alto viene, levántoles altares a la mentira, en tanto que la verdad, muda, en desconocimiento permanece para su corazón y para sus orejas.

Es por tanto que la verdad que de Dios viene, no es recogida en su esencia, si, más bien turbiedad y mutación en sus entendimientos encuentra, hasta llegar en lo contrario de lo que ella es.

Dijérese por tal, que las enseñanzas que del Padre trájérsle el Hijo, la ceguera de la fe tan solo alcanzan en imponer sin brillo las luces para el porvenir, siendo en sí la quietud del Espíritu que no marcha por tanto en pos del progreso del intelecto y del engrandecimiento del alma, si, que enciérrale al Espíritu con el círculo estrecho de lo que por la fe fué enseñado.

Es empero que ellos mismos en completo desconocimiento óyeseles de lo que la fe es y hasta dónde ella alcanza, esto es hasta el Padre y llegaren en decir de Jesús lo que de sus labios jamás salió, sino de Roma.

¿Cuándo Jesús enseñare, que la fe ha de entenderse en creer de lo que no se vió? La fe transporta las montañas, sí, fué dicho y esto es en repetir cien veces, y cien veces cien vuelve el Hijo de Dios en repetíroslo, viniendo empero ahora en explicación también de lo que por la fe ha de entenderse, lo cual no podían llevar dos entendimientos de quien primeramente le oyeren.

¿No dijo Jesús de las desposadas, que debieran esperar al Esposo, encendidas las lámparas? - ¿Qué era esa lumbre, sino el calor y la luz del Espíritu, que en cuidarlas siempre despiertas, ha de invertirse?

¿No enseñó a la Samaritana, que el tiempo llegare que ni en el Templo de Jerusalén, ni en Samaria, vendría en orar al Padre, si, que en todas partes, esto es decir, en Espíritu y en Verdad, como en otras ocasiones añadiere?

Tales cosas no fueron claras enseñanzas del Progreso? No dije a los hebreos tardíos en entendimiento que escucharen mi palabra, que vendría el **Espíritu de Verdad**, es en decir, el progreso a dar luz en lo que todavía sus entendimientos no pudieron llevar? - **El Espíritu de Verdad**, o verdad alcanzada en cada época, es en decir el progreso ha de entenderse también por el consolador, siendo que en el conocimiento de la verdad encontrárase el verdadero consuelo, comportan por tanto más en más, la idea del progreso y no la de falta de movimiento de esa fe ciega de que éstos vienen en hablar, mas no el Mesías que en el nombre del Padre vino a enderezar los caminos torcidos que la humanidad siguiere y enderezólos para llevarlos hacia el progreso, ley fundamental del Universo, inculcando en

esos hombres atrasados y duros de la Judea lo poco que a sus entendimientos pudiere llegar, díjoles por tanto: Muchas moradas tiene la casa de mi Padre, y también: **Os es necesario nacer, renacer y volver a nacer.**

**En verdad os digo, que no verá el Reino de los Cielos el que no naciere de nuevo, como dijo él mismo.**

**Dios no quiere la muerte del pecador, sino que viva y se convierta, porque al fin todos serán salvos.** Ley de vida trajo pues el Mesías y no de muerte; ley de progreso por tanto y no las inculcaciones de una fe ciega y fría, que el fanatismo de los tales pretenden falsamente atribuirle, en tanto que tan solo en los corazones de ellos pudieren allegarse por las tinieblas de la maldad y del error de que llenos están.

Hipócrita simulación es la de querer encontrar en el Mesías la culpa de la falta de comprensión de sus incultos oyentes, y torpe falsía comportan las palabras de aquellos que hacen maliciosa confusión del amor que él inculcó y perdón de las ofensas con la sanguinaria maldad de los que derramaron a torrentes la sangre de sus hermanos en la Inquisición. **No matarás**, repitió Jesús con las antiguas escrituras, añadiendo:

**Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo. Esta es la ley y los profetas.** Es el orgullo lo que a los tales en honda obscuridad trae y en ella sopla sin cesar *el Espíritu del mal* que odio eterno lleva en mi contra, los voceros *del Espíritu de las tinieblas* son ellos por tanto y no es de dudarse que todo lo de Jesús, con odio lo reciben y con odio lo demuestran para los incautos que no descubrieron aún el lobo en medio del rebaño.

EL ESPÍRITU DE VERDAD, empero, de siglo en siglo, de edad en edad, luz os trae, en el sendero que os lleva en marcha constante hacia el porvenir llevándole de la mano al hombre de buena voluntad como verdadero consolador por el éxito en la labor sincera y paciente hacia el eterno progreso. Mis Apóstoles mismos no entendieron mis palabras, olvidando de ellas lo más importante: las reencarnaciones, la pluralidad de mundos habitados y la idea del progreso; lo escribieron empero en los Evangelios, sin darse cuenta. Quiérese mayor milagro que éste? Esto es en parte de lo que por ellos fué dicho como enseñanzas del Mesías, muchas más cosas, empero, de mis labios fuéles dado escuchar, siendo que en intimidades con sus discípulos, Jesús les instruyera de aquellas cosas más elevadas que no érales posible llevar a los entendimientos del pueblo, si que ellos también muy cortos eran y llena la cabeza de los preceptos de la religión imperante, poco más les era dado alcanzar y no era como para esto la ley del progreso; que aun ahora mismo los hombres no comprenden en su esencia, dispuestos tan solo para las cosas humanas por cuanto para las cosas del cielo muerta es para ellos la idea del progreso, siendo por tanto que su misma religión de estos tiempos, todas éstas encierran la verdad absoluta, queriendo decir que no hay progreso para ellas porque toda verdad es en ellas. Mis discípulos, que por tan solo las cosas más simples y más repetidas conservaron y enseñaron, en ellas empero, lo suficiente quedó para saber de mis enseñanzas y poder dar a los hombres buen adelantamiento en las vías del Padre, que lo infinito comprenden, porque hacia el Padre llevan.

Decíales a mis discípulos en ocasiones que llenábanme de preguntas sobre lo que es del Padre. ¿Si no comprendéis las cosas de la Tierra, cómo queréis que os hable de las del Cielo? Esto también digo ahora a los que, con razonamientos puramente humanos, quieren decir de las cosas del Padre y piensan que Jesús en ésta su nueva manifestación otras cosas grandes debiera enseñar, empero lo que su razonamiento no alcanza, no lo creen, siendo por tanto que lo que el Mesías les trae ahora, al alcance de los hombres de este tiempo está, si que llena tienen su cabeza de las tinieblas del orgullo, por rechazar la luz de la fe que no alcanzan. Todas las grandes cosas tan solo por la fe han sido alcanzadas y sin fe nada se engrandece y todo muere, en todo lo humano, asimismo, y en toda cosa nada se hace sin fe, para las cosas superiores empero superior también ha de ser la fe, como ya en otra parte os lo enseñare así, se encontró error en mis palabras en diciendo que el hombre formánle tres partes: el Espíritu, el periespíritu y el cuerpo, nada diciendo del cuerpo que ellos llaman fantasmático, porque según ellos, envoltura es del fantasma de los vivos, he aquí, empero como las cosas son. Tres son en verdad, como ya os dije, las partes que forman al hombre: Espíritu, periespíritu y cuerpo, siendo el periespíritu la envoltura permanente del Espíritu, si que el periespíritu no toma relación con la materia sin auxilio del elemento intermediario del magnetismo humano, por el cual se une con el cuerpo, primeramente el magnetismo de los padres forma conjunción del Espíritu con lo que ha de ser su cuerpo para vivir como hombre, después el ejercicio de la vida, por lo que dicho es asimilación, forma la materia del nuevo cuerpo y los fluidos que le van ligando al periespíritu del Espíritu para quien destinados son estos fluidos o magnetismo humano, envolviendo al periespíritu hácenle más denso hasta verse en ocasiones como fantasmas, separándose el Espíritu del cuerpo en el sueño profundo, éste no es empero otro cuerpo como se dice, si que el mismo periespíritu venido en mayor densidad por la acumulación de los fluidos vitales o magnéticos que nombran, también *fluidos animalizados*, los cuales se forman durante la vida material y desaparecen con ella, no siendo por tanto otro cuerpo. Mucha importancia tiene ciertamente la tal envoltura, porque con ella vive el Espíritu otra vida fuera del cuerpo con el sueño profundo, no guardándose recuerdo de esa vida de liberación porque el cerebro no fué en participación con ella, no pudiendo guardar impresiones de lo que en él no pasó. No es de decir que los Espíritus de los hombres dormidos van en ocupar el plano o planos espirituales, si más bien una región intermediaria más baja, de poca elevación por encima del mundo material que mal llaman plano fantástico. En esta región los Espíritus de los vivos relaciones alcanzan con los Espíritus libres, bajando éstos con la ayuda de esos mismos fluidos magnéticos que los cuerpos de los vivos proporcionales, casi siempre los Espíritus de los vivos siguen dominados por la materialidad de la vida terrestre, y es su vida fuera del cuerpo pesada y grosera como la que con el cuerpo lleva, no pocas veces aprovechándoles estos desprendimientos, algunos, empero muy pocos, empujados por sus aspiraciones y llevados por sus protectores alcanzan a más elevadas regiones, recogiendo mayor luz y energía espirituales que en parte conservan al despertar por la ayuda de los mismos protectores.

Sed, por tanto, así, puros en vuestros Espíritus, manteniéndoos tales como yo os lo enseñé, en el nombre del Padre, así también muy lejos ascenderéis por las vías del progreso, únicas que hasta Dios llevan.

Para traer confusión entre los Cristianos, dicen los mal intencionados que los Espíritus desprendidos de los vivos, son los que vienen en comunicaciones con los

médiums, cosa siempre imposible por el desconocimiento que los tales, tienen de su estado, pueden sí, perturbar algunas veces con su desconocimiento y ciega torpeza las comunicaciones, pero no darlas, de los Espíritus más adelantados empero, sí, suelen servirse los Espíritus libres para sus comunicaciones con los hombres por su mayor relación con el cuerpo, ahora, cuando mismo ha sucedido comunicaciones de un Espíritu de hombre dormido con un médium lejano ha sido para enseñanza, con la ayuda de sus protectores siendo en toda ocasión diferente de las otras comunicaciones, teniendo un propósito humano de progreso llevado por hombres adelantados, inspirados y ayudados por Espíritus más adelantados, no siendo por tanto obra de mistificación.

Lo dicho no ha de venir en confusión con las comunicaciones mentales que pueden tener lugar a grandes distancias también entre hombres de habla diferente, porque el pensamiento, en ese caso no precisa idioma.



## CAPÍTULO XXVI

### **El Reino de los Cielos sufre violencias y tan solo los violentos entran a él.**

EXTRAÑAS parecían estas palabras de Jesús a sus oyentes lo mismo que otras, **Yo no traigo la paz, sino la guerra**, y ello es porque olvidan que no hay paz sin guerras, ni victorias sin violencias.

No son guerras y violencias que la verdad y el bien promueven, sino que en su propia defensa véense ellos obligados a sobrellevar mas, ¡ay de la virtud, cuando en medio de perversidad de los hombres carece de fuerza para sostenerse!

El universo entero muévase a impulso de las fuerzas contrarias, que en el mundo físico, pueden definirse como fuerzas de atracción y repulsión y en el mundo moral, como el mal y el bien.

La lucha es, pues, condición necesaria de la vida y tampoco hay virtud sin esfuerzos y sacrificios.

Sin duda, la verdad vence siempre al fin y el bien llega a predominar siempre, y diversamente, Dios no sería Dios, pero ello ha de ser siempre, mediante la lucha y el trabajo.

Y así en el mundo material como en el de los Espíritus. ¡Bien equivocados van, por tanto, los que creen que mediante luchas temporales en la Tierra, pueden conquistar la dicha eterna en el Cielo! Mucho es el daño que los falsos profetas y malos maestros han hecho a la humanidad, de suyo propensa siempre a escuchar más lo malo que lo bueno, pero jamás dejéles faltar Dios a los buenos, un faro de bien definida luz que guiara con seguridad sus pasos por la senda que hacia Él lleva, sino que los mismos enviados para sostenerle al hombre en medio de la áspera ruta de la verdad, flaquean las más de las veces por los estorbos e inútiles dificultades con que le empeoran y hasta le imposibilitan la marcha.

El hombre mismo es, pues, culpable de su propio estancamiento y de la mayor parte de sus sufrimientos, que se derivan de la falta de acatamiento de las leyes con que Dios gobierna el universo moral.

Envióle entre vosotros a su propio Hijo para que abierais al fin los ojos de vuestro entendimiento, más fué desconocido, befado, torturado y muerto, los pocos que dieron oídos a sus palabras tan solo en mínima parte las comprendieron transfigurándolas después de tal suerte los que le siguieron, que llegóse a matar e incendiar en nombre del humilde carpintero de Nazaret que palabras de vida y no de muerte había traído y como si poco hubiese sido su martirio y el sacrificio de su propia vida dedujéronse extrañas teorías de las simbólicas palabras pronunciadas en la Última Cena, derivando de ellas el festín de carne humana en que es vuelto a ser sacrificado y comido durante la misa, bajo el símbolo eucarístico, que el dogma convierte en hecho real. A este concepto equivocado y nocivo añádese el más perjudicial aún del quietismo como finalidad del Espíritu que se pasaría la

eternidad entera en la estéril e incomprensible contemplación de la cara de Dios, llegándose con ello y lo que de ello se derivó una religión, que si algún bien hizo en medio del atraso y maldad humana, inmensamente mayor es el daño que a ella se le debe siendo sus peores victimarios, sus mejores cultores, como momento a momento pálpase con los que vuelven de entre vosotros al mundo de los Espíritus.

El temor al infierno, entre otras cosas alarga y hace más dolorosas las enfermedades necesariamente mortales, se ven agonías terribles en que el creyente perdidas todas sus relaciones con el mundo mortal permanece aún ligado a la vida por el horror a la muerte y las consecuencias que con respecto de ella su religión le ha enseñado.

Se observan aquí, que por otra parte, tanto a Seres virtuosos *que* vivieron dentro de la práctica austera del Catolicismo, pero haciendo al mismo tiempo todo el bien que pudieron, se les ve aquí sufrir cruelmente por su incapacidad para la vida del Espíritu y claman en contra del engaño de sus confesores, directores y maestros, sin recordar, que nadie sufre por culpas ajenas, pues la Justicia de Dios es inquebrantable asignándole a cada cual lo que estrictamente le corresponde.

Es que estos Seres hicieron el bien pensando en la generosa retribución que por él recibirían en el Cielo.

Pensaron ver quintuplicados por el Padre los beneficios por ellos otorgados a sus hermanos y se encuentran, en cambio, sufriendo bajo el peso de su incapacidad para la vida del Espíritu por cuanto muy poco y mal cultivaron su Espíritu, que no puede disponer de lo que no ha alcanzado por sus propios méritos y esfuerzos.

Los Espíritus que son verdaderamente virtuosos que hacen el bien por el bien mismo, a pesar de sacrificios y sinsabores, son Espíritus evolucionados ya, que mucho vivieron, lucharon y aprendieron, a ellos la felicidad les espera sin demora en la vida espiritual.

Tenéis convertida la existencia vuestra en una continuada mentira en que parecéis no tener otro objetivo que el de aparecer cada uno lo que no es delante de los demás.

Por eso, inútiles os resultan vuestras luchas, esfuerzos y sacrificios, por cuanto mal dirigidos, ellos no pueden constituir elementos de progreso para vuestros Espíritus que por tanto vuelven y van del mundo de los Espíritus al de los hombres y de éste al otro, miles de veces, así sin el menor progreso.

Fuera de la verdad todo es estéril y la verdad es el bien.

Apresuraos, pues, porque la hora de las responsabilidades es llegada y aunque haya que pasar todavía por encima de horribles trastornos, felicitáos los que sinceramente habéis entrado por las vías señaladas por vuestro Mesías, que a mayor claridad de ellas vuelve ahora en esta forma entre vosotros, después de haber mandado a Pedro, Juan, Marcos, Mateo y Bernabé, a quienes habéis desconocido, nuevamente en el mundo de los Espíritus vueltos se encuentran, Pablo también entre vosotros estuvo, más equivocado el camino,

cambió la cruz por la espada, trastornando su mismo progreso, en lugar de adelantar el de sus hermanos! ¡Tal es la ceguera que la materia trae al Espíritu del encamado! Mas Pablo que así entre los Espíritus volviere, viendo y sufriendo las consecuencias de su error, arrepentido y entristecido, mas no debilitado, entre vosotros nuevamente se encuentra para reconquistar el puesto que él considera haber perdido, aunque mucho bien hizo asimismo, sino que las vías han de ser bien definidas para que la meta se vea claramente hollada delante del obrero de la Viña del Señor.

A él sí, muchos le habéis conocido, pero no siempre habéisle dejado paso libre a sus palabras, demasiado entregados a la vida de los sentidos, os asusta cuando os habla, del más allá, y no creéis en sus recuerdos del pasado.

De lo mucho que tenía que decir, poco ha hablado, si bien completamente para ello autorizado se encuentra, pero mucho pudo decir con respecto de la doctrina y en esto Jesús satisfecho está, habiendo sido mucho mayores sus esfuerzos de lo que encargado estaba. Lo demás a su criterio y posibilidades queda librado.

Jesús habíales anunciado a sus discípulos, que en el siglo diecinueve y veinte, haría su reaparición sobre la Tierra, aunque bajo otra forma, es decir, mediumnícamente acompañado por ellos, todo cuanto su naturaleza de elevada espiritualidad le consintiera, poniéndose al habla con los hombres mediante la sensibilidad de Pablo, por la cual salvada había sido ya su doctrina, que sin él, casi desconocida del mundo hubiera quedado, arrinconada únicamente en la Judea y regiones circunvecinas.

Pablo, en comunicación con Jesús, entonces como ahora, si bien mucho mejor ahora, divulgó, dándoles asimismo mayor amplitud a las enseñanzas del Mesías, mejor preparadas que las orientales para la nueva forma de religión, no amasadas ya con las confusiones coma el judaísmo, de los intereses y pasiones humanas, si no deslindar las cosas divinas de las humanas, según ya dijere: **Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.**

La costumbre hebrea empero de hacer depender de las cosas del culto también las cosas humanas, buscando la supremacía religiosa también en lo civil, pronto a dar sus señales entre los Cristianos, que como ya en otra ocasión os dije habían sido un tanto bajo la influencia de Santiago mi hermano, que profesaba el antiguo culto, pues nada llegado había a comprender del nuevo.

Esto fué la verdadera causa de las persecuciones en contra de los Cristianos por cuanto, en verdad sea dicho, los Romanos respetaban todos los cultos y hacían respetar a sus mismos súbditos la religión de los pueblos que conquistaban, por otra parte, habíales intensamente recomendado que jamás pretendieran imponerse sino que se insinuaran por la simpatía enseñando el amor entre todos los hombres, y haciendo todo el bien que pudieran en el nombre de Dios y el de su enviado Jesús.

No se conformaban empero con ello los cristianos principalmente los que venían a Roma desde la Judea, si que más bien hacían alarde de la grandeza de la nueva revelación y de su superioridad sobre la religión del estado y de sus falsos ídolos.

Despreciaban así e insultaban las creencias de los que en su propia casa los admitían y dejaban ejercer libremente sus prácticas, llegando también mediante su asidua y audaz propaganda a inmiscuirse en las intimidades de la vida de los Romanos, éstos orgullosos y convencidos de su superioridad sobre todo el mundo, muy pronto contestaban con la violencia, la audacia de esos despreciables y advenedizos prácticamente favorecidos en los trabajos y oficios más humildes, hasta en las ideas y prácticas del gobierno real pretendían los Cristianos hacer llegar sus opiniones y sus críticas.

He ahí el origen de las persecuciones como así mismo los primeros pasos de esa tendencia avasalladora anti-cristiana, que constituye el origen de lo que más tarde fué el Catolicismo.

El Reino de los Cielos admite violencia, pero violencia destinada a sujetar a los profervos, a los avasalladores de la verdad y de la virtud repeliendo con la fuerza las imposiciones de la fuerza del mal que pretende coartar toda libertad y derechos para esclavizar a la humanidad entera bajo el capricho de los viciosos y malvados levantando el imperio de las tinieblas por encima del de la luz, con cuyos resplandores viene Jesús en el nombre del Padre iluminando desde ya la Tierra desde sus cuatro ámbitos.

La historia ha sido, pues, adulterada sobre este particular, pues únicamente los Cristianos fueron los culpables de las persecuciones de que fueron víctimas, así como fueron ellos mismos, así que iban alcanzando importancia los que fueron humanizando lo que era divino, de las cosas del Padre cosas de hombres hicieron, resultando de mentida alianza, mentida porque imposible entre el cristianismo y el paganismo era; es decir, entre el amor y la prepotencia sanguinaria, el fruto que conocéis y que bajo el nombre de religión, llenó de horrores y odios a la humanidad entera.

Por eso vuelve el Mesías con sus Apóstoles para el restablecimiento de lo que se dijo: **Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo. Esta es la ley y los profetas.** Mas con la sola humildad no se alcanzará la meta, armado y horripilante como el mal por todas partes se presenta.

Toda cosa, pues, ha de ser en su tiempo y oportunidad. Mal interpretaron ciertamente los que dedujeron de mis enseñanzas una religión de carácter pasivo y mística contemplación, pues busqué siempre dar a mis palabras un valor positivo, y si en la enseñanza de la fe y de la oración, así como en la práctica austera de las virtudes que enseñé y que importan esencialmente el sacrificio de sí mismo en bien de los demás, quiso verse tan solo misticismo porque los hombres son ciegos e ignorantes, por cuanto la luz y la fuerza del Espíritu importa ello el único camino a seguirse, la única forma y medio de desarrollo del Ser para su vida eterna; el sacrificio pues, el dolor con la fe y con propósito de bien llevados, son el camino para el progreso y la dicha eterna.

La fe y la oración encierran en sí mismo una gran fuerza, como de ello a cada paso tenéis ejemplos y los estados de elevado misticismo colócanle al hombre en el alcance de fuerzas ocultas, cuyos efectos palpáis a menudo en tales casos sin daros cuenta del porqué, es que las leyes de Dios llevan en sí mismo su cumplimiento del cual aprovechan los

Espíritus del bien, que por ser del bien llegaron a las alturas de la evolución y del progreso que sobre el señalado camino se encuentra.

En esto comprendieron bien mis discípulos las enseñanzas del Maestro, por cuanto vidas de luchas y trabajos llevaron buscando el bien de sus semejantes por los medios que les indicara, dando lugar muchas veces a los que milagros llamados y que vosotros también producís, ninguno de mis discípulos empero llevó la estéril vida contemplativa, que se enseñó más tarde como virtuosa por los mismos que llegaron a matar en mi nombre, colocando la hoguera y el hierro ahí en donde el Mesías había grabado las palabras: **Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo. Esta es la ley y los profetas.**

La fe y la oración sincera, comparten en sí el estado de misticismo con el gran poder que diérais el Padre, un estado empero, un medio, no pueden sino ser transitorios, jamás forman la base y la razón de una existencia, valen tan solo en su momento y oportunidad para su elevado objetivo.

Si mis palabras no les hubieran enseñado mi proceder para con los escribas y fariseos, la manera como traté a los mercaderes del Templo y la guerra que siempre hice a todos los ricos y malvados, principalmente en los poderosos, demuestran sobradamente que no bajó Jesús a la Tierra para establecer una secta de rezadores.

**De mis enseñanzas todo debe ser tomado en su lugar y en su tiempo.**

**Nada tengo que enmendar de lo dicho, el creyente debe saber cuándo debe presentar también la mejilla izquierda y cuándo debe azotar a los mercaderes del Templo, por cuanto el propósito ha de ser siempre el bien de nuestros semejantes.**

## CAPÍTULO XXVII

**Son próximos los tiempos en que la verdad y la justicia han de dominar es el mundo, viéndose desalojados los Espíritus retardatarios, que pasarán a poblar otras esferas. Los buenos sentimientos, las buenas ideas elevan el alma, dándole más clara visión en todo lo que es propio del ambiente espiritual.**

PRÓXIMOS son los tiempos para el restablecimiento de la verdad y de la justicia sobre la Tierra y percíbense por todas partes los celestes mensajeros que os traen las palabras del Señor para su glorificación en la hora actual y por toda la eternidad. Regocijáos, pues, los que tanto habéis clamado por la llegada de una nueva era de paz y de justicia entre los hombres, regocijáos, por cuanto son ya inequívocos los signos que tales cambios indican y que en las mismas conciencias de los hombres resplandecen como testimonios inconcusos de la era de bonanza que a la humanidad ofrécese finalmente, aunque con exclusión de los retardatarios del progreso, los que descenderán a esferas propias de su escaso adelantamiento. Así, pues, tomad la era de la venida y muerte de Jesús y observad cuanta luz se difundió a partir de ese sacrificio. Grande fué la abnegación, grandes las virtudes, muy grandes los elevados ejemplos de altruismo, de apostólico renunciamiento de intensos esfuerzos por el imperio de la verdad sobre la Tierra. Bien, pues, todo destinado está a fructificar y la voluntad divina ha considerado suficiente ya la labor y el esfuerzo llevados a cabo por los que tal lucha sostuvieron, y en su eterna sabiduría y justicia haráles entrega del campo, quedando desalojados así los refractarios a todo régimen de equidad, quienes abusaron siempre en su propio beneficio de todo lo que Dios colocara al alcance del hombre para el común adelantamiento de todos, mientras que de ello, éstos se apropiaran mediante malos manejos y con un fin puramente personal y egoísta. Siendo así, por tanto, sírvaos como señal de llamada, la voz de vuestro Mesías que viéneos a recordar lo que antes ya os dijo. Manteneos, pues, unidos y firmes sobre la fe que os ha sido comunicada y sed principalmente humildes, porque nada sois y porque es la humildad la llave que mejor abre las puertas del Cielo. - ¡Cuántos errores, cuánta mentira, cuánta oscuridad ha acumulado el orgullo humano alrededor de la obra de Jesús con el solo fin de la dominación! Los que se declararon mis representantes sobre la Tierra, adueñándose de todo el fruto de mi siembra en la Viña del Señor y prohibiendo cuanto no saliera de ellos, por cuanto únicamente de ellos había de recibirse lo que de Dios viniera, mantuvieron a la humanidad en el error, impidiéndole toda visión clara respecto de lo que es propio del Espíritu y en lo cual encuéntrase su adelantamiento, por la visión y el conocimiento de lo que le corresponde a su propia naturaleza. Así: la elevación llena de fe que hicieréis de vuestro pensamiento hacia el Padre, el arrepentimiento sincero de las faltas cometidas, el decidido propósito de enmienda, el esfuerzo en contra de vuestras pasiones, el predominio sobre la vanidad, el perdón de las ofensas, etc., son cosas que en sí mismas poseen la propiedad de aumentar la visión del Espíritu, de darle lucidez y elevación, así que se encuentre encarnado, como esté desencarnado.

Sed, pues, humildes de corazón y fuertes de alma, para dominar las bajas pasiones que os mantienen aplastados sobre la superficie de la Tierra, mantened cerrados vuestros sentidos a las tentaciones que os vienen de la materia y abrid, en cambio, cuanto os sea posible, los ojos del alma, para que veáis por ellos todo el esplendor de la morada que el Hijo de Dios os tiene destinada, si a él os hubiéreis unido por el acatamiento de las leyes divinas, por nuestra consagración a la práctica de sus enseñanzas y por el amor, que os haga partícipes de todo el calor de sus sentimientos. Valor, pues, hermanos míos, ahora

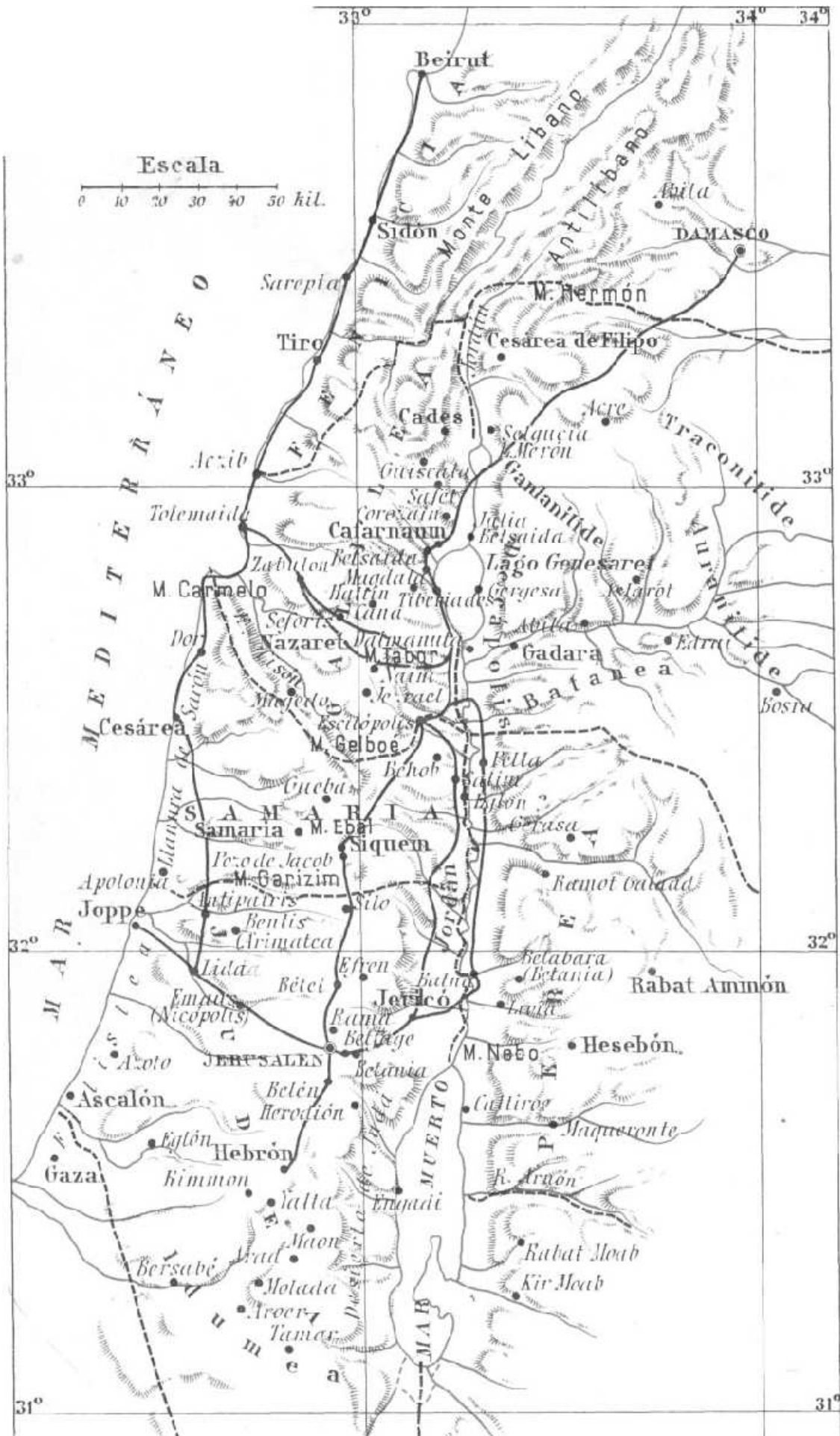
principalmente en que las preocupaciones, los vicios, las mentiras y las maldades de las mayorías, os apartan de sí, aislándoos de las tinieblas, de que están rodeados, y entre las que caerán envueltas, hasta ocupar el plano que les corresponde por su atraso, mientras que, purificado el ambiente con su partida, os hallaréis vosotros en medio de la dicha que proporciona la misma pureza del ambiente que ocupéis y la bondad e inteligencia de los que constituyen con vosotros los elegidos (1)del Señor.

**(1)Ya se ha visto que Jesús entiende por *elegidos* a los que, por natural selección, es decir por sus propios méritos, han llegado a formar parte del núcleo de los mejores; nada pues tiene que ver aquí esta palabra con la doctrina de la gracia. O. R.**

Acordaos en cuanto a esto, que "Dios ES ESPÍRITU; y es menester que aquellos que le adoran, le adoren en Espíritu y en verdad". Y acordáos también, que "el que siega, recibe jornal, y allega fruto para la vida eterna, para que se gocen a una el que siembra, y el que siega", por cuanto, en verdad os digo, que aquellos únicamente alcanzarán la patria celestial que hacia ella hubieren marchado por la elevación de sus Espíritus, mediante el trabajo constante en la Viña del Señor, que viña es espiritual, en donde la propia grandeza de cada uno cosecha, para la mayor gloria también del mismo Señor, que el principio es y el fin de todas las cosas. Regocijáos, pues, los que habéis tenido fe y habéis permanecido despiertos, por cuanto llegada es la hora de vuestra justificación. No os olvidéis tampoco, que una sola ha de ser la grey y uno solo el pastor. Cobijáos así bajo éstas mis nuevas palabras, las que eco encontrarán, sin sombra de duda, en el corazón de los elegidos, llenando sus Espíritus de las brillantes promesas, que venido a renovar en vuestras conciencias de adeptos de la ley de amor y ante la fe de iluminados, que habéis merecido los que hasta aquí me habéis acompañado con la sencilla seguridad de los que claramente distinguen su ruta.

Que Dios os ilumine aún mayormente, son las palabras con que Jesús se despide de vosotros, al terminar estas páginas, destinadas como para complemento de mi vida, que por otro conducto os dictara.

*JESÚS DE NAZARET.*





## CAPITULO XXVIII

### La Resurrección de Jesús -- El relato de Pedro

(Médium XX)

Queridos hermanos:

NUESTRO primer impulso ante la muerte de Jesús fué de terror e instintivamente parecíamos querernos escabullir de entre la multitud (ya bastante reducida por la retirada de muchos), temiendo nosotros las brutalidades de que habíamos visto hacer gala a ese populacho inculto y feroz. Nuestras almas pasaban por una muy ruda prueba y, lo que es de mi parte, hallábame completamente anonadado.

Realmente, no podría decir si era miedo por nuestras personas lo que nos embargaba, puesto que yo mismo, que llevaba la vergüenza y la pena de la primera cobardía manifestada en nuestro círculo, yo mismo sentíame abandonado de mi propia conciencia, bajo el peso del inmenso infortunio que la desaparición del Maestro había dejado caer sobre nosotros y nada parecíame ya tener que perder, como si de mi propia persona hubiérame olvidado.

En verdad, José de Arimatea, Alfeo, Marcos y Tomás en la noche terrible que precedió a la crucifixión, habían dado ya pruebas de valor muy superior a mi cobarde actitud de negador del Maestro. En cambio Jaime y Juan, que también habíanle seguido al Señor hasta la casa del Gran Sacerdote, habían dado ellos igualmente pruebas de debilidad, alejándose en cuanto les pareció correr algún peligro, y mayor cobardía aún habían manifestado los que huyeron desde el primer momento. Por suerte la perplejidad nuestra fué momentánea esta vez, resultando más bien honrosamente rehabilitada nuestra pequeña Iglesia de su cobardía anterior, puesto que luego no más vióse rodeada la cruz de las santas mujeres, que la habían estado acompañando a María, la madre, a pocos pasos del patíbulo, por José de Arimatea, por Jaime y Juan, hijos de Zebedeo, Jaime el hermano de María, Marcos, Alfeo, y yo que fuimos los primeros en acercarnos a los queridos despojos. Descendido luego el cuerpo del madero y confiado por algunos momentos al solo cuidado de las mujeres, a fin de que le prepararan para su entierro, según la costumbre de entonces, se le depositó en el sepulcro de José de Arimatea.

La noche nos sorprendió en la lúgubre tarea, dándose cita las mujeres para la mañana del domingo a objeto de efectuar el entierro como convenía, rodeando el cuerpo de los debidos cuidados y llenando todos los piadosos detalles propios del caso.

En el primer momento todos manifestaron temores de que pudiera ser profanado el cadáver por el encono de los terribles enemigos del Maestro, pero se tranquilizaron los ánimos al observar el completo abandono del lugar por el populacho, cansado de vociferar y de agitarse como un energúmeno alrededor de su víctima, silenciosa e inofensiva.

Otra cosa, sin embargo, hacía rato que pasaba por mi mente. Era una idea imperiosa que me enseñaba como necesidad imprescindible la de ocultar el cadáver de un modo seguro y con el más absoluto sigilo, de manera que ni aun los discípulos lo supieran,

mientras no se aplacaran los odios que a tales extremos habían llegado. El secreto no hubiera sido posible guardarlo entre varios, porque estos mismos algo hubieran dejado traslucir, o hubieran merodeado en los alrededores del sepulcro, llamando la atención sobre él, o se le hubieran acercado furtivamente con fines de devoción, o llegarían a abrirlo, más tarde, para cerciorarse de su buen estado, o con sus mismos cuchicheos habrían despertado la curiosidad de la gente respecto del lugar del entierro. En fin, para que la seguridad fuera completa, absoluto debía de ser el secreto, y para eso necesario era permaneciese encerrado en mi sola conciencia.

Por otra parte, podría confiar yo en que el compañero a quien comunicara mi idea estaría conforme con ese secreto absoluto para con los demás? ¿Aprobaría esa acción tan personal, que venía a desconocer el igual derecho de los otros discípulos a todo lo que al Maestro se refería? Muy probablemente no lo aprobaría, o por lo menos discutiría la conveniencia de ese proceder no consultado con el círculo de discípulos. No, no, un solo camino había de verdadera seguridad: *proceder solo, sin ninguna ayuda*.

Así, me inclinaba a esta resolución, aunque no dejaban de asaltarme temores de impotencia al pensar las dificultades que la obra presentaría para un solo hombre. Ello no obstante, volví el sábado muy entrada ya la noche, con el propósito de intentar mi proyecto pensando ocultar el cadáver en otro sepulcro cercano ya ocupado. Me hacía la ilusión de que podría esconderlo debajo de otro cuerpo y con el lienzo con que él estaría envuelto. Con estos pensamientos iba marchando en dirección al sepulcro, cuando parecióme oír ruidos sordos de pasos lejanos y el rodar por la pendiente de alguna piedrecilla, como si hubiera sido dislocada por el choque del pie de otro caminante nocturno.

Me detuve, reteniendo la respiración, y muy pronto me dí cuenta de que era tras de mí de donde los pasos procedían, pareciéndome por eso más lejanos de lo que en realidad eran, pues casi en seguida descubrí, muy cerca ya, una silueta que por sus apariencias parecióme corresponder a José de Arimatea, quien no poca sorpresa y temor manifestó al oírse interpelado por su nombre a esa hora y en aquel lugar.

Nuestro encuentro parecía providencial y lo que separadamente ninguno de los dos tal vez hubiéramos podido llevar a cabo, juntos lo efectuamos, si no con facilidad, ciertamente con inmejorable resultado.

José de Arimatea también había pensado en buscar los medios de precaver toda posible tentativa de profanación de los queridos despojos. Pero él igualmente había desconfiado del poco tino de los miembros de la comunidad, cuya disciplina, por otra parte, no era tal como para suplir, por el respeto a la consigna, la falta de perspicacia que los más, de manera que, por algún descuido en sus conversaciones, pensaba él, o por algunos actos piadosos practicados por las mujeres, o atraídos inadvertidamente, por los mismos afectos hacia el Maestro, en las proximidades del paraje que se eligiera para su entierro, fácilmente darían lugar a que se le descubriera por los implacables enemigos de las nuevas doctrinas, quienes no dejarían que ensañarse con los despojos de su fundador, con el propósito también de matar así todo prestigio religioso, de que hubiera podido rodeárseles. Esto mismo no había cesado de trabajar mi Espíritu, es decir, el gran daño que resultaría para la autoridad de Jesús si sus despojos llegaran a ser el blanco de faltas de consideración y de respeto de

todo género, en esos tiempos y en medio de pueblos como el de la Judea, que asignaban un valor muy grande a todo lo que se relacionaba con sus muertos, de manera que el solo dejar insepulto un cadáver era considerado como una de las mayores desgracias y verdadero acto de impiedad. El dar sepultura a los muertos, cualquiera que ellos fueran, aun de los enemigos, considerábase en cambio como una obra santa.

Así, por tanto, a los restos de una persona cualquiera se le tributaban mayores consideraciones siempre que las que la misma persona había merecido, y si, por el contrario, los restos de Jesús, antes que recibir honores, eran torpemente profanados, se hubiera dicho que ninguna protección habían merecido de Dios, ni de los hombres. Hubiera resultado quebrarse así toda base para una rehabilitación próxima del ajusticiado.

Esta argumentación, aunque demasiado humana, no carecía de base, sino que infinitos son los medios que Dios tiene a su alcance para la realización de todo lo que se propone, viéndose a veces surgir los más grandiosos acontecimientos de las causas más mínimas en apariencia. Esto es justamente lo que aconteció con las disposiciones que de común acuerdo tomábamos José de Arimatea y yo con respecto del cuerpo de Jesús.

Efectivamente, pasados los efectos de la sorpresa y después de algunas reticencias y breve indecisión, concluimos por explicarnos mutuamente nuestra recíproca situación y convinimos en obrar de común acuerdo. El sepulcro que yo le indicaba le pareció demasiado cerca, prefiriendo también otro de más pobre apariencia. Sería a parte de ello, una locura colocar un cuerpo en una sepultura ajena, porque él sería indefectiblemente descubierto el día que se fuera a efectuar un nuevo entierro. De Arimatea conocía un sepulcro algo distante y de pobre aspecto, que había sido abandonado por sus propietarios, quienes habían desaparecido desde los días de la conquista de Jerusalén, tal vez muertos, o, prisioneros, fueron a Roma seguidos por sus mujeres y niños, donde habrían concluido por establecerse definitivamente. Se trataba, de todos modos, de gente poco conocida y sin vinculaciones, de la que, al fin, nadie se había ocupado. Había otros sepulcros, al parecer igualmente abandonados, pero no tenía yo respecto de ellos la misma seguridad en cuanto a la desaparición de sus propietarios. En el señalado, pues, por José de Arimatea, resolvimos depositar el cadáver, poniéndonos a la obra inmediatamente.

Llegados al sepulcro de Arimatea, levantamos con mucha dificultad la gran piedra que lo cerraba, haciendo palanca de nuestros bastones. Quitárnosle al cadáver la sábana sucia y ensangrentada con que estaba envuelto, así como otro pedazo de lienzo que rodeaba su cabeza y que también estaba todo ensangrentado. Lo envolvimos en cambio enteramente con una sábana grande que José de Arimatea había llevado. En seguida, muy agitados, pues habíamos parecido oír pasos de personas... ¡Cuántas veces pareció oírlos esa noche!... cargamos con el cuerpo y abandonamos el sepulcro, olvidándonos de cerrarlo, nuevamente. Grande fué el trabajo que nos costó la conducción de nuestra preciosa carga, en medio de la escasa claridad de la noche y por senderos inclinados y tortuosos. Llegamos al fin y conseguimos llevar a feliz término la empresa, quedando satisfechos de ello, en la seguridad de que no podría ser encontrado el cadáver. Larga había sido la tarea, pues al terminarla, percibimos que muy próximo estaba ya el día. Resolvimos retirarnos por diferentes caminos, para evitar, por exceso de prudencia, que se nos pudiera ver juntos a esas horas y en esos parajes, pero antes de separarnos juramos solemnemente que jamás

hablaríamos de lo que acabábamos de hacer ni aun entre nosotros mismos; guardaríamos, pues, el más profundo silencio al respecto, cualesquiera fuesen las circunstancias que pudieran presentarse.

Completamente satisfechos así de la para siempre, absoluta seguridad de los preciosos despojos, nos encaminamos silenciosos y con gran prisa, José de Arimatea hacia su casa, pues era de Jerusalén, y yo hacia la que nos hospedaba en las afueras de Getsemaní. Pero muy pronto, desaparecida poco a poco la enorme confusión que se anidaba en mi cerebro y la profunda agitación que dominaba mi Espíritu, me asaltó un horrible pensamiento que hasta ese momento, debido sin duda a mi estado de ánimo, no se me había ocurrido. Las mujeres iban a volver al sepulcro en cumplimiento del piadoso propósito ya manifestado.... ¡Cuál no sería su dolor y su espanto al atestiguar la desaparición del cadáver!... Toda la pequeña Iglesia se vería presa de la mayor desolación seguramente.... y con qué derecho nos habíamos apropiado nosotros de lo que pertenecía a todos? ¿Un buen propósito podía acaso justificar semejante despojo, hecho a los más legítimos sentimientos de toda la entera comunidad? No bastaban a acallar mi conciencia lo excepcional de las Circunstancias y el hecho de cierta autoridad de que el Maestro me había revestido en diversas ocasiones ante los demás miembros de nuestro pequeño CENÁCULO, así como cierta consideración y deferencia con que José de Arimatea había sido siempre distinguido por Jesús (1) y que venía a constituir cierta autoridad en medio de la pequeña Iglesia, y después de todo, que no se trataba de algo permanente, sino de un medio provisional para conjurar un mal del momento.

(1) Esta deferencia nada tenía de favoritismo, sino que respondía a circunstancias anteriores, por cuanto, si bien Jesús habíase siempre manifestado como un Ser extraordinario bajo todo concepto, Ser sin duda *Señalado por el dedo de Dios*, debía necesariamente recibir la preparación humana apropiada para su actuación entre los hombres y fué José de Arimatea quien lo dirigió en sus primeros pasos, iniciándolo también más tarde en la sociedad secreta de la Cábala, en donde se efectuaban la evocación de los muertos y se preparaban los adeptos a ciertas prácticas de elevado altruismo que incluían las curaciones de los enfermos por lo que vosotros llamáis el *magnetismo*. Ello constituyó un medio para el desarrollo de las grandes aptitudes ocultas de que Jesús estaba dotado, del mismo modo que el que a de llegar a ser un gran orador o escritor empieza por el aprendizaje materno, que le proporciona los medios de hacerse entender a sus semejantes, sin lo cual a nada jamás llegaría. - *Pedro*.

Llegué a mi alojamiento cuando empezaban ya los primeros albos del día, durmiéndome en seguida de recostarme, vencido por el extraordinario cansancio de dos días de intensas agitaciones.

Apenas habría disfrutado de un corto sueño, cuando ruidos inusitados despertáronme bruscamente, en el mismo momento en que Juan y las dos Marías se precipitaban hacia mí gritando: *Jesús ha resucitado según estaba anunciado. He aquí, añadió Juan, que las mujeres acaban de encontrar el sepulcro abierto y solo, la sabana que envolvía su cuerpo y la tohalla que rodeaba la cabeza han quedado allí puestos de lado.*

Grande fué el aturdimiento que tan inesperada noticia me produjo. No sabía lo que me pasaba sino que mi turbación fue interpretada como un efecto natural de la sorpresa por tan extraordinario acontecimiento. Sin más, tomóme Juan de la mano y- corrimos siguiendo

a las mujeres que se nos adelantaron y seguidos por los otros discípulos ahí mismo hospedados.

Durante el camino procuré orar mentalmente, pidiéndole principalmente ayuda al Señor para salir de tan difícil coyuntura y a la verdad que me sentí algo más tranquilo y fortalecido.

El entusiasmo de las mujeres y de Juan no parecía comunicarse enteramente a los demás, que parecían más bien perplejos y atemorizados que dominados por la fe y por ese estado de elevado misticismo que hubiera debido embargarlos en presencia de un hecho de tan inusitada trascendencia. Algunos dirigían sus miradas hacia la entrada del sepulcro y hacia los alrededores, como si buscaran señales de una intervención extraña y otros, abiertamente, manifestaron el temor de que hubieran robado el cadáver, sino para profanarlo, para impedir por lo menos de que se le tributaran honores, convirtiéndolo en un objeto de culto.

Yo, sin manifestar nada, me arrodillé y oré siendo seguido mi ejemplo por todos los presentes. En seguida me retiré en silencio y mi actitud triste y circunspecta fué respetada.

Juan, por su parte, insistió una vez más en que *Jesús había resucitado según su propia promesa*, **empero jamás habían salido** de los labios del Mesías palabras que pudieran aproximarse a semejante significado.

Juan sí, había asegurado, entre otras cosas hijas de su carácter novelesco y exagerado, que el Mesías resucitaría al tercer día de su muerte, pero Jesús nada nos dijo que pudiera parecerse a ello.

Lo que sí muchas veces nos había asegurado fué, que su presencia después de muerto, se nos demostraría constantemente en medio de nosotros, al objeto de guiarnos con su influencia. A mí, sobre todo, habíame hecho prometer repetidamente, que jamás dejaría de poner en práctica sus intuiciones. Con ello demostraba el perfecto conocimiento de sus condiciones futuras como Espíritu, lo cual es prueba de la excepcional elevación de ese Ser tan superior, como jamás ha habido otro sobre la Tierra.

Se había valido también de la palabra resurrección, pero más o menos, en esta forma:

**Muy pronto, después de mi muerte, resucitaré en medio de vosotros, para daros prueba evidente de mi presencia a vuestro lado, pero tened por seguro, y no lo olvidéis, que, aunque invisible siempre estaré presente a vuestro llamado y que, toda vez que me recordéis, en medio de vosotros estaré. Aunque vuestros ojos no me vean, ni me palpen vuestras manos, me presentirán vuestros corazones y me oirán vuestras conciencias, porque la carne sólo por la carne es vista, el Espíritu por el Espíritu.**

Nosotros tomábamos la palabra resucitaré por algo así como: Actuaré entre vosotros con todos los caracteres de la vida material. Tampoco podíamos darle el significado que se pretende, desde el momento que las enseñanzas del Mesías se referían a menudo a la

influencia que los Espíritus libres determinan siempre sobre los encarnados y que en el estado de Espíritu es cuando el Ser tiene mayor dominio sobre todas sus facultades.

La doctrina de las vidas sucesivas muchas veces la señaló vagamente ante el pueblo, dejándose llevar a aclaraciones muy manifiestas en algunas otras ocasiones; mas poco pudo ser comprendido por gente tan materializada, que ni aun la idea del alma podían llevar aproximadamente, puesto que su religión nunca dejaba presentir separada el alma del cuerpo. El premio y el castigo habíale de experimentar la persona, en su integridad de alma y de cuerpo. Así se comprendía generalmente y las enseñanzas de los Doctores de la Ley no se alejaban aparentemente de tal criterio, si bien corrían por el pueblo algunas afirmaciones que encerraban implícitamente la idea del alma, con un cuerpo nuevo, es decir, la doctrina de los renacimientos.

Pero dijo Jesús que él, no había venido a renovar la ley sino a confirmarla, sometándose a prácticas como la de la circuncisión, y otras no menos características de la ley mosaica. No podía, por tanto, inculcar tan abiertamente doctrinas que pugnaran en el seno de la limitada comprensión de los hebreos con las doctrinas ya establecidas. Por eso poco se detenía el Mesías en la explicación fundamental de la verdadera doctrina, limitándose a inculcar su celebrada concepción de **Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo. Esta es la ley y los profetas.** ¡Oh!... !Cuánto se elevaba al desarrollar este tema favorito de sus disertaciones!

Era entonces cuando, remontándose demasiado sobre las alas de su exquisito sentimiento, exhibíase entre los resplandores de su esencia superior, deslizándose entre sus entusiastas palabras el reflejo encantador de sus visiones celestiales. Resultaba entonces confuso para sus oyentes, incapaces de remontarse a las alturas de la intuición y de la verdad divina, que aunque a nuestro alrededor palpita, tan solo las almas superiores tales palpitaciones perciben. La vida universal aparecíase entonces ante nosotros, siendo la vida humana tan solo un detalle de ella y el Espíritu humano, ignorante y abyecto, llegaría hasta la gloria de su Padre, en medio de los resplandores que rodean a sus divinos mensajeros. Pero en esos casos la perplejidad manifestada por los que lo rodeaban y las miradas atónitas de todos lo volvían hacia la realidad y bruscamente cambiaba el cuadro de su exposición, como queriendo manifestar que el empecinamiento de todos en el vicio los hacía incapaces de esas concepciones y únicamente dignos del fuego eterno del infierno. De este modo, desde las alturas de lo infinito concluía por descender hasta las concepciones religiosas vulgares; pero lo hacía con tal habilidad, que desaparecía la confusión que hubiera debido resultar de su primer impulso libremente exteriorizado, para quedar, con lógico encadenamiento explicado el conjunto de esas nociones sencillas del bien y del mal, del premio y del castigo, que encuentran natural cabida en los Espíritus menos desarrollados. En seguida añadía muchas veces alguna ingeniosa parábola que ilustrara lo que deseaba inculcar y terminaba, en las más de las ocasiones con afirmaciones categóricas, repetidas con insistencia en diversas formas y siempre con la mayor energía, lo cual mucho impresionaba a su auditorio. A sus discípulos, sin embargo, solía explicarles detalladamente las grandes verdades de las vidas sucesivas, de la pluralidad de mundos habitados, de las verdaderas formas de la Justicia Divina, del progreso como ley esencial del Universo intelectual, sino que sus continuados esfuerzos resultaban casi del todo estériles, pues nosotros mismos disponíamos de muy cortos alcances y llenos teníamos nuestros Espíritus

de las preocupaciones más vulgares del judaísmo popular. Existían precisamente en medio de esas preocupaciones, ciertos relatos de profetas que habían sido transportados con su cuerpo hacia el cielo y cuyo regreso en algunos casos se esperaba. Así se dijo de Moisés que había desaparecido en medio de nubes, y de Elías, que había sido levantado sobre un carro de fuego, como que, realmente, los hebreos parecían no concebir la vida sin el cuerpo, lo cual, después de todo, aun ahora mismo muchos hombres no del todo incultos no entienden.

No se trata, naturalmente, de la vida orgánica derivada de complicados fenómenos físicos, vegetativos, sino de la existencia superior del Espíritu como tal Espíritu, que actúa en otro plano, con las facultades y propiedades que le son inherentes y que nada tienen que ver con el mundo de la materia, sino en cuanto ésta pueda tener alguna influencia sobre la envoltura grosera de los Espíritus muy inferiores.

Lo cierto es que, poco a poco, a medida que los Apóstoles fueron convenciéndose que no existía ningún interés por el cuerpo de Jesús de parte de sus enemigos, perplejos ellos mismos, cada vez más, por su extraña desaparición y bajo la afirmación constante de Juan, fueron aceptando tácitamente la posibilidad de la resurrección, posibilidad que concluyó por convertirse, al fin, en un dogma, aunque en realidad esto, sucedió cuando ningún testigo existía ya de ese tiempo. Todo lo que aparezca en contrario ha sido obra de los trastornos porque atravesó la humanidad en los tiempos que siguieron, llenos de desórdenes y luchas políticas y religiosas.

Ciertamente, jamás ocupó algún lugar en mi Espíritu el supuesto hecho, pero sí habíanse acallado paulatinamente los escrúpulos de mi conciencia, en vista de que, aún resolviéndome a ello no hubiera podido manifestar la verdad sin riesgo para la nueva comunión de parte de sus enemigos, que no hubieran dejado de aprovechar de ello para acusarla de superstición y superchería. Sobre todo había calmado mi Espíritu un sueño, extraordinario para mí en esos momentos. Fué la noche siguiente a la de nuestra hazaña, del todo justa e inocente por sus propósitos, en la que, antes de entregarme al sueño, oré mucho, de hinojos, apoyado en una silla. Quedéme dormido, cuando improvisamente vi al Maestro, bajando de lo alto del aposento en mi dirección. Su semblante ofrecíase me cariñoso y risueño, con una expresión de benevolencia, realmente angelical. Yo caí de rodillas, durante el sueño, diciendo: Señor, qué me buscas? - Acercóse él, mayormente, sin mover las piernas, como si se deslizara cerca del suelo, y levantando las dos manos, como para bendecirme, mostró las heridas de los clavos, viéndose también las de los pies. **No temas, Pedro** dijo... ¿tan débil es ya tu recuerdo del Mesías, de tu Señor?... - ¡Señor! ¡Señor! - Tú sabes cuánto te amo, perdona, pues, mis debilidades e ignorancia que me hicieron callar respecto de tu resurrección. - ¿Aún viéndome, dudas, Pedro, todavía? Heme aquí con mis heridas ensangrentadas, tócame, pues, que es mi cuerpo, y creerás. Alargué los brazos, animado por la invitación, para cerciorarme de la verdad, mas despertóme un golpe brusco, habiendo perdido el equilibrio por algún movimiento durante el sueño, yendo a dar de boca en contra del suelo, aunque con poca violencia, debido a mi posición de rodillas y por estar apoyado en la silla.

Jamás había tenido yo un sueño tan lúcido, y, despierto ya, perduraba aún con la mayor evidencia, la impresión del Maestro, sus propios efluvios, diremos así, inconfundibles con los de otro cualquiera.

Ciertamente, el sueño no pasaba de ser un sueño, resultante, al parecer, de la continuada impresión que trabajaba mi Espíritu respecto de la ocultación del cadáver y al fin nada había dicho el Jesús de la aparición referente a lo que me preocupaba. En todo caso habría confirmado su resurrección y ésta no era cierta, desde que yo mismo había ocultado el cadáver, mas la sonrisa de Jesús y su intención de bendecirme me hicieron creer que no había merecido su reproche, y sus palabras referentes a la resurrección las interpreté como queriendo decir: Haz de cuenta, tú también, que he resucitado. Sin duda esta interpretación me convenía, por cuanto justificaba mi silencio, pero realmente así me pareció, contribuyendo ello a que se tranquilizara mi Espíritu.

En cuanto a la visión de Magdalena, que la tradición ha hecho llegar hasta vosotros, respetémosla dentro de las intimidades del sentimiento; pero ella ciertamente en nada podía referirse al hecho de la resurrección material. En cambio, después de algunos días, hiciéronse muy frecuentes las intervenciones del Mesías en medio de nosotros y en dos o tres ocasiones llegó a hacerse visible para todos y durante nuestras oraciones en común. Ciertamente nuestra fe y nuestro entusiasmo nos han de haber engañado en más de una ocasión respecto de las señaladas intervenciones, pero, sin duda, también, fueron de tal evidencia algunas de ellas', que debían necesariamente proporcionarnos el más profundo convencimiento respecto de su realidad.

En cuanto a las relaciones con los muertos en general el Señor nos las había señalado siempre como un escollo muy peligroso para los hombres, definiéndolas hasta como un pecado la práctica continuada de ellas **“Recibid las comunicaciones, decía, pero no las provoquéis”** Lo que yo os digo os lo digo en nombre de mi Padre celestial, y cuando yo no esté más visiblemente entre vosotros, os llegarán, no obstante, mis intuiciones, y siempre que el Padre lo disponga o vuestro Mesías lo juzgue necesario, oiréis en vuestras conciencias las voces de los celestiales mensajeros, sin que nada pidáis y nada preguntéis". Ello, no obstante, la noche de su oración en el huerto, Jesús nos indicó los medios eficaces para colocarse en relación con las almas de los muertos, no sin insistir en lo peligroso de esa práctica, que debía destinársele para casos muy especiales solamente. Pero como Pablo no oyó las enseñanzas directas del Maestro, sino que las recibió en sus intuiciones, sucedió que la iglesia de Occidente, que él encabezara, diérase a las prácticas diarias de las evocaciones, formándose de ese modo el cuerpo de sus doctrinas y de su culto. Todo lo cual, fué paulatinamente pasando también a la iglesia de Oriente, sin que llegaran no obstante, a ser nuestras Iglesias centros de evocación, como las de Occidente, de donde salieron también algunos endemoniados, que si nosotros algunos muy pocos los tuvimos, no salieron de nuestras iglesias, sino que en ellas libertáronse del Espíritu del mal, como el Mesías mismo nos lo enseñara. Justo es también decir, que en cambio mucho mayor era el movimiento y el progreso de las Iglesias de Occidente que de las nuestras. Ellas habían marchado con un espíritu más nuevo y vigoroso, nosotros, en cambio, nos habíamos circunscripto al simple recuerdo y repetición de lo dicho por el Maestro, procurando, como él, mantenernos dentro del espíritu judaico. Esta era, sin embargo, una mala interpretación, de nuestra parte, por cuanto los propósitos del Señor implicaban una fundamental reforma



del culto y de su espíritu, haciéndolo descansar todo sobre la idea del amor y orientándolo todo hacia el progreso, sobre la base de los sucesivos renacimientos. Las transacciones que aceptaba y proclamaba para con el viejo espíritu de las doctrinas hebreas, eran las que no se oponían al triunfo de sus ideales. Estos fueron llevados adelante con mucho mayor vigor en Occidente, pero fracasando lo que debió ser fundamental, **la ley de los renacimientos**. En cambio, casi inmediatamente, se convirtió poco menos que en un dogma la llamada *Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo* y se hizo una práctica asidua de la *Cena Pascual* o *Santa Cena*. Mas este punto necesita algunas indicaciones referentes a las relaciones mantenidas entre Pablo y los Apóstoles respecto de lo cual me ocuparé tan luego la oportunidad me lo señale. Únicamente he de decir, que en las ocasiones que Pablo nos visitó, nos perseguía con sus preguntas, colocándonos a menudo en situación embarazosa con la naturaleza de las investigaciones que pretendía llevar a cabo y respecto de las cuales nunca quedó satisfecho, Por mi parte temblaba siempre que quisiera investigar lo referente a la *Resurrección de Jesús*, pero nunca se refirió a ello sino como a un *hecho conocido* y que está fuera de discusión. Desde un principio no se demostró Pablo muy dispuesto a reconocer nuestra autoridad y tal vez ello fué un bien. Nosotros en cambio, nunca le dimos el título de Apóstol y fué un error de nuestra parte por cuanto no podía ser más evidente su apostolado. Lo reconocíamos sin duda como el jefe de la Iglesia de Occidente y manteníamos buenas relaciones con él, pero nos pareció que carecía *de* esa humildad y mansedumbre enseñadas por el Maestro y que debían distinguir a sus Apóstoles. Mucho nos ayudó en cambio al sostén de nuestros numerosos ¡pobres con el óbolo de la Iglesia de Occidente.

**PEDRO.**

## CAPÍTULO XXIX

**Reminiscencias referentes a los milagros y profecías de Jesús, al apostolado de San Pablo y a su actuación con relación a los Apóstoles directamente designados por el Mesías. La Iglesia de Oriente y la de Occidente.**

DEBO aprovechar la oportunidad que se me presenta, en condiciones análogas a las que dieron lugar a mi comunicación referente a la pretendida *Resurrección de Jesús*, nuestro Señor, para daros a conocer la marcha de la nueva Iglesia que puede decirse empezó a tomar personería desde ese momento. Antes, sin embargo, quiero hacer presente las dificultades que se nos presentan a los Espíritus para la exactitud de nuestras comunicaciones, cuando el médium tiene ideas formadas respecto del asunto a que se refiere la comunicación. Ciertamente no faltan, las más de las veces, medios para rectificar las inexactitudes, pero no deja de ofrecer inconvenientes. Por suerte el instrumento de que me sirvo es muy poco entusiasta por las cuestiones de esta índole, de manera que mi pensamiento no tropieza con ningún obstáculo, al respecto en su cerebro, en donde tampoco encuentro ideas fijas, por su absoluta falta de fe en lo referente a las tradiciones evangélicas. Aquí no se trata realmente de tradiciones, sino de hechos y de juicios, relatados por quien participó de los primeros directamente.

Por de pronto debo decir que el nivel que se nos hace ocupar a los Apóstoles, con entera falta de lógica, es muy superior a nuestro valer real, pues nunca nos elevamos mayormente de nuestra condición de pobres pescadores, si bien, en verdad, después de la muerte del Maestro y una vez desaparecido el terror que nos había invadido, nuestras fuerzas y nuestras aptitudes se vieron multiplicadas, al punto de no parecer ya los mismos hombres, pero siempre guardando las lógicas proporciones, ya que una cantidad muy pequeña puede ser centuplicada, sin llegar a ser muy grande. Así también en lo referente al don de idiomas y a las lenguas de fuego de Pentecostés, conviene dejarles el lugar que les corresponde, dentro del maravilloso desenvolvimiento de circunstancias y momentos, tan especiales, como los que caracterizaron esa época sin igual en la historia de las religiones. Únicamente puedo afirmar que no hubieron jamás propósitos de falsía ni duplicidad en el momento de proceder, ni artificio en lo que a las creencias se refiere. La fe ardiente, sin duda, el entusiasmo y la ilimitada confianza en las promesas que Jesús dejara a sus discípulos, pudieron muy bien exagerar los hechos y las cosas, bajo esas condiciones de observación hasta darles los caracteres del milagro. Convengo en ello sin el menor esfuerzo, pero forzoso os será también convenir conmigo, en que la inmensa mayoría de los hombres no se da la más remota cuenta de lo que vosotros designáis como *fenómenos medianímicos* y que la ciencia moderna clasifica como *fenómeno psíquico y metapsíquico*, no se da cuenta, puesto que al referirse a ello lo hace como si hablara de milagros, rechazándolos, por lo tanto, como hechos *sobrenaturales*, mientras en nada ya os sorprende a vosotros su presencia, desde el momento que los provocáis cuantas veces lográis disponer de condiciones favorables para su producción. Habéis llegado también a daros perfecta cuenta de las asombrosas potencialidades que encierra la naturaleza humana, las que cuando logran reunirse y confundirse con el ambiente puro de los Espíritus del Señor, mediante una fuente de elevados sentimientos y de acciones santas, llegan a conseguir las más portentosas manifestaciones y los fenómenos más trascendentales que pueden suponerse, muy superiores a veces a los que se rechazan en la historia del primitivo Cristianismo, por suponerlos milagrosos, es decir, *sobrenaturales*. Sin temor de

equivocarme aseguraría yo, que jamás en la humanidad han podido ofrecerse condiciones tan favorables para el *fenomenismo trascendental y medianímico* como en medio de esa reducida Iglesia galilea, o de los *nazarenos*, como también se nos llamaba. En cuanto a Jesús, que tantos esfuerzos hace en su historia, dictada por Él mismo, para desvirtuar la *milagrería* que se le atribuye, más que nadie estuvo dotado de los *dones medianímicos*. Dije ya que era un Ser superior, bajo todo concepto, conocedor profundo de los hombres, con tal penetración para con ellos, que sus pensamientos quedaban desnudos ante él como escritos en libro abierto. En sus previsiones jamás tampoco se equivocaba, siendo notable principalmente todo lo que a nosotros nos anunció referente a su muerte, la que no obstante nos sorprendió, debido a los grandes poderes que le atribuíamos y a una intervención directa del Padre, que tácitamente esperábamos, al parecer, cada uno de nosotros, se produciría en el momento oportuno. Las apariencias dejan sospechar que el mismo Mesías algo esperaba al pronunciar sus palabras: - *Padre mío, ¿por qué me has abandonado?* - Él todo lo había previsto, sin embargo, puesto que nos había manifestado, que el mismo pueblo que lo aclamara lo arrastraría hacia una muerte ignominiosa, ensañándose antes, de todos modos, con él, que llegaría a verse solo, abandonado y negado por sus mismos discípulos. Pero que su muerte era necesaria para la salvación de la humanidad y que para eso el Padre lo había enviado entre los hombres habiendo él aceptado ese sacrificio, sin la menor vacilación, como voluntad que era del Padre, a la cual estaba completamente supeditado. Pero en realidad esa previsión veo ahora que no era tal, puesto que cualquiera que, se hubiese colocado en las condiciones que Jesús se colocó, hubiera tenido igual fin, únicamente que hubiera debido ser lapidado en lugar que crucificado; pero Jesús tampoco anunció que sería crucificado, sino únicamente que, moriría de muerte violenta a manos de los enemigos de sus enseñanzas. Considérese ahora la asistencia espiritual de que estaba rodeado, así como las especiales aptitudes medianímicas que le acompañaban, como ya ha sido señalado, y todo lo maravilloso que haya podido aparecer en la actuación del Señor, tendrá fácil explicación, eliminando naturalmente las caprichosas interpretaciones y añadiduras que ha sufrido de parte de los que, más tarde, se encargaron de escribir. No debéis, por tanto dudar, os lo repito, de que mucho de lo acontecido con el Mesías y después de su desaparición material no deja de ser fantástica añadidura. A pesar de ello disponéis de sobrados elementos para juzgar la grandeza de Jesús y de la evidencia de su mesianismo. Por poco que los Evangelios conserven del Maestro y por poco que os empeñéis en sacar a luz el verdadero espíritu que los inspiró, no dejaréis de discernir en ello un propósito concreto, sostenido, guiado y hecho aceptar de muchos hombres a la vez, por quien carecía de todos los medios para poderlo hacer, siendo pobre y oscuro de origen y de hecho. En virtud de su visión propia, él llegó a la concepción religiosa más grandiosa, que resultó al mismo tiempo la más eficaz como fundamento de su obra proyectada, con la fórmula genial: **Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo. Esta es la ley y los profetas.**

Su penetración le hizo abarcar inmediatamente el verdadero estado social y religioso de los hebreos, que no podrían ser apartados de sus viejos ritos y fórmulas, siendo indispensable, para obtener algo, orillar las cuestiones religiosas y tradicionales, sin oponérseles realmente, sino sacando más bien partido de todo pasaje ambiguo de la Biblia de toda aparente contradicción, y de todo aquello que tuviere un significado hacia el porvenir, esto es, cuya solución o cumplimiento parecía debérsele esperar para otra época. Por eso, sin duda, había dicho aquello, de que él **no había venido para derogar la ley sino**

**para confirmarla.** Si así no hubiera procedido, las desconfianzas hubieran aumentado en su contra y más difícil le hubiera resultado el prestigiar su persona y sus enseñanzas, pues, a pesar de esto y de su habilidad en servirse de las Sagradas Escrituras para inculcar las nuevas doctrinas, las que, después de todo, encerraban un espíritu por completo contrapuesto al verdadero Judaísmo, a pesar de ello, tan solo transitoriamente logró el favor de las mayorías, equilibrándose apenas, generalmente, el número de los que le seguían con el de los que le combatían. Estos, sin embargo, reconociendo su superioridad, nunca lo tomaban de frente, sino que le movían guerra, en las sombras, y cuando se colocaban en su presencia, se limitaban a dificultarle su exposición con interrupciones, o procuraban enredarle con sofismas y con preguntas capciosas. Pero el Señor, con su admirable presencia de Espíritu, hallaba siempre e inmediatamente la contestación oportuna.

Otra cosa dé la que no podía prescindir un profeta, y Jesús se presentaba como algo superior a todos los profetas, era el don de profecía y el don de los milagros, por más que pese a todo el que diga o piense lo contrario.

En esto también demostró el Maestro verdadera superioridad, porque aún más allá del profetismo ampuloso y vago de los que alcanzaban su reconocimiento en tal sentido, él llegó a manifestaciones precisas sobre algunos puntos, que se vieron exactamente cumplidos, como el de su muerte, el abandono de sus discípulos, la defección de todo el pueblo, el triunfo de su doctrina y de su misma persona, como había dicho: **Vosotros pasaréis, mas mi nombre prevalecerá a los vuestros y cuando de vuestro poder y de vuestro orgullo no habrá quedado ya el menor vestigio, la gloria del Mesías, que habéis desconocido, correrá hasta los confines del mundo.** También había anunciado la destrucción de Jerusalén, y dispersión de los hebreos, y aseguró asimismo, que muchos indecisos en seguirle, por la poca fe en su apostolado y por el temor a los juicios adversos, verían, después de su muerte, fortalecida su fe y sus fuerzas convirtiéndose en entusiastas defensores de las verdades, que él inculcara como Enviado Divino. Todo esto se verificó con extraordinaria exactitud, y del mismo modo lo que sigue. "Desnudaréis mi cuerpo entregándolo al escarnio público y os dividiréis mis ropas por el juego". Pero el don de profecía era difícil de comprobarse, en el momento de sus manifestaciones, limitándose a conseguir ese efecto inmediato, que podía producir la voz sonante, la frase breve, el ademán airado y las amenazas de grandes males, que habrían de acontecer en castigo de la continuada vida de prevaricatos que el pueblo llevaba en contra de la ley de Dios. En contra de estos profetas de desgracias, el Mesías había solido manifestar todas sus energías, sin que dejaran entre ellos de arrastrar buen número de prosélitos las más de las veces. En cambio, el don de milagros cuya verificación debía tener lugar casi inmediatamente, muy pocas veces se le veía.

El verdadero milagro, que implica una derogación de las leyes de la naturaleza, sabido es que no existe, ni puede existir, pero yo me refiero aquí a lo que en el Mesías fué considerado como milagro, milagros, al fin, de los que vosotros mismos habéis observado más de uno en la actualidad. El Hijo de Dios, ya os lo dije, a quien sus hermanos le habían aplicado, por burla, la designación de *Hijo del Hombre*, estaba realmente rodeado de condiciones especialísimas, que le elevaban de un modo sorprendente por encima del pueblo en medio del que actuaba, y si ciertamente no resucitó a nadie, puesto que lo de Lázaro es una fantasía y en otros casos, si fué cierto lo del fallecimiento, nada hubo que se pareciera a resurrección, sino que, después de algún tiempo, se empezó a hablar de ella sin

que nadie llegara a afirmar haber visto al resucitado. El Mesías jamás se prestó a estos equívocos, pero, necesitando de lo maravilloso para descansar sobre él su carácter de Hijo de Dios, podría suponerse que no creyó prudente empeñarse demasiado en negar la realidad de esas resurrecciones. Lo que, en cambio, no puede negarse, es lo extraordinariamente benéfico del ambiente fluídico que de él se desprendía. No es exageración el decir que los desgraciados que a él se acercaban, por eso sólo sentían alivio y tranquilidad en sus Espíritus. Igualmente, con respecto de las enfermedades, era de gran eficacia su método mental de cura. Pero se valía mucho también de las que los magnetizadores llaman *imposiciones*, sin desdeñar tampoco el empleo de los vegetales que sus conocimientos médicos, adquiridos durante la época de sus estudios en Jerusalén, le señalaban. Muchos fueron los casos de curaciones repentinas, consideradas como milagrosas por el vulgo, al punto de afirmarse de algunos enfermos, colocados sobre el camino que él debía seguir, que tocaron sus ropas al pasar, quedando inmediatamente sanos. Vosotros sabéis perfectamente que ello es posible, sin tener que recurrir a los milagros; pero, en verdad, no he visto producirse lo dicho, al paso del Mesías, sino que ello prueba la fe, que se había hecho general, respecto del *don de milagros* que se le reconocía, como Hijo de Dios que era tal como el mismo San Juan, que llamáis el Bautista, lo confirmara. Mas ya que volvemos al título de Hijo de Dios, que no puede olvidarse al hablar de Jesús, bueno es manifestar bien alto que jamás le dio el Mesías a esta designación el significado de divinidad, es decir, que le atribuyera a el carácter divino. Bien claramente lo había dado a entender las veces que dijo: Yo voy a Mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios, y otras frases de análogo significado.

Como ya es lo he dicho, gozaba Jesús en alto grado de todos esos poderes ocultos propios de los grandes *iniciados* y la influencia irresistible de su persona era debida en gran parte a la convicción profunda, y que jamás vino a menos, respecto de su MISIÓN DIVINA, a su fe inquebrantable en Dios y a la fortaleza que su Espíritu recababa de sus continuadas horas de oración. Podía bien decirse, por lo tanto, que nadie había alcanzado las alturas a que el HIJO DE DIOS se cernía y ello no obstante, él comprendió con toda evidencia que sus verdaderos propósitos de reforma iban a fracasar por completo con el solo aumento de un profeta a la ya larga lista incluida en las Sagradas Escrituras. Resolvió entonces dejar de lado toda contemplación y volviendo a Jerusalén, en donde había perdido terreno, cambió un tanto de método para con los que habían dado en combatirlo tenazmente, de mala fe siempre, empujados por el poderoso partido de] clero hebreo. Él les contestaba con energía ahora, concluyendo con terribles amenazas en contra de los que engañaban al pueblo y vivían en medio del aparato del culto para encubrir sus faltas y bajas pasiones. Les decía también:

**Mi padre es la fuente de toda luz y yo recibo de Él la que vengo derramando en el mundo; únicamente por mi se puede llegar hasta la luz del Padre.**

**Vosotros sois sepulcros blanqueados por fuera, pero llenos de podredumbre por dentro, la que se puede escapar a los ojos humanos, pero no a la mirada penetrante de Dios.**

De este modo, en vez de prolongar los plazos, los abreviaba. Preciso es que ese hombre muera, decía el Gran Sacerdote Hannan, y justamente era la muerte del Mesías lo

que se precisaba para fundar sólidamente en el porvenir la grandeza de las nuevas doctrinas.

Murió, pues, Jesús fecundando con su propia sangre la grandeza de sus enseñanzas, las que llevaban a más el mayor sello de garantía de sinceridad y de verdad, esto es, precisamente, la muerte de su fundador, voluntariamente sacrificado en prenda de la pureza y elevación de sus miras, y no obstante todo ello, si el Señor desde el espacio no hubiera encontrado en Pablo un médium que le fuera apropiado para continuar su obra después de muerto, ella hubiera tal vez, perecido ahogada en la Judea entre las estrecheces del espíritu hebreo, para el que la amplitud de miras, el altruismo, la universalidad de tendencias del verdadero Cristianismo de Jesús constituían una inmensidad incomprensible e inabordable.

Los *nazarenos* continuaron llevando en la Judea la misma vida nómada y en común que llevaron antes de la muerte del Maestro, la misma pobreza, las mismas prácticas y, lo que es peor, el mismo espíritu judaico, dominante en el ambiente, al punto que no podía ser Cristiano quien no hubiera pasado por la *circuncisión*, y seguía siendo la Biblia la base de todas nuestras enseñanzas. Constituíamos, al fin, una nueva secta hebrea con ciertas particularidades que nos daban personalidad propia, como la tendencia hacia el celibato, el poco apego a los lazos de familia, la creencia que Jesús era el Mesías prometido, Mesías esperado aún por los hebreos, y en la proximidad del *fin de los tiempos*, así como la vida en común, los propósitos de pobreza, la práctica frecuente de la Santa Cena, que después se transformó en eso tan extraño y tan absurdo que llamaron la *comunió*n, en la cual vendríase a tragar la carne, o, mejor dicho, el cuerpo y la persona de Jesús.

Antes de seguir adelante, diré lo que recuerdo con relación a esto. Más o menos así nos habló Jesús durante la última cena:

Si este sentimiento hacia vuestro Mesías no viene a menos entre vosotros, nada habrá que pueda separarnos, *puesto que seguiréis siendo mi misma carne, mi misma sangre y mi misma alma*.

Nada os será si os pareciere no recordar todo lo que yo os he dicho, porque siempre estaré entre vosotros, *puesto que yo seré el alma vuestra y vosotros mi carne y mi sangre*.

"Todo lo que hagáis hacedlo en mi nombre, obrad como si me encontrara visiblemente entre vosotros, por cuanto en verdad os digo que siempre entre vosotros estaré".

"Una vez más os bendigo, queridos hermanos míos, hijos míos, amigos míos; orad mucho, pedid al Padre que os dé fuerzas, pues todo del Padre viene. Reuníos también cuantas veces podáis en el recuerdo de esta Cena, que es mi despedida, y recordad lo que ahora os digo, porque lo oiréis repetido muchas veces por una voz interior, que será la mía".

"Repartió el Maestro el pan entre todos, como era costumbre, e hizo que todos bebieran de una misma copa, queriendo significar la estrecha unión que quedaba establecida entre nosotros y entre él y nosotros, repitiendo las palabras... *Y seréis así mi carne, mi sangre y mi misma alma, pues con vosotros estaré permanentemente unido y con*

*los que a vosotros tan estrechamente se ligen, que formen un mismo cuerpo y una misma sangre, pues es el amor de los que siguen mi palabra y se ligan a mi obra lo que me da fuerzas en estos momentos y lo que siempre me las dará, porque esto es mi cuerpo y mi sangre y el que no comiere y bebiere de ellos no verá el Reino de los Cielos". Grato me será, por tanto, toda vez que repitiéreis esta Cena en mi nombre, y yo ocuparé en toda ocasión éste mi mismo puesto en medio de vosotros, y aunque vuestros ojos no me vieran, presentiranme vuestros Espíritus".*

Lo expresado comporta la síntesis y lo esencial de lo dicho por el Señor en esa noche y a nadie se le ocurrió lo más remotamente el significado tan extraño que se les ha venido a dar con la *institución de la eucaristía*, que vendrían a representar el hecho material de tragar la carne y la sangre de nuestro Señor, representados por la hostia y por el vino. No tengo la menor idea de criticar una fórmula del culto Católico, a la que se le da mucha importancia; digo únicamente que el Señor no la instituyó, porque ésta es la verdad.

Después de la muerte del Maestro, nos reuníamos, en recuerdo de la Última Cena, llamado al acto la SANTA CENA. Comíamos muy frugalmente procurando reconstituir, aun en la forma, lo esencial de la cena recordada, haciendo memoria de todo lo dicho por el Mesías y de todas las circunstancias que se habían grabado en nuestro Espíritu. Al principio únicamente nos reuníamos los que en dicha ocasión cenáramos con el Señor, menos Judas, naturalmente, que fué reemplazado después por Bernabé. Muy pronto la Santa Cena, que desde el principio tuvo carácter religioso, se hizo obligatoria para todos los fieles, pero enseñándoseles que no era su objeto el de satisfacer las necesidades del cuerpo, sino que tenía los propósitos religiosos con que el mismo Señor la instituyó. Más tarde únicamente pan y vino se daba a los fieles que se acercaban a la *Santa Mesa*. El vino, como siempre, circulaba en una misma copa para todos.

Como todas las cosas, también la SANTA CENA fué perdiendo su carácter de intenso sentimentalismo, su fuego se enfrió y muchas veces tuvieron que reprimir la grosería de los que, sin antes haber comido en sus casas, iban a satisfacerse con el pan y el vino de la *comunión*. Mas dejemos de lado todo esto, que cambió después completamente de carácter, como sabéis, y ocupémonos más expresamente de la marcha del Cristianismo, sobre todo en Occidente, que es el objetivo de esta comunicación.

Ciertamente, mis conocimientos y mi modo de ser se han elevado de mucho respecto de lo que era el Pedro pescador y bien podéis imaginaros la enorme dificultad que encuentro para desenvolverme dentro del círculo estrecho de mi pobre personalidad de entonces. Debo no obstante colocarme, hasta donde es posible, dentro de mi pequeño molde galileo, para que la verdad no sufra alteración, puesto que todos los valores se refieren entre sí al lugar que ocupan los unos con relación a los otros, en el tiempo y en el espacio, es pues por la comparación que las cosas toman sus valores respectivos. Así, esa concepción de los llamados misterios, como el de la *trinidad* y el que por la *transubstanciación* convierte el pan en el cuerpo, sangre y alma de nuestro Señor Jesucristo, nunca hubieran podido encontrar cabida en nuestros cerebros, muy poco fecundos ciertamente. Jamás, en verdad, nos hemos ocupado de ello, siendo todo de origen mucho más reciente. Nosotros éramos sencillos y sinceros y nuestro Señor, por su parte, siempre se esforzó en simplificar los asuntos de que debía tratar, por tanto, esas intrincadas cuestiones del dogma y del

misterio, que tanto complican en el Catolicismo la idea religiosa, no pueden tener su origen ni en las enseñanzas de Jesús ni en la de sus Apóstoles, quienes todo, en el CRISTIANISMO, lo hicieron motivo de sentimiento, primando en absoluto el lenguaje del corazón. AMA A DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS Y A TU PRÓJIMO COMO A TI MISMO. Tampoco podíamos sus Apóstoles complicar lo que con tanto empeño el Maestro había colocado al nivel de la mayor simplicidad popular. Ya ha podido verse el escaso significado del movimiento *nazareno* o *galileo* en la Judea; constituíamos una comunidad de pobres, que al mismo tiempo hacíamos caridad con lo que se nos daba y con lo que cada nuevo miembro aportaba a la comunidad. En general se nos consideraba como una asociación piadosa, una nueva secta hebrea de rezadores y penitentes, por más que nuestra propaganda fué abriéndose camino en toda la Judea y otros pueblos y ciudades de las regiones limítrofes, no tardando en hablarse del Cristianismo, nombre que poco a poco fué prevaleciendo, hasta en Grecia y en Roma. Esto más que todo, justo decirlo, a Pablo fué debido, quien, comprendo ahora, era el mejor inspirado, el mejor médium, diríais vosotros, del Señor, no obstante que siempre le tratamos con algún recelo nosotros, hasta no admitirle jamás como formando parte del círculo de los Apóstoles, por motivo decíamos, que él nunca había oído la voz del Señor, ni participado de su vida. Bernabé, que reemplazó a Judas, había oído la palabra del Señor y adepto habíase demostrado de antemano, lo cual no había acontecido con Pablo, quien, al contrario, habíase iniciado como enemigo de Jesús y de sus secuaces. Un milagro, puesto que así se le llamó, le abrió los ojos; pero si no fué un milagro, fue indudablemente obra del mundo espiritual, bajo la dirección del mismo Jesús, que, al fin, era quien se manifestaba. La espontaneidad del fenómeno y la firmeza de lo que se decía, a pesar de los pensamientos y de la voluntad de Pablo, contrarios a los propósitos sustentados por la manifestación, dejaban ver la clase de *facultad* (palabra que encuentro en el cerebro del médium) de que el nuevo Apóstol disponía, y los acontecimientos ulteriores, o toda la vida y obras de éste en lo sucesivo comprueban la *facultad* o *mediumidad*, como debe llamarse, y el constante ejercicio que de ella hizo durante su activísimo apostolado.

Apóstol he dicho, porque muy pronto comprendí, después de mi muerte, que lo era más que nosotros, puesto que fué él quien salvó el Cristianismo del estancamiento de que estaba amenazado en la Judea, porque, si bien es cierto que de la muerte del Mesías nació nuestro *iluminismo*, centuplicándose nuestro celo y actividad, ello desarrollábase en medio de las estrecheces de un espíritu por demás judaizante, al punto de oponerse serias dificultades a que la propaganda Cristiana fuera llevada más allá de la Judea y mucho menos que se admitiese en la Iglesia un incircunciso. Yo mismo, acompañado principalmente por Santiago, sostuve en un principio esa tesis y cuando Pablo, que había estado predicando lo contrario, fué a Jerusalén para discutir el punto conmigo y con Santiago, logrando convencemos, tan luego salió de Jerusalén, los otros, basados en mis mismas manifestaciones anteriores, me convencieron nuevamente de lo contrario, haciendo manifestación pública en este sentido repetidas veces durante la Santa Cena, en Jerusalén y después en Alejandría. Esto súpolo Pablo, porque había ahí algunos incircuncisos que habían sido por él mismo introducidos, con escándalo verdaderamente, para los nuestros. Entonces, sin pérdida de tiempo y sin duda con grandes sacrificios, volvió él entre nosotros y con la energía de su convicción, mucho afeó en público mi inconsecuencia, doblegándome yo a su razón, pero no sin que se levantara cierta indignación en su contra de la mayor parte de los Cristianos que ahí estaban presentes, todos circuncisos menos uno que viniera con el mismo Pablo. Pero en mi interior, confiésolo, creía en la necesidad de la



circuncisión, por motivo, principalmente, de haber dado el mismo Maestro ejemplo de sometimiento a ella. En cuanto a lo demás, la resistencia pasiva, tácitamente establecida con respecto de Pablo, siguió su curso, al punto que nada se le comunicó jamás con respecto de lo actuado por Jesús y aun cuando nos dió a entender, tanto a Santiago como a mí, en las dos ocasiones que estuvo con nosotros en Jerusalén, que deseaba conocer lo que Jesús había dejado como norma a seguirse en su Iglesia, es decir, aquello de sus enseñanzas que debía tomarse como oficial, nada nosotros le dijimos de concreto, nada que pudiera implicar una enseñanza o una revelación para él. Parecía, por decir verdad, que en esto temiéramos empequeñecernos delante de él al comunicarle cosas que hubieran podido parecerle de escasa importancia, a él, que iría dispuesto a escuchar de nuestros labios relatos maravillosos *sobrenaturales* de la acción del Mesías. Los demás Apóstoles, si se exceptúa a Bernabé, que era el único que se esforzaba por hacer desaparecer el embarazo, la frialdad con que el Apóstol era acogido y tratado, pues nadie fe rodeaba, ni aun Juan, sino Santiago y yo, que lo hicimos participar de todas nuestras reuniones, pidiéndole al mismo tiempo que se empeñara para que la Iglesia de Occidente ayudara a la de Judea a socorrer a sus muchos pobres. Así lo hizo con la mayor eficacia para nosotros en las dos ocasiones.

A pesar de lo dicho, fué de gran importancia la venida de Pablo a Jerusalén, pues establecimos un criterio de armonía entre las dos iglesias, que debía ser inquebrantable, y respecto del cual casi siempre se salvaron, por lo menos, las apariencias, tan necesarias para el prestigio de la fe, tratándose de Espíritus por demás atrasados.

Es un acto de justicia el hacer resaltar el proceder de Pablo, quien viendo los antagonismos que venían surgiendo entre las dos Iglesias y la prevención que existía en contra de él y de su actuación con el carácter de Apóstol, de que se decía directamente investido por el mismo Jesús, tuvo espontáneamente la idea, y la puso en práctica, de allegarse a los discípulos directos de Jesús, para recoger de sus labios las enseñanzas del Mesías y someterse a ellas, sinceramente dispuesto a reconocer la prioridad de ellos y su superioridad en la jerarquía moral, como compañeros en las vicisitudes de la vida del Maestro. Pero quería, en cambio, que su autoridad, como Apóstol fuera reconocida y aún aumentada, con la completa participación que se le diera en las cosas y dichos del Señor. Así, no sucedió, como lo habéis visto, debido a nuestra timidez y atraso, que nos hicieron retraernos de él rehuyendo a todas sus preguntas referentes a las particularidades de la vida, pasión y muerte del Hijo de Dios y concretándonos a hablar de las generalidades de todos conocidas. Pasó no obstante Pablo unos quince días o más entre nosotros, interviniendo en todas nuestras funciones religiosas y de propaganda, así como en los repartos de limosnas y visitas de enfermos, presenciando también algunos exorcismos de poseídos por malos Espíritus. El también, después de su primera visita, aunque había hecho ya milagros en curación de enfermos, libró a muchos poseídos del demonio. Desde su primer visita, resentido en su interior por la falta de consideración de parte nuestra, que más bien procedíamos por indecisión y por falta de una norma para el caso, que guiara nuestra ignorancia y timidez, modificó sus propósitos de sometimiento, dejando al descubierto su carácter, demostrándose con más capacidad para hablar que necesidad de escuchar, con sobrada autoridad para no precisar de los prestigios que nosotros pudiéramos otorgarle, puesto que los había recibido del mismo Jesús, siendo tan directo su apostolado como el nuestro. Fué entonces que inmediatamente le rodeamos de mayores consideraciones,

sintiéndonos impresionados por la espontaneidad con que de improviso se irguió, habiéndonos como inspirado y diciendo:

**Yo, Pablo, Apóstol de Jesucristo, no por los hombres designado, sino por el mismo Mesías estatuido, en verdad os digo, y en su nombre os lo reitero, que una sola ha de ser su Iglesia, no de Pedro, ni de Juan, ni de Pablo, sino del mismo Jesús, que es el único y verdadero Mesías que vino a redimir al mundo con su luz y con el brillo que ella sacó de su martirio. Levantemos, pues, las antorchas que Él ha puesto en nuestras manos, para disipar las tinieblas que envuelven al mundo, llevando a todas partes sus enseñanzas y su ejemplo, antes de fomentar el peligro de la desunión entre sus secuaces con desconfianzas infundadas y con ideas de un judaísmo estrecho, cuando de la Samaritana bebió agua Jesús y cuando él mismo, tan lejos llevó de Jerusalén sus enseñanzas.**

Así siguió hablando con vehemencia por un rato y nosotros le escuchábamos atentamente, habiéndose cambiado nuestra desconfianza en profundo respeto. Desde ese momento tácitamente se le reconoció cierta autoridad y temíamos disgustarle, sin dejar de sernos algo molesto ese ascendiente de parte de un casi Apóstol, que no nos había sido presentado por el Maestro, pero que en sus palabras revelaba el espíritu de sus enseñanzas, y de sus actos se traslucía la influencia del Divino Redentor. Alguna unidad nació de esto para las dos Iglesias, tanto más que flaqueaba nuestra supremacía apostólica, debido a la indecisión con respecto de lo que constituía la esencia de las enseñanzas del Maestro y que implicaba verdaderamente una completa reforma del Judaísmo sobre la base de la teoría de las reencarnaciones, de la pluralidad de mundos habitados y del progreso, como ley primordial del Universo.

"Preparad primero con mucho tino el terreno, nos había dicho Jesús, para la comprensión de estas verdades y después procurad inculcarlas paulatinamente en el pueblo; hacedlo con mucha prudencia, sobre todo al principio, pero también con mucha constancia. Esto constituye la verdad más grande del Universo y sin su comprensión nada podrá explicarse al hombre e incomprensible le resultará toda idea referente a la Divina Justicia, base de la moral y eje sobre el que deben girar las instituciones humanas, civiles y religiosas, puesto que vuestra justicia debe ser un derivado de la Divina Justicia"

Nosotros carecíamos por completo de decisión para llevar adelante estas doctrinas, que, al fin, a pesar de los esfuerzos del Mesías, no habían logrado amalgamarse con nuestro modo de pensar y de sentir, resultándonos después de todo, más fácil y más práctico eso de impresionar a nuestros oyentes con las llamas eternas, el llanto y el rechinar de dientes en la *Gehena*, que lo de hablarles de reencarnaciones y de la Justicia Divina, en una forma demasiado elevada, aun para nosotros mismos, forma la más racional y comprensible, pero menos impresionante y por eso menos aceptable. Ahora mismo podéis comprobar cómo después de tantos siglos de evolución, todavía los pueblos de Occidente aceptan con más facilidad, sin comprenderlas, naturalmente, las ideas de cielo e infierno, que las de reencarnación y progreso. Ello es debido, sin duda, a la pereza mental, que da preferencia a las doctrinas dogmáticas que excluyen todo trabajo del pensamiento. A pesar de ello no dejaron de enseñarse esas verdades, tanto más que en las comunicaciones que se recibían normalmente, sobre todo en las Iglesias de Occidente, siempre que era oportuno se hacían referencias claras y afirmaciones categóricas, respecto de este modo de explicar la Justicia

Divina, el único, se decía, ajustado a la verdad, a los hechos y a la sana lógica. Pero asimismo, poco se popularizaban dichas doctrinas, porque nadie reflexionaba respecto de ellas, sino los doctores, cuyas ideas mal comprendidas por los *amanuenses* encargados de recoger y copiar juntamente con los "dictados del Espíritu"(comunicaciones recibidas en las Iglesias) las observaciones a que hubieren dado lugar, resultaban mal expresadas, por la alteración al copiarlas, de las palabras mal comprendidas. Es fácil darse cuenta de las transformaciones que los escritos pueden sufrir al ser copiados por quienes no los comprenden. Así también resulta con toda "comunicación", cuando el cerebro del hombre que hace de intérprete para con el Espíritu que se comunica le es muy inferior en preparación. Por eso todo lo que en los Evangelios a las reencarnaciones se refiere, todo lo más ambiguo ha resultado. Únicamente, en el Evangelio según San Juan, se ve completa claridad. Esta también aparece, sin lugar a la menor duda, en muchos otros escritos contemporáneos, sino que los Católicos, una vez declarado el dogma de las penas eternas, hicieron desaparecer todo testimonio que pudiera serles desfavorable y lo que no lograron hacer desaparecer, lo declararon apócrifo o hereje, valiéndose para ello de la autoridad y de la fuerza, cuando llegaron a tenerlas a su disposición. Mas antes que ello sucediera, estas verdaderas doctrinas del Cristianismo consiguieron muchísimos prosélitos y si el triunfo no las coronó debido a la violencia con que se las trató, dejaron el terreno preparado para su resurgimiento, que ahora tiene lugar. Sucede, pues, ahora lo que antes debió acontecer. Es el mismo Cristianismo el que se manifiesta actualmente entre vosotros, completándose en lo que no pudo llevar a cabo antes por el empeño en contrario de los que disponían de la fuerza y la hacían prevalecer en contra de la verdad, a favor de sus mal entendidos intereses.

Ciertamente, no puede negarse que hubo perplejidad sobre este punto, lo mismo en Occidente, como ya lo dije para el Oriente, en cuanto a la propaganda Cristiana, debido a las manifestaciones referentes a las penas eternas que el Mesías había hecho repetidas veces ante el pueblo. Pablo, lo mismo que nosotros, poco habló de ello y generalmente con sus íntimos o entre las personas de mayor jerarquía entre los cristianos. Pero el tema, como ya lo he dado a entender, se ofreció muchas veces en las comunicaciones recibidas, teniéndose que abordar forzosamente la cuestión, pero entonces lo de penas eternas, se decía que tales las creían los condenados, para quienes los sufrimientos parecíanles no tener fin. El tiempo es siempre muy largo para los que sufren y como en el mundo de los Espíritus no hay medida para él, de manera que los cientos y los miles de años nada tienen de extraordinario, fácil mente, en su atraso, los toman por la misma eternidad.

Lo cierto es, no obstante, que aun después de constituido el dogma de las penas eternas llegó el reencarnacionismo a apoderarse de todas las conciencias ilustradas, entre los mismos Doctores y Padres de la Iglesia Católica, ya definitivamente establecida y si bien esto sucedía mucho después de la muerte de Pablo, es indudable que la orientación de la labor activa que el impuso a la Iglesia de Occidente desde un principio fué la que la llenó de savia vivificante y es la misma que ahora también da pruebas de su energía, llevando en su seno más ostensiblemente que antes la tal doctrina de las reencarnaciones, no ya dentro de la Iglesia, sino fuera de ella, porque son los Espíritus los que evolucionan y progresan, no las cosas ni las instituciones, que mueren tan luego los Espíritus las abandonan.

Mientras tanto no es de dudarse de la inmensa obra llevada a cabo por Pablo, guiado únicamente por su *mediumnidad* y por su gran fe. Mediumnícamente elegido y consagrado Apóstol, lo fué con mayor verdad que los otros, porque su *iluminismo* venía directamente de arriba, sin los reflejos humanos, que en Jesús hombre, disminuían la intensidad del brillo de Jesús. Espíritu. Sin duda, fuéle preciso ver nuestro modo de obrar y de conducimos en nuestros trabajos en la Viña del Señor; pero bastóle ver para que todos los poderes que en nosotros actuaban se revelaran en él también, con igual o mayor intensidad, tanto en la cura de enfermos y en los exorcismos como en la claridad de la inspiración. Todo ello que se refiere sencillamente al *mediumnismo*, como vosotros decís, constituía entonces, os lo repito, el don de milagros, con que se distinguían los enviados de Dios. La pureza de su vida, santidad de pensamientos, sus continuadas oraciones, su gran fe y el esfuerzo constante por ser humilde, aumentaron los dones de su mediumnidad, corriendo su fama por todas partes y acudiendo a él de todas partes también, los perseguidos y los desgraciados. Todos los que tenían hambre y sed de justicia, salían de él consolados e iluminados llevando por todas partes, hasta la misma Jerusalén, los consuelos y la luz que recibieran de gracia para que diéranlas de gracia a su vez. **-¡Oh, Pablo! ¡Tú fuiste verdaderamente grande, El Gran Apóstol del Cristianismo!**

PEDRO

## CAPÍTULO XXX

**El Apóstol Juan explica su posición en medio de la pequeña Iglesia galilea y su actuación posterior, valiéndose de ello para aclarar muchos puntos oscuros de los principios del Cristianismo.**

EL que dijere: no tengo pecado, a sí mismo engañaría, y si yo os dijere que no tengo pecado, me hago mentiroso y no es en mí la palabra de aquel que vino en el nombre del Padre para el conocimiento de la verdad que del Padre es. Mas si lejos estaba Juan de la pureza del Salvador, su corazón era por tanto con Él, quien bajo su amparo le cobijó y como a hijo amado le cuidó.

Como os digo aconteció: que eran únicamente con Jesús, Cephás y Simón (1) en el aprendizaje del apostolado, a quienes el Mesías había dicho: pescadores sois de peces, mas venid, seguidme y pescadores os haré de hombres; y en ese tiempo mi madre, llamada Salomé, escuchábale a Jesús con gran fe y devoción en la palabra de Dios, y entendiendo ella que era él verdaderamente EL PROFETA ESPERADO, EL HIJO DE Dios vivo, quiso dependencia de Él para sus hijos, en el amor, en enseñanzas y en la obediencia, como padre, maestro y señor de ellos. Estos eran: Jaime, mi hermano mayor, y yo, Juan.

**(1)Que se le conoce por Andrés.**

Nuestro padre Zebedeo, vió bien como la madre, y llevados fuimos cerca de Jesús, quien recibiónos con amor que no era nuevo, siéndole querida la familia de Zebedeo, que fe y devoción en Él tuviere.

Ya dije por tanto, sin culpa no he de decirme, empero los cortos años, el natural vivo y de mucho hablar, comprendiendo también más pronto las cosas por el Maestro dichas, dábanme ante el Señor alguna aparente preferencia, y de ella no supo Juan usar en bien, mas sí en querer levantar su misma persona de *discípulo preferido*. Tan solamente a Cephás o Pedro, como llamósele desde ese tiempo, tenía Juan en consideración, por su gran celo y firmeza en el amor del Maestro y cumplimiento de las cosas que de Él venían.

La vanidad y falta de experiencia llegó de esta manera en dar causas de pequeños celos en la familia de Jesús y discutiendo con mal tono, aunque razonablemente muchas veces, establecía causas de pequeñas discordias. Mi hermano Jaime dábase siempre en mi apoyo. Era él también vivo y movedizo en el temperamento, sino que en iniciativa corto era y en ayudar al hermano más bien, invertíase.

Muy poco ciertamente era de importar para la pequeña comunidad los dichos celos y las tales diferencias entre los hermanos. Es, empero, de señalar la diferente naturaleza de todo hombre, y es por tanto que Judas, llamado el Iscariote, débil de cuerpo, con timidez y retraimiento en su persona, dióse en creer que no le tomaran en cuenta y las aparentes preferencias del Señor por Pedro y por Juan abrieron honda herida en su corazón. El Espíritu del mal trabajaba invisiblemente y faltóle confianza en el Maestro, que hubiérale salvado, antes bien le entregó, pero no por dinero, que nadie vino en ofrecerle, sino que en idea de su venganza. Judas, caído en el arrepentimiento así que el mal hizo, metióse en el campo, vida llevando de pena y de trabajo. Espíritu de luz es ahora como los otros discípulos del Señor. Juan pudo bien dejar un poco de su interés de él para allegarse del

hermano y quitar las obscuridades de su corazón con palabras de amor, en tanto que tan solo de fantasías y del deseo del brillo apostólico llena tenía yo mi alma.

Hermanos míos: Cualquiera que hace pecado, transgresión hace también a la ley, y para el cumplimiento de ella, en ella misma castigado es el transgresor, encontrando entrada el Espíritu maligno. El obra después tentando a cada cual en sus debilidades. Aquello fué por tanto que no tentó a Juan en la maldad el Espíritu maligno sino en sus fantasías, dadas a exagerar todas las cosas del Maestro, queriendo levantarle hasta Dios mismo para levantarse después en él a sí mismo. Empero el amor de Juan era grande. Su fe grande era también y su voluntad como ellos. Quería el engrandecimiento de la doctrina elevando a su divino divulgador y ante mismo de los otros Apóstoles engrandecimiento demostraba de todo lo que él sólo decía saber o haber visto del Maestro.

He aquí, por tanto, que el Espíritu maligno preparaba en ello las causas de lo que más tarde aconteciere en Éfeso.

Todo lo que salido fué de la boca de Juan en sana intención fué para el amado Maestro, y si bien los milagros no tales eran como mi exagerado carácter pin táralos; no Juan sólo de ellos afirmó, si que también los otros discípulos y muchos de sus oyentes. Exageración he de decir, no falsedad, por milagros eran en esos tiempos la visión de lo aún no acontecido, el conocimiento del pensar de otro, la curación en enfermos incurables, la liberación de los Espíritus inmundos en los pecadores con dominación de ellos. Esto el Señor hacía y enseñólo en hacerlo a los discípulos de Él también; empero lo que de verdad ha de llamarse milagro no existió y en su invención a Juan en entero pertenécele la iniciativa; los otros discípulos inclináronse poco a poco o callaron y después aceptaron y también como yo, hablaron al fin.

Si yo os dijere por tanto que no tengo pecado, me hago mentiroso, empero el tal pecado en decir de los milagros que no fueron he ahí que en bien vinieron, como por el mismo Jesús dicho es.(1) El Espíritu maligno por tanto aún buscando el mal hizo el bien, por cuanto hasta el mal y la muerte misma (2) han de servir de pedestal al bien, que tal es la ley de Dios.

**(1)Debe referirse al siguiente pasaje de la Vida de Jesús, 2\* parte. Capítulo III: "La superstición y el deseo de lo maravilloso, fomentados por un discípulo, que muy lejos se encontraba de los verdaderos propósitos del Maestro, rodearon a mi persona de los prestigios de la divinidad, por la divulgación de mentidos milagros, concurriendo con ello a que corrieran las gentes hacia el portador de la buena nueva, hacia el nuevo profeta, hacia el Mesías tantas veces anunciado", etc.**

**(2)Admiremos y adoremos los designios de Dios, que de todo y en todo momento hacen brotar el bien y el amor, la armonía y la luz, entonces mismo que todo parece desfallecer y cuando hasta la muerte pone su sello aterrador para vuestros ojos, como cortando toda esperanza y matando toda fe, entonces mismo es cuando todo rejuvenece y renueva en el Padre y por el Padre, que es al fin principio y término de todas las cosas". (Vida de Jesús, 2\* parte, Capítulo III.) — O. R.**

Esto fué en cuanto a los hechos del Mesías; en los tiempos empero que fueran después de su muerte en las doctrinas confusión trajo también su fantasía por querer hacer mejor en el recuerdo y amor de las palabras del Maestro, siendo empero que el Espíritu maligno en la vanidad, aunque fuese poca pero grande por ser del Apóstol, puerta abierta

encontró en el corto entendimiento del discípulo predilecto de Jesús. Es así por tanto que mucho cambiado fué de las palabras del Mesías en el Evangelio de Juan, quien a los otros arrastró en parte, dándose todos en decir de la anunciación del ángel, del nacimiento de una virgen, de la muerte de los inocentes y otras cosas que Juan hubo de conocimientos tomados en las ciudades que visitó cuando la dispersión de la primera Iglesia, por la destrucción de Jerusalén, el año 70 de Jesucristo.

Pecado por tanto hubo en Juan, empero no la intención del mal, sí más bien deseo del bien en su corazón por el amor del Maestro y por el más grande valor que neciamente creyó dar a sus palabras ante los hombres. Y es ciertamente que nosotros unción del Hijo de Dios recibimos y el amor y la fe eran en nosotros y todo así en nosotros era llevado y el pecado de Juan fué mayormente que otra cosa, por la cortedad del entendimiento, en que soplando el Espíritu maligno entre lo vanidoso de su corazón, que en poco veía ya la humildad de la doctrina, hízole ver lo que no debió, es en decir: Quiso engrandecimiento allegar a las cosas que de Dios venían y que lo más grande por tanto eran; empero lo grande hizo pequeño y de las cosas de Dios cosas hizo de hombre.

Empero en el tiempo que esto hizo, ciegos eran los entendimientos y las cosas así dichas más valor por cierto encontraron, que si la simple verdad oyesen. Contrario, empero, es hoy el hecho, viniendo las gentes en desconocer no tan solo los milagros, sí que también las cosas de los grandes Espíritus, que el gran Espíritu de Jesús pudo hacer e hizo. Así en tal causa no dan ya testimonio del Cristo y de la palabra que del Padre recibiere y en su nombre a los hombres enseñase. Gran perjuicio es, pues, ahora lo de Juan. Mas he aquí que vuelve el Mesías para restablecer las cosas como estaba anunciado y he aquí también a sus Apóstoles trayéndoos cada cual lo que le fué ordenado.

Empero al llegarse Juan hasta vosotros para el restablecimiento de la verdad, ha de hacerlo, para que en su esencia y en su forma lo verdadero sea ciertamente con la persona de esos tiempos<sup>(1)</sup> no saliendo de lo que entonces fué. He de recordar por tanto los pasos de esa época, que tan larga fué para el Apóstol Juan, que *Juan el Viejo* diósele en llamar.

**(1)Es sabido que la personalidad actual de un Espíritu es la resultante de todas las personalidades que ha tenido, porque la diversidad de condiciones de cada encarnación y el olvido del pasado, determinan en cierto modo cambios de personalidad, por más que cada hombre traiga en sí el *substractum* de todo el progreso adquirido y guardar inalterable su carácter. El Espíritu tiene después todo el progreso adquirido y el recuerdo de todas sus existencias. Ahora lo que Juan quiere decir es, que para ser enteramente fiel a la verdad, olvido hizo de sus encarnaciones posteriores encerrándose en la que tuvo entonces; de ahí viene también la forma anticuada de su modo de escribir. — O. R.**

Enseñado por mí fué, no es de dudarse, el Evangelio de San Juan, mas no en la letra que le conocéis, pero sí es bien el Espíritu del *discípulo predilecto* quien sopla en él. Así por tanto, verdad habla quien dice: Juan escribió el Evangelio; y así por tanto verdad también habla quien dice: Juan no escribió el Evangelio. Es esto en decir, que apostolado y enseñanza es de Juan, mas la letra es y en parte no es. Después de la prisión en que vino por el Emperador Domiciano y del destierro de Efeso con que el César le castigara, entró otra vez en Efeso por la muerte del mismo Emperador, y dióse en preparar las cosas del Evangelio, como cambiada idea de la que en el año 70 de Jerusalén consigo sacó. No en verdad el Espíritu otro hiciere, si más bien engrandecer propuso la influencia que traer

pudiere en los gentiles. Dijo, pues, así Juan: Aquí en Efeso, en que a tanto la filosofía subiera, muy poca cosa es la sencilla doctrina nazarena enseñada por Jesús a los también sencillos galileos, empero Jesús más sabias doctrinas aquí hubiéreles dado a los hombres que aquí son, porque siendo Jesús el más grande, no ha de haber doctrina más grande que la de Él. Y he así, por tanto, que entreguéme a lo que en ese tiempo llamada era *la inspiración del Espíritu Santo*, y así, no el Espíritu Santo, si más bien *el espíritu de mi ofuscación* hízome escribir y cambiar las unguidas palabras del Mesías en las frías palabras del que sus fantasías quiere establecer con el razonamiento.

La teología entraña con nacimiento en el Asia Menor en esos tiempos y que en Efeso mayor crecimiento hubo, grande influencia alcanzó en mis enseñanzas, mas no tal como en el Evangelio de mi nombre se encuentra, por cuanto añadidura y cambios de importancia hay en lo que Juan dictara a sus discípulos y en el principio del Evangelio principalmente nada es de Juan.

Los sublimes discursos del Mesías buscaba yo hacerlos de importancia mayor en las enseñanzas a mis discípulos de Efeso, y ellos así en esa manera os los transmitieron, y es por tanto que fáltales de tal manera y completamente su original sublime; gustad en tanto el decir de Mateo en el Evangelio que de su nombre se escribió en Betania, por sus discípulos también muy pocos años antes que el mío. Tales discursos la palabra y el Espíritu del Mesías en sí llevan, mas lo de Juan frío reflejo tan sólo en sí muestran.

En lo de escribir ciertamente las "Revelaciones" principales fueron, y era que en el año 95 del Señor movió persecución a los Cristianos el Emperador Domiciano e hízome meter primeramente en cadenas en Efeso, en donde venido era Juan en enseñar "El Evangelio", desde los días de la destrucción de Jerusalén. Antes ya conocido era, con Pedro, en Efeso, y llevado también había las palabras del Mesías; tan solo más tarde se llegó del lugar en idea de establecerse enteramente para los propósitos del Señor. Estableció Juan así en Efeso cabeza para la Iglesia de Oriente, en tanto que el Emperador, no satisfecho con las cadenas de Juan, quiso darle muerte; cambiada empero por Dios su idea, bastante hubo de serle su destierro a la isla de Pátmos. Es en tanto que en ese lugar escribió la "Revelación", siendo ya la otra mitad del año 95 del Señor. En llegando después el año 96, libre vióse Juan por la muerte del César, yendo en ocupar su apostolado en Efeso, en donde diérese en dictar "El Evangelio", así como diérese antes en enseñarlo a sus discípulos. Soplaban empero en ellos las ideas extrañas de nuevas doctrinas que en públicas enseñanzas mucho valor en alcanzar vinieron, y es por tanto que en lo brillante, sencillo y sublime de las palabras del Señor, las que ya Juan empequeñeciere, confusión levantáronles todavía los discípulos de éste. Prueba os da la mejor de esto el capítulo I, que en nada tiene de Juan.

Toda verdad si es de decir, tan solo el capítulo XXI, todo entero, completamente es de Juan, siendo que él mismo, como ya dicho es llegó en tomar parte de las tales ideas, con mira de meter en mayor apariencia lo que dicho fué sencillamente por el Maestro. Viene por tanto en el justo conocimiento de las cosas: que Juan dictó "El Evangelio" a sus discípulos, quienes empero tan solo el espíritu guardaron. Es así por tanto que en vuestras manos es la palabra del Mesías con entera certidumbre en lo que de la doctrina es, si bien en palabras diferenciación os es de encontrar. En Mateo es de decir que la palabra y la



doctrina del Salvador es enteramente. En Marcos asimismo son, empero mayormente en Mateo. Del Apóstol Lucas no llegó en escribirse el Evangelio. Otro Lucas, quien Galilea y Jerusalén no conoció, en el Asia Menor, empero empeñoso buscó las cosas por los discípulos de los Apóstoles. Era también en Damasco un discípulo directo del Señor, con nombre Ananías. Quien a Pablo en curar viniere en los días de su consagración por el Espíritu del Señor, en viniendo Pablo desde Jerusalén camino de Damasco. Ananías asimismo consultado fué de Lucas, o mejor Lucano, para el Evangelio, que empeño en escribir él tuviere y Policarpo también discípulo de Juan, preguntado fué y así vistos fueron de igual documentos y con todo escribió Lucas un Evangelio bueno, si bien no procediere de ningún discípulo directo del Señor. Los tres otros puede decirse salieron: Mateo, año del Señor 89; Marcos 91; y Juan 96. Puede decirse, es en decir: que por esos años Mateo y Marcos diéronse en escribir guiados por Pedro; Mateo juntó noticias y discursos del Maestro en lengua aramea; Marcos dióse principalmente en escribir sentencias y anécdotas del Señor, e bízole en lengua hebrea. Los discípulos de ellos, empero, siendo que muy pronto después estos Apóstoles murieron, mayores cosas añadieron de las mismas enseñanzas de aquéllos. Es en tanto que tales terminados primero fueron que el de Juan, el que recién se vio en el año 96 del Señor. El de Lucas empero no es ya del primer siglo, si que de la mitad del segundo, esto es en decir, por cerca del año 140 del Señor.

La importancia que de lo escrito desde el momento no se diere es en razón de la *proximidad de los tiempos*. Siendo que todas las cosas en renovación caídas veríanse. ¿Que era de importar a los hombres para ser escritas? Acercábase el Reino de Dios llegando ya en levantarse sobre la destrucción del viejo pasado y malo, levantándose sobre toda muerte toda vida. ¿Habíase así de escribir para los muertos?

La anunciación, como escrito está en la historia, si no fue ciertamente, siempre dijérese que en voces secretas habladas,(1) oyérase del Mesías venidero y en sueños también, esto es, de Jesús, en quien no es de dudarse que todo lo que escrito estaba halló su cumplimiento, asimismo como el Bautista hubiérole dicho:

**(1)Ello señalaría nada más que un simple fenómeno de mediumnidad oyente, sino que entonces tales hechos se atribuían al "ángel de Dios". Dada la trascendencia de la misión de que Jesús estaba encargado, nada de extraordinario tendría el hecho de la anunciación si se le despoja de toda idea de sobrenatural, de que se le rodeó, puesto que dichas anunciaciones han tenido y tienen lugar en caso? de mucha menor importancia. Únicamente es necesaria la mediumnidad. — O. R.**

**Este es del que dije: Tras mi viene un varón, el cual es antes de mí, porque era primero que yo (1) y ciertamente Espíritu mayor que Jesús jamás vino entre los hombres. Preciado vese él mismo en tanto a demostraciones más pequeñas de sí mismo de lo que en verdad comportaba su persona, siendo que los dones que vosotros llamáis *mediums* más que nadie él alcanzó, (2) lo cual juntado con la inteligencia, perspicacia y gran voluntad de él, teníanlo más alto colocado y con mayor poder que ningún otro hombre. Si, por tantos, milagros no pudo hacer, porque tampoco Dios puede, grandes cosas empero, que por él a los hombres fueron hechas para que los hombres en él creyeren, señales son que del Padre recibiere ministerio. Ningún nombre más odiado es y más temido que el de Jesús por los Espíritus del mal y ninguna persona fué, es y será más tenazmente perseguida por los hombres enemigos de todo bien que la personalidad del Mártir del Gólgota. Prueba es estoque nadie más grande que Jesús entre los hombres es.**

(1) Es éste un concepto que en todas las comunicaciones aparece, aunque en formas diferentes, esto es: que ninguno de los Espíritus que ha encarnado sobre la Tierra ha alcanzado la elevación de Jesús.

(2) Ahora mismo existe entre nosotros más de una persona que puede manifestarse a grandes distancias, logrando ser visto en algunas ocasiones, percibida por sus fluidos más a menudo, consiguiendo proporcionar mejoría o alivio siempre. - ¡Si esto podemos hacerlo nosotros! ¿Qué no haría Jesús?- Hay que observar que no son los conocimientos científicos y filosóficos los que conducen a la adquisición de estos poderes. Yo desafío a que se me presente uno que haya ejercido la magnetoterapia con entero altruismo, como un apostolado, durante unos veinte años y que no tenga esta facultad. - O. R

Después de la desaparición material del Maestro, tan solo en su recuerdo y amor diérense en un principio sus discípulos por entero entregados a las manifestaciones de su resurrección espiritual. Pocas veces ciertamente dejóse ver el Señor de todos sus discípulos reunidos, sí muy frecuentemente empero de dos o tres discípulos reunidos, principalmente de Pedro y de Juan. Lo que llamado es "la visión de Pedro", un sueño de él fué tan solo. La *pesca milagrosa*, abundancia allegó tan solo siguiendo consejo de un hombre que viniere en hablarle a Pedro desde la costa, en el que más tarde, con Andrés, Santiago y Juan, creyeron haber visto al mismo Maestro, que en la ofuscación de sus Espíritus desconocieron. Los tales casos que de la fantasía y fe ardiente de los discípulos en confusión viniendo con hechos verdaderos, antes de la muerte y después de la muerte del Mesías hicieron enredadas relaciones en el recuerdo después de los discípulos de los Apóstoles, quienes de éstos recibieron el Evangelio y completaron más tarde con añadiduras de sus recuerdos. Es ciertamente de decir que pasan siempre sin atención de los hombres las cosas de mayor importancia, fijándose en tanto en las menos importantes que mayormente vienen en golpear sus vestidos, de los que esclava dependencia guarda aún. Tanto más alto alcanzaréis en percibir de la verdad, cuanto a mayor independencia de los sentidos llegareis, es en decir que el Espíritu llegare en dominación de los sentidos antes que éstos sobre el Espíritu.

No es por tanto en vosotros el medio en apreciar los hechos de Jesús, algunos de los cuales Juan, Espíritu más viejo que vosotros, aún no alcanzó todavía en comprender y otros, dos mil años siendo pasados, le abisman en su entendimiento por su inmensidad y enciegan sus ojos la mucha luz de ellos. Los hombres en tanto tan sólo las palabras ven y mayor que todo traen conflicto a su entendimiento los llamados milagros, siendo que ni aún tan siquiera el concepto de la fe y de la oración es comprendido después de dos mil años. Únicamente las palabras y el raciocinio sobre tales alcanzáis a llevar, pero la esencia de ellas no la percibís. Os es necesario por tanto nacer de nuevo, renacer y volver a nacer para comprender, para dar en la esencia de las sencillas enseñanzas del Mesías. Bien en esos tiempos vino el Señor en decir: *Si os he dicho cosas terrenas y no las creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?* Los discípulos por tanto ellos tampoco jamás vinieren en el entero entendimiento de las cosas por él traídas al mundo. Significación fácil en apariencia muchas veces tienen las cosas, en tanto que escondido guardan el espíritu de ellas.

Juan, así del recuerdo de las enseñanzas del Señor recibidas, esle dado ahora venir de ellas en mucho mayor aprovechamiento estando así que: lo que era desde el principio del Padre era, porque toda cosa es de Él y de Él viene toda vida; de Él, por tanto, vida eterna (1) en traernos vino el Hijo, porque la gracia del Padre por el Hijo tenemos y es por tanto que todo lo que en el Mesías era todos sus hechos y enseñanzas testimonio daban del alto ministerio que de Dios recibiese, y así también de él liémosle oído: *Yo he venido en nombre*

*de mi Padre y no me recibís: Si otro viniere en su propio nombre a aquel recibiréis. Mas yo tengo mayor testimonio que el de Juan, porque las obras que el Padre me dió que cumpliese, las cuales yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me haya enviado.*

(1)Según la concepción de Jesús, Dios es la fuente de toda verdad y de todo bien; todo, pues, lo que alcancemos en tal sentido lo alcanzamos de Él, mediante nuestros merecimientos, esto es lo positivo, y en ello está la vida del Espíritu, porque cuanto más alcanza, mayor es su personalidad. Jesús no trajo de una manera concreta la idea de la personalidad independiente del cuerpo y evidenció su conciencia. En la conciencia ya así formada y en la tendencia también desarrollada hacia las manifestaciones del Espíritu resulta alcanzada la vida eterna en la acción personal permanente. Resulta así habérsela traído Jesús del Padre, que tiene vida eterna. El mal es lo negativo, la falta de todo bien y de todo progreso, es el pecado.

Los Espíritus inmundos, las enfermedades y el pecado se encontrarían juntos. ! Cosa curiosa! Las observaciones hechas en la *Sociedad Científica de Estudios Psíquicos* han demostrado la analogía de los fluídos de un febricitante con los de un criminal. — O. R.

Es así ahora en esto, que si en aquellos tiempos las fantasías y los milagros inventados por un discípulo diéronle notoriedad al Maestro, he aquí que obligado viérase en venir nuevamente y hablando así, que el milagro nada tiene de la doctrina y la doctrina nada tiene del milagro, siendo que éste no existió, en tanto que la doctrina del Padre vive en todo tiempo.

En el decir el Señor: "Yo milagros no hice", verdad dice, y oído es de los que no quieren milagros; éstos emperos verdad no entendieron, porque entienden que el Señor no hizo las grandes cosas que venido fué en llenar.

En verdad os digo, empero, que la presencia de Jesús tan solo sobraba en imponer su persona; de la frente y de la vista de Él parecía salir luz; la palabra con dulzura y con sentimiento dicha, en el corazón llegaba de los oyentes y salía de la persona de él un fluido tan suave, que en sanar venía muchas veces los enfermos que a él se allegaren.

Bien habéis venido vosotros ahora en conocimiento del atraso de los hombres que dan en negar entre vosotros también las grandes cosas que por *la ciencia del alma son hechas*; porque no comprenden, esto es decir, porque fáltales la fe, y fáltales la íe porque todavía en comprender no llegaron. Fáltales el adelantamiento para el comprender las cosas del Espíritu, y cuando muertos son del cuerpo, muertos casi andan en la vida espiritual, siendo que no saben y no comprenden. Esta es por tanto la vida del Espíritu - la vida eterna - que por el Hijo del Padre tenemos, siendo que la verdad y la unción en el amor de Dios y de los hombres y todas las cosas del Espíritu que del Señor llegáramos en conocer y así también el grande poder que por tales cosas el Espíritu alcanza, fórmale capacidad para vida entera y completamente sin dependencia del cuerpo y después también que éste muriere, a vida eterna por tanto nos es. Por tales cosas vino Juan en decir, que la gracia del Padre por el Hijo tenemos y del Padre por el Hijo vida eterna alcanzaremos.

Es en decir ahora lo acontecido en los primeros tiempos de la sociedad Galilea de los Apóstoles y discípulos del Mesías, los cuales volviendo a Galilea durante cortos días en obediencia del Espíritu resucitado de él mismo, vinieron en allegar a sus almas el reposo y tranquilización que tan solamente lejos de Jerusalén podíanles encontrar. En esas tierras de

más dulces recuerdos hiciérase ver el Espíritu del Señor resucitado en una manera de mayor tranquilidad en nosotros, por lo que acontecido era de su martirio y muerte en Jerusalén, siendo de ello en todo doloroso recuerdo ahí. Empero grande exageración en esto también hay de las apariciones del Señor en medio de todos sus discípulos siendo que muy pocas veces esto aconteció, si que empero muchas veces dejábase ver de uno o dos de ellos, y esto dicho era después de todos, esto es, hablábase entre todos y uno y otro añadía alguna cosa también, llegando en fin a vosotros como cosas maravillosas. Empero frecuentemente oídas eran de los discípulos voces de Espíritus, que les enseñaren los caminos del Señor, como ahora también a vosotros acontece. En medio de esas voces por tanto bien os es de comprender que la del querido Maestro principalmente en venir debiere a los discípulos amados. Así por tanto, como dicho es por Pedro, la resurrección del cuerpo no hubo para el Mesías, y si solamente del Espíritu, como en todos acontece. Así es de tener como que reflexionamiento y decisión por el venidero hiciéreles buscar el Maestro en el reposamiento de las almas de ellos en la querida Galilea, principalmente Cafarnaún y más todavía a orillas del Mar de Tiberíades, en que en el oficio de pescadores otra vez viniéremos y en esto mismo en mayor semejanza con la anterior alcanzáramos y en el recuerdo del Señor. Así, por tanto, pasóse el tiempo de la morada de los Apóstoles en Galilea, empero no todos ellos eran en ese lugar juntos, como en los días del Señor. En Jerusalén, si, todos juntos fueron después, no separándose ya hasta el tiempo de la gran dispersión en el año 70 del Señor.

Diere ciertamente el Mesías principio a la enseñanza de la palabra de Dios en teniendo 25 años; antes empero ya hablare en los lugares públicos donde los hebreos pobres juntáranse en decir de sus males, quienes andaban en quejas sin fin, justas empero para los ricos y los mandones, que venían sin cesar en opresión y empobrecimiento del pueblo, si que también hablaba el Señor de los justos juicios de Dios y de las cosas que de Él venían en señales de confusión de los malos y galardón de los buenos. Es en decir por tanto que el Mesías 23 años tenía en ese tiempo, empero en llegando a 25 la predicación empezare. A Jerusalén fuéase anteriormente, mandándole el padre en primero, ido con la madre en después, viniendo a muerte del padre. En estudios todavía ya enseñando corría, empero que en teniendo 15 años, estudios en Jerusalén empezare hasta en 23 llegando.

De los estudios viniéronle al Señor las cosas de la vida, de las que precisión esle a todo Espíritu para su trabajo en la Tierra, el cual empero de orden superior en él era entre los demás hombres, siendo de que en establecer la verdadera religión en el mundo viniere. La certidumbre de esto a claridad vese en leyendo LA MISMA VIDA DE JESÚS DE ÉL DICTADA.

Jesús por tanto, conocedor era y escritor en la lengua hebrea de esos tiempos, maestro asimismo era en el conocimiento de las sagradas escrituras. En las pocas ciencias que en el estudio eran de los enseñadores judíos Jesús todo conocimiento tenía y en aprendizaje para la curación de enfermos principalmente.

Poco en dar remedios era dado, y más lo que ahora llamáis magnetismo usaba, esto es las más veces, lo que dicho es de vosotros *imposición y aplicación y soplo*, si bien más que eso todavía, lo que dicho es *mentalismo*; todo eso empero venía en ser la forma, sacando así en apariencia humana las cosas al grande Espíritu de Jesús debidas. Los

Espíritus de inferioridad, y los más de inferioridad son en el mundo, no les es dado en las cosas llegar de los Espíritus puros, las cuales solo en palabras comprenden, no en esencia. La razón del hombre a dudas lleva siempre, en tanto que el Espíritu con elevación ve y siente las cosas de la verdad como vosotros la luz del día veis. Así, por tanto, los mismos discípulos del Señor eran llevados más de sus palabras, que del Espíritu de las enseñanzas de él.

No más de ocho días moraron los Apóstoles en Jerusalén, así que a muerte pusiéronle sus enemigos al Señor, quien en señalarles para ir a Galilea manifestación de sí dió a Pedro y Juan, en esas tierras mejor prepararon el venidero ministerio de ellos y él también en mejor facilidad manifestárale ahí su presencia y su palabra. Así es dicho ya cómo presentándose el Señor entre sus discípulos muchas veces, principalmente a Pedro y a Juan, añadiales asimismo sus consejos y enseñanzas, mas no como fué escrito, si más bien tal como vosotros sabéis que acontece entre vosotros también. Es por tanto que en los primeros días del mes de abril del año 33, camino tomaron de Galilea la mayor parte de los discípulos, es decir, Pedro, Andrés, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, Tomás, Santiago, hijo de Alfeo, Natanael, Felipe y los dos hermanos del Señor, que eran con ellos, esto es, Santiago y el otro. Estos hijos eran de José, quien en casamiento llevase a María, y era él viudo y tenía hijos. De María no eran por tanto éstos, quienes empero en ayudar a los Apóstoles más dados eran que los otros. Las mujeres galileas que en pos del Mesías vinieron en el postrer viaje de él a Jerusalén, todas camino de Galilea con los Apóstoles fuéronse. Ellos empero, para Pentecostés volvieron, saliendo para el gran acontecimiento del día, y en llegando en Jerusalén, orando todos juntos los Apóstoles con grande unción. Pedro y Juan vieron luz sobre la cabeza de todos, en condición de la estancia bastante oscura, con puerta y ventana cerradas. Los otros asimismo ver dijeron, tornándose lo tal en grande entusiasmo a presencia del Espíritu del Señor, es en decir, emanación del Señor, u otra cosa así, siendo que en mucha confusión eran todavía los conocimientos en los Apóstoles.

Hablóse después de las lenguas de fuego de Pentecostés, siendo obra del *Espíritu Santo*. Empero, ningún milagro aquello fué en tanto que de todo hombre luz sale, aunque en mucha pequeñez y fácil el dicho médium viene en verla de todo aquel que entre la sombra encerrado, como los Apóstoles, en unción ora. Pecado empero es en esto también de Juan, quien exageración aquí como en todo trajo Empero no en dudas es de llevarse la presencia del Señor en el fluido de tales luces, de quienes la oración con éstas elévanse en unión con la elevada influencia del Maestro, quien a su lado por cada uno era sentido.

Si antes ya la visión y la voz del Espíritu del Mesías resucitado hubiérale vuelto su valor a los discípulos en el tal día de Pentecostés, henchidos salieron de felicidad dentro de lo cierto de los grandes auxilios del Señor, viniendo en grande voluntad para llevar en todas partes la verdadera doctrina.

Con más grande valor por tanto, diérense en los trabajos comenzados ya en inteligencia y resolución. Siendo empero de mucho peligro todavía el tanto andar y hablar del Jesús ajusticiado, entre los mismos que por el odio a tal llegaren abominable fin, el Señor mismo hablóle en visión a Pedro, mandándole volver a Galilea y de ahí viniese

cuando otra orden recibiere. Esta por tanto ya antes del día de Pentecostés túvola Pedro en sueños, no en visión verdadera, tal que en el Evangelio de Juan es dicho:

*Simón Pedro, ¿me amas más que éstos? Respóndele: Sí, Señor; tú sabes que te amo.-Díjole: Apacienta mis corderos". Vuélvele a decir: "Simón Pedro, ¿me amas? Respondió: Si, Señor; tú sabes que te amo. Díjole: Apacienta mis ovejas". - Dícele la tercera vez: "Simón Pedro, ¿me amas? Entristecido Pedro de que le dijera la tercera vez ¿me amas?, le dice: ¡Señor!, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amo. - Dícele Jesús: "Apacienta mis ovejas".*

Otras cosas díjole asimismo el Señor; de éstas empero llegóse en entender que la voluntad de nueva marcha de los discípulos a Jerusalén era del Señor. La siguiente noche del tal sueño, Felipe túvole también en suerte, que viérase él mismo en marcha con el Maestro y los otros, marchando para la fiesta de Pentecostés, lo cual en orden precisa del Señor se tuvo, juntándose los Apóstoles con la gente que ya en caravana camino tomaba de la gran ciudad. De las mujeres empero tan solo María, la madre del Señor, camino tomó a Jerusalén con los dos hijos que eran con los Apóstoles y con Juan.

Sucedidas ya las cosas, como es dicho, de Pentecostés con mayor valor diéronse en las enseñanzas de las palabras del Señor y del Reino de Dios cercano. Todo día dábanse ellos en el ministerio de la palabra debajo del gran pórtico de Salomón en el Templo; mismo lugar tenido con ellos por el Mesías. No llamaren en gran manera la atención de los sacerdotes en ese lugar, empero creciendo el número de los que recibían la palabra y eran bautizados en el nombre de Jesucristo, empezóse en quererles hacer mal a los Apóstoles, hasta poner en cárcel a Pedro y a Juan.

Pilatos empero gran severidad hiciere sentir en esto sobre los judíos, impidiendo con fuerzas las cosas que en daño de los Cristianos quisieren los sacerdotes. Ya Pilatos todo de su poder hiciere en querer librar de la muerte a Jesús y los discípulos de él, y viéndoles hombres buenos y de humildad en sus cosas, parecíale deber defenderles ante la injustificada dureza de los judíos. Estos empero en tanto trabajo y mentiras llevaren de Pilatos hasta el Emperador, que hubo él de andar camino de Roma para responder de las quejas de sus gobernados. Tal sucedió en principio del año 36, siendo que reunidos eran en vida común con los Apóstoles muy grande número de creyentes, llegándose en tener que buscar algunos de mayor unción en medio de éstos para que de las comidas cuidaren y de todas las cosas en común, en tanto que los Apóstoles tan solo del ministerio de la palabra cuidaren.

Estos *diáconos* dióse en llamar, y fueron cinco. Todos grandes en la fe y en la voluntad.

Esteban y Felipe, empero, vinieron a mayor nombre entre los tales, no solamente por el trabajo en la diligencia de las comidas y demás cosas en común, si que también en las enseñanzas del Reino de Dios y del Cristo Redentor eran de mucha obra en discursos y en discusiones. En grande odio por eso vinieron ellos entre los judíos, quienes ya en prisión hubieren de meter a Pedro y a Juan, teniendo que soltarles por aquello de las órdenes por

Pilatos dadas en no querer castigos para cosas religiosas. En mayor odio de los judíos caían por esto los cristianos, principalmente los dichos helenitas, que los gentiles eran convertidos en las doctrinas del Señor. Así, por tanto, tan presto, en el fin del año 36, alejarse Pilatos de Jerusalén, camino de Roma, prendieronle a Esteban y metieronle a muerte con apedreamiento y diéronse asimismo en gran persecución de los cristianos, principalmente de los helenitas convertidos.

Dispersión hubo así por tanto, de los Cristianos por toda la Judea y Samaria y más lejos todavía, llevando empero la buena nueva en todos sitios. Felipe principalmente, no el Apóstol, quien quedase con los otros en Jerusalén y con los hebreos cristianos, sino Felipe el diácono. Deshecha quedó así la Comunidad Cristiana que principio tuvo en mitad del año 33 y terminación en comienzos del año 37; no viérese así en llegando a cuatro años.

Con tan gran persecución, gran prudencia usaren los Apóstoles y discípulos de Jesús y los otros hermanos que en el lugar quedaren y silenciosa más bien quedare la Iglesia de Jerusalén. En esos días empero, que era en el principio del año 37, llegóse de los Cristianos un joven dicho Saúl, el cual gran enemigo habíase dado antes en contra de ellos, tocado empero por la gracia púsose en gran fervor con el ministerio de la palabra por el Reino de Dios, traído por el Hijo para salvación de los hombres. Este Jesús era, el Mesías prometido, el Cristo que martirio y muerte sufriere para remisión de los pecados.

Camino de Damasco, Saúl, dicho después Pablo, tuvo visión del Señor, en forma de luz, quien le dijere: "*Saúl, ¿por qué me persigues?*"-De esto, cayóse a tierra y enfermo levantáronle, llevándole del discípulo de Jesús, Ananías, quien lo curó, siendo que Jesús ya en el año 29 a Damasco también fuese y muchos discípulos hiciera. En Damasco ya presentárase en hablar por todas partes en el nombre de Jesús y por el ministerio que de él recibiera, como él era en decir. Grande confusión y odios entre los hebreos de Damasco suscitare, quienes a muerte traerle quisieron. Huyó empero Pablo camino de Jerusalén y quísose allegar de los Apóstoles, quienes empero le temían.

Barnabas, en tanto, oyendo las cosas de Pablo sucedidas llevóle a los Apóstoles, y aunque desconfiados en principio paz tuvieron y en amor entraron. Tales cosas empero él de sí mismo mejor las dice. Así en tanto como quince o más días pasóse en vida en común con los Apóstoles y con Santiago, el hermano del Señor. Marchóse después en el cumplimiento de su ministerio, que grande en verdad fué, hasta dársele después nombre "El Apóstol de los gentiles".

No creo, empero, como Pedro dice, que por Pablo salvóse el Cristianismo, siendo que el Cristianismo en el Evangelio estuvo, y éste de los Apóstoles galileos salió. Asimismo muchos eran ya los nazarenos, cristianos luego llamados, como él mismo en Damasco los encontrare. Díceme empero Pedro ahora, que el espíritu del Cristianismo que conocéis quiso el decir que Pablo fué lo más, siendo que el espíritu del cristianismo apostólico era más judío que Cristiano, siendo que seguían las prácticas todas del judaísmo, hasta ei sábadu y la circuncisión (1) y las oraciones (2) en el Templo de Salomón y las otras cosas.

(1) Es bien sabido cuanto se le reprochaba a Jesús sus continuas violaciones del sábado y en cuanto a la circuncisión, aunque él mismo tuvo que someterse a ella, el sólo hecho de su preferencia por los gentiles, incircuncisos, demuestra que no era partidario de ella, como que jamás tampoco de ella hizo palabra.

(2) Por lo que respecta a la oración, recuérdese sus palabras a la samaritana: "La hora viene, cuanto ni en este monte ni en Jerusalén adoréis al..." "la hora viene, y ahora es cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque..." O. R.

Justo es lo dicho así de Pedro, Juan reconócele.

Pablo, empero, muy querido de nosotros, entre vosotros es ahora y muchos le han reconocido, mas él, que lo sabe, niega. Aun siendo hombre como Espíritu es en manifestarse lejos de sí en ocasiones. Si firmó Pablo comunicación, no puede venir hombre y decir; yo Pablo soy. Muchas otras cosas de cierto Pablo ha sido y él recuerda siempre empero, los unos arriba, los otros abajo, juntos todos somos en órdenes de nuestro Maestro Jesús. El Señor empero, nada escrito dejó, siempre diciendo: *Palabra hablada mucho más vale que palabra escrita, palabra sentida mayormente es que palabra oída*, por tal es en tanto que muy pocos discípulos formáronse después de los escritos, que iguales fueren de los discípulos que la palabra del mismo Jesús oyesen y el sentimiento de ellas de él sintieren.

El trabajo de Jesús en la Viña del Señor como en los otros tiempos sigue, viniendo en mayores aclaraciones por conducto de sus discípulos que en turnos cada uno toma cuerpo en nacimiento entre vosotros. Ellos también, empero, olvido tienen del pasado, siendo que su cerebro tan solamente la fotografía guarda de las cosas por los ojos vistas y por las orejas escuchadas, y esto es la memoria del hombre de todo nacimiento. En los sueños empero y en los éxtasis y otras maneras de alcanzamiento en mayor libertad del Espíritu, nace memoria de las otras vidas en otros nacimientos de hombre. Asimismo es de pensar que en los cortos años de los niños y mancebos mayormente siervo es el Espíritu del cerebro de su cuerpo; en más largos años del cuerpo mayor trabajo en el cerebro de él hizo el Espíritu y mayor dominio alcanzó en él a menor dependencia llega así el Espíritu de su cerebro y viene en ocasiones en memoria de las cosas de otras vidas. Ello empero acontece en los Espíritus de larga existencia, no en los nuevos. Muchos hay empero entre vosotros que memoria guardan de las cosas de sus otros nacimientos. Vosotros también, en lo que es dado llamar fantasía, recuerdos tenéis en verdad del pasado, memoria es, sin guía de conciencia, por tanto desordenada.

Juan empero, siendo que su persona de Apóstol para estas cosas tomare es en decir la persona del discípulo de Jesús, difícil esle por tanto con claridad de las cosas de su adelantamiento de estos tiempos enseñanza daros. Los tales modos en hablar en esos tiempos de tantas mezclas de dialectos e idiomas en extrañamiento ofrecen los pensamientos de él. A sujeción por tanto a ello púsose para mayor verdad de las cosas que de esos tiempos era venido en recordar. Para las cosas empero de estos tiempos la palabra de estos tiempos necesaria es.

Sin fin el progreso es: empero tan solamente en el bien es el progreso. Toda cosa bien es en conocer y en todo trabajo adelantamiento de sí allegare el Espíritu, toda vez empero con el propósito del bien ha de ser.



Aquel que llegare en hacer fundación sobre el amor para todas sus cosas, el Reino de Dios hubiérale alcanzado. Tal es lo que Juan desea para vosotros y dice: No os aflijan las penas de la vida, siendo que en vencer dificultad con paciencia, fe y fortaleza del adelantamiento del Espíritu viene en provecho. En esto, amigos tenéis a vuestro lado que os ayudan y Dios mismo con los de buena voluntad es siempre. Así también no os olvidéis que todo aquello que en bien de vuestros hermanos por vosotros fuera llevado, en provecho de vosotros mismos todo viérellos después.

Es empero en añadir a las cosas que ya Juan dijere, que de lo acontecido en diferencia de lo por vosotros creído Juan tan sólo tiene aquí palabras; hácelo empero en las cosas en mayor importancia acontecidas, si por tanto dicho fué por Juan que en Jerusalén los Apóstoles permanecieron hasta la dispersión del 70 llegada, no es en decir que todos los Apóstoles hasta ese tiempo en Jerusalén permanecieren. Viniérese así en recuerdo que ya el año 37 Pedro y Juan fueron a Samaria, Zoppe, Hidda, Cesárea y otras ciudades no en grande distancia, viniendo a ellas en el apostolado de la palabra y las otras cosas que eran del Santo ministerio de ellos. Pedro ya dicho es por Juan que discípulo fue mejor entendedor del espíritu de las palabras del Señor. Juan siguióle siempre en mucho tiempo, hasta en Antioquía después, en donde Pablo y Bernabé, por los años 44 y 45 en grande apostolado ya habíanse dado, llegando en mucho crecimiento esa Iglesia y haciéndose en mucha abundancia lo que dicho es por vosotros *fenómenos medianímicos*, de estos en más ocasiones: inspiración, visiones, palabras sentidas, sueños, profecías, liberación de los Espíritus inmundos y curaciones con imposición de manos y oración y con lo que es dado en decir ahora por vosotros: *agua magnetizada y aceite magnetizado*.

Así también es en decir que ese mismo año 44 todavía no llegado fin de febrero vino Herodes Agrippa en hacer cortar la cabeza de Santiago, hermano de Juan, y en gran persecución viniere en todo ese tiempo sobre los nazarenos, y a Pedro también quísole matar, poniéndole en cárcel primero y llevarle después en público suplicio para mucho ruido en siendo Pedro cabeza de lo que decían ellos: *nueva secta*. Amigos empero de él con grande influencia allegáronse a Herodes Agrippa y éste concedió secreta liberación de él, no siendo de su interés la muerte del Apóstol, si más bien propósito en ganancia para él de la voluntad favoreciente del pueblo hebreo.

Siempre por tanto que Pedro en alejamiento encontrárase de Jerusalén, Santiago, el hermano del Señor, quien a gran autoridad habíase llegado, viniere en ocupar lugar primero entre los Apóstoles. Era ciertamente en el espíritu de la fe de Santiago más dependencia de la ley antigua que Cristiana unción en su alma y mayormente dado a las cosas del Judaísmo, grande oposición haciendo muchas veces a Pedro en tales cosas; fuerte era en la circuncisión, no amigo del ministerio de la palabra y de los dones del Espíritu entre los gentiles y opositor también en ocasiones, por las tales cosas de Pablo. Del todo quedó en fin Santiago cabeza de los ancianos, en tanto que la iglesia de Jerusalén venía en menos y a grande crecimiento llegaba la de Antioquía, en donde dióse en llamar Cristianos a los adeptos, que dichos eran nazarenos en Jerusalén. De Antioquía después en el año 38, Pablo, Bernabé, dicho asimismo Barnabas, y Juan Marcos, discípulo de Pedro, que de Jerusalén a Bernabé acompañare, camino tomaren a las tierras de gentiles, dándose con grande fuerza y todo poder de la fe en el apostolado del Cristo; de Chipre, Malta, Puzola y otras tierras hasta Roma y ciudades vecinas, Pablo principalmente, y en fin sólo, en *lo* de más crecido

trabajo del ministerio divino de la palabra y demás cosas que en el nombre del Señor llevare, viósele entregado, siendo de él la conquista espiritual de las tierras visitadas, siendo por tanto de él la simiente y el cimiento de la iglesia de Occidente. Esto en decir por tanto Juan viniere, no en intención de la historia en tanto es de vosotros ya conocida, si más bien en esclarecimiento de lo que él antes en este mismo lugar dijere, siendo que los tiempos que él en señalar viniere, por el mal conocimiento vuestro hiciérello, si que por tanto los años citados no en desconocer los ya sabidos hánse de tomar.

Es por tanto que de las cosas más lejanas y en mayor dudamiento vuestro Juan en hablaros viniere y en conclusión ahora este aclaramiento postrero añadiere.

Si Pablo por tanto grande fué en esto y grande fué desde su principio en la doctrina mayormente Cristiana en espíritu de las ideas de él, que las doctrinas de los nazarenos, quienes, los ancianos y los dichos hebreos, así llamados todavía eran en Jerusalén, y ciertamente más judíos que Cristianos veíaseles aún. Si Pablo empero grande fué, no en menos grandeza ha de tenerse a Bernabé, quien comprendióle en el primer momento cuando en llegándose de los Apóstoles en Jerusalén, estos le temieron y tan solamente aquel presentóle en recomendación de los mismos ancianos. De tal cosa vióse confirmación el ministerio de Pablo, quien por tanto de Bernabé toda fuerza tuvo, por la justificación de su apostolado en las cosas que del mismo Jesús recibiere, y así también más tarde fe y fuerza toda de él recibiere en tiempo que Pablo en causa de la contradicción de los que todavía eran de la circuncisión y llevados eran por el espíritu hebreo, del cual arrastrado viérese el mismo buen Pedro, sello de silencio en ponerse dióse, en comprendiendo que si en luchar por las ideas de él invirtiéndose, división y ruina saldrán para la Iglesia de Cristo, en tanto que faltábale humildad en el sometimiento de él para los Apóstoles. Bernabé empero hízose pequeño en la humildad para el engrandecimiento de la obra del Señor, allegándose de Pablo, quien a retiro fuere a su ciudad de Tarsi (1) y el Apóstol ciertamente en toda grandeza de su apostolado, abajóse a Pablo no Apóstol y en subordinación de él pusiérese, alcanzando así conquista en el Espíritu resentido de Pablo, quien la fe en su apostolado en menos venir casi pareciere.

**(1)Pablo era de Tarsi, pero vivía entonces en una ciudad cercana de Jerusalén.**

Muy pocas cosas Bernabé y Juan Marcos escribieron y en perderse las tales cosas llegaren, o en parte mezcladas van sin distinguimiento con las cosas por otros escritas. Es empero, como ya dicho fuere que todavía más grande valor a la tradición diérese que a lo que en escribir se viniere, y en repetir también Juan viniere que en mayor aprovechamiento de la palabra sentida el hombre viniere, que de la palabra tan solo comprendida y siendo por tanto que, "SÓLO POR EL AMOR SERÁ SALVO EL HOMBRE"

La paz del Señor sea con vosotros.

**JUAN EL VIEJO**

Apóstol de Jesucristo.

## Algunas Palabras del Apóstol Bernabé

### CAPITULO XXXI

INÚTIL es decir que mi Espíritu todo hállase enteramente Embargado por las elevadas ideas palpitantes en las palabras de Juan. Es él ciertamente, con Pedro, el Apóstol verdadero de Jesús, y, tomando palabra de Pablo, si bien ausente ahora de este lugar, heme de gozar en decir verdad libremente, para tributar a Juan y a Pedro el elogio de su gran elevación.

En lo que es de las cosas entre Bernabé y Pablo, conviene su consideración por el provecho apostólico que de ellas se alcanzó y no por lo que el bondadoso Juan es venido en atribuir a mis virtudes.

Era yo de alma sincera y hombre de acción en el Espíritu y grande era así también mi profunda fe en el Señor.

Resultaba entonces fácil el camino para las buenas inspiraciones en mi Ser. Así, pues, fácil acogida tuvo primeramente en mí la inspiración que me llevara a colocarlo a Pablo en condiciones favorables para el desempeño, del apostolado a que ya se había consagrado. Más tarde, conociendo yo toda la razón que le asistía al resistirse a la influencia equivocada de los hebreos cristianos de Jerusalén, llamados aún entonces nazarenos, quienes permanecían todavía confundidos con una secta judaica, fuí a buscarle a su país natal, en donde la desilusión y la impotencia, a la que lo condenaba su naturaleza honrada y el firme propósito de no querer debilitar la autoridad de los Apóstoles, manteníanlo retirado y ocioso.

Oportuno parecióme el usar de mi carácter como miembro de los doce para darle una satisfacción por la indiferencia y abandono en que había venido a quedar por la oposición del espíritu viejo en contra del pensamiento más liberal y progresista de Pablo.

Dícese que yo le conquisté a Pablo y esto puede ser, más antes Pablo a mí mismo habíame conquistado, siendo que atracción tenía su persona por la virtud y por el modo. Su delicadeza y sinceridad, su disposición de siempre al perdón de los que mal le hicieren, su resignación y paciencia en soportar toda dificultad y dolor por el bien y por los demás, su disposición en dar siempre la derecha a los otros, aunque adivinándose que él sentía corresponderle a él la derecha, su gran fe y firmeza de corazón no las había visto yo en nadie en tal forma como en Pablo. En la soledad y en el silencio ciertamente solía a veces ponerse su cara muy dura y en algunas pocas ocasiones de gran contracción para él, le vi una cara tan dura y amenazadora que frío me puso en el cuerpo. Nada sin embargo salió de él en esas ocasiones correspondiente a cara tan mala. Él, empero, confióme, que en la soledad perseguía un Espíritu tan perverso y de tanto poder, que haríale cumplir las cosas más terribles, si no lo evitara la constante protección de Dios, quien jamás le abandonaba. Su carácter enérgico lo era tan solo para el bien y lo demostraba sin cesar siendo el primero en imponerse todas las privaciones y contrariedades propias del Apostolado Cristiano en

esos tiempos de groseros fanatismos y de general atraso y maldad. El colocábase así desde el primer momento a la cabeza de los demás, lo cual fué mal interpretado, suponiéndosele incapaz de obediencia y falta de humildad. Hablóse así de su incapacidad para acatar la autoridad de los Apóstoles o mala voluntad en obedecerles. Todos nosotros empero reconocemos que de nuestro lado y no de Pablo fué el primer error. Cuando Pablo volvió de Damasco, en donde Jesús ya había enseñado a los 29 años, convertido ya él y habiendo evangelizado eficazmente en esa ciudad y en otros pueblos cercanos, lo hizo con propósito de su reconocimiento por los Apóstoles y del acatamiento por su parte de la autoridad de ellos. Los Apóstoles empero lo esquivaron, con muestras de desconfianza y de temor, si bien manifiestamente no hubiere ya motivos para tal. Habléles entonces yo, bien enterado ya de lo de Pablo, resolviéndose recibirlo y escucharlo, y así fuí yo de él, llevéle de los Apóstoles, presentándolo como buen hermano y muy capaz para el ministerio de la palabra; los Apóstoles empero acogieronle fríamente y tan solo Pedro y Santiago, el hermano del Señor, dirigieronle la palabra, Pedro humildemente, Santiago con autoridad. La frialdad desapareció después en parte y con ellos tuvieron lugar repetidas conversaciones y con todos juntos anduvimos en las cosas de la comunidad y en los actos religiosos. Como quince días pasó así Pablo con los Apóstoles, quienes empero hacíanle ver siempre su superioridad por su nombramiento de Apóstoles de Jesús y por haber escuchado su palabra. A pesar de esto, pronto púsose de manifiesto la mayor inteligencia e instrucción de Pablo, quien había estudiado para *Rabí* y tenía también más don de gentes. Esto mismo por tanto y el Espíritu más liberal del nuevo hermano hízole poco agradable al Consejo de los Doce. Santiago principalmente, que enemigo voluntario había sido de las enseñanzas de Jesús antes de su muerte, enemigo involuntario hízose de ellas después de muerto el Maestro, por cuanto las desmintió, reemplazándolas por las estrecheces del Judaísmo, que era precisamente lo que Jesús había venido a reformar. Fué entonces que Pablo habló en forma de hacerse conocer como capacitado por la influencia directa del Señor, para la gran obra por el Cristo Redentor traída. Los Apóstoles le respetaron entonces y creyeron en su unción del Espíritu, mas nada le enseñaron y parecían más bien huir de sus preguntas. Así, pues, el nuevo adepto tomó de los Apóstoles de vista las formas de sus prácticas, como el soplo a distancia sobre la frente, las imposiciones, las aplicaciones, los exorcismos, el aceite y el agua, influenciados por la imposición y por el soplo, para la curación de enfermos, etc.; mas los Apóstoles no se lo enseñaron. Si, pues, debió haber más humildad en Pablo, menos celos debieron demostrar los Apóstoles, influenciados por Santiago, menos Pedro y yo. He aquí por tanto, lo que nadie sabe, porque callólo la virtud de Pedro, esto es, que fué Pedro, quien tuvo la idea, conviniéndose luego entre los dos que fuera yo a buscarlo para llevar en común una propaganda de mayor extensión que hasta entonces. Luego los Doce aprobaron el proyecto y Pedro dióme por compañero a Juan Marcos, discípulo de él, a quien amaba como a hijo.

No debéis escandalizaros por esas pequeñas disensiones apostólicas, acaecidas hacen casi dos mil años. Deben más bien maravillaros que Jesús desde el espacio hiciera lo que conocéis con tan pobres y escasos elementos. Debe también maravillaros que en esos tiempos, de tanta maldad e ignorancia, doce Apóstoles y Pablo encontraron tanta convicción y valor en sí y tanta fe en el Mesías, que se atrevieran a emprender la conquista del mundo, consiguiéndola fundamentalmente. Judas Iscariote reunióse también en una nueva vida a los trabajos del Señor. No lo juzguéis, pues, por un solo detalle de una sola vida cuando sabéis que nada significan cien vidas para la vida eterna del Espíritu. Conozco

hombres protervos que son hoy lo mismo que fueron hace dos mil años. Si hubieran mirado al Cristo, antes que despreciarle estarían ahora tan alto como los Apóstoles. Creed por tanto que la luz toda en el Cristianismo se encuentra, el Cristianismo empero se engrandece y eleva con el engrandecimiento y elevación del hombre (1). Aquel por tanto que de obscuridad tacha hoy al Cristianismo es que en su alma la obscuridad tiene. Jesús y los Espíritus que le acompañan buscan el progreso en el bien. Autorizado estoy para deciros que Jesús al frente encuéntrase del ESPIRITISMO, mas no encierra en él todo el progreso, que infinito es como Dios mismo.

(1) concepto precisamente es el que he querido manifestar al decir que las enseñanzas de Jesús implican la idea del progreso, es decir que sus doctrinas son progresivas. Muchos son los pasajes de los Evangelios que así lo prueban y muy claramente lo explica el Maestro en el cap. XIV, en donde explica lo que debe entenderse por "Él Espíritu de Verdad", palabras estas que acertadamente fueron tomadas por algunos Espíritus elevados para firmar sus comunicaciones, que contienen realmente las manifestaciones del -más elevado Espíritu de verdad ¡podemos alcanzar. — O. R.

No todo me es permitido manifestar, mas puedo deciros que el intenso movimiento espiritualista, iniciado en el siglo pasado, principalmente bajo la forma ESPIRITISTA, fué provocado por Jesús, viniendo al mundo para ello la mayor parte de sus Apóstoles, seguidos de muchos discípulos. Juan y Pedro, con Jesús quedaron, mas les conocéis por sus obras. De los que eran entre vosotros pocos van quedando y a medida de su desaparición va debilitándose el Espíritu Cristiano del Espiritismo, reemplazándose la razón del Espíritu con la razón de los sentidos.

La ciencia es la verdad, mas la verdad no es de los hombres, sino de Dios. Vosotros en cambio os arrastráis mirando a la tierra para encontrar la verdad y juntando lo que encontráis y ordenándolo decís que tenéis la ciencia y arriba no miráis porque la demasiada luz os deslumbra y para vosotros lo que no podéis ver, no existe; pero ciertamente el infinito por todas partes os rodea con las infinitas Leyes Divinas, siendo la Tierra un punto en medio de la inmensidad sin límites del Todo. Del espacio, pues, todo viene, no de la Tierra hacia el espacio. Mirad por tanto hacia arriba siempre, es decir, hacia afuera de vuestro Planeta, no os arrastréis como la serpiente por el suelo. Estudiad, trabajad, luchad, porque sin esto no hay progreso, mas hacedlo siempre con sinceridad y humildad y acordaos también en vuestras tribulaciones que Dios oye siempre con benevolencia las oraciones de sus hijos, mas antes sed misericordiosos con vuestros semejantes, para que Dios pueda serlo con vosotros. No hagáis caso a los que os hablan contrariamente a la oración diciendo que ella es inútil porque no puede alterar las leyes del Universo.

Son loros habladores, que no saben que justamente dentro del cumplimiento de tales leyes es que la oración forma el medio de relación más sencillo y real entre la criatura y su Creador. No lo saben porque nada son capaces de percibir fuera de la materia. Sírveles la razón como el andador para el niño en sus primeros pasos, mas el niño deja después el andador, mas ellos incapaces son de dejar su razón humana para elevarse a la otra superior que nosotros ya tenemos, la que por la experiencia, por el trabajo y por el sufrimiento, pero más todavía por la fe y por el amor, hemos alcanzado. Bien habéis dicho por tanto: **Sin caridad no hay salvación.** Los que rechazan la caridad son los mismos que rechazan la oración, porque no las comprenden, buscando su significado en medio de las cosas de orden no más que material, por medio de palabras basadas en la razón de los sentidos. Tan solo el

que sabe amar comprende la caridad que la síntesis encierra del universo entero. Es que el Espíritu adelantado, con cuerpo o sin cuerpo de hombre, percibe, siente, ve las cosas del alma, que no tienen empero traducción en vuestras palabras; los tales por tanto, que con las muletas de la razón humana únicamente caminan, ciegos son de alma, porque jóvenes son aún como Espíritus y es de la caridad vuestra, de vuestro amor y de la fe vuestra de las que han de aprender, no de vuestros razonamientos. La razón lleva hasta el fanatismo, la caridad tan solo al bien conduce. La razón, también la puramente humana, precioso instrumento es del progreso, mas no debe ella encerrarse en círculo fanático de observaciones materiales, sino que abiertas debe dejar sus puertas de lo alto para poderse elevar por ellas poco a poco hasta la razón superior del Espíritu.

Sed, pues, humildes y confiados y creed en Jesús, que el más elevado Espíritu es el que a la humanidad conduce.

Estas palabras son de Pablo, de quien yo mucho aprendí.

El, empero, no puede escribir, porque dice que con su cerebro de hombre mejor escribe porque su independencia del cuerpo que anima, es más bien un defecto que una virtud de su encarnación, y que si pocos hacen caso a sus palabras de hombre mejor traídas, menos atenderán a las de su comunicación deficiente. ***¡Pablo! - ¡Pablo! Tan grande siempre como sencillo.*** Llena es mi alma de admiración y de gratitud para ti, que me enseñaste el libre espíritu de la razón humana junta con la razón superior del Espíritu, porque si nada vale el saber sin el amor, muy poca cosa es el amor sin el saber; mas el amor al saber empújanos. No creáis por tanto que a algo bueno llegaréis en vuestras luchas sociales, si no os hacéis mejores. Terminaré, pues, con estas proféticas palabras del Mesías: ***SÓLO POR EL AMOR SERÁ SALVO EL HOMBRE.***

Yo también, con todo el sentimiento de que es capaz mí alma, hago votos fervientes por el triunfo del bien entre los hombres, mediante el advenimiento de la idea de Jesús así dicha.

Toda felicidad os desea en Dios

BERNABÉ, Apóstol.

## Habla María, la Madre de Jesús

### CAPÍTULO XXXII

Mi palabra no puede añadir la menor importancia a esta obra, pues nadie ignora, que fuí un elemento completamente negativo para la misión de mi hijo Jesús.

Cedo, no obstante, al pedido del médium, diré lo que pueda ser de interés con referencia a ello.

En realidad era tan pobre la educación de la mujer hebrea, que difícilmente hubiera podido encontrarse alguna, capaz de valorar el significado de lo que el pretendido profeta como yo le decía, significaba con sus palabras, con su acción y con su ejemplo. Entre los hombres tampoco los había verdaderamente preparados para comprenderlo. Yo creía que mi hijo estaba loco y todos los de la familia concluyeron por creer lo mismo. Por este lado, pues, mal puedo decir algo de útil y hablaré más bien de lo que más tarde observé alrededor de la actuación de mi hijo.

El martirio y la muerte de Jesús, la fe ardiente de los Apóstoles y la influencia de Juan iluminaron mi Espíritu, convirtiéndose en mi mente transformada la víctima inocente en un Semi-Dios, y no cupo ya en mi Espíritu la menor duda respecto de tan grandiosa manifestación de amor del Padre con respecto de sus hijos, los hombres todos de la Creación; esto, empero, si bien significaban grandes realidades para mi pobre alma, tan llena de obscuridad mental, fuera de mí misma, no podía representar un gran progreso, puesto que en la naturaleza no se dan saltos, sino que todo se eslabona lógicamente; la luz que se hizo así entonces en mi alma, brilló no obstante en el fondo de mi conciencia, sirviéndome de guía en todas mis vidas terrestres. El grandioso mito que se hizo de María entre los Cristianos más tarde, nada absolutamente nada tiene de real.

Fuí siempre mujer, menos en una ocasión, que me ensayé en el sexo masculino, fué la vez que más cómodamente lo pasé, pero que me resultó de poco progreso para mi desarrollo espiritual. Yo me sentía siempre inclinada a ser mujer y me distinguí casi siempre por mis inclinaciones religiosas, como que también fui monja, llegando a ocupar una envidiable posición en ese medio, habiendo yo cultivado un tanto mi inteligencia, todo lo que entonces le era posible a una mujer religiosa.

En verdad, recién en mi última estada en la Tierra en que de muchos de los hebreos fuí conocida, pues pocos años hace de mi nuevo regreso al mundo de los Espíritus, recién entonces adquirió verdadero desarrollo mi inteligencia completamente libre ya de todos esos prejuicios inculcados por el fanatismo religiosa, que constituye una rémora poco menos que invencible para el progreso humano. Ciertamente, la protección invisible que de mis amigos recibí constantemente dentro de una buena ruta, que respondía hasta donde era posible a los planes formados de antemano en el espacio. Nunca cesó la labor Cristiana; siempre desde lo alto por el mismo Mártir del Gólgota que ahí sellara con su sangre las sublimes enseñanzas inculcadas ya por él, con la palabra y el ejemplo. Sin duda, continuados fueron los tropiezos con que la magna labor tropezó en la Tierra debido a la falta de capacidad de sus enviados para tan transcendental tarea. Muchos y repetidos fueron

los ensayos, constante el esfuerzo y continuada la lucha, pero faltó la unidad de acción, esa unidad que anteriormente fácil fué alcanzar al Maestro por la mediumnidad de Pablo que, entregándose a Jesús en el camino de Damasco nunca le faltó durante esos tiempos, comunicándole con bastante exactitud al hombre su palabra, mas en las etapas subsiguientes no es que viniera a menos la mediumnidad del Apóstol, sino que le fué adverso el ambiente y en ningún caso le favorecieron las circunstancias, lo referente al menos como para dar lugar a la claridad y seguridad de manifestaciones a que recién ahora ha alcanzado debido en gran parte a sus recuerdos retrospectivos, que le sirven de sólida base para no desmayar en su tarea, a pesar de la incredulidad y oposición de los mismos Cristianos que piensan que San Pablo se les había de presentar como un Ser extraordinario, una personalidad rodeada de portentos y milagros, no ya un hombre como los demás, mucho más desprendido que la generalidad de lo material y convencional, principalmente en cumplimiento de su misión, pero sin transparentar nada que pueda hacer de él un Ser superior.

La tradición Cristiana, muy abultada en cuanto a valor de los hombres, ha convertido los Apóstoles que eran sumamente humildes de posición y alcances, en personajes de gran valía, esto es y ha sido la causa de muchos errores. Esos hombres eran únicamente extraordinarios por su fe, sinceridad y voluntad ardiente, así como por su gran amor al Maestro, pero si hubieran tenido suficiente adelanto como para recordar el pasado durante sus encarnaciones, no le hubiera faltado al Cristianismo la unidad en el esfuerzo y en la dirección única, que tan sólo de Jesús podía venir. En cambio, ni bien vueltos a la vida humana, olvidaban todas sus promesas y toda noción sobre el verdadero propósito y alcances precisos de su misión, viéndose a menudo, debido a ello, luchando en campos opuestos como sucedió durante la reforma, en que ambos campos se condujeron mal y mucho antes también, con las herejías y los trabajos del libre pensamiento.

Muy difícil es y tan solo por excepción, en muy reducidos casos, puede tener lugar el recuerdo de las vidas sucesivas, debido a que la memoria del hombre reside esencialmente en el cerebro, pudiendo recordar por consiguiente, tan solo los acontecimientos que se han grabado en él durante cada vida. Por eso no se recuerdan los sueños que yo llamaría verdaderos, es decir, aquellos en que encontrándose el cuerpo completamente dormido, vive únicamente de la vida vegetativa y no puede el Espíritu hacer uso de ninguno de sus órganos por cuya razón se ve obligado a obrar sin el cuerpo, de cuya suerte exteriorizadas todas sus actividades, porque el Espíritu nunca puede quedar inactivo, resulta vivir lejos del cuerpo mediante el cuerpo que le es propio y de los fluidos que saca del cuerpo y que lo mantienen unido a él, así como a ese medio especial que viene a resultar de las actividades de todas las personas dormidas, así exteriorizadas y que piensan y recuerdan sin las trabas del cerebro, pero sin dejar en cambio en éste las impresiones que constituyen el recuerdo para el hombre, los médiums y los "*manos Santa*", alcanzan cosas inmensamente más portentosas que los de los profesionales del magnetismo, debido a su mayor fe y por lo general más elevados sentimientos. Mas, volvamos a los propósitos de estas líneas.

Encontrándome, como dije, al corriente de todos los esfuerzos de Jesús para restablecer la verdad y pureza de sus doctrinas llegando a ser muy pronto yo misma una de sus colaboradoras, tuve constantemente el sentimiento de ver desbaratados sus planes por el



hecho cruel del completo olvido de todo propósito tomado en la vida espiritual por los que volvían a la Tierra, en donde seguían a menudo rutas opuestas a las que se señalaron. Con todo el esfuerzo que cada cual hacía para ser virtuoso, la oración y la fe en Dios, así como la experiencia paulatinamente acumulada, fuéle dando mayor conciencia de todas las cosas. Comprendieron que para dominar el ambiente fluídico, sin el cual nada se alcanza, es necesario también la salud y las fuerzas físicas empeñándose en su desarrollo principalmente Marcos, Mateo, Pablo; Pedro y Juan trabajaron más en el sentido *extra-corporal*. Debéis saber que la salud y fuerza física, depende en parte del desarrollo del cuerpo astral, puesto que nada se pierde, tampoco se pierde el desarrollo que en cada vida alcanza el hombre para su cuerpo, pues la envoltura del Espíritu al separarse del cuerpo material, lleva consigo todo mejoramiento, toda aptitud adquirida y hasta la tendencia para adquirir o vencer las enfermedades de que sufrió el cuerpo y pudo vencer. De éste modo mejor preparados los Apóstoles siempre bajo la dirección del Maestro, lograron promover en el siglo XIX un gran renacimiento religioso, principalmente en Norte América, en la esperanza de poder derivar de él un progreso suficiente de la religión como para volver a la pureza del primitivo Cristianismo. Muy pronto, empero, se percibieron que las preocupaciones de raza y de secta dominante el aquel ambiente, no se prestaba para llevar a cabo tal propósito. Dirigieron entonces sus miradas a la América del Sud.

Todos los Apóstoles, menos Pedro y Juan, habían vuelto a la Tierra. Los Apóstoles no se conocieron entre sí, menos Pablo, que si bien titubeo al principio de su misión, llegando hasta a ridiculizarlo a Jesús, no obstante ser de temperamento muy religioso, menos Pablo, que los fué reconociendo a todos más tarde, debido al gran desarrollo que en su vida actual alcanzara por la mediumnidad, de la cual precisamente se sirvió Jesús para dictar la presente obra, con la que se restablece la primitiva pureza Cristiana, libre de toda superchería. Esta misma exposición que hago, demuestra que el verdadero desarrollo del Cristianismo es debido al esfuerzo de los Apóstoles y sus discípulos, bajo la dirección de Jesús, sin nada de milagrería, ni de sobrenatural, inculcar eso sí, aunque lentamente y en forma que cada cual se vaya dando cuenta por sí mismo, que residen grandes potencialidades en el Espíritu, que él debe desarrollar principalmente por la virtud y los sacrificios, potencialidades que llegarán a hacerlo señor de la naturaleza.

Para abreviar, diré: que Pedro y Juan desde el espacio lograron establecer a mediados del siglo XIX, un núcleo importante en Buenos Aires. Ese importante núcleo fué casi constantemente presidido por San Esteban, elegido para el caso por su fe, constancia y laboriosidad inquebrantable, apoyados sobre una moralidad sin tacha, secundándole muy cerca José de Arimatea, que también en esta ocasión ayudó a Jesús mediante su posición social distinguida y acaudalada, puesto que como ya os lo he dicho, nada se alcanza por milagro, sino que entre los hombres y para toda labor humana necesario son medios humanos, y aún cuando hecho fué por los esfuerzos del Mesías el acercamiento del Cielo a la Tierra, siempre que a ésta deba llegarse, por medios terrestres hémosnos de volver.

San Esteban también disfrutaba de una posición social distinguida y pecuniariamente desahogada, igualmente el evangelista San Mateo, pero realmente acaudalado únicamente lo era José de Arimatea. San Mateo se distinguió principalmente por su elocuencia, con lo que llegó en diversas ocasiones a conmover a los más encumbrados de la Sociedad de Buenos Aires. Bernabé llenaba las funciones de tesorero y

al mismo tiempo de vigilancia de la asociación, diré su nombre, como más modesto y menos conocido que los de los anteriores; voy a darlo para que pueda servir de base para el conocimiento a que alguien pudiera llegar del hecho que nos ocupa: (llamábase José Rodríguez, y era español).

Pablo, muy joven aún y llevado inconscientemente desde el espacio por Pedro y Juan, presentóse a la asociación que si bien fundada en su origen por doce solos miembros, muy numerosa había llegado a ser a la sazón, pero cosa curiosa, se repitió la desconfianza y temor que hizo antes que los Apóstoles no quisieron recibirlo, renovando tres veces inútilmente su intento hasta que Bernabé lo mismo que antes lo presentó personalmente Pablo llevó luego a Marcos, no el Apóstol, sino al discípulo de Pedro el mismo que con Bernabé lo acompañaron en su viaje a Roma adónde iba a evangelizar el Occidente en nombre del Señor. Ambos fueron muy queridos, como ya lo era Bernabé, por su laboriosidad y constancia, aunque al igual que en la época evangélica, Pablo actuó más fuera de la asociación que dentro de ella.

El Apóstol Marcos, permanecía aún entonces en el espacio, digo espacio, porque si bien todo existe dentro del espacio, los hombres forman parte de la Tierra y no se encuentran directamente en el espacio, entiendo, pues, al de los Espíritus. A Pablo por su mediumnidad nunca le faltaron señales y hasta conversaciones del mundo de los Espíritus, mas temía, por no ver nada perfecto en los demás hombres, y por otra parte Pedro y Juan invisiblemente lo velaban para evitar todas comunicaciones hasta que su tiempo llegara; pero tan luego consiguieron rodearlo de los medios que dentro de la asociación servíanle como elementos de fuerza para luchar en contra de los Espíritus del mal que se empeñaban forzosamente en destruir su obra, Pablo pudo ser desarrollado por ellos con seguridad, dándoles paulatinamente el recuerdo del pasado para que pudiera tener mejor conciencia de la obra que le estaba encomendada, de otro modo debido a su Espíritu investigador y demasiado positivo, cualidades que ya anteriormente habían obstaculizado sus intimidades para con los Apóstoles, su obra no podía ser llevada dentro de la asociación de un carácter un tanto místico y porque el reglamento prohíbe todo trabajo medianímico, fuera del local de la asociación y que no estuviera bajo la inmediata dirección de la Comisión espiritual que se había constituido para dirigir desde el espacio los trabajos de tal índole, que tantos peligros entrañan al hombre. Pablo fué ampliamente autorizado para trabajar fuera del local de la asociación, asegurándole toda la protección espiritual posible.

Las luchas y sinsabores que tuvo que sufrir Pablo por su obra, son poco menos que indescriptibles, salvándole su poder excepcional, la ayuda y pericia de sus protectores invisibles que rodeábanle de día y de noche, con una dedicación y denuedo incomparable.

Gran parte de su obra queda desconocida, pero sus efectos cunden ya por todas parte, José, el que fué mi esposo, no duró mucho tiempo en el seno de la tal agrupación, debido a su carácter un tanto duro y orgulloso, no modificado suficientemente aún desde aquellos tiempos. Era no obstante suficientemente laborioso y como para poder prestar buenos servicios a la idea y lo hizo, aún fuera del núcleo.

Tadeo, que todavía es entre vosotros (1) por el año 1905, recibió de Italia, su tierra natal, la "*VIDA DE JESÚS, DICTADA POR ÉL MISMO*", traducida del francés a su idioma y la

"Sociedad Científica de Estudios Psíquicos", la hizo traducir al castellano, (2) encargándose de ello su mismo presidente que conocía bien ese idioma por haber hecho sus estudios en Italia.

(1) **Recientemente ha vuelto al mundo espiritual.**

(2) **La traducción fué distribuida gratuitamente.**

El segundo tomo, fué dictado después al médium XX, instado para ello por Jesús en repetidas ocasiones. Después de una aparición de Jesús al médium y mediante además diversas notables manifestaciones, es cuando accedió el médium, plenamente convencido de la intervención directa del Maestro en ello.

Se recibió así la comunicación rodeándole de un control muy largo y riguroso, razón por la cual demoró tanto en completarse la segunda parte, recién terminada en estos momentos, con la adición de nuevos capítulos, y la presente comunicación.

También las demás mujeres siguieron como yo, prestando su cooperación a la gran obra iniciada por Jesús hace casi dos mil años, encarnando ellas también preferentemente en el sexo femenino. Salomé formó parte del núcleo durante la mayor parte de su vida, prestando muy importantes servicios con su mediumnidad.

Y su hijo Jaime ayúdole a Pablo con mucho interés y cariño con otros dos Apóstoles que no voy a nombrar. Marta evangeliza en la ciudad de Córdoba, y la Magdalena trabaja asimismo con ahínco dentro y fuera del núcleo en esta capital. Yo también cooperaré en este gran movimiento, consagrándole la mayor parte de mi última existencia y teniendo estrechas relaciones desde España con el núcleo de Buenos Aires. Y ha sido ésta, la época de mayor luz para el Cristianismo definitivamente libertado de todo dogmatismo, que Jesús siempre combatió fuera de toda religión, *porque el Cristianismo es la religión*. Los discípulos de los discípulos del Señor, esparcidos por todo el mundo, llevan la buena nueva por todos los ámbitos del globo haciendo temblar a los templos idólatras desde sus bases para que se comprenda la idea de Jesús, que se encuentre el universo entero como templo digno del Altísimo.

¡Loa a Jesús a quien todo esto es debido! Jesús es un hermano nuestro, es uno de nosotros, dispuesto siempre a acercarse a todo aquel que sinceramente lo llame, más por su elevación y por su alta misión, le llamamos: El Señor, sin fanatismo, sino como signo de amor y gratitud por la obra de su inmenso amor.

En su nombre se despide de vosotros y os abraza:

MARÍA.

## Comunicación del Apóstol Mateo

### *La doble conciencia el recuerdo del pasado y los colpinos.*

LA comunicación que diera yo, pocos días hace (1) para ser incluida en esta trascendental obra, dada con la sinceridad que me es característica, resultó un tanto dura para el elevado criterio del Mesías, por su índole de severa justicia.

**(1)Dicha comunicación editada en Folletos, la "Asociación Cristiana Proviencia, Biblioteca Pública" la envía gratis. Solicítela, calle Herrera 1680. Buenos Aires.**

Díjome el Maestro: "Reconozco el mérito y la veracidad de tu trabajo; mas mi obra no es obra de juzgamiento sino de amo" - "Yo no he venido para juzgar, sino para sembrar el amor entre los hombres". - "Guárdala, pues, en estricta reserva, para los que tengan que llevar a cabo el restablecimiento de la justicia, en lo que de ella quedara velada por la acción del tiempo y de la malicia humana, tráenos para la obra tan solo el dilucidamiento de los puntos de que te encargara, por cuanto tu comunicación, como las de los otros Apóstoles y la de María, constituyen capítulos de la misma, como que se desenvuelven dentro del orden y estricta continuidad de ella". "Gracias debo dar a Dios; sigue el Maestro por la estricta verdad conseguida en todo ello con el médium que me sirve de instrumento, pues en todo el libro no se ha pasado una sola palabra, que no sea mía, de María o de los Apóstoles, que en él colaboraron".

*"LOADO SEA EL SEÑOR QUE ASÍ HA CONSENTIDO QUE MI VUELTA ENTRE LOS HOMBRES EN ESTA FORMA RESULTARA TAN REAL Y VERIDICA, COMO SI YO MISMO, RESUCITADO EN CUERPO, HUBIÉRAOS HABLADO CON MIS PROPIOS LABIOS".*

Dejado constancia con lo que antecede, de las palabras de Jesús, pasaré a ocuparme del tema que encabeza estas líneas, repitiendo tan sólo, con respecto de mi otra comunicación, que debe levantársele a Judas la cruel condena que sobre su memoria pesa, por cuanto su traición fue únicamente el efecto de su debilidad frente a sugerencias malignas que de continuo le trabajaron, bajo el esfuerzo de intereses inconfesables.

Nadie ignora que hay en nosotros una doble conciencia, efecto de nuestro atraso, la conciencia del Espíritu libre y la del encarnado; todavía debemos admitir una conciencia intermedia, la conciencia del Espíritu del encarnado cuando se desdobra, parece que, cuando dormís, o simplemente estáis distraídos, vuestros Espíritus se encuentran muy lejos del cuerpo, actuando conscientemente fuera de él. Es claro que no puede existir el recuerdo de su actuación, desde el momento que el cerebro no ha recibido impresión alguna respecto de ello, siendo sabido que la memoria del hombre es tan solo cerebral.

Bien se diría afirmando que el Espíritu actúa con una nueva personalidad en cada encarnación, puesto que el cerebro va recogiendo paulatinamente todas las impresiones que le llegan del exterior por el continuo y agitado movimiento del medio que lo rodea. Por los órganos del oído, la vista y el tacto, sin cesar vese impresionada la masa encefálica, en donde todo se graba y se asocia, de acuerdo con las diversas circunvoluciones, que la forman, constituyéndose así el recuerdo, el juicio y el raciocinio.

Cierto es que todo ello tiene lugar bajo el control del Espíritu, pero él, no disponiendo de otros medios para su realización y manifestación, dentro del mundo de que forma parte, debe conformar su conciencia dentro del círculo que tales medios le brindan. Todo lo que el hombre tiene grabado en el cerebro, forma por lo tanto sus recuerdos, sus conocimientos y los materiales para la actuación de su conciencia, que resulta, como se ve, muy diferente de la verdadera conciencia del Espíritu.

Para nosotros no existe la división del tiempo que rige entre los hombres, y tan solo nos guiamos por la sucesión de los hechos, en medio de los cuales hemos vivido y que en cierto modo forma la pauta de nuestras actividades; por eso no calculamos las edades y es así que, haciendo tal vez unos treinta y tantos años, según he oído decir entre vosotros, que dejé mi envoltura corporal, me parece no obstante que ayer vivía aun con los hombres, razón, precisamente, que ha inducido al Maestro a encargarme del tema propuesto, porque habría yo de dilucidarlo más humanamente que los otros Apóstoles.

Dije ya que en mi última encarnación fuí Rafael Hernández, habiéndome ocupado no poco, aunque universitario, de asuntos filosóficos y religiosos, en estrecha relación con el Cristianismo, haciendo así justicia a mi pasado y a las benéficas influencias del Maestro, muy lejos estaba sin embargo de creer, que tal actuación constituía, en cierto modo, un recuerdo de lo que había sido unos dos mil años antes, y tampoco pude suponer que, una vez dejada la materia, me había de encontrar aquí en que muchos sueños y fantaseos de mí vida, que yo consideré faltos de fundamentos, constituían en realidad verdaderos recuerdos del pasado, resultando así haber sido más consciente en los momentos en que me había considerado carente de toda conciencia. Sin duda, en muchas circunstancias de la vida humana nos asaltan, sin que nos demos cuenta, recuerdos del pasado, (1) sino que fáltales el control de la conciencia, como dice Juan, debido a que la conciencia humana únicamente puede desenvolverse dentro de los elementos que les prestan las impresiones cerebrales.

(1)Ver memoria ancestral "Elementos de Magnetología del Dr. Ovidio Rebaudi". (Obra agotada).

Como se ve, la doble conciencia es un efecto natural del olvido del pasado y es necesario que éste vaya modificándose, a fin que el Espíritu pueda trabajar con eficacia en el sentido de su verdadero progreso.

Pablo ha encontrado que, lo que él llama *desdoblamiento voluntario*, es decir, la facultad de desdoblarse cuando lo desee durante la vigilia, es lo que más ayuda para el recuerdo del pasado. Por eso él ha formado escuela en tal sentido, señalando los métodos para el caso. Este buen compañero, no obstante el recuerdo que guarda respecto del pasado, (2) llegó a olvidarse de su mandato en tal forma, que, debido a sus estudios y ambiente científico que le rodeaba, llegó a mirarlo con desprecio al mismo Maestro, al punto de asignarle como un *atorrante*, por no tener hogar, ni medios de vida conocidos. Era, decía, un iluminado ignorante, que acaudillaba masas más ignorantes que él. - Yo lo digo, porque él mismo lo confiesa. Verdad es, según afirma, que sus recuerdos respecto del pasado recién empezaron a manifestarse con nitidez a los treinta años, aclarándose y manifestándose con mucha facilidad ;después, debido a su mediumnidad y a la facultad, de desdoblamiento, que consiguió dominar casi por completo.

(2) Sabemos que en una ocasión le llevó al Doctor Cosme Mariño, Director de la Revista "Constancia", un escrito referente a un suceso del que había sido víctima hace unos cuatro mil años; le rogaba su publicación por tratarse de algo que la historia parece negar, teniendo la certidumbre de que las excavaciones que se llevan a cabo en Egipto confirmarían sus afirmaciones, (La publicación no se hizo).

Tres veces, refiere Pablo, en sus desdoblamientos no pudo volver a su cuerpo y que, a no ser por la intervención de los buenos Espíritus, que lo introdujeron en su organismo, con la mayor facilidad, hubiera muerto.

Los Espíritus aconsejan que se dé aviso a los PROTECTORES antes de entregarse un encarnado a ejercicios de desdoblamiento en estado de vigilia.

Los ESPÍRITUS PROTECTORES, son los que antes llamábanse ángeles guardianes, pues se invierten especialmente en la custodia de los hombres, y ellos son los que, durante el sueño ayudan a los Espíritus de los hombres a separarse de su envoltura corporal para que dejen por algunos momentos la materialidad de la vida humana y gocen de cierta libertad espiritual, comunicándose con los Seres queridos que le han precedido en el más allá y de quienes reciben nuevo aliento para las luchas de la vida material, así como enseñanzas y consejos. Cierto es que de ello se olvida el hombre al despertar, porque el cerebro no puede guardar impresiones de lo que no ha pasado por él, pero siempre queda un reflejo de ello el estado de intuición o disposición favorable para lo que se ha de hacer. No debe creerse que durante estos desprendimientos el Espíritu del encarnado vasa a actuar realmente en el plano espiritual, sino en un plano intermediario que Pablo llama *plano fantasmático* o simplemente *plano extra-corporal*.

Fantasmático lo llama porque es el plano de los fantasmas ese ambiente en que suelen hacerse visibles los que han dado en llamarse *fantasmas*, que los niños más sensitivos que los adultos, suelen ver con terror, mientras no son más que Espíritus de personas vivas, las que resultan visibles pocas veces para todos, debido al cuerpo *fantasmático*, que los envuelve, formado por los fluidos vitales del cuerpo, mediante las cuales el periespíritu se liga al cuerpo.

Los fantasmas que son visibles, también se pueden fotografiar, como muchas veces se había hecho ya durante mi última encarnación.

El Espíritu del encarnado, desdoblándose, puede dar comunicaciones a los vivos, mediante la ayuda de sus protectores. Pablo las tiene dadas, unas veces con este nombre y otras, y son las más, con el actual nombre.

No debe confundirse el indicado *plano intermediario*, con el que los Espíritus llaman *zona límite*, que separa un plano de otro y cuyo ambiente es algo terrorífico por su actividad combatiente. De ahí vienen generalmente la pesadillas, cuando mal desdoblado el mortal, por el mal estado de su salud muchas veces, le acompañan fluidos afines con tal plano; mas no es esta la oportunidad para tratar de tal asunto, diré más bien, que muchas veces, consiguen los protectores, después de un buen desprendimiento, que el encarnado guarde el recuerdo de su actuación durante el desdoblamiento y entonces decís haber tenido un sueño lucido. Nada se recuerda generalmente del sueño profundo y es porque el sueño

únicamente es profundo cuando el Espíritu del encarnado actúa lejos del cuerpo. La mediumnidad, así como facilita el desdoblamiento, facilita el recuerdo del pasado, por lo mismo que la influencia de los desencarnados es mucho mayor en los médiums que en los que no lo son. Por otra parte las *buenas influencias*, que siempre acompañan a las personas que llevan una vida regular y de buenos procederes favorecen de gran manera todo lo que se refiere al mediumnismo y a los desdoblamientos, sin que por eso deje de ser necesaria la práctica, de tales facultades para obtener su desarrollo. La *zona límite* se encuentra llena de Espíritus inferiores y también de Espíritus en sufrimientos, que por sus condiciones momentáneas se encuentran a la altura de ese medio ambiente, sufren tal vez un castigo o sus perseguidores, siempre de mala fe, se aprovechan de ellos en virtud de la malhadada *ley del Talión* para hacer sufrir repetidamente sus alcances a los Espíritus débiles y poco avisados. Se les hace recordar su deuda, pero no que ya la han pagado, exigiéndoles nuevo pago. Es indudable que los Espíritus que así sufren se purifican en ese ambiente y progresan.

La ley de Dios es ley de amor y de progreso, mal puede atribuírsele por lo tanto la paternidad de la *ley del Talión*, ley de venganza y de retroceso. Todo se paga indudablemente y en verdad el mal que se hace a otros redundará siempre en sufrirlo en definitiva su autor, más no en la forma que los hombres suponen, pues tan solo el bien es buena moneda; el sufrimiento es consecuencia del mal que se hizo, mas el mal hecho, únicamente con el bien se redime. Bien dice por eso el Maestro: "SÓLO POR EL AMOR SERÁ SALVO EL HOMBRE".

En la *zona límite* de que nos hemos ocupado se emplea una jerga casi hablada incomprensible para vosotros. De ahí es que tomo la palabra *colpino* y de allí se deriva el verbo colpinar. Las enfermedades de los hombres para ellos son debidos a colpinamientos. Esos Espíritus parásitos que viven entre los hombres y a expensas de los más débiles, serían *colpinos*. Indudablemente todo es un daño, todo es mal que ellos hacen, pero lo que hay que ver es la hipocresía con que vienen a justificar el daño que hacen.

La indicada palabra viene de culpa, es decir que el colpinado sufre la consecuencia de una culpa; ellos serían, pues, los jueces que miden la culpa y la castigan, siempre en beneficio propio.

Para defenderos de estos *colpinamientos*, que pueden en realidad dar lugar a un serio mal, hemos encontrado lo siguiente:

Puede dolerle al *colpinado* un miembro o todo el trayecto de un músculo, una arteria o un nervio, pero buscando se encuentra un punto bien circunscripto mucho más dolorido. Se presiona fuertemente con un dedo ese punto, mientras se detiene ¡a respiración lo más que se pueda y se repite la operación varias veces en el día, de cuya suerte casi siempre desaparece el mal. Debe recordarse que deteniendo la respiración se desarrolla una gran energía magnética.

La región más que todas elegida para los colpinamientos es la cabeza, luego los intestinos y después el corazón. Por los intestinos se colpina también el corazón y por la cabeza se colpina todo el cuerpo.

Los hombres que llevan la vida inactiva y son de carácter débil viven siempre colpinados; pero nadie se libra en absoluto de esos parásitos espirituales.

Guardando el recuerdo del pasado todas estas cosas se evitarían, mientras ahora, hasta difícil nos resulta hacérselo comprender a vosotros, siempre dispuestos a la incredulidad con respecto de lo que no podéis ver, por la enorme diferencia que existe entre lo corporal y lo extra-corporal.

Desarrollad, por lo menos, vuestras aptitudes para el magnetismo curativo, mediante lo cual no tan solo podéis hacer mucho bien, sino que llegaréis contemporáneamente a desarrollar vuestras aptitudes psíquicas, pero, al magnetizar, tened cuidado con quien lo hacéis, porque, si un mal magnetizador entraña un grave peligro no es menos grave el que amenaza a un buen magnetizador cuando pretende beneficiar a un Ser inferior. Es lo mismo que con la caridad, que hay que ver a quién y cómo se hace la caridad, para no ser víctimas, como muchas veces sucede, del bien que se ha hecho.

Muy extraño os parecerá lo dicho y es porque tenéis llena la cabeza de máximas y teorías, que muy lejos están de ser el resultado de la práctica.

He aquí un hecho: Entre mis amigos cuento con el Espíritu de una que fué virtuosísima hermana franciscana muy adelantada, ella decía: *"la obligación está antes que la devoción"*, y cuando había enfermos pobres que atender, decíales a sus subordinadas: *"la misa, la confesión y la devoción, teniendo enfermos que atender, son esos mismos enfermos. - La práctica de la caridad es la devoción por excelencia"*.

Debido a tal proceder se le quiso quitar el hábito y disolver su pequeña comunidad, pero ella se resistió y no queriéndose recurrir a la autoridad civil, siguió con su cisma hasta que murió. Pues bien, sufre ahora muchísimo por la persecución de multitud de Espíritus inferiores por ella favorecidos. Le reclaman, le exigen lo que ella no les puede dar, se le enciman y le apremian, sin dejarle un momento de reposo. Ella dice: "no tengo fuerzas para rechazar a esta avalancha de Seres inferiores y que se creen con derecho sobre de mí porque, por la caridad me rebajé hasta su mismo nivel". "Creen que el bien que les hice no fué por bondad sino por obligación, obligación que creen subsistir aún". Todos nosotros rodeamos y ayudamos a la virtuosa hermana, proporcionándole momentos agradables, pero ella tendrá que volver a la Tierra, ya lo comprende, para desarrollar las facultades que le faltan, entre otras el sano criterio que, cómo, cuándo y a quién hay que hacer la caridad. ¿Y dónde está la Justicia Divina?, se dirá: "Ayúdate, que Dios te ayudará", es el refrán aplicable aquí. La Justicia de Dios se cumple en la eternidad. Esa buena hermana no ha llegado aún a merecer la felicidad, pero ha alcanzado ya muchos títulos para ello.

Con valor y constancia todos llegaremos a la meta, mientras tanto hay que aprender y experimentar. Mucho tino hace falta en todas las cosas, aun para hacer el bien, porque esto puede convertirse en mal.

Levantando y favoreciendo, por ejemplo, a un malvado con traza de bueno, podemos armar a un enemigo del bien, tal vez encaminar a un déspota, en sus primeros pasos hacia las alturas, para ser luego nosotros sus primeras víctimas.



En fin, he querido con esta modesta comunicación añadir a esta magna obra un tanto práctica si se quiere, humana, y en verdad yo mismo concluyo por creerme hombre y viviendo en medio de vosotros.

Sería para mí una gran felicidad el haber logrado mi objeto.

Que Dios sea con vosotros.

**MATEO, Apóstol.**

Después de terminado este último capítulo, el médium X. X. evocó al Maestro para saber si había algo que modificar o añadir a la Obra.

Presentósele Jesús perfectamente visible, precedido por ese ambiente Celestial que a su derredor parece derramarse y con la misma dulzura que le es habitual, contestóle:

**"Muchas cosas tendría que decir; pero los hombres no me comprenderían; en cuanto a la Obra, ella está terminada; nada, nada tengo que quitarle y nada que añadirle. Todo ello es mío y vuelvo a afirmarlo, como suyas son las comunicaciones de los Apóstoles y de María, que forman capítulos de esta Obra".**

*Nota de de la Comisión:* El Médium, caracterizado como XX., fué el extinto Doctor Ovidio Rebaudi, que había nacido en Asunción del Paraguay el 31 de Diciembre fis 1860, falleciendo en Buenos Aires el 17 de Octubre de 1931.

## El Celebre Cáliz encontrado en las Excavaciones de Antioquía 1

En diferentes oportunidades, los principales diarios y revistas del mundo se han ocupado extensamente del célebre cáliz encontrado hace 14 años, al hacer unas excavaciones en la vieja ciudad de Antioquía, capital de Siria.

Es explicable el enorme interés que ha despertado ese hallazgo, si se piensa que, además de su gran valor arqueológico - pues parece muy probable que el cáliz en cuestión sea obra de un artista contemporáneo de Cristo, - tiene un interés infinitamente superior, desde el punto de vista de la filosofía y de la historia.

En efecto, los grabados que lo adornan vendrían a suministrar una prueba concluyente, no sólo de la existencia de Cristo, sino del lugar preeminente que le asignó la sociedad de su tiempo.

La pequeña reliquia sagrada, llena de siglos, resurge hoy, y al ser interrogada por la ciencia, responde con el misterioso lenguaje de las figuras y los signos que la cubren, y, con su muda respuesta, amenaza desbaratar las conclusiones de la rígida exégesis de los que se han forzado por negar la existencia del Fundador del Cristianismo.

Más aún, de acuerdo con las pacientes investigaciones del doctor Gustavus A. Eisen, de la Universidad de California, fué el cáliz de Antioquía el mismo que Jesús usó en la Última Cena.

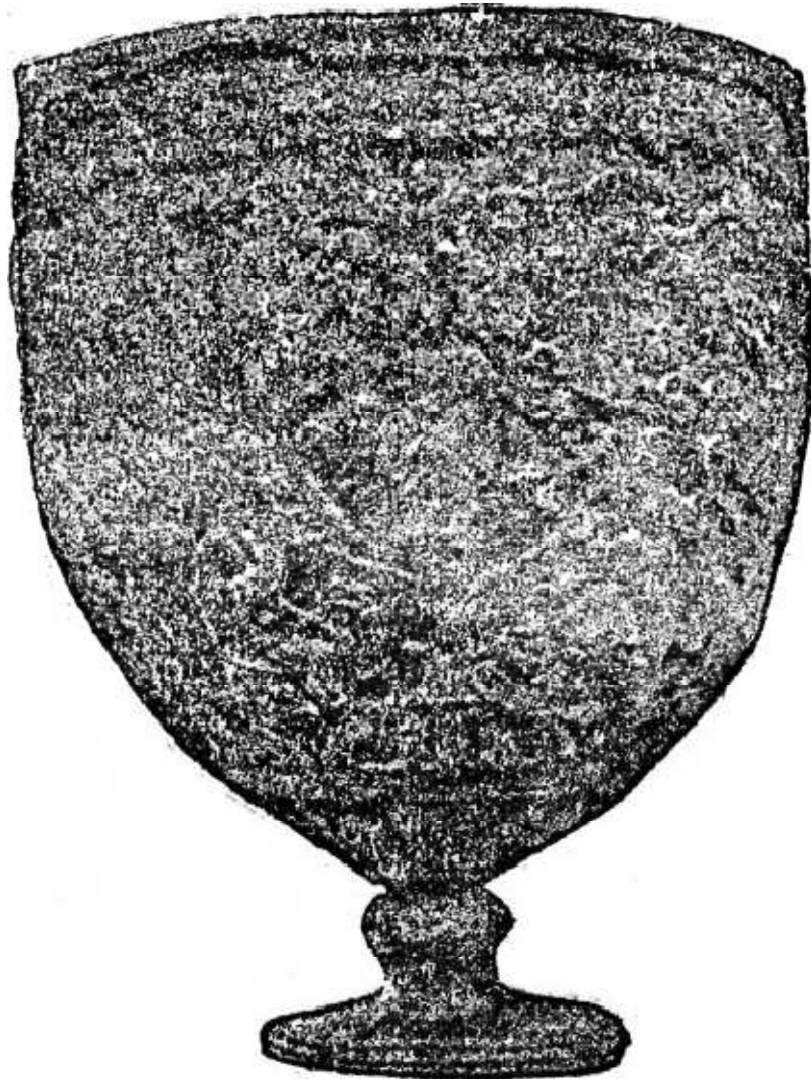
Resultaría de este modo que no corresponde al "sacro-catino" que se conserva en Génova, ni al cáliz que se guarda en la Catedral de Valencia, la disputada gloria de haber sido el que usara Jesús en esa noche inmortalizada en el arte por el divino Leonardo.

Dijérase que el cáliz de Antioquía, después de estar sepultado durante largos siglos, vuelve al poder de los hombres, llevando en sus bordes algo así como el inagotable perfume de verdad con que lo impregnaron los labios del Mártir del Gólgota.

**(1) Tomado de la Revista Metapsíquica Experimental nr. 159. (Septiembre de 1924)**

Podrá formarse el lector una idea del vivo interés despertado, tanto en Europa como en los Estados Unidos, por este descubrimiento, con sólo saber que el libro -profusamente ilustrado- que ha dedicado al estudio de la reliquia el doctor Eisen se vende actualmente en Londres a 35 libras esterlinas el ejemplar, es decir, cerca de \$ 470 de nuestra moneda.

El mismo día (7 de junio próximo pasado) aparecieron en dos de las principales revistas de Europa, la "Illustrated London News" de Londres, y "L'Illustration", de París, sendos artículos, en que se describen, minuciosamente, las particularidades y detalles del cáliz de Antioquía. Trascribimos a continuación el resumen que, de un artículo de Mr. Arthur Bernard Cook, publica "The Illustrated London News", de la fecha citada:



A principios de 1910, unos árabes que se hallaban excavando un pozo o un sótano cerca del río Orontes, en Antioquía, descubrieron unas cámaras subterráneas, repletas de reliquias, entre las que había objetos de bastante valor. Fuera del cáliz de plata cincelada, de que exclusivamente trata este artículo, había un segundo cáliz de plata lisa, con sólo unas inscripciones del siglo VI o VII de la Era Cristiana.

Puesto que el sitio en que fueron encontrados estos objetos habían sido, de acuerdo con la tradición local, el mismo que ocupara una antigua Catedral, es claro que nos encontramos en presencia del tesoro de una Iglesia enterrada, ya fuera accidentalmente, a causa de un terremoto, ya intencionalmente, para escapar de un serio peligro que la amenazara.

El tesoro fué primeramente repartido entre sus descubridores, dispersándose en una vasta área (dos de los objetos que lo componían fueron llevados a Mesopotamia), pero fué

luego recogido, objeto por objeto, por los señores S. y C. Kouchakjy, quienes, muy poco antes de estallar la guerra mundial, lo enviaron a M. G. Kouchakjy, de París. Ya en esta ciudad, el cáliz principal, que se hallaba cubierto por una capa de óxido de varios milímetros de espesor, fué hábilmente desoxidado, en los talleres de M. A. André, quien encontró que la matriz de plata tenía ya una contextura cristalina y era tan frágil, que no se atrevió a rectificar una compresión que presenta la copa y que fué causada por un golpe recibido hace muchos siglos.

Poco antes de la batalla del Marne, temiéndose por su seguridad, el cáliz fué enviado a los señores H. y F. Kouchakjy, quienes lo tienen todavía en su poder en su casa, situada en la Quinta Avenida número 707, Nueva York, aunque es posible que sea de nuevo enviado a París, como reliquia de la familia Kouchakjy.

Desde el año 1915, el cáliz ha sido prolijamente estudiado por el doctor G. A. Eisen, quien ha publicado recientemente el resultado de su labor en dos tomos en folio, titulándose este trabajo "The great chalice of Antioch", en que, además de otras ilustraciones, hay setenta fotograbados y aguafuertes. Es dudoso que jamás se haya examinado y descrito, tan minuciosamente, un objeto de arte, tan pequeño como éste, ni al que se haya dado tal importancia en la prensa moderna.

La altura del cáliz es de 19 centímetros y su mayor diámetro era originariamente de 15 centímetros. Consta de tres partes: una taza o cuenca interior, rudamente trabajada a martillo y hecha de una lámina gruesa de plata. El borde circular, está doblado hacia afuera y recortado irregularmente. La segunda parte es la copa externa, continente de la anterior, y calada a cincel. La tercera parte es el pie, compuesto de base y de la parte torneada que se une a la taza. Este pie es de plata sólida. La taza interna no tiene ningún adorno y cuando fué encontrada, hallábase separada de la externa. Por temor de que se rompieran se las ha unido ahora con cemento.

Entre el follaje que representa el calado de la copa hay doce espacios, reservados para las doce personas que aparecen sentadas en dos filas horizontales alternadas. Las doce personas están en dos grupos separados. En el lado que puede considerarse como anverso, aparece Cristo, sin barba, (1) sentado en un trono y con un cordero a su diestra. Sobre su cabeza, una paloma -el Espíritu- abre sus alas. Los brazos de Jesús están extendidos en cruz, y su mano derecha parece tocar una fuente que contiene dos pescados, siete panes y algo que se semeja una espiga de trigo y unas hojitas de palma. Bajo la silla de Cristo vése un águila, con las alas abiertas posada sobre un cesto con unos cinco panes. Rodeando a Jesús aparecen cinco de sus discípulos, todos vueltos hacia él, y con el brazo derecho en alto, como un gesto de salutación.

**(1) Todas las representaciones de Jesús nos lo ofrecen como llevando barba; todas las pinturas más antiguas así nos lo han hecho conocer, lo mismo que todas las referencias que de él han llegado hasta nuestros días; en cambio se cree ahora poder deducir de una figura que lleva el cáliz, cuyo artículo reproducíamos, que el Maestro no llevaba barba.**

**Pudiera ser realmente dicha figura sin barba, una representación de Jesús y en tal modo la explicación sería que Jesús, cuando fué a Antioquía, muy joven aún, no tenía barba y como el cáliz debe**

haber sido cincelado en Antioquía y no en la India, en donde tal cosa o no se sabía o no se acostumbraba hacer, el artista reprodujo a Jesús en la forma que lo había conocido.

Que Jesús era muy joven cuando fué a Antioquía lo sabemos por ser historia "dictada por Él mismo", lo cual, repetimos, explicaría, caso de ser cierta, la contradicción que resultaría del hallazgo del cáliz, para con las más antiguas referencias y tradiciones que nos pintan del Maestro con una barba más o menos larga.

Nosotros por nuestra parte, nos atenemos al retrato que de sí mismo nos ofrece en el primer tomo de esta obra. — O. R.

En el reverso, Jesús está representado como un adolescente de unos doce años, sentado en un trono igual al anterior y llevando en su mano el libro de la ley. Otros cinco discípulos, vueltos hacia él y con el brazo en alto, rodean su imagen. Es indudable que las cabezas de los discípulos son retratos, cada uno de los cuales merece un detenido estudio.

Finalmente, la parte superior de la copa hállase rodeada por una estrecha cinta de plata delgada, a la que se han ajustado 57 rosetas, interrumpidas por una sola y significativa estrella.

Se nota que el cáliz, mucho después de ser fabricado, fue clorado en dos fechas diferentes. No hay inscripciones en el cáliz, pero, en el intervalo que hubo entre los dos dorados, se agregaron, con un rayado tosco, unos "graffiti" sobre las sillas, representando diferentes emblemas que, si llegan a ser descifrados, contribuirán a la difícil tarea de identificar las personas retratadas.

Agrega el doctor Eisen, que, cuando cayó Jerusalén, Antiose convirtió en el centro del Cristianismo en el Este. Si ello es así, no es improbable que la taza interna del cáliz fuese llevada allí desde Jerusalén, pudiéndosela haber usado en los primeros tiempos de la Iglesia. Existe, en realidad, una presunción de que fuera ésta y no otra la copa usada en la Última Cena. No es de extrañar que en la gran capital de Siria, en donde los discípulos fueron llamados por primera vez Cristianos, aquéllos, que habían obtenido la posesión de una reliquia de tal valor agotaran todos los recursos que ofrecía el arte del siglo I para embellecerla exteriormente.

En el año 341 de nuestra era, cuando la Basílica dorada de Antioquía, empezada por Constantino el Grande y terminada por su hijo Constancio II, fué consagrada, este cáliz debe haber sido uno de sus más preciados tesoros. Unos 20 años más tarde, en el año 362, Juliano, tío de Juliano el Apóstata, entró en Antioquía, cerró las Iglesias y saqueó sus tesoros. Se dice que después de tratar, en vano de intimidar a Teodoro (el guardián de los tesoros), Juliano lo condenó a morir en la tortura y, que, encontrando los vasos sagrados, los ultrajó groseramente.

Aunque la historia es dudosa, el doctor Eisen la acepta y hasta sugiere que la compresión que presenta actualmente el cáliz debe ser un resultado del trato violento y sacrílego que le dió el emperador romano. En ese caso, el cáliz debe haber sido escondido, bien fuese durante la invasión de Cosroes I, quien en 538 incendió a Antioquía, pero salvando del incendio la Catedral, o, más probablemente, durante la conquista de Cosroes I, quien se apoderó de Siria en el año 611. Esa última fecha explicaría la asociación del cáliz

con los objetos del primitivo arte bizantino que se hallaban junto a él al descubrirse el tesoro, en 1910.

El cáliz de Antioquía es ciertamente genuino, y, tal como se halla, único.

No hay ningún otro igual en estilo y forma. La forma es la de los que se hacían en el siglo I y el estilo, de acuerdo con nuestros conocimientos al respecto, correspondería al arte griego, o quizá al del período de Flavio o de Trajano. Que la taza interna sea más antigua que la otra, lo creo posible y es quizá probable, pero esto no ha sido probado de un modo concluyente".

## INDICE

### PRIMERA PARTE

|   |     |
|---|-----|
| Comisión nombrada por el Instituto Metapsíquico para imprimir la presente Obra.....   | 2   |
| Carta de Públius Léntulus Gobernador de Judea a Tiberio Emperador.....  | 4   |
| Comunicación recibida el 16 de Octubre de 1908, en la " <i>Sociedad Magnetológica Paraguaya</i> " de Asunción, por la célebre médium E. de A.....   | 6   |
| Introducción a la edición Castellana.....   | 8   |
| Comunicación de Sara la Hebrea.....   | 21  |
| Prefacio del Capitán Señor Ernesto Volpi.....   | 23  |
| Dos palabras del Traductor, Dr. Ovidio Rebaudi.....   | 30  |
| <b>CAPÍTULO I.</b> Jesús habla de su nacimiento y de su familia y deja entrever su mesianismo con las elevadas tendencias de su alma. Habla asimismo de sus primeros viajes a Jerusalén y de su intervención en una disputa entre doctores en el templo.....  | 34  |
| <b>CAPÍTULO II.</b> Señala el Maestro la manifestación de su libertad de conciencia quedando rota su dependencia de los padres en tal sentido. Refiérese a sus estudios y a su admisión en la Cábalá por presentación de José de Arimatea.....  | 42  |
| <b>CAPÍTULO III.</b> Apostolado de Jesús en Damasco, en donde fué respetado y admirado como profeta. De Damasco pasó a Tiro. Esparció el bien en esas ciudades y demás puntos por donde atravesó, con sus enseñanzas, y con sus consejos particulares. Habla también Jesús de Juan el Bautista..... | 50  |
| <b>CAPÍTULO IV.</b> Habla Juan el Bautista.....   | 60  |
| <b>CAPÍTULO V.</b> Se ocupa el Maestro de su mesianismo, del que resultaba su título de hijo de Dios, tomándolo resueltamente. Sus prédicas dieron lugar a una seria oposición, y para calmar la mala voluntad del Clero resolvió irse por algún tiempo a Cafarnaúm.....                            | 71  |
| <b>CAPÍTULO VI.</b> Después de la llamada <i>pesca maravillosa</i> aumentó grandemente el prestigio de Jesús, quién hizo en Cafarnaúm sus primeros apóstoles, Cephas, Andrés, Jaime y Juan. Plática familiar de Jesús con sus discípulos.....   | 83  |
| <b>CAPÍTULO VII</b> El prestigio del Mesías en la Judea fué debido al Bautista, quien fué después encarcelado por sus reproches en contra de los vicios de la corte de Herodes y decapitado al fin por influencia de Herodiades. Jesús nada pudo hacer en favor del mártir.....                     | 101 |
| <b>CAPÍTULO VIII.</b> Jesús define brevemente el origen y desarrollo del espíritu. Su ascensión hacia Dios por el progreso. Viernes Santo. Jamás Jesús pretendió pasar por Dios.....  | 115 |
| <b>CAPÍTULO IX.</b> Continúa el desarrollo de la misión de Jesús.....   | 128 |
| <b>CAPÍTULO X.</b> El Mesías define su personalidad. Los Mesías son siempre originarios del mundo en que desempeñan su elevada misión. Los apóstoles no estaban a la altura de los fines que tal misión implicaba, como que tampoco comprendieron realmente las enseñanzas de Jesús.....            | 157 |

**CAPÍTULO XI.** Jesús fué a Jerusalén solo, apersonándose a José de Arimatea, quien le acompañó por todas las partes en que convenía fueran vistos para los fines de la obra del Maestro. Necesidad del sacrificio de Jesús, solamente por él comprendida. La parábola del mal rico. Asocia a sus discípulos más íntimos a su gloria futura, siempre que supieran hacerse acreedores de ello con sus virtudes y dentro del concepto de que *mi reino no es de este mundo*, como siempre decía. Fustiga a los mercaderes del templo y a los hipócritas. Conversión de Magdalena.....180

**CAPÍTULO XII.** Causas de la muerte de Jesús. Oposición de su familia y amigos a su decidido propósito de dar cima a su mesianismo con el martirio. Sus hermanos pretenden hacerlo pasar por loco, mas él consigue de la madre que los retenga en Betania. Sigue mientras tanto el Maestro con ahínco la exposición de sus doctrinas, fustigando a los sacerdotes, de cualquier religión que ellos sean, que se apoyan en la fuerza y llegan hasta el homicidio para imponer lo que ellos creen ser la luz de Dios, el que manda en cambio: *"No matarás"*. Fustiga asimismo a los depositarios de la fuerza pública, que no la cumplen en bien de sus subordinados, Jesús mientras tanto, presentía la proximidad de su fin y no perdía el tiempo, activando por el contrario su propaganda.....200

**Lámina, (Jesús curando a un niño)**.....217

**CAPÍTULO XIII.** Manifiesta Jesús el perfecto derecho que le asiste para ser juzgado por lo que él verdaderamente ha dicho y no le consiente a la médium el menor cambio en sus palabras y tampoco a quien quiera deba intervenir en la publicación de ellas. Se ocupa luego de la legislación judía puramente religiosa y de la civil. Se refiere a lo inexorable de la primera y de las intrigas de los fariseos para perder a sus contrarios. A Jesús muchas veces le habían tendido lazos y él los increpaba duramente. En sus prédica\*, a medida que la ira y la persecución de los sacerdotes iba precipitando la fecha de su condena, él demostraba mayores bríos en su propaganda y más rigor en sus ataques en contra del Clero y de los magnates, que abusaban torpemente de su posición, en contra de las teorías democráticas del Maestro que quería la igualdad y la fraternidad de los hombres.....218

**CAPÍTULO XIV.** Seguía Jesús con sus sermones ajenos a toda ortodoxia aumentando el odio y el deseo de perderle por parte de sus enemigos. Él los desafiaba al fin y los denunciaba ante el mundo por todas sus maldades, falsías y prevaricaciones, poniendo a Dios como Juez y testigo de sus acusaciones.....234

**CAPÍTULO XV.** Jesús resuelto ya a no esquivar el peligro cede no obstante una vez más a los ruegos de sus amigos y consiente en mudarse a una casa colonial distante de la que ocupaba. Los sacerdotes temían la oposición del pueblo y querían prender al Mesías inesperadamente y a solas, para lo cual lograron sosacar a Judas, que les sirvió perfectamente. Da el Maestro sus últimas instrucciones a sus discípulos, les promete su ayuda después de muerto y se despide cariñosamente de ellos. Jesús es aprehendido.....245

**CAPÍTULO XVI.** Pasión y muerte de Jesús. Sus primeros instantes al abrir los ojos del espíritu en el mundo espiritual. Observaciones que señala respecto de ello y referentes a las condiciones de la vida humana, que se desenvuelve en general en medio de las obscuridades de la maldad y de la ignorancia.....264

**SEGUNDA PARTE**

**"Llamad y se os abrirá. Pedid y se os dará"**.....273

**Prólogo**.....274

**CAPÍTULO I.** Jesús continúa su misión .....279



|   |     |
|---|-----|
| <b>CAPÍTULO II.</b> El Maestro hace alusión a sus primeros pasos en medio de las agitaciones del pueblo Hebreo, oprimido bajo el poder romano, pero manifiesta sus ideas opuestas a toda revuelta.....  | 281 |
| <b>CAPÍTULO III.</b> Los hombres mal interpretan la persona de Jesús y su actuación, él pide que se le atienda ahora y se le escuche por lo que verdaderamente es.....  | 283 |
| <b>CAPÍTULO IV.</b> Insiste en que su nueva manifestación entre los hombres bajo esta forma no constituye otra cosa que la continuación de la obra empezada por él en nombre de Dios.....   | 285 |
| <b>CAPÍTULO V.</b> De la Fe.....  | 287 |
| <b>CAPÍTULO VI.</b> La caída del hombre y su redención.....   | 289 |
| <b>CAPÍTULO VII.</b> Refiérese el Mesías a su paso y predicación por tierras lejanas y cita a Cafarnaúm como el punto en donde su predicación empezó a asumir carácter de eficacia para su apostolado.....  | 291 |
| <b>CAPÍTULO VIII.</b> La propaganda asume mayores proporciones y las nuevas doctrinas ganan prosélitos.....   | 293 |
| <b>CAPÍTULO IX.</b> Discípulos y apóstoles de Jesús.....  | 296 |
| <b>CAPÍTULO X.</b> La misión de Jesús y la participación en ella de los Apóstoles.....  | 300 |
| <b>CAPÍTULO XI.</b> Así como el amor eleva al hombre, el orgullo lo envilece y le quita el discernimiento para apreciar la verdad. Con él va siempre unido el egoísmo, que es el mal consejero. Verdadero significado de la "Torre de Babel".....   | 304 |
| <b>CAPÍTULO XII.</b> Constitución de los seres inteligentes de la creación y su porvenir.....   | 308 |
| <b>CAPÍTULO XIII.</b> Debiéndose servir tan solo de las palabras que encuentra en el cerebro del médium, debe concretarse en sus manifestaciones a las verdades esenciales, para no exponerse a diversidad de interpretaciones cuando lo que él viene a traer es la manifestación de la doctrina dentro del amor, que es la síntesis de la obra de Dios.....  | 312 |
| <b>CAPÍTULO XIV.</b> Cómo fueron los primeros pasos del cristianismo antes de la muerte de su fundador y en seguida de ella. Los mártires, el "espíritu de verdad" y de como Jesús se comunica nuevamente con los hombres.....  | 315 |
| <b>CAPÍTULO XV.</b> De la Confesión y de la Eucaristía. Dios no precisade intermediarios obligados para con sus hijos. El verdadero sacer dote es el hombre de bien.....  | 326 |
| <b>CAPÍTULO XVI.</b> Sed justos y no os ciegue la pasión en vuestros juicios. Lo que es bueno lo es por sí mismo, pues obra es del Padre; lo que es malo no dejará de serlo en lo más mínimo, a pesar de la legalización humana y de los formulismos, con que a veces se pretende reemplazar la virtud.....   | 331 |
| <b>CAPÍTULO XVII.</b> La familia y la fraternidad universal. Las doctrinas de Jesús sobre el particular.....  | 335 |
| <b>CAPÍTULO XVIII.</b> La desgraciada condición humana atrae la conmiseración de los espíritus de luz. Es necesaria la desmaterialización del espíritu para libertarlo de la esclavitud de las pasiones. Jesús sigue su obra de redención, dificultada principalmente por el empecinamiento de los hombres en su materialidad y falta de fe. Ellos, no obstante, como espíritus que son, están destinados para la vida espiritual y todo lo que al espíritu se refiere debe interesarles..... | 339 |
| <b>CAPÍTULO XIX.</b> El verdadero espíritu de la predicación de Jesús.....  | 342 |

**CAPÍTULO XX.** Cuando Jesús señaló la niñez como para ejemplo de imitarse para conseguir la salvación, quiso tan solo referirse a su falta de malicia, pero de ningún modo a su falta de conocimientos. Refiere Jesús sus impresiones en el momento de la desencarnación y sus manifestaciones para con los discípulos, siendo Pedro el que mejor las percibía. Contesta a la suposición que hace de la persona de Jesús el resultado de las hazañas de tres bandidos, que luchaban por mantener vivo el patriotismo del pueblo hebreo y molestar de todos modos a los romanos, que eran al fin los poseedores de la riqueza. Si bien existieron los tales ladrones y oíros muchos, él nada tuvo que ver con ellos. Después de su muerte, lo que dio unidad a la propaganda de su doctrina, fué su inspiración permanente en el seno de su iglesia, cuyas enseñanzas Kan de generalizarse, como ya resultara que, a despecho del silencio que los historiadores guardaron de ella, llegó al conocimiento de los hombres, y que así también los mismos que hoy niegan crédito a las palabras de Jesús, creerán en estas comunicaciones, como siendo la obra de Jesús y la acatarán.....348

**CAPÍTULO XXI.** Vuelve a decir algo referente a los espíritus desencarnados en relación con los encarnados y combate el abuso que se hace de los llamados *mitos* para explicar personalidades que se empezó por desfigurar, para poder tener el derecho de negarías después declarándolas *mitos*, de cuya suerte evitan el pesado trabajo de cernidor. Los pueblos que habrían creado *mitos* de elevado significado estarían a la altura de la concepción de esos ideales y fácilmente tendrían también personalidades de esa elevación. Afirma que sus enseñanzas fueron en parte adulteradas al pasar hacia el Occidente, principalmente en Alejandría. Que en los Evangelios, algunas cosas que no fueron dichas por él y que en sus comunicaciones anteriores no lo hizo observar por el temor de que se dudara mayormente de la autenticidad de sus nuevas comunicaciones.....356

**CAPÍTULO XXII.** Habla Jesús de los esfuerzos llevados a cabo por él en las ciudades de la Galilea y de su poco éxito, insistiendo nueva-mente en el poder de la verdadera fe. Se refiere también a su limitada actuación en Samaria y da las razones de esa limitación.....360

**CAPÍTULO XXIII.** Vuelve a referirse a la extensión que abarcó su apostolado y a la intensidad de su labor de propaganda.....365

**CAPÍTULO XXIV.** Jezeus Christna y Jesús Cristo. No existe semejanza entre Jesús y el llamado "*Jezeus Christna*", personaje de la más remota antigüedad cuya relación hacen los Vedas.....370

**CAPÍTULO XXV.** Jesús señala el carácter progresivo del cristianismo, fustigando a los que, con engañosos sofismas se esfuerzan en demostrar lo contrario.....373

**CAPÍTULO XXVI.** El Reino de los Cielos sufre violencias y tan solo los violentos entran en él.....377

**CAPÍTULO XXVII.** Son próximos los tiempos en que la verdad y la justicia han de dominar en el mundo, viéndose desalojados los espíritus retardatarios, que pasarán a poblar otras esferas. Los buenos sentimientos, las buenas ideas elevan el alma dándole más clara visión en todo lo que es propio de ambiente espiritual...384

Lámina - Mapa de la Tierra Santa en el tiempo de Nuestro Señor.....387

**CAPÍTULO XXVIII.** La Resurrección de Jesús. El relato de Pedro. (Médium XX).....388

**CAPÍTULO XXIX.** Reminiscencias referentes a los milagros y profecías de Jesús, al apostolado de San Pablo y a su actuación con relación a los apóstoles directamente designados por el Mesías. La Iglesia de Oriente y la de Occidente.....400

**CAPÍTULO XXX.** El Apóstol Juan explica su posición en medio de la pequeña iglesia galilea y su actuación posterior, valiéndose de ello para aclarar muchos puntos oscuros de los principios del Cristianismo.....416

**CAPÍTULO XXXI.** Algunas palabras del Apóstol Bernabé.....436

**CAPÍTULO XXXII.** Comunicación de María, madre de Jesús.....442

**CAPÍTULO XXXIII.** Comunicación del Apóstol Mateo. La doble conciencia, el recuerdo del pasado, los Colpinos.....449

**CAPÍTULO XXXIV.** El célebre Cáliz encontrado en las excavaciones de Antioquía.....468

SE TERMINO DE IMPRIMIR EN SEPTIEMBRE DE 1986 EN GRAFICA  
SLOAR S.R.L., TTE. RANGUGNI 2882, LANÚO OESTE.

LA EDICIÓN CONSTA DE CINCO MIL EJEMPLARES.

¡DIOS DEL UNIVERSO, PADRE NUESTRO MISERICORDIOSO Y TODO PODEROSO, HAS DESCENDER LA LUZ DE TUS MIRADAS SOBRE TUS HIJOS. HAS DESCENDER SOBRE SUS ESPIRITUS LA GLORIA, LA GRANDEZA, LAS PERFECCIONES DE TU NATURALEZA; PARA QUE ELLOS SE INCLINEN ANTE TUS DECRETOS Y QUE GOCEN DE LA ESPERANZA EN MEDIO DE LAS PRUEBAS Y DE LOS DOLORES HUMANOS. A TODOS PROPORCIONALES LA TRANQUILIDAD Y EL PERDON. PRODIGALES A TODOS LA ABUNDANCIA DE LOS CONSUELOS. ¡QUE TU JUSTICIA ILUMINE DE MAS EN MAS EL DON DE LAS ALIANZAS FRATERNAS Y QUE TU MISERICORDIA BAJE A SOCORRER A LOS DESVIADOS!

EDICIONES PROVIDENCIA  
BUENOS AIRES ARGENTINA.

LECTOR:

Quien quiera aquel que ojee este libro, piense y medite que no es obra fantástica, y mucho menos una novela recreativa que alague la vida material. En el encontrarás el consuelo de tu alma, el premio a tus afanes, si estos fueron afrontados con resignación y perdón; yo he encontrado en él, la explicación sana y justa del porque de la vida, y de explicaciones tan diversas, a que está sujeta la humanidad en este planeta de pruebas.

Feliz de aquel día, que valiéndome de aquellas axiomáticas frases de Jesús: **“Buscad y hallaréis”, “Llamad y se os abrirá”**, puede golpear en esa puerta salvadora, como único refugio donde las pruebas de la vida encuentran el bálsamo del consuelo.

Desde edad temprana, los halagos de la vida me fueron desconocidos, aún cuando luché siempre con honorabilidad. Hoy, de edad avanzada, este libro cicatrizó muchas de mis heridas y confortó mi espíritu tantas veces abatido.

No olviden pues su lectura...

EZEQUIEL MAZZINI.

MARZO 3 DE 1916.

SOLO POR EL AMOR SERA SALVO EL HOMBRE

JESUS.